

Sumario

Editorial N°8. Grupo editor (Alejandro Boverio, Darío Capelli, Matías Rodeiro): “Una Nación para el desierto. Deuda, unidad política, feminismos (tres cuestiones para la praxis en las entrañas del pueblo argentino)	3
-Ricardo Aronskind, “El significado del endeudamiento reiterado”	15
-Guillermo Wierzba, “Neoliberalismo periférico: deuda, fuga y ajuste”	17
-Silvia Morón, “Deuda y fuga. Reseña de: <i>Endeudar y Fugar. Un análisis de la historia económica Argentina de Martínez de Hoz a Macri</i> , de Eduardo Basualdo (editor)”	22
-“Una perspectiva feminista contra la deuda (Resumen de la conversación con Luci Cavallero y Verónica Gago)”	25
-Shirly Catz, “La metáfora de lo femenino. Rozitchner y Lévinas sobre la <i>mater</i> ”	34
-Gisela Catanzaro, “Hacia una espectrología de la derecha”	38
-Sebastián Russo, “So(m)bras nada más. O sobre el legado cultural ceofascista”.....	43
-Alejandro Kaufman, “Estatutos del presente”.....	47
-Alejandro Boverio, “Pensar la unidad. Hacia un nuevo concepto de lo político”	51
-“¿Cómo preservar la unidad? (conversación con Juan Grabois)”	54
-Cintia Córdoba, “El resto, una piedra que atraganta (sobre <i>Restos y desechos. El estatuto de lo residual en la política</i> , de Eduardo Rinesi)”.....	63
-Damian Selci, “Lectura militante del concepto de unidad política”	65
-Darío Capelli, “¡No a la unidad! (Variaciones en torno a lo constituyente)”.....	68
-Mariana Gainza, “Movimiento nacional, popular, democrático y feminista”.....	77
-Tomás Crespo, “Apuntes sobre la unidad. Fracturas, consensos y tareas pendientes de cara a una nueva experiencia peronista”.....	80
-Carolina Rusca, “Por una nueva <i>transición</i> peronista”.....	85
-Laura Sotelo, “El pacto social es con nosotras”.....	87
-Florencia Gómez, “Feminismo y sindicalismo en la Argentina. Elementos para la construcción de una mirada histórica”.....	93
-Fernando Alfón, “La tradición alarmista en la Argentina (acerca del idioma)”.....	97
-Mara Glzman, “Las capas del lenguaje inclusivo”.....	100
-Paula Hunziker, “Lo político es personal: apuntes sobre la voz, la resistencia y lo público”....	105
-Natalia Romé, “En la revolución es fuera de sí. Las hijas del eterno exilio”.....	109
-Horacio González, “La expresión de la vida, o de cómo reescribir la historia”.....	113
-Maria Pia López, “Que vivir valga la pena”.....	122
-María Constanza Costa, “América Latina: destino incierto”.....	127
-Guillermo David, “Amazonia urgente”.....	130
-José Guadalupe Gandarilla Salgado, “México, en curso de la Cuarta Transformación: El reto, superar el neoliberalismo	132
-Rodrigo Karmy Bolton, “Chile: Momento destituyente”.....	137
-Alejandra Castillo, “La revuelta de octubre: Chile”.....	138
-Diego Martín Giller y Ramiro Parodi, “La historia interrumpida: Bolivia, entre espantos y amenazas”.....	141
-Alejandra Mailhe, “A propósito de: <i>Darcy Ribeiro. La antropología militante</i> , de Guillermo David”.....	147
-Eduardo Rinesi, “Acerca de la república y de los líderes del pueblo”.....	151
-Horacio González, “Sergio Schmucler (1959 - 2019)”.....	156
-Luis Rodeiro, “Las intemperies de Sergio Schmucler”.....	158
-Jimena Néspolo, “Sintonía coral y cromática: las escrituras feministas actuales”.....	159

Año VIII, Número 8, Buenos Aires, Verano 2019-2020

Grupo Editor: Alejandro Boverio, Darío Capelli y Matías Rodeiro

Colaboran en este número: Ricardo Aronskind, Guillermo Wierzba, Silvia Morón, Shirly Catz, Luci Cavallero, Verónica Gago, Gisela Catanzaro, Sebastián Russo, Alejandro Kaufman, Juan Grabois, Cintia Córdoba, Damian Selci, Mariana Gainza, Tomás Crespo, Carolina Rusca, Laura Sotelo, Florencia Gómez, Fernando Alfón, Mara Glzman, Paula Hunziker, Natalia Romé, Horacio González, Maria Pia López, María Constanza Costa, Guillermo David, José Guadalupe Gandarilla Salgado, Rodrigo Karmy Bolton, Alejandra Castillo, Diego Martín Giller, Ramiro Parodi, Alejandra Mailhe, Eduardo Rinesi, Horacio González, Luis Rodeiro, Jimena Néspolo.

Contacto: revistaelojomoch@gmail.com

EL OJO MOCHO

Otra vez

Una Nación para el desierto

Deuda, unidad política, feminismos
(tres cuestiones para la praxis en las extrañas del pueblo argentino)

i.

A comienzos de la década menemista, en noviembre de 1990 –para precisar–, esa auténtica bitácora de la escena cultural postdictadura que fue la revista *Babel* publicaba la traducción de un texto de Gilles Deleuze que era en verdad el último capítulo del libro *Pourparlers*, reeditado en París apenas dos meses antes. Se trataba de “Posdata sobre las sociedades de control” y desde entonces pasó de novedad teórica a ser faro para la militancia de cuño más bien autonomista.

Luego, sucedido ya el período más agresivo del neoliberalismo (aún faltaba conocer al macrismo) tras la explosión del 2001 y disminuida su potencia como programa para la acción política, el texto saltó a los planes de estudio de materias iniciales en carreras humanísticas como una primera aproximación crítica a las mutaciones del capitalismo contemporáneo. Pero incluso en ese plano, ya no el praxiológico sino el meramente axiomático, “Posdata...” cayó en desgracia con el correr de los años.

Particularmente en la Argentina del 2008, con los *lockouts* patronales de las cámaras empresariales del agro y las asambleas de productores rurales al costado de la ruta, el texto de Deleuze parecía no alcanzar para dar con una definición más precisa de los nuevos esquemas generales de dominación a escalas nacionales e internacionales. Al contrario, el sentido práctico de aquel texto –o más bien los de algunos de sus flecos, cuando su autor pasó de las aulas a la moda académica y de ahí a la vulgata– parecía haber sido releído y sus sugerencias tácticas, directamente reapropiadas por los sectores concentrados de la estructura económica argentina (verbigracia, Grobopocatel planteando las bondades de la desterritorialización, los flujos de información, la valorización del conocimiento, las redes y los nodos), en ese entonces, dispuestos a no ceder un ápice de la renta diferencial aún luego de haber acumulado a tasas chinas durante el quinquenio previo, gracias a la valorización desmesurada de los *commodities*. Asimismo la situación –la de los “piquetes” del agro y las “asambleas” en la ruta–

fue confusa para una parte de la izquierda que, por entonces, hasta llegó a abrazarse con los dueños de la tierra en cruzada contra el estado.

Y si bien sabemos que en el capitalismo todo estado es estado capitalista, se trataba, el recientemente elegido gobierno de Cristina Fernández, de un gobierno que a través del estado intentaba territorializar –y módicamente resocializar– las rentas diferenciales a través de las retenciones a las exportaciones del agro y la minería; así como, morigerar el flujo y la circulación de la renta financiera a través de una progresiva serie de regulaciones de la cuenta capital: los encajes y plazos de permanencia para los capitales financieros especulativos, el registro de las operaciones del mercado cambiario, el control de la remisión de utilidades de las empresas multinacionales, la obligación de liquidar en el mercado de cambios la totalidad de los ingresos de dólares, el tope de la cantidad de pesos que una empresa o un particular podía convertir a dólares sin uso específico, un dólar diferencial para el turismo al exterior, etc. Como señalan Mercedes Marcó del Pont y Cecilia Todesca Bocco (“Límites al desarrollo nacional en un contexto global de financierización: notas sobre el caso argentino”, en *El imperio de las finanzas. Deuda y desigualdad*, 2019), los controles a la movilidad del capital junto con la imposición de retenciones al agro, acaso constituyan los elementos más relevantes del “entorno macro financiero del período 2002-2015” y el “más revulsivo” para las elites locales e internacionales. En esa misma dirección, aquel gobierno también continuaría la senda del desendeudamiento externo que había abonado el gobierno de Néstor Kirchner.

Durante los gobiernos kirchneristas, desde el estado, desde la esfera ateniante a la macroeconomía, la decisión política del desendeudamiento externo –previa declaración de cesación de pagos a los acreedores privados en el gobierno de Rodríguez Saá en 2001– se instrumentó a través de la combinación de: las renegociaciones con significativas quitas y bonificaciones, los dos “canjes” (2005 con 65,6% de quita nominal y 2010 con 58,8% quita nominal) y los “Cupones por PBI” (es decir bonificaciones pero atadas al

crecimiento de la economía). También por supuesto a través de cuantiosos pagos como la cancelación al FMI en 2005-2006 y la liquidación parcial con plan de pagos (sin quitas) al “Club de París” para 2015-2020, utilizando para ello en una primera etapa los recursos del superávit financiero y luego reservas del Banco Central. Otra medida consistió en la reestructuración de la composición de las acreencias, disminuyendo porcentajes de la deuda en dólares y aumentando porcentajes de la deuda que quedaba en pesos y bajo jurisdicción argentina; en particular en 2008 cuando se estatizaron las AFJP, canjeando el pago de títulos de deuda en dólares en manos de terceros -privados locales y extranjeros-, por nuevas deudas en pesos contraídas con el Banco Central, reduciendo así la deuda con acreedores privados y la deuda en moneda extranjera (de 75,4% del PIB en diciembre de 2003 a 8,9 % en diciembre de 2014).

Más allá de las diversas ponderaciones sobre el desendeudamiento (divergentes en sus guarismos, mediciones, métodos, ideologías, posicionamientos políticos, intereses y manipulaciones –como la que lo mide en términos nominales-), de las evaluaciones acerca de las estrategias implementadas, así como, de las deudas pendientes que no pusieron en discusión la legitimidad de los acreedores (como la de los “*holdouts*” - “fondos buitres” y sus intereses punitivos ejecutadas por el Juez Griesa), de las renovadas e incluso de las nuevas; las políticas de los gobiernos kirchneristas respecto de la deuda externa, en su conjunto, redundaron en mejoras de las condiciones de su renegociación y pago, en la morigeración y control del riesgo de default y en el ahorro del pago de intereses, lo que a su vez mejoraba la relación entre reservas y porcentaje de la deuda (en 2001 la deuda equivalía al 577% de las reservas del Banco Central y en 2015 el 231%). Con ello, el estado ampliaba los márgenes de libertad para el manejo financiero y control del tipo de cambio. Y sobre todo se redujo la relación de la deuda sobre el producto bruto interno, es decir, de aquello que la deuda le resta al producido nacional en posibilidades de inversión y consumo. Según las fuentes (Cepal 2015, Ministerio de Finanzas 2019, etc.), las mediciones aproximadas varían pero son elocuentes: bajas del 138% del PIB en diciembre de 2003 al 43% en diciembre de 2014; o del 118% del PBI en 2003-2004 al 53, 8% en 2008, y al 52, 6% en 2015; o del 73, 3% en 2001 al 45, 3% en 2005 (después del primer canje), al 45, 6% en 2010 (tras el segundo canje), al 45, 6% en 2013 y al 47% en 2014.

Así dispuesta, esta danza de guarismos de la deuda pudiera resultar ajena a la curiosidad del pueblo. Mediciones, tasas, niveles de vida, capacidad productiva, términos de intercambios, pronósticos. O quizás el pueblo sintiera esa mole de números ignorándolos. Acaso los siente como una presión que lo rodea por todas partes, como una fuerza que lo estrangula. Pero se trata de la *economía*, aquella que al decir de Scalabrini, en tanto método, nos da palabras específicas, experiencias anteriores resumidas, normas de orientación y procedimientos para palpar a “esa entidad viva que se llama sociedad humana”. La *economía* se refiere a las cosas materiales de la vida pero “bien entendida” es algo más porque, “en sus síntesis numéricas laten, perfectamente presentes, las influencias más sutiles: las confluentes étnicas, las configuraciones geográficas, las variaciones climáticas, las características psicológicas y hasta esa casi inasible pulsación que los pueblos tienen en su esperanza cuando menos”.

Aquel estado de los gobiernos kirchneristas recogió parte de aquellos sedimentos y latencias entre los que viajaban los propios restos del pulverizado pueblo argentino tras la crisis de 2001. En ese sentido, desendeudarse (aunque pagando) era verbo crucial de la gramática de un proyecto político en el que desde la dimensión de la *economía* -bien entendida- se tomaban decisiones políticas que acotaban algunos privilegios del sector financiero para revertirlos hacia el beneficio del conjunto de la *economía* nacional y particularmente en el plano de lo social, se traducían en medidas de reparación en favor de derechos sociales tendencialmente universales (subsistencia, educación, salud, vivienda).

Decimos “desendeudamiento” y “acotar privilegios al sector financiero” y no podemos dejar de pensar en Walsh y su “Carta abierta a la Junta Militar” de 1977. Porque en ella, a través de sus crueles guarismos, las “cifras desnudas de ese terror”: miles de desaparecidos, presos, muertos, desterrados, hábeas corpus; “el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%... un descenso del producto bruto que orilla el 3%, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400%, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9%, una baja del 13% en la inversión externa...”; se denunciaba a

la “política económica” implementada desde el golpe y se develaba al sector financiero como a uno de los pliegues del diagrama de poder instaurado por el plan sistemático del “terrorismo de estado” de la última dictadura cívico-militar-empresarial-eclesiástica.

Como bien señalara Olmos, el endeudamiento externo como dispositivo, como “proceso criminal de endeudamiento”, “arranca en 1976 y... se extiende hasta nuestros días”. Por eso, intentar desendeudarse –aunque fuera pagando la deuda- no se trató de ninguna revolución, pero acaso (como la bajada del cuadro de Videla, ¿el pedir perdón en nombre del Estado?, el acompañamiento institucional a los Juicios de lesa humanidad -que pone en falta la continuidad o la reanudación del juicio sobre la deuda-, el declararse hijxs de la Madres y nietxs de las Abuelas de Plaza de Mayo en la ONU), era un gesto, un movimiento del cuerpo de la *economía* que a través -en nombre- del estado -y a cuenta de todxs- le ganaba un poco de espacio al Terror (financiero), para emprender *proyectos de redistribución, inclusión y expansión de las libertades* y también para favorecer en sus propias potencias a otros movimientos posibles, posibilidad de nuevos lazos *económicos* “trenzados en un destino común”. Posibilidad de movimientos políticos, sociales, subjetivos e incluso individuales.

Desendeudarse implicaba intentar ampliar el *margen* de soberanía política e independencia económica (liberándose de las exigencias de “cumplimientos de metas” para el FMI, imposiciones de políticas y teorías ortodoxas, etc.) para la toma de decisiones que avanzaran en la siempre retrasada conquista de mayor justicia social, apuntalando condiciones para el mantenimiento de un relativo (y con vaivenes) crecimiento económico, de la motorización de la demanda agregada, del aumento de la participación de los asalariados en el ingreso nacional; así como, de la instrumentación de políticas sociales de suma importancia para la recomposición de los indicadores económicos y los ingresos que expresan las condiciones elementales de vida para los sectores populares: recuperación de los fondos de pensión para el estado y aumento de la tasa de cobertura jubilatoria (nueva moratoria previsional), ley de movilidad jubilatoria, aumento de sueldos a estatales en paritarias y, sobre todo, en 2009, implementación de la Asignación Universal por Hijo. Para marzo de 2015 la CEPAL destacó a la Argentina como el país con mayor inversión social per cápita en América Latina.

Ese mismo *margen* también permitió financiar a través de la ANSES a las políticas de infraestructura que buscaron sostener el nivel de actividad y de empleo en y desde la rama de la construcción, pero también al derecho del techo propio. En el mismo sentido que, con mayor o menor responsabilidad, pericia, eficiencia y eficacia, lo intentaron sostener el plan PROCREAR tanto como los proyectos de los barrios sociales de la Tupac Amaru en Jujuy y el proyecto “Sueños compartidos” impulsado por las Madres de Plaza de Mayo.

De esta manera, aquella política fiscal y social expansiva era, en parte, posible por los recursos (superávits en la balanza comercial y acumulación de reservas) habilitados a través del desendeudamiento. El que a su vez, al reducir el grado de exposición financiera en el frente externo, equivalía a la posibilidad de maniobra contra-cíclica ante los estragos de la crisis financiera mundial de 2008. Matías Kulfas (*Los tres kirchnerismos...*, 2019) indica que “por primera vez un shock externo de magnitud no generaba una crisis de balanza de pagos en la economía nacional...”. Así, en la *economía* nacional (con el mantenimiento de un mínimo patrón de acumulación productiva), redundamos, se abría un *margen* de maniobra que relativamente la desenganchaba de las lógicas de la financiarización global.

Al desendeudarse, la *economía* argentina hacía relativos (al prescindir de sus elevadas tasas de interés) a los centros hegemónicos del mercado financiero internacional y también abría un vector para un realineamiento en las relaciones internacionales que privilegiaba la unidad sudamericana: del “no al ALCA” al Mercosur (ampliado), la CELAC y la UNASUR –con el sueño pendiente (adeudado) del “Sucre” como moneda común y el Banco del Sur como ente financiero-, e insinuó relaciones multipolares con los BRICS (particularmente con China, que se convirtió en fuente alternativa de financiamiento, a través de los *swaps* de 2009 y 2014).

Lo sabemos, no alcanzó...

No alcanzó. Como pueblo hemos dejado *reiterar* un nuevo ciclo de endeudamiento. Y la *repetición de la experiencia de endeudamiento obliga a preguntarse sobre el porqué de su reiteración*. No alcanzó y ¿no alcanzará? El renovado lastre de la deuda que acumuló el macrismo durante sus años de gobierno es sideral. El último dato oficial proporcionado por el (oficialista)

Ministerio de Finanzas a mitad de 2019 muestra una deuda equivalente al 81% del PBI. Sin embargo, mediciones y estimaciones alternativas (entre ellas, desde las elaboradas por El Instituto de Trabajo y Economía de la Fundación Germán Abdala a las proporcionadas por la consultora *Econviews*) la proyectan en una cifra rayana al 100% del PBI; es decir, lo que equivale a un año de producción de toda la economía nacional. También produjo un cambio de su composición a favor de deuda nominada en dólares, de corto plazo, protegida por tribunales extranjeros y con “no residentes”. En otras escalas de medida, el gobierno macrista produjo más deuda externa que la generada durante los diez años de la convertibilidad y los ocho años de la dictadura.

Sin pretender ser exhaustivos podríamos consignar que la dinámica del endeudamiento macrista comprendió: emisiones de deuda del Tesoro en moneda local y extranjera, endeudamiento del sector corporativo privado, desembolsos por el préstamo con el FMI y, algo nada menor, el endeudamiento funcional de las provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El comienzo mismo del macrismo tuvo entre sus primeras medidas la emisión de bonos para el pago a los “fondos buitres” en 2016, condición *sine qua non* para “normalizar” la calificación financiera argentina y volver a abrirse al crédito externo. En el mismo movimiento, a la semana de haber asumido el nuevo gobierno, el sistema financiero internacional también exigió la desregulación irrestricta del sistema de control de capitales para el libre ingreso –y sobre todo egreso– de los mismos, atraídos por las exorbitantes tasas de interés y los rendimientos de títulos de la deuda a corto plazo (como las Lebac).

Así, la toma de deuda y la recepción de capitales especulativos se convirtieron en el modo de financiamiento de la gestión macrista (*asegurar el funcionamiento estatal mediante un masivo endeudamiento externo*), pero también en la vía de *garantizarle al capital oligopólico una mayor tasa de ganancia mediante la valorización financiera, tanto externa como interna*. Esa dinámica (de “bicicleta financiera”) tuvo su cénit en 2017 cuando el estado lanzó bonos, tomados por los grandes fondos de inversión internacional (Citi, HSBC, Santander y Nomura, etc), por un siglo. Como lo subrayaran, Basualdo y Manzanelli, más allá de los volúmenes exponenciales del nuevo endeudamiento, la cuestión radica en que la lógica del “régimen de acumulación” del gobierno macrista estuvo sustentada en el endeudamiento

externo y la valorización financiera, “con una fase de valorización interna del capital a través de la tasa de interés fijada por la autoridad monetaria y otra fase, necesariamente asociada, de fuga de capitales al exterior” (en *Endeudar y fugar. Un análisis de la historia económica argentina de Martínez de Hoz a Macri*, 2017).

En 2018 la dinámica de deuda, fuga y valorización financiera agotaba sus posibilidades (y las de la “governabilidad” misma) y ante (el riesgo de) la cesación de pagos y la efectiva cesación de financiamiento privado, el macrismo decidió retornar a la órbita de financiamiento del FMI, hipotecando así la soberanía económica argentina y convirtiendo a nuestro país en el principal deudor de esa institución geopolítica (cuyo principal accionista e interesado es Estados Unidos); la que en contraparte nos ató al mayor crédito (57 mil millones de dólares) jamás concedido en su historia –que algunas estimaciones equiparan a los montos destinados al Plan Marshall (“Macri, anatomía de una deuda inútil”, CELAG, 2019)–, violando los propios términos del acuerdo (suscripto en junio, se renegoció en septiembre) e incluso a sus estatutos (al permitirle al gobierno de Macri el uso de los fondos para sostener la fuga de capitales). Con lo que quedaba en claro el interés geopolítico de sostener al gobierno macrista.

Como perfecto colofón, los buitres vuelven a revolotear interesados en comprar deuda argentina a bajo precio y en alto riesgo. Sostiene Claudio Lozano (*La deuda ilegítima. Renuncia del parlamento, desafío de la democracia*, 2019) que cualquier renegociación o acuerdo que mantenga al país atado a los condicionamientos de la deuda, “vuelve siempre al mismo punto: una crisis al borde del *default*”. Macri y Prat Gay firmaron el acuerdo de pago a los buitres en 2016 y dos años después, “estábamos otra vez en *default*. Con el FMI apareciendo para evitarlo, pero a costa de un programa económico durísimo y regresivo”.

La deuda macrista deja un horizonte minado. En términos de exigencias de pago, el Observatorio de la Deuda Externa de la UMET (enero de 2019), estima que entre 2020 y 2023 las sumas a pagar considerando tanto los capitales como los intereses a privados, la amortización del préstamo con el FMI (que arrancará en 2021 y se extenderá por cinco años) insumiría por año aproximadamente un 10% del PBI. Y el 75% de esos desembolsos a realizarse entre 2020 y 2023 están nominados en moneda extranjera.

Decíamos entonces, no alcanzó y no alcanzará..., como pronostica Claudio Katz, al menos “solo con la recuperación del crecimiento económico” (“La deuda y el futuro económico de Argentina: cuatro escenarios”, en *Salir del neoliberalismo. Aportes para un proyecto emancipatorio en Argentina*, 2019). Por demás, el arrastre de la deuda (social) es enorme. Juan Grabois (con quien conversamos en este número de *El Ojo Mocho*), señala que “la Argentina, creciendo a un 5% anual -que es una barbaridad-, para llegar al 10% de pobreza, [tendría] que esperar hasta el 2038 con el actual patrón de distribución... Bueno, no va. Primero, porque no vamos a crecer al 5% anual. Pero además porque no es un problema de crecimiento. Es un problema de distribución. De distribución de un montón de cosas, entre otras del ingreso. Pero no sólo: también de la riqueza, que no es el ingreso anual sino el patrimonio. Y también del acceso a determinados derechos. Y también de las cuestiones simbólicas y culturales. La injusticia social no es sólo monetaria...”. Como tampoco lo es la deuda. La que además, por su propia naturaleza, seguramente se refinanciará y se renegociará, su mera existencia es negocio. Y no alcanzará con el mero crecimiento económico, porque también se trata de las formas de la producción y el consumo, dimensiones atendidas y comprendidas por los actores de la producción o economía popular, quienes apuntan hacia un financiamiento no bancario, la conformación de cooperativas para pequeña obra pública y el desarrollo de la agricultura familiar.

Retornando a la *economía* y la deuda externa, ¿qué significa: “no alcanzó”? Pareciera algo relativo a una unidad de medida, una que no fue suficiente, un bien escaso que no se logró expandir en su elasticidad. También se utilizaba la expresión en las evaluaciones de los colegios primarios: “no alcanzó”. Sin embargo, lo cierto es que se intentó. Se emprendió una política de desendeudamiento (en escala histórica solo equiparable a la emprendida por los primeros gobiernos de Perón y el de Illia) y en ese sentido, más allá de las coyunturas y los contextos macroeconómicos “favorables”, nos parece que ante los desafíos del futuro inmediato (que ya llegó), la *decisión* de desendeudamiento kirchnerista se convierte en un mojón de memoria cercana que exige al presente, y al mismo tiempo, ya que, “no alcanzó”; nos obliga a repreguntarnos qué significó social, económica, estratégica, subjetiva y políticamente.

ii.

Nos olvidamos de “Posdata...”, al que habíamos dado rápidamente por muerto. Pero nadie sabe lo que puede un texto y cuando ya se lo creía enterrado, vuelve. Su catalepsia podría durar años. Siglos, incluso; como pasó con la poesía de Góngora, que tras una rigidez cadavérica de trescientos años fue devuelta a la vida por la Generación del '27. Sin semejante mediación temporal, con el texto de Deleuze parece estar sucediendo algo análogo. “Posdata...”, que en la última década del siglo XX se ubicaba en la bisagra entre dos tipos de sociedades (las de disciplina y las de control) y parecía iluminar desde allí las estrategias más elementales de resistencia, vuelve hoy a recobrar los bríos de sus tiempos mozos luego de que sus premisas parecían haber sido puestas en entredicho por la propia dinámica de las sociedades y los estados. De sus sentencias, algunas de las cuales son verdaderos juicios apodícticos, nos quedamos con una que, para el interés de este número de *El Ojo Mocho*, resulta de fundamental importancia: “El hombre (de las sociedades de control) ya no es el hombre encerrado (característico de las sociedades de disciplina) sino el hombre endeudado”.

Poco tiempo bastó para que dicha sentencia deviniera concepto y se acoplara al título de otro libro: *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal* (2011-13) del italiano Maurizio Lazzarato. Quien retomando además una línea previa -trazada ya por Deleuze y Guattari en *El Anti-Edipo* (1972)-, la de la relación social que produciría al “hombre endeudado”: el vínculo acreedor-deudor, compuso un ensayo sobre los fundamentos de la sociedad capitalista contemporánea.

“Posdata...” no estaba muerto porque como decíamos se rizomaba entre las mutaciones del capitalismo contemporáneo post '70, es decir, post fin de la convertibilidad del dólar a oro en 1971, post crisis del petróleo 1973, post inicio de las dictaduras militares neoliberales (bendecidas por los “Chicago boys”: Chile 1973), post suba de la tasa de interés de la Reserva Federal de los EEUU, etc.; es decir, en sus mutaciones hacia el devenir capitalismo post industrial (y post salarial). Y así, entre sus palabras, aprehendía algo que seguía sucediendo entre las cosas. Lazzarato se interna por esas vetas abiertas para hacer la genealogía del “hombre endeudado”. Particularmente a partir de lo que aquella crisis del 2008 les revelaba a los habitantes de los centros del capitalismo. Y

si volvemos a los juicios apodícticos de interés para este número de esta revista, de *La fábrica...*, retenemos: “la deuda es el motor económico y subjetivo de la economía contemporánea”. El capitalismo (neoliberal) es una *economía de la deuda*. El fundamento del lazo social es el crédito (y no el “intercambio”) y, por tanto, se sostiene en la asimétrica relación de poder acreedor-deudor (y no en la “igualdad” del intercambio). La valorización financiera como lógica de la fase actual del capitalismo es consustancial e inmanente a la producción de bienes, servicios y subjetividades.

Las crisis financieras en esta nueva fase no son “accidentes caóticos”, *efectos no deseados* o meras fallas del sistema, son vías que el bloque de poder de la “economía de la deuda” utiliza para expandir y profundizar al neoliberalismo; cuyo núcleo estratégico se cifra en la fabricación y gestión de deudas (públicas y privadas), en la construcción y expansión universal de la relación de poder entre acreedores y deudores. Así, el macrismo desde el estado tomó deuda con un grupo bancario por un siglo y muchos de sus votantes vieron convertida la promesa electoral ofrecida, su deseo y su derecho a la vivienda, en una deuda impagable multiplicada al infinito a través del negocio de los “créditos hipotecarios UVA”, los que supuestamente se financiarían con los capitales especulativos ingresados. Entre los sectores populares, el 83% de los grupos familiares que cobran la AUH sacó un “crédito ANSES”, los cuales se recobran por descuento de haberes y funcionan como un adelanto de sueldo, utilizándose mayormente para pagar otras deudas con financieras usurarias o para comprar ropa y alimentos. Y en términos de endeudamiento particular, según el primer informe de “Inclusión Financiera” que publicó el Banco Central, el macrismo deja al 51% de la población argentina endeuda con los bancos, principalmente a través del negociado de las tarjetas de crédito utilizadas para poder financiar la vida (cotidiana). “De la comparación internacional y según la información disponible, surge que la Argentina y Turquía son los únicos países cuyos adultos utilizan en mayor medida la tarjeta de crédito que la de débito”.

En ese sentido el macrismo, por su propio peso, habría cumplido con uno de sus objetivos estratégicos de su política pública: la “inclusión financiera”, concepto derivado de las iniciativas de los microcréditos del Nobel de la Paz Muhammad Yunus y el Grameen Bank (que en estas pampas inspirara la estrategia de masificar préstamos a personas no bancarizadas –“negocios en la base

de la pirámide”-, emprendida por el sociólogo vendedor de electrodomésticos: “micuotas” Ribeiro), y luego cooptado y convertido en una prioridad para organismos internacionales como el Banco Mundial y el G20. El documento de la Estrategia Nacional de Inclusión Financiera 2019 sostiene: “Entendemos por inclusión financiera al acceso universal a una oferta integral de servicios financieros, que resulten útiles para satisfacer sus necesidades; y que, por lo tanto, se usen activamente y sean provistos de manera sostenible y responsable...”. “Objetivo estratégico 1: completar y mejorar el acceso a cuentas de ahorro, crédito, medios de pago electrónicos y seguros. Objetivo estratégico 2: potenciar el uso de cuentas, medios de pago electrónicos, y otros servicios financieros, como portal de entrada al sistema financiero”.

Inclusión financiera, meta fáctica que aunque fuera cumplida por default busca legitimación legislativa y proyección en los principales promotores de la hegemonía, las escuelas. Ahí está el proyecto de ley presentado por el diputado de Cambiemos por la provincia de Buenos Aires, Sergio Buil para incorporar “educación financiera” en las curriculas de todas las escuelas (Programa Nacional de Educación Financiera Temprana en el ámbito del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología). La iniciativa plantea que todos los estudiantes, tanto de establecimientos públicos, de gestión estatal y privada de todo el país, de todos los niveles, puedan acceder a “conocimientos relacionados con el conjunto de habilidades que permiten a un individuo tomar decisiones informadas sobre sus recursos financieros”. Sus autores sostienen que todo empezará como un juego, “en la etapa inicial se podrán realizar juegos, en el primario seguramente irá más ligado a las matemáticas y quizá en el secundario y en algunos establecimientos pueda darse como materia específica”.

La deuda en sí, como dispositivo, “hacerse responsable del crédito y honrarlo”, tiene entonces funciones más allá de la especulación financiera: funciones productivas, distributivas, de captura, “de modelización de la subjetividad”. Así, el trabajo, lo social, lo familiar, y lo político, están atravesados y redefinidos por la lógica de la deuda. La deuda como relación social universal produce su propia moral (la de la culpa y el mérito), su propio *ethos* (se es “libre” en la medida en que se asume el modo de vida -consumo, empleo, erogaciones sociales, impuestos- compatible con el reembolso de la deuda), su propia subjetividad (el “hombre

endeudado), figuración de la condición existencial contemporánea.

Considerada de ese modo, insistimos, la deuda sería una relación de poder universal. De allí que pensarla sea clave para comprender y pergeñar estrategias de resistencia, enfrentamiento o alternativas al neoliberalismo (que se articula en torno a su lógica). Todo el mundo está incluido en la deuda, toda la población actual y también la venidera, “desde el niño en la cuna a la abuela en la máquina de coser”; la deuda apresa al a priori temporal del entendimiento al confiscarle recursos al futuro; la deuda es el nuevo motor de la “movilización total”.

iii.

El diagnóstico de Lazzarato apunta hacia el carácter “universal” de la subjetividad del “hombre endeudado”, y ese dato, retomando la cuestión de estrategias posibles de enfrentamiento y / o resistencia, no es poca cosa: la dimensión global es el escenario y la escala de la lucha. Reconociendo los créditos del italiano, fue Félix Guattari, quien luego de hacerlo circular entre cierta militancia, publica su: *Piano sul pianeta. Capitale mondiale integrato e globalizzazione*; libro en el que define al capital como “operador semiótico”, acuña el concepto de: *Capitalismo Mundial Integrado*, y suelta otro juicio apodíctico de nuestro interés: “la deuda es la esencia de un sistema de dominación planetaria”. Así y todo, insistimos, se trata de un diagnóstico crítico elaborado desde los centros del capital y las finanzas, que previamente se industrializaron hasta realizarse y hastiarse como “sociedades disciplinarias” (y que en 2008 comenzaron a parar la oreja ante la palabra deuda). Y si bien los capitales de los centros, así como las deudas (y sus diagnósticos críticos), circulan *urbi et orbi*, las deudas solo se materializan en territorios, en cuerpos y en pueblos; y por lo tanto y como siempre tienen sus particularidades concretas y sus “diferenciales”.

En Nuestra América escuchamos y sobre todo vivenciamos la deuda desde largo. En nuestra Argentina prácticamente la padecemos desde sus primeros gobiernos. Desde 1824, puntualmente, cuando contrajimos al empréstito con la *Baring brothers*. Piedra basal de nuestro vasallaje y nuestra condición semicolonial, puesta en primer plano por nuestros revisionistas y pensadores nacionales, porque advertían allí, en el artilugio financiero, a un resorte más de la trampa imperialista pero además, avizoraban en la deuda el umbral de una

oscura fosa para la conformación de la conciencia del pueblo argentino. Otra vez Scalabrini Ortíz: “...Condensem las operaciones y las líneas primordiales que caracterizan a esta primera operación financiera internacional argentina. Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia luchan por afirmar su influencia en el Río de la Plata, para lo cual, ante todo, pretenden endeudarnos con el acuerdo de empréstitos. Gran Bretaña, más hábil y decidida, consigue desplazar a sus rivales y concierta la cesión de un empréstito por un millón de libras... El único resultado visible y comprobable del empréstito fue el de detener el desarrollo de los pueblos, que es posiblemente el objetivo primordial de la diplomacia inglesa: detener el progreso de los pueblos, por lo menos mientras ese progreso no está bajo el control británico y sirve a su grandeza imperial”. El endeudamiento como dispositivo geopolítico de dominación de los pueblos aunque, también “es interesante informar cómo este empréstito fue empleado de inmediato como un instrumento psicológico favorable a todas las pretensiones inglesas, tal cual lo hemos visto empleado en nuestros días en los debates del Banco Central y de la Coordinación de Transportes...” (*Política británica en el Río de la Plata, 1940-41*).

Es claro que en nuestra deuda además de dos espacialidades (la interna y la externa) y dos lógicas (la macro y la micro) también conviven dos temporalidades: una de larga duración (la de nuestra condición semicolonial) y otra vinculada a las mutaciones propias del capitalismo actual. Que insistimos tiene en 2008 una cifra para continuar interrogando, fue un año clave por el conflicto de la 125, por la salida de Lousteau y Alberto Fernández del gobierno, por la asunción de Massa como jefe de gabinete y de Néstor Kirchner como presidente del PJ, por los anuncios de Cristina Fernández sobre el plan para saldar deudas con los bonistas que no aceptaron los canjes. 2008 además representa un promedio de los gobiernos kirchneristas; y acaso un punto nodal y paradójico entre el devenir de estos y los embates de la reacción conservadora emergida en 2008 con la 125 y triunfante en las elecciones de finales 2015 con la Alianza Cambiemos. Y también es clave porque la crisis mundial desatada en aquel año, dejó revelado que la financiarización de la economía también se introyecta en (y forma parte de) la llamada economía “real”, por lo tanto, también en las esfera de la producción (por ende en las actividades industriales), del consumo, de la vida cotidiana, incluso hasta en la instrumentación de ciertas políticas sociales (lo que implica a la esfera del estado). Y por eso mismo, *si no se abandona*

un modelo de sociedad de consumismo voraz, propio de la subjetividad neoliberal, tampoco alcanzará solo con estrategias macroeconómicas y crecimiento económico.

iv.

Como pueblo tenemos toda una historia con la deuda. Y hablando de revisionistas y de deudas no se puede dejar de (volver a) evocar a Alejandro Olmos, quien en la senda de José Luis Torres y su impugnación a la “década infame”, denunciara y, en 1982, llevara a juicio –caso único quizás en el mundo- a la deuda externa, concretamente acusará al ministro de economía José Alfredo Martínez de Hoz y demás responsables por los daños que ocasionara: “el plan económico concebido y ejecutado por el Ministerio de Economía de la Nación, en el período 1976-1981, se realizó con miras a producir un incalificable endeudamiento externo, que el ingreso de divisas tuvo por objeto la especulación financiera y la evasión de capitales, así como la apertura económica produjo cierre de empresas y dificultades en la capacidad exportadora y de producción y crecimiento del país”. El litigio se sostuvo por casi veinte años y en su curso quedaron atrás las promesas de Alfonsín de distinguir la deuda legítima de la ilegítima en 1983-4, la conformación de una comisión investigadora de la deuda en el Senado en 1984, la creación de un Foro Nacional Convocante al Juicio de la Deuda Externa y sus Responsables en 1995, un Juicio Público en 1996, la publicación con varias reediciones del libro que contiene *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron...* en 1990, hasta que en julio de 2000 hubo una sentencia judicial favorable a su demanda pero, los imputados fueron sobreesidos “por el paso del tiempo”. En la actualidad es Claudio Lozano quien insiste en no tratar a la deuda como un problema con soluciones solo financieras y advierte que “sin una discusión sobre el origen y las responsabilidades en este proceso de endeudamiento, no va a haber salida” (*La deuda ilegítima. Renuncia del parlamento, desafío de la democracia*, 2019).

En términos metodológicos sobre el abordaje de la deuda, al igual que Scalabrini, Olmos subrayaba la necesidad de no hablar económicamente de la economía y, por lo tanto, de interferir la tautología del lenguaje con la que se blindan las esferas del saber que vienen legitimadas como ciencias desde los centros de poder. En esa dirección, hay otro punto por demás interesante

en el trabajo de Olmos sobre la deuda que implica una inversión de perspectiva: “no somos nosotros, los argentinos, los que debemos rendir cuentas ante nuestros acreedores. Son ellos -esos mismos acreedores- quienes deben rendir cuentas ante nosotros, por el negocio financiero montado con la complicidad solidaria de los traficantes del dinero y de los amanuenses corruptos trepados a las funciones del Estado”. Invertir o al menos interferir la (ya tautológica) relación devenida universal acreedor-deudor... Y esa inversión de perspectiva también abre otro vector: “la deuda externa es nuestra fuerza y no nuestra debilidad”. Con ello, Olmos proyectaba a la deuda como “problema convocante” para que los pueblos deudores construyan una unidad, un “frente popular de América Latina” para enfrentar a las nuevas formas imperialistas.

Algo similar imaginaba Fidel Castro en 1982, mismo año en el que Guattari publicaba su *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, viajaba una vez más a Brasil, conocía la gestación del PT y entrevistaba a un tal Lula que le hablaba de la necesidad de “estatalización” de los medios económicos. Momentos en que humeaban la “crisis de la deuda” en América Latina y la guerra contra la Argentina en Malvinas. “La crisis económica y la deuda es lo que va a unir a los países de América Latina, y los va a unir mucho más de lo que los unió la guerra de las Malvinas...”, pensaba Fidel que también pensaba que la deuda era impagable y que no debía pagarse, mientras Lula le respondía a Guattari: “mi posición es que las Malvinas pertenecen a Argentina”. Pero volviendo a Olmos, lo cierto es que ante el poder del “Capitalismo Mundial Integrado” no existen soluciones individuales, los países tributarios, proponía don Alejandro, “deben coordinar su estrategia para dividir la presión de los acreedores y multiplicar los efectos de su propia fuerza...”.

“La deuda externa -el tema de este libro- no es una mera cuestión contable de equilibrio económico financiero. Es un problema clave en la definición política del destino nacional. Y no solo del destino argentino sino de todos los pueblos atados al grillo de [la] deuda”. Como lo fueran las de Scalabrini, la de Olmos también es una investigación puesta a disposición de la forja de la conciencia nacional. De allí que la noción de juicio que pivotea todo su trabajo, derive hacia la denuncia jurídica a la busca de los responsables y cómplices del crimen de la deuda; tanto como, hacia una instancia de interpelación de todo aquello

que postra en la servidumbre voluntaria al pueblo argentino. *Eso es la cautividad.*

v.

Otra vez, Deleuze y su “Posdata...”. “El hombre (de las sociedades de control) ya no es el hombre encerrado (característico de la sociedades de disciplina) sino el hombre endeudado”. Quizás por parecernos obvio en aquel fin de siglo, mientras nos precipitábamos hacia la cesación de pagos en 2001, no advertimos que el *dictum* refería menos a una cuestión puramente económica que a un núcleo de otra índole. Si el “hombre encerrado” de las disciplinas remitía efectivamente a un cuerpo en su materialidad, sometido a técnicas de sujeción y docilización de sus fuerzas, el “hombre endeudado” no remite únicamente a prácticas de intercambio en las que una de las partes demora el pago. Estar en deuda no es sólo “deber plata”. La deuda es también una condición impuesta a la conciencia del endeudado: es, en verdad, su diferimiento permanente -el de su conciencia-.

Es por ello que como estrategia geopolítica el endeudamiento es una de las mejores armas de los poderes mundiales porque logra mucho más que el sometimiento de los estados nacionales en países emergentes. Logra sobre todo que sus poblaciones asuman con naturalidad que algo siempre les falta para convertirse en un sujeto colectivo que supere el mero adocenamiento de individuos. Por eso un país en deuda es un pueblo en falta. *Por lo tanto, cabe concluir que la deuda, a pesar de parecer un problema externo, es en el fondo un problema de la sociedad argentina consigo sí misma.*

Un país en deuda es un pueblo en falta porque la deuda pasa a ser el eje de gravitación en torno al cual gira el estado y todos sus componentes, sobre todo aquel constituido por el complejo de creencias movilizadoras y por los rituales (escolares, electorales, institucionales en general) que las cristalizan –a tales creencias, aun en su variedad- en un único sistema compartido por los y las habitantes de un territorio jurídicamente organizado.

No es de extrañar, así, el desdén que el macrismo manifestó siempre por la historia –y por la *reescritura de la historia-*. Pues, en efecto, la historia es el cuenco para ese sistema de creencias movilizadoras. No están en otro lado más que allí, en la historia. Ningún dios las impone desde arriba ni emergen de un supuesto *nomos* de la tierra. Un pueblo es un pueblo porque hizo historia, con

sus violencias, sus conquistas y sus derrotas; y también porque forzado a ser una nación, organizó formalmente qué y cómo recordar de los hechos que protagonizó. Cuando las propias instituciones estatales desdeñan la historia (y todos los rituales que la presentifican) como lo hizo el gobierno de Macri, se sustraen hebras fundamentales de la conciencia del pueblo. Se lo endeuda. Y de igual modo con los que vienen que con las generaciones muertas, lo que es acaso más grave. La fenomenología de la deuda, entonces, no solamente opera hacia el futuro sino también hacia el pasado pues corta las amarras de un pueblo con su historia, o sea, con su propio ser. *El macrismo nos habrá dejado una escandalosa deuda externa, una hiriente deuda social, y también una deuda en las palabras.* Eso “te lo debo” solía responder el, habitualmente deudor de palabras, ahora expresidente.

vi.

“...el hombre nuevo / el hombre que te debo mi país...”, todavía cantan *Los de Imaguará*, entonando aquél chamamé –o polca- del padre Julián Zini: “Qué triste y qué lindo”, que solía sonar en algunas parroquias y misas durante los años ’70, acompañando los intentos de renovación de la teología-política cristiana y el diálogo cristiano-marxista encabezada por el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.

En la letra de la canción, la deuda la asumía un hombre (casi con seguridad cristiano) frente al mismísimo País. Y lo adeudado era otro hombre, uno nuevo, el “hombre nuevo”. Y más allá de las buenas, bellas y bravas intenciones de aquel neo-humanismo cristiano por el que muchos y muchas –aunque *deudos no tiene formulación en femenino-* donaron heroica, solidaria y sacrificialmente la vida. Y antes quienes estamos en deuda (como lazo de honor, memoria y amor) por la promesa de la constitución de una sociedad más justa y más libre. Pero dentro de aquella asumida deuda por aquel hombre que debía otro, por simple sustracción, se cae de madura (como la manzana del Edén) la emergencia de otra deuda (que también tiene este texto): las *mujeres* –y más allá o más acá: las disidencias de género- y sobre todo la deuda ante sus cuerpos, que no aparecen en la letra (de la canción).

Canciones de antaño cuando en las calles y en las misas sonaban las revoluciones de liberación nacional y las patrias socialistas, junto con las proclamas: “no al pago de la deuda externa” y “fuera el FMI”. Pero no son lejanos los ecos de

las memorables jornadas legislativas y callejeras en las que se debatió acerca del derecho al aborto, aquellas en las que las posiciones de los bandos en pugna se condensaron en divisas, que a partir de entonces además se convirtieron –sobre todo una– en parte de la vestimenta cotidiana de las *mujeres: la celeste y la verde*.

Y tampoco son lejanas aquellas otras jornadas no menos memorables de diciembre de 2017 en contra de la reforma previsional en las que desde la praxis de *la verde*, y antes de la masiva manifestación popular, “un grupo de mujeres trabajadoras, referentes de los feminismos, secretarías de género de distintos sindicatos se reunieron en la Asociación Gremial de Trabajadores del Subte y Premetro para reflexionar y discutir sobre el impacto de género en la reforma”: la mayoría de lxs jubiladxs son jubiladas, el 62% de las jubiladas y pensionadas (sin moratoria) son mujeres, el 86% de las personas que accedieron a la última moratoria previsional fueron mujeres (amas de casa, empleadas domésticas, trabajadoras en su mayoría precarizadas que no superaban los 8 a 10 años de aportes), mayoría son (el 64%) las mujeres que cobran pensiones no contributivas (por vejez, por invalidez o para madres de siete hijos), el 20% de las trabajadoras argentinas desarrollan tareas dentro del servicio doméstico que es el área peor paga y más precarizada, el 76% de estas mujeres no puede hacer aportes por las condiciones de informalidad de esta rama. Así las economistas Corina Rodríguez Enríquez, Patricia Latorra y Flora Partenio destacan cómo se intersectan precariedad laboral e inserción femenina en el mundo del trabajo. “Toda la precarización de la vida se sostiene gracias a un mayor trabajo de cuidados no remunerado que realizan las mujeres”. Ante lo cual, la proclama fue: *Con recorte a jubiladxs, AUH y pensiones no contributivas, no hay Ni Una Menos*” (María Florencia Alacráz, “Cinco puntos sobre el impacto de género de la reforma previsional”). Son *el trabajo y su división sexual como formas de organizar nuestras sociedades modernas lo que subyace y es deuda y agenda ineludible para lo que vendrá*

Tampoco es lejana aquella otra jornada del 2 de junio de 2017, frente al Banco Central de la República Argentina, en Buenos Aires, cuando miles de mujeres se conjuraron bajo el lema: “¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!”. Anudaban así una bandera más a las que ya flamean por la defensa al elemental derecho a no ser asesinadas y al humanista anhelo de libertad. Y con ello abrían una

dimensión de la praxis que pone en relación, íntima y no consentida: a las finanzas y el endeudamiento con la violencia hacia (el cuerpo de) las *mujeres* (sobre eso conversamos en este número con las militantes feministas del movimiento *Ni una menos*, Luci Cavallero y Verónica Gago). Relación entre deuda y patriarcado. Entre patriarcado y finanzas. Entre abstracción y negación de la materialidad de los cuerpos de las *mujeres* y valorización financiera. Se intersecta allí el debate por el derecho al aborto (derecho a la soberanía de los “cuerpos-territorios”) con la cuestión financiera, en fin, con la *economía*, la que “bien entendida... se confunde con la realidad misma”.

vii.

Ante lo cual rememoramos aquel intenso y polémico discurso pronunciado en el marco de un cónclave de las ciencias sociales latinoamericanas (Foro CLACSO, 2018) por Cristina Fernández, artífice fundamental y corporal de la unidad política que ha permitido derrotar electoralmente al macrismo; quien corriendo su cuerpo parió uno nuevo. En aquella alocución arriesgando conceptos y depurando categorías, descartó de la ecuación de la escena política –entonces venidera– a los pares: *izquierda y derecha*, así como: *pañuelos verdes y pañuelos celestes*. Y si bien en términos electorales esta última tensión puede haber sido puesta entre paréntesis en aras de prevalecer en unidad ante el antagonismo encarnado en el macrismo (¿qué encarna el macrismo?), creemos que la misma de algún modo, quizás más allá del tema puntual del aborto, como afirmación de la potencia de los cuerpos del “pañuelo verde”, sigue vigente y latente, y más temprano que tarde volverá a adquirir intensidad al interior de la unidad política conformada (y fuera de ella).

Sobre el asunto y sin detenernos en las formas del conservadurismo reaccionario católico (o protestante), atendemos a posiciones como las sostenidas por el cura villero, José María Di Paola (padre Pepe, mayo 2018): “No es inocente que este año se instale el aborto desde la política para acercarse a aquel que lo promueve en todo el mundo: el FMI... Controlar quién nace y quién no en los países que deben acatar sus normativas. Les ruego no caer en la hipocresía”. Advertimos la grave acusación del padre Pepe: un plan sistemático de eugenesia orquestado desde los centros de poder del Imperio con el objetivo de eliminar o reducir la pobreza, de cuajo. “Recordemos en este momento al ex Secretario de Defensa de los

EE.UU., Robert Mc Namara, responsable de los bombardeos más despiadados en Vietnam. Siendo presidente del Banco Mundial, planteó entre otros puntos, aumentar los caudales de préstamos a los países pobres del Tercer Mundo bajo fuertes condicionamientos y uno de ellos no era nada más ni nada menos que el aborto, a los que agregaba otros suplementos coloniales. Su plan era en todo sentido un monumental atentado contra la vida”. “...Aborto es FMI y FMI es aborto... le guste o no al mundo conservador que no ve con malos ojos que los pobres tengan la menor cantidad de hijos o que no los tengan y también al mundo pseudoprogresista que levanta las banderas de una presunta libertad de las mujeres para disponer de su cuerpo, pero que sabe que este genocidio además es inspirado y promovido por el Fondo Monetario Internacional”. Desde la teología-política cristiana, en su opción por los pobres, y la concepción sacra de la concepción; se vuelven a anudar: la cuestión de “la mujer” (y su cuerpo) con la cuestión de la deuda y su principal agente (y hoy principal acreedor del estado argentino): el FMI....

El hoy depuesto vicepresidente de la República Plurinacional de Bolivia Álvaro García Linera, hombre de formación marxista, en su *Geopolítica de la Amazonía* (2012), en una exposición de sus críticas a las formas de “explotación capitalista externa” y en particular a la explotación de los recursos naturales de la región, al pasar, se detiene en el papel que cumplen las ONGs en su contribución a la extracción de “plusvalía medioambiental desterritorializada”, y en la genealogía de dichas instituciones, éstas son remitidas a las campañas de esterilización en el Perú y la amazonia boliviana de los años '60 y '70 que venían coladas en el tren de la Alianza para el Progreso y los programas de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Así, García Linera, evocando la película de Sanjinés ¡Fuera de aquí! (1977), también vincula “esterilización” y liberalismo neocolonial. Desconocemos su posición concreta sobre el aborto, pero es conocida la del (también depuesto) presidente Evo, coincidente con las declaraciones de Hugo Chávez y las rabietas de Rafael Correa; todos críticos en acto y obra del neoliberalismo y del FMI, tanto como impugnadores del derecho al aborto. Todos hombres, como el padre Pepe que además de hombre es un hombre de la Iglesia, cuya máxima autoridad, el papa Francisco, condena al aborto y al neo-liberalismo desde la noción de: “cultura del descarte” (“que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que

rápidamente se convierten en basura”) a la que conjura predicando en favor de: “la acogida de la vida, el cuidado de la familia, la equidad social, la dignidad de los trabajadores, los derechos de las generaciones futuras”; y convocando a las “economías circulares” o “del cuidado de la casa común”; un “modelo circular de producción que asegure recursos para todos y para las generaciones futuras, y que supone limitar al máximo el uso de los recursos no renovables, moderar el consumo, maximizar la eficiencia del aprovechamiento, reutilizar y reciclar. Abordar esta cuestión sería un modo de contrarrestar la cultura del descarte, que termina afectando al planeta entero, pero observamos que los avances en este sentido son todavía muy escasos”. Mientras “nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haya una sola persona descartada, no habrá una fiesta de fraternidad universal”.

El papa Francisco es para muchos otro vector de la “unidad-política”, con singular ascendencia en algunos movimientos sociales portadores de las tres banderas: Tierra, Techo y Trabajo y agrupados en torno a la CTEP, uno de cuyos voceros e intérpretes, aunque valga subrayarlo, solo a título personal, a Juan Grabois nos referimos, también comparte, su negativa ante la legalización del aborto. “Personalmente no estoy a favor de la legalización del aborto. No es la posición de mi organización. En la militancia más activa hay una mayoría que está a favor del proyecto de ley de despenalización, pero en las bases la cosa está mucho más dividida. En las barriadas populares y en las villas hay muchas compañeras que no están para nada de acuerdo. Suscribo a lo que planteó Oscar Ojea: pedir que esto se discuta en el marco del respeto, sin agresiones, ni fanáticos que le digan a una piba que es una asesina porque piensa que hay que despenalizar ni nadie que le diga a un cristiano que su posición es matar a las mujeres pobres. No dejemos que las diferencias nos dividan. En general todo apunta a cómo agrietar el tejido social. Sobre este tema quiero ser respetuoso de muchas compañeras de los barrios y las cooperativas que es una voz que no se escucha mucho y se sustituye por una voz de otra clase social. Es un debate profundo con un montón de aristas desde lo filosófico a lo sanitario y social....”.

Pero, insistimos, hemos puesto en consideración las voces de hombres; por ello ahora la escucha ahora recalca en argumentos convergentes pero esgrimidos por compañeras, como Iciar Recalde, quien a su vez tiene escucha

en espacios de formación de no pocos gremios de la CGT, así como, en algunas Universidades del conurbano bonaerense. “El FMI quiere terminar con la abundancia de pobres abortándolos... ¡qué otorgadores de derechos son los progresistas y la oligarquía! No quieren que nazcan los pobres y afirman mentiras tales como ‘el niño existe solo si lo desea la mujer’”. Su consideración remite a lo que sería fundamento: “el liberalismo neocolonial, en su fase actual”. La Argentina “semicolonial relega hace décadas a millones de argentinos al descarte, al más cruel vertedero, pero como compró el negocio de la diversidad (vía EEUU y escuela francesa, y más acá, vía Podemos de España), muestra una delicadeza exquisita en no ofender convicciones de «género», LGTB, «disidente» o los varios tipos más de «colectivos» que ha inventado el liberalismo para hacer rentable el mercado individualista y competitivo de identidades débiles y fragmentadas y atentar contra cualquier acción nacional colectiva y comunitaria”.

No compartimos los juicios de la compañera Iciar Recalde, ni los de la Iglesia católica sobre el vínculo entre neoliberalismo y derecho al aborto. Pero sí nos interesa perseverar y profundizar en la crítica al “liberalismo neocolonial” y sobre todo a sus fundamentos. Y en esa senda creemos estar más cercanos a las consideraciones que León Rozitchner vertiera en su: *La Cosa y la Cruz* (1997), ensayo filosófico en torno a las *Confesiones* de San Agustín pero destinado a interrogar los fundamentos del neoliberalismo, entre ellos, la negación de las “profundidades materiales, engendradoras y uterales de la madre genitora”, la abstracción de “la vida histórica y corpórea de la madre engendradora”; la materialidad negada y abstraída en la mitología (institucionalizada) del “engendramiento divino” de la Virgen. *Magna Mater* pagana (Pachamama deidad de la fecundidad material) excluida y reprimida del imaginario masculino forjado a pura espada y cruz. Origen posible de la razón abstracta y patriarcal que la domina a través de la razón técnica. Abstracción de la *materialidad*, condición de posibilidad del productivismo infinito del capitalismo, y más allá, de su abstracción máxima: las finanzas, el dinero que produce dinero.

“Concluyo” -decía el Padre Pepe en ocasión de su participación en el los prolegómenos de la jornada parlamentaria en la que se rechazó el derecho al aborto- “invitando a los señores diputados a seguir el ejemplo de dos grandes mujeres: la Madre Teresa y Éva Duarte de Perón,

ambas defendían la vida aun en los momentos más difíciles y nunca se apartaron un centímetro de sus convicciones. Siguiendo este camino podemos ser más feministas cuando reivindicamos los derechos de la mujer y cuidamos la vida”. *Se discute vida en varias fntas: discusión con el carácter criminal de la violencia neoliberal, interrogación sobre las condiciones dignas de su reproducción, distancia con la mera biología.*

Los argumentos de Iciar Recalde y el padre Pepe confluyen en la memoria de un cuerpo de mujer: el de Eva. El que alguna vez fuera representado por un cuerpo de hombre en una de obra de Copi. El que (la cúpula de) la CGT quiere hacer Santa. Cuerpo que, si bien no fue descuartizado, como lo fueran (y lo son) los de las indias altoperuanas Micaela Bastidas y Bartolina Sisa, sí fue vejado, secuestrado, desaparecido y finalmente restituido y sepultado. Cuerpo que en la memoria nacional constituye la encarnación polémica y simbólica de uno de los actuales pilares de la unidad política: el peronismo. En cuyo seno, acaso se debatan y diriman las cuestiones fundamentales de una praxis a la altura de lo que este 10 de diciembre puede renacer.

Grupo Editor, diciembre de 2019

EL SIGNIFICADO DEL ENDEUDAMIENTO REITERADO

Ricardo Aronskind

Desde la dictadura cívico militar iniciada en 1976 hasta la actualidad, se produjeron tres experimentos económicos en los cuales la Argentina fue gravemente endeudada por sus gobiernos.

En la dictadura se hizo la primera experiencia de endeudamiento masivo del Estado y de las empresas públicas, que empezó cuando se produjo una abundante oferta de fondos internacionales (1976). Y que continuó hasta que se produjo un incremento histórico de la tasa de interés, provocado por el gobierno de Estados Unidos (1980), que generó una grave crisis de deuda en muchos países tomadores de préstamos, varios de ellos pertenecientes a América Latina, incluido el nuestro.

El caso argentino fue uno de los más graves por dos razones: a) muy poco del dinero tomado como préstamo externo se utilizó para aumentar la capacidad productiva del país, y menos aún para incrementar su capacidad exportadora y b) las grandes empresas privadas, que también tomaron deuda externa, lograron transferírsela al Estado, lo que agravó la situación financiera del mismo.

La segunda experiencia se realizó a partir de 1989, luego de la caída del gobierno de Alfonsín. Al comienzo de la gestión menemista, se usó la excusa del endeudamiento previo (el que provenía de la dictadura cívico-militar) para avanzar en la privatización de las grandes empresas públicas. Pero luego de realizar la mayoría de esas transferencias de esos grandes conglomerados -fuentes de grandes rentas- al sector privado, comenzó a partir de 1995 un nuevo ciclo de endeudamiento acelerado que culminó en la crisis de 2001.

Esa deuda tuvo poco que ver con mejorar las capacidades competitivas

y exportadores de la economía argentina en relación al resto del mundo. Desde el punto de vista macroeconómico sirvió para sostener un tipo de cambio muy negativo para las exportaciones argentinas, pero muy barato para la compra por actores privados. A mediados de 2001, los financistas privados internacionales cortaron el crédito a la Argentina y precipitaron una profunda crisis financiera, bancaria y productiva, que concluyó con el derrumbe de la “convertibilidad”.

La tercera experiencia la protagonizó el gobierno de Mauricio Macri. Es reciente: en los dos primeros años de gestión tomó tanta deuda, que ya en febrero de 2018 le cerraron el mercado de crédito privado internacional, y ante la imposibilidad de pagar los compromisos tomados -ya que no había incrementado en lo más mínimo la capacidad exportadora de la economía- recurrió de urgencia al FMI, que le otorgó un crédito gigantesco (57.000 millones de dólares). La administración norteamericana, que tiene una fuerte influencia en las decisiones del FMI, al gobierno de Cambiemos, al que considera una pieza clave en su estrategia para la región sudamericana.

El endeudamiento no es una casualidad:

La repetición de la experiencia de endeudamiento obliga a preguntarse sobre el porqué de su reiteración.

En cada ocasión se podrán encontrar argumentos diferentes que justifican porqué el gobierno “debió” tomar deuda, ya que las circunstancias así lo aconsejaban. La dictadura pudo decir que era una “oportunidad” para tomar crédito barato para poder invertir importantes sumas, no disponibles en el mercado financiero

local, para promover el desarrollo de la infraestructura del país.

El gobierno menemista pudo decir que endeudó al país para modernizar la economía, importar bienes de capital de mejor calidad para volver al aparato productivo más eficiente y competitivo. El macrismo, en cambio, tuvo un discurso más difuso, pero el argumento más citado le atribuye la necesidad de tomar deuda externa a la mala situación fiscal heredada del gobierno anterior y a la reticencia a realizar un severo ajuste fiscal al comienzo de la gestión.

En todos los casos las causas utilizadas para explicar el endeudamiento son falsas. En la dictadura, el endeudamiento no sirvió para el desarrollo -salvo alguna obra pública y los estadios del Mundial '78-. Durante los años '90, los dólares que se pedían servían para sostener la convertibilidad, experimento ruinoso que terminó en una hecatombe económica y social. En el macrismo, los más de 100.000 millones de dólares tomados de los financistas internacionales alimentaron la fuga de capitales y el déficit comercial.

Hoy es necesario sacar la conclusión -y es imprescindible que ésta conclusión sea sacada por la mayoría de la sociedad- que el endeudamiento es un *modus operandi*, una forma particular de conducir a la sociedad argentina, en forma no democrática ni consensuada, generando hechos de facto, en una dirección específica.

Por un lado, permite realizar negocios muy rentables en el corto plazo de sectores muy concentrados, por otro, tiende a construir un país con un perfil subdesarrollado y dependiente compatible con las necesidades de las potencias dominantes.

Efectos perversos del endeudamiento:

El endeudamiento externo argentino refleja la convergencia de tres grupos de intereses:

1) Los internos, de carácter altamente especulativo, de capitales vinculados a las finanzas pero que se han extendido al propio sector productivo. Básicamente, el negocio consiste en comprar dólares baratos en el mercado local –suministrados por el Estado, que para eso se endeuda-, fugarlos de la economía hacia otras guaridas fiscales, y volver a reintroducirlos en la medida que se presenten succulentos negocios de corto plazo (incluidas las devaluaciones, que valorizan los dólares previamente comprados baratos).

2) La “comunidad financiera internacional”, es decir, el capital financiero global, fundamentalmente de Estados Unidos y Europa, que encuentra en el mercado argentino una fuente de ganancias extraordinarias gracias a las altísimas tasas de interés que acepta pagar el país, debido al comportamiento irregular e irresponsables de diversos gobiernos argentinos (aunque el país siempre termina pagando los compromisos externos).

3) Los principales gobiernos de occidente, y centralmente Estados Unidos, que desde los años '70 han descubierto que el mecanismo de endeudamiento financiero es una forma muy práctica de intervencionismo en los asuntos internos de los países, que permite no sólo influir sobre la política económica, sino sobre los más diversos aspectos de las políticas públicas de los países endeudados.

Los efectos económicos son conocidos:

Se podría realizar una extensa lista de los problemas que genera el endeudamiento externo. Aquí sólo mencionaremos algunos de los más importantes:

1) Extrae todos los años de la economía nacional un porcentaje del PBI –que se paga como intereses y amortizaciones de deuda- que podría destinarse a consumo o inversión.

2) Establece una relación de dependencia económica y política con diversos factores externos, desde grandes bancos y fondos de inversión, hasta organismos multilaterales (FMI, Banco Mundial, BID) y gobiernos del norte (USA, UE).

3) Refuerza el poder de actores internos, especialmente los que tienen los “contactos” y las relaciones con los factores externos.

4) Habilita una intervención permanente de una burocracia especializada en subdesarrollar países: los tecnócratas del FMI. En especial sus políticas de ajuste y desindustrialización.

5) Agrede y desposee a las futuras generaciones, al cargarles desde su nacimiento con deudas contraídas por las generaciones presentes, que además no las usan para invertir y fortalecer la economía nacional.

6) Transfiere ingresos de pobres a ricos, ya que en general los que se apropian de los dólares provenientes de la deuda son los más poderosos, mientras que quienes deben pagar la deuda –y tienen menor capacidad de evasión impositiva- son los trabajadores y sectores medios.

7) Transfiere fondos del futuro al presente, ya que hoy se usan (malgastan) recursos que en el futuro deberán ser extraídos de la riqueza que produzca la sociedad.

8) El endeudamiento, en el caso argentino, es complementario a la fuga de capitales: se puede observar en las estadísticas de endeudamiento a largo plazo de la Argentina, que esas cifras crecen en paralelo a la extracción masiva de fondos desde nuestra economía hacia el resto del mundo.

9) La deuda externa elevadísima ha dado la ocasión y la justificación para

el despojo de las grandes empresas públicas nacionales (en general monopolios naturales capaces de producir grandes rentas), a través del mecanismo de las privatizaciones. En el futuro, puede ser la excusa y la extorsión para que el país se desprenda de valiosos recursos naturales estratégicos.

10) Refuerza la subordinación ideológica y cultural de la sociedad al capital financiero global, ya que la imposibilidad de resolver correctamente la situación de endeudamiento lleva a aceptar argumentaciones que aluden a la incapacidad innata de los argentinos, y otros mitos auto denigrantes similares, mientras los prestamistas globales serían gente honrada y laboriosa, que nos presta desinteresadamente. Es muy importante la educación “económica” de las masas: cómo se les explica por qué se produjo el endeudamiento, y qué responsabilidad tienen ellas mismas en que eso haya ocurrido.

11) Crea un reaseguro político a la clase dominante y sus políticas: la economía –y en algún sentido la propia política interna y externa- queda custodiada por el FMI y los gobiernos de los países centrales, que presionan constantemente para defender sus intereses propios, vinculados estrechamente a los de sus socios locales.

La restricción interna:

Digámoslo en forma clara y sencilla: la Argentina no debería estar endeudada, o estarlo en niveles muy limitados.

¿Por qué? Porque cuenta con amplios recursos exportables, y muchos otros con potencial de serlo. Además, podría desarrollar la producción de diversos bienes que hoy importa. Es decir, podría contar siempre con sus propios dólares para mantener vínculos estables y provechosos con el resto del mundo.

Sin embargo, se endeuda desmesuradamente. Lo hacen

gobiernos que representan intereses minoritarios, que obtienen especiales beneficios de esa situación. La alternancia de gobiernos que pretenden resolver en serio los problemas con gobiernos básicamente endeudadores es un problema político irresuelto de la Argentina.

La limitante interna de nuestra capacidad para mantenernos en una situación externa desendeudada reside en las características e insuficiencias de nuestros sectores productivos, que no logran desarrollar una capacidad competitiva y exportadora suficiente.

No hay secretos: eso se resuelve con políticas públicas inteligentes, apuntadas a obtener resultados productivos específicos, con inversión privada mucho más alta que la actual (parte de esos recursos se fugan al exterior) y una política planificada de construcción de un entramado productivo y tecnológico que nos permita aprovechar oportunidades comerciales en diversas regiones del mundo.

Debemos decir que el endeudamiento contribuye específicamente a impedir que dichas políticas productivas, tecnológicas, de inclusión social, puedan implementarse. El endeudamiento eterno mantiene a nuestro país en un permanente estado de zozobra e inestabilidad, inducido por políticas públicas que ponen con principal prioridad la toma sistemática de deuda externa.

Por lo tanto, cabe concluir que la deuda, a pesar de parecer un problema externo, es en el fondo un problema de la sociedad argentina consigo misma, o más específicamente, de la gran mayoría de la sociedad con los sectores minoritarios que logran endeudarla reiteradamente, contexto en el cual se fortalecen apoyados desde el exterior.

Especialmente es el empresariado local en sus múltiples dimensiones y en su enorme diversidad en donde se expresan las más profundas contradicciones entre un proyecto productivo y competitivo y otro rentístico y financiero. El primero exige esfuerzo

individual, organización colectiva y Estado muy activo y presente. El segundo sólo requiere aceptar las orientaciones pasivas que promueven los principales centros de la globalización, aunque luego los resultados económicos y sociales sean intolerables.

Es decir: el endeudamiento no es un episodio anecdótico de la Argentina, ni una casualidad. Es la expresión de la forma específica que tomó la disputa social por la configuración de la sociedad argentina, la forma en que una fracción de la clase dominante hace negocios con nuestra economía, y la forma en que los países centrales han encontrado para intervenir sistemáticamente en la orientación del país.

Y la deuda externa representa, también, las dificultades que tienen las mayorías para comprender los complejos procesos económicos y sus consecuencias, y para identificar cuáles son los proyectos políticos que las protegen y promueven, y cuáles son los que las desposeen y dejan sin futuro.

NEOLIBERALISMO PERIFÉRICO: DEUDA, FUGA Y AJUSTE

Guillermo Wierzba

Neoliberalismo y Globalización

La globalización financiera ha sido la característica clave y dinámica de la economía mundial en las últimas cuatro décadas, desplegándose mientras se extendía la hegemonía del paradigma neoliberal. Este se ha constituido por una trama ideológica que atraviesa lo político, lo económico y lo social.

La apertura financiera que predominó en la mayoría de los países durante el período mencionado se apoyó en políticas económicas nacionales que la establecieron y fomentaron. En ese plano la “liberalización” en todos los ámbitos de las economías se articuló con la “integración financiera” internacional, mientras se constituían modelos nacionales

específicos a través de agudos procesos de reconversión.

Los principios para esa reconversión fueron sintetizados por el llamado “Consenso de Washington” que requerían una política fiscal y presupuestaria que renunciara a la presencia de déficits significativos; el cambio en la estructura del gasto público centrándolo en educación primaria, salud e infraestructura; una reforma impositiva tendiente a ampliar las bases imponibles y sostener tasas marginales moderadas; la liberalización financiera y desregulación de la tasa de interés; un tipo de cambio competitivo y determinado mercantilmente; liberalización comercial; el desmonte de las restricciones a la inversión extranjera directa;

la privatización de las empresas estatales; el impulso de un proceso de desregulación general de las economías y el establecimiento de garantías de seguridad jurídica para los derechos de propiedad.

La promoción de esta reestructuración de las economías condujo a un cambio en el balance entre el peso del mercado y el Estado tanto en lo concerniente a la asignación de recursos como a la determinación de su diseño de largo plazo y estilo de crecimiento. También fomentó la mercantilización de servicios que atendían derechos económicos y sociales y la desaparición de programas y herramientas que procuraban un direccionamiento estratégico de las estructuras productivas en pos del desarrollo.

Como se puede leer en los principios del consenso, lo sustancial que atraviesa a todos ellos es la mercantilización cuasi-absoluta de la actividad económica y el retiro del Estado de su participación en la misma. Los modos de regulación económica en muchos países durante la “edad de oro del capitalismo” -que fueron desarticulados por el triunfo neoliberal- consagraban una intensa participación del Estado en la regulación mercantil, en la implementación de políticas sociales, en la producción directa en áreas estratégicas, en la definición respecto de sectores productivos protegidos o abiertos a la competencia internacional, en regulaciones financieras y crediticias y en el fortalecimiento institucional de los mercados de trabajo.

El desmonte de ese modo previo al neoliberalismo coincidió con un cambio epocal en el orden político mundial. De la existencia de un mundo bipolar en el que confrontaban el sistema capitalista de gran desarrollo en potencias occidentales, tanto en el norte de América como en Europa, con el bloque del “socialismo real” que emprendió un esquema económico diferente y era vivido como una amenaza por el primero, se pasó a otro régimen caracterizado por la definida predominancia militar de una única superpotencia y la extensión del capitalismo como organización socioeconómica sin alternativas. Una vasta periferia de países con un menor grado de desarrollo, y con diferencias de estadio del mismo, fue impactada por esos cambios. El régimen socioeconómico construido en occidente en el período previo tuvo dos causas concurrentes para establecerse sobre la base de la hegemonía de los preceptos y mecanismos que lo sostendrían: la “amenaza” ya señalada y la vivencia traumática de los profundos períodos de depresión que en la crisis de los años 30 habían generado un consenso respecto a los excesivos costos-inclusive para sectores del capital- de la autorregulación de los mercados. La propuesta keynesiana respecto del papel del gasto del Estado para el estímulo de la demanda y sobre

las virtudes de los mayores ingresos a los asalariados para el impulso del consumo – como generadores de un mayor nivel de actividad económica- había constituido una alternativa que apuntaba tanto a morigerar las fluctuaciones del ciclo económico como a sostener un nivel de vida de los asalariados de los países capitalistas centrales que los indujera más a su lucha por extender las reformas que a bregar por un cambio radical del sistema.

El fin del mundo bipolar marcado por la desintegración del “campo socialista” y el desmembramiento de la URSS junto a la caída de la tasa de ganancia en las economías capitalistas, fueron los elementos decisivos de una contraofensiva conservadora dirigida a acentuar la concentración del capital y a aumentar la tasa de beneficios mediante el disciplinamiento de la clase trabajadora. Así ocurrieron – impulsadas por las usinas neoliberales- profundas transformaciones políticas que atravesaron a los partidos y regímenes occidentales, alcanzando también intensamente a las socialdemocracias sumidas en sucesivas crisis y dinámicas de giro hacia la derecha.

Repasando el desarrollo del neoliberalismo, se puede visualizar la alternancia entre las políticas conservadoras y de las del “giro” socialdemócrata, que compusieron ese sistema político que quitó derechos sociales, redistribuyó regresivamente el ingreso y condujo a la concentración de la riqueza. La dinámica y división de tareas dentro del régimen significaron políticas de oferta con reducción de impuestos cuando gobernaban las fuerzas conservadoras, que ampliaban las ganancias empresarias y desequilibraban el presupuesto. El turno “progresista” que las seguía, asumía la “tarea” de recomponer el balance fiscal mediante la racionalización del gasto, con el objetivo de achicar el estado y provocar la pérdida de su rol en la economía frente al sector privado. El ejemplo y punto de partida de estos comportamientos fue la

sucesión en EEUU, entre la gestión republicana iniciada por Reagan y los gobiernos demócratas de Clinton, que recompusieron algunos tributos, pero cuyo centro fue el ajuste presupuestario a través de una importante reducción del gasto. El modelo se expandió a Europa teorizado por Anthony Giddens. El “giro” socialdemócrata hacia la derecha recibió el nombre de tercera vía. La evidencia empírica muestra el retroceso social y la obscena concentración de la riqueza a nivel global que produjo este “consenso bipartidario” que transformó en política de estado la regresión social y la “financiarización” de las economías. Consenso que luego se intentó mundializar, al amparo de la lógica de la “realpolitik”. Estas consecuencias no se deben leer como el resultado de la opción por una mala teoría económica, sino como un triunfo de los sectores más concentrados del capitalismo mundial que subordinaron a sus objetivos a todo sistema político de los países centrales, dejando sin representación ni alternativas al resto de la sociedad. La lectura del “fin de la historia” se construía con el “fin de la política”.

Neoliberalismo periférico y deuda externa

En su artículo publicado por El Cohete a la Luna del 24/11/19 Pablo Mareso adopta la caracterización de la etapa del nacimiento del neoliberalismo como la del traspaso de un Estado de Seguridad a un Estado de Competencia, dice que “la primera categoría hace referencia al rol de ordenador de un espacio económico unificado, en donde, a través de las herramientas de política económica, era posible alcanzar altos niveles de ocupación y un relativo bienestar para el conjunto de la clase trabajadora. Este tipo de Estado prevaleció en los países desarrollados, y en menor medida, también en los países más adelantados de América Latina, desde la segunda posguerra hasta mediados de la década de 1970. La segunda categoría pretende reflejar

el nuevo rol del Estado derivado de la pérdida de sus capacidades de intervención”. El objetivo del nuevo papel del Estado es, particularmente en el caso de los países en desarrollo, la creación de las más óptimas condiciones para la valorización del capital internacional, con el fin de imponerse en la disputa interestatal por la atracción del capital extranjero. Pero en las evidencias de las experiencias de esta política en Sudamérica, esa disputa por la atracción del capital internacional se da exclusivamente por una fracción de éste, el capital financiero. La clave de la política económica se reduce a la captación de una parte del flujo financiero global.

Esta competencia por la atracción del capital extranjero provino de la sustitución de los préstamos interestatales y de la banca de desarrollo multilateral destinados al financiamiento del desarrollo por flujos privados, tanto de bancos, fondos institucionales y de capitalistas y especuladores de las finanzas. La desintervención de la tasa de interés produjo su elevación en los países periféricos, sostenida con el argumento que esa modificación conduciría a un incremento del ahorro que se conjugaría con la selección de los proyectos y empresas más eficientes. Pero el resultado fue la quiebra masiva de pymes, la interrupción y reversión de los procesos de industrialización, y la consecuente elevación de las tasas de desempleo y pobreza. Por otra parte, los grandes grupos económicos diversificados encontraron la libertad para dolarizar sus excedentes y fugarlos al exterior, encontrándose sin incentivos para la producción interna, ya que los niveles de demanda retrocedían por la caída de ingresos de la población.

La apertura financiera, la liberalización de la tasa de interés, el estado de competencia financiero y el énfasis por reducir la inflación, adjudicándola a la emisión, condujeron a los estados periféricos a endeudarse para cubrir sus déficits fiscales. Ese endeudamiento fue contraído en las nuevas condiciones de inserción financiera internacional

y mercados cambiarios libres. Una parte sustantiva del mismo se compuso mediante la toma de préstamos en dólares y la emisión de bonos en mercados de bonos internacionales. Como los déficits presupuestarios eran en pesos, los dólares obtenidos se transformaban en moneda local y los bancos centrales disponían de los mismos a fin de proveerlos como insumo a un nuevo y central rasgo de las economías periféricas y dependientes: la fuga de capitales. Las clases propietarias de esas economías establecieron una corriente permanente de constitución de activos en el exterior alimentada por las divisas provistas por la deuda pública. No sólo por ésta sino, incluso, por las que obtenían los estados como resultado de la liquidación de divisas de los exportadores.

Estas políticas no fueron un caso particular de Argentina. Habilitaron, como en otros países, al bloque de poder concentrado para insertarse en el proceso de financiarización por el que transitaba la economía internacional. Abeles, Caldentey y Valdecantos (Estudios sobre la Financiarización de América Latina, CEPAL, 2018) sostienen que la financiarización se articula con un proceso de desposesión constituyendo, esa fusión, la clave de una fase particular del capitalismo en la que la acumulación se basa en la redistribución de activos. La *financiarización* se conforma como desacople entre las actividades financieras y la economía real y se entretiene con el surgimiento de sistemas financieros complejos, interconectados y frágiles. La *desposesión*, categoría acuñada por Harvey en *El nuevo imperialismo*, deriva del concepto de *acumulación originaria* de Marx, que describe la forma y momento en que “se separa súbita y violentamente a grandes masas humanas de sus medios de subsistencia y de producción y se las arroja, en calidad de proletarios totalmente libres al mercado de trabajo”. Es el modo con el que los futuros propietarios de medios de producción habían construido las condiciones para el funcionamiento posterior del capitalismo y la

mercantilización generalizada de la vida económica. Pero la *desposesión* se caracteriza porque la mercantilización de los ámbitos antes cerrados al mercado, se impone mediante cambios institucionales regresivos que destruyen derechos sociales y reservan mayores espacios a los derechos de propiedad, lo que requiere la intensificación cualitativa del carácter clasista del Estado. Otra diferencia es que la *desposesión* no se limita al período fundacional, sino que coexiste con el proceso de reproducción del capital

Esos autores relevaron que en América Latina luego de 1980 la tasa de inversión real nunca volvió a alcanzar el nivel de las décadas del ‘60 y ‘70 y ninguna actividad productiva proporciona el nivel de rentabilidad que prodigan las finanzas. La excepción son la explotación de recursos naturales y la prestación de servicios públicos en condiciones monopólicas. Son justamente actividades que el constitucionalismo social, como la Constitución Argentina de 1949, promovía su desmercantilización por tratarse de recursos estratégicos nacionales o actividades que atendían derechos humanos esenciales.

A su vez el propio FMI, en un estudio sobre un centenar y medio de países, comprobó que la apertura al movimiento de capitales deviene en una reducción de la participación de los salarios en el ingreso y en un aumento de la desigualdad en la distribución personal del ingreso. En América Latina se observa esa dinámica de manera más agudizada, y con el agregado de una distribución regresiva de la riqueza.

El gobierno de Macri resultó una comprobación paradigmática de la relación entre las reformas neoliberales y las consecuencias típicas de la financiarización y desappropriación: caída del producto y la inversión, redistribución regresiva del ingreso, descenso del salario, beneficios insólitamente elevados para los bancos, la especulación financiera, las empresas de servicios públicos con tarifas dolarizadas, también para las actividades

extractivas del sector primario y las producciones agropecuarias con ventajas naturales por la renta del suelo y los sectores vinculados a ellas. A lo que se debe agregar su contribución a acentuar el atraso científico tecnoproductivo.

Argentina fue una experiencia temprana, y paradigmática, en la adopción del proyecto neoliberal a través del patrón de valorización financiera y la inserción pasiva en la internacionalización financiera. Su despliegue tuvo tres fases: la de la dictadura terrorista, la del menemismo y la del gobierno de Cambiemos recientemente finalizado. Entre la segunda y la tercera, durante el kirchnerismo hubo una política de desendeudamiento, de reducción de la tasa de interés y de reindustrialización, que sin embargo no estuvo acompañada por la interrupción de la fuga de capitales que continuó, aunque con menor intensidad.

Deuda, Fuga y Estancamiento

J. Gaggero, M. Rua y A. Gaggero estimaron en el documento del CEFID-AR *Fuga de Capitales III* que el stock de activos de argentinos en el exterior evolucionó entre 1991 y 2012 de 77.255 millones de dólares a 373.912 millones, implicando una fuga de 296.657 millones para ese período, calculado por el método residual de la balanza de pagos. Con una metodología similar Rua, en su tesis de maestría en FLACSO, estimó para el período 2003-2015 una fuga de 115.159 millones y para 2016-2018 una de 57.077 millones, así el promedio de fuga anual fue de 8858 millones para la gestión kirchnerista. Pero el gobierno de Cambiemos alcanzó prácticamente a duplicarlo, ya que el promedio de fuga en sus tres primeros años fue de 19.025 millones. Comparando los montos totales correspondientes a los períodos 1991-2012 y 2003-2015 se puede inferir—que también el promedio de fuga durante el kirchnerismo fue sustancialmente inferior al del período menemista.

El Informe de Coyuntura n°32 de CIFRA-CTA señala que el aumento de la deuda pública en moneda extranjera fue de 103.308 millones entre diciembre de 2015 y septiembre de 2019, y la fuga de capitales de 93.667 millones para el mismo período. O sea, que se fugaron el 90% de los capitales ingresados por deuda. CIFRA realiza la comparación del ritmo de endeudamiento durante el gobierno de Cambiemos con el período 1976-2001, siendo de u\$s 32.500 anuales el promedio para el período macrista, frente a 7.192 valuados en dólares de 2018 para el segundo. El informe de ODE-UMET de julio de 2019 reseña que desde diciembre de 2015 a mayo de 2019 la salida neta total de divisas considerando turismo e intereses de la deuda ascendió a 137.994 millones de dólares. Con esta evolución la relación entre deuda pública en moneda extranjera pública y PBI cuadruplica la que existiera en el año 2015.

Durante el período de gobiernos de carácter popular, nacional y democrático de Néstor Kirchner y Cristina Fernández se alcanzó una sustantiva reducción de la deuda externa. La deuda pública en divisas había alcanzado el 109.6% del PBI en el año 2002; mientras que esa relación se redujo al 23,6% en el año 2015, según informan Pablo Manzanelli y Eduardo Basualdo en *Endeudar y Fugar*. También calculan que la deuda privada nominada en moneda extranjera cayó del 87.5% al 32.7% del PBI en ese mismo período de tiempo. Además, en el año 2006 se canceló totalmente la deuda con el FMI. Los grados de libertad alcanzados por sustraerse del paradigma neoliberal fueron considerables, ya que fue drástica la reducción de divisas necesarias para atender las obligaciones financieras, mientras que la deuda condicionada, que es la se contrae con el FMI y que implica fuertes restricciones a la autonomía de la política económica fue cancelada por completo. Las tasas de interés reales internas fueron reducidas y se estimuló el crédito productivo, especialmente el dirigido a pequeñas y medianas empresas, avanzándose en decisiones

de direccionamiento del crédito y en la regulación de las tasas de interés por parte del Banco Central. Todo un camino de distanciamiento de la financiarización de la economía que precedió esa época. Completa este rumbo la decisiva reestatización de los fondos jubilatorios que implicaron la transformación de la composición de la deuda externa, pues creció la interestatal y disminuyó las acreencias del sector privado.

En cambio el gobierno de Cambiemos restauró con la mayor crudeza la política económica de la dictadura y el menemismo, siendo el gobierno de Macri el que generó el mayor ritmo de crecimiento de la deuda en moneda extranjera, que financió una descontrolada fuga de capitales, desembocando en una revinculación con el FMI, con el que hoy se mantiene una deuda de más de 45.000 millones de dólares, lo que significará un futuro período de negociaciones y tensiones con ese organismo respecto de la autonomía y lineamientos de las orientaciones de la economía. Pero las consecuencias que produjo el macrismo se agravan si se observan los indicadores financieros que miden la capacidad de afrontar la deuda en el corto plazo, siendo que la relación del nivel de esta última sobre las exportaciones argentinas y/o respecto de las reservas internacionales presenta un ratio que enciende una alarma. Durante el gobierno del tercer turno neoliberal el PBI cayó un 8,8%, lo que demuestra que el endeudamiento no tuvo ningún fin productivo, financiando fuga de capitales, el turismo al exterior y los intereses sobre la deuda que el mismo provocaba. Complica aun más la situación creada, el descuidado perfil de vencimientos que fueron concentrados sobre el período de gobierno que se iniciará en diciembre.

Otra modalidad de la fuga se basó en el *carry-trade*, maniobra de ingreso de fondos especulativos para lucrar con tasas de interés internas elevadísimas en términos reales, e incomparablemente altas frente a las del mercado internacional, con

salida rápida, luego de acumular importantes beneficios en dólares, remitidos al exterior raudamente. El endeudamiento no trajo ningún beneficio productivo, convirtió a los intereses de la deuda en un rubro clave del déficit presupuestario, benefició al capital especulativo, produjo una recesión interna y polarizó el ingreso.

El futuro de la deuda en un proyecto de popular, nacional y democrático.

El Frente de Todos, en su futuro gobierno, se propone tomar medidas dirigidas a que los costos del pago de la deuda recaigan en quienes se beneficiaron con la política que termina: las empresas que cobraron tarifas abusivas, los bancos que obtuvieron beneficios extraordinarios, los capitales especulativos y los productores de bienes exportables que fueron eximidos de liquidar sus divisas y cuyos derechos de exportación fueron notablemente disminuidos durante los últimos cuatro años, permitiendo que capten una parte mucho mayor de la renta agraria. Ese es el sentido de las herramientas fiscales, en eso adquieren una importancia clave. Como potencia estatal para políticas de equidad y no como una lógica de equilibrio, “estabilización” y disciplinamiento ajustista para el pago de una deuda en moneda dura.

Esa reorganización en plazos y niveles de deuda requiere de un período cuya extensión permita la expansión de las exportaciones. También necesita de políticas selectivas de importaciones que restrinjan el ingreso de bienes de consumo producidos en el país, y que privilegien el desarrollo de sectores cuyo balance de divisas esperado sea superavitario. Políticas que, en el marco de la recuperación del nivel de actividad, de ingresos de los sectores populares y de reducción sustantiva del desempleo implicarán encarar la reindustrialización del país, para lo que se requerirá un fuerte impulso a la investigación

científica y tecnológica del Estado.

Esa reindustrialización supone la necesidad de una enérgica recuperación de la inversión. No de cualquier inversión, sino de la dirigida a la consecución de los objetivos de la política planteada, lo que necesitará de la revalorización del estado, y de su rol como agente productivo directo, como así también de la priorización de los complejos empresarios vinculados al mismo y a los proyectos más implicados con las metas buscadas por la política económica

Pero, además, el cierre de la brecha tecnológica con los países centrales, en el marco de una política de autonomía nacional, es imposible si no se abandona un modelo de sociedad de consumismo voraz, propia de la subjetividad neoliberal. Este es el terreno que se constituye en un plano en el que los proyectos de independencia nacional y emancipación social resultan frustrados. Hay un desafío de proponerse una industrialización de orden diferente que articule la elevación del nivel de vida y la disminución de la desigualdad con el abandono de una lógica depredadora de la naturaleza. Es un desafío constituyente de una noción de progreso colectivamente construida en el debate social, y no determinada por la articulación entre la motivación de la ganancia y una sociedad de mercado. Una economía con mercados es una opción muy diferente a una sociedad de mercado. Esta le otorga a la dinámica del capital la construcción de futuro. La primera utiliza mercados para cumplir con la *voluntad* de la ciudadanía. Sociedad de mercado implica un antagonismo con la democracia, que se asocia con el propio antagonismo estructural que tiene el neoliberalismo con esta última, aunque se reivindicque como su redentor.

Siendo una característica clave del funcionamiento de la economía, particularmente desde la primera fase de la valorización financiera inaugurada por la dictadura militar, la fuga de capitales, la política de controles sobre el ingreso y egreso

de los mismos y sobre el mercado de cambios resulta una condición indispensable para el éxito de estas transformaciones que propenden al equilibrio externo de la economía. Una política de este carácter necesitará para sostenerse de una rigurosa liquidación completa de las divisas obtenidas por los exportadores, como de un ajustado control e intervención en este proceso del estado nacional.

La reestructuración de la deuda a emprender debería contemplar que los plazos y la definición sobre los eventuales niveles de quitas, el período de gracia para la recomposición de la capacidad de pago, como así también de los rendimientos que devengue, estén armonizados con la recuperación, el crecimiento y el desarrollo nacional. Las declaraciones del señor Werner, director del departamento occidental del FMI, insisten con la consistencia fiscal en un programa completo. El FMI deberá reconocer la autonomía de la capacidad de pago de la deuda en moneda extranjera respecto de su obsesión fiscal, y tendrá que asumir las responsabilidades por las irregularidades que cometió en la gestión conjunta de la economía que compartieron con Macri. Porque el gobierno del Alberto Fernández definió categóricamente no tener la vocación de asumirse en el rol de vértice del “giro” socialdemócrata de una alternancia neoliberal, que el FMI milita con fervor.

En la más arriba mencionada publicación de CEPAL, Abeles, Grinberg y Valdecantos refutan la vigencia de la idea que la IED (Inversión Extranjera Directa) constituye una inversión de capital fijo no repatriable con facilidad e inmediatez. Sostienen que la financiarización tendió a borrar las diferencias entre inversión directa (consideradas como de largo plazo) y las de cartera (consideradas como de corto plazo). La dilución de la diferencia se debe a que las casas matrices pueden estar motivadas a efectuar inversiones directas por estímulos ajenos a los productivos, como el arbitraje tributario, la diversificación financiera o la

especulación. Así los flujos de IED poseen dinámicas semejantes a los activos de corto plazo, existiendo una creciente facilidad para que los inversionistas externos puedan tomar control de una empresa, o renunciar a él, a través de fusiones o adquisiciones. Las firmas son hoy como mercancías o papeles de deuda que resultan intercambiables a diario en el mercado. La otra característica adjudicada tradicionalmente a la IED es la difusión de tecnología o de mejores prácticas, pero esos efectos benéficos han sido intensamente cuestionados respecto de su vigencia actual.

Estas características presentes de la IED desaconsejan su elección

preferente para el financiamiento del balance de pagos. Es notable el aumento significativo de su participación relativa en los flujos transfronterizos. Y aun es de mayor atención el incremento de las rentas derivadas de estas inversiones en la cuenta corriente del balance de pagos (remisión de utilidades al exterior) que se suman a la constitución de activos externos, como un mecanismo más de succión de divisas de los países periféricos. Hay naciones en las que la salida por este concepto supera anualmente los nuevos ingresos de IED, y en la mayoría de las regiones el egreso de divisas para remisión de utilidades excede a los servicios de la deuda estrictamente financiera.

Entonces, en los países periféricos el ingreso de capitales, tanto por préstamos como en forma de inversión, debería ser necesariamente regulada, controlada y orientada por una política de desarrollo fijada por los estados nacionales, porque la evidencia de las últimas décadas denotan que en lugar de contribuir al desarrollo, su conducta maximizadora -en épocas de la financiarización- conducen a endeudamientos sin contrapartida y financian la fuga de capitales.

DEUDA Y FUGA

Silvia Morón

Reseña de: *Endeudar y Fugar. Un análisis de la historia económica Argentina de Martínez de Hoz a Macri*, de Eduardo Basualdo (editor), Mariano Barrera, Leandro Bona, Mariana Gonzáles, Andres Wainer y Pablo Manzanelli.

El gobierno de la alianza Cambiemos ha puesto en marcha, desde diciembre de 2015, una profunda reconfiguración del modelo económico-social. *Endeudar y Fugar...* presenta, con claridad y profundidad, un análisis sobre el inicio y la actual profundización de un régimen de acumulación por valorización financiera en el marco del cual se trazan los contornos de lo que podemos llamar una nueva hegemonía neoliberal.

El aumento de la deuda y la fuga de capitales a un ritmo sin precedentes, los déficit crecientes en la balanza comercial, el fuerte desequilibrio en las cuentas públicas -fundamentalmente por la disminución de ingresos del Estado que gravaban a sectores concentrados del capital- y una fuerte suba de la carga de intereses de la deuda, la

reducción de subsidios a servicios básicos que dan por resultado los tarifazos, una reforma tributaria a favor de los que más tienen, corridas cambiarias, inestabilidad financiera, una fuerte revalorización del dólar, un nuevo acuerdo con el FMI, recesión e inflación, son algunos de los efectos de este proceso de acumulación.

A este listado debemos agregar la continua expulsión de trabajadores y trabajadoras del sector industrial y de servicios, el debilitamiento de la red de protección social y la pérdida de derechos por parte de amplios sectores de la población por el cierre de programas, la persistente reducción del salario real que profundiza la regresividad en la distribución del ingreso, anuncios de reforma laboral en contra de los trabajadores, el disciplinamiento y desprestigio de los sindicatos y las organizaciones sociales por parte del gobierno, la persecución política, el encarcelamiento arbitrario y la represión de las llamadas fuerzas de seguridad.

Todos y cada uno de estos aspectos de nuestra realidad son presentados

de manera predominante, tanto por los medios de comunicación hegemónicos como por numerosos analistas económicos y políticos, como aspectos desvinculados, fragmentados, como si se tratara de asuntos que no guardan relación alguna entre sí. Es a partir de la lectura de los trabajos contenidos en este libro que podemos comprender que se trata de un entramado esencial para imponer un régimen de acumulación que tiene como resultado una profunda y cada vez más amplia exclusión social, que beneficia a los ricos y empobrece cada vez más a la mayoría del pueblo.

Endeudar y Fugar es un libro fundamental, necesario para comprender la actualidad en Argentina, no solo desde una dimensión económica, sino también política. Es un análisis profundo, riguroso y a la vez accesible. Los trabajos aquí presentados muestran con claridad que "lo económico" no es un ámbito desincrustado del resto de la vida social, cultural, política; que no se trata de un ámbito autónomo e independiente regido por sus propias leyes inmutables.

En este sentido considero que el aporte fundamental del libro radica en que se trata de un trabajo con un marco conceptual y metodológico que procura delimitar categorías consistentes y que permite, explicitando ciertas dificultades y limitaciones, aprehender la complejidad de la relación entre lo económico y lo político en el abordaje empírico del devenir concreto de formaciones económico-sociales específicas. La categoría “régimen de acumulación” posibilita visibilizar que lo económico y lo político no designan aspectos separados de las prácticas y procesos sociales, por el contrario, esta categoría permite abordarlos como dimensiones co-constitutivas de la realidad social: aunque analíticamente distinguibles, operan de modo concurrente –y no lógicamente sucesivo– en el proceso de acumulación del capital.

Los aspectos mencionados están presentes desde el inicio del prólogo que plantea: “La problemática de la deuda externa y la fuga de capitales locales al exterior han signado, de una forma u otra, el comportamiento económico, social y político de las últimas cuatro décadas en nuestro país”.

El texto está estructurado en seis capítulos que siguen una línea cronológica y tienen como clave de análisis al sistema financiero como eje ordenador de las relaciones económico-políticas. La categoría central en estas investigaciones es la de “régimen de acumulación”, cuya potencia analítica radica en que permite discernir estrategias de acumulación y proyectos hegemónicos en períodos específicos del desarrollo histórico. Esta categoría, según plantea Basualdo en otro de sus numerosos trabajos, nos posibilita establecer la articulación entre, por un lado, las variables económicas y la estructura económica que se conforma como resultado de luchas políticas y sociales; por otro, la forma de Estado y la hegemonía política; y, finalmente, identifica y analiza la composición de bloques de clases que devienen dominantes e imponen un sendero de acumulación acorde a

sus intereses.

A través del recorrido que realizan los autores es posible advertir los diferentes bloques de poder que juegan un papel central en el devenir del régimen de acumulación, así como las transformaciones de las formas del Estado que se expresan, entre otras cosas, en sus intelectuales orgánicos y los lugares que ocupan en las esferas de decisión política.

Reviste particular interés la relación entre el primer capítulo que analiza la deuda externa y la fuga de capitales entre 1976 y 2001 y el último capítulo que se concentra en la primera etapa del gobierno de Mauricio Macri. En estos trabajos se analiza el inicio de este régimen de acumulación por valorización financiera con la dictadura cívico-militar y su profundización con el gobierno de la alianza Cambiemos. Sin embargo y tal como nos advierte Eduardo Basualdo, no es acertado analizar las diferentes etapas como “una réplica” de otros momentos. Sería equivocado plantear que la dictadura, los ‘90 y este gobierno “son lo mismo”, es necesario, y este libro lo hace, mostrar las características propias de la dinámica de acumulación de cada etapa sin dejar de inscribir esa dinámica en un proceso histórico que debe tomar en consideración no solo las especificidades de Argentina, sino también los condicionantes que tienen las economías dependientes en el marco de los procesos de acumulación del capitalismo global.

Desde 1976 Argentina tomó deuda con un objetivo prioritario: favorecer la fuga de capitales de los grandes conglomerados económicos. La relación directa, entre deuda y fuga es lo que atraviesa a todos los capítulos que analizan diferentes momentos de los últimos 40 años. Mostrar esa relación e identificar las características propias de cada período es lo que logra hacer con solidez este equipo de investigadores del Área de Economía y Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales encabezado por Eduardo Basualdo.

Es con la dictadura cívico-militar, sostienen Basualdo y Bona, que se produce un cambio del patrón de acumulación de capital que interrumpe la segunda etapa de industrialización por sustitución de importaciones. Este proceso, según los autores, se basó en una profunda reorganización productiva a nivel internacional que acabó con la fase económica y social surgida con la posguerra. Se destaca el aumento de la integración productiva a escala mundial debido a la expansión de la inversión extranjera canalizada a través de las transnacionales, cuyos alcances se subordinaron al peso de la internacionalización financiera a niveles inéditos: “El sector financiero absorbe y asigna el excedente económico y produce cambios revolucionarios en el comportamiento de las grandes firmas y la economía en su conjunto”.

Esta interrupción forzada del proceso de industrialización se impone con represión y disciplinamiento social y con medidas que producen una profunda regresividad socio-económica. La deuda externa, sostienen los investigadores, dejó de ser una manera de financiar la expansión de actividades productivas y “pasó a vincularse a la apropiación de una enorme renta financiera: las fracciones del capital dominante contrajeron deuda externa y colocaron esos recursos en activos financieros en el mercado interno (títulos, bonos, depósitos) para obtener un excedente a partir de la diferencia entre la tasa de interés local e internacional y luego fugarlos al exterior”.

Es de fundamental importancia, advierten los autores, subrayar en este análisis la necesidad de indagar sobre la naturaleza y características del Estado que posibilitó esto, por ejemplo con la sanción de la Ley de Reforma Financiera en 1977, el papel central en la fijación del nivel de las tasas de interés y la facilitación de la fuga de capitales al proveer las divisas necesarias a través del endeudamiento externo. En suma, una completa subordinación de la dinámica estatal a los intereses de

algunos grupos económicos.

Resulta imprescindible analizar, también lo destacan los autores, que ese excedente que comienza a circular en el sistema financiero no surge de la expansión económica sino por la regresiva redistribución del ingreso: los salarios reales sufren una caída del 40% en los dos primeros años de la dictadura, lo que ocasiona una marcada reducción de la participación de los asalariados en el ingreso nacional que va del 45% al 30%. En la década de los '90, dicho excedente se generó, fundamentalmente, a partir del profundo aumento de la desocupación.

Con este marco de análisis podemos observar que tanto la deuda externa como los procesos de redistribución regresiva del ingreso constituyen una pieza fundamental para la implementación de este régimen de acumulación por valorización financiera que tiene como eje ordenador de las relaciones económico-políticas el sistema financiero. El sector productivo es el proveedor del excedente que solo puede surgir de una apropiación creciente de los capitalistas en contra de los trabajadores y las trabajadoras.

Este análisis es central porque pone en cuestión los numerosos trabajos académicos e informes de los organismos internacionales vinculados al desarrollo económico que plantean que tanto la redistribución regresiva del ingreso así como la deuda externa son “efectos no deseados” o el resultado de políticas económicas implementadas de manera ineficiente o consecuencia de un gasto excesivo de los Estados populistas y corruptos. No cabe duda, luego de leer este libro, que el aumento de la pobreza y la indigencia son el correlato de este proceso de acumulación y la represión y el disciplinamiento social y político con cierta complicidad de algunos sectores del Poder Judicial, así como la reforma laboral, son requisitos ineludibles para consolidar esta dinámica de acumulación que excluye a amplios sectores de la

población de la vida social, política, económica y cultural del país.

En los capítulos 3, 4 y 5, Manzanelli, Basualdo, Wainer, Bona y Barrera, hacen una revisión del “ciclo de los gobiernos kirchneristas” analizando los aspectos económicos, políticos y sociales de estos gobiernos. Sostienen los autores que la primera etapa se centró en la “cuestión nacional”: se impulsó el crecimiento de la economía real, dejando en un segundo plano la valorización financiera. Se encaró con éxito un canje de la deuda externa con una quita inédita de capital e intereses. Esto estuvo acompañado por medidas que permitieron mejorar la participación de los trabajadores en el ingreso y por lo tanto redujeron significativamente la pobreza y la indigencia.

La segunda etapa de este ciclo se centró en la “cuestión nacional y popular”: el gobierno profundizó la participación estatal y la defensa de los intereses de los trabajadores, que dio inicio a “un conflicto social de magnitud con ciertos sectores dominantes. Los procesos inflacionarios hay que analizarlos en este marco: expresaron la pugna entre las distintas fracciones del capital por apropiarse y recuperar el excedente que perdieron por el avance de la participación de los trabajadores”.

De la lectura de estos capítulos puede inferirse que a partir de la aplicación de numerosas medidas económicas y sociales se abrió otra dinámica del proceso de acumulación que, sin embargo, no logró dejar atrás la valorización financiera. Considero que es una tarea ineludible y urgente continuar indagando la experiencia de los gobiernos populares en toda América Latina para comprender los avances alcanzados y analizar los límites y condicionantes que imposibilitaron la continuidad de esos proyectos políticos emancipatorios.

El libro finaliza con un capítulo de gran importancia y actualidad, escrito por Pablo Manzanelli, Mariana González y Eduardo Basualdo,

que lleva por título “La primera etapa del gobierno de Cambiemos”, proceso que aún está en marcha. Aquí se destaca que se produjo una “profunda mutación del régimen de acumulación”, cuyos objetivos son “asegurar el funcionamiento estatal mediante un masivo endeudamiento externo”, pero también “garantizarle al capital oligopólico una mayor tasa de ganancia mediante la valorización financiera, tanto externa como interna”. Solo en el 2016, se fugaron del país 11.666 millones de dólares. Durante el primer año de Cambiemos la deuda externa creció 43 mil millones de dólares, más del doble de la deuda contraída por el gobierno nacional cuando llegó a su auge histórico durante la Guerra de Malvinas.

En este último capítulo los autores analizan el impacto de las políticas actuales no solo considerando los aspectos vinculados a la relación entre capital y trabajo. Ponen énfasis en los conflictos entre las distintas fracciones del capital e indagan el modo en que está conformado el bloque de poder que ejerce la conducción del proceso político, económico y social que reemplazó al gobierno nacional y popular de Cristina Fernández de Kirchner. Analizan los intelectuales orgánicos que cumplen funciones en el gobierno, tomando en consideración la distribución de los funcionarios de acuerdo con su procedencia laboral. Se destaca que casi el 40% tiene una procedencia que representa directamente al capital, sobre todo los bancos internacionales y empresas extranjeras: JP Morgan, Shell, HSBC, Telecom, Pan American Energy, DirecTV, Techint, entre otras. Un 33,7% son funcionarios que provienen de sectores indirectamente vinculados al capital: cámaras empresariales, fundaciones y consultoras y estudios jurídicos, contables y financieras.

Un aspecto fundamental para resaltar, a partir de la constatación de la preponderancia de los sectores vinculados al capital financiero internacional en la conducción del Estado, es que estamos en

presencia de algo inédito en la historia argentina, nunca antes se había desdibujado con tanta nitidez los contornos que separan, por lo menos en apariencia, el Estado y el mercado.

Para finalizar considero que la conclusión a la que arribamos luego de la lectura de estos estudios es

esclarecedora y fundamental. La deuda externa es una herramienta destinada a facilitar los negocios financieros de los grandes grupos económicos, cuya cara visible es la fuga de capital. Existe una relación directa entre deuda y fuga, y, como queda demostrado luego de la lectura de este texto, también hay una relación directa entre este proceso

y la exclusión social. Sin duda, actualmente, estamos en presencia de una “miseria planificada” como lo definió Rodolfo Walsh.

*NdE: Agradecemos a Estudios del Trabajo, Revista de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET) por permitimos reproducir una versión de este texto publicado en su número 55.

UNA PERSPECTIVA FEMINISTA CONTRA LA DEUDA. RESUMEN DE LA CONVERSACIÓN CON LUCI CAVALLERO Y VERÓNICA GAGO

25/10/2019

Matías Rodeiro: Luci, Verónica, ¿cómo andan? Las convocamos para conversar en este número de El Ojo Mocho porque estamos pensando en la articulación de tres ejes para lo que se viene después del 10 de diciembre, sea cual fuere el resultado, pero esperando que sea el esperado. Los temas son: la deuda, la unidad política y el feminismo. Y en la proyección de lo que viene, la posible articulación de esos tres ejes como trama que atravesará este cambio de gobierno. Esa fue también la convocatoria para lxs invitadxs a escribir en la revista. Y para las entrevistas también. Ahí se nos ocurrió invitarlas a ustedes teniendo como referencia concreta su libro: Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos! [2019]. Y sobre todo para pensar en la deuda que es algo que sin dudas va ocupar gravemente el horizonte venidero. En ese marco nos interesaba preguntarles: ¿cómo ven el tema de la deuda en esta ya imaginada y deseada transición entre gobiernos? Y ¿cómo habían encarado su trabajo en el libro para pensar y militar contra la deuda desde una mirada o perspectiva feminista?

Darío Capelli: Creo que son ejes de rotación: deuda,

unidad política, feminismos; que se vinculan mutuamente. Y nos parecía que la charla con ustedes podría ir muy en esa línea. Y sobre todo por el libro.

Verónica Gago: ¿Y la revista cuándo sale...?

DC: Después de las elecciones...

MR: Es la pregunta que todos los entrevistados nos hacen.

DC: Nos interesaría que puedan ampliar un poco las articulaciones que ustedes hacen entre la deuda pública y endeudamiento de la población. Y además el “diferencial de endeudamiento” de los cuerpos feminizados. Ampliar un poco eso... Eso que va de Nietzsche a Lazaratto y Federici... pero que ustedes le dan una vuelta más. Somos todo grabador.

VG: Desde el colectivo Ni Una Menos nosotras impulsamos una acción para el 2 de junio de 2017 frente al Banco Central, bajo la consigna: “vivas, libres y desendeudadas nos queremos”. Fue, en términos prácticos, una manera de pensar la cuestión de la deuda intersectada con diagnósticos feministas sobre las violencias, para que nos permitiera explicar de manera más compleja, y a la vez más callejera, a qué nos referíamos

cuando hablábamos de violencia financiera, que al mismo tiempo era algo que ambas veníamos trabajando en investigaciones ligadas al delito financiero, en el caso de Luci, y a las finanzas en relación a la economía popular, en mi caso. Para nosotras, a partir de la huelga internacional feminista lo que se construye es una forma de entender la violencia hacia las mujeres y los cuerpos feminizados, las violencias machistas, en relación orgánica con las violencias laborales, policiales, institucionales, etcétera. La huelga es un salto cualitativo tanto en la masificación del movimiento feminista como en su internacionalización y radicalidad. Tres componentes básicos de la dinámica actual de los feminismos.

Volviendo a la cuestión de la huelga y la deuda entonces... Nosotras en el libro decimos que la pregunta que podemos hacer al calor de la huelga es ¿qué sería hacerle huelga a las fianzas?

Esto surge inevitablemente de la discusión sobre qué significa hacer huelga cuando el patrón no es evidente, cuando parece no tener materialidad, porque o sos trabajadora de la economía popular, porque estás desocupada, o porque trabajas como ama de casa o porque sos precaria y free-lance. Digamos

que la perspectiva que es la del trabajo “sin patrón” y autogestivo que se abre 2001, se reabre y radicaliza con la huelga feminista porque conecta con situaciones históricas vinculadas al trabajo invisibilizado, no reconocido, no pago y obligatorio, o mal pago y desvalorizado de las mujeres y de los cuerpos feminizados y migrantes de manera más amplia y nos permite extenderla hasta esa otra forma de explotación aparentemente invisible que son las finanzas. La pregunta de fondo sobre qué significa hacer huelga cuando el patrón no está visible, nos llevó a nosotras a discutir qué tipo de patrón son las finanzas. Y por qué eso que entre algunos conceptualizamos como “explotación financiera” está especialmente “aterrizada” en las economías más precarias y más feminizadas. Esto lo empezamos a charlar mucho con compañeras, en discusiones, en talleres, y a problematizar en el marco político más general de la huelga feminista. Ese es un poco el horizonte en el que se inscribe la posibilidad de reabrir estas preguntas.

DC: ¿La huelga fue en el 2017?

VG: La primera internacional, sí, en marzo de 2017.

MR: Pero todavía sin el lema.

VG: Sí, ese lema fue en junio de 2017, unos meses después.

MR: Es interesante el lema, porque recoge algunas banderas del humanismo clásico y universal como las de las vidas libres, otras que serían “pre-humanistas” como la de vivas a secas, y al agregar desendeudadas, le anudan algo por un lado muy particular y concreto al movimiento feminista, pero también es una bandera compartida con los movimientos tercermundistas y anticolonialistas. Así se amplía el espectro de la demanda por la “vida nuda”,

para que no las maten, hacia otras cuestiones que también la implican pero la trascienden. Ahí me surge la pregunta por los anudamientos del feminismo con otros movimientos históricos, y políticos. En tu libro [La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo, 2019], inscribís al feminismo en la lucha de clases, con lo cual ya se articula con algo más. ¿Cómo piensan esas articulaciones del movimiento? Sobre todo para enfrentar o hacerle huelga a ese patrón de las finanzas.

VG: Yo creo que, por un lado, se pone en el centro de este anudamiento la cuestión de la explotación bajo una nueva clave. Al poner el desendeudamiento junto al “vivas y libres”, se profundiza algo que me parece que se hizo con la huelga que es el desplazamiento de la posición de víctimas que quieren ser reparadas y están en permanente duelo, que es en general donde se quiere ubicar al reclamo contra las violencias. Por el contrario, agregar al NiUnaMenos, la cuestión de la vida y la deuda, ya da cuenta de la constitución de sujetos en lucha, que se organizan y que, por supuesto, tienen la dimensión de denunciar a los femicidios pero con la convicción de que el movimiento no se debe dejar monopolizar por la discusión de las violencias domésticas y los femicidios. Eso es una trampa que todo el tiempo va queriendo acotar al movimiento feminista a un conteo necropolítico y, de últimas, paralizante. Y eso, por supuesto, tiene un costado culpabilizador, latiguillo predilecto de los medios periodísticos y de cierta interpretación del alza de la movilización: “cada vez se organizan más y cada vez las matan más”.

DC: Aparece mucho eso.

VG: Es un intento de maniobra culpabilizadora enorme,

que quiere argumentar una especie de efecto boomerang de la movilización para terminar mostrando que es contraproducente. Hay también explicaciones “psi” que llegan a hablar de una ilusión mimética producida por la masividad callejera que luego crearía una ilusión de poder que se muestra “falsa” en los hogares, que serían el reino de la indefensión. Entonces, otra vez esta idea de lo colectivo como momento ilusorio e incluso contraproducente. Creo que hay varias estrategias para intentar descomponer esas subjetividades en lucha que se fueron articulando. Y que, además, cada vez se complejizan más, porque incluir la cuestión de la deuda es complejizar algo central: a qué se llama explotación y por qué es desde el feminismo que se pueden lanzar estos análisis. Se abre la tarea de mapear qué tipo de trabajo hacemos y quiénes nos explotan. En ese sentido es una dimensión clasista sin usar el lenguaje de clase y, a la vez, lo reinventa.

MR: Y en términos de articulación, en sus propias acciones militantes o en los talleres con las compañeras de sindicatos y ministerios, ¿qué acogida tiene ese intento de renovación o de darle otra perspectiva al lenguaje de clase o del trabajo asalariado? Por ejemplo en la actividad del 2 de noviembre frente al Banco Central.

Luci Cavallero: Lo que pasó es que después de la acción en el Banco Central, al próximo 3 de junio, o sea el día de la marcha Ni una menos en 2018, la consigna fue tomada por algunos gremios de las CTA y de la CGT. Y me parece que se empezó a tomar porque eran cosas que habíamos conversado todo el año con las compañeras, con todas con las que habíamos compartido espacios de discusión, en los que el problema de

endeudamiento aparecía como una cuestión transversal. Y también porque tiene que ver con un modo de construcción de la agenda sindical desde el feminismo que, a su vez, se relaciona con el hecho que las trabajadoras formales también ponen en primer lugar la agenda de las trabajadoras más precarizadas. Creo que este es un desplazamiento clave cocinado desde la relación entre sindicalismo y feminismo en estos años. Si bien, en principio, la deuda no era un problema mayoritario para las trabajadoras formales en comparación con las trabajadoras de la economía popular o precarizada, desde el feminismo venimos construyendo un modo de articulación donde las demandas principales son las que surgen desde las trabajadoras más precarizadas. Creo que tiene que ver con eso que fue también una clave del paro feminista.

A la vez, mientras se agudiza la crisis, el endeudamiento de las trabajadoras formales se vuelve un problema cada vez más presente en las discusiones. Este es un punto que trabajamos en el libro y que hoy estamos profundizando: de qué modos el salario se hace insuficiente y se tiene que completar cada vez más a través de la deuda. Esto también tiene que ver con el modo de plantear la consigna del desendeudamiento desde una clave de autonomía, que dice: “nos queremos vivas y desendeudadas”. Esto hizo mucho más sentido que la consigna tradicional “fuera el FMI”. Creo que porque supo recoger un modo de la protesta y de la enunciación que abrió el imaginario político del feminismo hacia la cuestión financiera y, para nosotras, esto es clave para empezar a trazar las relaciones entre deuda y salario

Nuestra consigna funcionó también para quienes buscaban maneras de denunciar lo que

significaba la vuelta a las negociaciones con el FMI; es decir: la consigna se anticipa a una coyuntura que luego la va a expandir aun más. Ante un momento de mucha recesión, donde el movimiento más vital es el feminismo, la consigna se pudo “usar”, en el mejor sentido de la palabra, para que el feminismo ponga ciertos términos de la confrontación con Macri. Entonces creo que por eso fue tomada por todos los sectores. Y también sale un poco de esa consigna “Fuera el FMI” que no prendía de modo tan transversal, que está hace un montón de años pero le faltaba imaginar la denuncia de otras maneras en las que la deuda restringe la autonomía, que está vinculada con las violencias; y a la vez imaginar otras maneras en las que es posible desendeudarse. Cuando vos abris los sentidos de lo que significa estar endeudada, a la vez también podés abrir los sentidos de lo que implica desendeudarse.

MR: Siguiendo con las articulaciones y las intersecciones, con la cuestión del retorno al FMI, también surgió un sector del peronismo, del sindicalismo, de la iglesia e incluso algunas compañeras que asocian ese retorno a la lucha por derecho al aborto... Vos Verónica en tu libro [La potencia feminista] das vuelta ese argumento y... Me parece que ahí también se plantea una tensión para pensar en la unidad política...

VG: La consigna que circuló “Aborto = FMI” es bien compleja en su síntesis. Quiero decir que es muy sintética de todo un sector reaccionario que intenta la operación política de ubicar al feminismo como extranjerizante y neoliberal. Me parece muy sintomático que cuando desde el movimiento feminista veníamos trabajando claves de lo que significa “aterrizar” la deuda en cuerpos, territorios y economías

concretas para mapear qué significa el endeudamiento al nivel de la vida cotidiana, surge esta idea de asociar el cuerpo de las mujeres y los cuerpos gestantes con el FMI. No es casual que cuando emerge una pedagogía feminista, que se trabaja en sindicatos, talleres barriales, marchas y escuelas, sobre qué significa hablar de lo financiero desde los cuerpos, desde los territorios, desde las economías populares y desde las trabajadoras asalariadas, se quiera hacer este pliegue del cuerpo de las mujeres con decisión soberana como sinónimo del FMI. Este debate se dio en un momento de mucha efervescencia, el año pasado (2018), durante la discusión sobre el aborto que sucedía en el parlamento, en las calles, en las casas, en las escuelas, en los sindicatos y en los barrios. Digamos que fue la primera vez la discusión sobre el aborto trascendió los límites de los grupos más activistas y militantes que venían discutiendo esos temas y sosteniendo su campaña. Y se da también en un momento en el que el feminismo ha dejado de ser un grupo o una política que se plantea ajena o en exterioridad a las organizaciones sociales y territoriales; y que más bien se teje como una corriente popular que ha reinventado las prácticas mismas de los feminismos, que está poniendo en discusión las jerarquías de las organizaciones políticas desde su interior y que las está haciendo repensarse con discusiones que nunca han tenido.

DC: En términos de la ciencia política, de la sociología política, estaría en la naturaleza de los movimientos no tener como horizonte al estado y al mismo tiempo reconocer al estado exigiéndole a éste que a su vez los reconozca en su autonomía. Entonces, ¿por qué hoy el diferencial estaría en el movimiento feminista y no en otros movimientos

sociales? ¿Qué pasó con los otros movimientos sociales? ¿Fueron integrados al estado?

VG: Una primera cosa es que el movimiento feminista tiene transversalidad respecto a otros movimientos sociales. Por esto que planteábamos antes: porque no es una externalidad respecto a las organizaciones populares, y eso creo es una particularidad bastante fuerte del movimiento en Argentina. Hoy son las propias organizaciones que vienen de experiencias piqueteras, asamblearias y de formas diversas de organización territorial las que discuten cómo era que en el 2001 el protagonismo era de las mujeres que organizaban la infraestructura de la organización del piquete pero que eso no se veía de igual manera luego en la calle; también las organizaciones campesinas y de trabajadorxs de la tierra discuten y hacen feminismo; del mismo modo que muchas experiencias comunitarias problematizan quién hace los trabajos de cuidado y eso impacta también en los debates sindicales; y ni hablar del debate de escuelas sobre educación sexual integral y el modo en que eso se enhebra con prácticas feministas en las generaciones más jóvenes.

LC: Coincido en lo que dice Vero, en este país, esto no viene de los últimos años. El feminismo se masificó en los últimos años pero existe hace tiempo, tenemos que señalar los Encuentros Nacionales de Mujeres, pero es anterior todavía. Las compañeras que nos convocábamos en los Encuentros y otras instancias de conversación y de organización, pueden estar al interior de los sindicatos, al interior de los partidos, al interior de los movimientos sociales, y a la vez conservar instancias de discusión autónoma. Me parece que siempre funcionó así el feminismo. No es nuevo... eso persiste como una fuerza que

existe transversalmente. Todo se da al mismo tiempo, me parece que por las características del feminismo. Por el tipo de cuestionamiento al poder que propone, el feminismo es diferente a otros movimientos y a la vez está dentro de los movimientos. Esto funciona en el sentido de cuestionar las jerarquías patriarcales, lo cual hace que necesariamente tengas que encontrar espacios de construcción de fuerzas por fuera de las estructuras conocidas y, a la vez, que se las dispute.

VG: Diría que ese es el “diferencial” del movimiento feminista que logra ser ubicuo, estar en todos lados: una capacidad de desestabilización al interior de esas estructuras, y también fuera de ellas, sin dejar relaciones sociales a salvo de la conmoción, de la desobediencia. Como dice una amiga nuestra en un sindicato: “cuando hablo me imagino que tengo todo el feminismo atrás para sentir que tengo respaldo para mi pelea”.

DC: Ahora tomó bastante más notoriedad el tema en la universidad y en Investigación Ciencia y Tecnología. Que era como medio intocable...

VG: Por eso la idea de masificación no es solo la cantidad que somos en las calles; es también el umbral de sensibilización en cada ámbito y espacio de nuestra vida. Lo que sucede es que empezás a ver o percibir de otra manera y eso no tiene sólo bordes temáticos o de agenda, sino que invade cada relación social y en tanto tal, ya no quedan ámbitos “intocables”.

DC: Y en lo que ustedes llaman “sacar del closet” a la deuda. Sobre cómo vincular el “vivas nos queremos” con el tema de desendeudarse. Vos Lucí, decías que podía llegar a sonar abstracto. Pero justamente lo que ustedes plantean en el libro, la idea de que este

diferencial de deuda en los cuerpos feminizados le pone precisamente materialidad a algo que en sí es abstracto como las finanzas. Entonces puede llegar a sonar abstracto algo que en realidad reenvía hacia la materialidad de la deuda. ¿Por qué la materialidad de la deuda sería más evidente en los cuerpos feminizados? Porque hasta ahora me da la sensación que no hablamos mucho de eso, hablamos más bien en términos de clase. O sí hablamos, pero podríamos ampliar.

LC: Nosotras proponemos que hay un modo feminista de mirar y leer las cosas, de mirar la economía, de leer la explotación; así la deuda también puede ser vista desde un punto de vista feminista. Entonces “sacar del closet” es un gesto feminista que ahora practicamos sobre la deuda. A partir del proceso de organización de la huelga feminista, como decíamos, nos permitió, entre todas, en asambleas, durante muchos meses, empezar a hacer narraciones e iluminar zonas de la explotación que no están consideradas como explotación, que no están consideradas como trabajo. Y eso nos abrió una lente para pensar cómo actúa el endeudamiento en la lógica de la vida cotidiana. “Sacar del closet” es una metodología y una política que, como escribimos en nuestro libro, implica todo el trabajo y el recorrido de hacer colectivo un problema que se quiere presentar, y que se nos fuerza a vivirlo, como individual. Ese gesto implica, en relación a la deuda, poder narrarla, poder decir cómo nos afecta en la cotidianidad, y poder vincularla además con las situaciones de violencia de género. Porque, y este es un punto clave, hay lo que nosotras llamamos una economía de la obediencia que organiza la deuda, que justamente lo que hace es activar situaciones de violencia, fragilizar los vínculos

sociales y activar mandatos de género que están siendo cuestionados.

“Sacar del closet” a la deuda como un gesto propio del movimiento feminista implica negarnos a asumir individualmente los costos del ajuste. Producir la deuda como un problema colectivo y, por tanto, politizarla, ponerlo en discusión. Y para nosotras esto fue posible por el tipo de politización del ámbito doméstico que abrió el feminismo en los últimos años y, en particular, gracias al ejercicio de la huelga.

DC: Ustedes dicen en el libro: “no es el mismo el modo en que impacta la deuda en un estudiante norteamericano de una universidad yanqui que en una trabajadora de una cooperativa de Flores”. Si invirtiéramos los géneros y dijéramos una estudiante en una universidad norteamericana que un trabajador en una cooperativa de flores. ¿Podría invertirse y significar lo mismo? Insisto en la pregunta por el rasgo diferencial de la deuda. La cuestión de clase o de género. O las dos cosas.

VG: Lo que planeamos es justamente que no se puede sostener que la cuestión de género sea subsidiaria a la cuestión de clase y, por tanto, eso implica también la cuestión geográfica y colonial. Lo propio del análisis feminista es mostrar cómo no existe capitalismo sin patriarcado. Eso suena así grandilocuente pero tiene una materialidad muy sencilla que es un tipo de subordinación específica del trabajo feminizado, obligatorio, no remunerado y precarizado que funciona como la única garantía de una subordinación y una división al interior de la clase trabajadora; es decir, entre formas de trabajo diversas; y ese funcionamiento es indisociable

de mandatos de género heteronormativas. Pensar que la cuestión feminista es secundaria, o que se puede dejar de lado por momentos, es simplemente anular esa relación estructurante y orgánica, minimizarla. Esta dimensión patriarcal del capitalismo es simultáneamente una dimensión colonial, racista porque hay un *modus operandi* del capital sobre las colonias y los cuerpos feminizados que opera del mismo modo, que trata a los cuerpos feminizados como colonias. No es metafórico ni una imagen que sirve para escribir ensayos pero que se deja de lado para el análisis coyuntural. Un tratamiento colonial sobre ciertos cuerpos y sobre ciertos territorios estructura un régimen político y un modo de acumulación. Por eso para nosotras también es muy fundamental este concepto que empezó a circular a partir de algunas compañeras de América Central y unifica la palabra: “cuerpo-territorio”. Por un lado, porque exige pensar el cuerpo más allá de la idea de individuo y los límites de su cuerpo en términos de yo. Por otro, porque permite visibilizar la cuestión colonial de modo concreto.

DC: ¿Lo que llaman interseccionalidad?

VG y LC: Sí.

MR: Sobre el pensar con los cuerpos, lo que les quería preguntar era si les parecía que el feminismo puede aportar elementos para una nueva racionalidad-afectividad, en términos de un nuevo humanismo concibiendo el cuerpo extendido pero hacia lo humano. O si le parece que el humanismo como noción es algo que más bien clausura esa posibilidad.

VG: Desde la noción de cuerpo-territorio me parece que ya se va más allá del humanismo. Y que en ese sentido las perspectivas más interesantes son las de

cierto ecofeminismo y sobre todo de ciertos feminismos comunitarios, a través de debates de mujeres indígenas y prácticas territoriales que descentran la idea de lo humano.

MR: Un descentramiento del humanismo.

VG: Sí, yo lo veo por ese lado. Y que además tienen que ver con el tipo de conflictividades sobre los territorios y los cuerpos en este sentido ampliado que me parece que exceden la perspectiva de lo humano. Es una perspectiva clave además para entender la conflictividad ligada a los proyectos neo-extractivistas que están reconfigurando hace años nuestra región.

MR: Bien, yendo entonces hacia una cuestión más coyuntural o técnica quizá, vos Verónica habías marcado al 2001 como un hito para empezar a pensar lo que venimos conversando. Y otro hito me parece que es 2008. Por la crisis financiera mundial, y por cómo el neoliberalismo mismo pareciera producirla y a partir de ahí gobernar desde su caos. También en términos de producción textual hay muchos libros que surgen a partir de esa crisis, algunos feministas y otros sobre la deuda como el de Mauricio Lazaratto [La fábrica del hombre endeudado]. Pareciera que a los europeos recién les llega la materialidad de la deuda en 2008, se dieron cuenta. Entonces les quería preguntar por el 2008 como cifra, como mojón.

DC: En el caso de la Argentina también se discutió renta diferencial.

MR: Discusión sobre la renta diferencial, la resolución 125, también el control de capitales. Ante lo cual también se abre la pregunta sobre las posibilidades del desendeudamiento relativo

a nivel nacional frente a un sistema global que se alimenta fabricando crisis financieras y deudas, como parte de una nueva forma de valorización del capital.

VG: Para mí es un contrapunto bien interesante, también para pensar que en la región las crisis que se dieron entre 2000 y 2003 más o menos, producen impugnación al mandato de austeridad neoliberal y la salida de la crisis es impensable sin partir de esa impugnación. Y, en cambio, lo que sucede en Europa pos 2008 es que logran hacer que la crisis ratifique y profundice el mandato neoliberal de austeridad. Entonces, la crisis produce legitimidad en favor del neoliberalismo en Europa. Y eso es una diferencia muy grande en cómo se atraviesa la crisis, con qué fuerzas sociales, y sobre todo qué dinámicas políticas se reconocen con capacidad de abrir y disputar la crisis, contra el relato de la crisis como puro infierno. Después creo que hay que hacer otra periodización que de alguna manera está en el libro pero que la estamos ampliando. Se podría plantear del siguiente modo. Tenemos el momento de insurrección social-popular del ciclo 2001, impugnación a la legitimidad política del neoliberalismo desde abajo y una apertura de margen político, por arriba, para los llamados gobiernos progresistas en la región. Y lo que ahí se organiza es un paisaje latinoamericano. Que consiste justamente en la intersección entre esa impugnación desde abajo del mandato de austeridad neoliberal, la necesidad de relanzamiento de la acumulación a través de un modo específico de inserción de nuestros países en el mercado global a partir de los commodities, y el reconocimiento de esas demandas populares que se traducen en formas de inclusión que tienen a la mediación financiera como dispositivo. Esos tres ejes arman la

complejidad del momento. Que tiene varias dinámicas difíciles. Por un lado, está el lenguaje de la inclusión desplazado a los bancos: “inclusión financiera”, “democratización bancaria”, asociado a lo que en mi libro La razón neoliberal (2014) llamé “ciudadanía por consumo”. Así vemos una propaganda del léxico democrático pero volcado sobre las instituciones bancarias que dinamizan ciertos patrones de consumo, indisociables de ciertas maneras de despojo. Y ahí me parece que hay que hacer una problematización sobre cuáles fueron los dispositivos reales de inclusión social y los modos de acceso a derechos a través de formas financieras o, más precisamente, la financierización de los derechos sociales. Después se puede ver otro nivel de intensificación de esa expansión capilar de la obligación financiera en relación al proceso del feminismo. Donde esa captura financiera se empieza a dirigir especialmente hacia las mujeres. Ahí nosotras leemos como dos momentos en el que el sistema financiero recupera unas desobediencias y las explota.

DC ¿Cómo que recupera unas desobediencias?

MR: Las subsume.

VG: Las subsume, las integra, les extrae valor. Las traduce a la vez que las reconoce, esa es la astucia de las finanzas. Ahora, esa profundización de la captura de las desobediencias y politizaciones de los feminismos en términos financieros tiene otras dos cuestiones que son las que a nosotras nos interesa pensar. Por un lado, todo este trabajo de reproducción, de economía doméstica como fórmula privada y familiarista, con el feminismo empieza a ser puesto en cuestión en términos del vínculo que se establece entre trabajo reproductivo - mandato de género. Y eso discute también, por ejemplo,

a quiénes se les da subsidios y qué contraprestación tienen los subsidios. Sobre todo la AUH. Esto es algo que en estos últimos años se discute muchísimo en cada territorio: quién cuida, cómo se cuida, cuántas horas, cuántas jornadas trabajamos, qué se paga y que se considera trabajo doméstico, militante, comunitario, etc. y cómo se conjuga con formas de naturalizar el trabajo de la reproducción de la vida.

Por eso es que es necesario que las formas de obligación financiera por medio del endeudamiento popular a tasas de interés usurarias siempre va acompañada de una dimensión de moralización. Es decir: de ratificación de ciertos roles y ciertos mandatos de género. Hay una profundización muy fuerte en lo que es el macrismo, obviamente del endeudamiento, y especialmente su destino que pasa a ser estrictamente la reproducción social: alimentos, medicamentos y servicios básicos. Con la inflación, además, cambia la ecuación entre ingreso y deuda de una manera bestial. Hoy por ejemplo los ingresos de una jubilación simplemente son la garantía para el endeudamiento. No es que la deuda complementa el ingreso. Se pasó de un momento en que la deuda complementaba a un momento en que la deuda es el ingreso fundamental. Y el subsidio es apenas la excusa para poder obtener una deuda. Esa profundización es enorme pero, me parece que haciendo un corte solamente en términos de 2015 como muchas veces se hace políticamente en la discusión sobre endeudamiento, hace perder la complejidad del fenómeno y la comprensión de cómo se produce la situación histórica por la que se consigue la financierización de la vida cotidiana. .

Si marcamos hacia atrás esos dos momentos de expansión de la dinámica financiera

al traducir demandas del movimiento social ligado a la crisis del principio de siglo primero; y la profundización de esa expansión financiera directamente como colonización de las tareas de reproducción en respuesta al movimiento feminista luego; ahora lo que vemos es un tercer momento: las finanzas queriendo capturar hacia adelante, el tiempo del movimiento por venir, de las generaciones futuras. Por eso es que está tan fuerte la discusión de Educación Sexual Integral y Educación Financiera en las escuelas.

Eso fue impresionante en Chile, donde estuvimos hace un mes, presentando y debatiendo nuestro libro con el comité de los estudiantes del Crédito con Aval del Estado (CAE), que es el crédito para los estudiantes que te da el gobierno para financiar el costo de estudio en las universidades. Ellxs organizaron una presentación del libro tratando de discutir, justamente, el endeudamiento pero que comienza desde lxs estudiantes secundarios. Hay que recordar que Chile tiene a la población más endeudada per cápita de la región. Ahí aparece esta dimensión de la disputa por este tercer momento de la financiarización que estamos tratando de profundizar ahora.

MR: Sería interesante si pueden contar algo más sobre Chile, ya que estuvieron allí y además ustedes lo destacan en el libro como un caso singular en términos de sociedad del endeudamiento.

LC: Nosotras veníamos laburando una hipótesis, siempre partiendo desde lo que armó el feminismo. Cuando los pibes de los secundarios de acá empezaron a organizarse para bloquear el programa que se llamaba Escuelas del Futuro. En ese momento estábamos en plena ebullición feminista y se armaron muchos puentes de

discusión con los secundarios. Y empezamos a ver un tema en torno a la educación sexual en la ciudad de Buenos Aires, que de por sí tiene muchos problemas del implementación pero sobre todo empezamos a ver que el macrismo, paralelamente a cambiar los programas, preparando pibxs para el trabajo precarizado y metiendo contenidos para la educación financiera, estaba queriendo apagar los espacios de reflexión de ESI, sobre todo como espacio en los que lxs pibxs pueden poner en indeterminación lo que van a hacer (y van a ser) en el futuro. Indeterminación de género, de sexo, pero también de trabajo, de sus vínculos y deseos. Indeterminación de la obediencia con sus familias, con los docentes. La torsión respecto de la ESI fue evidente a favor de una lógica de prevención del embarazo.

Y cuando fuimos a Chile nos pasó que tuvimos una reunión con estudiantes secundarixs y empezaron a contarnos que efectivamente ellxs se transformaron en peligrosos para la policía cuando empezaron a hacer estos vínculos entre reclamos de educación no sexista con educación pública. Estamos hablando de que les instalaron policías adentro de las escuelas. Y lxs chicxs nos decían: lo que criminalizan es una manera de reflexionar, que tiene que ver con empezar a cuestionar mandatos de género pero también mandatos de endeudamiento, sobre cómo nos empiezan a producir como futuros endeudados; sobre cómo nos preparan con unas varas de éxito – fracaso de aspiraciones. Nos empiezan a limitar en eso. Y nos criminalizan los espacios en los que empezamos a reclamar por una educación no sexista que es capaz de indeterminarnos en relación al futuro. Eso fue bastante interesante para empezar a pensar cómo se producen sujetos y sujetas endeudadas ya desde

la secundaria y que es lo que esa deuda está anticipándose a controlar. Eso fue muy impresionante en Chile.

Y también nos juntamos con muchas organizaciones, entre ellas con compañerxs que están armando una agrupación que está tratando de volver ilegales las deudas educativas, a partir de varias estrategias políticas y jurídicas. Pero también discutimos deuda con la Comisión 8M de las compañeras que organizaron el paro feminista allá. Y el tema del endeudamiento era un tema impresionante. En el sentido de escuchar un hartazgo por parte de lxs pibxs. Un agotamiento. Pibxs que nos decían: no quiero que me digan qué es la felicidad. Pibxs así chiquitos. Salimos y dijimos acá se está cocinando algo...

Y alguien no lo está leyendo. Nosotras tampoco nos imaginábamos lo que iba a estallar en breve, pero salimos conmovidas. Sobre todo por el modo en que narraban cómo la deuda de los padres en el presente acotaba ahora sus posibilidades de futuro. “Que mis viejos estén endeudados, significa que yo no puedo boludear, no me puedo falopear. Están endeudados por mi futuro”. Entonces empezaban a pensar la deuda, pero pibxs muy chiquitxs.

DC: ¿Y lo ponían en esas palabras de la deuda?

LC y VG: Sí, la deuda.

DC: Porque además de ser un núcleo de sentido, es un hecho concreto, los viejos están endeudados para la educación de los pibes.

LC: Y cómo organiza eso a las familias en términos de premio y castigo...

VG: Además en cómo ves a tus padres y madres deslomarse por vos y cómo se traduce

en términos morales, porque cualquier boludez que vos hacés va en contra de ese sacrificio. Y ahí la cosa que más estamos trabajando es pensar en cómo en este tercer movimiento del endeudamiento y expansión capilar de las finanzas, la deuda depende de esta obediencia a futuro: ese trabajo que vas a realizar pero todavía no hiciste y que, por tanto, hay que producir las condiciones para que se realice. A diferencia del salario, ya que en la relación salarial el que es acreedor es el trabajador que adelanta el trabajo que se paga después, en la deuda rige una inversión ontológica: el capital pone primero la plata y tiene que asegurar que vos vas a responder con trabajo a ese adelanto. Por eso la transcripción en términos de moralidad se hace cada vez más fuerte. Es una doble pinza, es la transcripción jurídica, por eso es tan importante todo el aparataje jurídico para que la obligación financiera se realice. Y por otro lado, es tan importante la transcripción de moralidad, en términos de obediencia de cumplir, “honrar” las deudas.

DC: Y ustedes ven en el feminismo además de poder pensar la deuda desde esta perspectiva, una potencia de desobediencia.

VG: Porque justamente es el feminismo el que viene discutiendo esas cosas, en este clave de qué tipo de moralización hay sobre los deseos, qué tipo de obediencia se enjambra en tu trabajo a futuro, que arquitectura teológica se combina con la jurídico-financiera. Hoy veíamos una pintada en Chile, que nos mandan las compañeras, que en la pared de un banco decía: “nos deben una vida”. Es una inversión de quién debe a quién fundamental. Poniendo la lucha por el desendeudamiento como la lógica de la disputa. ¡Pero esto ya es el próximo libro!

LC: Me quedé pensando en eso de que Chile es como la condensación. La semana pasada estuve una semana viendo noticieros y programas de Chile y lo que había en la tele constantemente eran tipos, psicólogos sociales, sociólogos, tratando de explicar lo que pasaba. ¿Qué pasa?, ¿cómo puede ser? Nosotras también vamos siguiendo a los movimientos que se oponen o resisten al neoliberalismo. Y me parece que el estallido de Chile no se puede leer sin considerar lo que sembró y consiguió el feminismo. Como apertura de lo que significa desobedecer. Con una serie de inventarios de gestualidades de la desobediencia que empujaron una pedagogía del feminismo al interior del movimiento estudiantil y que lo llevaron a la huelga del 8M. Para imaginar esta idea de “evadir” o de desobedecer y hacerla masiva. No estaba claro cómo en una sociedad que sistemáticamente produce endeudados, se cocina semejante desobediencia. Y que además no está comandada por movimientos sociales ni por sindicatos ni por nada. Es un estallido de lxs endeudados y de les hijes de les endeudados.

VG: Este año circuló mucho la discusión que se resumía en la pregunta: ¿por qué no estalla? Que era un poco el latiguillo ¿no?, frente a la profundización de la crisis. Y nosotras la figura que pensábamos no era la del estallido sino de la implosión. No era el estallido de 2001 pero a la vez no es un escenario pacificado, donde además hay muertas todo el tiempo, que para nosotras sí cuentan. Entonces lo que pensamos es que la violencia aparece como implosión, a través de la violencia doméstica, en los territorios, en la articulación del endeudamiento con las economías ilegales, que es otro tema súper fuerte en los barrios, de cómo el narco en particular es una fuente de financiamiento,

una fuente de provisión de créditos y es una fuente de efectivo para pagar deudas a cambio de otra organización del trabajo en los territorios, esa es otra dinámica muy importante que reorganiza la conflictividad. A eso llamamos implosión.

Pero ahora con Chile que volvemos a la imagen de estallido hacia afuera, creo que vemos el gesto feminista de sacar del malestar doméstico privado hacia fuera: una politización de ese malestar individualizado por el dispositivo culpabilizador del endeudamiento que estalla, como una burbuja financiera, en las subjetividades. Y después hay otra discusión con quienes argumentan que volvieron las revueltas y que suponen al feminismo como algo que pasaba en el compás de espera, mientras supuestamente no pasaba nada. Creo que más bien hay que pensar al feminismo como un acumulado de luchas, de sensibilidades, de formas de alianza política y de texturas de movilización que reorganizan la forma del antagonismo político. Es por esto que la cuestión de la vida y la reproducción social toma otra densidad, se ponen al centro de las protestas y estructuran un hartazgo que es existencial y laboral.

VG: Una cosa más sobre la unidad política. Creo que un término o cuestión que nosotras discutimos es el de transversalidad política pero porque materialmente se ha construido en estos años y ha sido una de las claves de la potencia feminista. Ese ejercicio práctico de transversalidad, tuvo efectos muy concretos por ejemplo en armar la intersindical feminista. Que fue un hecho histórico que se cocinó al calor del paro, como la posibilidad de juntar compañeras dirigentes de las cinco centrales sindicales por primera vez.

DC: Y sin romper orgánicas, porque no las rompen sino que

las contienen de otro modo.

VG: Y a la vez produce un desborde. En simultáneo hay una preocupación desde el movimiento feminista, o por lo menos de algunas, de qué sería producir una orgánica del feminismo capaz de estar a la altura o de hacer justicia con estas experiencias de transversalidad.

MR: Ahí también aparecería su insistencia en la escala internacional de esa transversalidad. Si el enemigo es el capital financiero, hay que defender el territorio y las situaciones pero si no hay coordinación internacional...

VG: Sobre eso, hicimos parte de una asamblea feminista de la Villa 31, desde donde nos pidieron discutir nuestro libro sobre la deuda. Vamos a una reunión a preparar la actividad de lo que sería la discusión y lo que surge es: urbanización es urbanización por deuda y a la vez esa urbanización y esa deuda están asociadas a mandatos de género bien precisos. Las compañeras nos decían: nosotras sabemos que nos dan estas casas nuevas, que además tienen materiales súper precarios, pero los títulos de “propiedad” se los quedan los bancos. Y cuando ellas entran a las casas empiezan a pagar una cantidad de impuestos y de servicios, que sus ingresos no alcanzan para sostener. Y al año tienen una enorme deuda sobre esa casa, que hace que legalmente el banco se quede con la casa y con el título. Entonces lo que surgió que había que discutir y denunciar cómo el endeudamiento se convertía en la forma legal del desalojo. Ya no hace falta que nos desalojen por la fuerza, decían. Vienen, además arman quilombos entre las familias, unos dicen que sí otros que no, dividen quilinx de futuros propietarios, toda una estrategia muy pesada, del macrismo, de la urbanización.

A los migrantes que no quieren ir a las casas nuevas les dicen que los van a denunciar a migraciones. Entonces se hizo la Asamblea, que estuvo increíble bajo el título: urbanización, deuda y mandato de género.

LC: Nosotras desde el feminismo venimos pensando que la visión internacionalista es estratégica, y bueno la última vez que armamos un flyer con la discusión sobre la plurinacionalidad decía: “frente a la globalidad del despojo financiero, alianzas plurinacionales internacionalistas”. Y al mismo tiempo que se estaba dando la discusión de los BOTES [bonos del Tesoro Nacional en pesos a tasa fija], cuando no llegaban inversiones para que los recompraran, no eran los BOTES, eran las LEBAC, que finalmente las compran dos o tres fondos de inversión amigos de Caputo, diciendo que le hacen la gauchada para que no se le arme una corrida cambiaria. En ese momento, nosotras justo estábamos en España discutiendo con diferentes agrupaciones de Madrid, entre ellas una agrupación que se llama Plataforma Antidesahucios. En Madrid se estaba organizando una actividad contra el mismo fondo de inversión que acá compró esos bonos, Blackstone, que es el recompró toda la deuda inmobiliaria de Madrid que estaba en manos de los bancos y que está produciendo desalojos masivos, sobre todo de mujeres migrantes. Entonces, con las compañeras de allá imaginábamos una acción internacional porque ese fondo ahora tiene parte de la deuda argentina. Y también por la necesidad de entender todo el circuito financiero. Aparece en la Argentina, en el momento de la inversión más abstracta de comprar títulos y de no saber quiénes son los inversores y de repente nos hablaban de una corrida cambiaria. A la vez que en otro lugar del mundo

ese mismo fondo de inversión está aterrizando en forma de desalojos.

Cualquier imaginación práctica sobre una resistencia ante el despojo financiero exige una dimensión internacional. Entonces eso también nos hacía pensar en la cuestión de la Villa 31. Porque el modo en que se está desalojando en la 31 está muy relacionado con los negocios inmobiliarios, con las exigencias del BID, y con la valorización y especulación urbana. Y bueno, cómo pensar esas investigaciones que son el primer momento de la “contra-abstracción”, como le llamamos nosotras, de quitarle a las finanzas su poder de mando abstracto: son estos tipos que están haciendo tal cosa en tal lugar. Esa es una primera forma de desobediencia a la impersonalización absoluta de lo financiero.

DC: Y ahí, una pregunta Justicialista, y ¿el estado nacional?

LC: Creo que el rol del estado en la regulación de las finanzas es muy importante. De hecho la desregulación de la cuenta capital fue el colador por el que llegamos a esta situación. Es importante tener a alguien en el estado que pueda regular la cuenta capital. A la vez no es condición suficiente para pensar la desobediencia financiera si pensamos también la forma en que esas deudas macroestructurales se traducen en endeudamiento doméstico. En su momento se discutió la UNASUR cuando se quería hacer un banco latinoamericano para bloquear las corridas sobre las monedas o para comerciar en otra moneda que no fuera el dólar.

El rol del estado también es importante y a la vez no puede ser el único horizonte para combatir el saqueo financiero. Porque también hay otras formas: hoy

se están discutiendo qué y cómo sería armar monedas sociales que puedan ir desacoplando los intercambios en los territorios de los continuos chantajes de las corridas financieras. Entonces, me parece que hay que hacer todo al mismo tiempo. Hay que regular lo más que se pueda al sistema financiero. Incluso entendiendo lo que remarcó Vero que el estado también es garante del endeudamiento y a la vez tiene ciertas funciones que pueden regular las finanzas y que no son menores. Al mismo tiempo hay que pensar en una estrategia internacionalista.

VG: La cuestión es cómo inscribir una relación de fuerzas que surge de la presión y la movilización feminista y plurinacional. Por ejemplo ahora hay una discusión que a nosotras

nos interesa mucho sobre qué políticas de desendeudamiento masivo se podrían implementar. Y se está hablando de formas de préstamos que justamente anulen las tasas usurarias. Y eso tiene que ver con una capacidad de los movimientos sociales de politizar un tema que parece tan esotérico como la tasa de interés. Y al mismo tiempo hay que discutir que se le hayan entregado a los supermercados la provisión de alimentos para las ayudas sociales, a través de formas de bancarización que fueron en paralelo a la dolarización del costo de los alimentos mientras avanza la frontera del agronegocio.

DC: Y ahí aparecen algunos actores como la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT).

VG: Actores que son capaces de concretizar esos debates y ponerle una relación de fuerzas concreta, y decir acá lo que hay que hacer es esto y aquello. Lo mismo pasa con lo que comentábamos de la urbanización y la discusión del tema de la vivienda, desde los alquileres hasta la renta inmobiliaria informal en las villas, la discusión de los desalojos y cómo eso está atado a bonos de la deuda. Son cables fundamentales que se van uniendo en la discusión política sobre la renta. Que es la discusión fundamental hoy.

LA METÁFORA DE LO FEMENINO. ROZITCHNER Y LÉVINAS SOBRE LA MUJER

Shirly Catz

I

Tradicionalmente, la ética se ha entendido desligada de lo sensible. Los grandes preceptos no podrían provenir de la experiencia del propio cuerpo, porque entonces no serían universales. Sin embargo, muchos filósofos se encargaron de mostrar los peligros de una ética ubicada sólo en el ámbito de lo abstracto.

Un filósofo que intentó establecer un “mandamiento” partiendo del mundo material fue León Rozitchner. Frente al “No matarás” levinasiano, planteó la presencia primera de un “Vivirás” materno y primigenio. Lévinas permanecería, entonces, dentro de los límites de la metafísica que quiso superar.

Nos opondremos, sin embargo, a esta lectura. Ésta es parcial, pues olvida la importancia *del gozo y de la sensibilidad* en la filosofía levinasiana. Se convierte a Lévinas en una figura del “amor al prójimo” y del “dar la vida por el otro” cuando, en verdad, Lévinas afirma una y otra vez que *la ética no es posible por fuera del ámbito del gozo*.

II

León Rozitchner plantea que toda ética posible debe provenir de un “Vivirás” primero, ligado a la *figura de la mater* que la metafísica occidental ha dejado de lado. El problema central de la filosofía consiste en la pregunta: ¿Por qué existe un cuerpo, dentro de todo lo existente, que sea yo

mismo?

Su entrelugar es el del *materialismo* ligado a la *ensoñación*: en *Materialismo ensoñado*, explica que esta ensoñación primera está ligada a la madre, que “queda contenida como fuente viva en una memoria que, por ser originaria, no tenía espejo para reflejarse porque las palabras como meros signos aún no existían”; “y que cuando al fin se hagan dos y se separen, y los cuerpos antes yuxtapuestos se desunan, y el sueño y la vigilia se distancien, y el niño se haga hombre, el Uno sensible se mantendrá como el secreto de la unidad imborrable con la madre, aunque la ‘realidad’ de los que sólo sueñan cuando duermen conspire para olvidarla”.

La figura de *lo femenino* se

encuentra ligada a la del *sueño*. Pero hay distintos niveles posibles de sueño. Al comienzo de *En busca del tiempo perdido*, por ejemplo, Proust cuenta que soñaba con una mujer que nacía de su costilla, a partir de la posición de su muslo; pero su primer sueño es todavía el sueño que la racionalidad patriarcal nos permite soñar, derivada del pensamiento religioso “la mujer que sale del hombre”.

Cuando Proust se convence de volver a encontrarla- “como aquellos que salen de viaje para ver con los ojos una ciudad deseada e imaginan que se puede disfrutar en la realidad del encanto del sueño” - el “viaje” lo lleva, en las páginas siguientes, hacia un sueño más profundo, el del famoso beso de su madre, que espera con ansias de niño antes de irse a dormir.

Allí empezamos a entrever la posibilidad de ese *materialismo ensoñado* como un “pliegue” en el cuerpo orgánico, *materialismo ensoñado* que no deja de estar amenazado constantemente por la figura del Padre: el niño quiere otro beso, y acaso otro más- “Bésame otra vez”, querría decir- pero sabe que si lo hace “su padre va a irritarse”. Y por eso, finalmente, lo que termina deseando no es el beso sino su espera, para que la promesa esté siempre “a punto de entrar por el corredor”, “con su vestido de jardín en muselina azul”:

Mi único consuelo, cuando subía a acostarme, era que mamá venía a darme un beso cuando ya estaba en la cama. Pero estas buenas noches duraban tan poco tiempo, ella volvía a bajar tan rápidamente, que el momento en el que la oía subir, seguido del paso por el corredor a doble puerta del leve rumor de su vestido de jardín en muselina azul (...) era para mí un momento doloroso. Anunciaba el que seguía, el momento en que ella ya me habría dejado, habría vuelto a bajar¹.

Ese “ensueño materno” sería, para Rozitchner, el “éter” en el cual el sentido circula. Esas “significaciones arcaicas” van surgiendo en la coalescencia de *olores, sabores y afectos*, cavidades húmedas de un cuerpo erógeno de las que la razón no quiere saber nada. Esto sucede porque la premisa de la metafísica es “en el principio era el Verbo”. Pero si la madre no hubiera abierto con el hijo el espacio de la ensoñación que es la trama del pensamiento, ninguna lengua hubiera podido crearse, porque no habría habido una materia en la que inscribirse.

El cuerpo materno es entonces el “elemento” que da sentido pleno al pensamiento, secreto primero que la religión cristiana, establece Rozitchner, quiso negar: suplantó la madre viva con una madre muerta, con una Madre Virgen. Por eso Rozitchner critica también a Heidegger, quien confundiría al Ser abstracto con el ser vivo y sensible de la madre arcaica que en sordina le sigue hablando y él sigue negando: “Del origen sólo le llega su eco metamorfoseado por el terror teológico que le marca la angustia, también segunda, del ser (destinado) a la muerte cristiano”.

En *Lévinas, o la filosofía de la consolación*, Rozitchner acusa también a Lévinas de “convertir en metafísica el secreto del descubrimiento del otro”, “con las palabras que suplen la magia de la mirada inquisidora por una revelación sagrada que deposita en una relación sensible, reducida a sensación minúscula, el infinito de la revelación divina: zonas erógenas convertidas en teológicas”.

En vez de permitir una aproximación más profunda al conocimiento de la realidad que lo aterrera, Lévinas entraría en un éxtasis místico donde la protección imaginaria le brindaría un consuelo salvador. Pero el camino está por otro lado.

Se trata, para Rozitchner, de recuperar a la “dadora de vida” como primer imperativo previo al “No matarás”: el “Vivirás” primigenio, del cual el “No matarás” es sólo un imperativo defensivo, a la retirada, murmurado frente al enemigo implacable e inmovible que amenaza con aniquilarnos.

Por eso su famosísima imagen del “Rostro” sería en realidad *segunda* en relación a un “rostro primero”, evocado en cada rostro visto. Acaso el rostro evocado, afirma Rozitchner, es el de ese primer rostro visto pero defraudado en cada rostro, una pérdida definitiva de un rostro que alucino pero al que no renuncio: la mirada materna primordial, que hace referencia a mi propia historia. Por eso el rostro que encuentro es “siempre trascendente”: porque nos dice que nunca volveremos a encontrar al primer rostro, *el materno, inmanente*.

El “olvido” levinasiano estaría dado, entonces, por el hecho de convertir a la lengua primera de la madre en el Infinito idealizado de la Palabra del padre, intercambiando su rostro por el de él. “He pensado que es en el rostro de otro que él me habla por primera vez. Pero esa no era la primera vez, sino la segunda por lo menos: olvidó la lengua sensible y corporal que organiza las primeras significaciones afectivas en una coalescencia donde todos los sentidos se dan cita en la melodía de su voz, que surgen desde el cuerpo de la madre con el que, para llegar a ser, necesariamente también Lévinas estuvo con-fundido”.

III.

Nos oponemos, como dijimos, a la lectura que hace Rozitchner de Lévinas. Esta mirada deja de lado la importancia *del gozo y de la sensibilidad*. No es cierto que en la filosofía levinasiana

la experiencia del rostro del otro se encuentre antes que la experiencia de mi propio cuerpo.

En *Totalidad e infinito*, Lévinas le dedica 72 páginas a la cuestión del gozo, una extensión mayor que la que cualquier otro tema. Es claro que para Lévinas el gozo es primero, y que es necesario “estar contento” para “estar atento”, lo que quiere decir que es imposible sustraerse al plano de la sensibilidad para fundar una ética. Sin plenitud, sin felicidad, sin haberse alimentado adecuadamente, sin haber satisfecho sus necesidades, el “mismo” no podría llegar al “otro”. Es imposible alcanzar la trascendencia por fuera del mundo de la materialidad. *El gozo se encuentra antes que la angustia.*

Explica Lévinas que en el origen tenemos un ser colmado, un ciudadano del paraíso, un ser feliz. El hombre no está arrojado al mundo, sino que el hombre es feliz de tener necesidades. Eso “de lo que vivimos” no son ni representaciones ni tampoco instrumentos o utensilios heideggerianos, sino “objetos del gozo”. “La necesidad es amada, el hombre es feliz de tener necesidades”. “Vivimos de ‘buena sopa’, de aire, de luz, de espectáculos, de trabajos, de ideas y de sueños: no se trata aquí de objetos de representaciones, sino de que *vivimos de ellos.*”

Y eso de lo que vivimos no es ni ‘medio de vida’- como la pluma es medio en relación a la carta que permite escribir- ni un ‘fin de la vida’- como la comunicación es el fin de la carta- tampoco son instrumentos, ni aun utensilios, en el sentido heideggeriano del término. “Su esquematismo no se agota en el esquematismo utilitario que los diseña, como la existencia de martillos, agujas, o máquinas. Son siempre, en cierta medida- y aun los martillos, las agujas y las máquinas lo son- objetos del gozo”.

La vida es *amor a la vida*, relación con contenidos que no son mi ser, y sin embargo más queridos que mi ser: pensar, comer, dormir, leer, trabajar, calentarse al sol. “Reducida a la pura y desnuda existencia”, escribe, la vida se disuelve en sombra. Y esto de lo que vivimos no nos esclaviza, lo gozamos:

Vivir es gozar de la vida. Desesperar de la vida sólo tiene sentido porque la vida es, originalmente, felicidad. El sufrimiento es una extinción de la felicidad, y no es exacto decir que la felicidad es una ausencia de sufrimiento. La felicidad no está hecha de una ausencia de necesidades cuya tiranía y carácter impuesto se denuncian, sino de la satisfacción de todas las necesidades. La privación de la necesidad no es una privación cualquiera, sino la privación en un ser que conoce la excedencia de la felicidad, la privación en un ser satisfecho. La felicidad es realización: está en un alma satisfecha y no en un alma que ha extirpado sus necesidades, alma castrada?

Por eso, además, sus críticas a Heidegger son las mismas que le formula Rozitchner, en el sentido de que “el *Dasein* jamás tiene hambre”. El gozo, explica Lévinas, es la producción de un ser que *nace*, que rompe la eternidad tranquila de su existencia seminal o uterina para encerrarse en una persona, la cual, viviendo del mundo, vive en su casa. Y esta sensibilidad que describe a partir del gozo del elemento, no pertenece al orden del pensamiento, sino al de *la afectividad* en la que se agita el egoísmo del yo.

IV.

Hemos demostrado que Lévinas no olvida el materialismo del mundo. El gozo y la afectividad son centrales en su filosofía. ¿Qué lugar le otorga, por otra

parte, a lo femenino?

En sus obras de juventud Lévinas identifica lo femenino con el “misterio”, una “fuga ante la luz”, “pudor”, “ocultamiento”, expresión positiva de la alteridad. En *Totalidad e infinito* Lévinas vuelve a identificar a la Mujer como el Otro por excelencia, aunque a primera vista parece retomar los rasgos clásicos del patriarcado: *la mujer como morada, hospitalidad, acogida.*

Lévinas se colocaría en una tradición que despoja a la mujer de sus atributos concretos como sujeto. Cuando Lévinas escribe que la mujer es “misterio”, se sobreentiende- escribe una de las más tempranas críticas de Lévinas, Simone de Beauvoir- que es “misterio para el hombre”. El momento emblemático es la “fenomenología del Eros” de *Totalidad e infinito*, en que la amada será un “rostro” sin palabras, “rostro” equívoco.

Es cierto que en *Totalidad e infinito*, la figura de lo femenino aparece ligada a la dulzura, del “recogimiento, de la interioridad de la Casa y de la habitación”. Sin embargo, Lévinas formula una aclaración importante, cuando escribe: “¿Es necesario agregar que de ningún modo se trata aquí de sostener, afrontando el ridículo, la verdad o la contraverdad empírica que toda casa supone *de hecho* una mujer?”

Lo femenino ha sido recobrado en este análisis como uno de los puntos cardinales del horizonte en que se coloca la vida interior, y la ausencia empírica del ser humano de ‘sexo femenino’ en una morada no cambia en nada la dimensión de feminidad que permanece abierta aquí, con el recibimiento mismo de la morada”. “Quizá, por otra parte, todas esas alusiones a las diferencias ontológicas entre lo masculino y lo femenino parecerán menos arcaicas si, en lugar de dividir la humanidad en dos especies (o dos géneros),

quisieran significar que la participación en lo masculino y en lo femenino fuese lo propio de todo ser humano”, escribe en *Ética e infinito*, “¿Sería ése el significado del enigmático versículo del Génesis, I, 27: “hombre y mujer los creó”?”

Desde ese punto de vista, “lo femenino” no implica la figura concreta de una mujer, sino que se trata de una “modalidad de lo femenino” que es a su vez una “modalidad de la ternura”, presente tanto en el hombre como en la mujer. Su imagen privilegiada es la de la *caricia*. La caricia es “un modo del ser del sujeto”, aclara en *El tiempo y el otro*, en el que el sujeto, por el contacto con otro, va más allá de ese contacto.

Lo acariciado “no se toca”: no es la suavidad o el calor de la mano que se da en el contacto lo que busca la caricia. En verdad, la caricia no sabe lo que busca; y este “no saber”, este desorden, le es esencial. Es como un juego con algo diferente, siempre otro, siempre por venir. “La caricia, es la espera de ese puro porvenir sin contenido”. Está hecha del aumento del hambre, de promesas cada vez más ricas que abren nuevas perspectivas sobre lo inaprehensible. Se alimenta de innumerables hambres.

Por eso más que el beso, decíamos antes, Proust desea la espera de ese beso; porque la caricia, apunta Lévinas, es un juego de sustracción siempre con algo con otro, siempre con algo porvenir, *ligado a lo nocturno y al ensueño*: “Detrás de la noche del insomnio, la noche de lo oculto, de lo clandestino, de lo misterioso”, escribe en *Totalidad e infinito*, donde “la caricia se pierde en un sueño impersonal (...) en lo infantil que no sabe lo que acontece. Lo femenino se sustrae al ámbito de la luz”- “La vela ya no estaba encendida”, escribe Proust, sorprendido de encontrar a su alrededor “una oscuridad suave y descansada

para mis ojos, pero tal vez más para mi mente, ante la cual aparecía como una cosa sin causa”.

Ese “sin causa”, como lo otro-modo-que-ser es señalado por Levinas en todos sus escritos. Ha sido un logro señalar aquello olvidado por la filosofía occidental: el ámbito de la pasividad que se sustrae a la luz. Esta se encuentra en primer lugar dentro del ámbito de la casa, de la morada, de la habitación. Allí, como en el cuarto de Proust mientras espera el beso de su madre, alcanzará la dulzura de la intimidad. Pero eso no implica una ruptura del gozo egoísta, sino su continuación, un primer paso hacia la alteridad. Esa primera alteridad es la del *rostro femenino*. La actividad sexual sería, en ese planto, una actividad de gozo y de una primera trascendencia.

En *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Lévinas compara esta sensibilidad con lo femenino bajo la figura “materna” del donarse y llevar al otro en sus entrañas...”. Aparece entonces la figura de *la madre*, central, como vimos, en la filosofía de Rozitchner. Lévinas pretende que entendamos el significado de la infinita responsabilidad con respecto a los otros a partir de la figura de la “maternidad”: se trata de hacer nacer lo que amamos dentro nuestro, y de ser tan responsables del “Otro” como lo es una madre con su hijo. “La subjetividad de la sensibilidad en tanto que encarnación es un abandono sin retorno, maternidad, cuerpo sufriente para el otro”.

Podemos concluir, entonces, que por una parte Lévinas identifica positivamente al “Otro” con lo femenino, pero a su vez, lo liga a lo no tematizado, a lo silencioso, al “Decir” anterior a todo dicho. Desde ese punto de vista, lo femenino aparecería como algo paralizado e inerte. Su posición en relación a la figura

de lo femenino es ambigua y no exenta de elementos patriarcales a los que, sin embargo, no hay que enfrentarse de manera simplista. Sería como confundir a la “*mater*” de Rozitchner con la madre concreta, cuando en verdad se trata del plano de *afectividad* que esta imagen abre. En ambos casos, “lo femenino” se aparece como *modalidad o metáfora*, pero tampoco es casual, hay que aclarar, que la utilización de estas metáforas recaiga siempre en la figura de la mujer como funcional a un otro: dar-la-vida-por. Ser morada o ser madre.

-
- 1.Proust, M. (2000). *En busca del tiempo perdido. Del lado de Swann*. Buenos Aires: Losada, p.21.
 - 2.Lévinas, E. (1999). *Totalidad e infinito*, Salamanca: Sígueme, p.134.

HACIA UNA ESPECTROLOGÍA DE LA DERECHA

Gisela Catanzaro

Lo que queda

Para cuando alguien lea estas palabras, el macrismo nos habrá dejado una escandalosa deuda externa, una hiriente deuda social, y también una deuda en las palabras, extenuadas de tanto aplanamiento en la dietética prosa gubernamental. Será la hora del arqueo, de preguntar por lo que queda, la hora de determinar con la mayor precisión posible aquello a lo que de ahí en más nos enfrentamos. Entonces, será imperioso recordar que la contabilización de daños no debería hacernos perder de vista las energías emancipatorias que supieron abrirse paso entre tanta desdicha, y que posiblemente sean las únicas con capacidad para seguir impulsando los tiempos más allá de la oprobiosa inmanencia de un presente eterno en el que vive -y nos hace vivir- el capitalismo neoliberal. Entre lo heredado de esta ominosa época no se contarán sólo deudas materiales y simbólicas, sino también potencias colectivas más o menos recientemente reveladas a pesar de aquella. Esas potencias constituyen una fuerza real aunque no siempre reconocida ni fácilmente identificable en la lectura histórica. Todo materialismo o realismo que no renuncie a la aspiración popular a la felicidad y la justicia y que además resista al vértigo empirista hacia la literalidad y los hechos consumados tendrá, sin embargo, que estar atento a ellas. No podrá limitarse a la contabilidad de los déficits, sino que deberá persistir pacientemente en las artes de la espectrología, esto es, en la interrogación, allí donde aparezcan, de las fuerzas irresueltas que pugnan por un mundo menos cruel y desquician al presente en lo que éste tiene de normalizador y sobre-adaptado a los requerimientos de un capitalismo post-utópico.

El futuro gobierno heredará, también, *eso*. Eso que no acredita

como un conjunto de bienes contabilizables por una nueva gestión, y que consiste más bien en una serie de movimientos colectivos que hoy agitan nuevamente la región. Heredará, entre otras, la insistente fuerza de los “feminismos”; de los movimientos de trabajadores y de derechos humanos; de los estudiantes de Chile, Argentina y Brasil; de los grupos indígenas ecuatorianos y bolivianos. Fuerzas plásticas y no del todo anticipables en sus tácticas -como las de la propia líder del kirchnerismo- que por ello mismo descolocan a veces los lugares previamente determinados como habitables y los gestos políticos prefigurados como posibles. ¿No serían acaso ellos, junto con los sindicatos y movimientos sociales que supieron movilizarse durante estos oscuros años de humillación los que podrían auspiciar la constitución efectiva de ese “nunca más neoliberalismo” invocado por Cristina Fernández en el acto del último 17 de octubre?

Antes que “quedar” o pasar de mano en mano, de generación en generación como propiedad cultural, fuerzas semejantes “restan” en la historia precisamente porque no lo hacen, porque se parecen más a fantasmas que no encuentran paz y retornan una y otra vez susurrando pesadillezamente en el cerebro de los vivos la persistencia del daño, pero también la posibilidad de redención. Hasta que irrumpe como rebelión popular, ese susurro es la mayoría de las veces un resto indescifrable, no una consigna o una insignia reconocibles que resistirían incólumes el paso del tiempo. No hay que preguntar qué queda de la revolución -escribió alguna vez Horacio González en un bellissimo texto recientemente recobrado¹- porque la revolución no es un modelo que se pueda copiar bien o mal. La revolución es lo que queda. Y que pasa por jirones. Es el resto

parcial y descolocado -él mismo- que a su vez disloca al presente en el que persiste la injusticia. En la saga movimientista que Alejandro Kaufman evocó hace poco en su emotiva apología del peronismo² la misma cuestión aparecía, incluso, en la figura aparentemente pasiva de una espera, de un compromiso no pronunciado que no obstante en este caso habría sido pactado en plaza pública el 9 de diciembre de 2015 y que hallaría cumplimiento este 27 de octubre. Tales son los temas de la espectrología: pensamiento de la herencia mocha e imperfecta, del resto insomne y del acuerdo secreto entre generaciones, que obsesionó y obsesiona -ver el último libro de Eduardo Rinesi³- a quienes no quisieron dejar de reflexionar sobre las chances de una política emancipatoria, desde Marx a Derrida, pasando por Walter Benjamin y Auguste Blanqui.

Pero los espectros -sabemos- no son sólo los de la emancipación. Para cuando alguien lea estas palabras, el macrismo o bien la derecha que hasta hoy llevó ese nombre, *no nos habrá dejado*. Esa derecha ni muy democrática ni tan nueva que desorientó a tanto politólogo, derecha de la que heredaremos -otra vez- tantos estragos en la economía, la imaginación y la vida, todavía estará aquí, entre nosotros, asistiendo precisamente a la cita a la que hoy se compromete cuando agita las banderas de la seguridad, la venganza, la xenofobia, el racismo y el clasismo explícitos. Es una simplificación racionalista y un error político interpretar dichos como los de Pichetto, Carrió y Patricia Bullrich en los términos electoralistas de quien aspira a “consolidar el núcleo duro de Cambiemos”. Aunque, a diferencia del neoliberalismo multicultural, el punitivo se haya empeñado en hacer añicos la dimensión de la promesa, ha sabido poner a rodar tempranamente

espectros que ya gozan de buena salud y encuentran una inquietante escucha -ver la acogida al discurso de Espert en el debate presidencial- en una sociedad donde, por más que nos pese, no está para nada claro que lo dominante sean hoy las potencias de la insurgencia libertaria o el reclamo de igualdad.

Necesitamos el análisis espectral -ese que puede hacer foco en la potencia de las ideologías, mitos y deseos pendientes porque resiste el corte tajante entre presencias y ausencias- también para pensar la persistencia, subsistencia y potenciación de la derecha argentina. Ese análisis espectral⁴ (Benjamin, *Sobre el concepto de historia*) no solo resulta vital para auscultar los potenciales hacia la vida emancipada, sino también imprescindible para conceptualizar aquello que la posterga indefinidamente o sencillamente la prohíbe. Se trata, sin duda, del sesgo de la crítica ideológica. Pero el “negativismo” que se le recrimina no necesariamente resulta contrario al énfasis en la imaginación subversiva emergente. Sólo es opuesto al devenir abstracto de este último. En verdad no hay interpretación de la potencia emancipatoria que pueda sencillamente dejar impensada la impotencia, las conductas reactivas, resignadas o desesperadamente defensivas. Pensar concretamente lo que las nuevas subjetividades sí pueden implica pensar el obstáculo del aquí y ahora y, como parte de su entramado, la fuerza real de los llamados que ayer convocaron a una “revolución cultural” por la cual tenía que quedar definitivamente atrás la promesa de justicia social. Llamados que hoy organizan el reencuentro de las sensibilidades que ya no tolerarán a “los que no saben votar” o que viven “a costa de la industriosa clase media”, o que “son como los monos y se comen los piojos entre sí”⁵.

¿Leímos bien esos llamados?
¿Quiénes son los que pudieron y pueden responder a ellos? ¿Cuánto de denegación del autoritarismo consustancial a este capitalismo neoliberal se esconde tras la interpretación economicista del voto

que dejó de acompañar al macrismo en las urnas? Bien haríamos en intentar entender en términos de fantasmagoría esos mismos gestos de la derecha local que mucho análisis político prefiere desconocer o interpretar tranquilizadamente hoy en términos instrumentales, porque ellos son mucho más peligrosos que una táctica electoral y tampoco resultan bien descriptos como movimientos puramente defensivos. Su trabajo es nada más y nada menos que traer al mundo, volver a invocar o relanzar los espectros de la vida de derecha.

Derecha recharged

Desde *Terminator* (por lo menos) en las películas futuristas distópicas que caracterizan al capitalismo neoliberal post-multiculturalista de nuestra época, siempre hay un momento en que “el poder”, sistema, *matrix* o red; aparentemente tan invisibles como invencibles que parecían afectados de muerte en la película anterior, se muestran relanzados en un nuevo y más alto nivel. Ese es el momento que se llama “recharged” o “reloaded” y que menta, no un simple retorno, sino más bien una infinita potenciación de “el mal” fantaseada como inconmensurable o sencillamente ilimitada. En política, sin embargo, sabemos que “el mal” sólo es ilimitado en la imagen de omnipotencia que busca proyectar sobre su afuera; en la representación temerosa de sus víctimas al momento de padecerlo; o bien en la filosofía política idealista, ya sea que se narre en su versión platónica, heideggeriana o foucaultiana. Más allá de esas instancias -efectivas y sumamente reales en el plano imaginario-, sabemos que, así como no existe “el poder” (temido corruptor de seres virginales en las figuraciones del alma bella y del anarquismo), la derecha nunca actúa como un abstracto mal o como algo ilimitado. Se trata de una producción específica de daños desigualmente distribuidos de una manera muy precisa pero que, no obstante, es realizada por una fuerza con una presencia dispersa, transversal y

variable en intensidades en todo ese entramado social que se busca configurar fundamentalmente de modo sensible y en un nivel no necesariamente conciente.

La vida de derecha (por usar una expresión de Silvia Schwarzböck⁶) tiene una ubicuidad que contrasta con la estricta localización desigual de los daños y por eso mismo la derecha no puede ser pensada como un conjunto finito, coherente y estable contrapuesto a un lado de enfrente o un exterior consistentemente tales. Sabemos que tampoco puede serlo como algo que nace o muere con los cambios de gobierno, ni su suerte identificada sin más con derrotas y victorias en términos electorales. De allí el límite de la idea de batalla cultural cuando sugiere la imagen de la política como el ingreso a un campo de batalla de dos identidades estables y constituidas cada una por su lado cuyo combate -gracias a la “correlación de fuerzas”- culmina en un escenario político determinado y fijo, al menos, en tanto la “batalla” no se reabra nuevamente⁷. La idea althusseriana de crítica como corte continuado -que también busca corregir la abstracción de un metafísico mal pero resistiéndose simultáneamente a duplicarla- es, en cambio, más precisa: antes que en grandes batallas culturales engalanadas de la dignidad simbólica que les presta la épica, la transformación de las ideologías se muestra allí como un trabajo de zapa que tiene que reiniciarse constantemente apelando a modos y términos que siempre hay que volver a interrogar y que carecen de horizontes de llegada plenamente prefigurables de antemano.

Esa idea de crítica como corte continuado tiene además un efecto antinarcótico: alerta que la derecha ideológica puede estar recargada aún cuando sea electoralmente derrotada. Ni mal metafísico que persiste en las profundidades a pesar de todas las apariencias y con indiferencia de lo que hacen otras fuerzas políticas, ni pensable en los acotados tiempos prescriptos por el calendario electoral -por caso, como aquello que triunfó sobre las

políticas culturales del kirchnerismo, para agudizarse previsiblemente con la asunción del gobierno cambiemita y volver a ser derrotado en las urnas durante el año en curso. Nada de todo esto es totalmente inverosímil, pero si entre la ideología y el voto ciertamente hay complejas relaciones, nunca hay identidad, así como tampoco la hay entre la temporalidad de las ideologías y la segmentación ordenada del tiempo en períodos de cuatro años.

Esto vale para el pasado reciente, pero también para el futuro cercano. Cambiemos, en 2015, interpretó y dio expresión a una derecha social preexistente cuya existencia fomentó desde el gobierno no sólo mediante actos represivos en las calles sino fundamentalmente a través de la inoculación del espíritu sacrificial en las masas expoliadas y la promoción de la auto-represión como sinónimo de dignidad. El programa cultural del gobierno apuntó a la hiper-responsabilización del individuo, conminado a aprender que su suerte dependía de cómo estaba constituido y a bucear en su interioridad para entender las causas de su desdicha y su impotencia actuales. El programa del neoliberalismo cruel no auspició -como sí lo hizo el tecnocrático y globalizante de Menem- ni el consumo ni el escepticismo cínico frente a los valores, sino más bien el ascetismo, el convencionalismo y la fe en el auto-disciplinamiento más severo. Esa era su promesa de salvación: “podrás morirte de hambre pero mientras tu cuerpo arda entre llamas flamíferas tu alma será salvada de la corrupción gozosa en la que viviste hasta aquí”. Una promesa que el gobierno difundía al tiempo que multiplicaba las partidas para programas de desarrollo del emprendedorismo y cursos de “coaching ontológico” que llegaron hasta la mismísima página web de la “ilustrada” Universidad (pública, gratuita, masiva) de Buenos Aires y del “científico” CONICET⁸.

Hoy, en Argentina, la derecha recargada es, en un nivel estrechamente político, la que asume explícitamente su bolsionarización y está dispuesta a militarla, invocando

espectros. Es la derecha que puede sugerir o decir explícitamente que lo rubio es bello; que lo pobre es negro y lo negro vago; que la vagancia se hereda y es como una suerte de sífilis espiritual que cunde por abajo y que es preciso extirpar de raíz. Es la que dice que hay que hacer una nueva campaña del desierto; que las villas deben ser dinamitadas; que hay que vivir en la incertidumbre y disfrutarla; que los pobres son culpables de serlo y deberían pedir perdón en la iglesia por quejarse en lugar de asumir humildemente el lugar que Dios les destinó. No son exabruptos, errores o lapsus. Tampoco meras tácticas electorales para consolidar el (supuesto) 32%. Tanto la lectura economicista del resultado de las PASO -no casualmente suscripta por los medios de comunicación dominantes-, como la de los expertos en ingenierías políticas -que agotan el poder de los miedos agitados por discursos estigmatizadores en contabilidades inmediatistas-, obturan la comprensión del significado de la “Revolución cultural” anunciada por Cambiemos en 2015, así como de su sobrevida. Tal comprensión es urgente. Lo es porque en torno a esa promesa de transformación del espíritu nacional inconclusa y por ello mismo pendiente se constituye hoy el espectro de la vida de derecha que continuará acechándonos en los años porvenir.

Revolución cultural y sensibilidades autoritarias

¿Es posible -como se sugiere en diversas instancias- interpretar el contenido de esa revolución como un “nunca más populismo” o un “nunca más peronismo”? Si no lo hacemos corremos el riesgo de la abstracción, porque es en oposición a esas fuerzas que el movimiento político en cuestión suele nombrarse a sí mismo. Pero, a la inversa, sólo podemos concebirlo de este modo resistiendo la tentación del fetiche que no parecería tener que ser él mismo interpretado, y a sabiendas de que, en su alta mutabilidad, aquellos nombres -que no son autoevidentes-

tampoco alcanzan siempre a describir lo que estaría en peligro si la “revolución” se consumara; un peligro particularmente candente hoy, cuando el fantasma omite cada vez menos el linaje autoritario que en 2015 todavía procuraba desconocer.

Son múltiples y superpuestos los planos y tiempos de constitución del fantasma de “la inseguridad” -que justifica la portación generalizada de armas y el gatillo fácil-, del mito del inmigrante “aprovechador” que viene a “saquear” nuestros servicios públicos de salud y educación, y de la “planera mamá luchona” -culpable a priori y sin chance de salvación puesto que sería igualmente culpable si hubiese querido abortar-. Todos esos objetos del odio difundidos por la revolución cultural y reiterados en cualquier conversación no se constituyen en un gobierno ni tienen por causa exclusiva a sus políticas culturales. Tampoco tiene cuatro años la formación de la subjetividad capaz de alojarlos. De allí que el marco interpretativo necesariamente tenga que ampliarse de modo tal que, en las especificidades del campo actual de la disputa política en Argentina, puedan seguir escuchándose no sólo las resonancias de lo que el neoliberalismo produce hoy a nivel mundial, sino también la productividad ideológica del capitalismo reconvertido tras la crisis del pacto democrático de posguerra. En este sentido, la revolución cultural de Cambiemos no es de su hechura exclusiva ni se agota en la censura de los impulsos de la población. Esa revolución más bien explota y multiplica los temores subjetivos generados por la constante amenaza de ser eyectados del sistema que produce el capitalismo en su fase neoliberal. Dice: puesto que no hay para todos, descubre a tu propio parásito para así poder eliminarlo. Pero, al hacerlo, no sólo nos habilita a descargar gran cantidad de la agresión padecida y acumulada sobre otros, sino que de paso nos libera de nuestra sensación de impotencia frente a un modo de organización social que mina sistemáticamente toda posibilidad real de autonomía subjetiva.⁹

De allí la atracción hipnótica del mantra “Sí, se puede”. Cuando en su gira Macri lo repite hasta el cansancio, sin duda se refiere a la posibilidad de revertir el resultado de las PASO, pero fundamentalmente busca cancelar todo indicio de sospecha subjetiva frente al imperativo de la auto-responsabilización ilimitada promovida por el capitalismo neoliberal en su inflexión sacrificial y punitiva. Este sólo reconoce sujetos tan omnipotentes como culpables. A diferencia de otros que tuvieron que aceptarla como un derecho humano, para este capitalismo “justicia social” es un oxímoron -porque todo lo trans o supraindividual es esencialmente autoritario y constitutivamente injusto-, mera legitimación de la vagancia, o equivalente de corrupción demagógica. En el imaginario impulsado por la revolución cultural el término “seguridad” ha perdido toda reminiscencia del Estado benefactor -que mantenía en el sintagma “seguridad social”- y de los derechos sociales exigibles por parte de los ciudadanos, y “libertad” significa infinita capacidad *para* y obligación *de* adaptarse, cueste lo que cueste e independientemente de que haya o no alguna chance real de alcanzar el objetivo (“Haciendo lo que hay que hacer”). El esfuerzo es incluso tanto más noble cuanto más irracional. Así, la des-responsabilización social por la suerte del individuo y la hiper-responsabilización de este último a un nivel que ni siquiera encuentra límite en la racionalidad de su impulso a la autoconservación constituyen piezas claves de la nueva moral que los aparatos de la revolución cultural no se limitan a difundir sino que actúan en sus rituales.

Pero sólo en un constructivismo radical o bajo la hipótesis de una plena destitución subjetiva correlativa a la subsunción real de la vida bajo el capital¹⁰, estos discursos, imaginarios y “dispositivos” se traducen inmediatamente en el plano subjetivo en una experiencia vivida inconmovible y paradójicamente incapaz de toda experiencia. Sólo en ese marco de inteligibilidad el sujeto es plena y coherentemente

“constructo” o algo ya totalmente inmunizado frente a las tensiones que, soportadas por el yo, en momentos anteriores todavía lo convertían en una instancia problemática y potencialmente problematizadora. Desde el punto de vista del concepto de ideología, alusivo de diversos modos a una cierta inconsistencia del/en el orden y a una distancia que se pretende medir -y que no pocas veces hundió al concepto ya sea en la ilusión de literalidad o en el idealismo- siempre existe, en cambio, una reserva frente a la hipótesis de la consumación. Una prevención que impide que, entre la eficacia de los mecanismos y lo acabado de los efectos, colapse la perspectiva de un proceso en curso y desandable de a tramos; un proceso que nunca enfrenta puros cuerpos y dispositivos, y que tiene como resultado una experiencia más o menos chamuscada antes que una experiencia imposible. Para la crítica ideológica el sujeto, en tanto producto, siempre es también una incógnita, el lugar de una interrogación, una instancia a la que hay que preguntarle de qué modo se las va a arreglar con lo que han hecho de él, o bien qué saca de todo esto.

El ámbito de la crítica de las ideologías no es el de los ya no sujetos (incapaces de experiencia) o el de los plenamente sujetos (en tanto idénticos a los dispositivos que los interpelan). Tampoco es el de las individualidades que milagrosamente pueden seguir siendo libres en un mundo que no lo es. Su cuestión es el análisis espectral. Pero no sólo en el plano de las doctrinas, consignas o rituales, sino también en el de las sensibilidades sociales que organizan modos más o menos típicos de procesarlos. ¿En cuánto tiempo y de qué modos se configuran las sensibilidades que constituyen el sustrato de lo ideológico, esos deseos sólo oscuramente intuidos por sus mismos portadores, esas preferencias inexplicables?

En un famoso texto sobre el teatro brechtiano (“El autor como productor”) Benjamin sostenía que no se trataba de preguntar

qué posición sostenía tal o cual movimiento artístico *respecto de* el modo de producción dominante sino de averiguar cómo estaba *en él*; de su estilo. Si entendiéramos esto último como el o los modos de habitar una dominancia, la crítica ideológica de la “revolución cultural” podría ser pensada y practicada, en un plano diverso al del análisis del discurso político, como una estilística: interpretación y mapeo del estado de la subjetividad en un escenario donde la des-responsabilización social, la hiper-responsabilización del individuo, la precarización de la vida y el aumento de las desigualdades constituyen los vectores dominantes. ¿Cómo están, de qué modo se disponen los sujetos en ese campo de fuerzas? ¿Qué chances habilitan y cuáles quedan obturadas por esos estilos subjetivos? ¿Sigue siendo acaso el particularismo despiadado del cínico y su actitud socarrona el modo privilegiado para tramitar las experiencias de injusticia? ¿Para cuántos y cuántas sigue estando disponible esa relativamente relajada ilusión de desapego en condiciones de agudización de la precariedad? ¿En qué medida la experiencia de sí como desecho, la radicalización de la sensación por parte del sujeto de su absoluta prescindibilidad favorece apegos desesperados, más rígidos, autoritarios y crueles que aquellos típicos en los años noventa argentinos? ¿Resulta más promisorio un estilo que, a diferencia de los anteriores, vive conmovido por los males del mundo pero que simultáneamente huele a podrido en toda organización o acción concreta contra ese mal y al que por lo tanto se le vuelve insoportable el vínculo entre aquella conmoción y toda práctica colectiva transformadora? ¿Cuánto de este moralismo antipolítico resulta constitutivo de subjetividades que en otros aspectos nos atreveríamos a considerar como abiertas a una interrogación ética del otro y los otros aquí y ahora? Ensayar respuestas para estas preguntas probablemente nos ayudaría a imaginar las perspectivas de la “revolución cultural” de la derecha con mucha mayor precisión que el estudio científico de las ingenierías políticas. En esa

estilística -más, incluso, que en los variables resultados electorales- podría estar la clave de aquello a lo que nos enfrentamos.

1. Horacio González: “La mitad de un echarpe o un canto inconcluso”, Revista *Fin de Siglo*, 1997. El texto es citado por María Pía López en *Yo ya no: Horacio González: el don de la amistad*, Editorial Cuarenta Ríos, Buenos Aires, 2016

2. Alejandro Kaufman: “Incidencias de una espera: apología del peronismo”. Disponible en: <http://reeditorial.com.ar/27/incidencias-de-una-espera-apologia-del-peronismo-alejandro-kaufman/>

3. Eduardo Rinesi: *Restos y desechos. El estatuto de lo residual en la política*, Editorial Caterva, 2019.

4. “El materialista histórico, que recorre la estructura de la historia, impulsa a su manera una especie de análisis espectral. Tal como el físico determina en el espectro solar el ultravioleta, así determina aquél una fuerza mesiánica en la historia. Quien quisiera saber en qué condición se encuentra la ‘humanidad redimida’, a qué condiciones está sometido el arribo de esta condición y cuándo se puede contar con él, plantea preguntas para las cuales no hay respuesta. No mayormente podría averiguar el color que tienen los rayos ultravioletas.” Walter Benjamin: “Apuntes sobre el concepto de historia” en *La dialéctica en suspenso*, ARCIS/LOM, 1996, p. 75. Traducción de Pablo Oyarzún.

5. Al respecto resulta ilustrativa la stampa tweeteada por la funcionaria marxista Cecilia Negro Farrell en la que se condensa el odio a las clases populares característico por estos días de los militantes cambiemitas, y el desprecio nacionalsocialista por los monos -contrapuesto a la nobleza que le concedían a perros y caballos.

6. Silvia Schwarzböck: *Los espantos. Estética y posdictadura*. Editorial Cuarenta Ríos, Buenos Aires, 2016.

7. Estas objeciones a la idea de batalla cultural no se realizan al amparo del muy contemporáneo rechazo indiferenciado de toda diferenciación o corte tajante, rechazo que, por su parte, a esta altura debería ser objeto de menos celebraciones y de más interpretaciones críticas. Él en-

gaña allí donde omite los límites -inconcientes pero también concientes- efectivamente operantes en todo pensamiento potente. En su pluralismo ilimitado parece olvidar que el movimiento de la reflexión no consiste sólo en desplegar las complejidades previamente omitidas por las polaridades, por los sí y no rotundos, sino que simultáneamente, en tanto pensamiento situado, ese movimiento sólo es posible en y por una toma de posición en la que se trazan ciertos intratables, por ejemplo, cuando se decide no tratar cualquier objeto, ni hablar de cualquier tema, o bien rehusarse (dogmáticamente en principio) a emplear ciertos vocablos para ciertos casos.

8. Como muestra de la penetración y promoción de la ideología emprendedorista en las instituciones canónicas de la ilustración argentina, transcribo parte de un correo enviado por el rector del Colegio Nacional de Buenos Aires a los padres de los estudiantes en agosto de 2017: “los pongo al tanto de lo que hemos denominado CNBA Emprende. Una iniciativa de ex-alumnos cuya misión es generar un espacio de participación de alumnos y graduados en la que se promueve el *espíritu y valores del emprendedorismo*. Existen cada vez más herramientas y recursos para fomentar el *espíritu emprendedor como motor de la actividad económica*, los que generalmente implican soporte al emprendedor en las diferentes etapas de sus proyectos, ya sea con recursos técnicos, financiamiento, asesoramiento, networking, capacitación, etc. En este sentido, el primer paso de CNBA Emprende ha sido *incorporar el gen emprendedor en alumnos de quinto año* a través de un taller que permita concebir proyectos que generen valor, ideados alrededor de problemáticas comunes al entorno de los estudiantes.” (El subrayado es mío) Se pueden consultar asimismo las invitaciones a conferencias de promoción del emprendedorismo enviadas por el CONICET a sus investigadores y los siguientes sitios en su página oficial: <https://tucuman.conicet.gov.ar/tag/emprededurismo/>, <https://www.conicet.gov.ar/emprender-desde-la-ciencia-y-la-tecnologia/> y <https://www.conicet.gov.ar/tag/emprededurismo>

Respecto de la Universidad de Buenos Aires resulta particularmente notable la invitación, enviada a la lista de profesores de la institución, de un curso de “Coaching ontológico” orientado según sus promotores a la superación de los límites personales que conducen al fracaso, realizado durante 2018: “Participá de los seminarios de ‘Coaching ontológico. Herramientas básicas para el logro de resultados’, organizados por módulos

independientes, desde el 13 de agosto de 19 a 22h, en las aulas del Campo de UBA Deportes, ubicado en Ciudad Universitaria. El seminario está orientado a liberar el potencial del estudiante y ponerlo al servicio de los resultados que quiere lograr en lo personal, vincular, laboral, entre otros. Para ello, el programa desafía y enseña a desarrollar la capacidad para liderar desde un enfoque que pone en el centro de la escena a la persona y su preocupación para la convivencia en los distintos ámbitos. **Módulo 1.** Desafiando viejos paradigmas, **Módulo 2.** Calidad de relaciones vs. calidad de conversaciones, **Módulo 3.** Desafiando las barreras personales. Inscripción: coaching@rec.uba.ar”

9. La inflexión actual del capitalismo neoliberal daña la autonomía por lo menos en tres sentidos. En primer lugar, al generar una situación generalizada -aunque desigualmente distribuida- de incertidumbre y socavar las infraestructuras sociales requeridas para una organización autónoma de la propia vida en un plano económico. En segundo lugar, al obliterar, con su tendencia a lo que Wendy Brown llamó “economización del yo”, el espacio de tensiones en el que el sujeto autónomo del liberalismo tendía a constituirse. En tercer lugar, al promover explícitamente un giro “emocional” y anti-intelectualista que patologiza las instancias reflexivas por las cuales los imperativos dominantes y las auto-evidencias subjetivas podrían llegar a ser expuestas a su conflictividad interna, irresolución y problematicidad.

10. Sobre las potencialidades y los límites de esta perspectiva versó a su modo el breve debate sostenido hace un par de años entre Jorge Alemán, Eduardo Grüner y Horacio González respecto de los términos más propicios para nombrar a la época (¿capitalismo? ¿neoliberalismo?), y en el cual se planteó la cuestión de si era posible seguir apelando al concepto de enajenación para mentar los daños sobre la subjetividad y la vida del individuo generados por las sociedades contemporáneas.

SO(M)BRAS NADA MÁS. O SOBRE EL LEGADO CULTURAL CEOFASCISTA

Sebastián Russo

Cómo pensar un legado. Cómo no hacerlo sino a través de una poética de la sombra. Cómo no hacerlo sino a través de una poética de la sobra. Sobras de sombras. Sombras de lo que sobra. Una poética que es, claro está, una política (y) de las formas. La expresión tensionante entre los modos y enunciados de lo decible e indecible, de lo mostrable e inmostrable, es donde anida (aun) la praxis política. Aun, ya que la lógica de la transparencia pretende arrasar las mediaciones, configurando enunciados, imágenes –pareciera-auto engendradas. Volviéndonos cuerpos (enunciadores, practicantes) desnudos. Cuerpos así todo, y por desnudos, sacrificiales. Y el bucle político (cuerpo-palabra-cuerpo) vuelve a comenzar. Los poderes concentrados buscan mantener el control a través de microscopías fascistoideas, pero las fuerzas resistentes en/de las sombras dan batalla. Interroguemos pues el legado de estos años y lo(s) porvenir, a través de lo que queda (invisible) como falta, a través de lo invisible (que falta) que resta por llegar -a ser-.

Fascismo que me hiciste (mal)

El legado de la “era macrista”, lo que queda, lo que deja, los restos que se desparraman o recluyen y recalcan en cuerpos, en el imaginario social, es una matriz de “fascinante fascismo”, ceo-crático y ceo-subjetivo, estetizada, naturalizada y afincada en términos macro y microscópicos.

La “era macrista” es un segmento temporal, político ideológico, que comienza (arriesgamos) con Macri como presidente de Boca Juniors, y que más recientemente incluirá al eje Trump/Bolsonaro (pero también a IxS Espert, IxS Gómez Centurión) como telón de fondo (monetario) endiablado. Segmento

ceocrático que excede gobiernos e instituciones, y se expresa, como fase superior del posmodernismo neoliberal, como ceo-fascismo. Una expresión novedosa de fascismo inoculado en las formas de vida, que ya no funciona como/por anomalía o excepción, sino como parte maldita enquistada y expandida como deseo ceo-individual, como parte de la “cultura moderna”, o de “modernización de la cultura”.

El mentado 40% que obtuvo el macrismo (parte auto maldecida, esperanzada y alucinada –“ahora venía lo mejor”-) no puede pensarse en bloque. Puede ser mentiroso y aun más grave de lo pensado, así contemplado. Entendiendo que el macrismo en tal elección representó si se quiere a una derecha “progre” y “moderada”, que actuó como opción competitiva (“voto útil”) ante una alternativa de derecha radical con más recepción de lo que estos números expresan y que se fue gestando al calor del aspiracionismo frustrado y el odio. He allí, en ese 40 por ciento, un huevo de serpiente que hay que atender, más antes que tarde.

Un ideario que recalca cómodamente en la percepción explicitada de extensión o defensa de derechos vividos como acoso: desde el “curro” de los DDHH y la uberización del mercado laboral, al feminismo como ideología. Algo que acerca al eje mentado a la extrema derecha española y las derivas del filo fascismo vernáculo: de los nombrados Espert, Gómez Centurión a Granata y el “giro celeste” del último macrismo. Formas todas de deterioro de derechos adquiridos, derechos que son el fundamento de una vida digna (tal se proclama en las calles chilenas). Derechos fundamentales para la vida en común. Vividos aquí y de modo explícito como un acoso a la libertad, el acoso a un ideario que

encuentra sosiego más en la represión que en la expansión igualitarista. Sostendremos que este paradójico sentir (represión como forma de libertad), así como su expresión explicitada (libertad expresiva como forma de reprimir la existencia (enunciativa/visible) del otro, son subproductos de la neoliberalización de la vida. Del neoliberalismo como sentido común, como formación cultural-subjetivante, que replantea las formas de acción y retóricas ya no comunales sino individuales, y de/sobre la política entendida y practicada como gestión de/contra la vida.

En una entrevista reciente Diego Tatián advierte del daño a la subjetividad causado por la gestión macrista. Un daño que podemos pensar en términos de soberanía: derechos vulnerados de autogobierno de los pueblos, de los cuerpos, incluso de sí. Así mismo imaginar deterioros, daños, oblitera un proceso mayor. El de la construcción de una subjetividad, una soberanía ceofascista. En la que se expresa un singular conservadurismo liberalista, que a su vez se enuncia de un singular modo explícito y a la vez invisible. Una singular libertad conservadora (libre de/para reprimir, excluir, eliminar), explicitadora de una elección consumista binaria *tech* (unos y ceros, negro y blanco, mujeres y varones), al tiempo que transparentadora de sus anhelos y oscuridades.

Un conservadurismo liberalista explícitamente oculto. Donde la pérdida de la mediación de aquello que podría considerarse inoportuno, inadecuado e incluso arriesgado habilitó discursos del sacrificio lúdico del yo (vía high tech) y de(l) odio al otro (vía políticas de in-seguridad). Una “habilitación” concedida por el propio acto de gobierno de legislar la incertidumbre (de Bullrich a Uber) y trastocar el

vínculo víctima/victimarios (de Chocobar a Rafael Nahuel). O en tal caso de fetichizarlos: los trabajadores son empresas (sin capital pero con riesgo), los victimarios son unos (los negros, los Otros), las víctimas otras (los ciudadanos: fuerzas de seguridad no solo incluidas sin enclave normalizado-r).

Por un lado, andar en bici o en propio auto sin reaseguros de ningún tipo devino sinónimo de libertad y modernización. Potencia autogestiva que convierte al sujeto en un radical libre, desamparado de la regulación estatal/comunal. Algo que el propio sujeto y se familia deben celebrar: han quedado libres, podrán “ser lo que quieran ser”, luego de “70 años” de sometimiento populista, tal prometía sin demasiado ímpetu la derecha “progre”. Los Espert iban/irán por más: desfinanciar sindicatos, prohibir manifestaciones; el modelo golpista boliviano es (ahora, como Chile en los ‘70 -número mágico-) su norte/américa.

Por el otro, matar por la espalda, ante la sospecha de un ojo policial que deviene así un ojo soberano. Forjado en la mediatización xenófoba y estereotipable, habilitada por un gobierno que es expresión de la brutalización de una mirada de/sobre/contra el otro. A partir de allí, la palabra, el pensamiento, la comprensión, la mediación quedan fuera de norma: artificios progres para in-defender a la familia argentina bien nacida. En ese marco, la fórmula (la lógica de la fórmula): el otro/el enemigo, sale como piña, escupitajo, patada a los riñones.

Pos-trabajo, (in)seguridad, autogestión (virtual) y transparencia. Tríada ceofascista que configuró una subjetividad que sufrió menos un deterioro que una mutación. Un cambio en la percepción de sí y en el modo de enunciar la forma soberana de sustento y el vínculo con el otro. Fondo y forma de un *ethos* empresarial fascistoide. Que en su apelación al deseo y el miedo construyó un sujeto, aquel que puede/debe auto reprimir su deseo, más no el de reprimir al otro, como forma de vida salvífica.

Elige tu propia desventura

“Las personas pueden elegir. Todos podemos elegir volvernosc fascistas o no. Y la mayoría de las personas afortunadamente, hasta ahora ha decidido no hacerlo”, sostiene en el texto “Hablemos de fascismo” Hito Steyerl. Él “afortunadamente” es irónico y trágico, expresa lo ineluctable de ese acto “electivo”. Pero en esa elección que se riñe con la voluntad, que en tal caso se enchastra entre lo obligado y lo volitivo, anida un deseo: la posibilidad de expresión que impiden tanto la crisis económica y la expansión de derechos de otros.

Trampa fatal, desancladora y fragmentadora del tejido social. Pero habrá revancha. O eso parece. En la elección de un perfil, de una imagen y eliminación del otro. En esa expresión simplificada de elección (binaria) anida la libertad del que nada tiene. Y que con un simple *like*, posteo, puede volver a ser soberano de sí. Una soberanía atomizada, de opresión pseudoliberal, de una elección sin fin y reclusión en un auto gobernarse psicótico.

Las tecnologías comunicacionales contemporáneas configuran así una cartografía de la acción. Una pulsión hacedora, deseante, gozosa. Escribir un posteo genera la adrenalina de un gatillar. Gatillar un arma, la de una centena de *likes*. He aquí mi verdad, mi gracia, mi gesto. Sale a la competencia mundial, mi mundo, mi todo aparentemente allí, incontrolable, sin fronteras a la vista. Goce péfido. Ansiedad y depresión (dice Berardi, en sintonía retórico/teórica) como núcleo, díada que recomienza cada vez, al infinito: el próximo puede ser mejor, puedo ser mejor, tu aprobación vendrá hacia mí, basta de adorar giles. Aunque claro, no son más que subterfugios anulantes de la soberanía comunal, de la acción política. “En soledad la libertad no existe” (una alumna alguna vez *said*) y “la patria es el otro” (dijo ella, y me conquistó): principios fundamentales para una soberanía popular.

La tesis de la propia Steyerl en torno al fascismo se ancla en la relación

entre representación política y representación cultural. Relación de retracción de la representación política (preferiría -por ahora- no hacerlo -no hacerme fascista-), en tanto crisis de delegación; incluso por expansión de la auto delegación (dejáme a mí configurar mi propia aventura yoica) A cambio de una representación cultural, en este caso, virtual: redes auto constitutivas, identitarias, políticamente: de la *big data* al posteo indignado o insurreccional.

Esta augurada y celebrada sustitución de lo político (cuerpo de cuerpos) por lo cultural (signo de signos) tuvo su contundente e inesperada desmentida a fuerza y golpe de hambre y militancia. En ambos casos cuerpos desbancando signos. Cuerpos significados, significantes, de una trama común desgajada pero anhelada. Donde igualdad y justicia pesaron más que libertad y argucia. O se las entendió/vivió como condición de posibilidad vital. Sin ella (sin vida -digna-, sin amor) nada.

Es así que por aquí (que no es allí, universo semi abstracto de las teorías semi globales) la imagen como delegación primera/última no logró imponerse como se predecía. Sino que dejó lugar al cuerpo, los cuerpos, al enchastre de escenificación popular. Recordemos a continuación algunas de estas escenas donde la visibilidad explícita y transparente, ante nuestros ojos (que miran magmas), claudicó.

Lo invisible. O el fin de la imagen (en) política

En la inauguración de sesiones ordinarias en el Congreso el presidente saliente, cuando aun tenía más crédito que deuda, habló de una recuperación económica invisible. Como un truco de magia que nadie comprendió, las cosas habían mejorado aunque no se las viera. Solo hacía falta esperar o desarrollar un fino gesto interpretativo que mostrara lo no visible (no estuvimos a la altura). Invisible fue también

la trama político afectiva que sorprendiendo a “propios y extraños” y le saco más de quince puntos en las PASO al mago con dientes pulcros y afilados. Nadie lo esperaba, nadie lo predijo, nos sentíamos más bien solos o aislados, atrapados en la discursividad hegemónica mediática. Éramos bastantes más, aunque en una comunidad invisible. Lo invisible tendría (por lo menos, y por lo -aquí- visto) un doble estatuto. Por un lado aquello que no puede ser visto por la explícita intención de ocultarlo (“no existís”..., “estamos mal pero vamos bien”). Y por el otro, aquello que sucede sin que nos demos cuenta, y donde anida lo fundamental (“no todo es vigilia la de los ojos abiertos”... “no fue magia”).

El “crecimiento invisible” así todo terminó siendo una señal. Señal cuasi psicótica de una discursividad que pretendía disociar el cuerpo de la idea. Cuerpos hambreados que debían poner en duda su propio estreñimiento. Sentís hambre, pero no ves que en realidad estás mejor. O en tal caso: no seas egoísta, no sos el centro del mundo, vos quizás no lo ves, no lo sientas, aunque tu cuerpo cruja, pero a otros les va mejor. Una señal de una disociación que devino *ethos*. Y que recién se evidenció absurda e inoperante -para propios- (además de perversa e insultante -para sus extraños-) en la “mala lectura” de las primarias que hizo MM el lunes post PASO. Del crecimiento invisible al voto idiota. Lo mismo que mal dijimos en el 2017: la gente no sabe, vota en contra de sus intereses, y después se queja, sea por perder el trabajo, sea porque aumenta el dólar.

Invisible también resultó la trama filo peronista que abarrotó urnas en las PASO (50% y más... ¿pudo ud. creerlo, amigue?; el reajuste de votos posterior aunque indeseable digamos que fue esperable) Una invisibilidad en este caso en tanto fuerza subterránea, subsuelo anímico, sufriente pero altivo. Sombra intransparente, insistente, sin razón instrumental (aunque

también evidencia que comer vidrios está menos extendido de lo que se creyó). Invisible, se dijo, para “propios y extraños”. Y en tal distinción ya anidaba una idea conservadora de la invisibilidad. Ya que una política popular asume el vínculo profundo y fantasmal entre lo propio y lo extraño. Tal separación es (digámoslo provocadoramente) de derecha. Lo mío es mío. Y vos sos un extraño (en las buenas te tolero, en las malas tiro por la espalda) Una ética popular por el contrario incorpora al/lo extraño. Al otro (la patria, lo paria), así como al otro que hay en mí (lo maldito, invisible) Así, lo extraño es tanto lo siniestro como la potencia de lo nuevo. Pero inseparable. Como lo propio, tanto como posesión, como por poseso. Nos fue invisible vernos porque no sabemos leernos, obnubilados por fuera de la lógica neo ilustrada y transparentista, que nos hace creer que si no nos nombran ni muestran no existimos. Por el contrario en tal ocultamiento reside su miedo y nuestra fuerza.

Lógica neoliberal que mal predice y celebra su hipervisibilidad. La imagen se mostró pobre a la hora de lidiar contra la materia (el cuerpo). Pudo más el hambre, la angustia, la restricción, la amargura. Incluso no pudieron las imágenes de la perversa alegría globofílica y la farsa persecutoria ante las imágenes del arrojado en la calle, del precio de las tarifas en boletas aterrizadoras, de la represión a trabajadores, de la expansión de la pobreza hacia donde se mire. ¿Será que la imagen en tanto signo, en tanto mediación se vuelve inocua ante la emergencia vital, y la necesidad de un vínculo directo/dramático con el (sobre)vivir? ¿Será que lo no visible (la imagen -como-fantasma) tiene un vínculo profundo y vital que lo visible (imagen representacional, cliché) oblitera y hace olvidar en tiempo de bonanza?

Así las cosas, el tiempo confabulador, necesario en tiempos de retracción popular, dió lugar a la plaza, al encuentro cotidiano, al nombrarnos sin miedo. El feminismo, por la calle, por el encuentro y por pensar los nombres (todo) fue/es un horizonte

desde donde expandirse. Así como las revueltas chilenas y bolivianas (de sangre y *ethos* indio) Invisibles, incomprensibles para un poder ceocrático que solo entiende de lucro y obsecuencia. Pero también para una progresía con demasiadas mediaciones intertextuales, con demasiado poco cuerpo, poco negro. Las fuerzas anímico populares subyacen, actúan tácticamente, de modo fantasmal y constituyen, al emerger, la felicidad de los pueblos. Allí estaba, solo debíamos hacer persistir su potencia superviviente, (re)volvedora.

Exordio galego. O Ya no hay héroes en estos messis. O sobre neofascismos (no solo) madrilenios

Mañana soleada. Frío invernal adelantando un día que debería ser de ebullición política pero no, la frialdad domina. Hoy se vota en España. Nuevamente. Por cuarta vez en 5 años. Un sistema parlamentario no presidencialista lo hizo. Se debe contar con una mayoría previa antes de asumir, algo que puede hacer que no necesariamente el más votado de modo singular sea el presidente. Sistema que requiere que las negociaciones y no las decisiones primen. A priori, más democrático. Su consecuencia, inmovilismo y sostenimiento del statu quo. Aunque hay indicios de cortar tal letanía, pero no necesariamente de modo, digamos, humanista (o mejor, justicialista).

Días antes tuvo lugar el debate presidencial. Por primera vez participó el líder de un partido de ultra derecha, Vox y hay coincidencia que a pesar de errores premeditados en datos estadísticos, “fake news”, que los medios se excitan en marcar, con una placa roja cruzando la pantalla: FALSO (diciendo que el 70% de ataques sexuales colectivos -las manadas- son hechos por inmigrantes o que el 90% de las denuncias de género se archivan por abandono de la causa) la actuación del líder de Vox, Abascal, fue, se dijo, de las más “convincientes”.

La claridad y convencimiento, en el dubitativo y estrecho margen de la corrección política (de la posmodernidad para acá) parece ser uno de los atributos/características del fascismo. El agobio de la duda (jactancia *progre*, el carapintada *said*), y la alardeada liberalidad “irrestrita” de lo neoliberal (libertad total que solo tiene el capital, ofcors) son campo fértil para el retorno del discurso limitante propio del fascismo: la patria somos nosotros (ma que otros).

Vox, el mentado partido ultra, pasó de ser una despreciable excepción, a una temible expansión (como *lxs LePen* en Francia) Y su expansión electoral se expresa en su naturalización, su volverse cotidiano, visible, “admisible”. Los medios muestran a un tipo pateando a una “latinoamericana” en un colectivo, o a un grupo de chicos migrantes o hijos de, apaleados y tajeados por tipos con caretas de V de vendetta. Y si bien los discursos periodísticos son de indignación, o precisamente por ello (la indignación es prima hermana de la complicidad), la proclama fascista pasa de la palabra a la acción, y de la palabra encendida a la palabra de especulación electoral (de remozados y desafilados términos). La pregnancia discursiva fascistoide hace que todo el arco político se mueva (como se dice) a la derecha. Lo que sumado a la mentada elección, no presidencial sino de electores que eligen pactando, el conservadurismo en España está asegurado. En la abjuración del presidencialismo fuerte (“populista”) y en la aceptación taimada del excluyente neoliberalismo como modo de vida, se encuentran las bases para que un partido fascista se posicione. Una vez más el miedo habilita al horror (indignación consagrada complicidad).

Por su parte, Podemos pasó de ser un grupo de amigos universitarios (que se reunían en un bar que hoy es destino turístico *progre*: La Veneciana donde solo se sirve un trago, Jerez -afrenta moderna a la carta multielección-) a una fuerza política con un liderazgo claro: Pablo Iglesias. Algo arduo en su propia

percepción, siendo que Podemos intentó generar otra trama política, donde la comunidad de iguales, de afinidades electivas (algo propio de la idiosincrasia madrileña, juntarse a conversar, tapear, de aquí a allá), se imponga al liderazgo. Pero el propio Iglesias no pudo concordar con Iñigo Errejón y éste armó un partido nuevo (la mayor responsabilidad se le atribuye al primero por ser el líder, incluso, y a pesar de la discursividad *progre*, de la comunidad de iguales). Pero Iglesias tampoco pudo concordar con Pedro Sánchez (líder del elefante abúlico del PSOE, con dejos de una verba socialista de antaño que expresa como nada la derechización general) y la esperanza de un gobierno de izquierda quedó bloqueada, abriéndose la posibilidad que la derechas sueñen con formar gobierno: el PP junto al descabezado Ciudadanos, arrastrados por el “fascinante fascismo” de VOX -novedad atroz, este último y su chance y su aura, para una España que recién hace nada pudo sacar a Franco de su mausoleo de décadas-.

Las democracias europeas parecen abjurar formalmente del liderazgo. Como si esto fuera sinónimo de despotismo y/o populismo. Curiosamente hacia afuera mantienen vínculos arbitrarios y unilaterales: estado de colonialidad siempre vigente. Interviniendo en la soberanía de sus ex colonias o de los países que no actúan de modo occidental y se pasan de “multiculturales”. Pero hacia adentro la pátina de progresismo prima o primaba. De hecho Abascal el candidato de Vox fue el más claro, el menos desprecjuiciado (siendo la cautela un signo de empatía fundamental), criticando al progresismo en particular por su tibieza con la migración. El progresismo así como lo que diluye las formas políticas entendidas como agonistas.

El fascismo es violento. Violento en su decir, violento en su actuar (garabateo estas líneas y las imágenes de Bolivia emergen como síntoma de la violencia de un sistema mundial que de *progre* tiene las músicas que ambientan los

hoteles: ante la aparición de signos de resistencia sostenida al orden neoliberal la prepotencia patronal/racial -se- dispara). El fascismo es feroz pero sincero. Expresa un odio visceral, genuino, sin ambigüedades, basándose en datos falsos, pero que va. Contadas veces en el debate presidencial Abascal mencionó al progresismo, a la “ideología *progre*”, como la que une a los demás partidos y lo que diferencia a Vox. En tal sentido el fascismo da en una clave o subproducto del neoliberalismo político: la corrección (cómplice, cobarde el que expecta, dirían Solanas/Getino). Un habla que elude y endulza los problemas. Un ojo que mira (llegar balseros) y no actúa. Allí creen su virtud: no disparar. Es cierto que no todo puede ser dicho, y el arte de la palabra es la más elevada forma de humanidad. Pero cuando las consecuencias de un sistema brutalmente excluyente como el neoliberalismo son intemperie y desesperación el endulzamiento se expresa parte justificatorio y propiciador del problema.

Lo que queda claro es que el populismo, sea de derecha o de izquierda sino son las opciones son los síntomas de este tiempo. Las libertades irrestritas del neoliberalismo (irrestritas para el capital de modo material, ilusorias para el/la de a pie) hacen del fascismo (y sus limitaciones esencialistas: orden y limpieza -étnica-) un sosiego al menos simbólico aunque circunstancial (todavía no me tocó a mí). Y es que a la intemperie (neoliberal) se la combate con refugio, y este no se consigue sin luchar (la propiedad privada no es un derecho, es una expropiación, sí lo son el techo, la salud, el trabajo, la vida -Chile *said*-). La cuestión es pues a qué tipo de refugio apelamos y cuál el modo de conseguirlo: si a una cárcel hipervigilada o a un espacio abierto, complejo, con capacidad de decisión común. Y en este último caso, quién toma y cómo se toman las decisiones. La democracia, es, sigue siendo un estado en cuestión. Que en el marco de la desigualdad sistemática de neoliberalismo, deviene un refugio de los más, de los que sobran. Los estallidos reconfiguran la escena,

la reinventan. Aunque la tradición popular sabe que la épica no abjura de héroes. Por el contrario, los obliga a éstos a asumir la fatal y maravillosa tarea de devenir el Otro. La patria (grande) sigue siendo el otro. Principio fundamento de una comunidad de iguales.

Corolario

El concepto de libertad (conservadora) que se enunció de forma despiadada en las últimas elecciones, aquí y allá del Atlántico (libertad auto-empresarial, de elegir, consumir, linchar) arraiga como el modo de vida deseable. Hasta que la malaria ineluctablemente llega y se busca a un mesianismo mata-otros. Algún sujeto emergente auto-reconocido, respondiendo a intereses pretendidamente populares: de lxs Espert, Abascal a lxs Camacho y Añez. Exponentes del modo individual de la autogestión facho deseante macerada durante los años neoliberales “progres”.

La dura mano así deviene inevitable, en tanto la vida está “naturalmente” acosada por un otro, competidor y/o delincuente y/o populista; un otro por tanto eliminable. Libertad de (auto)explotación. En la apoteosis modernizadora de todo orden de vida: una vida vuelta una trama de aplicaciones rápidas, útiles. Libertad la mía, al palo, complementada, para su defensa, con la de violentar y extirpar. Con el linchamiento en todas sus facetas como el goce explicitador de la falta, del fuera de norma.

El neoliberalismo en tanto, forma de vida hiperventilada y de atrocidad a la carta, no se fue, ni se irá. El ceofascismo lo volvió hipodérmico. Y contra ese legado habrá que combatir. No en base a reformas sino a transformaciones. O en tal caso, reformas que tengan un horizonte transformador (peronismo, divino, tesoro). Ante el neoliberalismo se requieren formas político-culturales que lo vuelvan inviable, proponiendo y contagiando imaginarios, otros modos de vida, de vínculo con el otro.

Qué es pues actuar en política en/ contra la imaginaria neoliberal. Desplegar las fuerzas de las sobras. Los que sobran son la esperanza del arrojo sacrificial, el *ethos* fundamental de la política. Como “el baile de los que sobran” en Chile. Desplegar las fuerzas de las sombras. De la militancia invisible, cotidiana, corporal. Como la de un Kiciloff y su lenta marcha bonaerense silenciosa y amorosa.

Si la elección liberalista configuró la intemperie del insaciable deseo del sujeto ceo-neoliberal. Lo contrario, calma, genera sosiego, libera. La libertad de que no sea el consumo (de sí) el ámbito de la libertad. Un retorno al cuerpo, a la necesidad. A lo justo, preciso, ajusticiador del *ethos* del consumo. Liberarse de elegir, sobre todo a nosotrxs mismxs de modo estético-individual-salvífico-constante. En soledad, la libertad no existe (una alumna, recuerdo, dije que me dijo) Y la patria es le otre. Y así será nomás.

ESTATUTOS DEL PRESENTE

Alejandro Kaufman

I.

Cada coyuntura en los tiempos que corren nos interroga sobre su sentido y nos resulta impredecible en tanto nos sustraigamos al aire confusional que nos embarga. La circulación pública de los discursos, estragada por todo tipo de retóricas persuasivas, es de por sí un paisaje distópico que nos somete a un estado de distorsión cognitiva recurrente. Algunas narraciones fantásticas emplean metáforas a la manera de las fábulas antiguas, y por su simpleza, operan como distracciones o vagas alusiones a dispositivos que no tienen nombre y a los que solo podemos aproximarnos a gran distancia en las conversaciones públicas, como si fueran fuentes emisoras de letales radiaciones. Permanecer en el ensueño

de la alucinación colectiva ofrece un manto de velada seguridad, dado que un salto hacia el otro lado sugiere una amenaza que invierte el orden de las cosas, porque la verdadera amenaza está en lo que parece seguro. Tal paisaje distópico opera por un flujo recurrente de datos estereotipados que homologa la circulación de mercancías. Las mercancías ocultan su origen y condiciones de producción. No poseemos ni consumimos, de hecho, sino que accedemos en función del lugar que ocupemos en la “economía”. La promesa ilustrada de la libre navegación por el ciberespacio ya de por sí desmentida por las restricciones inherentes que no han parado de crecer, todavía funciona como régimen de captura, y todo indica que continuará en esa dirección por ahora, aunque

no exenta de múltiples conflictos y desvíos. Tienta a cada paso decir “es la historia, estúpido” en cuanto el empaquetamiento general de la comodificación -mercantilización-estructura los discursos como objetos discretos disociados de sus condiciones de producción, de modo que la saturación del espacio público por memes persuasivos adquiere el carácter de una atmósfera a la que nos hemos ido adaptando de manera gradual e inadvertida hasta volvérsenos imposible salir de ella, respirar otros aires.

Son estas palabras destinadas a provocarnos acerca de la nueva revolución industrial en ciernes, que hasta ahora casi solo es inteligible o reconocible por los propios discursos

de progreso que la caracterizan bajo la forma de una narrativa mágica, un sortilegio que a cada paso nos enfrenta con una góndola repleta de productos atractivos, una pantalla que centellea su fascinación, una ciudad espectacular que fluye ininterrumpidamente, unas Metrópolis virtuales encarnadas en los materiales urbanos que habitamos. Es inminente la fusión entre diversas fases que todavía son diferenciables, pero concurren a una condición de indistinguibilidad característica de la mutación civilizatoria que adviene como progreso, técnica y ciencia, y trae consigo nuevas formas de sujeción respecto de las cuales la resistencia, la respuesta insurreccional está siempre demorada, un paso atrás. Tal retraso es inseparable de las condiciones de la sujeción, porque la sujeción se instala mediante el acecho, de modo predador, escudriña la vulnerabilidad de la presa y la sorprende en su talón de Aquiles, en su punto de indefensión. La resistencia nunca es preventiva. Es este un principio del sojuzgamiento en la historia sociopolítica. Oculta esta intelección pensar las relaciones de poder sobre la base del paradigma de la soberanía, que supone luchas de influencia o dominio entre pares. Pero el sojuzgamiento asimétrico, la opresión social no es entre pares, dado que consiste como premisa en un acecho que previene a la víctima de la competencia necesaria para la paridad. Cuando se advierte la trampa es tarde. Eso es una trampa, caer en una situación de la que no se puede salir porque fue astutamente instalada para que la vulnerabilidad de la presa, cualquiera que sea en su concreción, le lleve a su destino sin retorno.

Se quiere decir aquí que la reflexión obturada en nuestros días es la que concierne a la opresión, reflexión que se haría necesaria, y que no obstante transita por bordes e intersticios, omitida por los espacios de reconocimiento. La paradoja es que para acceder a esos espacios debe cualquier cosa revestirse de los ropajes codificados de la mercancía, operación que en sí misma borra de los objetos que tramita, su sentido. Ese es el problema, uno de los problemas decisivos que nos inmoviliza en un estado de estupor e impotencia frente a los acontecimientos.

Acceder, transitar, obtener son operaciones que nos constituyen como vivientes en la civilización capitalista. Definen trayectos espaciales y ritmos, gramáticas y denotaciones sin exterioridad. Hace tiempo que nos ronda en pensamientos y ficciones la noción de que el devenir civilizatorio condujo a una trampa general, a un encierro de proporciones cósmicas, una condición en que las tramas relacionales establecen vínculos que escapan a cualquier posibilidad de intervención. Pero esta condición, expropiada conceptualmente de la genealogía de la opresión, contiene su propia falacia, su propio encubrir de lo que define el sojuzgamiento. Digamos entonces que un punto de partida es responder a la intuición libertaria que proviene de las más antiguas tradiciones culturales. La ruptura emancipatoria procede como el agua que al fluir encuentra los trayectos gravitacionales que le permiten proceder hacia abajo por un lado o por otro, antes o después. Sabemos que las canalizaciones ordenan el flujo y lo sojuzgan para un propósito que le es ajeno, son más atractivas, parecen más eficaces y rápidas, pero no impiden que la relación entre el fluido y la gravitación sea siempre el vector decisivo. Tal expectativa libertaria encuentra nuevas modalidades ante nuevas circunstancias. No rompemos ya cadenas metálicas, sino más bien simbólicas, nuestras operaciones requieren el orden de la imaginación sociopolítica y de la impugnación de la tecnociencia en cuanto régimen de sometimiento, sin por ello remitir al luddismo, un camino que sabemos sin salida, sino acompañando el movimiento progresivo de lo que adviene, pero atados al palo de la nave, con los marineros ensordecidos. Cómo hacerlo en cada circunstancia es la cuestión.

II.

Fluctuamos entre varios niveles superpuestos de significación. El de la politicidad e institucionalidad democrática es uno de ellos. Es donde se dirimen sufragios, gobiernos y políticas, es donde tienen sentido palabras de otras épocas, ahora precedidas de prefijos. “Neo” liberalismo es correlativo de “post” ideología. Lo mismo que el socialismo

acompañado de diversos adjetivos. En esto nos habíamos adelantado ya hace tantos años... El socialismo ocupó la época ideológica con sus términos adosados, en un sentido y también en el contrario del horror. El equívoco que suele llevar a desdeñar lo “post” reside en el entendimiento literal y sin ironía acerca de que el “fin” de lo que se invoca como discontinuo supone un desvanecimiento, una desaparición fantasmal, cuando lo que sucede es que tales impresiones de presencia ausencia no devienen de un no-existir sino de la superposición de niveles de inteligibilidad que requieren proceder como si habitáramos capas geológicas, o pisos diferentes de una construcción, en donde sucesos superpuestos coexisten. De modo que si proferimos el léxico ideológico lo haremos superpuesto a otros léxicos que registran la inmanencia de la forma de vida capitalista cualquiera que sea la descripción pertinente en el nivel institucional. Reconocer tales superposiciones implica superar la ingenuidad con que se discuten los cambios de gobierno en términos de periodizaciones de esas que fueron del todo desestimadas por las conceptualizaciones de la posthistoria, desde la Escuela de los Anales en adelante. Así, no hay algo que termina el 9 de diciembre y otra cosa que comienza el 10 de diciembre de la manera habitualmente descrita. Hay algo que termina y otra cosa que comienza, superpuesto ese cambio por otros niveles de continuidad. Se requieren cortes longitudinales para intentar una incipiente comprensión de los acontecimientos. Podremos distinguir algo llamado neo liberalismo de otras designaciones políticas, pero en los niveles superpuestos nos encontramos con el capitalismo en sus modos evolutivos, la comodificación general, nuevas modalidades de subjetividades esclavistas, cautiverios relacionales, trampas indiscernibles una vez que se cae en ellas por alucinatorias—con todas las dificultades analíticas que se desprenden de tal suceso—.

Lo capitalista no es una planificación, ni un sistema en términos clásicos, ni desde luego una ideología. Está constituido por prácticas contingentes de acumulación de las cuales no

hay en la actualidad una teoría. Son reconocibles técnicas, trayectos de distribución, instancias de acoplamiento con interfaces de demanda/necesidad/deseo. Y a la vez disponemos de lenguas milenarias para entendernos o malentendernos. Decimos “hambre” y se nos replica (con razón) que no hay tal cosa. No la hay porque la palabra connota condiciones ajenas a nuestros tiempos. Las palabras *correctas*, o forman parte de vocabularios técnicos, o derivan en eufemismos, porque en la actualidad civilizatoria “comer” tampoco responde a lo que esta palabra fue durante milenios. No “comemos” más que como gesto frívolo estético, como acción estructurada por la comodificación y la industria del entretenimiento. Desde el punto de vista del acceso y el desposeimiento, los conflictos inherentes a la injusticia remiten a la *nutrición*, en calidad y en cantidad. Los criterios por los cuales se determina lo que sucede en la nutrición no proceden del saber natural de los campesinos de la cultura nilótica, por ejemplo, sino mucho más de un arco que va de Auschwitz a la NASA. En esos dos lugares y momentos se constituyó de modo ejemplar lo que ahora llamamos “nutrición” (a la vez que se instruyeron recíprocamente en todo sentido posible). A la vez, la palabra “hambre” funda toda su legitimidad poético política en la injusticia que denuncia. *Hambre* en la actualidad no es carencia o inexistencia de alimentos en un mundo en el que se desperdician cantidades inconmensurables de alimentos, no es carencia de la existencia sino del *acceso*. Multitudes padecen desnutrición, mal nutrición, nutrición no equilibrada y tantos otros tecnicismos (“soberanía alimentaria”) que proceden como eufemismos en la esfera pública, y lo llamamos hambre porque ese es el sentido moral que tiene. Un hambre selectiva como nunca existió en la historia cultural. Nunca hubo hambre en el medio de la abundancia. Solo el capitalismo es capaz de que ocurra y hasta sea inevitable en sus términos, que —como ya habíamos anotado hace tanto tiempo (en *Confines*)— alguien puede estar privado de comer ante una vidriera pléutica de alimentos, pero no tener *acceso* a ellos, aun cuando solo tendiendo la mano podría saciarse. El acceso no es físico ni material, es social.

Tal espanto no tiene antecedentes, de ahí que necesitemos renovar la lengua, designar el desposeimiento y privación que nos horroriza de este modo en que hoy sucede, como espectáculo. De ahí que ni bien un gobierno adviene bienintencionado tropieza con productores de alimentos convocados que se mantienen en silencio, mientras los focos se concentran en figuras de la farándula que se manifiestan de manera moralista y pedagógica. Cuándo y dónde discutir en estos términos es el propósito de una politicidad crítica.

Así, la consecuencia de la circulación de noticias sobre el hambre y su remedio socio político, en el marco del empaquetamiento comodificado que estructura toda inteligibilidad es similar a la exhibición del tripalium a los esclavos para que la intimidación y amenaza de la ostensión sirviera de sustituto a medidas más violentas. Así es como en nuestras pantallas se nos dice cuánto peor están otros o podríamos estar en otras circunstancias, o en qué mundo crece la niñez actual, de qué destino funesto apartarse por todos los medios y sobrevivir. El cinismo con que los discursos mediáticos y políticos mencionan la pobreza y el hambre como sus principales preocupaciones mientras la acumulación de las riquezas crece hasta el cielo de un modo infernal, no celestial, es inaudita. Todos los efectos adversos de la acumulación les preocupan porque afectan a los desaventajados, ya sea la inflación, o la llamada pobreza. Se *lucha* entonces contra la pobreza y contra la inflación. Cuando se lucha contra algo así se cimenta el antagonismo, se decide sobre el antagonismo como contrapartida de la propia identidad. El rico, cuanto más rico tanto más solloza sobre cuánto le preocupa la pobreza, cuya causa principal radica en los propios pobres, desde luego, son ellos los culpables de su desdicha, dado que el rico tiene la virtud de producir riqueza, que algún día, algún día muy lejano dentro de muchas generaciones habrá de *aliviar* el sufrimiento de los miserables. Son estos discursos nuestra herencia con la que lidiar más que ninguna otra cosa.

Tales monsergas proferidas por los ricos respecto de la desdicha

de los desposeídos y la ostensión intimidatoria y amenazante de tal desdicha encubriendo la génesis y reproducción de la desigualdad a fin de perpetuarla contiene otro rasgo ominoso y más subrepticio, que solemos confundir trágicamente. Suele repetirse de manera condescendiente e ingenua ese truismo acerca de que los pobres votan contra sus intereses cuando lo hacen en favor de la derecha. Ojalá pudiéramos someter tal afirmación a la demolición conceptual que merece con la intensidad necesaria. Es un razonamiento bienintencionado que solo revela la adversatividad ante la desdicha, la denegación con buena conciencia del sufrimiento de los otros, sutilmente culpándolos de su suerte. Quien refuerza su propio sojuzgamiento no hace otra cosa que estar en coherencia con la cautividad de que es objeto. *Eso es la cautividad*. Es permanecer en el espacio asignado, no chocar con las paredes arrojándose contra ellas para atravesarlas. El cautiverio no es una opción lúcida de quien puede elegir, sino el haber sido víctimas de una derrota cuyo precio es el sometimiento. El sometimiento consiste en la obediencia. Lo lúcido en el cautiverio es obedecer, no chocar contra las paredes a la espera de una oportunidad, en el mejor de los casos. Que se presuma voluntaria la obediencia es una descripción incisiva que permite otorgar inteligibilidad a la insurrección, pero que no da cuenta de la continuidad de la obediencia hasta que no emerja la ruptura emancipatoria. Cuando esta acontece, se produce al precio de un olvido de la precedente subyugación. De ahí que el emancipado está listo para volver a someterse por el olvido. Olas que avanzan y retroceden en esa marea de opresión y libertad que es la historia forman parte del equipamiento elemental de toda militancia política emancipatoria. (De ahí que no pueda asignarse la palabra “militancia” en este sentido a las derechas, porque ellas juegan la institucionalidad democrática como una astucia menos violenta del acecho a fin de atrapar a sus presas. No hay simetría entre derechas e izquierdas. Hay un antagonismo esencial que puede disponer de treguas, convivencias y pacificaciones, y que nunca estará exento de la discrepancia que lo estructura.)

Hay algo más que decir por ahora sobre estas escenas, algo mucho peor, más doloroso y más verdadero que la condescendencia con las clases subalternas que se opondrían a sí mismas. Se trata del goce del amo por mantener en cautividad al subalterno. El subalterno en potencia es libre y el amo logró reducirlo al sojuzgamiento. La cautividad solo excepcionalmente supone desposeer al esclavo de toda intensidad existencial. Es lo que sucedió en los campos de exterminio como víspera de la muerte física. Aquello que fue descrito por autores como Agamben vía Benjamin como *nuda vida*. El amo requiere de la vitalidad de su sometido porque se sirve de su vitalidad, ya sea para el trabajo o con fines frutivos. El esclavo es contemplado como a las “fieras” en los antiguos zoológicos. También hay un goce más miserable que es colgar las cabezas de las presas obtenidas en la cacería para exhibirlas en la sala. Pero el verdadero triunfo es dominar con la propia voluntad a las “fieras” en su esplendor para que obedezcan. Se lo presume más *noble*. En ese goce no reside solo la omnipotencia de la victoria sobre el otro sino algo más retorcido que es el riesgo de que en cualquier momento se produzca la insurrección. La peligrosidad de los esclavos, el temor constante a que asesinen al amo en su sueño nocturno, -la peligrosidad revestida de pánico latente que suscitaba el *quilombo*- esa inquietud acicatea como una fuerza tan estimulante el emprendimiento de nuevas conquistas, la exploración de nuevos territorios. Tal goce, a través de la industria cultural del espectáculo se pone a disposición de las clases medias, que lo albergan de modo mucho más soterrado, y hasta inconsciente, que los ricos y poderosos, que lo exhiben cuando se sienten a sus anchas. Esto también lo hemos disfrutado en estos años que pasaron.

El odio es una variable sublimada de estas condiciones de la intersubjetividad. Tampoco es preciso limitarnos a discutir solo el problema del odio en la vida en común, como no lo es “luchar” contra la pobreza. Se termina cosificando el odio, como si solo se tratara de una fuerza nociva que se requiere neutralizar o contrarrestar sin verificarlo como vinculado con el

goce del Amo. Entonces, no resulta a fin de cuentas eficaz luchar contra el odio sin más, sin poner en radical discusión en este punto como en todos lo que anteceden las condiciones estructurantes de la desigualdad y el cautiverio.

III.

Con el fin de dar cuenta de las superposiciones de niveles heterogéneos pero concomitantes reproduciremos a continuación un párrafo que si se leyera de un modo superficial e identitario se consideraría ajeno a lo que antecede. Y, sin embargo, es también lo que queremos decir aquí. Formulado lo que sigue hace algunas semanas, en vísperas de las elecciones internas PASO, fueron publicadas estas líneas en un sitio web efímero que intentaba de esa manera dislocar la temporalidad tal como se desenvuelve en relación con reflexiones articulables con las aquí expuestas. Una apología del peronismo, así dicha, mantiene entre líneas el prefijo post, como de otra manera no acertaremos a dar cuenta de lo que sucede, de nuestras incertidumbres, de aquellas inquietudes que nos sugieren estados de espera, declinaciones estratégicas, concomitancias heterogéneas. El presente texto en *El Ojo Mocho* será leído en otro tiempo histórico, el período iniciado por el 10 de diciembre de 2019. Nos preguntamos por el bagaje con que cruzaremos esa frontera, y por las continuidades de las cuales tal frontera solo nos impone una opacidad inquietante.

IV.

Incidencias de una espera: apología del peronismo. 4 octubre, 2019

(Este apartado ha sido publicado originalmente en <http://rededitorial.com.ar/27/incidencias-de-una-espera-apologia-del-peronismo-alejandro-kaufman>).

Atractiva es la convocatoria a escribir sobre el tan cercano y tan distante 27 de octubre en tanto se suscita la

inquietud sobre el calendario y la cronología argentina de las multitudes. Si a primera vista sugiere la asociación con el 17 de octubre por cercanía temporal y también homofónica, una consideración más atenta nos la hará relacionar con otra fecha aparentemente menos llamativa, y en la que a mi parecer reside la cifra de los días que corren: el 9 de diciembre de 2015, el día de la conversión en calabaza de ella. En lo multitudinario de ese día como acontecimiento, sus propósitos y significaciones latentes y manifiestas, en lo que ese día se sembró. Porque así sucedió ese día y lo habremos de entender también como un acto indisoluble de una perspectiva de género. La siembra, la gestación de aquello que permanece fuera de la vista mientras crece, algo tan frágil y vulnerable a cualquier riesgo, algo que no procede como promesa sino como potencia y olvido.

Las fechas de la saga movimientista de nuestro populismo peronista no son las del orden ni las de la revolución sino las de la irrupción multitudinaria en la apertura de un tercer espacio, la expansión de un intersticio que socava algunas fronteras que el capitalismo no puede terminar de cerrar porque las necesita porosas para su propia consumación. El peronismo es una astucia popular para sublimar el deseo emancipatorio incondicional hacia una transacción pacifista, un acuerdo para no derramar sangre sin ser tampoco vencidas las multitudes por esa tristeza impostada de risa boba que caracteriza al capitalismo contemporáneo. (Sabemos que es también tantas otras cosas.)

Tanto que batan el parche de la creatividad exigida a las protestas, aserción desmentida por el odio atroz que les provoca la creatividad real de las multitudes, los advenimientos y las irrupciones que caen como rayos del cielo, nunca donde, ni cuando, ni como se les espera. Liderazgo peronista, antes que verticalidad determinista sobre las multitudes, es flujo libidinal, creación de significaciones y eventos, intervenciones sorpresivas sobre los tinglados de mezquindad y codicia orlados de violencia genocida que las clases dominantes deparan sin cesar. Es conseguir tregua, habitar ese

intersticio, ampliarlo todo lo que se pueda, robarle, sí robarle, de ahí que esa palabra –invertida– sea tan recurrente, robarle libertad, vida, tiempo, dignidad al miserabilismo propietario.

¿Hay una buena forma de hacerlo? No la hay, más que del modo sucio, desprolijo, incorrecto con que el amor hacia el pueblo nos compromete a la empatía con la innumerable presencia.

El 9 de diciembre no fue el día de la derrota, ello tuvo lugar cuando el sufragio. Fue el día de la efectiva reducción a la oscuridad que la institucionalidad democrática decreta

con sus protocolos de legitimidad: aquellos que el peronismo nunca lesionó como sí lo hicieron sus odiadores, y en cambio fue su víctima recurrente.

El 9 de diciembre fue un compromiso y una invocación de este 27 de octubre, un llamado al aguante como a la reflexión, una labranza deseante, algo que podría y debería ser mayor y mejor, liberador y revolucionario, pero que es así como ocurre, y así es como suscita tanto odio y resentimiento. Los caminos que sigue la lucha por la justicia social no están trazados y esa indeterminación es lo que nos salva.

El 9 de diciembre fue pactada una espera que iba a transcurrir con los dientes apretados y el esfuerzo sufrido de millones. Pocos días faltan para que termine, no obstante que entonces dé comienzo una cuesta arriba que se anuncia inquietantemente empinada. Una gris satisfacción porque no consiguieron perpetuarse después de tantos daños y padecimientos infligidos, y una nueva constatación de la perseverancia resistente de un pueblo.

En esta espera –que no es fórmula sino contingencia– reside el secreto de lo que nos alienta a persistir.

PENSAR LA UNIDAD. HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LO POLÍTICO

Alejandro Boverio

I.

Theodor Adorno en *Minima Moralia* caracterizó la definición schmitteana de la esencia de lo político en los términos de amigo-enemigo como una regresión hacia la conciencia del niño, que binaria y alternativamente siente placer o miedo. Frente a ello afirma: “la libertad consiste no en elegir entre blanco y negro, sino en escapar de toda alternativa preestablecida”. Cabe decir que el contexto de esa afirmación, en un libro que lleva por subtítulo “Reflexiones desde la vida dañada”, es justamente el de los efectos de la destrucción de la vida que llevó adelante el fascismo.

Cuando, en la actualidad, nos volvemos a preguntar por la actualidad del fascismo, como lo hicimos en el último número de la revista, pretendemos interrogar sobre una potencialidad que puede advenir con mayor o menor intensidad y que, en el último tiempo, asume su cara más funesta en la forma de un reguero de pólvora a lo largo de *nuestramérica*. La declaración del estado de excepción y el toque de queda en Chile hasta el golpe de Estado en Bolivia, con las

masacres que trajeron aparejados, es el daño más directo que un cierto fascismo contemporáneo ejerce contra la vida actual y que no puede volverse completamente inteligible sino teniendo en cuenta los procesos que simultáneamente se abrieron en Ecuador, Colombia y el resto del continente.

Debemos decir que la insurgencia popular que vemos brotar en todas partes *como un rayo caído de un cielo sereno*, es en verdad la respuesta necesaria al daño que se le produce silenciosamente a la vida, ya sea por el empobrecimiento o directamente por la destrucción de las condiciones básicas de existencia. Cuando esa insurgencia se vuelve incontrolable, el poder real deja de lado la *forma democrática* para ejercer directamente la violencia, la tortura y la muerte. En el caso de Chile con múltiples y flagrantes violaciones a los derechos humanos, en el caso de Bolivia directamente con un golpe de Estado que se asemeja más a un golpe tradicional que a uno *blando* (como sí lo fuera en el caso de la destitución de Dilma Rousseff en Brasil y el posterior encarcelamiento de Lula).

No es casual que estos procesos en el continente se produzcan en paralelo al triunfo electoral del peronismo unificado contra el neoliberalismo en nuestro país. Se impone el pensamiento de que los movimientos de insurgencia popular en el continente han sido acelerados por el triunfo del peronismo de las primarias de agosto, del mismo modo en que la fuerza represiva se vio intensificada en los términos de una respuesta táctica del poder en busca de limitar un efecto *dominó* en la región.

II.

Las condiciones de empobrecimiento que el neoliberalismo impuso en Argentina encontraron su resistencia popular en la movilización organizada que tuvo su momento más punzante con la reforma regresiva del modo de indexación de las jubilaciones, y la desmesurada represión estatal en un marco de militarización del área del Congreso hacia fines de 2017, sin lo cual su sanción no hubiera sido posible. Al año siguiente, el brutal endeudamiento

que se contrajo con el FMI ya fue una decisión ejecutiva que no pasó por el Congreso, puesto que muy posiblemente no se hubiera aprobado. Esa decisión inconsulta nos condicionará por años, y deja a su vez en evidencia una cierta falencia (sino vulneración) institucional.

Sin embargo, debemos decir que la democracia en nuestro país parece más sólida que en los países vecinos en tanto la decisión electoral de las mayorías se ha respetado en las formas y tiempos constitucionales.

El daño en la vida que ha producido el neoliberalismo ha encontrado su límite primero en el permanente estado de movilización de la sociedad que, pese a todo, nunca perdió un fundamental grado de organización. Y luego en las urnas, a través de la unificación del peronismo, unidad en gran medida posibilitada por el nivel de destrucción que significó el macrismo. Ahora bien, esta unidad que en alguna medida posibilitó el *espanto*, ¿cómo y en qué condiciones puede persistir? ¿Y de qué modo puede acrecentarse?

III.

El momento de irrupción de *multitudes* en el contexto latinoamericano y la respuesta del poder represivo con una instensificación fascista, dan cuenta una vez más de la importancia de la organización política del pueblo. Si en los noventa a través de los efectos nefastos de la desregulación de la economía y de la sociedad, por contraste valorábamos la importancia del Estado, en la actualidad continental vemos la relevancia que ha tenido la organización política y social del pueblo argentino que ha resistido los embates neoliberales durante los últimos cuatro años y que ha posibilitado un traspaso de gobierno ordenado.

Si, como afirma Schmitt, la legitimidad democrática se apoya en

el pensamiento de que el Estado es la unidad política de un pueblo, esto es, que en particular “el Estado es el *status* político de un Pueblo”, cabe preguntarse por los modos en que puede ejercerse esa unidad política. En *Teoría de la Constitución*, Schmitt plantea dos modos para pensar cómo el pueblo puede alcanzar y mantener la situación de la unidad política: o bien por su *identidad inmediata*, en tanto posea una homogeneidad fuerte y consciente, y por lo tanto podría ser una unidad política como magnitud real consigo misma; o bien, desde el principio contrapuesto que parte de la noción de que la unidad política del pueblo nunca puede hallarse como identidad real, y que se ejerce en la *representación*. Entre uno y otro principio, entre la unidad política como la *identidad inmediata* y la unidad política como la *representación* (y en su caso más extremo, la representación en *un* representante), vamos de Rousseau a Hobbes, de la *volonté générale* al *Leviathan*.

Por un lado, entonces, el inmanentismo rousseauiano de una asamblea de hombres que como un todo unificado en una identidad compacta, la voluntad general como *pouvoir constituant*, decide por sí y para sí sin otro representante que sí mismo.

Por otro lado, el anclaje hobbesiano de la unidad política en la unidad del representante como lo que afirma su decisionismo político. En efecto, cuando Hobbes analiza cómo una multitud de hombres se convierte en una persona, afirma que “la unidad del representante, no la unidad de los representados es lo que hace la persona una, y es el representante quien sustenta la persona, pero una sola persona; y la unidad no puede comprenderse de otro modo en la multitud”. Es contra ese único modo de comprender la unidad de la multitud, la hobbesiana, contra la que Paolo Virno afirma la potencia de su multitud (*Gramática de la multitud*).

De todos modos, el decisionismo schmitteano, si bien se piensa a sí

mismo en una continuidad con el hobbesiano, no es homogéneo con él. No es en el contexto de guerras civiles del siglo XVII en el que está pensando Schmitt, sino en el de la irrupción de masas del siglo XX. En este sentido, para Schmitt la unidad política se produce en una vinculación de esos dos principios contrapuestos, el de identidad y el de representación. En *Teoría de la Constitución* es claro al respecto: por un lado, no hay ningún Estado sin representación, y de este modo el modelo rousseauiano no sería para él más que una construcción ideal en el pensamiento pero no una realidad histórica y política (“En todo Estado ha de haber hombres que puedan decir: *L’Etat c’est nous*”); pero, por otro lado, y a un mismo tiempo, no hay ningún Estado sin elementos estructurales del principio de identidad: “El principio formal de la representación no puede ser ejecutado nunca pura y absolutamente, es decir, ignorando al pueblo, siempre presente en alguna manera”.

Así, la unidad no estaría dada sólo por el pueblo unido en presencia en asamblea, ni solo por las personas que lo representan, sino justamente en esta *mixtura* de ambos principios que son esencialmente inescindibles, al menos en el contexto de nuestras democracias contemporáneas.

IV.

En *Político*, Platón ya se planteaba el problema de la unidad política. El político, a diferencia del modelo del pastor (del que se ocupa para abandonarlo), será un tejedor que viene a unir las diferentes existencias “en una comunidad basada en la concordia y la amistad”. Además de definir que el político debe enlazar las diferentes artes necesarias para toda ciudad y las diferentes virtudes presentes en los hombres, indudablemente el problema político, como el arte de tejer una trama y una urdimbre, implica muchas veces armonizar tendencias contrapuestas, y ése es

el desafío político. Platón refiere explícitamente a la necesidad de concertar los caracteres enérgicos con los mansos: “las [naturalezas] que tienden más a la valentía y que por su carácter duro pueden considerarse semejantes a la urdimbre, y aquellas que, por el contrario, tienden a la mesura y que -para continuar la imagen- son blandas y suaves como las hebras de la llama, a esas naturalezas -digo- que tienen tendencias opuestas entre sí, el arte real trata de combinarlas y entrelazarlas”.

Vemos que la dimensión del consenso es fundamental en la teoría política desde su comienzo, y acaso sea la piedra de toque para toda unidad política. Civilización y barbarie: esa conjunción es la que es preciso articular en una suerte de totalidad que albergue los dos momentos sin eliminarlos. Es uno de los grandes desafíos que tiene el nuevo gobierno argentino, y que significa no caer en la gran tentación de una equivalencia que acaso alguna vez estableció erróneamente el kirchnerismo: la igualación entre “pueblo” y “pueblo kirchnerista”. El frente *Todos*, que en su convocatoria electoral no desbordó los límites del armado de 2011, pero que sí involucró reposicionamientos a su interior, efecto de la ruptura del sector liderado por Massa entre 2013-2018 y de su retorno este año, tiene entonces una tarea titánica para desarrollar en la experiencia de gobierno efectiva y es desbordar los límites del peronismo en busca de la creación de una identidad nueva y mayoritaria. El nombre del frente es un buen augurio, y también aquello que repite Alberto Fernández en cada ocasión que puede, aquello de que no importa de dónde viene cada uno, sino el destino que podemos compartir. ¿Una comunidad de destino?

El desafío de la unidad será, en primera instancia, la unidad de dos polaridades que se encuentran en la propia figura de AF: peronismo y liberalismo. ¿Es posible a partir de una unidad superadora? El peronismo histórico intentó dibujar

una llamada tercera posición, pero entonces era entre liberalismo y comunismo. ¿Qué significaría esta nueva unidad? Esa nueva unidad no se puede definir en abstracto, debe ser realizada *en concreto*. Pero constituye el desafío de aglutinar polaridades que se desprenden de aquella: catolicismo/evangelismo *versus* laicismo, comunitarismo *versus* individualismo, sustancia *versus* forma, entre muchas otras.

V.

Unificar no significa, debe quedar claro, la totalización desde las alturas. El hegelianismo como el modo en que la *ratio* se devora la realidad, el concepto al objeto, con su pensar *identificador*, es un modo absolutista de pensar en tanto termina deglutiendo toda diferencia. Sin embargo hay otros modos de trazar el vínculo del pensamiento con la realidad (y cabe decir que la política no deja de ser un modo del *pensamiento*).

Cuando Adorno tematiza el problema de una dialéctica negativa, está abriendo justamente la posibilidad de un pensamiento dialéctico que deja espacio para que se exprese lo no-idéntico, esto es, la diferencia. Si bien en *Dialéctica negativa* lo desarrolla fundamentalmente en el sentido de una cierta ontología, no deja de sentar las bases también para un pensamiento de lo político: “Cambiar esa dirección de lo conceptual, volverlo hacia lo diferente en sí mismo: ahí está el gozne de la dialéctica negativa. El concepto lleva consigo la sujeción a la identidad, mientras carece de una reflexión que se lo impida; pero esa imposición se deshacería con sólo darse cuenta del carácter constitutivo de lo irracional para el concepto”.

El concepto debe estar abierto a lo que no es conceptual, a la realidad misma, y en ese sentido, estar disponible para lo nuevo que una situación histórica pueda solicitar. En los términos de más arriba: es

en la dialéctica entre la identidad no-idéntica (del pueblo) y la representación (el gobierno) que se podrá encontrar una unidad política más amplia para la nueva época que comienza.

A su vez, creo que podemos encontrar algunas pistas en la *Teoría estética* de Adorno para concebir la unidad política en el modo en que piensa la unidad de la obra de arte, en donde autonomía y heteronomía pueden subsistir en su antagonismo: “El doble carácter del arte como autónomo y como *fait social* está en comunicación sin abandonar la zona de su autonomía”. Esa unidad de la no-identidad se repite en el modo en que los insolubles antagonismos de la realidad aparecen, para Adorno, en las obras de arte, no como una mera representación en tanto contenido, sino como problemas immanentes de su forma.

Finalmente, del mismo modo en que Adorno piensa el concepto del arte, nosotros podemos caracterizar el concepto de lo político, ya no en los términos de amigo-enemigo, sino en los de una transacción permanente entre la libertad de la vida y las instituciones, en tanto “no sería un ámbito asegurado de una vez para siempre, sino que continuamente se estaría produciendo a sí mismo en momentáneo y frágil equilibrio, para usar la comparación, que es más que comparación, con el equilibrio entre el Yo y el Ello”.

Esa tensión intrínseca a lo político, que es aquella entre la realidad y la utopía, pero a su vez, entre la libertad de la vida y las instituciones, es la que hay que transitar sin someter una polaridad a la otra, por el contrario, siempre manteniéndose en un sutil equilibrio entre tales polos, para garantizar así su unidad disonante. Sólo si somos fieles a esa tensión podrá alcanzarse una verdadera unidad política para esta nueva época que se abre.

¿CÓMO PRESERVAR LA UNIDAD? (CONVERSACIÓN CON JUAN GRABOIS)

26/9/2019

Juan Grabois: ¿Cuánto tiempo necesitan?

Darío Capelli: Y... lo que vos tengas.

JG: No, díganme cuánto tiempo necesitan ustedes.

DC: Hora y media ¿está bien?

JG: Un poco menos

DC: ¿Un poco menos?

JG: Esperen que voy a atrasar una reunión... (*se va aparte...* Paz, fijate si le decís a Alicia que ahora me atrasé yo y que nos podemos ver a las doce... *vuelve*). Bueno. Vamos.

-Matías Rodeiro: Juan, cómo va, mirá, para este número de la revista estamos pensando en tres temas que nos parecen atraviesan al presente y atravesarán al escenario postelectoral más allá de la coyuntura. Podrían pensarse como procesos también: la deuda, la unidad política y el feminismo. ¿Cómo estás pensando vos la unidad política –en tanto soporte y desafío en este escenario de final del macrismo-? ¿Cómo pensás el problema de la deuda? Y ¿cómo al feminismo en tanto irrupción?

Nos interesa en particular tu perspectiva ya que sos parte de movimientos sociales, desde que empezaste a organizar a los cartoneros en el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) en el 2002, sos parte de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) y del frente político Patria Grande.

JG: Bien ¿Quieren hacerme preguntas o que hable?

DC: Dale, sí...

JG: ¿Con qué empezamos?

MR: Por dónde quieras.

JG: Decime algo...

MR: Unidad política.

JG: Hasta fines del año pasado, yo no tenía ninguna participación político partidaria e institucional. Es más, creía y sigo creyendo que para las transformaciones que necesita la Argentina y Latinoamérica es más importante la construcción del poder popular y la organización comunitaria de los sectores más postergados, más excluidos, en el territorio (en las zonas urbanas y las zonas rurales) y en la gremialidad del trabajo de lo que nosotros denominamos la economía popular... eso es más importante, decía, que la lucha institucional. Lo cual no quiere decir que la lucha institucional para mí no sea importante. Me parece muy importante. Pero me parece más importante lo otro. Entonces, como me parece más importante lo otro, es lo que me apasiona y es lo que milito desde los dieciocho años, siempre pensé en que, por una cuestión metodológica -y no por una cuestión filosófica-, es importante sostener la autonomía de las organizaciones populares en relación a los procesos político-partidarios. Una autonomía relativa porque no es una autonomía sin principios políticos ni es una autonomía neutral. No es una autonomía en la que todo da lo mismo sino que es una autonomía metodológica y organizativa; es decir, nuestra percepción y nuestra práctica es, viendo cierto abuso que hay, por parte de algunos movimientos populares, de los instrumentos sociales de la política liberal (ejemplo: a un compañero que es parte de una

cooperativa y que necesita ganarse el mango, se le pone la pechera y automáticamente pasa a ser parte de un instrumento político; lo cual es un abuso de la dignidad humana, un error no solamente político sino ético); frente a eso, nosotros mantenemos una diferenciación muy clara entre lo que son las herramientas de lucha, de organización social y lo que son las herramientas de incidencia político-partidaria-institucional.

Entonces, a los compañeros del movimiento que se politizaban, que se empezaban a interesar, que les picaba un poco el bichito de la política partidaria, nosotros le sugeríamos que fueran a las reuniones de Patria Grande que en ese momento era una organización política. Después se hizo el frente (con el mismo nombre) ¿Por qué? Porque teníamos muchos militantes estudiantiles que colaboraban con la organización de base, que se embarriaban un poco a través del MTE ¿no? Así se fue dando la cosa. Se fue dando un poco por vínculos que se fueron generando en la calle y cuando lo pibes de La Mella, la organización estudiantil, querían hacer pasantías o querían conocer el MTE... la cuestión es que en un momento había como cien pibes de La Mella militando con los cartoneros, con los costureros, con los vendedores ambulantes, en los barrios, en los merenderos, etc.

Entonces, estaba ese vínculo ¿no? Pero siempre planteando: "miren, acá el movimiento no puede ser heterónimo. Tiene una conducción que surge de su propia dinámica, de su propia realidad y de sus propias necesidades así que el que quiere militar en el MTE no responde a La Mella o a Patria Grande en la política para el sector. Si ustedes quieren que haya compañeros y compañeras que

participen de la política, los tienen que convencer y los tienen que acercar a las Casas Populares y a las unidades de discusión política que tiene Patria Grande. Es un método que yo reivindico y que requiere de algunos anticuerpos para que no se haga ficcional. Y esos anticuerpos consisten en que las principales referencias no seamos candidatos y que no tengamos una participación protagónica en el proceso político.

La CTEP se fundó con una filosofía parecida porque en el 2011, cuando se funda, con Emilio Pérsico y otros compañeros, nos dábamos cuenta (él como parte del oficialismo y nosotros como una organización independiente que tenía posiciones críticas con el gobierno -sobre todo en términos de justicia social-) que había una metodología del sistema o del estado o de cómo lo quieras llamar, de que a todo el poverrío, a todo lo que hoy denominamos “economía popular”, segmentarlo en organizaciones político-partidarias. Lo más triste era que cada funcionario tenía su organización. Entonces vos tenías que tal ministro tiene Kolina, tal ministro tiene... Peronismo Militante, etc. etc. etc. Y así había una distribución de cupos y de recursos vinculados a las tendencias políticas y no había... digamos que no se les estaba dando poder al sector. A ese sector de la clase trabajadora al que no se lo respetaba como trabajador. Hasta en el lenguaje que se utilizaba. Eran “beneficiarios” o “monotributistas” o cualquier cosa menos trabajador.

Eso era un problema serio porque no hay ningún proceso de avance popular sin darle participación a los laburantes. Nosotros creemos que el sujeto histórico en esta etapa del desarrollo capitalista son fundamentalmente los excluidos del mercado de trabajo asalariado; digamos, los más pobres del campo y de la ciudad, los descamisados del presente. Entonces, se funda la CTEP con esa filosofía y se funda con esta regla de intentar

que las principales referencias puedan tener una independencia fuerte del proceso político partidario a sabiendas de que las organizaciones que impulsaban a la CTEP como sindicato (porque la CTEP es un sindicato) son organizaciones políticas ¿no? Entonces ¿cómo trabajar esa contradicción aparente? No es escindiendo lo político de lo social, en términos filosóficos o ideológicos, sino estableciendo una metodología que fuera eficaz en términos reivindicativos para el sector, en términos de visibilización del sector en tanto sector y no en tanto parte de un movimiento político (*golpea la mesa con el índice, marcando cada sílaba del último hemistiquio de la oración*). ¿Más o menos se entiende?

DC: Por lo que vos estás comentando, sin ser éste un proceso... o mejor dicho, sin estar dentro de los objetivos fundamentales, sin embargo el proceso de unificación por abajo forzó a que se una lo que por arriba estaba fragmentado.

JG: Es así. Es tal como lo decís. Digamos, la CTEP después sirvió -si se quiere, indirectamente porque no estaba planificado- para unir políticamente cosas que estaban totalmente dispersas. Y ése es un efecto lógico. Porque si uno lo ve en la historia del movimiento obrero argentino, digamos que antes del peronismo había diez corrientes ideológicas pero la unidad se construyó sobre la base de la reivindicación de los trabajadores ¿no? Y ya que uno de los temas del número va a ser el feminismo, hay una cosa que a mí me da cierta admiración del movimiento feminista. Cuando ellas dicen: “ahora que sí nos ven...”, bueno... a nosotros no nos ven todavía; la política no nos ve. La política nos ve como parte de la política, no como sector, no como sujeto histórico, no como un emergente de las tremendas contradicciones sociales que genera el capitalismo neoliberal a nivel mundial.

Por eso cuesta tanto salir de la idea de hablar del plan y empezar a hablar de la economía popular o de salario social, etc. Pero les estaba contando lo de lo político. En noviembre (de 2018), a mí personalmente pero también a un grupo de compañeros... a mí me empieza a pasar algo que me moviliza para intervenir en el proceso político... fundamentalmente... vamos a decirlo con una palabra bien llamativa... la conspiración para destruir a Cristina. Destruir a Cristina no era sólo destruir a una mujer y a una gran dirigente del campo nacional y popular sino destruir un espacio político -al cual yo nunca pertencí ni pertenezco- que es el espacio al que se denomina “kirchnerismo” y que es el espacio mayoritario dentro del campo popular, digamos ¿no?

Entonces, como por distintas razones yo tengo vínculos con Lula, con Evo y con Correa... si definiendo a Correa en Ecuador y a Lula en Brasil ¿Cómo no lo voy a defender a Cristina acá? Es exactamente lo mismo: son los métodos actuales del neocolonialismo. Es el Plan Cóndor 2.0: sin torturas y sin detenciones arbitrarias masivas ni desapariciones pero sí con el objetivo de subordinar los procesos democráticos populares, destruirlos a través de la destrucción de sus principales dirigentes. La verdad es que me pesaba éticamente no ser parte de esa lucha. Me resultaba repugnante la cobardía y la negación de la situación que sufría Cristina por parte de gente que estuvo al calor del poder, con ella hasta el último día de su mandato. No hablo de ningún sector en particular porque yo entiendo, comprendo y en algunos casos hasta comparto las críticas que le han hecho o las diferencias que han tenido compañeros que estuvieron durante su gobierno y que ahora no se sienten representados por ella. Pero eso es una cosa. Otra cosa es no visibilizar que la persiguen. Y hay que visibilizar esa persecución

no solamente como un problema que atenta contra la democracia y las garantías constitucionales sino como parte de la estrategia imperial sobre la Patria Grande.

Ahora, la CTEP no era el lugar de enunciación de ese planteo. Por un montón de motivos, digamos. Por ejemplo, yo les contaba antes de empezar la entrevista sobre el caso de Daniel Ruiz [militante sindical chubutense, detenido el 18/12/2017 durante la represión a la marcha contra la reforma previsional, única persona detenida desde entonces y hasta el momento de la entrevista. Salió en libertad hace unos días]. Bueno, ese es un caso políticamente motivado. Pero, más allá de ese caso, nosotros tenemos un montón de compañeros presos, sin condena. Gente pobre de los barrios que está sufriendo situaciones muy injustas en los penales y que son también presos políticos, como dice la canción de Los Redondos. Porque no están ahí por una falta individual sino por causas estructurales muy evidentes.

Entonces, si uno se pone muy republicano en esto, la verdad es que habría cierta hipocresía si creyéramos que hay perseguidos judiciales de primera y perseguidos judiciales de segunda; violaciones constitucionales de primera y violaciones constitucionales de segunda... eso no me gusta a mí. Pero en el caso de la persecución a Cristina, ha habido un problema más de fondo, un problema político más de fondo. Y el problema era que se estaba instrumentalizando la justicia federal de manera absolutamente evidente, con el único objetivo de destruir a Cristina y a su espacio político.

Entonces (y retomando), como el lugar de enunciación no era la CTEP (por varios motivos, entre ellos que no todos los compañeros estaban de acuerdo con que había que defender a Cristina y mucho menos con que había que defenderla desde la CTEP) y como

ese planteo era un planteo de naturaleza política-institucional y tenía que ver con las elecciones que se venían y con la importancia de Cristina en la construcción de la unidad... con los compañeros que estaban de acuerdo, fundamos el Frente Patria Grande. Por eso, de alguna manera me corrí un poco (y en algún momento pensé en correrme del todo aunque al final no fue así...); me corrí un poco, decía, de mi rol de conducción de la CTEP para dedicarme a la construcción de este espacio, del Frente, que tenía entre sus primeros cinco o seis objetivos reivindicar a las dirigencias de los procesos populares latinoamericanos y, en particular en la Argentina, reivindicar a Cristina como principal referencia de ese proceso y defenderla de la ofensiva del *lawfare* y de la estrategia imperial contra ella. Después, lógicamente, tenía -como segundo punto- aportar a la construcción de una nueva mayoría, de una unidad más amplia para derrotar al macrismo en las elecciones.

DC: ¿Y ahí largaron la campaña “Ella le gana”?

JG: Primero fue, bueno, lo de Comodoro Py y ahí empezamos la campaña de denuncia contra el Poder Judicial, perdón, contra la justicia federal y contra el *lawfare*. Después, vino el tema del “Ella le gana”. El “Ella le gana” tenía que ver con que nosotros pensábamos y yo sigo pensando que Cristina hubiese sido la mejor Presidenta posible en este contexto. Algunos decían que ella no podía ganar. Yo estaba y estoy convencido que ella ganaba. Pero sí es verdad que hay un problema no electoral sino un problema político de fondo y es que para el nivel de agresión que iba a recibir esa candidatura y, eventualmente, ese gobierno, tal vez no existía la relación de fuerza real para sostenerlo. Eso puede ser. Nunca se sabrá... La campaña tenía un doble objetivo: no solamente promoverla a ella como candidata, que era una iniciativa nuestra y que no habíamos consultado

con ella porque nosotros somos un espacio -y hasta lo digo con cierta jactancia- que no tiene una conducción fuera del propio espacio, y después, durante el proceso de la campaña, tratar más o menos de...

DC: Articular con...

JG: Sí. Y también de alguna manera acatar, entre comillas, ciertos lineamientos generales, porque la campaña no la conducimos nosotros. Pero, bueno, vamos a ver... Yo tampoco me siento... ni yo ni la mayoría de los compañeros nos sentimos plenamente expresados por el programa que encarna Alberto... Y Cristina, porque Cristina es parte de la fórmula. Yo no voy a dejar de plantear que... ¿esta entrevista cuándo va a salir?

MR: Después de las elecciones.

JG: ...Bueno, yo estoy convencido de que hay que hacer una reforma agraria. Lo voy a seguir planteando. Le guste a quien le guste. Estoy convencido de que hay que hacer una reforma urbana. Estoy convencido de que hay que desarrollar la economía popular y de que si hay quinientos mil compañeros que hoy cobran salario social (lo que los políticos llaman planes); estoy convencido, decía, que tendría que haber cinco millones. Para eso hay que cobrar más impuestos a determinados sectores. Estoy convencido de que el monopolio de Galperin [CEO de Mercado Libre] es parasitario. Estoy convencido de que hay que nacionalizar a, por lo menos, Edenor y Edesur. Y voy a militar y a pelear por eso. Y voy a dar la batalla ideológica y política por eso. Y si me tengo que pelear con la conducción del gobierno, me voy a pelear. Porque son mis convicciones y son las convicciones de mis compañeros, digamos. En la campaña intentamos no perjudicar... yo no creo que hayamos perjudicado la campaña. Creo que hicimos un aporte importante, de hecho. Pero no la conducimos. Entonces,

somos parte de un frente; ese frente tiene una conducción y respetamos la conducción de ese frente. Punto.

DC: No solamente fueron parte de la campaña sino que un poco la empezaron. La campaña “Ella le gana”, creo, aceleró todo.

JG: Aceleró. Por eso les decía, teníamos un doble objetivo: por un lado promoverla a ella como candidata y, por el otro, plantear, por lo menos, que sin ella no se gana. Sin Cristina, acá no se gana. Y en ese marco, durante la campaña “Ella le gana”, a mí me gastaban porque yo decía “si quiere venir Massa, que venga Massa; si quiere venir Larreta, que venga Larreta... no me importa ¡Todos contra Macri! Sigo pensando lo mismo ¡Todos contra Macri! El objetivo de la elección era ganarle a Macri y, en todo caso, lo importante es quién conduce el proceso. Y si era Cristina arriba, con todos los otros sectores acompañando, bueno... a mí no me preocupaba en lo más mínimo. Como no me preocupa ahora en lo más mínimo que haya gente que no me gusta en el Frente de Todos. Entonces, eh... Ahora, una vez que esa unidad fue conformada, se consolida y está lanzada... las contradicciones secundarias son secundarias pero hay que desarrollarlas también. Porque si no pasan a ser contradicciones primarias, digamos ¿no?

O sea, el problema que yo vislumbro en la Argentina a partir del 11 de diciembre ya no es más el problema de que gobierna Macri. Va a ser otro. El problema político va a ser otro. La contradicción política va a ser otra. Y probablemente sea una contradicción política al interior del Frente de Todos. Probablemente. Y que expresa una contradicción social entre sectores socio-económicos, digamos ¿no? Y yo defiendo a un sector. O sea, la felicidad del pueblo y la grandeza de la Patria para mí son inescindibles de la dignidad del treinta por ciento

más pobre de la Argentina. Esa es la prioridad número uno y esa prioridad requiere de compromiso presupuestario. Y el compromiso presupuestario implica redistribución de la riqueza. Y para redistribuir la riqueza, con alguien te tenés que pelear.

Todos los estudios, todos, de centro, de derecha o de izquierda, dicen que la Argentina, creciendo a un cinco por ciento anual -que es una barbaridad-, para llegar al diez por ciento de pobreza hay que esperar hasta el 2038; con el actual patrón de distribución ¿no?... Bueno, no va. Primero, porque no vamos a crecer al cinco por ciento anual. Pero además porque no es un problema de crecimiento. Es un problema de distribución. De distribución de un montón de cosas, entre otras del ingreso. Pero no sólo: también de la riqueza, que no es el ingreso anual sino el patrimonio. Y también del acceso a determinados derechos. Y también de la cuestiones simbólicas y culturales. La injusticia social no es sólo monetaria, se expresa en un montón de otros aspectos. La tremenda desigualdad que se vive en la Argentina (y que hoy es la más alta desde la década del treinta) no se puede tolerar. Y para revertir eso, hay que pelearse con el uno por ciento. Y pelearse con el uno por ciento es pelearse con sectores del poder que también tienen terminales en nuestro propio espacio político.

Yo espero que... digamos: así como el rol que tiene que asumir la CTEP es dar esa disputa en el espacio de participación que tienen los movimientos populares, que es la calle, creo que el Frente Patria Grande, entre otras cosas, tiene que dar esa disputa en el debate político-ideológico, institucional, legislativo y la tiene que dar con mucha firmeza, tratando de preservar la unidad, sin salirnos del frente nacional pero tratando de convencer al resto de los compañeros y compañeras sobre dónde hay que poner el corazón, dónde hay que poner las prioridades y dónde hay que poner lo que hay

que poner ¿no? Ése es un poco el...

No sé bien qué voy a hacer yo a partir de diciembre. Muy probablemente retome un rol más importante dentro de CTEP y los movimientos populares porque los objetivos principales por los que se formó el Frente Patria Grande están cumplidos. Quedan otros objetivos pero los principales están cumplidos.

Y yo sigo pensando que no se resuelve la pobreza sin darle poder a los pobres. Y eso de darle poder a los pobres, como decía Chávez, no es dárselo: es construirlo desde ellos, con ellos, para ellos. Mucho en el territorio y en la gremialidad, y eso requiere mucha intervención militante. No se da espontáneamente. Requiere intervención militante. Y yo quiero convencer a todos los militantes populares, sobre todo a los jóvenes, de que tienen que poner su energía militante ahí. Con respeto, con humildad, sin vanguardismo iluminado, pero estando ahí, en el territorio porque, además, el territorio está disputado (y las actividades de la economía popular también) por poderes paraestatales como el narco, como las mafietas que aparece aquí y allá, que son fuerzas que disuelven el tejido comunitario y que se fortalecen cuando campea la miseria y la pobreza.

Es decir, yo espero que el nuevo gobierno que va a asumir el 10 de diciembre revierta las condiciones macro-económicas que planteó el macrismo, que salga del esquema neoliberal. Pero esa condición es necesaria aunque muy insuficiente. Con revertir la orientación neoliberal de la política económica argentina no se resuelve la desigualdad y no se resuelve la pobreza, no se resuelve la indigencia, no se resuelve la precarización laboral, no se resuelve la concentración. Se resuelve no tener estos niveles aberrantes de subordinación nacional y de miseria económica

que tenemos. Pero hasta ahí llega la capacidad del proceso económico de un capitalismo más keynesiano, si se quiere. Hasta ahí llega.

Después, hay que ver cómo se va dando este juego entre la organización comunitaria y la intervención del Estado. En ese juego, yo no creo que las cosas se vayan a resolver de arriba para abajo. No lo creo, no lo creo y... no lo creo, digamos ¡Y cada vez lo creo menos! Mientras más conozco la política, más me reafirmo en que el sistema político-partidario y la dirigencia política no entienden este problema, no lo ven, no lo priorizan (*cada vez que dice "no" golpea la mesa con sus nudillos*) y hasta te diría que no les importa. No por maldad. No por insensibilidad. Sino porque viven en otro mundo. Otro mundo simbólico, intelectual, cultural (*dice las dos últimas oraciones rítmicamente. Como si fuesen dos compases cuatro por cuatro que siguen el metrónomo de sus nudillos contra la mesa*). Entonces la pobreza para ellos es una línea que puede bajar, que puede subir pero lo que pasa en ese mundo es como lo que pasa en Marte.

DC: ¿Es incomprendido?

JG: Absolutamente incomprendido. Aunque no solamente incomprendido. Desconocido. Porque problemas de comprensión... tal vez yo tenga muchos problemas de comprensión de eso pero lo conozco. Y, de nuevo, es muy difícil comprender cabalmente un fenómeno sin conocerlo. Vos podés conocerlo pero no comprender algunas de sus causas estructurales pero si no lo conocés, si no estás ahí, si no lo sentís, la verdad es que va a ser muy difícil que lo comprendas en su complejidad y que lo priorices, digamos ¿no?

Por eso: cuando Mahoma no va a la montaña, la montaña tiene que ir a Mahoma. Nosotros no tenemos que abandonar la calle salvo que, bueno... que haya una inspiración

extraordinaria de la conducción política del gobierno, de Alberto y del resto de los ministros, y que prioricen este tema.

MR: Siguiendo con el tema de la unidad, veo que marcás una tensión entre lo social y lo político y sus supuestos tiempos respectivos. El tiempo de lo social sería un no-tiempo, digamos: esperar al 2038 en caso de crecer el cinco por ciento anual, cosa que -además- no va a suceder. En la misma línea, te escuché varias veces y lo hemos leído en tu libro [*La clase peligrosa. Retratos de la Argentina oculta, 2018*] y en documentos de la CTEP [*Trabajo y organización en la economía popular en coautoría con Emilio Pérsico, 2014*], sostenés una perspectiva completamente realista acerca de que, en este contexto, algunas cosas no van a cambiar. Eso, por un lado. El otro tiempo, más coyuntural, si se quiere, es el de esta unidad política... Tomando lo que decías sobre las contradicciones internas creo que -de no resolverse esa tensión de los tiempos- tendríamos un problema grave e inmediato. Y tomando un poco lo que decía Darío sobre la unidad por abajo que, de alguna manera, forzó la unidad por arriba, estoy pensando ahora, ¿cómo imaginar una mediación más productiva entre lo social y lo político en la coyuntura que viene y que, como vos decís, ya no va a ser la misma y en la cual los objetivos van a ser distintos. Entonces ¿qué canales de diálogo, de mediación piensan o imaginan ustedes como organización? Digo, para tratar de que no sea un corte tan abrupto entre lo social y lo político, y que en tu caso hasta está planteado en términos biográficos (vos mismo dijiste que es probable que vuelvas al movimiento social).

JG: Mirá...

DC: ¿Me convidás un pucho, Juan?

JG: Sí, agarrá. Mirá, esta contradicción, más que entre lo social y lo político, es (para decirlo burdamente) entre los intereses de clase del sector de la economía popular y las prioridades políticas del futuro gobierno. Y en esta contradicción, como en toda contradicción, aunque tenga su propia dialéctica, depende más... tienen más responsabilidad el que más poder tiene. Entonces, depende mucho de Alberto y de la conducción política del Frente de Todos. Yo me doy cuenta de que no entienden el tema. Por ejemplo, siguen rompiendo las pelotas con que el problema son los planes. Que los planes, que qué se yo... Los planes son quinientos mil, y tendría que haber cinco millones de lo que ellos llaman planes. Objetivamente, el "plan" es -más allá del nombre que le pongan- un salario indirecto o, como le decimos nosotros, un salario social complementario por el trabajo que realizan los compañeros y las compañeras, que de esa manera contribuyen al producto bruto interno y contribuyen, también, al tejido social argentino.

Porque no hay un solo compañero que no trabaje... o compañera. O trabaja en un comedor, en algún merendero, en una cooperativa, O trabaja en la casa cuidando a sus hijos. Pero trabaja. Forma parte de la clase trabajadora. Entonces, primer punto: no hay una visualiza... no hay una valoración de ese trabajo. Segundo punto: se pone la responsabilidad (y en esto no hay grieta con el macrismo; sólo que el macrismo lo hace de manera aberrante); se pone la responsabilidad, decía, en las propias víctimas. Y te voy a decir cómo: planteando que el problema es un problema de los oferentes de trabajo y no de los demandantes de trabajo, digamos. Entonces: la capacitación. De repente, el problema es la capacitación. A mí me encanta la capacitación, la educación. Soy fanático. Pero los compañeros no es que no consiguen trabajo porque no están capacitados. Dejáte de hinchar. Es un pensamiento estúpido ése. Los

compañeros no consiguen empleo en relación de dependencia, por un lado, por la dinámica del capitalismo global y, segundo, por el agregado de valor de las malas políticas de Macri y los problemas propios de la Argentina.

Pero insisto: aún con las mejores políticas económicas posibles, hay un segmento importantísimo de la clase trabajadora que no se va a incorporar al mercado de empleo. No por un problema de capacitación. No por un problema de matriz productiva. Sino por un problema estructural del modo de producción capitalista del siglo veintiuno que es expulsivo de mano de obra, que destruyó a la sociedad salarial y que se expresa en todos los países del mundo. En los países desarrollados hay superpoblación relativa (relativa ¿a qué? relativa a las necesidades del capital. Es una población sobrante en relación a las necesidades del capital). Esa superpoblación relativa está constituida fundamentalmente por migrantes (aunque cada vez más por nativos de esos mismo países, sobre todo jóvenes). Y en la Argentina, está constituida por los sectores de la economía popular que también abarca migrantes. Sectores que son prescindibles en cualquier escenario de acumulación capitalista. Sectores que desarrollan y producen su existencia en las periferias de la producción. Esos sectores solamente se pueden dignificar y alcanzar el nivel de derechos que se merecen a través de una intervención redistributiva del Estado que actúe sobre la renta extraordinaria de los bienes comunes y de la tecnología. Y obviamente de las finanzas.

La explotación de la tecnología, la explotación de los bienes comunes y la explotación económica del mundo financiero son lo que explica hoy la “riqueza de las naciones”. O la pobreza de las naciones. La pobreza de las naciones no es explicable por los niveles de empleo en la industria plástica. Obviamente, yo quiero

que haya industria plástica. Quiero que haya industria metal-mecánica. Pero eso no va a resolver el problema del empleo. No lo va a resolver. Después tenemos otro problema bien, bien argentino. Pasa en todo el mundo pero en la Argentina, más. Somos el país más urbanizado del mundo. Tenemos el noventa y tres por ciento de la población urbana en un país agrario. Bueno... eso es un problema más que social, es un problema geopolítico; es un problema de seguridad nacional; es un problema de hábitat. Cualquiera que piense un proyecto de país no puede no pensar en esta cuestión geográfica, demográfica, etc. ¡Pero no se discute! O se discute muy superficialmente.

Entonces ¿Cómo preservar la unidad o cómo construir, vos habías dicho “una mediación más productiva” entre lo social y lo político? La propuesta que nosotros tenemos tiene varios niveles. El nivel de lo que quisiéramos y que creemos posible que implica necesariamente una fuerte redistribución de la riqueza a través de la única forma que hay de hacerlo en los estados democráticos capitalistas y que son los impuestos. Hay que aumentar el impuesto a determinadas exportaciones, sobre todo de materias primas o con poco agregado de valor. Aumentar mucho el impuesto al patrimonio; lo que se llama bienes personales. Y con eso, financiar un proceso de dignificación del sector de la economía popular, de los barrios populares y de la agricultura familiar. Las tres T. Cuando nosotros hablamos de “Tierra, Techo y Trabajo”, estamos hablando de un sujeto histórico que son los “sin tierra, sin techo y sin trabajo” porque o no los tienen o los tienen en cantidad y calidad insuficientes para una vida digna. La dignificación de ese sujeto social se logra a través de una política integral de tierra, techo y trabajo.

Para eso, como ya dijimos, tiene que haber un compromiso

presupuestario fuerte que no puede ser menos de cinco o seis puntos del gasto primario (hoy está en tres). Implica también una nueva institucionalidad. Hoy vos tenés una “Oficina de pobres” en cada Ministerio: la “Oficina de pobres” del Ministerio de agricultura se llama “Agricultura familiar” y está totalmente vaciada. La “Oficina de pobres” de lo que va a ser el Ministerio de Vivienda (si sale el Ministerio de Vivienda) y que hasta ahora lo manejaba Frigerio desde Interior, se llama algo así como “Programa socio-comunitario de vivienda”, qué se yo... El Ministerio de Desarrollo Social es un desastre cómo está organizado pero tenés el área de Economía Social. El problema es que tenés todo desarticulado. No hay una planificación. No hay un “Plan quinquenal”, para decirlo de alguna manera. Algo que te permita planificar lo que querés hacer.

Hay cuatro mil cuatrocientos noventa barrios populares en la Argentina que no tienen agua, luz, ni cloacas legales. No tienen calle, no tienen nada. Viven cinco millones de personas ¿Qué vamos a hacer en los próximos cuatro años con esto? Yo no te digo que hagas todo. Se podría, igual: vale veintidós mil millones de dólares. Hacé la mitad. A eso me refiero con que afrontar estas cuestiones requiere compromiso presupuestario, requiere planificación, requiere priorizarlo, requiere trabajar con las organizaciones sociales, incluso mejorándolas desde el Estado (porque nosotros tenemos muchos problemas) pero en articulación con ellas porque es imposible hacer nada sin las organizaciones sociales porque son las que están en el territorio. No solamente los movimientos populares sino todo tipo de organizaciones libres del pueblo que están en el territorio. Ése es un eje.

Otro eje: economía popular. A ver: de qué trabajan los compañeros. Hay que saber eso. Hay un millón y pico de feriantes, tipo Saladita.

Hay quinientos mil cartoneros y recicladores. Hay ochenta mil horticultores ¿Cómo hacemos para que estos compañeros, en lugar de vivir -como en algunos casos- por debajo de la línea de indigencia puedan acceder a ingresos por encima de la línea de pobreza, que está en treinta y seis lucas? Esos compañeros ¿cuánto están ganando por su propia productividad? La mitad ¿ponele? La otra mitad la tiene que poner el Estado. A eso nosotros lo llamamos “salario social complementario”. Hay que universalizarlo para todo el sector y hay que aumentarlo en cantidad, digamos ¿no?

Y con el tema de la vivienda, aparte de la urbanización de los barrios... nosotros proponemos que se den lotes con servicios, etc. Y con el tema de los horticultores y de los pueblos originarios, bueno ¿va a estar la ley de propiedad comunitaria para que dejen de chorearle la tierra? ¿Va a existir una forma de que los compañeros que producen frutas, verduras y hortalizas dejen de ser esclavos de arrendamientos ilegales que están en negro porque los dueños no quieren pagar los impuestos que deberían pagar?

En toda esta discusión, que es de presupuesto, de institucionalidad, de relación entre el Estado y los movimientos populares, la responsabilidad más grande la tiene la conducción política de este proceso. Y la verdad es que yo veo que no le están dando pelota. O sea, no lo asumen como una prioridad nacional. Las prioridades ¿cuáles son? No digo que no sean importantes ¿no? La deuda, la macro, importaciones-exportaciones, el dólar, el empleo (¿cómo recuperar los cuatro millones de puestos de trabajo en relación de dependencia que se habrán perdido en los últimos años?)... está todo bárbaro. Ahora, la solución a todo eso: ¿le sirve a los nuestros? Y sí. Porque la teoría del derrame es falsa pero algo derrama: si hay más trabajo en relación de dependencia, el cartonero va a juntar más cartones;

el vendedor ambulante va a vender más baratijas y el horticultor va a vender más verduras. Está claro que beneficia a nuestro sector. De manera indirecta, si se quiere. Pero no lo saca de su situación de postración ni de exclusión estructural.

Les preguntaba cuándo salía la nota porque, como ustedes habrán visto, por cualquier tontería que sale en cualquier medio, aunque sea en El Ojito Mochito, alguno siempre la agarra para demonizar cualquier planteo y tergiversarlo.

MR: Va a salir después de las elecciones pero además, como te decíamos al principio, no nos interesaban las elecciones en sí mismas sino cómo pensar el proceso que se abre.

JG: Sí, sí. Pero además te aclaro una cosa “en on”: yo estoy convencido de que el debate político y los planteos que podamos hacer nosotros, no afectan electoralmente. Y Alberto está convencido de eso también. De hecho dijo y dice que uno de los valores del Frente de Todos es la diversidad. Y dice: “antes se quejaban de que había pensamiento único y aplaudidores; ahora se quejan de que hay diversidad”. La gente no es boluda. Hay un microclima de la política mediática, de la política liberal, superestructural, del cual participan muchas segundas líneas o el funcionariado o la burocracia política, que se escandaliza con cualquier cosa, por las formas, por el lenguaje. Eso es funcional a un sistema que te quiere aislar porque discutís los privilegios de determinados sectores. En eso también hay poca grieta. A mí me pusieron el mote de D’Elía rubio ¡Gente que militó con D’Elía! Con D’Elía tuve y tengo diferencias abismales. Nunca milité con él. Sí fui su abogado porque claramente D’Elía es otro de los presos políticos pero eso no quiere decir que comparta sus ideas ni que sea una referencia política porque para mí no lo es. Pero fijáte qué mal que está de la cabeza el que

me dice: “D’Elía rubio” como un insulto cuando fue su compañero. Digo, abonando al tema de la demonización.

DC: Hay una experiencia que vos contás en el libro *La clase peligrosa* (para que veas que estudiamos) que es la del Registro Nacional de Barrios Populares. Ahí parece que se hubiera dado, por lo menos en una primera instancia y para lograr la confección del registro, una articulación entre el movimiento social y el poder político. Pero sin embargo, como vos decís, en algún momento se traba. Digamos, una vez que está todo preparado como para que a partir de esos datos se pueda llevar a cabo una política... justo en ese momento, se corre un funcionario o pasa algo; como si hubiera algo inherente a la propia estructura del estado nacional -más allá del color político que lo gestione- en la que algo siempre se traba. Y otra cosa que me llamaba mucho la atención del libro y que lo estuvimos comentando antes de venir para acá es que vos nunca perdés de vista la escala global. Es decir, que son problemas que padece la humanidad entera.

La pregunta que te quería hacer es: siendo que es un problema de la humanidad entera, y siendo que también hay un problema inherente a la estructura propia del estado nacional -que pudiendo enfrentar estos problemas humanitarios, sin embargo pone siempre una traba-; entonces, si hay un problema de la humanidad entera porque hay un poder planetario que excluye a la tercera parte pero también hay un problema a escala nacional porque el estado no va más allá de armar un registro o de, en el mejor de los casos, revertir variables macroeconómicas -y que, como ya dijimos, no alcanza-; teniendo en cuenta esta caracterización, ahora sí la pregunta: ¿Cómo hacés para, primero, lograr una integración

regional que pueda enfrentar la estrategia imperial? Eso se hace mediante articulaciones entre estados nacionales ¿No crees, entonces, valorable que haya compañeros y compañeras (que tienen formación y experiencia como las tuyas) ocupando lugares estratégicos desde los cuales puedan ser vectores para la aplicación de políticas públicas que le den integralidad al enfoque sobre la cuestión social pero que también impulsen políticas de integración entre estados para enfrentar lo que vos definiste como estrategia imperial, que logren incluso poner en agenda mundial un debate sobre cómo revertir la exclusión de esa tercera parte de la humanidad? Digo esto, sin cuestionar tus decisiones individuales.

JG: Si a mí me ofrecen la Cancillería o el Ministerio de Economía, no tengo problema. Pero no me lo van a ofrecer. Yo estoy convencido de lo que decís y, de hecho, nosotros vamos a promover a compañeros. Por ejemplo, nosotros vamos a promover a Emilio Pérsico para que proponga e integre esta nueva institucionalidad que le dé integralidad a la cuestión “Tierra, Techo y Trabajo”. Vamos a promover compañeros de nuestro propio espacio pero no creo que sea mi rol. Pero vos planteás un tema interesante. Hay tres niveles en el tema de la desigualdad que hay que evaluar. El nivel global, el nivel regional y el nivel nacional. Y en cada nivel operan fuerzas distintas. A nivel nacional, de los Estados-nación... que siguen existiendo y que siguen siendo muy importantes... se pueden hacer muchas cosas. Vos tenés un montón de modelos, sobre todo los nórdicos, donde esas cosas se hacen. Se harán parcialmente pero se hacen. Incluso en relación a la economía popular, aunque tenga otros nombres. En Alemania, por ejemplo, hay millones de personas que trabajan en el sistema de

cuidados de ancianos, niños, etc., que está ultra subvencionado por el Estado y que sirve para que la comunidad viva mejor pero no son “productivos” en términos industriales o comerciales. Esas medidas, si querés llamarlas socialdemócratas o justicilaistas, de Estado de Bienestar, son medidas anti neoliberales que se pueden producir a nivel de los Estados Nacionales.

Creo que por la cultura política y por el sistema político de la Argentina, eso sólo se va a producir -las medidas anti neoliberales promovidas por el Estado- si la “clase peligrosa” es peligrosa. Es decir que el motor no va a ser el amor sino el espanto. Ojalá me equivoque porque el motor debería ser el amor, la sed de justicia. Sobre todo para un gobierno peronista. Un gobierno peronista tiene que tener las banderas del peronismo. Y la Justicia Social es la más importante.

Y en cuanto a lo geopolítico: mi espacio político se llama Patria Grande... y se llama Patria Grande porque para nosotros la Patria grande es la segunda prioridad o la prioridad macro; que es la constitución de un bloque regional que permita reducir la desigualdad entre regiones. Esto tiene que ver con las reglas de intercambio. Es un proceso en el que intervienen otras fuerzas (*da una larguísima pitada a su cigarrillo rubio*)... La fuerza de los Estados-nación y de sus gobiernos es fundamental (*otra larguísima pitada*)... Y yo ahí le tengo fe a... De hecho, Cristina... A Alberto lo conozco menos pero está dando muy buenas señales en ese sentido: con lo que hizo con Lula, con Evo, con sus declaraciones. Y con lo que hizo también durante el gobierno de Néstor Kirchner. Para mí, lo mejor que hizo el gobierno de Néstor Kirchner fue la unidad de la Patria grande, sobre todo en el 2005 con el “NO al ALCA”, digamos ¿no? Fue lo que más me marcó y creo que marcó a toda una generación miliante el “NO al ALCA”. Entonces, en este nivel

sí creo que ven el problema y en esto hay coincidencia. Hay que ver quién va a ser el Canciller pero me siento bastante representado por la conducción política en este plano. Por lo menos con lo que hasta ahora se sabe de su visión geopolítica, que define a la región como prioridad y a partir de la región vincularse con el resto de las regiones en un mundo multipolar; que incluye a los Estados Unidos, que incluye a Rusia, que incluye a Asia, que incluye a India, que no hace un planteo de Guerra Fría (cosa que ya no tiene nada que ver con la realidad) y que entiende al imperialismo no únicamente como la acción de un Estado poderoso sobre un Estado oprimido sino en términos más leninista, si se quiere, como la fase superior del capitalismo monopolista, financiarizado y desterritorializado. Pero eso no implica que no podamos establecer relaciones serias entre Estados o entre regiones. En esta orientación, repito, me siento más representado.

Y después -así abarcamos las tres banderas- en el tema de la independencia económica: ahí tengo mis dudas. Porque la independencia económica para mí tiene que ver con enfrentar a los monopolios. Y enfrentar a los monopolios, para darte ejemplos muy, muy elementales, las prestadoras de energía no pueden seguir siendo las que son. No sé si tienen que ser cien por ciento estatales o qué, pero el régimen actual es un desastre. Todo el tema energético es una cosa espantosa como se viene dando. Me preocupa también el tema semillas. Lo estuve discutiendo con actores del campo que vinieron a verme el otro día. De la Confederación Rural Argentina (si esto sale después de las elecciones puedo decirlo). La CRA son los medianos. Históricamente han sido bastante gorilones. Pero los tipos son, si se quiere, los herederos de los colonos y les rompe las pelotas tener que pagar la semilla cuando la compran y después tener que seguir pagándola todos los años

porque resulta que el gen tiene dueño. Es una cosa distópica. Parece de ciencia ficción.

DC: Claro, porque no pueden separar semillas de la cosecha para después volver a sembrar porque esa semilla está alterada para bancarse los herbicidas pero también para no prender...

JG: No, no, es peor. La plantita crece y crece con sus semillas. Una vez que el chacarero le compró sus semillas a Monsanto, siembra, cosecha y después vuelve a sembrar con las semillas que separó de su cosecha. Pero viene Monsanto y le dice: “Señor, esa semilla me la tiene que pagar porque también es mía”. “¡Pero no son tuyas! Estaban en mi campo...”. “Tá bien, pero el gen que hay adentro de la semilla es mío. Así que usted me tiene que pagar”. Entonces, les hace firmar unos contratos que atentan contra los más elementales principios de independencia económica, empezando por la soberanía alimentaria. Y ni siquiera estamos entrando a la discusión sobre el monocultivo, la deforestación y todo eso que también hay que discutir. Yo creo que los que atentan contra la independencia económica y la soberanía alimentaria, que son grandes sectores del capital, tienen una estrategia muy clara y el campo nacional frente a eso adopta una postura *laissez faire*: no es que están entongados... es como que no sé... se desentiende... total, bueno, son las semillas. Me parece muy preocupante. No hay proyecto de país en ese sentido.

MR: Una última, cortita. A propósito de esta articulación entre lo nacional, lo regional y lo internacional, te quería preguntar por la experiencia de los Encuentros Mundiales de Movimientos Populares que hubo en Bolivia y en Italia y en los que participaron movimientos de Asia, África...

JG: Sí. Ahí entra el pensamiento social del Papa Francisco. Tal vez

por la amistad que yo tengo con él, estoy condicionado en la opinión pero para mí sus discursos, la *Laudato si*, la *Evangelii gaudium*, son las piezas del pensamiento social más lúcido que existe en el mundo contemporáneo. Porque no es un diagnóstico como el de Piketty, que se enreda en números. No. Es conceptual y está planteando una perspectiva humanista y no confesional para enfrentar la ofensiva deshumanizante del capitalismo global. En esa perspectiva entran prioritariamente los sectores excluidos. Eso lo plantea el Papa más allá de los Encuentros; lo plantea en su Magisterio. En los Encuentros lo especificó. Si ustedes leen los tres discursos, no van a encontrar... o yo por lo menos no encuentro nada más revolucionario en el pensamiento social. No lo encuentro. Es un faro, si se quiere, un semillero... o la semilla de un proyecto alternativo al capitalismo.

Porque también ahí hay un elemento que, a diferencia de la concepción de algunos compañeros del Frente de Todos, nosotros tenemos una perspectiva revolucionaria. Nosotros no creemos que el capitalismo, que el sistema capitalista, aún en sus variantes más benignas, pueda dar solución a las dos grandes enfermedades que tiene el mundo: la desigualdad y la destrucción ambiental. La lógica inherente al capitalismo nos lleva a la profundización de la desigualdad y de la crisis ambiental. Esas contradicciones solamente se pueden resolver con un sistema socio-económico y cultural que no tenga en su centro la lógica de la acumulación y de la maximización de la ganancia. Y justamente la esencia del capitalismo está definida por estos dos factores. Esa perspectiva, la perspectiva revolucionaria, no la vamos a perder. No la queremos perder porque define la vida de nuestros hijos y nietos.

Pero hay algo que me parece importante destacar. Creo, sí, que

hay etapas. Hay momentos. Este momento no es un momento de confrontación anticapitalista. El actual es más bien un momento, un ciclo anti-neoliberal ¿Y cuál es la diferencia? La diferencia es que el pensamiento neoliberal quiere conformar a los mercados y contener al pueblo. Y un gobierno popular, en esta etapa, tiene que contener a los mercados y conformar al pueblo. No puede confrontar en términos de pretender reemplazar al sistema capitalista por otro porque, entre otras cosas, eso no se puede hacer a escala nacional y aparte no es lo que piensa la mayoría. La perspectiva revolucionaria no es hegemónica en el Frente de Todos. Es ultra minoritaria. Pero la perspectiva anti neoliberal sí es hegemónica. Creo yo. Espero. Eso quiere decir que a los mercados, a los sectores de poder económico, a los monopolios... hay que contenerlos en su voracidad. Coexistencia pacífica con controles: hasta acá sí, hasta acá no. Para dar un ejemplo: todo bien con MercadoLibre pero no podés evadir el 70% de impuestos, no te podés adueñar del Correo, no podés manejar el pago de las jubilaciones y de la AUH ni monopolizar la billetera electrónica, hermano. Está todo bien pero no, no podés.

Así te puedo dar veinte ejemplos. La propiedad de tierras rurales por parte de sociedades off-shore... y bueno, tampoco. Antes de Macri había una limitación del quince por ciento. Macri la sacó. Y, bueno, hay que volver a ponerla. Listo, hermano: un quince por ciento; no te vamos a confiscar nada porque no da pero, bueno, más del quince por ciento no se puede. Y así con un montón de cosas que son políticas populares no neoliberales. Yo creo que eso se puede dar y espero que se dé. La intensidad con que se dé eso va a determinar el nivel de adhesión al proceso político que se abre ahora.

EL RESTO, UNA PIEDRA QUE ATRAGANTA

Cintia Córdoba

Reseña de: *Restos y desechos. El estatuto de lo residual en la política* de Eduardo Rinesi. Buenos Aires: Caterva, 2019, 137 páginas.

Althusser afirmaba que el “largo rodeo filosófico” consiste en desplegar, frente a la aparición de preguntas inesperadas y sorprendentes (como sin duda lo es preguntarse por el estatuto político de los restos y desechos) una actitud “rumiante”, que tiene por objeto volver interminables a los textos ya sean filosóficos o literarios. Merodeamos por las grandes obras porque comprendemos que éstas nunca entregan todo su sentido, son por naturaleza inagotables, materia infinita de todo pensamiento. No obstante, el objetivo de esta actitud ruminante no es permanecer en la interioridad de las obras, sino desplegar un proceso de aproximación hacia ciertas nociones y/o ideas que permitan pensar el afuera, el mundo. Un testimonio de este rodeo es la afirmación que encontramos ni bien iniciamos la lectura de este trabajo: *me gustaría volver a preguntarme*, dice el autor. En efecto, hay en el libro un pasaje por algunas nociones y preguntas que ya oficiaron de sostén del pensamiento en otras oportunidades, pero que aquí se revisitan para indagar sobre nuevos problemas. *Tal vez una vuelta sobre estas piezas de Shakespeare*, sostiene, *nos pueda ayudar a pensar mejor este problema*, proponiéndonos de este modo un principio de búsqueda anafórico.

Nos preguntamos de todas formas ¿por qué Shakespeare? ¿Cuál es el móvil? ¿Qué hace de esta apelación a la tragedia shakespeariana, un modo de aproximación recurrente a los problemas políticos? Retomemos unas preguntas que formula Horacio González respecto de esta forma

que puede adquirir el pensamiento político: ¿Será este un vicio de nuestro politólogo argentino? ¿Se trata de una pasión literaria indebida que pretende encontrar en la literatura lo que se podría encontrar mucho más fácilmente en otro tipo de registro? ¿O, en lugar de ello, nos encontramos frente a una proyección refinadísima del análisis de la historia donde los textos literarios no son sólo literarios sino que contienen todas las tensiones de la historia? Como señalábamos antes, ya en otros trabajos el autor nos persuadía sobre las ventajas de convertir a la gran tragedia isabelina en aliada del pensamiento político. Hay tragedia y hay política porque hay conflicto. La vida que configura Shakespeare en sus obras se ofrece plagada de malos entendidos, desencuentros, confusiones, venganzas y dilemas en las almas atormentadas de sus protagonistas. *Hamlet*, pero también la tragedia que oculta la comedia *El Mercader de Venecia*, se constituyen en este libro en una nueva oportunidad para pensar (en palabras de Étienne Tassin) en el inexorable “maleficio de la vida en común”. Como Hamlet, vivimos en un presente asediado por los restos del pasado. Como Shylock, nos disponemos a deshacernos de aquello que, en caso de retenerlo, nos dejaría por fuera del orden social. Hay vidas que fueron derrotadas, fusiladas, desaparecidas, puestas en bolsas de basura, y otras que, para seguir vivas, deben aceptar constituirse en meros desechos del presente. Y lo curioso es que Shakespeare supo contener en sus textos “todas estas tensiones”, y el autor supo recurrir virtuosamente a esa presencia.

Junto al largo rodeo y la insistencia shakespeariana nos topamos en este texto con otra peculiaridad del autor. Se trata de una vocación por configurar archipiélagos para el pensamiento. El texto presenta

una composición fragmentaria, que suma elementos diversos, que echa mano de igual modo a la literatura de Shakespeare y a la literatura argentina (de Sarmiento a Fogwill), a conceptos provenientes de la filosofía, el psicoanálisis y la teoría política y a trabajos desarrollados en otros campos como el de los estudios sobre el tratamiento de la basura en las ciudades, incluso a la historia argentina reciente. Es posible encontrar en varios de los trabajos del autor, y desde ya en este también, una voluntad de examinar con esmero una multiplicidad de elementos, fenómenos, discursos, en apariencia escindidos, con el objetivo de ir vistiendo de diferentes ropajes sus propias inquietudes políticas. Recordemos la evocación de los filmes *Melinda y Melinda* y de *Poderosa Afroditá* de Woody Allen en *Las Máscaras de Jano*. Mencionemos también la apelación a la figura de Sarmiento y al *Facundo* en *Actores y soldados*. Incluso podemos señalar las brevísimas pero interesantes referencias a las obras plásticas de la *Gioconda* y la *Lección de anatomía* que parecen filtrarse en algunas citas en su libro más sistemático *Política y Tragedia*. Este estilo, a contrapelo del ceñido y monocorde discurso académico, se vale de todos los medios posibles para abrir paso a un pensamiento capaz de producir de manera bella y vigorosa profundas reflexiones. Es por esto que el/la lectorx, lejos de situarse en la comodidad que provee la continuidad de argumentos timoratos, es forzado a navegar por ese conjunto de multiplicidades para arribar a las distintas conclusiones que el autor propone. Así, el camino recto es sustituido por una vocación errante, y la distancia objetiva por un verdadero enfrentamiento cuerpo a cuerpo del pensamiento con las cosas.

Los incómodos conceptos del *descarte*, *restos* y *desechos*, serán los

vectores de la reflexión teórica, sin que esto signifique dejarse imponer un *pathos* del acabamiento, del fin, del basural. Sin duda la historia argentina (y la del mundo) está atravesada por el desastre y el crimen que dejó (y deja) como saldo restos y desechos. El autor nos recuerda que la “efectividad” de los años más oscuros en nuestro país consistió en su poder para ceñir el pacto social y reducirlo a la mera garantía de la vida (no la de todxs) despojándola, acorralándola, sumergiéndola en un presente continuo, en una temporalidad sin historia. El terror se desplegó por igual destruyendo tanto vidas como sueños, condenándonos a vivir de duelo por lo perdido y configurando, entre otras cosas, un ambiente propicio para la aparición de una literatura con sabor a aflicción. ¿Qué significa entonces, en medio del derrotero de la historia, insistir en la necesidad de “sacar de quicio al presente”? Y, tal vez, la pregunta más importante a la que obliga la lectura de este texto: ¿qué opera como cuña que impide la clausura de la voz de lxs intelectuales y militantes que resisten? Diremos que es la verdadera política. Política sería el nombre de eso que, sin ningún tipo de coartada ni garantía, se empeña en trabajar con los restos y los desechos. Perseguidxs por los muertos que no descansan y por las vidas descartadas que se descuentan, el autor parece hablarnos de lo inevitable, de lo fatídico, del hecho mismo de que en ninguna sociedad es posible “acomodar todas las piezas”. No obstante, al mismo tiempo, su lectura produce otro efecto: nos hace sentir asediadxs por ello. La política se hace presente cuando logra inaugurar modos de visibilizar y conceptualizar tanto a los restos como a los desechos que jamás dejan de hablarnos. Y el trabajo de cada sujeto-cuerpo político consistirá en transformar esos sonidos en palabras, en conceptos, en ideas y en arte. En este sentido el estilo de este libro abre un juego de visibilización que en definitiva pretende dar existencia a las nadas, a los nadies, a lxs silenciadxs, puesto que los modos de decir, de narrar, a los que la academia apela para estudiar problemas, lejos de *hacer*

hablar a los vestigios (nos recuerda Rinesi la bella raíz de la palabra investigar), oblitera y forcluye esas voces. Paradójicamente, también, cuando un registro logra sortear esos límites, de inmediato se ponen en marcha dentro del propio ámbito académico ciertas operaciones para señalar a estos trabajos, bajo los falsos ropajes de la experticia y la hiperespecialización, como desechos teóricos por ocuparse de lo indigno de atención. Es este estilo precisamente el que es capaz de disputar las jerarquías que gobiernan en la academia la selección y el tratamiento de los temas, la composición de la escritura y las maneras de decir. Celebramos estos registros que se plantan y dicen: es necesario dar lugar a un pensamiento que no opere separaciones entre la vida y el concepto.

Es posible y urgente hablar de los restos parlantes, que no restan, que insisten, perseveran y vuelven, de esos que tienen la propiedad de intervenir nuestro presente y desajustarlo; son precisamente ellos los que nos “reclaman escritura”. Los desechos, por su parte, se deshacen, pierden partes, son mutilados. La operación de mutilación es condensada en Shakespeare, según el autor, en la figura del judío Shylock y del homosexual Antonio, para pensar en quienes no gozarán de un final feliz, para señalar a los perdedores de la comedia y de la vida. Pero sin duda es posible ampliar el espectro. Pensemos en las mujeres, lesbianas, trans y travestis. Pensemos en las mutilaciones “operadas” sobre los cuerpos, en las autoinfringidas para adecuarse al patrón, en las padecidas por protestar, en las que históricamente se llevaron a cabo (y se siguen llevando) sobre el derecho a decidir, en las que solapadamente arremeten sobre el deseo con rostro de moral vetusta. Pero es cierto aquello que señala el autor: el pucho que queda de cada quien, como efecto de la mutilación, también reclama, toma la palabra y dice de sí “Somos lo que falta”, o, como resuena en la voz de las mujeres, lesbianas, trans y travestis: no aceptaremos que falte ningunx: “ni unx menos”, ninguna vida es desechable. Si estas

expresiones son posibles es porque la palabra política tiene siempre la capacidad de conjurar. ¿Qué es lo que conjura? La ficción de la desigualdad en marcha. Según Rancière, el poderoso descubrimiento de Hobbes es haber reconocido la inevitable igualdad entre los hombres. En consecuencia, los desechos hablan y responden al orden desigualitario valiéndose de su propia inteligencia, incluso apelando a las enseñanzas del opresor. Y es nuevamente Shakespeare quien nos ofrece otro nudo para pensar en esta cuestión. Es en *La tempestad*, su última obra y tal vez la más “fantástica”, donde podemos advertir las dimensiones de una palabra política. Recordemos las palabras de Calibán a Próspero:

Me has enseñado la lengua y la aprovecho. Sé maldecir: ¡Que la peste roja te pudra por haberme enseñado tu lengua!

La propiedad parlante de los restos y desechos representa, en este trabajo, la clave para pensar en una política sonora, que abre un juego de intensidades y particiones entre los sonidos y la escucha, hace resurgir y reconfigura la vieja demarcación aristotélica entre simple *phôné* y *logos*. ¿Cómo custodiar aquellos ruidos imperceptibles, los murmullos y las voces silenciadas? ¿Cómo configurar un ejercicio de traducción que permita disputar la propia asignación de la palabra política dentro de un determinado orden social? Al respecto, nuevamente una idea de Althusser a propósito del filósofo militante: *él sabe*, dice Althusser, *que su filosofía le llegará desde afuera: entonces, se calla y escucha*.

Los restos y desechos constituyen las condiciones iniciales de la política, en la medida en que obligan a reformular una vieja pregunta: ¿Qué hacer? ¿Qué hacer con los remanentes, con las sobras y con esas voces? Recuperando una idea de la filósofa Mónica Cragolini, el autor sostiene: *hacer* sólo es posible cuando el resto adquiere la forma de una piedra que nos atraganta. Coincidimos, es necesario reivindicar un pensamiento político

atragantado y paradójico. En medio de la hegemonía de la lógica de los cálculos y proyecciones que sólo se encarga de señalar aquello que de imposible tiene toda utopía política, la lógica de los “restos” y los “desechos” nos propone sostener una hermosa insensatez. Si *nuestra condición es siempre precaria, si ningún orden cierra jamás, si todo orden social es frágil*, nos preguntamos, entonces, ¿qué es la política sino un intento obstinado por restituir la potencia capturada a las palabras de justicia e igualdad? Justicia e igualdad, como sostiene Badiou, son también los nombres para los fines inhumanos del Hombre.

¿Acaso no son los restos y los desechos la expresión del odio y la voluntad de segregación del capital, de su vocación por producir basura con dimensiones de montañas? ¿No constituyen estas presencias cotidianas en nuestras vidas (y nuestra propia vida) una especie de dato empírico que refuerza los discursos políticos sobre lo inefable de vivir des-hechos, frente a todo intento de configuración de un bienestar general? Pero dado que

la victoria temática del fin de las utopías, del horror absoluto, se vuelve irrespirable, el sentido de toda política se cifra en la sencilla afirmación beckettiana: “es preciso continuar”. Es preciso sustraerse a la catástrofe de la dictadura, sin olvido ni perdón, pero contraponiendo un ejercicio de recreación de ciertas ideas políticas que supieron hacer frente a la vocación destructiva del capitalismo liberal parlamentario. Nuevamente, tal vez la política tenga que ver también con la habilidad colectiva para convocar ciertos espectros y fantasmas que alguna vez circularon por estas latitudes bajo diversos nombres. Necesitamos urgentemente que los fantasmas vuelvan a recorrer nuestro tiempo, que sometan al mundo a un desquiciado interrogatorio, fundamentalmente para evitar que vivamos sumergidxs en el presente continuo de la aflicción que nos produce este mundo tal como es.

Si, como sostiene Castoriadis en su análisis del libro III de *De anima* de Aristóteles, es posible señalar en el pensamiento una fuente de creación radical dentro de la *phantasia*, que excede las habilidades de combinar,

imitar y reproducir aquello que *es*, es precisamente allí, en ese lugar, donde se sitúa el pensamiento y la actividad política. El alma, dice Aristóteles, “nunca piensa sin fantasmas”, la imaginación política está compuesta por elementos fantasmáticos, por esas creaciones irreductibles al “hay” de una situación. En consecuencia, si toda actividad creadora, como creemos que es la actividad política, se inicia con los materiales disponibles en el mundo, con los restos y desechos (podríamos decir: “a lo Berni”), es necesario construir con todos ellos una temporalidad estratégica, producto de una invocación colectiva fantasmática. Una invocación que habilite una proyección desmedida que no encuentra en ningún dato real argumentos para su sostenimiento, pero que por ello se vuelve capaz de abrir virtualmente un nuevo tiempo político, un “más allá” (para utilizar una expresión derridiana) de toda evidencia que nos proporcionan los despojos. Si, como dice Rinesi que dice Tassin, *la política siempre falla, y sin embargo sólo podemos seguir perseverando en ella*, entonces, la política será siempre así de absurda y así de necesaria.

LECTURA MILITANTE DEL CONCEPTO DE UNIDAD POLÍTICA

Damián Selci

Las ideas de este artículo no me pertenecen del todo; surgieron en las numerosas y continuas reuniones vecinales que ha realizado el Frente de Todos durante la campaña en Hurlingham, en particular las que se produjeron después del triunfo del 11 de agosto. Los encuentros fueron conducidos por el presidente del Concejo Deliberante, Martín Rodríguez, y yo lo acompañé como candidato a concejal. Mucho de lo que aparece escrito acá son respuestas que él dio o yo di ante las intervenciones de los vecinos. El tema de la “unidad política” fue muy comentado en dichas reuniones, precisamente porque se trataba de entender, por así decir, “por qué

habíamos ganado”. De manera que cuando me llegó la invitación para colaborar en esta edición de El Ojo Mocho bajo la consigna de la “unidad política”, el esfuerzo del concepto ya estaba hecho, y sólo quedaba escribir.

El principio de alienación superestructural

Como nunca, en estos años se dijo: ¡unidad, unidad! Pero, ¿qué significa? El concepto de “unidad política” es susceptible de dos interpretaciones. Una es la lectura periodística o novelesca, que rige

sin matices en los textos de los *analistas políticos* (figura que, por su afinidad con el error, ya ha devenido célebre). Podríamos reponerla más o menos así: por culpa de los egos de la dirigencia, el peronismo se dividió, y eso posibilitó el triunfo del macrismo. Ahora bien, luego del desastre económico y social, las bases empezaron a clamar por la “unidad de la política”. Luego de que esta demanda se tornara suficientemente apremiante, las dirigencias al fin “dejaron los egos de lado” y se decidieron a “tomar un café para dejar las diferencias” y unirse así contra el macrismo. Y todos cedieron algo: Cristina cedió su candidatura a Alberto,

Massa cedió en sus aspiraciones presidenciales, La Campora cedio lugares en las listas, Moyano cedio en que la crítica del impuesto a las ganancias no ameritaba una ruptura política, Sol cedio su candidatura a gobernador, Insaurralde lo mismo, los intendentes del conurbano lo mismo, y así sucesivamente. Así pues, con la unidad realizada, el peronismo/kirchnerismo recuperó su caudal electoral, porque cada uno aportó “los votos que tenía” y finalmente Macri perdio.

En esta reconstrucción escueta ya pueden hallarse varios rasgos tpicos de la lectura novelesca. El primero de ellos es el “principio de alienación superestructural” –es decir, la idea de que los dirigentes tienden por esencia a ser sumamente distintos de las bases, y que si “escucharan a las bases” más seguido, se equivocaran menos, y tal vez nunca. En otras palabras, Jean-Jacques Rousseau: el Pueblo tiene razón y es inocente, pero como sus dirigentes tienden a desprenderse de su influjo, ocurre a menudo que no lo escuchan, y entonces pasan las cosas que pasan. El gran misterio, nunca abordado, es *por qué* se produce la alienación superestructural... Un segundo rasgo, derivado del anterior, es la visión ultrapersonalista o “carismática” de la política: puesto que el Pueblo vive por naturaleza en el bien, nunca se equivoca y persigue espontáneamente su interés, precisamente *no puede ser un personaje novelesco*, ya que carece de drama, de división interna, de romanticismo; en cambio, los dirigentes políticos estn alienados (“se la creen”) y por ende son unos neuróticos narcisistas que anteponen sus rencillas personales al interés del conjunto. Pero por esto mismo son interesantes: dado que ellos definen todo lo que ocurre y todo lo que no ocurre, el destino del país depende de su estado de ánimo, de sus caracteres, de su *hybris*; de acuerdo al principio de alienación superestructural, los dirigentes viven en una realidad paralela donde el divorcio con el Pueblo es condición de toda acción; nunca estn seguros de estar acertando con el sentido de la Voluntad Popular,

y esta duda es fuente de errores, tentaciones, traiciones, divisiones y reconciliaciones. En el siglo XIX, esto se llamaba novela psicológica. *Cmo se llevan Fulano y Mengano? Tienen viejas rivalidades, secretas amistades, algún amoro añejo que deviene en santa alianza? Ah, los dirigentes, esos seres variables, volubles, que cuando por una vez logran sobreponerse a su vanidad logran, acaso, el milagro de la unidad: se toman un café...*

Y de todo esto se deriva el tercer rasgo que define y completa a la lectura novelesca: el Pueblo está por principio excluido de la política; es más bien apolítico; sólo la lleva a cabo cada tanto, para corregir la soberbia innata de los dirigentes y cuando la estupidez de éstos lleva las cosas demasiado lejos. En la actualidad, lo que el Pueblo quiere (nunca quiere otra cosa, ya que él es Uno) es unidad: unidad poltica¹.

La división de la Voluntad Popular

La otra mirada-lectura del concepto de “unidad política” procede del pensamiento de la militancia. Su principio operativo básico reza que *todo aquello que pueda decirse de la dirigencia, tiene que poder decirse primeramente del Pueblo*. Es decir, si la dirigencia estaba dividida por egos estúpidos, por soberbia, por incapacidad de reconocer objetivos comunes, por el narcisismo de las pequeñas diferencias... todo esto debe predicarse *también* del Pueblo. La unidad política fue primero una unidad popular, pero no porque el Pueblo haya sido por fin escuchado por una dirigencia comúnmente alienada, sino porque el Pueblo estaba en sí dividido (o para decirlo con el término usual: “agrietado”) y se puso a practicar la unidad como método de supervivencia. Si nos parece que los dirigentes peronistas invertían demasiado tiempo en pelearse entre sí, todo lo que debemos hacer es complementar esta mirada con su reverso o fundamento: era el Pueblo el que invertía demasiada energía en el “narcisismo de las pequeñas diferencias” –el

que pagaba Ganancias y creía que “mantenía vagos”, la que criticaba a los planeros, el que se enojaba con un piquete, el que creía que su progreso se debía únicamente a su esfuerzo y su penuria únicamente a los políticos, la que odiaba a Cristina por su tono de voz... Hay que reconocer, sin que ello nos conduzca a un pesimismo antropológico demasiado férreo, que el Pueblo también puede ser una auténtica “feria de vanidades” y que los engreimientos de la dirigencia palidecen ante la radiante arrogancia popular. *Hay algo más egoctrico que el discurso del progreso personal con independencia de la situación nacional? Hay algo más soberbio que despreciar a la vecina que cobra la Asignación? Hay algo más “ombliguista” y “sectario” que supeditarlo todo a la demanda por la abolicn del Impuesto a las Ganancias?*

La unidad política es sólo la consecuencia de la unidad popular: tal es la lectura militante. En términos más toscos: no ganamos porque Alberto se haya tomado un café con Cristina, ni porque Cristina se tomó un café con Moyano: ganamos porque el Pueblo se tomó un café consigo mismo, dejó las rencillas en el pasado y comenzó a reencontrarse más allá de las múltiples grietas, con la conciencia de que el desastre económico macrista era efectivamente un problema más importante que “los planeros”, “los mapuches”, “los k”, “Baradel” y toda la gran variedad de monstruos de factoría mediática.

Como puede verse, la lectura militante coloca en el lugar del sujeto, del agente real del movimiento político, al Pueblo, y no a los dirigentes. El principio de alienación superestructural no desaparece, pero es reenmarcado por un más básico “principio de alienación estructural” que altera por completo los términos de la cuestión: de una manera que excede a Rousseau y apunta hacia Freud, es la Voluntad Popular la que est en sí misma alienada de sí misma, vale decir, dividida en su propio corazón. Por eso existe la dirigencia: porque el Pueblo no quiere directamente algo,

porque tiene consigo una relación conflictiva. Y esta impotencia popular, sin embargo, es la prueba suprema del protagonismo que el Pueblo tiene en el pensamiento militante: como la Voluntad Popular no es “una”, pase lo que pase será obra del Pueblo. El fabuloso triunfo de Alberto y Cristina en 2019, para empezar. Pero también el ascenso de Macri en 2015.

Lo que viene: el rol del pueblo y la nueva batalla cultural

Hemos estado más de diez años discutiendo “el rol de los medios”; quizá ha llegado el momento de discutir el rol del Pueblo. Desde la crisis de la 125 en adelante, la problemática básica de la militancia pasó por el poder de *Clarín*, su vasta influencia en la sociedad y en la política. Y no caben dudas que los medios hegemónicos han hecho un verdadero desastre con la conciencia pública de los argentinos. Por eso, resulta significativo que la devastación haya encontrado un contragolpe tan rotundo en las elecciones de agosto; el inédito blindaje mediático que protegía a Macri fue simplemente destrizado por el Pueblo, y dejó al establishment en estado de temor y temblor. Sin embargo, se impone una precisión: el inesperado resultado electoral no prueba en absoluto –como pretenden algunos analistas políticos– que “los medios no influyen tanto como se dice”; no caben dudas de que los medios hegemónicos gozan de una incidencia que sólo cabe calificar de enorme. Lo que sí prueba el resultado de agosto es que, sea cual sea el poder de los medios, *el Pueblo tiene más*. Y así nos encontramos con la extraña paradoja de que el análisis del adversario nos ha sumido en una poderosa incomprensión de nuestra propia fuerza. El poder mediático fue ampliamente comentado y analizado: es todavía objeto de libros, de programas televisivos, de discursos políticos, de mesas debate, de cátedras universitarias. No ocurre ni por asomo lo mismo con nuestro poder, el Poder Popular. Sabemos cómo se fabrican las *fake news*,

¿sabemos cómo se construye poder popular?

Podríamos arriesgar una tesis de coyuntura: estamos ante una nueva batalla cultural, cuyo horizonte debe comenzar a delinearse. Ante la problemática del poder mediático, la respuesta política fue la Ley de Medios. Ante la problemática del poder popular, ¿cuál es la respuesta? Tal vez sólo se pueda decir: organización militante. No es preciso establecer qué cosa es “más primordial”. En definitiva, poner límites legales al poder mediático tiene sentido en la medida en que ello deja más espacio a una tarea que debe emprenderse de todos modos: la organización, ensanchamiento y crecimiento del poder popular, para lo cual es preciso ante todo avanzar en su justa comprensión. La aparentemente simple cuestión de *por qué nos preocupa* lo que puedan decir los medios hegemónicos revela, en su examen, que no tenemos aún la militancia necesaria para que el discurso mediático no penetre en el Pueblo. Es obvio, pero hay que decirlo: si hubiésemos tenido la militancia suficiente para fortalecer el poder popular, entonces los medios hegemónicos hubiesen visto mermada su influencia al punto de no ser ya “hegemónicos” en ningún sentido útil de la palabra. De manera que el problema central del pensamiento militante no es la (sin dudas, muy importante) democratización del sistema de medios, sino la organización del poder popular, y esto significa latamente el devenir-militante del Pueblo. Para decirlo en una consigna un poco tensa, *no se puede querer que “los medios no influyan en la gente” y simultáneamente no impulsar la militancia de la gente*. ¿Por qué? Porque si la gente ya no escucha a los medios, ¿a quién sí escucha? La respuesta es sencilla: *se escucha por fin a sí misma*, es decir, se reúne –y para reunirse se organiza, y para organizarse ha de volverse, en un sentido amplio de la palabra, militante. Acá tocamos el nervio de nuestra argumentación: a través de la organización militante, que garantiza la *re-uniión*, el Pueblo se vuelve su propio “medio de comunicación de

masas” y simplemente *desplaza* del espectro a la ideología neoliberal.

La nueva batalla cultural no se pregunta por el rol de los medios (¿qué más se puede decir?), sino por el rol del Pueblo. Este cambio de foco permite reencuadrar algunos problemas políticos importantes de los últimos años. En efecto, si el Pueblo es sólo una víctima inocente de la manipulación mediática, todo lo que queda por hacer es relanzar la Ley de Medios y esperar que esta vez sea aplicada. Pero esto implica mantenerse dentro del marco romántico de la unicidad del Pueblo y el “principio de alienación superestructural”, según el cual el Pueblo es una sustancia inocente parasitada por las mentiras de la Oligarquía –y entonces todo lo que debemos hacer es “terminar con las mentiras”. Pero semejante táctica es a la vez *facilista* e *imposible*: *facilista* porque todos los problemas aparecen como exteriores al Pueblo, de manera que “muerto el perro se acabó la rabia”, e *imposible* porque aun si termináramos con la fábrica de mentiras actual, siempre aparecería una nueva (de hecho, las redes sociales no cesan de producir trampas al ojo: ya es muy fácil trucidar videos de celebridades que con sorprendente realismo aparecen en situaciones incómodas, como el de Mark Zuckerberg reconociendo que roba datos a los usuarios de Facebook). La apuesta militante no es primeramente terminar con las mentiras, sino quitarle consistencia a la Inocencia del Pueblo: asumir como un hecho que su división/alienación es “primordial”; por no ser Uno, el Pueblo no puede ser un sujeto que simplemente quiere esto o aquello, sino que *además debe “tomar una posición”* con respecto a lo que quiere, está forzado a adoptar una relación reflexiva con su deseo, a *responder* por él.

Seguramente la nueva batalla cultural es menos semiológica que psicoanalítica. Por eso, la cuestión del rol del Pueblo es: ¿seguirá siendo falsamente Inocente, o asumirá la responsabilidad? Pero esta pregunta es una autopregunta: ¿miraremos la realidad como si no fuese nuestro

asunto, como si el sujeto político no fuésemos en cada caso nosotros mismos? El único modo de que la reflexión política tenga algún efecto es considerarla rápidamente como una cuestión existencial. Podríamos incorporar una última máxima militante: *todo aquello que yo predique del Pueblo, debo predicarlo primero de mí mismo*. Siempre tengo una incidencia en lo que está pasando y en lo que no está pasando. Y de esta manera la reflexión política se aleja de la mala fe: cuando se vuelve autorreflexión.

Realidad = Pueblo

Si un presidente tiene un mal ministro, puede creer que los errores del ministro son por maldad o ineptitud, pero algo es indudable: la responsabilidad política es del presidente, porque él lo eligió para ese cargo. La jerga periodística ha sentenciado que los ministros son, pues, “fusibles” que pueden saltar toda vez que sea necesario preservar la investidura presidencial. En la misma senda, y en virtud del principio moderno de la soberanía popular, debiéramos aplicar esta

lógica a la mismísima figura del presidente: él también, en definitiva, es un “fusible” del Pueblo, que puede ser cesado en sus funciones cuando el soberano decida que ha cometido un error al designarlo. Ahora bien, la cuestión militante es que, precisamente por ser el soberano, el Pueblo no puede ser un “fusible” de sí mismo –no tiene el recurso de echarse a sí mismo cuando comete un error, para luego buscarse un reemplazante... Descartada la solución fácil, queda la difícil: ya que no lo podemos echar, ¿cómo hacemos para *transformar* al Pueblo? ¿Cómo hacemos para transformarnos a nosotros mismos? Evidentemente el Pueblo no es sólo el sujeto político, sino también el *objeto* de la política: cuando decimos que queremos “transformar la realidad” es evidente que no nos estamos refiriendo sólo ni principalmente al “paisaje” de la realidad, ni meramente a la distribución de la riqueza, sino que apuntamos a una parte de la realidad decisiva, determinante, esencial: la gente, las personas, es decir, el Pueblo. Variando un poco la máxima de Perón, habría que decir que la única realidad es el Pueblo. Ciertamente vivimos *en* el Pueblo, “adentro suyo”. No es alguien a

quien concientizamos desde afuera, o a quien invitamos a emanciparse. Más aún, sería impreciso decir que el Pueblo transforma la realidad: uno y otra son lo mismo, así que sólo cabría hablar de una “autotransformación” –como la que hace una persona cuando decide volverse militante.

Escribamos, entonces, desembozadamente un proyecto de tesis XI de nuestra época. *Hasta hoy, los militantes populares hemos intentado transformar la realidad; pero de lo que se trata es de transformar al Pueblo.*

1. La versión extrema y pesadillesca del principio de alienación superestructural está encarnada por el trotskismo, para el cual la historia es la historia de las traiciones a la Clase Obrera por parte de una dirigencia siempre “burocrática”. Pero puede verse con limpidez que, aun con sus profundas diferencias, trotskismo y populismo comparten una premisa fundante: la unicidad de la Voluntad Popular –o lo que es lo mismo, la Inocencia del Pueblo. Incluso el populismo de Laclau, siendo todo lo antiesencialista que se quiera, concibe al Pueblo como una totalidad que exterioriza su no-identidad en una sustancia ajena, la Oligarquía.

¡NO A LA UNIDAD! (VARIACIONES EN TORNO A LO CONSTITUYENTE)

Darío Capelli

Dos libros

2001 es, entre muchas otras cosas, el año de publicación de *Metáforas de la política* de Emilio de Ípola. En su prólogo, además de presentar en grandes trazos las metáforas a las que alude en el título -aunque no siempre desarrolla en el libro-, de Ípola exhibe cierta expectativa depositada en lxs intelectuales progresistas argentinxs, a quienes ve por fin saliendo del círculo vicioso que no les permitía una comprensión cabal de la larga crisis nacional. Hasta entonces, sugiere de Ípola, no sólo habían sido incapaces de comprender sino que además sus débiles conjeturas

carecían por completo de poder de convicción. La década del ochenta había concluido con una quema generalizada de casi todos los mapas que orientaban la acción política y la del noventa lxs entrampó en una ratonera que no les permitía moverse con mayor plasticidad entre una concepción de la política como sistema cerrado de funciones predeterminadas y otra concepción de la política como contingencia que impacta sobre lo instituido y abre las posibilidades de intervención. O entre la política entendida como regulación y la política entendida como desborde. O entre las posiciones extremadamente tímidas

y las posiciones exageradamente audaces en las que solían caer, según a qué grupo pertenecieran. Pero en el alba del nuevo milenio, el desconcierto iba quedando atrás y de a poco, lxs intelectuales salían de su bloqueo y comenzaban a probar nuevas hipótesis sobre la experiencia argentina. De Ípola nombra a exxs intelectuales: la serie va desde profesores y profesoras que durante el alfonsinismo habían ingresado a la conducción de la Facultad de Filosofía de la UBA y a la de las carreras que en 1988 confluyeron en la facultad de Ciencias Sociales hasta editores y colaboradorxs habituales de las revistas *Punto de*

Vista, *La Ciudad Futura* e, incluso, *El Ojo Mocho* (aunque, en verdad, sólo nombra a Horacio González) y *La Escena Contemporánea* (aunque, en verdad, sólo nombra a Javier Trímboli). Visto en retrospectiva, daría la sensación, no obstante, de que por más que Emilio de Ípola haya creído, en setiembre de 2001 (fecha de impresión del libro), que en el campo de la producción de ideas se estaba produciendo un despertar, nadie por aquella época pudo anticipar uno de los acontecimientos políticos más intensos de la historia reciente; nadie por entonces estaba muy al tanto -ni a la altura- de la pulsión política de la sociedad argentina que en diciembre haría algo más que tronar un escarmiento. Aflojo un poco. No se si nadie. Es cierto: la muchachada casi entera del Club de Cultura Socialista no vio venir la tormenta. Ni de frente ni de costado la vieron venir. Díjimos que la muchachada “casi” entera no vio venir el 2001 porque, ciertamente, la propia publicación del libro de de Ípola -un libro que volvía desde la teoría social a un tema que la teoría social había archivado en el anaquel de sus temas clásicos, la “acción”-; el hecho de que se publicara un libro que volvía a abordar el viejo tema de la “acción”, decíamos, indica que su autor no había perdido capacidad de asombro ni sensibilidad hacia lo que sucedía en los niveles subterráneos de la vida común. *Metáforas de la política* es un libro de teoría sociológica y parece alejado -a primera vista- de los sucesos argentinos. Sin embargo, en su decisión de abordar el tema de la “acción”, Emilio de Ípola vaticinaba una pronta vuelta del Sujeto o estaba requiriendo su aparición urgente. Otro de los hitos editoriales de aquel año fue, en nuestra consideración, la reimpresión (primera desde 1968, año de su edición original) del *Isidro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia* del sociólogo y militante montonero desaparecido Roberto Carri. El sello editorial fue Colihue. Y la colección, Puñaladas. Colección dirigida por Horacio González, quien además prologó el libro y lo presentó el 19 de diciembre en el foro de la librería Gandhi, sobre la calle Corrientes.

A la salida de la presentación, presentadores e invitadxs habrán visto pasar las primeras columnas o ni siquiera “columnas” sino los restos de lo que en algún momento habían sido las clases sociales argentinas y que, sin saberlo en ese momento, estaban siendo la avanzada de una multitud que pasada la medianoche colmaría Plaza de Mayo para ser gaseada y baleada desde los propios balcones de la Casa de Gobierno, demostrando que además de ser sede presidencial (no justamente aquella noche), la Rosada puede también ser -en ocasiones- un cuartel de fuerzas represivas. Desde esos mismos balcones, les había hablado Perón a otras multitudes. En varias ocasiones. En una -incluso- protegido por un vidrio blindado. Y Alfonsín. Dos veces en una misma jornada: una para arengar a la ciudadanía convocada en defensa de la democracia acechada por un levantamiento militar y la otra, al rato, para reconocer ante esa misma ciudadanía que la democracia era todavía una ilusión y que difícilmente su sola mención podría garantizar estabilidad política y mucho menos (como se demostraría en lo que restaba de su mandato) comida, salud y educación. Hablar del baile zopenco de Mauricio Macri implicaría abrir un capítulo que profundice en las apropiaciones simbólicas de la Casa Rosada, tomando como punto de partida la noche de los gases sobre la multitud. El recorrido pasaría por los patios militantes, la toponimia de los salones, las carrozas del Bicentenario partiendo de su explanada, las exequias populares de Néstor Kirchner y el último discurso de Cristina como presidenta. Se produce un salto al abismo de la antipolítica cuando se festeja la falsa ocurrencia de un impúdico perro (inocente -a la vez- en su débil conciencia apenas atada al poste del instante) sentarse en el despacho presidencial.

Pero volviendo al 19 de diciembre: en una conversación con María Moreno (recopilada en el libro *La comuna de Buenos Aires. Notas al pie del 2001*), conversación posterior pero muy pegada temporalmente a los

acontecimientos, Horacio González veía cierta continuidad lógica entre el vacío de poder y los gases lacrimógenos que volaban silbando desde los balcones de Casa Rosada hacia la manifestación en la Plaza. Ante la pregunta de Moreno sobre la mansedumbre de la multitud, dice González: “Es mansa pero con un lugar de violencia interna muy fuerte. Porque llenar la Plaza de Mayo a las dos de la mañana es uno de los efectos más violentos de la historia política argentina. No puede no ser violento. Ahora insisto ¿Cómo podía terminar? Porque no había nadie que representara al Estado... el Estado era un símbolo vacío, un gas. Me pareció fascinante porque yo tenía la experiencia en el inconsciente de la historia nacional, donde siempre alguien salía al balcón. Y como acá no había posibilidad de que alguien saliera al balcón tenía que terminar como terminó: con gases lacrimógenos, corridas, tiros”. Ya se ha dicho: aquel vacío de poder, que a la vez pudo haber significado el fin de la transición democrática (o lo que en algunos libros recientes se ha dado en llamar post-dictadura), fue en cierto sentido fundacional y tuvo -como un jardín de senderos que se bifurcan- derivas que pueden reclamar con similar fuerza la legitimidad de su afiliación al 2001: el kirchnerismo y el macrismo. El kirchnerismo lo llenó al vacío de política e historia; el macrismo propuso, en cambio, su fenomenología a partir de un ilusorio *carpe diem* que exigía no la revisión sino el borramiento absoluto del pasado (aunque tampoco tan absoluto sino de “los últimos setenta años”) para al cabo producir un futuro embargado por la especulación financiera, tan concreta y etérea a la vez. Entre los gases y el perro Balcarce hay una cita evidente: de la nada lacrimógena al cinismo de los poderes invisibles y deshumanizantes.

19 de diciembre del 2001. Presentación del *Isidro Velazquez* de Carri, entonces.

Suele rememorarse aquella circunstancia de la presentación de un libro en los días de agitación decembrina, como una muestra más

de la disociación entre el *mundus intelligibilis* y el *mundus sensibilis*.

Sin embargo, el hecho de que el libro presentado haya sido el *Isidro Velázquez* de Carri parece estar demostrando exactamente lo contrario: una conexión secreta entre el intelectual y su convulsionado pueblo. Pero ¿Era un pueblo aquel cuerpo social desmembrado con terminales en las pernoctadas de las fábricas textiles ocupadas, en los merodeos a los supermercados en el conurbano bonaerense, en los martillazos a las puertas blindadas de los bancos, en las deliberaciones asamblearias de las plazas porteñas? Aquí estuvimos usando “pueblo”, “ciudadanía”, “clases sociales” y “sociedad” como si fuesen términos fungibles. El tiempo aquietó los debates y nos permite -alejados ya los hechos- jugar con olvidos y generalizaciones. Pero lo cierto es que hubo durante algún tiempo una preocupación teórica sobre el nombre del sujeto colectivo que había irrumpido en escena y cambiado el rumbo histórico. ¿Tenía una historia ese sujeto? ¿Era UN sujeto? ¿Se reconocían sus miembros detrás de alguna consigna? ¿Cuáles eran concretamente sus demandas? También esos fueron temas de la conversación Moreno-González. Para González el “pueblo” está siempre ya creado y en cambio la “multitud” (la palabra del momento, azuzada por el súbito interés que la Argentina había despertado en Tony Negri); la “multitud”, decíamos, es siempre una “iniciación política”. Sin embargo, “pueblo” y “multitud” no son para González conceptos contrapuestos ni designantes de sujetos que difieran. El pueblo vive en la multitud y la multitud se busca en el pueblo ¿De qué modo? pregunta Moreno. Y González: “A través del grito ¡Argentina, Argentina!”. Ese grito, ya ubica a la multitud -todavía abstractamente, dice González- en la historia nacional. Hace falta que se vuelva historia concreta, para lo cual es fundamental su encuentro con lo que queda de la clase obrera argentina, los piqueteros, que aun en su condición de “resto” sin embargo conservan y revisan motivos históricos, desde el

Cabildo hasta el peronismo. “¿Esas multitudes pensaron en el Cabildo?”, inquiere Moreno, algo socarrona. Y González: “Si salieron con bandera argentina, sí”

Nombre y bandera, de esta manera, son lo que ya no puede seguir deconstruyéndose, el fondo desde el que se toma impulso para salir otra vez a flote, el eje en torno al cual gira la idea de una nueva unidad nacional, la piedra de toque para refundar el Estado (y no sólo como monopolio de la violencia sino, sobre todo, como gestión soberana de lo público). Y si bien el kirchnerismo agregó la defensa de los derechos humanos como elemento fundamental de la vida común, lo cierto es que bandera y nombre son el corazón irreductible del pueblo ¿Lo eran?

Recordamos una escena de uno de los films fundantes del llamado Nuevo Cine Argentino, “Pizza, Birra, Faso” de Bruno Stagnaro (1999). Los protagonistas (pandilleros de poca monta, expulsados de toda comunidad, ni siquiera puede decirse que sean lúmpenes) han planeado un nuevo atraco. Robarán billeteras entre desocupados que desde temprano hacen cola para postularse en algún empleo. Se proponen generar un tumulto y aprovechar la ocasión para hurgar bolsillos ajenos. Es fundamental no levantar sospechas desde los primeros movimientos. Se suman, pues, a la cola. Cada uno por su lado, como si no se conocieran. En determinado momento, simularán un alboroto e intentarán incluir a los incautos en el lío para tantear entre ellos a una víctima fácil. Detectado ya el objetivo, detendrán el conato de riña y jugarán a recomponer la hilera. Un rato después, de nuevo los empujones y ahora sí, en la confusión, probarán el bolsiqueo como método para alcanzar botín. ¿Qué nos interesa de esta escena? El momento en el que, para disimular sus verdaderos intereses, los protagonistas detienen la trifulca que ellos mismos habían empezado y tratan de recomponer ese fragilísimo orden que supone una cola de desocupados. ¿A qué apelan los personajes para lograr aquietar, de momento, las aguas?

Al nombre de Argentina. Uno de ellos grita pícaramente: “¡Paren! ¡Dejen de pelearse! ¡Somos todos argentinos!” El santo y seña fue dicho y ante su invocación se rehace la hilera. Queda demostrado que el nombre de Argentina es irresistible como llamado al orden, aun de aquellas pobres existencias que sólo querían conseguir un empleo. Sin embargo, en semejante escenario de fragilidad social, el ser común que logra componerse dura lo que un suspiro: apenas reorganizada la fila de esos argentinos desdichados, agarrados como podían al nombre que los acomunaba, vuelve el batifondo que con gran facilidad disuelve vínculos y estructuras en un magma anómico del que nadie sale ganando sino, acaso, peor que antes. La táctica de los ladronzuelos es descubierta y huyen; los honestos postulantes abandonan la fila y corren inorgánicamente, tratando de darles caza.

Lo única salida para las vidas precarias de la película será el puerto pero el Cordobés, protagonista principal, morirá de un balazo oficial antes de poder abordar el ferry. Y ni siquiera de pie, como Juan Moreira en el film de Favio. Fatalmente herido, el Cordobés cae agónico sobre sus rodillas en el borde de la dársena. Y allí queda. En una espera eterna.

La distinción de fondo que se revela, así, no es otra que entre la vida y la muerte. El 2001 fue, a su manera, una salida por arriba del laberinto. Pero no como suele creerse cada vez que se recurre a esa figura retórica, mediante una genialidad política del dirigente, sino mediante una acción tumultuosa del sujeto colectivo en su voluntad de ponerle freno a la nada y confirmar de algún modo que todavía quedaba un hilo de vida a partir del cual poder volver a reconstruir el tejido societal.

Metáforas de lo político

La aparición de *Metáforas de la política* y la reedición de *Isidro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia*

fueron dos acontecimientos librescos que palparon el aire del momento histórico o, más bien, emergieron de él.

Sobre el libro de Carri, diremos algo más adelante. Sobre el de Emilio de Ípola quisiéramos ir ya cerrando estos balbuceos.

Pensar la política a partir de las metáforas del “sistema” y de la “revolución”, como propone Emilio de Ípola, no es un procedimiento teórico lejano a las tesis fundamentales de la obra filosófica de Eduardo Rinesi. Sin embargo hay una diferencia que, aunque parezca de matiz, es -según creemos- de orden principal. Cada vez que de Ípola menciona las dos figuras, o sus modalizaciones, entre las que bascula nuestra idea de la política, nombra en primer lugar a la metáfora sistémica (la política como “orden”) y en segundo, a la rupturista (la política como “revolución”). Como ya dijimos antes, de Ípola sostiene que si durante los noventa del SXX, los intelectuales no lograban persuadir con sus hipótesis acerca de la crisis argentina era porque habían caído en la trampa de pensar que ambas formas de imaginar la política eran los polos de una disyunción: o bien la política era sistema, funciones, regulaciones; o bien la política era contingencia, apertura, cuestionamiento del principio estructurante de una sociedad. De Ípola no deja de reconocer la eficacia de pensar la política a partir de estas metáforas fundantes. Incluso de pensarlas como opuestas. El error teórico radica en pensarlas como formas excluyentes y no complementarias pues la política es, en efecto, ambas cosas a la vez. Sin embargo, como no puede representarse la simultaneidad en el *continuum* de una escritura ni en la sucesión de los sonidos del habla, el orden que usamos para enunciar lo que se produce al mismo tiempo es, en parte, una decisión política. En ese sentido, volvemos a subrayar que no puede ser más que sugerente, la decisión de de Ípola de presentarlas siempre, a las metáforas del sistema y la revolución, exactamente como acabamos de hacerlo nosotros:

primero el sistema, segundo la revolución. Como si la política fuera, en efecto, ambas cosas pero un poquito más sistema que revolución. En la obra de Rinesi, en cambio, y aunque no esté lejos de pensar la política a partir de figuras similares -sólo que no serán las del “sistema” y la “revolución” sino las del “drama” y la “tragedia”-, toda vez que las enuncia, lo hace invirtiendo el orden de los tantos. Cuando Rinesi dice “tragedia” se refiere, desde ya, a la dimensión irreductible del conflicto pero además (epistemológicamente hablando) al fondo de la política, o como él mismo suele mencionar: a su “estofa”. Lo trágico es la dimensión puramente instituyente, lo que está antes que nada y sobre todo antes del concepto que lo designa como el corazón esencial de la política. Lo trágico es la condición de posibilidad para la política pero es a la vez su *non plus ultra*. Porque si por un lado es el fondo del cual emerge la política es, al mismo tiempo, el abismo de la pura disgregación que se abre bajo sus pies y al cual la sociedad no puede ni debe caer. Para no caer en el abismo, justamente, está la política. La política, así, es la actividad que realizan hombres y mujeres (al modo en que actúan los personajes de un drama cuando desafían a la voluntad fatídica de los dioses) para ponerse de acuerdo sobre cómo vivir en comunidad y evitar un destino de dispersión. Entonces, no es sólo una cuestión de ordenamiento de los términos sino de perspectiva gnoseológica: si para de Ípola es primero el sistema y luego la contingencia que o bien confirma o bien subvierte el pacto fundamental, para Rinesi es primero el conflicto -como estofa de la política- y luego los acuerdos -como actividad propia de la política- para evitar, aunque sea de momento, volver a caer en él, en el conflicto. Pero en lugar de seguir glosándolo, mejor leemos directamente a Rinesi: “La política, entonces, puede ser razonablemente caracterizada como una actividad dramática, que se sostiene sobre un fondo último de tragedia insoslayable y fatal, pero que al mismo tiempo se las arregla siempre para situarse un más acá de ese fondo trágico, consiguiendo

imponerse, a través de la astucia y la virtud de los humanos, a ese destino trágico. Tal vez podría decirse que la política tiene la ontología de la tragedia y la materialidad del drama” (*Muñecas rusas. Tres lecciones sobre la república, el pueblo y la necesaria falla de todas las cosas*)

El poder constituyente. Historias y actualidad de una problemática

Hace unos momentos habíamos invocado, como al pasar, el nombre de Tony Negri. Más que *Imperio*, nos interesa rescatar ahora ciertos pasajes de *El poder constituyente* pues muchos de sus temas son los mismos que estuvimos discutiendo en el párrafo anterior. La dimensión que Negri aporta en su libro (por cierto, una investigación descomunal) es la del orden jurídico. En un doble sentido: el desafío que el poder constituyente le propone a la ciencia jurídica, por un lado; y, por otro, el problema que supone para la vida política incluir al poder constituyente en un dispositivo jurídico. Es decir cómo integrar, si es que fuera externo a ella (también podemos pensar que le es inmanente pero el problema no cambiaría radicalmente); cómo integrar, decíamos, el poder constituyente -sea externo o inmanente respecto de ella- a una Constitución. Una sospecha generalizada recorre el argumento y la avalan, para el caso, las evidencias históricas: el conglomerado jurídico, la Constitución, cubre y desnaturaliza al poder constituyente. El hecho histórico que mejor cerciora la certidumbre de las sospechas -a propósito, recordado por Negri- es la proclama de Napoleón cuando logra la sanción de la Constitución del año VIII, Constitución que carece de parte dogmática -es decir que prescinde de declaraciones sobre derechos y garantías- y es puramente orgánica, o sea, sólo regula el funcionamiento de los poderes del Estado. Básicamente, le otorga todo el poder ejecutivo al Consulado y delega funciones legislativas fundamentales en el Primer Cónsul, cargo al que había accedido Napoleón mediante el golpe de Estado del día dieciocho

de Brumario de 1799 ¿Y qué había dicho el Primer Cónsul en aquella proclama, una vez sancionada la Constitución? En resumidas cuentas, que la Constitución fijaba los sagrados principios que habían iniciado la Revolución y que por eso ¡Ciudadanos! la Revolución había finalizado. *La Constitution est fondée sur les vrais principes du gouvernement représentatif, sur les droits sacrés de la propriété, de l'égalité et de la liberté... Citoyens, la Révolution est fixée aux principes qu'ils l'ont commencée : elle est finí.* Tomemos otro ejemplo histórico. En este caso, empero, se trata de un hecho que parece ir en dirección contraria al rumbo que tomaron los sucesos napoleónicos: en el caso que ahora vamos a tratar, la Asamblea Constituyente es disuelta para -precisamente- preservar los principios de la Revolución. Se trata de la experiencia bolchevique, de la obstinación del partido por mantener su convocatoria -la de la Constituyente- aún después de la revolución de los soviets y de la decisión, por fin, de disolverla. Pero ninguna secuencia es tan lineal cuando incorporamos en nuestro análisis a la posición constituyente por excelencia: el anarquismo. El anarquista ruso Volin, apodo de Mijaíl Eichenbaum - y hermano del historiador de la literatura, representante del formalismo, Boris Eichenbaum-, relata en su obra *La Revolución Desconocida* los pormenores de aquellas jornadas que van desde su convocatoria hasta dar por terminada la Asamblea Constituyente en enero del 1918. Antes de la toma del poder, los bolcheviques habían apoyado la promesa del Gobierno Provisional de convocar a una Asamblea Constituyente, no siendo ésta una consigna propia del marxismo sino, aunque sí bien progresiva, más propia de una revolución democrático-burguesa. La intención, al apoyar su convocatoria, era acelerar las etapas del desarrollo histórico que llevaría al socialismo. Una vez que los consejos de obreros, soldados y campesinos habían llevado a cabo su revolución, los anarquistas se opusieron a la Asamblea Constituyente porque veían en ella una institución

estéril y obstructora del proceso revolucionario que, en su devenir, debía crear organismos de gestión directa de la economía, sin necesidad de centralización política. Lenin y su partido, sin embargo, no quisieron dar marcha atrás y mantuvieron la voluntad de reunir a la Constituyente aunque no confiaran demasiado en lo que pudiera resultar de aquello.

Bajo la dirección del propio Volin, el semanario anarquista *Golos Trudá* advertía ya en su número del 18/11/1917:

“Camaradas obreros, campesinos, soldados, marinos, trabajadores todos:

Henos en plena elección para la Asamblea Constituyente. Es muy probable, pues, que pronto ella se reúna y comience a sesionar. Todos los partidos políticos, inclusive los bolcheviques, ponen la suerte de la Revolución, del país y del pueblo trabajador en manos de este órgano central. En tales condiciones, tenemos el deber de poneros en guardia contra dos peligros eventuales:

1) Si los bolcheviques no tienen en la Constituyente una fuerte mayoría o se encuentran en minoría... será en ese caso una institución inútil, abigarrada, socialburguesa... ¿Para qué malgastar energía y dinero en crear y mantener una institución inepta? ¡Y mientras la Revolución de los trabajadores se paralizará una vez más! ¿Para qué sacrificar de nuevo fuerzas y sangre en combatir a esta institución estúpida y estéril a fin de salvar (¿cántas veces aún?) la Revolución y sacarla de un punto muerto?...

2) Si los bolcheviques constituyen fuerte mayoría en la Asamblea ... se convertirán de manera firme y sólida en los amos legales del país y de toda la situación. Es precisamente lo que ellos procuran de la Asamblea Constituyente; para eso la necesitan: para consolidar y legalizar su poder. Este peligro, camaradas, es mucho más importante y más grave que el primero ¡En guardia!”

En el número del 15 de diciembre de 1917, el *Golos Trudá* reforzaba sus convicciones en un artículo

titulado “En lugar de Asamblea Constituyente”. Dice allí:

“Rechazamos la Asamblea Constituyente porque queremos en su lugar otra bien distinta institución constituyente: un organismo de trabajo unificado desde abajo de manera natural. La rechazamos, pues, porque, queriendo otra cosa en su lugar, deseamos evitar que sea trabada por aquella.

Los bolcheviques reconocen, por un lado, la organización directa de la clase trabajadora (soviets, etc.); pero, por otro, conservan la Asamblea Constituyente, organismo inepto e inútil. Dualidad contradictoria, nociva y harto peligros, resultado fatal del hecho de que los bolcheviques no hacen generalmente pie en cuestiones de la política y la economía, de la autoridad y de la no-autoridad, del partido y de la clase. No osan renunciar definitiva y totalmente a los prejuicios muertos, porque para ellos eso significaría arrojarse al agua sin saber nadar. Chapotear en las contradicciones es fatal para quienes, en una Revolución proletaria, estiman que su tarea principal es la organización del poder. Repudiamos la organización del poder para sustituirla, precisamente, por la organización de la Revolución”

Lo que pasó finalmente es que la Asamblea Constituyente, convocada y al fin sesionando, se transformó en un ámbito de diletancia que los bolcheviques ni siquiera controlaban. Es decir, en palabras de Volin, el mal menor que, de todas maneras, restaba fuerzas a la Revolución. Pero al terminar siendo, al cabo, suprimida por Lenin en nombre de los intereses de la Revolución, después de una única sesión que llevó varias jornadas (sesión en la que, por otra parte, las mociones bolcheviques no lograban aprobación); siendo suprimida finalmente por los bolcheviques, decíamos, todo el acontecer en torno al problema de la Constituyente precipita, siempre según las concepciones anarquistas, en lo que ellos consideraban el mal mayor: es decir, el apoderamiento de la Revolución por parte del partido gobernante.

Para ir concluyendo con este apartado, dejamos aquí una cita larga de *La Revolución Desconocida* porque vale la pena el relato de Volin sobre la circunstancia que motivó la decisión de suprimir la Asamblea:

“La intervención casi fortuita de un anarquista hizo que la Asamblea fuera finalmente disuelta. Es un hecho poco conocido. Dio la casualidad que un anarquista, marino Cronstadt, Anatóly Zhelezniakov, fuera puesto por el gobierno bolchevique a la cabeza del destacamento de guardia en la Asamblea. Desde hacía varios días, los interminables discursos de los líderes de los partidos, que se prolongaban hasta muy entrada la noche, fatigaban y desesperaban al cuerpo de guardia, obligado a permanecer hasta el final. Una noche en que bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierda habían abandonado la sesión tras una declaración conminatoria dirigida a los representantes de la derecha, como los discursos prosiguiesen sin perspectiva de próximo fin, Zhelezniakov entró a la sala de deliberaciones al frente de su destacamento, se acercó al presidente (Víctor Chérnov) y le dijo: ‘Levante la sesión, por favor, mis hombres están cansados’. Desconcertado e indignado, el presidente protestó.

‘Le digo que la guardia está cansada -insistió Zhelezniakov, amenazante-. Les ruego que abandonen la sala. Y, por lo demás, estamos hartos de tanto parloteo ¡Han charlado de sobra! ¡Váyanse!’ Y la asamblea se levantó. El gobierno bolchevique aprovechó ese incidente para ocupar militarmente la sede de la Constituyente y publicar, al día siguiente, el decreto de disolución.” Más allá del color ideológico que aporta el anarquismo en su ensañamiento con los bolcheviques al momento de un balance de la Revolución Rusa, nos interesa destacar el modo en que conceptualizaban el problema de la organización del orden revolucionario, una vez pasado el acontecimiento. En sus términos, la paradoja de la Asamblea Constituyente Rusa estuvo dada, entonces, porque tanto limitaba al poder revolucionario su realización como, una vez realizada, su

supresión. El verdadero problema es, pues, la Constituyente en sí.

La pregunta que debemos hacernos, a partir de esta experiencia y la radicalidad de la caracterización anarquista, es si es posible una institución jurídica que no despotencie ni subsuma la fuerza constituyente en una unidad forzada.

El partisano: un problema de la unidad política que se resuelve en guerra civil

Carl Schmitt, acaso la verdadera oposición conceptual del anarquismo, logra resolver la paradoja con la que nos fuimos del párrafo anterior desde la teoría del orden jurídico: la Constitución es una decisión consciente del titular del poder constituyente, sea éste el pueblo o el monarca. Es decir, la Constitución, en efecto, fija la forma y el modo de la unidad política pero lo destacable es que la unidad política existe previamente. Es decir, la Constitución no fuerza la unidad sino que es una decisión de la unidad política que, en todo caso, es afectada por la Constitución en su modo y su forma: república, monarquía, federación, etc.

Ahora bien ¿qué sucede si al interior de la unidad política hubiera disputas por la decisión? La legitimidad siempre estará del lado de la legalidad estatal e, ipso facto, la facción será declarada “enemigo” de la unidad. Es el escenario de la guerra civil y Schmitt lo teoriza con precisión (una precisión que no podemos dejar de reconocer sin que al mismo tiempo nos provoque arcadas) en *Teoría del partisano*. Haciendo un recorrido histórico que va de las guerrillas campesinas en España contra la invasión napoleónica hasta la guerra de liberación en Argelia (destacable en la serie no sólo por la formación del Frente de Liberación Nacional sino también por la aparición de la OAS al mando de Raoul Salán), Carl Schmitt se propone extraer los elementos que permiten caracterizar al combatiente irregular para, a partir de allí, esbozar su teoría del partisano. Los cuatro aspectos distintivos del guerrillero son: la

irregularidad (no forma parte de ejércitos estatales), la movilidad ligera (tácticas imprevistas de ataque y retirada), la intensidad de su compromiso político y el carácter telúrico, ya que el guerrillero tiene una relación directa con el suelo, con la población autóctona y con las condiciones geográficas del país; es un tipo de combatiente específicamente terrestre.

Teniendo en cuenta sobre todo el último aspecto -el carácter telúrico del partisano- ninguna pretensión de derechos sobre una porción de territorio, entonces, puede ser constitucionalmente aceptable si quien la reclama no se reconoce en la forma y el modo de la unidad política que lo organiza (al territorio, decimos); unidad política que -vale la pena redundar- es indivisible y tiene el poder de decidir quién es el enemigo. Recordemos que lo único preexistente a la Constitución es la unidad política, auténtico poder constituyente antes del cual nada ni nadie puede reclamar existencia. Ni siquiera la Nación si, llegado el caso, la Nación no coincidiera con el Estado. Es lo que, en la argumentación de Schmitt pasó con el General Raoul Salán y su organización paramilitar de lucha contrainsurgente, durante el proceso de liberación argelino. Salán, que había llegado a acumular la mayoría de los honores a los que puede aspirar un militar francés, podía argüir y aun estar convencido de que el enemigo absoluto de la Nación eran el Frente y el Ejército de Liberación Nacional argelinos. Pero el Presidente de Francia, otro General, Charles De Gaulle, había ya decidido dar lugar a los acuerdos necesarios para que los combates cesasen y Argelia se encaminara, así, hacia su independencia. Salán, entonces, pasó de tener un enemigo, la guerrilla argelina, a tener dos, pues el Estado Francés le declaró a su vez una guerra de policía. En consecuencia, la pelea por la tierra en nombre de una Nación preexistente a la Constitución -no importa qué ideología la oriente- pasa a configurar de inmediato una escenario de guerra civil pues el Estado sólo se cohesionaba como unidad política si

distingue como enemigo a quien pretendiera disputarle la decisión de distinguir enemigos, aunque lo haga en nombre de una Nación que el telúrico cree PREexistente pero que en la realidad jurídica es INexistente o sólo existe como amenaza latente.

El golpe de Estado en Bolivia y el problema de la plurinacionalidad

La plurinacionalidad del Estado no se limita hoy a una demanda de ciertas comunidades frente a la organización jurídica del territorio. No es sólo la aspiración faciosa de un grupo de habitantes que ve en la Constitución de su país la consagración legal de una distribución asimétrica de los derechos políticos de la ciudadanía. Pero mucho menos se puede decir que la plurinacionalidad sea apenas una preocupación de los departamentos *Postcolonial Studies* de las universidades norteamericanas. Si hasta ahora había persistido en muchxs de nosotrxs esa creencia -la de considerar que todo interés por las culturas originarias se reduce a un área de investigaciones, fácilmente desdeñable, por otro lado, en tanto que resulta más o menos evidente que esos desarrollos no responden a un interés emanado del propio sujeto que se proponen abordar sino al de los intelectuales metropolitanos que al cabo lo cosifican, al sujeto de sus indagaciones, como tema de tesis-; si hasta ahora pudimos haber persistido en esa creencia desdeñosa (aunque tuviera algún contenido de verdad), decíamos, seguir sosteniéndola en el presente significa desconocer las movilizaciones más intensas que están aconteciendo frente a nuestros ojos. No es que el aparato conceptual de la postcolonialidad resulte más interesante ahora que antes ni vemos en él una súbita actualidad sino que, en efecto, la plurinacionalidad hoy es mucho más que una abstracción teórica: es un programa político que viene ganando calle, que no espera mucho de los gabinetes académicos y que incluso llega a expresarse más allá de militancias y vanguardias clásicas. Y viene aconteciendo (a la plurinacionalidad nos referimos) tanto allí donde aún no está incorporada a la institucionalidad

como allí donde -justamente por ser ya institucional- pretende vulnerársela desde un poder que, a pesar de las luchas que concretaron pasos progresivos en las superestructuras jurídicas, no refluye con facilidad (ahora aludimos al poder colonial) de las estructuras económicas y de las relaciones sociales. Intuimos que el debate sobre la plurinacionalidad es el más importante de los que van a darse en los próximos tiempos de Nuestra América porque los flujos y reflujo sociales que la sacuden de punta a punta gravitan en torno a esta problemática. La economía capitalista y sus concomitantes esquemas de dominación social están, de momento, ensayando combinaciones de viejas y nuevas fórmulas políticas.

Como ha demostrado suficientemente Franz Fanon, la condición colonial no sólo impone humillación a los pueblos conquistados ni se trata simplemente de una integración forzada de las naciones ya existentes a un único estado reconocido como tal por otros estados casi siempre también coloniales sino que además imprime en ellos -en los pueblos conquistados- los propios valores que lo subordinan al poder colonial. A pura violencia, la condición colonial funda un soporte sentimental intenso, en nativos y mestizos, que no es removible porque una ley lo desconozca o prohíba. Durante el golpe de Estado en Bolivia y en los días posteriores, todo lo sucedido con la Wiphala es muestra palmaria de la complejidad del proceso histórico: hemos visto a la fuerza represiva, nutrida de bolivianos de piel cobriza y sangre mayormente indígena, arrancándose de sus uniformes y a parte de la población quemándola, a pesar de estar constitucionalmente reconocida como símbolo del Estado Plurinacional de Bolivia (art. 6 de la Nueva Constitución Política del Estado del año 2009). Todo golpe de Estado es un golpe a la Constitución (incluso aunque no se la derogue), sin embargo, a los golpistas de cualquier tiempo y país no les costó amparar sus acciones en un nacionalismo inflamado que, por lo tanto, respetara los símbolos patrios que la misma constitución

fijaba. No era imaginable un golpista quemando la bandera nacional porque en nombre de lo que ella representaba había tomado las armas regulares para derrocar a un gobierno legalmente constituido. El golpe en Bolivia, en cambio, y a pesar de que mantuvo la vigencia de la Constitución, dispuso arriar la Wiphala del Palacio de Gobierno como primera medida. Y si bien uno de los objetivos esenciales del Estado (declarado por la Constitución en su art. 9) es “constituir una sociedad justa y armoniosa, cimentada en la descolonización, sin discriminación ni explotación, con plena justicia social, para consolidar las identidades plurinacionales” es manifiesto el intento de restituir un orden racializado en el que las nacionalidades se disuelven bajo el englobante “indio”, que a su vez designa al sector social que forzosamente debe aceptar su ciudadanía restringida, su posición subalterna y su exclusión permanente de la esferas institucionales con capacidad de decidir. Lo llamativo es que el intento de restitución del orden colonial -decimos intento porque consideramos que el proceso está abierto- no lo lleva a cabo un ejército de ocupación ni un ejército nacional que lo subroge. Desde ya que hubo desplazamiento de tropas y es indudable que el mando militar forzó la renuncia de Evo Morales. Por eso el golpe de Estado no es motivo de cavilaciones. No se llegó a suspender la Constitución, sin embargo, y quien asumió temporalmente la cabeza del Estado no ha sido un General blanco sino una Malinche de cabellera Wellapon. Lo que estamos intentando subrayar es que en Bolivia, la Nueva Constitución Política sancionada en el año 2009 ha sido un paso progresivo para el reconocimiento legal de las naciones que preceden al Estado pero no ha logrado torcer aún las fuerzas que legitiman el orden colonial, no alcanzó para remover del todo el complejo entramado de ánimos que racializan la dominación cultural y la superexplotación económica. Que la ha puesto en debate y que eso no tiene ya vuelta atrás: sin dudas. Es lo más lejos que llegó la descolonización en nuestro continente. Pero con la ley

sola no bastó. El gobierno no elegido por nadie de Jeanine Añez puede incluso no suspenderla; es decir, mantener intactos los derechos, las declaraciones y las garantías contenidos en la Constitución. Lo cual constituye, desde una perspectiva jurídico-política, si no una aberración, al menos una situación de enorme complejidad. El Estado plurinacional ha sido lo suficientemente fundante como para cristalizar en una Constitución. A la vez, dicha Constitución no pretende dar por finalizado el proceso revolucionario ni se propone apenas integrarlo a un sistema de funciones y competencias sino que fija como objetivo esencial del Estado (un Estado que reconoce la existencia de Naciones anteriores y que, lejos de definir las como “enemigo”, las hace sustrato fundante); la Constitución fija como objetivo esencial, decíamos, continuar la lucha por la descolonización, condición sin la cual es inimaginable soberanía alguna. Mas ahora, después de un golpe que no ha derogado semejante osadía, pretende el Estado regradar hacia las formas ominosas de las jerarquizaciones étnicas. Es decir, el gobierno golpista mantiene en vigencia la Constitución más avanzada del continente (podríamos decir del mundo) pero se esfuerza por dar vuelta las agujas de la historia y llevar al Estado de regreso al régimen colonial. Tarde o temprano esa contradicción va a estallar y saldrá a la superficie la verdadera sociedad boliviana.

Pero más allá de normativas y judicaturas, vemos cómo en las recientes movilizaciones contra la devastación neoliberal en Chile se agitan a la par, en defensa de la soberanía popular, banderas nacionales y banderas mapuches. Aun en su heterogeneidad, estos procesos sociales en algo, no obstante, se emparentan: evidencian la actualidad de la problemática ya no sólo de las naciones (tal como hace unos años, Gisela Catanzaro previó en su retorno, el de las naciones, precisamente en un contexto mundial que parecía pasarlas a caducidad, en su libro *La Nación entre la naturaleza y la historia*); diferentes uno del otro, decíamos,

los procesos sociales chileno y boliviano evidencian la actualidad, entonces, de la problemática de la plurinacionalidad. A Chile y Bolivia se les suma Ecuador, país en el que el frente de masas más importante es el que representa los intereses de la población originaria y cuya herramienta organizativa es la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador) y más recientemente Colombia en cuyas revueltas populares el factor indígena tiene una presencia y capacidad de movilización no menos importante que la que de los sindicatos, las organizaciones de mujeres y los estudiantes.

El Estado Plurinacional como superación de la unidad política

Leemos ahora una nota de Claudio Scaletta en el suplemento Cash del diario *Página/12* del domingo 17 de noviembre del 2019. El texto se titula “Las oligarquías y el imperialismo” y ya desde el vamos tiene la pretensión de llamar a las cosas por su nombre. Dice, por ejemplo, que el neoliberalismo muy fácilmente deviene fascismo. Lo celebramos pues en su número anterior, el de diciembre de 2019, EL OJO MOCHO coincidía en la apreciación. Pero, por otro lado, es necesario discutir su encuadre teórico, el de la nota de Scaletta, los marcos de comprensión utilizados para abordar la cuestión del golpe de estado en Bolivia. Dice la nota: “No debe perderse de vista que la lucha no deja de ser puramente capitalista. La cuestión étnica agrega complejidad a la lucha de clases pero no la subsume ni la reemplaza”. El marxismo es, evidentemente, el modelo de pensamiento al que el autor de la nota suscribe, al menos en tal afirmación. Pues bien, en las áreas de capitalismo colonial no es que el marxismo requiera ajustes sino, en todo caso, ser coherente hasta las últimas consecuencias. En el punto donde *Los condenados de la tierra* alcanza un alto grado de materialismo dialéctico, aunque su sujeto nunca sea la clase sino el pueblo, Fanon dice que “la descolonización es

un proceso histórico; es decir que no puede ser comprendida ni resulta inteligible, traslúcida a sí misma, sino en la medida exacta en que discierne el movimiento historizante que le da forma y contenido”. O sea que, si aceptamos el resguardo que sugiere Fanon, resulta necesario que cada etapa del desarrollo histórico del capitalismo (en lo que estamos analizando: la etapa hacia la que precipita la lucha por la descolonización -que en su despliegue profundiza contradicciones estructurales y radicaliza las fuerzas de la reacción imperialista); es necesario que cada etapa, decíamos, genere sus propias categorías y no se proponga apenas adecuar los hechos al concepto. Teniendo en cuenta esto, nos gustaría sugerir que en Bolivia la “cuestión étnica” no sólo “agrega complejidad” a la “lucha de clases”, como dice Scaletta. La cuestión étnica es esencial a la lucha de clases. En un esquema marxista clásico – por no decir carente de dinamismo; por no decir algo reduccionista- de comprensión y explicación de un proceso histórico, la lucha de clases, claro está, es un enfrentamiento real entre los asalariados no poseedores y la clase propietaria. Según el caso o, más bien, según el nivel de las contradicciones entre el desarrollo de fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, como el propio Marx reconoce en *El Manifiesto Comunista*, el enfrentamiento habrá de ser franco y abierto o de carácter larvado. La complejidad del asunto –y su consecuente exigencia para el análisis- radica en que el desenvolvimiento de la sociedad burguesa ha implicado grados de integración del proletariado al orden capitalista. Pero en las áreas coloniales casi no existe algo que puede parecerse a la “sociedad civil”. La superexplotación es directa, sin más mediaciones que la racialización de la economía: el conquistador es dueño de todo por ser blanco y el indio, desposeído de todo por ser indio, produce al límite de sus fuerzas –justamente- por su doble condición de indio y desposeído. Al analizar la estructura económica de la región chaqueña, y muy cerca

de Fanon, Roberto Carri ha llamado “proletariado total” a esta clase de desposeídos, superexplotados por el orden colonial y sin posibilidad de integración alguna. Ha visto también, en la violencia encarnada por un bandolero como Isidro Velázquez (perseguido y muerto por la policía provincial en 1967), no una desviación delictiva sino un índice de politización que preanunciaba formas revolucionarias. Lo notable de la Bolivia de Evo Morales es que en la lucha contra la dominación colonial superó ampliamente los límites del arrebato individual, por más formas de solidaridad comunal que ésta genere, y puede computar entre sus logros revolucionarios mayores la efectiva construcción de un orden institucional y de mediaciones sociales a las que, desde la cultura occidental –medianamente liberal y medianamente marxista– llamaríamos “sociedad civil”. Pero no se trata de una “sociedad civil” que se proponga la integración de las comunidades originarias a un orden que no les es propio sino que, al contrario, se trata de una institucionalidad novedosa, asentada sobre tradiciones ancestrales y temporalidades no occidentales, que le reconoce legítimos derechos de identidad cultural a cada Nación preexistente al Estado. Así como dijimos que la cuestión étnica no agrega complejidad sino que es esencial a la lucha de clases en las áreas coloniales, decimos ahora que el Estado Plurinacional es, a partir de su consagración constitucional durante el gobierno de Evo Morales, esencial a la descolonización de la estructura económica en las regiones en donde el capital nunca dejó de ser lo que fue originariamente: conquistador y violento, único modo de sostener su propio desarrollo en las economías centrales, bajo parámetros de aparente normalidad. Y aquí, el segundo punto que quisiéramos discutir del artículo de Scaletta. De una afirmación con cuyos presupuestos y considerandos no podríamos más que estar de acuerdo, el autor termina extrayendo conclusiones –a nuestro entender– erradas. Dice: “No olvidarse además que estas burguesías no son estrictamente locales, sino

una clase transnacionalizada y con objetivos de política distintos a los del desarrollo con inclusión. Es por todas estas razones que desde Argentina se miraba con atención el proceso boliviano, ya que los límites que enfrentaba Evo, a pesar de los matices locales, son los límites que enfrenta cualquier proceso nacional-popular existoso”. No hay tales “matices locales” porque la plurinacionalidad no es justamente un rasgo folklórico. Como dijimos más arriba, el Estado Plurinacional es la etapa más desarrollada hasta ahora en el proceso de descolonización de la economía, el más alto grado de conciencia alcanzado por un pueblo sometido en lucha por su afirmación, que en el contexto de América Latina es, de manera inevitable, una lucha por su liberación. Su límite, en todo caso, es que –antes de la arremetida golpista– aún no había logrado consolidar del todo uno de los factores que según la teoría de Álvaro García Linera, es fundamental en la composición de un Estado –junto al ordenamiento de las fuerzas sociales y el sistema de instituciones–: nos referimos (o García Linera se refiere y nosotros suscribimos) al complejo de creencias movilizadoras capaces de crear una conformidad social y moral en torno al sentido del mundo. Ese complejo se materializa mediante un repertorio de ritualidades sostenidas por la acción del propio Estado y está claro que el reconocimiento de la Wiphala como símbolo oficial, al nivel de la bandera tricolor, iba en ese sentido. Ahora, es también evidente que no alcanza una normativa para transformar un régimen de sentidos (nos referimos a la condición colonial) que tiene siglos de sedimentación y que la conformación histórica de los Estados Nacionales no se ocupó por mucho más que barnizar de liberalismo. Pero los Estados-Nación, vieja herramienta surgida al amparo del liberalismo clásico que, no obstante significaron una cosa en Europa y Estados Unidos, y otra distinta en nuestro continente, está mostrando aquí signos de agotamiento. Habitarlo es una disputa abierta y, precisamente por eso, su poder no desaparecerá todavía. Pero su forma está en mutación debido a

las dinámicas populares y a la acción –a veces coordinadas, otra veces desarticuladas– de los movimientos sociales que reclaman mucho más que apenas inclusión. Con todo esto último queremos decir que no es que los problemas del estado plurinacional son seguidos con atención por los proyectos nacional-populares porque nos permitirían avizorar a qué podemos llegar a enfrentarnos en lo sucesivo. Los límites que enfrenta actualmente Bolivia no son los límites que tiene la Argentina porque Bolivia está en una etapa superior de la lucha por la verdadera independencia: debido a la composición evidente de su población y a una estructura colonial que había llegado al máximo desarrollo de sus propias contradicciones, la experiencia liberadora del Estado Plurinacional ha concebido una institucionalidad que supera al Estado Nacional (de neto corte liberal) que o bien integraba a la fuerza laboral o, en el caso más extremo, eliminaba de ella a sus sectores más dinámicos en tanto podía declarárselos enemigos de la unidad política y la integración territorial. Los límites del Estado Plurinacional, en todo caso, nos desafían a pensar que hay un más allá de los proyectos nacional-populares porque quizás hay una unidad superior a la Nación. Con audacia, Cristina Kirchner le agregó complejidad a nuestra identidad como sujeto de la emancipación cuando además de nacional y popular, incluyó en la caracterización del movimiento el rasgo democrático y, más recientemente, el feminista. El feminismo hoy, por su parte, ha incorporado ya la plurinacionalidad como componente de su propia identidad. Deducimos así que en el horizonte histórico y político de nuestro continente, los proyectos de liberación sólo podrán dar un paso más allá de sus propias limitaciones cuando asuman la plurinacionalidad como parte constitutiva de sus programas y, de manera definitiva, a la Wiphala como bandera.

MOVIMIENTO NACIONAL, POPULAR, DEMOCRÁTICO Y FEMINISTA

Mariana Gainza

I.

En medio de una América Latina convulsionada, pero respirando aires más saludables desde la victoria electoral del Frente de Todos en las elecciones de octubre, lanzamos una mirada retrospectiva sobre las avanzadas del neoliberalismo a escala planetaria. Y entonces nos llama la atención una anécdota que surge de la campaña electoral norteamericana de 1976. En aquel momento, Ronald Reagan (ex gobernador de California) disputaba la interna del Partido Republicano y sumaba cada vez más apoyos de los sectores conservadores –apoyos que no le alcanzarían para ganar la representación del partido para la disputa presidencial, pero lo ubicarían como figura de gran peso en la política nacional norteamericana, auspiciando su elección como presidente en 1981–. En aquella campaña del '76, la estrategia comunicacional de Reagan se basó en una sustitución que puede ser considerada precursora. El fantasma comunista fue reemplazado –y a la vez realimentado– por la apelación a otro fantasma, el fantasma populista.

En una serie de apariciones radiales y discursos públicos, el futuro presidente se refirió a un personaje que acabó asumiendo rasgos míticos. Mitad mujer, mitad monstruo, Linda Taylor –ese era su nombre– ganó celebridad gracias al dudoso título con el que Reagan la bautizó: “Welfare Queen” (la reina del bienestar, o del Estado de bienestar). Según las denuncias que proliferaron en los diarios de la época –convirtiéndola en el arquetipo de lo que la derecha republicana debería “limpiar” para hacer grande a la nación– se trataba de una mujer negra, que fue pobre antes de volverse millonaria,

gracias al aprovechamiento de todas las ventajas fraudulentas provistas por el Estado Social. Según el mito, Linda había usado ochenta nombres falsos, treinta domicilios inexistentes y simuló matrimonios con ex-veteranos de guerra para cobrar una variedad de subsidios y beneficios y defraudar masivamente al Estado. Reagan aseguraba que, con esas artimañas, Taylor (que era además actriz) conseguía un ingreso anual de ciento cincuenta mil dólares, que le permitían conducir un Cadillac y entregarse a una vida ociosa, lujuriosa y criminal, en cuanto reinvertía una parte de su dinero en el tráfico de drogas y otros delitos comunes. Como se puede percibir, esta figura no sólo condensaba históricos prejuicios de las clases medias y altas, sino que además perfilaba con claridad al sujeto social que se iba construyendo como enemigo principal del proyecto de sociedad que entonces se promocionaba ante el público de consumidores que era la democracia de masas norteamericana.

Hay una coherencia sustancial en los distintos relanzamientos del neoliberalismo a lo largo de las décadas. Y el neoliberalismo que hoy se acopla con la ola global ultraconservadora –cuya peculiaridad (en contextos ya no abiertamente dictatoriales) se asocia con la violencia, la crueldad y hasta el sadismo de los mecanismos que pone en práctica– no modificó sus prioridades en términos de objetos de estigmatización, persecución y odio. Si la misoginia como política de estado asumió su expresión más exuberante en el Brasil de Bolsonaro (aunque no deja de ser importante en los EE.UU de Trump y en la Argentina macrista), la particularidad del discurso del neofascismo que ganó las elecciones en Brasil es

que nombró, uno por uno, a todos los que consideraba enemigos del nuevo orden a ser establecido. Recordemos los panfletos que los partidarios de Bolsonaro hicieron circular en la Universidad Federal de Pernambuco, en la campaña electoral de noviembre de 2018.

Allí se amenazaba, con nombre y apellido, a profesores y alumnos sucesivamente caracterizados como gays, lesbianas, travestis, transexuales, negros, comunistas, socialistas, populistas, feministas, degenerados, drogadictos, invasores de tierras, etc. “Todos ustedes, escorias, van a ser excluidos de la universidad, el mito está llegando”, decían los panfletos. Ninguna corrección política o inhibición disimulaba u ocultaba la verdadera cara de la acumulación económica y la concentración política que se promovía, y había sido ya sangrientamente anticipada en marzo de ese año, con el asesinato de Marielle Franco (negra, favelada, lesbiana, concejal de la izquierda en Cámara Municipal de Rio de Janeiro) y su chofer Anderson Gomes por milicianos, cuyos vínculos con la familia Bolsonaro hoy están saliendo a la luz.

En Argentina fuimos testigo de la persecución estatal a las comunidades mapuches y de los asesinatos de Santiago Maldonado y Rafael Nahuel, como hitos de una violencia más amplia, desatada contra los “otros” del proyecto que ganó las elecciones en 2015. Pero la continuidad exacta con el racismo y la misoginia de estado, tal como se formula en el mito de la “Welfare Queen”, lo hemos visto en el encarcelamiento de Milagro Sala, uno de los gestos políticos definicionales de aquel comienzo de mandato (junto con el desmantelamiento de la ley

de medios, la supresión de los controles a la circulación financiera y la eliminación de las retenciones a los sectores agroexportadores y mineros –nunca es superfluo volver a recordarlo). El ataque a Milagro puede ser reescrito – como tantas veces lo hicimos en estos años– a la manera del mito de Linda Taylor: india, militante social y líder popular, tupaquera y kirchnerista, transformada en ladrona y narcotraficante. Aquel famoso video, donde se filmaba a miembros de la organización Tupac Amaru retirando mucho dinero de un cajero electrónico, se transformó en el sumun de lo lesivo y ofensivo para los televidentes horrorizados, que veían juntas esas cosas que debían ir separadas: negros y dinero, pobres y dinero. Porque esa, en verdad, era la única transgresión a la ley. El dinero era perfectamente legal: era dinero que la organización social más grande del país, en una de las provincias más pobres, liderada por una mujer llamada Milagro, morocha y criada en la calle, cobraba del estado nacional para hacer esas cosas que para muchos se hicieron insoportables: construir viviendas populares, barrios, hospitales, escuelas, y grandes piscinas públicas para el disfrute de la comunidad. Milagro se transformó entonces en un monstruo populista mítico, condensador de todas las perversiones que la derecha ve en las políticas estatales orientadas a la redistribución de ingresos.

Porque esa fue la particularidad de la última ofensiva neoliberal en América del sur: se produjo como respuesta y reacción frente a la última década larga de gobiernos populares que, a grandes rasgos, fueron los responsables de actualizar las coordenadas de una división política relevante. La que contraponen dos proyectos de organización de la sociedad, cuya oposición solemos mencionar esquemáticamente con una serie de términos que se rechazan: inclusión versus exclusión, expansión del gasto versus ajuste, conflictividad versus orden, expansión de derechos versus eliminación de

derechos. Las políticas públicas asociadas alternativamente con esos parámetros, que básicamente implican, en las condiciones de la *vida dañada* del capitalismo periférico, o bien un despliegue, o bien una reducción de recursos para la vida popular, actuaron sobre el mar de fondo neoliberal que define las determinaciones globales de la economía, la ideología y la cultura en el mundo contemporáneo.

Esa disyunción, que le aporta un particular dramatismo a la confrontación social y política en nuestro país, es lo que a veces se reconoce o se rechaza con el término de polarización. Y le dio un tono épico del proceso del tejido de alianzas que constituyó al Frente de Todxs y a su precisa fórmula Fernández-Fernández. Finalmente, “la campaña de este año fue la de mayor interés ideológico, porque se enfrentaron en forma explícita dos proyectos antagónicos: el conservador oligárquico que aquí se enmascara como republicano, y el nacional y popular que encarna en el peronismo” (Horacio Verbitsky, <https://www.elcohetalaluna.com/el-triunfo-de-la-sensatez/>).

II.

El conjunto de las luchas sociales que marcaron estos cuatro años que ahora finalizan se inscriben en este contexto marcado, a la vez, por la persistencia neoliberal, y por el enfrentamiento entre proyectos de redistribución, inclusión y expansión de las libertades, y proyectos de ajuste, exclusión y represión. El caso del movimiento de mujeres da cuenta peculiarmente de esa doble incorporación. *Ni Una Menos* comienza en 2015, es decir, cuando aún gobernaba el país Cristina Kirchner, como un grito de hartazgo por los cada vez más frecuentes femicidios. Aquel grito denunciaba la violencia machista, en su fusión sustancial con los procesos de precarización de la vida, que presionan a favor

de un tratamiento social de los cuerpos como cosas utilizables y descartables. Pero *Ni una menos* surge también en ese momento particular, cuando la movilización, la organización popular, la democratización de la palabra pública y la innovación en el campo de los derechos –el matrimonio igualitario, la ley de identidad de género, la educación sexual integral– favorecían la manifestación de lo que había permanecido por mucho tiempo inexpresado (así lo dice María Pia López: “La educación sexual integral hizo pedagogía feminista, aún sin nombrarse así. Niñes crecieron en esas libertades, como lo hicieron en una época política que se estaba cerrando en 2015 y que les había permitido militancias sin miedos, aires más respirables y organización sin persecuciones”).

En ese sentido, el grito que dio inicio a la nueva ola feminista es menos una irrupción, que el resultado de un proceso indisociable de la confrontación de proyectos distintos de país, en el contexto de la reproducción del capitalismo neoliberal y los esfuerzos por ponerle frenos a sus dinámicas destructivas. Y se fue transformando a partir del inicio del gobierno de Macri, junto con las resistencias provocadas por cada ataque a un derecho o conquista popular. Como una especie de caja de resonancia de todas las luchas, las asambleas, las marchas, las plazas feministas condensaron masividad y potencia antimacrista, gracias a la capacidad de denunciar cada uno de los avasallamientos implicados en la tentativa de reconversión neoliberal integral de la vida, la sociedad y el estado. Hay una peculiar manera de contar y nombrar, entonces, en el movimiento que al decir “ni una menos”, “ni una muerte más”, declara su incumbencia en relación con todas las injusticias, maltratos y menoscabos –puesto que las mujeres los padecen todos. Al hacerlo, revela la transversalidad de su lucha al conjunto de las luchas emancipadoras. A tal

punto que es posible conjeturar que la transversalidad, en sí misma, es feminista: es lo que a partir del registro sensible de un padecimiento común se convierte en la circulación de un lazo que va conectando lo heterogéneo, sin suprimir la pulsación de lo que difiere. En Argentina, esa sensibilidad toma su fuerza de las Madres de Plaza de Mayo, lo sabemos bien: “el pueblo las abraza” no sólo cada 24 de marzo, sino en cada oportunidad en que se amenaza o se hiere la integridad o dignidad de alguna pequeña o gran parte de la sociedad (de alguna minoría o de las mayorías populares). En todas esas luchas (por el salario, por los derechos de las comunidades indígenas, por el aborto, por la libertad de expresión, contra la violencia policial, contra la precariedad y el hambre, contra las farsas judiciales, contra cada asesinato y cada persecución) ese abrazo se actualiza como una potencia de transversalidad que se dice en femenino. De manera que los nuevos feminismos (y sobre todo ese feminismo jovencísimo de lxs adolescentes), así como el conjunto de luchas contra la sociedad excluyente que intentó naturalizar el gobierno de Cambiemos, abreva de esa sensibilidad, que produce una permanente resonancia con el “nunca más” que sostiene el auténtico pacto democrático que vale en nuestro país. No es casual, entonces, que en los discursos de campaña del Frente de Todos se haya invocado esa fuerza: “neoliberalismo nunca más”.

Esa nueva transversalidad también se dio como atravesamiento de las fronteras que, en otros momentos, habían disociado a los movimientos reivindicativos de las instancias partidarias o los liderazgos pertenecientes al campo de la representación política. Y, nuevamente, encontramos las condiciones para esta capacidad de interlocución que mostraron los feminismos en el proceso más amplio de reconexión de la política estatal con sus mandatos sociales (que

también nos remite a la reasunción del compromiso del Estado con las políticas de memoria, verdad y justicia). En particular, los procesos que desembocaron en las leyes de matrimonio igualitario y de identidad de género no sólo implicaron grandes pasos en la dirección de una virtual simbiosis del movimiento de mujeres con los colectivos de la diversidad y las disidencias sexuales, sino también una colaboración y una retroalimentación virtuosa entre los movimientos y los legisladores y dirigentes políticos del campo popular y las izquierdas. Ese ida y vuelta, a su vez, actuó sobre las identidades políticas, produciéndose fenómenos novedosos como la aparición de la agrupación “Putos Peronistas”, o el relanzamiento vital y programático del kirchnerismo bajo la definición de “movimiento nacional, popular, democrático y feminista”.

III.

Ese es el principal enemigo del autoritarismo neoliberal (que en cada país trabaja para implementar el conocido guión de los poderes transnacionales): la afirmación soberana de lo popular, lo democrático y lo feminista. Ese enemigo aparecía en la fantasías demonizadoras de Reagan, que a la vez repetía y redireccionaba lo informado por los actos oprobiosos de las dictaduras latinoamericanas. También aparece en las políticas y en los discursos de Trump, Macri y Bolsonaro. Y en los de otro personaje surgido de las napas profundas de la ultraderecha racista latinoamericana: “El Macho” Camacho, la expresión encarnada de lo que significa el golpe cívico-policial-militar contra el gobierno de Evo Morales. Lo dijo muy claramente Evo, en el discurso en que anunció su renuncia forzada: “Mi pecado es ser dirigente sindical, ser indígena, ser cocalero. Mi pecado es ser indígena, antiimperialista e izquierdista”. Otra vez, eso es lo

verdaderamente intolerable para el neoliberalismo, cuya definición sustantiva envuelve la quema de naves respecto a la ya precaria “tolerancia” liberal.

Ante un panorama regional tan convulsionado y complejo, lo auspicioso que se abre en Argentina se resume, me parece, en un gesto a la vez pequeño y fundamental. Alberto Fernandez se encontró con Brian, el joven (morochito, pobre) que colaboró como fiscal en el municipio de Moreno, y fue fotografiado y defenestrado en las redes macristas, que quisieron transformarlo en el prototipo del “pibe chorro”, otro monstruo que habita la iconografía de las fobias anti-populistas. El futuro presidente se puso su gorrita y se sacó una foto con él. Con esa famosa gorrita, que identificaría a ese sujeto (una juventud-marginal-delincuente-genérica) que la ministra Bullrich y el racismo de clase que el macrismo representó (y seguirá representando) quiso convertir en blanco legítimo del disparo policial. Sólo un gesto: la gorra del estigma en la cabeza del presidente, un abrazo, una foto. En ese gesto se expresa una sensibilidad y una voluntad. Que nos gustaría que se sostenga en la relación interna que guarda con ese grito que, en la voz de una mujer, nos convocó a encontrarnos a todes, desde el peronismo hacia su izquierda vital: “¡neoliberalismo nunca más!”. Algo resuena ahí del orden del deseo y la utopía. Algo ahí resuena.

APUNTES SOBRE LA UNIDAD. FRACTURAS, CONSENSOS Y TAREAS PENDIENTES DE CARA A UNA NUEVA EXPERIENCIA PERONISTA

Tomás Crespo

*No es para quedarnos en casa que
hacemos una casa*

*no es para quedarnos en el amor
que amamos*

y no morimos para morir

tenemos sed y

paciencias de animal

(Juan Gelman – Costumbres)

“El peronismo unido es imbatible”. El viejo apotegma de la política argentina volvió a mostrar su vigencia en las recientes elecciones presidenciales.

En efecto, si durante el segundo gobierno de Cristina Fernández de Kirchner asistimos a la desintegración del frente político y social que posibilitó el aplastante 54% con que en 2011 la ex presidenta había renovado su mandato, entre 2015 y 2019 vimos cómo ella misma se cargaba la tarea de reunir los retazos de aquella alianza –y ampliarla- para rearmar un espacio capaz de disputar la presidencia de la Nación en 2019 con serias chances de ganar. Se trataba de conformar, en palabras de Perón, “la fuerza motriz necesaria” que permita plasmar la idea y el programa en los hechos.

Los fantasmas que agitaban la posibilidad de que tras doce años de gobierno nacional el kirchnerismo, producto de sus propias torpezas, dogmatismos y sectarismos, se viera reducido a una minoría electoral perpetua –ya sea hacia el interior del peronismo o fuera de él-, se disiparon al ritmo de la nueva articulación política y del modo en que la propia Cristina se dio el “baño de humildad” que alguna vez les

había exigido a los dirigentes de su fuerza.

Movimiento obrero organizado, gobernadores, intendentes, movimientos sociales, sectores de la Iglesia, pequeños y medianos empresarios, estudiantes, comerciantes y clases medias urbanas de variado tipo –entre otros tantos actores otrora desencantados-, confluyeron bajo el manto de una opción electoral que supo presentarse como capaz de revertir el deterioro constante al que la ciudadanía se vio sometida desde diciembre de 2015.

Como se sabe, el abordaje aritmético de la política, además de ser pobre, suele ser estéril. El ejercicio de sumar los votos obtenidos por distintos partidos y especular con que de haber concurrido a las elecciones asociados hubiesen capturado el resultado de esa adición, soslaya el hecho de que en un proceso electoral se ponen en juego otras variables tales como liderazgos, mediaciones, memorias y representaciones que son mucho más complejas que la mera conformación de un algoritmo, de un conjunto de operaciones destinadas a hacer un cálculo y hallar así la solución de un determinado problema.

Sin embargo, aun haciendo esta aclaración, no podemos dejar de observar que si trazamos un rápido paneo sobre las últimas elecciones nacionales (2013, 2015 y 2017) se advierte fácilmente que los votos sumados de las opciones referenciadas en algún tipo de peronismo de tintes más o menos populares se ubican con mucha comodidad en el primer lugar, muy lejos del resto¹. Entonces, siendo esta distancia tan amplia, es posible aventurar que las condiciones objetivas para el triunfo de un espacio estructurado en torno al peronismo estaban dadas.

En ese marco, tras años de revolotear

en el aire como una tarea necesaria, pero a la que nadie le encontraba la vuelta, las tan declamada “unidad” se corporizó en una alternativa electoral concreta y el macrismo, la fuerza que pretendía haber interpretado a las nuevas subjetividades y refundado la política argentina para siempre, sufrió una derrota inapelable apenas cuatro años después de haber accedido al manejo del Poder Ejecutivo Nacional.

Ahora bien, esto nos obliga a plantearnos dos preguntas. O a abordar una misma pregunta desde dos perspectivas complementarias. La primera es: si la unidad del peronismo era garantía del triunfo electoral, ¿por qué no se materializó anteriormente? ¿Por qué hubo que perder tres elecciones consecutivas –tanto a nivel nacional como en la provincia de Buenos Aires- y dar lugar al gobierno más acabadamente representativo de las clases dominantes argentinas desde 1983 a la fecha para llegar finalmente al acuerdo salvador? Y, por otra parte, ¿qué futuro tiene la unidad alcanzada? ¿se trata de una convergencia tendiente a perpetuarse o de un mero movimiento táctico con serias posibilidades de comenzar a crujir a partir del 11 de diciembre?

En lo que sigue, trataremos de abordar estas dos cuestiones a la luz tanto de la historia política argentina como de las tareas que deberá afrontar el próximo gobierno.

Las rupturas

Un fenómeno político, social y cultural con la intensidad y la polisemia que ha mostrado el peronismo, habilita ser leído desde muy diversos lugares. Uno de ellos –estrechamente relacionado con nuestro propósito de abordar “la unidad”- es desde

el modo en que cada gobierno encaró lo que se ha presentado como un límite clásico: la llamada “restricción externa” o la carencia de las divisas necesarias para financiar el desarrollo económico.

El sesgo distribucionista de todos los peronismos –aún del de Menem- y su correlato directo en la expansión del consumo, ha encontrado históricamente un límite en la oferta de dólares disponibles, dando lugar al angostamiento de la capacidad del Estado para distribuir renta hacia los asalariados y sectores populares en general. Esto se ha cristalizado en tensiones –y posteriores fracturas- hacia el interior de la alianza gobernante, entre quienes propugnan salidas ligadas a generar las condiciones necesarias para favorecer la inversión privada (nacional y extranjera) o el endeudamiento, y otros que apuestan a consolidar modificaciones estructurales progresivas (muchas veces tácticamente apoyadas por algún sector del bloque dominante). Dichas pujas han devenido en el agrietamiento del frente político peronista y la consecuente pérdida del gobierno, ya sea por elecciones o a mano de golpes militares.

Esta disputa adoptó diversas formas a lo largo del tiempo. En 1955 fue entre quienes, en el marco de la Guerra Fría, proponían un giro filo norteamericano y pro mercado y los que entendían que era necesario profundizar el rumbo adoptado en 1946, poniendo incluso en discusión la propiedad privada de los medios de producción. En 1976, las tensiones hacia el interior del peronismo se dieron entre aquellos que propugnaban una salida socialista y quienes, adoptando el esquema norteamericano para la región –asumido como propio por el empresariado nacional-, priorizaban neutralizar y exterminar al “infiltrado marxista” en el movimiento. En 1999, cuando la Convertibilidad ya se revelaba incapaz no solo de garantizar el crecimiento económico, sino también de crear empleo, la contradicción fue entre los que planteaban la necesidad de abandonar ese

esquema cambiario y los sectores que proponían continuar con la paridad entre el peso y la moneda estadounidense, o directamente dolarizar. En el segundo mandato de Cristina Fernández (2011-2015), la disminución de las exportaciones –tanto en cantidad como en precio- sumado al ataque especulativo de los fondos buitres y el déficit de divisas del sector energético, volvieron a ponernos frente a los límites de la expansión basada centralmente en el consumo. Este escenario de estancamiento económico, administración cambiaria y administración del comercio exterior, volvió a abrir la discusión entre una salida conservadora –más en línea con las demandas del gran empresariado y el sector financiero- y otra reformista, lo que se plasmó en una ruptura del peronismo bonaerense, que trajo aparejadas las derrotas de 2013, 2015 y 2017.

La brutalidad del experimento macrista –que tuvo al sector financiero, al agrario y al minero como sus únicos beneficiarios- permitió que ese heteróclito conjunto de actores que se habían dispersado a partir de 2011 volviera a coincidir –con diferentes grados de tensión- en el espacio que conducen Alberto Fernández y Cristina. Claro que las demandas que se cobijan bajo el sello del *Frente de Todos* no solo son diversas, sino que en muchos casos son contradictorias entre sí y hasta incompatibles.

Pero, como escribió el columnista económico del Grupo Clarín –muy cercano a la UIA- Marcelo Bonelli, tras la visita de Alberto Fernández a esa central empresarial:

*“Los ‘caciques’ industriales están tan desilusionados con Mauricio Macri, que buscan un lugar donde cobijarse. Adrián Kaufmann Brea dijo en la UIA: ‘En su larga existencia, Arcor sólo tuvo tres balances negativos. En el 2001, 2018 y 2019’”*².

Se entiende de este modo que, a priori, la unidad del peronismo era una cuestión beneficiosa no sólo para el pueblo trabajador que destina

la casi totalidad de sus ingresos a comprar alimentos y pagar las tarifas (dolarizadas) de los servicios públicos. Se entiende también que el 11 de diciembre –sino antes- comenzará una disputa hacia el interior del espacio por el rumbo a tomar, lo que, básicamente, implica discutir sobre quiénes recaerán los costos de esta verdadera pesada herencia que deja el gobierno de *Cambemos*.

La situación internacional

Este es otro de los prismas desde los cuales vale la pena enfocar al peronismo. Juan Domingo Perón entendía que la política es, en primer término, la política exterior. Sin necesidad de caer en lecturas deterministas, que prioricen las variables exógenas asignándole un valor nulo a los fenómenos locales, podríamos decir que el peronismo habilita también la posibilidad de ser pensado y leído “desde afuera hacia adentro”, es decir, a través del modo en que los diversos gobiernos peronistas adaptaron –o no- la Argentina al clima que imperaba a nivel mundial y con qué margen de autonomía lo hicieron.

Si, como suele decirse, siempre que retornó al manejo del Estado, el peronismo lo hizo mostrando una faceta distinta a la anterior, esto no tiene tanto que ver con la supuesta indefinición ideológica que le atribuyen sus detractores, sino con los diversos márgenes de maniobra que posibilitó en cada oportunidad el escenario político externo en que debió desenvolverse. Es verdad entonces que siempre que retornó, el peronismo fue diferente. Pero no es menos cierto que en cada regreso, el mundo lejos estaba de ser el que había definido a la experiencia anterior. Y el mundo actual no es el de 2003.

Así, la primera década justicialista (1946-1955) estuvo signada por configuración de la bipolaridad a nivel planetario, la consolidación de los Estados de bienestar en Occidente y los nacionalismos populares

(en muchos casos conducidos por sectores del Ejército) del tercer mundo. Esto le permitió a Perón viabilizar al Estado como árbitro legitimado en la puja entre capital y trabajo, garantizar un proceso de ampliación de derechos económicos y ciudadanos sin precedentes y abordar el enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética desde la llamada *tercera posición ideológica*.

Pero esa configuración mundial comenzaría a crujir en 1973, al tiempo que el peronismo retornaba al poder tras 18 años de proscripción. Aquel mismo año, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) dejó de exportar crudo a los países occidentales que habían apoyado a Israel en la guerra de Yom Kipur, lo que se tradujo en la cuadruplicación del precio del barril. En simultáneo, se fundaba la Comisión Trilateral, se consolidaba la llamada *Revolución digital* –que a la postre sería la plataforma desde que el capitalismo occidental relanzaría un ciclo brutal de recomposición de la tasa de ganancia, luego de tres décadas de achicamiento de la misma debido a la imposición de financiar a los Estados benefactores– y el sistema financiero comenzaba a imponerse por sobre el capitalismo fabril/productivo. A partir de lo anterior, el “capitalismo con rostro humano” que había prevalecido desde la posguerra empezaba a desvanecerse, dando paso a una salvaje restauración conservadora que se conoció como *neoliberalismo*.

En ese escenario, la experiencia peronista estaba condenada al fracaso. Sin energía barata y con el bloque capitalista avanzando a paso firme sobre la periferia, el modelo industrial sustentado en la alianza de clases que pretendía reinstaurar Perón fue inviable. El General moriría el 1 de julio de 1974 cuando, como ya dijimos, las disidencias internas desgarraban al movimiento que lo tenía por jefe y dos años más tarde las clases dominantes argentinas –en alianza con los factores de poder occidentales– instaurarían una dictadura feroz que tuvo por objetivo reestructurar de manera regresiva a

la sociedad argentina para siempre.

El mundo bipolar que había nacido junto al primer peronismo y que había comenzado a reconfigurarse en 1973, se desintegraría a partir de 1989, mientras el Partido Justicialista volvía a conducir los destinos del país, esta vez en la figura de Carlos Saúl Menem. Apenas cuatro meses después de su asunción, era derrumbado el Muro de Berlín, y dos años más tarde dejaba de existir la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El mundo, que durante los últimos 74 años había estado signado por la bipolaridad, devino repentinamente unipolar. El dominio estadounidense fue total –especialmente sobre América latina– y el decálogo neoliberal –sintetizado en el llamado *Consenso de Washington*– se impuso en todo el globo. Las promesas de “revolución productiva” y “salariazó” con que Menem había hecho su campaña presidencial quedaron sepultadas. Tras dos años iniciales (1989-1991) de políticas erráticas, el gobierno nacional adoptó finalmente la convertibilidad entre el peso argentino y el dólar y suscribió al pie de la letra la agenda estadounidense para la región. Si en las dos experiencias anteriores el peronismo había navegado con diversos márgenes de autonomía entre los límites que imponía el cuadro internacional, esta vez la sumisión fue absoluta.

Pero el mundo unipolar tampoco sería eterno. Apenas diez años después de la disolución de la URSS, el atentado contra las Torres Gemelas en el corazón del poder mundial daba lugar a una nueva configuración. En paralelo a este acontecimiento de evidente contenido político y simbólico, comienza a configurarse lo que podríamos denominar un mundo “multipolar”, en el que emergen otros actores con capacidad de dinamizar la demanda global. De este modo, la recomposición de Rusia tras la implosión de la URSS y la emergencia de India y China como consumidores, dan lugar a una modificación enorme de los flujos en el comercio internacional.

En esta etapa crecieron la demanda de productos que son exportados por Suramérica y el precio de los mismos también aumentó. Además, nuestro país encaró un proceso de integración regional sin precedentes –principalmente con Brasil–, lo que constituyó al subcontinente no sólo como un mercado ampliado, sino que ese movimiento se cristalizó en la conformación de nuevos organismos supranacionales, tales como la Unión de Naciones Suramericanas (UNaSur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

En ese escenario, los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández consolidaron un proyecto de autonomía nacional e independencia económica, que tuvo entre sus hitos la reestructuración de la deuda defaultada (con una quita sobre el capital adeudado de 66%), la cancelación de la deuda con el Fondo Monetario Internacional (FMI), el uso de las reservas internacionales para pagar la deuda restante y la aplicación de retenciones al agro para cancelar compromisos en dólares, lo que habilitaba que una importante porción del presupuesto se destinara a sostener un Estado atento a las necesidades y problemas de las mayorías.

A partir de este repaso, la pregunta que debemos hacernos es: ¿a qué mundo vuelve el peronismo en 2019? A grandes rasgos, se trata de un panorama que poco y nada tiene que ver con aquel de 2003. Antes bien, lo que caracteriza al escenario actual es la llamada “guerra comercial” entre los Estados Unidos y China. Donald Trump le exige a la Reserva Federal que recorte la tasa de interés que remunera a los fondos federales, para evitar un riesgo de recesión dinamizando la actividad económica; el comercio internacional se retrae; la Unión Europea continúa estancada; y China se repliega sobre su mercado interno.

Se trata, en síntesis, de un mundo proteccionista, que no aconseja ningún tipo de experimento de apertura comercial y financiera indiscriminada como el que intentó el

macrismo, sino más bien lo contrario. “Cuidar el trabajo argentino”, como insiste Alberto Fernández.

El hecho a tener en cuenta es que en ese cuadro en el que las exportaciones no despegan y las inversiones no aparecen, la Argentina se encuentra altamente endeudada y al borde del default. Y esto nos coloca ante el otro gran eje al momento de entrever el peronismo que se avecina.

Unidos o endeudados

Si entre 1983 y 2001, ganara quien ganara las elecciones, la sensación imperante era que el único programa económico posible eran el ajuste y la austeridad, esto se debió a que –aun cuando los mandatarios lo hubiesen deseado– los altos niveles de endeudamiento del Estado argentino impedían que el mismo contara con el margen de maniobra suficiente para implementar una política independiente de la voluntad de los acreedores.

Fueron las políticas de desendeudamiento implementadas por el kirchnerismo las que permitieron restituir al Estado como asignador de recursos, lo que dio lugar a la conformación de un período en el que el gobierno nacional pudo tomar –bien o mal– las decisiones que consideró adecuadas, sin ningún tipo de tutelaje externo. Las nacionalizaciones del sistema previsional y de Aerolíneas Argentinas, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, el programa *Fútbol Para Todos*, la Asignación Universal por Hijo, la moratoria previsional, la estatización del 51% del paquete accionario de YPF, la reforma de la Carta Orgánica del Banco Central y los programas Conectar Igualdad, ProCreAr o ProgREsAr, por citar algunos pocos ejemplos, fueron posible gracias a la decisión política de desendeudar al Estado y dotarlo de márgenes de autonomía inéditos desde la recuperación de la democracia. Un Estado desendeudado es un Estado plausible de servir a los intereses de

las mayorías populares y – lo más importante– de no subordinarse a los intereses de las minorías.

Esto fue cabalmente comprendido por la alianza social que respaldó a Mauricio Macri, quien acabó con esta herramienta en muy poco tiempo. En apenas cuatro años, el Estado argentino tomó una pantagruélica masa de deuda en dólares, que entre el pago a los llamado “fondos buitres”, lo colocado en “los mercados” y el préstamo del FMI, totaliza una cifra cercana a los 180 mil millones. Lógicamente, se trata de una suma imposible de afrontar en las actuales condiciones. Por lo tanto, la posibilidad de regresar al Estado maniatado garante del ajuste que signó a la democracia argentina entre 1983 y 2003 está latente.

Se entiende entonces que el modo en que se decida –o se logre– reestructurar la deuda sea de vital importancia para definir el margen de maniobra con que contará el próximo gobierno. De esto dependerá la disponibilidad de divisas del que dispondrá³ para relanzar un proyecto económico que vuelva a erigir al trabajo y a la producción como las variables centrales. La contracara son las reformas laboral, previsional y tributaria que seguramente exigirá el FMI a cambio de ablandar el cronograma de pagos inicialmente pactado con el gobierno de Macri.

El peronismo es un humanismo

La doctrina peronista ubica en el centro de la acción política al ser humano⁴, al que apuesta a organizar bajo la forma de un pueblo (dejando así de ser una masa inorgánica). En ese sentido, la prioridad es siempre el bienestar de los argentinos y de las argentinas, relegando a un segundo plano el supuesto “debe ser” que proponen diversas teorías de la organización económica y social⁵. Perón lo explicaba de la siguiente manera, polemizando con los economistas liberales:

“Si ese señor produce diez, y yo le digo que produzca un poco más me dice que no puede, porque se sale del punto óptimo. Yo le contesto: ‘Vea que aquí la población tiene que comer veinte y usted solamente produce diez’. De acuerdo con la teoría económica, él dice: ‘¡Que revienten! Que coman diez, aunque estén a media ración’ (...) ‘Nosotros, los justicialistas, decimos que para que ese fenómeno no se produzca hay que buscar una solución. ¿Cuál puede ser? Aumentar la producción, aunque se salga del punto óptimo. El estómago no tiene puntos óptimos, sino un punto de saturación. El consumo no debe estar sometido a la producción’”⁶

Contra esta lógica, el macrismo propuso una ingeniería social centrada en el manejo de paquetes de información desde los cuales definir la voluntad de los ciudadanos. La “segmentación” y la “Big data” se erigieron en los dispositivos a partir de los que el oficialismo pretendió hurgar en lo profundo de los deseos, expectativas y prioridades del electorado, con la intención de aunar esas voluntades al programa económico de las elites. Si la solución que proponía Perón ante el hambre era producir más, la de Macri, Peña y Durán Barba fue forjar una nueva subjetividad dispuesta a relegar el bienestar inmediato a relegar el bienestar inmediato en pos de la prosperidad futura. Una gubernamentalidad⁷ basada en el desarrollo de algoritmos, en la que el ser humano ya no es la fuente de sentido ni una conciencia demandante, sino el producto de un cruce de datos.

Ahora bien, el fracaso electoral de la alianza Juntos por el Cambio no significa que estas nuevas subjetividades que el macrismo quiso producir e interpelar no existan. En efecto, la producción de una ciudadanía de corte liberal, preocupada en primer término por su situación personal y con menor apego a las cuestiones comunitarias es un fenómeno que excede ampliamente a nuestro país.

Desde la década de 1970 a esta parte, diversos autores han estudiado

el modo en que la configuración del capitalismo post-industrial o post-salarial dio paso a la aparición este nuevo tipo de subjetividad fragmentaria, alejada de la previsibilidad y la certidumbre que marcaban los espacios biográficos en la modernidad clásica y bajo el Estado de bienestar. Este (ya no tan) nuevo sujeto está definido por nociones tales como la de *riesgo*, *miedo* e *incertidumbre*.

A la luz de los hechos, la apuesta del oficialismo fue infructuosa y se impusieron las demandas clásicas del electorado argentino: empleo, situación económica y bienestar material inmediato. Sin embargo, esto no debe hacernos perder de vista que, contra la angustia, la incertidumbre y el miedo que se han enseñoreado de gran parte de nuestra sociedad⁶, la respuesta del peronismo debe ser la restitución de ciertas certezas y seguridades básicas. Del modo en que lo haga, dependerá también el futuro de la unidad alcanzada.

La Argentina grande

A la luz de todo lo dicho, podemos extraer algunas conclusiones sobre el proceso de unidad y su posible devenir.

En primer término, el peronismo vuelve al gobierno en un mundo para nada sencillo. La inserción regional se advierte por demás compleja cuando el presidente de nuestro principal socio comercial, Jair Bolsonaro, se ha pronunciado públicamente contra la figura de Alberto Fernández; Ecuador y Chile se encuentran bajo estado de excepción, conmovidos por masivas movilizaciones populares; Venezuela atraviesa una crisis interna prolongada —a la que debemos añadir ahora un desembozado ataque norteamericano—; y los procesos electorales de Bolivia y Uruguay generan aparecen como inciertos. Por otra parte, la guerra comercial entre las dos principales

potencias económicas del mundo tiende a recrudecer, lo que deriva en un intento de mayor control de los Estados Unidos sobre América del Sur, sin excluir a la Argentina de ese plan. Lejos de aquel continente de paz, democracia e integración político-económica que supimos ser hasta no hace mucho, hoy experimentamos gobiernos ilegítimos, proto invasiones imperialistas y subordinación a la agenda del Departamento de Estado.

Por otra parte, el altísimo nivel de endeudamiento en dólares que padece nuestro país representa un evidente corsé al momento de pensar en reimplantar al Estado en el centro de la escena como diseñador de las reglas de juego y asignador de recursos. Del modo en que se encare la reestructuración de esa deuda, dependerá el margen de acción con que contará el próximo gobierno al momento de diseñar las políticas públicas durante los próximos años.

Se trata de dos cuestiones que deben considerarse especialmente ya que, como vimos, la unidad del peronismo ha sido históricamente aceptada por la disponibilidad de dólares y un escenario global favorable, pero se ha empastado cuando no se contó con estos dos factores.

Sin embargo, esto no debe hacernos caer en visiones pesimistas. Por el contrario, cada vez que el país estuvo al borde de su disolución, el peronismo ha demostrado ser capaz de aglutinar en torno a su liderazgo un amplio y variado “frente nacional”, en el que distintos actores a priori inasimilables confluyeron en un proyecto común.

Actualmente, la posibilidad de la unidad está dada por el hecho de que el macrismo deja a la Argentina al borde de la catástrofe y, a izquierda y derecha del espectro político, y en distintos deciles del campo social, son muchos los sectores que entienden que es necesario reconstruir un espacio que sea capaz de evitar la caída en el abismo.

Cristina leyó perfectamente ese escenario y, en línea con esa

apreciación, jugó la carta de Alberto Fernández. Ante la evidencia de que una parte importante de la supraestructura justicialista, un sector del movimiento obrero y una parte más importante aún de eso que se ha bautizado como “círculo rojo” no aceptaban su conducción, la ex presidenta ofreció la figura de Alberto con la intención de tender puentes con todos esos sectores, con la seguridad de que el gran desafío no era ganar las elecciones, sino gobernar a partir del diez de diciembre.

Claro que una vez en el Estado, comenzará la disputa acerca del rumbo a tomar, y será tarea de los sectores populares, plebeyos y democráticos de la alianza dar las batallas necesarias para garantizar el camino que redima a las mayorías. Por el momento, el discurso enarbolado por la candidata a vicepresidenta ha mostrado su coherencia en este sentido, al plantear cuestiones tales como la necesidad de investigar dónde está la deuda contraída por el macrismo y quiénes se beneficiaron a través de ese mecanismo perverso, hundiendo a millones en la miseria; destacando que la desregulación cambiaría ha habilitado el ciclo de endeudamiento y fuga; que el Estado tiene por función ayudar a los más débiles frente a los poderosos; que en la Argentina no es tolerable el hambre o que habrá que discutir los márgenes de ganancia excesivos en determinados sectores de la economía.

Entonces, una vez en el gobierno, se darán las discusiones necesarias para definir el sendero. En este momento, la prioridad es garantizar el armado del frente nacional que nos coloque en el camino deseado y que le devuelva a la ciudadanía las certidumbres elementales sobre su devenir.

Retomando el verso de Gelman, podemos decir que, si no es para quedarnos en casa que hacemos una casa y no es para quedarnos en el amor que amamos, tampoco es para proclamar el peronismo que somos peronistas. Lo somos porque entendemos que se trata de la mejor

forma de construir una sociedad justa, un país libre y un pueblo feliz. La unidad del campo popular es una de las herramientas fundamentales a tal fin y será tarea tanto de la dirigencia como de la militancia consolidarla y fortalecerla.

1. Pueden consultarse todas las estadísticas electorales aquí: <https://www.argentina.gob.ar/interior/dine/resultadosyestadisticas>

2. https://www.clarin.com/opinion/teorema-baglini-macri-derrocha-anuncios-alberto-f-moderado_0_D6FL9UcI.html

3. Como dijimos anteriormente, este factor es fundamental ya que condiciona la potencialidad del proceso de unidad.

4. Como recordaba Antonio Cafiero, “los conceptos de lo humano, de lo nacional y de lo social son el trípode donde la concepción doctrinaria y filosófica del peronismo” (Cafiero, Antonio. “La identidad del peronismo”, en *Razones para ser peronista*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007)

5. Lógicamente, esto no implica desconocer el manejo de las variables macroeconómicas. Se trata en cambio de ordenarlas en función de los intereses del pueblo y no de los intereses del capital.

6. *Conducción Política*. Secretaría Polí-

tica de la Presidencia de la Nación. Buenos Aires, 1974, página 69.

7. Tomamos este concepto de Michel Foucault, quien lo utiliza para referirse al dispositivo de gobierno –históricamente ligado al liberalismo– que, en palabras de este autor, se cristaliza en “*formas de poder que no ejercen la soberanía ni explotan, pero conducen*”.

8. Cristina Fernández de Kirchner suele decir, al referirse a las consecuencias del gobierno de Macri sobre la sociedad argentina: “Nos han desorganizado la vida”.

POR UNA NUEVA TRANSICIÓN PERONISTA

Carolina Rusca

Vinculada generalmente -aunque no solo- a los procesos de salidas dictatoriales y los intentos de reconstrucción democrática que le siguen, la *transición* es una de las palabras clave de la teoría política contemporánea. Allí entran desde la denominada “justicia transicional” y sus dificultades para juzgar crímenes de lesa humanidad hasta los consensos transicionales (como la Moncloa española); desde el cambio de un modelo económico-político en crisis a otro victorioso electoralmente, hasta el “programa de transición” que las izquierdas retoman de aquel famoso texto de Trotsky para pensar uno de los puntos ciegos de la herencia marxista -lo que presuntamente vendría, o habría que hacer venir, después de la toma del poder de la clase obrera.

En Argentina, esta categoría -y sus derivados- tiene una historia muy relevante, aunque no unánime: no sabemos bien su comienzo (aunque presumimos que es al final de la última dictadura militar, o al comienzo del gobierno alfonsinista) ni tampoco su conclusión (si es que diéramos por cierto que ya ha concluido). Quizás precisamente porque ese *tránsito*, ese umbral,

habla de una bisagra; un “medio” cuyo inicio y final no están dentro de sus acciones o al menos no de manera determinada, una suerte de *entre pasado y futuro* -en términos arendtianos-, donde los impulsos del tiempo ejercen su fuerza contraria hacia cada margen.

Si a la década kirchnerista las acciones y apellidos vinculados a la épica peronista de los setenta -con el nombre de Cámpora como paradigma- le representaron una función importante en su simbología y determinaciones políticas, acaso para el período que se inicia en Argentina desde la victoria electoral de Alberto Fernández, la denominada “transición democrática” y su vínculo con los ochenta representa uno de sus ejes más representativos en este sentido -la reaparición de los nombres de Cafiero y De la Sota, la reivindicación de Saúl Ubaldini (cuya imagen no fue para nada gravitante en la década kirchnerista) el reconocimiento permanente a Alfonsín, cuyo ideario impregnó también al de los dirigentes peronistas de la llamada “renovación”. El peronismo tuvo allí un momento de gran relevancia, inédito en su historia, y -como se

titula un libro de Horacio González sobre esa época- *fuera de sus fuentes*. Atrapada entre la épica de los setenta -donde el peronismo mostró, más allá de sus divisiones, su matriz indudablemente revolucionaria- y el infortunio decadente que vivió en la década menemista -erigida sobre la derrota en la interna de la principal figura peronista durante la transición en los ochenta: Antonio Cafiero-, la renovación no tuvo la suerte reivindicativa que quizás ahora se le abre, habilitándonos, por otra parte, a pensar una noción de transición descentrada de los lugares comunes de la politología argentina (cuyo *boom* conceptual también se inicia en los ochenta), algunos de los cuales hemos mencionado más arriba.

El inicio -como su conclusión- de la transición democrática en Argentina no es unívoco. Suelen rastrearse los primeros textos de esa dimensión en la revista *Controversia*, del grupo de exiliados argentinos en México, que alojaba en sus páginas a intelectuales tanto del peronismo (como Nicolás Casullo y Adriana Puiggrós) como de las izquierdas (Héctor Schmucler y Portantiero). En esa revista, cuyo primer número aparece en 1979, se asumía la derrota militar de las

organizaciones políticas armadas en los '70, así como el eco de esa derrota en el campo político y, por tanto, la imperante necesidad de pensar nuevos programas y otras categorías para el trayecto político-social argentino que vendría (derechos humanos, democracia, sociedad civil).

Acaso la obra de Copi, *Eva Perón*, estrenada en 1970 en Francia, con un actor (Facundo Bo) haciendo de una Evita a los gritos contra su madre, contra su enfermera, contra Perón y padeciendo sus últimos días por el cáncer, haya sido *premonitoriamente* un texto -aunque al inicio: la obra se estrena el 2 de marzo, tres meses antes del *aramburazo*- que marcaba el final de la fuerza revolucionaria del peronismo: era el desentendimiento total entre Eva y Perón, la falta de fuerzas y el horizonte oscuro de una Evita que no era militante, sino aventurera (según las categorías sartreanas con las que la pensó Sebrelí), pero en cuya astucia quedaban realizadas las fantasías plebeyas: dar un fajo de billetes a los humillados de siempre en una villa, subirse con su traje *presidencial* odiado por las oligarquías locales a un auto caro e irse mostrando el culo por el vidrio, con cuentas en el exterior que le oculta a su madre. La obra de Copi radicalizaba al máximo la figura de Evita arremetiendo contra una moralina que compartían la izquierda y los sectores dominantes, que afirmaba el hecho de que los sectores populares -y a quienes estos han elegido para representarlos- tienen vedado el goce material, sobre todo si es considerado "lujoso". La condena a sus vestidos y sus collares fue replicada luego en las carteras de Cristina, o la "mansión" de Milagro Sala y su osadía de comerse un pancho en Punta del Este. Este reproche es acentuado hacia las mujeres y su obligación moral de ser más invisibles, "sobrias", como dirigentes, pero también en el presidente indígena Evo Morales, exponiendo en los medios del mundo el interior de su casa y la calidad de sus muebles como un hecho inadmisibles, mientras se perpetra el golpe de Estado a su gobierno.

Si el citado texto de Copi representa, anticipadamente, el ocaso del peronismo de los setenta (o al menos su imposibilidad inicial), el primer texto de la transición se escribe -antes que los de *Controversia*- en 1975, y es *Evita Vive* de Néstor Perlongher. Escrito ya sobre el desbocamiento del peronismo en los setenta, el barroco de Perlongher intenta abrir (como lo intentó con éxito *Controversia* en sus anticipatorios y sesudos análisis en el exilio mexicano) nuevas incisiones a la lengua. La Evita de Copi se despidió en su lecho de muerte, y en la transición que Perlongher abre, Evita reaparece. Evita *transiciona*: "*Los peronistas usaron la consigna 'Evita vive', con diferentes aditamentos: 'Evita vive en las manifestaciones populares', 'Evita vive en las villas', 'Evita vive en cada hotel organizado' (slogan del Movimiento de Inquilinos Peronistas)*", escribe Perlongher en el texto que acompaña al relato en tríptico *Evita Vive*. Estos textos juegan en torno a la literalidad de esa consigna, haciendo aparecer a Evita "viviendo" situaciones conflictivas y marginales. En 1989 -año que algunos definen como el fin de la transición, con procesos políticos de efervescencia como el levantamiento de La Tablada y los alzamientos carapintadas un año antes y un año después- se publica por primera vez en Argentina *Evita vive* en la revista *El Porteño*, lo que derivó en la reacción de un grupo de concejales porteños del PJ exigiendo que se censurara la revista. Humores de época, seguramente, pero no es común ese tipo de sucesos sobre obras de arte que lejos estaban de ser abiertamente antiperonistas como es el caso de estas dos. Les sucede a ambas Evitas, de Copi y Perlongher, en momentos y de maneras distintas, porque producían una *transición* transgresora al interior del peronismo. Esa transgresión, esa apropiación provocadora y resignificante reverbera hoy en obras gráficas como la Evita masturbándose del libro de Miguel Rep *Evita. Nacida para molestar* - libro cuya presentación en un bar de Buenos Aires, mientras escribíamos estas líneas, fue asediado con pintadas que decían "Con Evita no se jode" o reclamando "mazorca"

para su autor-, el dibujo de Daniel Santoro de su *Libros de apuntes: 1990-2014*, donde Evita está franeleándose con Victoria Ocampo, o la imagen de Evita chapando apasionadamente con Cristina Fernández flameando en banderas de muchas organizaciones peronistas de la diversidad y el feminismo. Esta disputa efectivamente sigue manifestándose no solo en actos de "repudio" que buscan "desagrar" una idea de Evita *en transición*, sino también en discusiones más amplias, como el intento de algunos sectores, quizás como respuesta ante la masiva apropiación de vastos sectores del feminismo de la figura de Evita, por santificarla -volverla beata, sagrada, pseudo virginal, supra humana, despolitizando así la osadía revolucionaria de su accionar social y político, y reinterpretar el mismo bajo el amparo de los milagros, mediados por el Espíritu Santo. Esa disputa por el nombre, por su propia vida, por las banderas que levantó y que levantaría Evita, es la contienda por los modos en que transicionan -atravesaban, se redefinen, sobreviven- los nombres en la historia.

Los textos -transicionales- de Copi y Perlongher exponían la contradicción contra la moral conservadora también al interior del propio movimiento. Tanto a Copi como a Perlongher, les sucedió que líneas internas del peronismo atentaron contra la aparición de sus textos. Mientras la obra *Eva Perón* estaba siendo representada en el Teatro l'Épée de Bois en 1970, apareció una pintada de protesta con la leyenda "*Vive le Justicialisme*". La obra tiene un éxito rotundo y sufre un atentado donde incendian el teatro en plena representación, sin dejar heridos, pero sí grandes daños materiales y la continuidad de la obra en cartelera con custodia policial permanente. El diario francés *Le Figaro* define a la pieza como "pesadilla carnavalesca y mascarada macabra"; el diario *Crónica* de este lado del mundo titula con espanto "Inaudito: un actor hará de Eva Perón" con la volanta "Autor irrespetuoso en un Teatro de París".

Pensar *otra* transición que, por lo tanto, también tenga que llevar

en sí otro concepto de transición, otras ideas sobre lo transicional, una transición *otra*, puede hacerse, sin embargo, de manera organizada y, si se quiere, *orgánica*. Esa otra transición, disputa al mismo tiempo contra un orden que excluye, y que en tanto que es excluyente y marginador, ya no puede tener lugar en el movimiento más grande de la historia por la justicia social y la igualdad, e interpela a los sujetos políticos a *transicionar* hacia formas realmente plurales de identidades, cuerpos, géneros, deseos, lenguajes, de subjetivación política individual y colectiva.

Si para la teoría política -y para gran parte de la politología argentina-, la transición es un concepto clave, también es cierto que el modo en que viene siendo tratado se encuentra ya domesticado, sedado, improductivo: busca pensar “consensos”, dar “previsibilidad”, garantías de estabilidad en su versión económico-financiera, sienta su análisis en una cuasi obsesión con el “orden” -toda transición *debe ser* “ordenada”. Resulta más productivo, sugerente, y acorde a los

tiempos que buscamos vivir, tomar la idea de *transición* también en su otra matriz (nacida y desarrollada en los activismos LGTTTBIQ+): la de la transgresión y la ruptura de imaginarios conservadores que obturan la posibilidad incluso del propio peronismo de continuar empujando los límites de las conquistas de derechos. No para separar esta *transición* de una lectura de los procesos políticos argentinos posdictatoriales, como si fuesen dos nociones en mundos distintos, sino precisamente para mostrar su operatividad y superación de la concepción usual en ese terreno.

La foto de Lohana Berkins -el proyecto de Ley de Inclusión laboral formal trans y travesti presentado en la Cámara de Diputadxs, aún pendiente de aprobación, lleva su nombre- con la imagen de la Evita de Santoro detrás, en el edificio de Desarrollo Social, es uno de los símbolos más importante de la transición que enuncia Perlongher, y acaso su punto de llegada. Evita transiciona, la historia de los pueblos transiciona. Igualmente transiciona el peronismo -en cuyo origen están

también el voto femenino y la ley de divorcio-, que supo alojar y con el tiempo abrazar como bandera la transición evitista que vieron Copi y Perlongher, que en los gobiernos de Cristina Fernández sancionó las leyes de matrimonio igualitario, de identidad de género, de producción humana asistida, entre otras tantas, permitiéndonos *transicionar* hacia formas realmente plurales del derecho a vivir nuestras vidas y nuestros cuerpos de manera libre e igualitaria y formar las familias que deseamos. Transiciona también el peronismo cuyos diputadxs y senadorxs, a pesar de las presiones eclesiásticas, fueron mayoría (y a pesar de sus líneas internas) en el intento de sancionar la legalización del aborto en 2018. Y los feminismos transicionan, trasladándose desde sus lugares teóricos y hegemónicos de clase media alta, heterocis y caucásica, a nuevas formas populares y colectivas de militancia y, *sobre todo*, de dirigencia y conducción política, pluriidentitarias, antiimperialistas, antirracistas, articuladoras de las conquistas de derechos pendientes.

EL PACTO SOCIAL ES CON NOSOTRAS

Laura Sotelo

La constitución del objeto es sospechosa: un pedazo de árbol repleto en su interior de unos signos que se asemejan a un ejército de hormigas negras. Las hormigas negras caminando sobre el árbol constituyen una clave secreta capaz de transmitir informaciones que ninguna otra especie que no sea la humana puede comprender y ni siquiera sospechar de su existencia

Enrique Symns

La imagen-tiempo de una superficie puede aparecer detenida como “esperando a Godot”. Sin embargo, nada está quieto, el movimiento y la actividad es incesante. Todo se

mueve donde la vida habita. Hasta lo imperceptible, se mueve. *Eppur si muove* fue el grito cuando se creía que la tierra era el centro quieto e inmutable.

En lo no apreciado ni pronunciado, en las capilaridades, en los pliegues, en las fugas que estallan límites y fronteras, asoma lo insurrecto desbordando la arqueología de un tipo de poder y su cimiento que hace aparecer por normal los privilegios y los dominios que devienen de tenerlos. Subyace mientras irradia como las luces de un cruel en el cartel, la lógica voraz de la mercancía que nos parió (o nos expulsó), su hipnosis, en la reminiscencia al metal

que es precioso no en sí mismo sino por el sentido asignado, a-preciado. Las palabras y las cosas en evidente implicancia y distinción de lo que nos hace humanidad. Nombrar, representar, valorar, intercambiar. Esa lógica de la voracidad, indica poseer y sobre la propiedad la posibilidad de imponer las reglas, el principio de arbitrariedad con el que designamos y asignamos lo que la mercancía vale para su constitución y en relación a lo que puede intercambiar, conservar y acumular. En oposición, en distinción, frente a lo otro, la mercancía se erige desigual también en el punto cuantificable de lo que se puede obtener. Quienes tuvieron, quienes tienen, quienes asignan valor

(en masculino), “los dueños”, a su vez, regularon, regulan la existencia.

Según un informe de *El Global Wealth Report de Crédit Suisse* difundido recientemente, el 45% de la riqueza mundial está en manos del 1% más rico. El 1 % son dueños de la riqueza mundial. Y en los últimos años ese 1% más rico aumentó su riqueza casi en un 20 % y lxs trabajadorxs sólo un 2 % de sus ingresos. Sobre esa desigualdad, otra desigualdad: en Latinoamérica, el 55 % de las mujeres (todas trabajadoras) no tienen ingresos propios.

A estas cifras de la exclusión y la no distribución, llamamos desigualdad estructural, y, en estas desigualdades estructurales del privilegio normado y normalizado, se inscribe la tarea de pensar el rol del movimiento obrero y el feminismo, sus intersecciones, interzonas generacionales, la historia de ese movimiento obrero que a las trabajadoras no nos cuenta.

En la modernidad se pusieron los nombres que hoy nos rigen, se organizó el modo de producir y reproducir las mercancías. Fueron estructuradas las instituciones de las democracias y sus leyes, el trabajo asalariado, y, entre el trabajo y el capital, la regulación necesaria para el “cumplimiento” de los derechos humanos, la realización y el sentido de estarse en la tierra, mientras, los ingresos de las mayorías (trabajadorxs) son garantizados al mismo tiempo que la riqueza de una nación crece y se acumula (supongamos).

Es el paradigma de un momento histórico, los sentidos y significados, lo que se revolucionó entonces al compás de los modos de producción. A partir de entendernos como producto social, en el pasaje del feudalismo al capitalismo y el surgimiento de las sociedades industriales, emerge, la trama sospechosa de la constitución del objeto haciendo otra trama. También las formas jurídicas y la verdad de una época, por ende, las subjetividades amasadas en ese mismo seno de producción de saberes, roles y funciones. En la declaración de los derechos del hombre y en esa “ley del pueblo”, lo sospechoso del signo

es lo que no designa pero condiciona. Ahí, en el pacto social fundante de nuestras sociedades modernas, una gran ausencia, como decía Evita en *La Razón de mi vida*.

En torno al trabajo como ordenador de la vida social, como satisfacción de necesidades básicas, de nuestros deseos y proyecciones, pero también como modo de acumular la riqueza sobre la base de la explotación de nuestra fuerza de trabajo (mercancía que importa), hay el pacto y la presencia de lo que no se nombra, el colonialismo y la acumulación primaria sobre la división sexual del trabajo configurando la base silenciada y el hábito incuestionado del privilegio y el saqueo de los cuerpos feminizados haciendo girar saqueo del conjunto... Lo privado y lo público, las tareas de la producción y la reproducción, en infranqueable frontera entre los géneros que estructuran la organización social.

Y, aquí, el meollo de la desigualdad, lo que no varía aún en el reconocimiento de una verdadera revolución normativa en materia de nosotras y de la legislación a lo largo del siglo XX y más aceleradamente a principio de este siglo.

Este núcleo duro de la desigualdad tampoco varía automáticamente si no se piensa en políticas públicas vinculadas al trabajo y al cuidado como una dimensión del mismo desde la perspectiva de género. Es claro que a mayor justicia social y mayor distribución, la participación en el mercado desagregado por género se modifica (brechas laborales de género). Pero es necesario insistir, no automáticamente. En el período kirchnerista la brecha se redujo 11 puntos producto del avance del feminismo y al calor del crecimiento del salario real y de la creación de empleo y su formalización. En el 2004 la brecha laboral de género era del 33% y al término del mandato de Cristina Fernández de Kirchner, la brecha se había reducido al 22 %. En los dos primeros años de macrismo esa brecha escaló al 27 %. Esto implica que necesariamente la justicia social trae mayores niveles de igualdad de género. Sin embargo, se observa que

durante casi una década y media la brecha se mantiene (enorme) entre un 20 % y 30% de desigualdad aun pasando por un período de gran generación empleo (6.000.000 de puestos de trabajo)

Es la no distribución igualitaria de las tareas de la reproducción, ante la falta de un sistema integral de cuidados que involucre familias, Estado y comunidad, lo que en gran medida compone esos indicadores, recortando y reduciendo nuestras vidas.

A partir de esta división sexual y de las tareas atribuidas históricamente a las mujeres, pero no reconocidas ni valorizadas, se explota nuestra fuerza en el soporte de lo que no se ve ni se cuestiona porque, justificado en la naturaleza, se erige como verdad dada e inmutable. Pero además, cual si fuera natural que no estemos, se nos borra de la participación en el ocio, en lo social, en la vida política y ciudadana. La base que permite el funcionamiento del sistema capitalista es a su vez la columna vertebral del patriarcado: borrarlos, quitarnos la posibilidad de decidir, sacarnos de nuestro tiempo, de nuestro cuerpo, del deseo y hasta de la vida misma, estableciendo una serie compleja de significancias y disvalores sobre lo femenino y la supremacía de lo masculino en articulación con otras variables de la desigualdad como lo son el origen, la raza, la etnia, la clase. La intersección entre capitalismo y patriarcado es la clave que estructura las formas de ser y hacer en la sociedad.

En el extremo cuando hablamos de patriarcado que nos borra y de su violencia, está el femicidio, el travesticidio y el transfemicidio. Sin embargo, todos los días sucede la desigualdad estructural que lo sostiene y produce esa violencia: un 27 o 30 % de brecha salarial, dos puntos más de desocupación, el rostro feminizado de la precarización; que las mujeres sin hijxs arranquen participando del mercado laboral en un 55,9 % mientras que los varones en un 74,3 % pero que a partir de tres hijxs las mujeres descienden a un 37 % de participación y los varones

ascienden a 83,6%, y que las personas travestis o trans ni siquiera puedan ser un número de los datos laborales.

Fácilmente puede concluirse, cuando se observan estos datos, que la desigualdad de género no sólo tiene a los trabajos que hacemos unos y otras como motor del sistema económico, y eso es claramente una cuestión sindical, sino que además la división sexual del trabajo produce y reproduce pobreza (del conjunto) con lo cual también debiera ser una cuestión de Estado.

Cualquier política, cualquier país que pretenda un desarrollo económico sustentable no puede pensarse sin la perspectiva de género.

En consecuencia, es necesario indagar siempre sobre la trama que constituye la acumulación de la riqueza y la producción y reproducción de desigualdad para el mundo pero que nos tiene a nosotras, invisibles, inoportunas, expropiadas de nuestra fuerza y tiempo, en su alimento primero. Es necesario sospechar lo invisible y sus silencios para deconstruir la historia y habilitar así un camino donde lo normal no sea la concentración de la riqueza que es de todxs.

Es la vida lo que está en juego y la pregunta por el rol del sindicalismo vuelve una y otra vez a resignificarse no sólo en su capacidad de defensa del trabajo, del salario y de su incidencia en la puja distributiva, sino también en su posibilidad de ser motor de modelos políticos de emancipación de los pueblos. Estas resignificaciones, tanto de la capacidad como de la posibilidad, no son un acto involuntario, pero sí una potencialidad, y exigen osadía y responsabilidad si reconocemos que en esta fase del capitalismo el trabajo es un bien escaso y el mundo trágicamente exhibe que hay países que van a trabajar y otros que no, y que esos otros que no, están destinados a soltar cadáveres en las costas del dominio al modo colonial.

En la historia de lxs trabajadorxs de la Argentina, puede leerse persistentemente esta pregunta

al respecto de cómo ser motor de emancipación de los pueblos, y, sobre todo, con gran y maravilloso protagonismo del movimiento obrero en los mismísimos pliegues de nuestra historia. Allí la cuestión de la libertad sindical y la construcción de hegemonía en el apoyo a los gobiernos populares muchas veces entra en tensión. Puede verse un cierto linaje autonomista del movimiento de lxs trabajadorxs argentinxs marcado e intersectado en sus pasos iniciales por el anarquismo y por un marco conceptual no exactamente correspondido con la matriz productiva y su modo laboral en nuestra región. Al mismo tiempo, este autonomismo del pre peronismo donde resuena la frase “ni de los gobiernos ni de los patrones” también silencia, oculta e incompleta su alianza o solidaridad de clase con las trabajadoras. En los primeros murmullos de nuestra historia oficial como movimiento sindical también hay acción y omisión que calla el cimiento de la desigualdad que es la desigualdad de género.

La base fundacional de nuestras organizaciones sindicales tiene ese silencio de todos los tiempos, hay la alianza entre capitalismo y patriarcado. Cuestionar esa alianza - que omite decir “ni de los maridos” cuando levanta la consigna “ni de los gobiernos, ni de los patrones”- permite inscribir en el lenguaje que crea mundo (sus modos de representar y hacer las estructuras sociales) otro urgente relato con nosotras.

Y no es que no hayamos estado. Siempre estuvimos pero de manera diferencial e invisibilizadas. A primera evocación, Virginia Bolten, María Roldan, Marina Vilte, Mary Sánchez, Marta Maffei, Estela Maldonado, Alicia Castro, surgen cada vez y siempre que la historia no contada se cuenta y revelan al fin que no es posible ninguna historia del trabajo sin al menos dar cuenta de esta histórica omisión.

Todo sistema de dominio tiene su apoyatura en la construcción de sentidos que aunque aparezcan como comunes no son tales en tanto y en cuanto se producen desde el

dominio y sin nosotras. Otra vez, la sospecha sobre la constitución del objeto. Pero el sentido común no necesita preguntarse ni por su sentido ni por su producción o proceso de objetivación. Y así, es habitual enfrentar frases como que las compañeras no queremos ocupar los cargos a la hora de representar o que no hay compañeras preparadas. Casi todos los días suenan estas frases aún en momentos de nuestra masividad y habiendo hecho una verdadera revolución en las calles, en los vínculos, en los modos deseantes, en el marco normativo que no fue magia y que al fin nos nombra, porque nos nombramos juntas, organizadas, haciendo política y disputando poder.

Tan cruelmente aprendidas y repetidas esas frases en lo más real de nuestro cotidiano que no se puede dejar de advertir. El fraseo es dispositivo, es parte de la maquinaria que nos deja afuera, sin siquiera preguntarse cómo es posible que hayamos naturalizado que nosotras estemos afuera. Y cuando nuestra visibilización en cuerpo colectivo comienza a ser parte plantada, redefiniendo las formas y las estructuras para que no nos ahoguen ni se ahoguen las mismísimas estructuras, lo que se naturaliza es que, en lugar de encontrar la permeabilidad sensible con esas nuevas formas inscriptas en la politicidad femenina, aparezcamos como amenaza de un centro de poder. Poder concentrado. El aparato y los recursos que no nos pertenecen, las decisiones de las que no somos parte, la negociación colectiva que no habitamos, los convenios colectivos que no nos nombran, la palabra que se nos borra en un mecanismo aún más complejo porque suele ser en nuestro nombre que se nos calla y se nos “ofrece” obediencia. Y ahí no es simplemente el enunciado lo que vale, la foto con el cupo o la paridad expuesta, sino que realmente se programe la inclusión de nosotras con nosotras. No como amenaza o pérdida de poder, sino todo lo contrario. Es abrir el poder, y abrir el poder es crecer la organización para todxs. La amenaza es a lo obsoleto que no representa y a la posesión de un centro que nos excluye. Son las capas de la arqueología del poder constituido en

el ejercicio de lo masculino lo que crepita y se desmorona. Pero no es en contra de un nombre propio lo que sucede. No es pérdida ni castración. Lo que acontece en ese crujir de las estructuras es un descentramiento para la democratización y así ampliar y potenciar nuestras herramientas.

Ahora bien, una obviedad. El sindicalismo no está fuera del mundo. El sindicalismo es lo que representa del mundo, está conformado en el mundo. Es parte de la hechura compleja, no a modo de espejo, sí a modo sistémico, a modo de maquinaria y de engranajes que en el ejercicio de la representación y en consecuencia y en simultáneo es parte de un modo de la relación laboral (situado) y de poder que de esa relación con el trabajo se desprende. Y si se coincide en que en torno al trabajo, nuestras biografías se hilvanan; que el trabajo nos pone en relación, nos dimensiona eslabones, cada cual en la necesidad de la realización que no es, que no puede ser sin el otro, la otra, el otro; en definitiva, que la vida social se organiza en torno al trabajo, a los trabajos, entonces, debiéramos reconocer, para así tender a labrar la justicia social, que las identidades y las relaciones desiguales entre los géneros también se juegan y se construyen en el pivote de lo laboral.

Siempre en devenir los modos de hacer y ser, la rueda gira; y en el cruce entre el género (en cuestión) y los trabajos, aparece la configuración política, económica y social de la riqueza concentrada o de su posibilidad de distribución.

En la falta, en el modo y en los tipos de los trabajos, en el trabajo “sin valor” que sostiene el trabajo pago formal, en el precario y en la desocupación siempre más para los cuerpos feminizados; en el acceso y sostenibilidad, en la jerarquización del salario según el género y tarea asignada, en su distribución y regulación, lo que está en disputa son modelos políticos, económicos y cada una de nuestras vidas.

A través de la distinta posición frente al trabajo, se consolida la desigualdad de género. La orquesta cultural,

política, histórica y social de lo que tenemos que ser y hacer según el sexo biológico con el que nacemos, aún en el siglo y en la tierra del feminismo popular, apuntala, pone el velo, legítima, disciplina, y por sobre todas las cosas e instancias, hace pasar por natural el dominio de unos sobre otras, otros.

Así, no redundo, escribir una vez más, lo que pasa por natural y se perpetúa es la injusta distribución de la riqueza y la exclusión. Nos “acostumbramos” a la pobreza y su feminización. Y eso es problema de todos, todas, todes. El sindicalismo es una herramienta, fundamental, estratégica. Puede transformar (se) e incidir para que en el pueblo reine el amor y la igualdad o bien puede convertirse en instrumento del mismísimo sistema que perpetúa saqueo para la riqueza en cada vez menos las manos que la concentran.

Si se observa por rubros, surge claro de qué hablamos cuando decimos que hay tipos de trabajos feminizados y masculinizados. Y así, es complejo exigirle paridad a la UOM, porque la realidad es que las mujeres estamos menos en ese rubro. Tampoco acostumbramos a escuchar que los apropiadores del 45% de la riqueza mundial sean dueñas (que las hay las hay, como hay feminismo de derecha, o como hay mujeres que no son feministas o varones que podrían serlo). No es común encontrar mujeres, travestis, trans, lesbianas, no binaries en los directorios de las empresas, y así, otra vez parafraseando a Evita, *“no hemos estado en las grandes gestas sociales, y tal vez por eso los hombres han fracasado en hacer feliz a la humanidad”*. La división sexual del trabajo se reproduce aún en la esfera de la producción, en los roles de lo público. Es decir, realizamos afuera lo que realizamos dentro de las casas como trabajo sin valor. Y en términos de salario, cual predicativo obligatorio, los trabajos que afuera realizamos (y nos carga en infinita jornada laboral) son los menos reconocidos salarialmente. Valemos menos, hagamos lo que hagamos.

Y acá, otra vez, lo que permanece y se anquilosa aún en nuestra permanente

revolución. Es el trabajo y su división sexual como formas de organizar nuestras sociedades modernas lo que subyace y es deuda y agenda ineludible para lo que vendrá.

Hubo y hay el mandato de lo masculino como modo instituido y habitado de hacer el poder en las estructuras donde se definen los destinos del conjunto. Los sindicatos son claramente producto de esas formas históricas. No obstante, fue y es el agenciamiento popular de otro modo de hacer la política con nosotras lo que desde lejos transforma a la política para que la política transforme. Desde “Ni dios, ni marido, ni patrón”, la consigna en la Voz de la Mujer a finales del siglo XIX, pasando por la huelga de las escobas y los primeros feminismos locales, hasta las dos grandes mujeres que aún sin reconocerse en el enunciado feminista expresan los períodos de mayor emancipación y justicia social con igualdad de género en la Argentina, se abrió paso en nuestro país al gran movimiento feminista que hoy sacude y conmueve al sindicalismo y su representación.

En el 2018 a propósito de la discusión en el Congreso de la Nación sobre la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, la marea verde expuso en la superficie y en el ágora ese agenciamiento popular (ejército de hormigas de anteriores olas naciendo nueva ola) y el desplazamiento de todas las formas de lo conocido también para el hacer político. De manera integral y sin vuelta atrás, hoy la sociedad toda sabe que la justicia social no puede ser sin igualdad de género. Lo que era antes un imposible para quienes venimos hace años de la militancia sindical hoy es oxígeno, puerta de entrada para democratizar nuestras organizaciones.

El feminismo sindical es una realidad. Desafiamos el oxímoron de los dos vocablos y de las prácticas separadas que impuso hasta acá la norma enquistada en el laberinto del mandato de la masculinidad y su crueldad. Decimos que es tan real como imperante la necesidad de tejer hegemonía desde ese feminismo sindical y jugar el rol estratégico

capaz, ya no de dominar, sino de crear y recrear (y proteger) la democracia en el hilvanado colectivo del poder.

Son las democracias, sus instituciones y mediaciones, las que implosionan allí donde vemos que sólo se sostienen de forma en los derechos políticos, pero que extinguen su capacidad de garantizar derechos sociales, empezando por el trabajo. Si pudiéramos incorporar como contracara de la alianza entre capitalismo y patriarcado, la alianza entre los feminismos y el sindicalismo, tal vez nos acercaríamos a resolver las tensiones en torno a que lo programático como posible imaginario de futuro sea de emancipación. Superar así la obsoleta dialéctica de la autonomía y más aún salvaguardar el rol fundamental de los sindicatos.

“Si no se produce un impulso feminista también dentro del movimiento obrero, éste estará condenado a quedar entumecido, no puede ser que exista una CGT toda de hombres, con palcos donde sólo ponen dos o tres mujeres para adornar y siguen decidiendo todo ellos”, CFK.

Durante estos cuatro años de resistencia al neoliberalismo, fue el movimiento feminista el que construyó el primer paro general a Macri. Las trabajadoras estuvimos al frente y no nos cansamos de señalar y comprender que estábamos haciendo historia, forjando esa alianza estratégica entre el sindicalismo y el feminismo capaz no sólo de resistir sino de construir y crecer nuestras organizaciones. Estuvimos al frente, con y desde nuestros sindicatos, obviamente no sin tensión y convulsión hacia adentro de nuestras estructuras que se resisten cuando aparecemos nosotras conduciendo, tomando las decisiones de cómo parar, en qué marco de alianzas, desbordando, y escapando al trazo y al control, descentrando, desterritorializando, desapropiando y corriendo los límites del poder. Feminizando el poder.

Y en este punto el uso de los gerundios marca lo simultáneo, lo múltiple, lo capilar enredado.

Además de los resultados, nosotras miramos el proceso, le ponemos el cuerpo al proceso y lo hacemos valer. La lupa es en lo recíproco. Lucimos más si es con la otra, no le tememos a la otra, y sabemos que necesitamos, lejos de ser una acechanza a nuestra identidad como sí lo vive el trazo de las identidades masculinas, es condición de posibilidad. Jaqueamos al silencio que por los siglos nos confinó y hacemos esa otra política con la conciencia de vernos y estarnos. “Podemos” es en plural y la mesa chica se pone en cuestión.

No es casual que hayamos sido las trabajadoras en unidad de todas las centrales incluyendo a las trabajadoras de la economía popular (CGT, CTAs, CTEP, CNCT) las que en el 2018 pudimos frenar una reforma laboral encubierta, enviada al Congreso por Mauricio Macri en nombre de la equidad de género. Y más allá del hecho, el valor agregado, es lo que deviene, ruptura y surgimiento.

Los cambios en el mundo del trabajo, la transformación en el modo de acumular el capital, implican cambios en el cómo, dónde, quiénes, cuántxs y exige una redefinición del trabajo y sus relaciones, de los sindicatos, de las políticas de Estado y de los marcos normativos a nivel local, regional e internacional.

La financiarización de la vida, la deslocalización, la fragmentación, el desempleo y la exclusión, son el signo al que urge atender de esta “nueva” fase de acumulación y concentración de la riqueza. La ruptura del pacto social en torno al trabajo es el drama de la vida humana. Sin embargo y a su vez, en toda ruptura hay el acontecimiento. Nuevas dialécticas, otros sujetos (des sujetadxs) de emancipación irrumpen, acontecen, significan lo sospechoso y silenciado de la trama. La consigna “todas somos trabajadoras” estalla la reminiscencia del brillo ausente en el metal que el disvalor de otros trabajos asignados a los cuerpos feminizados calló. Aparecen las tareas del cuidado como una dimensión del trabajo, sus formas comunitarias y populares en el cuerpo de nosotras. Las trabajadoras del cuidado y de la economía popular

como protagonistas, la valorización del cuidado y una responsabilidad que debe romper el claustro de lo privado, salir de su condición casi esclava, asignarle la significancia económica y social, y por supuesto cuestionar el mandato y más aún democratizar y distribuir igualitariamente las tareas. Se trata ya no de la acumulación de ganancias, sino del sostenimiento de la vida humana. No es valor de cambio, es valor de la vida de la cual todos, todas y todes somos responsables.

Lo interhumano, fundamenta lo humano, no somos una colección de individuos autosuficientes, no existe así la autonomía. Es una peligrosa ficción imaginar que no necesitamos del otrx, desliga de obligaciones y de apego, y peor aún exculpa saqueo y exterminio. Asumirnos en la necesidad del otro, otra, otre, nos hace menos machos y más humanxs. Y claro que esa conciencia trae hacerse cargo de la fragilidad, de la precariedad del uno, de lo incompleto. Aquello de que nadie se realiza en una sociedad que no se realiza, puede ser el vértigo pero también la maravilla.

La única independencia a realizar es económica en la cosmovisión de la soberanía política y la justicia social para la libertad y la felicidad de los pueblos, lo cual exige no temerle a la necesidad del otrx, asumirnos comunidad organizada, dependientes el unx del otrx; proyectar Patria Grande que es el otrx. El convite del feminismo puede ser sustento ideológico para construir una economía de y para la vida, planeta habitable en y con el otrx y el medio. Éste es el gran aporte de lo que podríamos llamar una politicidad femenina, cual bala al corazón individual del neoliberalismo que es colonial y patriarcal.

Esa politicidad femenina (como la nombra Rita Segato), tiene en el centro nuestro modo de hacer que descentra y desjerarquiza la supremacía del uno. Es el ejercicio comunitario, el tejido de redes, de alianzas. En acto, el saber que nos necesitamos, es el cuidado echado a rodar. El modo que desborda la subjetividad de lo uno y propio, no borrando singularidades

sino potenciando si valemos todxs.

El cuidado, sólo tiene valor de uso, no de cambio, no vale para el mercado, no es incorporado como parte de la producción y sin embargo sostiene el mercado. De ahí, “si nuestras vidas no valen “produzcan sin nosotras”, y el valor agregado en lo simbólico es, precisamente y paradójicamente, que no todo es mercancía o signifiante que vale, que no todas las tareas esenciales y los deseos humanos proceden de una necesidad económica. Y así politizar y humanizar el consumo también es parte de la planificación estratégica que las estructuras e instituciones de la democracia debieran abordar. El cómo de la organización del consumo también está ligado a cómo se organiza el trabajo y los roles de género.

Entonces, nuevamente, la intersección que urge reconocer, aprehender, proyectar como estrategia sensible, ahí donde el capitalismo produce mercancía y produce deseo y subjetividad sujeta, es la del feminismo y el sindicalismo. Cada vez que el capitalismo propone muerte, nosotras proponemos vida.

Cómo crear una infraestructura popular y soberana para la vida viva, nos tiene a nosotras en lo imprescindible de la escena como oportunidad histórica que parece levantarse contra la noche neoliberal en nuestra región.

El sindicalismo de conjunto debe anotar esto. El feminismo sin fueros y delimitación ya es de hecho esa red de subversión y otra invención de los modos de representación. Cadena de lo interhumano que mueve y sostiene al mundo. En la redefinición del trabajo y su futuro, nosotras podemos representar el trabajo formal, la economía popular y el trabajo gratis de aquellas tareas esenciales para la reproducción de la vida y el capital.

La rebelión intrínseca de una ideología integral como puede ser el feminismo es ante las formas de la regulación de la existencia y su opresión. La pregunta que se impone es cómo traducir la irreverencia y la

desobediencia propia del feminismo en una forma política y una opción de poder. Cómo construir hegemonía desde el feminismo. Cómo construir poder para hacer otro el poder y que un día ya no tenga marca de género ni de dominio. Cómo, mientras construimos ese otro poder, buceamos (y sobrevivimos) en las estructuras que nos externalizan, que no definimos, que no nos son propias.

Cómo no salir eyectadas en el ejercicio de nuestra osadía. Cómo si masculinidad y feminidad, son dos polos de adoctrinamiento masivo en los que estamos todxs en inmersión. Nadie se salva y la reproducción del sueño del patriarca está a la orden del día, también en la zona de confort de nuestra propia feminidad. Hay en todo este movimiento una invitación sincera a desaprendernos y a deconstruirnos. Pero mientras la pedagogía se desarrolla, el tiempo del saqueo se multiplica. Mientras diseminamos nuevos modos y recreamos estructuras, mientras el feminismo desborda y desterritorializa jaqueando la posesión y el anclaje del dominio, hay un centro y un territorio que ancla al poder y reacciona.

La pregunta cae en todos los lados de la cancha y sus líneas y más allá de sus jueces. El patriarcado no se va a caer por sí solo. Al patriarcado lo vamos a tirar y para eso, mientras llega el tiempo de asumir la pelea de conjunto, somos nosotras las que tenemos que agudizar y jerarquizar las estrategias conscientes y colectivas. Cómo cuidar lo conquistado. Cómo extendemos desafiando fronteras, límites y representación, de adentro afuera, de afuera hacia adentro de nuestras estructuras políticas, sindicales, sociales. Qué significa que si llega una llegamos todas.

¿A dónde llegamos? ¿Cómo llegamos por fuera de la nominación, la designación y el poder de lo masculino?

Nos importa disputar, otra vez, porque nos importa el proceso. El tránsito, el devenir. Llegar para todo cambiar, suena a nuestros sueños urgentes. Pero llegar si el tablero es dibujado y decidido por la misma arqueología

que nos domina y expulsa, nos entrapa en la vidriera de lo que debe ser, ahora que somos ineludibles (y no es poca cosa).

Subyace en la politicidad femenina una infraestructura por inventar, y por ende desconocida por el conjunto. Poner en cuestión a dónde llegamos y cómo, es la implicancia y lo propio de esa politicidad, porque allí donde nos absorban las lógicas del poder que nos excluye, es cuando la potencia y la oportunidad histórica de nuevas formas de emancipación pueden ponerse en riesgo, ponernos en riesgo.

Y claramente hay riesgos. Y hay crisis porque lo que está en cuestión es más que un orden y su mecánica que perpetúa la opresión. Son las mismísimas subjetividades las que tiemblan. Sus lugares y la ficción de poseer para ser. Las identidades fijas, fijadas el uno sobre la otra. Salir del predicativo tal vez sea la utopía que nos permita caminar. Porque es violento tener que ser los géneros y la violencia que su constitución desigual habilita.

Ampliar, democratizar. Abrimos a la incertidumbre para crear mundo sin que nadie sea más. Tan simple como eso, tan complejo como eso... Asumir y animarnos a lo polifónico, a la búsqueda, al proceso, al invento y crecimiento de otras representaciones para que quepamos todxs. Resignificar urgente que lo personal es político para dar el batacazo al paradigma que sostiene individualidades, saqueando al conjunto. Desocultar la trama de ese espacio sin nombre y sin bordes. En tránsito, migrantes, negras, indígenas, mujeres, lesbianas, travestis, no binaries, trans.

Y ahora que la oleada de los pueblos de la Patria Grande se conjuga con una nueva ola feminista, volver es volver nombrando. Volver mejores, volver más feministas, y que el pacto social sea con nosotras, con el feminismo sindical.

FEMINISMO Y SINDICALISMO EN LA ARGENTINA. ELEMENTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA MIRADA HISTÓRICA

Florencia Gómez

En la actualidad, la relación entre feminismo y sindicalismo abre interrogantes al interior de las mismas organizaciones sindicales, de los partidos políticos y de los movimientos sociales. Hay posicionamientos que sostienen que el sindicalismo comenzó a incorporar ciertos aspectos que se orientan hacia la perspectiva de género a partir de las transformaciones políticas y sociales que se producen ante la irrupción de la marea feminista con origen en los Encuentros Nacionales de Mujeres, que crece a partir del 3 de junio de 2015 con el Ni Una Menos y que despliega su potencia desde el primer Paro Nacional de Mujeres del 16 de octubre de 2016. Además, la intensidad del movimiento lo habría constituido en una de las expresiones culturales, sociales y políticas que enfrentó a un gobierno de obscuro corte neoliberal, más allá de los guiños oportunistas por parte del mismo gobierno que se pusieron de manifiesto durante el tratamiento parlamentario de la ley a favor del aborto seguro, legal y gratuito.

Por otro lado, existen posicionamientos que sostienen que las transformaciones que empiezan a vislumbrarse al interior de las organizaciones sindicales en relación a la inclusión de la perspectiva de género o de ciertas prácticas que desafían a la cultura patriarcal hablan de un proceso que data de largo tiempo atrás y que en todo caso es producto de diversas luchas silenciosas que atraviesan entramados históricos que podrían remontarse a los mismos orígenes del sindicalismo en la Argentina.

Particularmente, creo que ocurren ambas cosas ya que por un lado la potencia que desplegaron diferentes vertientes feministas durante estos últimos años en la Argentina constituyeron un acontecimiento de alta politicidad que se irradia a toda la sociedad generando importantes transformaciones subjetivas que no pueden ser desconocidas por las

organizaciones sindicales más allá del grado de machismo que las atraviese. Pero además creo que el sindicalismo en nuestro país si bien se sostiene como una estructura pesada con una temporalidad homogénea también se construye en el diálogo con diferentes tradiciones que conforman entramados históricos donde se producen condensaciones que desafían ciertas lógicas de un Estado liberal, patriarcal y racista que delineó las relaciones de subordinación y sometimiento a las que hemos estado sujetas las mujeres desde los orígenes de la Nación.

Asimismo, entendemos que el modelo sindical argentino desde ya hace tiempo es atacado por el neoliberalismo, sobre todo a través de los medios de comunicación masivos que orientan sus críticas con el fin de instalar la necesidad de la reforma laboral que ansían los poderes concentrados. Este ataque a un modelo sindical, además, invisibiliza la creciente participación de las mujeres y la construcción de nuevas subjetividades que comienzan a tener lugar en los ámbitos sindicales. Para la mirada neoliberal, las mujeres y las disidencias no deben ser parte de este mundo sobre todo si lo que está en juego es la construcción de poder popular.

Para pensar entonces la relación de las mujeres con el sindicalismo debemos remontarnos a los orígenes de una incipiente clase obrera en la Argentina hacia mediados y fines del siglo XIX, momento en que se termina de delinear un modelo de Estado liberal, capitalista y patriarcal. La conformación de los Estados Nacionales en América Latina va a estar marcada en principio por la conquista, por la violencia, y por la imposición forzada de una forma de interculturalidad.¹ Se funda en un proceso que permite generar una transición desde el orden del mundo colonial hacia el orden nacional capitalista que va a mantener la construcción de subjetividades colonizadas tratando sobre todo de

evitar la disgregación territorial y definiendo fronteras necesarias para la constitución de un territorio nacional que permita un ordenamiento jurídico.

En el caso argentino podemos marcar como especificidad, respecto a lo que ocurrió en otros países de América, que se produjo una importante centralización en la ciudad de Buenos Aires que tenía como eje la actividad que se producía en su puerto. Este se constituyó en un factor fundamental para el comercio exterior y generó una total dependencia de las provincias del interior tanto para comerciar sus productos como para abastecerse en sus mercados internos. En torno a la idea de Progreso las elites dominantes consolidaron y dieron forma a las instituciones del Estado Nacional que se construyeron en función de las necesidades de un modelo de acumulación agroexportador de carácter extractivo a la medida de las necesidades de las naciones imperialistas, particularmente de Gran Bretaña, que tenían total decisión e implicancia sobre las políticas e intervenciones que el gobierno argentino aplicaría sobre nuestro territorio nacional.

Una de las grandes intervenciones que promovió el Estado Nacional bajo el régimen oligárquico fue el impulso al proceso migratorio. Hacia fines del siglo XIX nuestras elites dominantes necesitaban regularizar el sistema productivo y económico del mercado interno para satisfacer al mercado internacional, por lo que hacía falta más mano de obra para producir mercancías que se trasladarían hacia el puerto de Buenos Aires donde se encontraba la aduana y de ahí a los diferentes lugares del mundo. Esta economía de exportación se profundiza a mediados y fines del siglo XIX cuando se produce la “pacificación del territorio nacional” y se da por concluida con la llamada “conquista del desierto”, uno de los mayores genocidios de población originaria. A partir de ahí

serán anexadas las provincias del sur, entonces destinadas a la explotación latifundista, configurando así un territorio nacional a la medida del poder oligárquico y de los intereses del imperialismo.

Este proceso colonizador se sostiene sobre una distribución desigual de poder entre mujeres y hombres, y sobre el ocultamiento del trabajo no pagado a las mujeres sostenido a partir de la idea de la inferioridad natural. Lo cual “ha permitido al capitalismo ampliar inmensamente «la parte no pagada del día de trabajo», y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino... los trabajadores varones han sido frecuentemente cómplices de este proceso, ya que han tratado de mantener su poder con respecto al capital por medio de la devaluación y el disciplinamiento de las mujeres, los niños y las poblaciones colonizadas por la clase capitalista.”², quedando invisibilizado el trabajo “femenino” a través de este mecanismo sólidamente entrelazado en la economía patriarcal y capitalista que se funda sobre la negación del mismo como trabajo.

Las condiciones de las mujeres trabajadoras en la conformación de los estados modernos capitalistas fueron de esclavitud. Silvia Federici llama a esto el “patriarcado del salario” o la “esclavitud del salario”: “Si es cierto que, bajo el nuevo régimen de trabajo asalariado, los trabajadores varones comenzaron a ser libres solo en un sentido formal, el grupo de trabajadores que, en la transición al capitalismo, más se acercaron a la condición de esclavos fueron las mujeres trabajadoras.”³

Podemos encontrar registros de las condiciones laborales y sociales que debían enfrentar las mujeres a principios del siglo XX en el informe de Biale Massé, *El estado de las clases obreras en el interior de la Argentina*. Este informe constituye una pieza fundamental para la legislación moderna y un antecedente fundamental para el derecho laboral en la Argentina. Dice Biale refiriéndose al trabajo en la fábrica de calzado de los hermanos Fraga en la provincia de Córdoba “Los talleres dejan mucho que desear como amplitud, ventilación y aspecto; el de mujeres está situado en la parte alta de

la fábrica y tiene piso de madera... Las máquinas están demasiado próximas las unas a las otras. Se notan bien los defectos de la permanencia de las posiciones y de la continuidad de los ejercicios exclusivos deformantes. A las 4 p.m., me decía una costurera aparadora: las caderas y los muslos duelen y el espinazo en la parte superior, cuando dejo el trabajo ya no puedo más, me sería imposible continuar una hora más; la vista se me nubla, y ya ni veo el hilo ni la costura. Las que trabajan paradas no tienen tampoco tiempo de sentarse un rato; y por la tarde el talón y los músculos tensores del pie y de la pierna sufren agujetas; como trabajan sobre mostradores, inclinan el cuerpo en una posición encorvada y les duele el espinazo junto a la nuca; el pecho se deforma y se hunde. Los desórdenes menstruales son la regla general...”⁴

En el mismo contexto que describe Biale Massé en sus informes surgen dirigentes sindicales como Virginia Bolten que se pronunciaron contra el estado capitalista y patriarcal que explotaba de manera descomunal a las mujeres. Esta dirigente anarcocomunista sobre la cual se construyó el relato quizás mítico que dice que fue una de las principales oradoras en el primer acto por el 1 de mayo de 1890 en la ciudad de Rosario, fue quien llevó adelante una de las primeras publicaciones feministas, *La voz de la mujer*. Aquel periódico no sólo exigía el derecho a mejores condiciones de trabajo y de salario para las mujeres sino que desde sus páginas se proclamaba además una consigna revolucionaria para la época: “Ni Dios, ni patrón, ni marido”. Recordemos que hacia fines del siglo XIX el sometimiento a familia, en tanto institución moderna tal como se configura bajo el modo de acumulación capitalista, hace de la mujer un sujeto desprovisto de derechos y bajo relación de tutelaje. Si bien en la jurisprudencia argentina la mujer es reconocida en el código civil de 1871, la mujer casada -sin embargo- seguía siendo considerada persona incapaz, por lo cual debía ser tutelada por su marido.

Unas décadas más tarde, en un contexto que no había cambiado demasiado en cuanto a las condiciones de trabajo para las mujeres, surge la dirigente sindical

María Roldán. Esta trabajadora del rubro de la carne cuenta en una de las entrevistas que le realizara Daniel James en *Doña María, historia de vida, memoria e identidad política* que había entrado a trabajar en el frigorífico Swift en 1944 cuando se casa con su marido y se mudan a Berisso. “Era trabajo duro. Muchas se cortaron, yo me corté acá y la marca me quedó para toda la vida... Comenzábamos a las seis de la mañana, salíamos a las doce, entrábamos a la una, salíamos a las siete, a las ocho. Del mediodía, entrábamos a la una, una hora para comer, ir a casa, no alcanzaba para nada, muchas se quedaban a comer en los boliches de por ahí, un sándwich y una Coca Cola, y otra vez adentro, pero una que quería ver a los hijos venía de una escapadita. Y después volver a la una, hasta las siete, seis y media, ocho, de acuerdo a los animales que se habían matado. Porque todos los días no era igual, no era una cosa fija. Había un límite, que había que llegar a por lo menos 90, 100 por hora... Mientras una estaba trabajando no había posibilidad de hablar con las compañeras. Lo más que podíamos decir, cuando veíamos que ellos se retiraban un poco, que se iban afuera a fumar un cigarrillo, era: ¿A qué hora saldremos hoy?; ‘hoy hay mucho trabajo, vamos a salir tarde’, pero despacito, nunca hablar cuando andaban ellos ahí rondando porque era como estar en una iglesia, en una misa, una esclavitud tremenda, la verdad de las cosas. Para tomar el mate cocido teníamos veinte minutos... nos llevábamos en una bolsita una galletita, un pedazo de pan y lo comíamos con el mate cocido para tener algo en el estómago hasta las ocho”⁵

El primer peronismo constituye un hito en la historia del Estado argentino ya que comienza a descolonizar las lógicas propias del Estado oligárquico liberal ampliando derechos sociales y políticos hacia los sectores subalternizados por un poder colonial y capitalista, siendo las mujeres de la clase trabajadora quienes en términos relativos van a experimentar la mayor transformación tanto en sus subjetividades como en la adquisición de derechos políticos, sociales y culturales. Con el peronismo la política deja de ser patrimonio exclusivo de las representaciones partidarias y pasa a ser una actividad de

las diversas organizaciones sociales. La presencia de la política en la sociedad civil es un componente necesario para el sostenimiento de las relaciones de fuerza que promueven la construcción de un proyecto popular sustentado en la participación y en la creación de nuevas formas de Estado. Durante el primer peronismo se produce la inclusión de muchas mujeres que formaban parte de la población migrante excluida a la masa asalariada que haría crecer las filas de las organizaciones sindicales. A partir de la promulgación de la Ley de asociaciones profesionales de 1945 se va a delinear un modelo sindical que en muchos aspectos va a perdurar hasta la actualidad. Fundamentalmente podemos rescatar de esta intervención del Estado en la relación capital - trabajo la creación de los convenios colectivos de trabajo.

María Roldán además de ser una trabajadora del frigorífico Swift fue una dirigente sindical que el 17 de octubre condujo a las trabajadoras y trabajadores de Berisso hacia la Plaza de Mayo para pedir la liberación de Perón. Entre el dolor y la alegría, María llegó a Plaza que rebalsaba de gente. Esa noche ella fue la mujer que se subió al palco y habló ante miles de trabajadoras y trabajadores en un clima de tensión donde como ella dice todo podía pasar. Fue la expresión, encarnada en una trabajadora, de un pueblo que estaba dislocando la Historia de un Estado colonial y comenzando a tejer múltiples memorias que de ahí en más disputarían el sentido de los hechos."Cuando yo hablé dijo Edelmiro Farrell, el presidente de facto: ¿quien es usted señora?, 'Yo soy una mujer que corto carne con una cuchilla así, más grande que yo, del frigorífico Swift'. Pero ¿Quién es? 'Me llamo María Roldán'"⁶. Acto seguido, Farrell la saludó y dijo que se tranquilizaran que Perón estaba en camino.

Dice Daniel James en su libro que cuando doña María hablaba de su trabajo en el frigorífico se refería a ese "monstruo", ese "infierno negro" que "chupa" a la gente sean mujeres u hombres y que dejaba traslucir en su relato que era un lugar donde no hubiera elegido estar. El sufrimiento de María asociado al trabajo en el frigorífico adquiere otro sentido, se

transforma en otra cosa cuando habla del sindicato. "El papel de éste no consiste simplemente en mitigar las condiciones laborales en general; en términos más específicos, se lo ve de manera implícita como un medio de mejorar la posición vulnerable de las mujeres en las plantas y de limitar el poder y la autoridad de los hombres sobre ellas."⁷

El peronismo constituye un momento fundacional donde se ponen en discusión las lógicas del Estado oligárquico y patriarcal desde los sectores populares. La emergencia de nuevas formas de organización y solidaridad de los sectores populares desbordan el formato de los partidos políticos tradicionales constituyendo un movimiento popular. A partir de la conformación del movimiento aparecen mixturados nuevos comportamientos junto a la "persistencia de identidades sociales que ligan al presente con varios siglos de memorias culturales"⁸. Esta intromisión de los intereses populares en las estructuras del Estado se vio expresada en la Constitución de 1949 que reconociera la igualdad jurídica del hombre y de la mujer, además de incorporar los derechos de la niñez y la ancianidad; así como otros derechos fundamentales: a una vivienda digna, a la salud, a la seguridad social, a una retribución justa, a condiciones dignas de trabajo, etc. Podemos decir siguiendo a García Linera que si pensamos al Estado como la materialización de una correlación de fuerzas, el primer Peronismo produce un proceso de descolonización del Estado. Ya que desde la sociedad se fue construyendo un proceso a través de las organizaciones sociales ya sea barriales, sindicales, etc. que logró penetrar el amazón del Estado oligárquico.

Estas transformaciones sociales y políticas que se producen con el peronismo no sólo significaron la ampliación de derechos para las mujeres sino que transformaron la sociedad en un sentido profundamente político en términos de igualdad y de clase, transformaciones que a través de la historia fueron resistidas y tensionadas por la oligarquía y más tarde por el neoliberalismo en un permanente ataque a esta matriz

popular e igualitaria. Si bien las mujeres conquistaron las transformaciones que introdujo el peronismo tendiendo a achicar las desigualdades políticas y sociales que se agudizaban por el género, no cambiaron las estructuras machistas que no sólo habitan los espacios sindicales, que continúan siendo mayoritariamente masculinizados, sino a la sociedad argentina en su conjunto. A lo largo de la historia de los sindicatos en la Argentina sólo una mujer Susana Rueda ha llegado a ocupar bajo la forma de un triunvirato la secretaria general de la CGT entre los años 2004 y 2005. Asimismo, muy pocas mujeres han conducido o conducen sindicatos incluso en aquellos sectores donde el porcentaje de afiliadas tiene un peso importante en términos numéricos.

Podemos pensar que el proceso que inició el peronismo se vio truncado por la penetración del neoliberalismo en nuestra sociedad a partir del golpe cívico militar del 76. El terrorismo de Estado destruirá o por lo menos disgregará la organización popular, la participación comunitaria y los vínculos de solidaridad transformando el tejido social y provocando un reflujo del poder popular que se pronunciara contra las lógicas patriarcales del Estado colonizado. El neoliberalismo como modelo económico, político y social entra en su primera crisis importante en diciembre del 2001. Las protagonistas de este acontecimiento en gran parte fueron organizaciones sociales y políticas donde las mujeres volvieron a cobrar protagonismo. La feminización de la pobreza dio cuenta de la expulsión de las mujeres del mercado de trabajo. Este procedimiento del neoliberalismo intentó volver a invisibilizar el trabajo de la mujer como en los períodos pre-peronistas. Sin embargo, la experiencia organizativa dio lugar a la conformación de movimientos de desocupadas y desocupados, organizaciones piqueteras, cooperativas, fábricas recuperadas que les dieron cierta visibilidad y les permitieron conformar una economía de subsistencia. En el campo popular surgieron numerosas trabajadoras que encontraron en la economía popular una salida al desempleo,

Con la llegada del kirchnerismo al

gobierno la reactivación del mundo de trabajo volvió a incluir a muchas mujeres en el sector asalariado. Esto se vió reflejado en el crecimiento de las afiliaciones sindicales. Asimismo, la reapertura de convenios colectivos de trabajo o la creación de convenios colectivos, como ocurriera en la administración pública nacional que recién en el 2006 adquiere su convenio colectivo general y en 2008 su primer convenio colectivo sectorial para la administración pública centralizada, implicaron un importante avance en los derechos de los trabajadores y fundamentalmente de las trabajadoras que sin este marco normativo se encontraban más sujetas a sufrir la brecha salarial, el acoso y la violencia laboral, la discriminación, etc. Las reminiscencias al primer peronismo y la vuelta a una matriz igualitaria y popular se ven expresadas en las políticas llevadas adelante por este gobierno. “El Estado volvió a ocupar campos de la vida social desde una perspectiva reparatoria definiendo una nueva dinámica social caracterizada por el reconocimiento de las demandas populares y la recuperación de derechos.”⁹ Esto se expresó en la creación de leyes como el matrimonio igualitario, la identidad de género, la jubilación para las amas de casa, etc. que configuraron un horizonte democratizador que años más tarde abrevaría al avance de la marea feminista hacia la recuperación de las vertientes de la matriz popular igualitaria en sus luchas contra las estructuras patriarcales. La potencia feminista desplegó transformaciones culturales, políticas y sociales lo cual tuvo su contracara en el aumento de violencia patriarcal hacia las mujeres y las disidencias. Por eso la época que viene con la caída del macrismo debe promover en el plano discursivo una idea de Estado donde primen las ideas de democratización integral y soberanía nacional, promoviendo intervenciones sociales que estén orientadas a revertir el poder concentrado del privilegio, intentando desarmar imaginarios colonizados y promoviendo una justicia distributiva en beneficio de los sectores más postergados para lo cual será imprescindible profundizar políticas públicas con perspectiva de género y que luchen contra la violencia patriarcal, contra la precarización

laboral y contra el desempleo que se profundizó particularmente en las mujeres y en las disidencias. Es importante retomar el proceso irradiado por la marea verde que seguramente será una de las claves para achicar las desigualdades sociales y políticas que el gobierno actual profundizó durante estos últimos años. Para ello es necesario redefinir el mundo del trabajo visibilizando y poniendo en valor el trabajo de las mujeres y de las disidencias asalariadas, el de las trabajadoras de la economía popular, el de las que llevan adelante tareas de cuidado, etc.

Respecto al ámbito sindical si bien la representación femenina crece en los espacios intermedios como los consejos directivos, las secretarías, las subsecretarías, etc., esta representación debe rebasar las secretarías que históricamente ocupan las mujeres como ser las de género, igualdad de oportunidades y de trato, etc. Las sindicalistas deben dejar de tratar exclusivamente sobre temas de género y participar más activamente de los ámbitos de toma de decisiones¹⁰. La nueva etapa abierta por el feminismo y por la recuperación de un gobierno de corte popular plantea un importante desafío para el sindicalismo que desde adentro y desde afuera es interpelado por la militancia feminista. Asimismo desde el feminismo se debe reivindicar no sólo la unidad de las mujeres y de las disidencias sino que se debe fortalecer a los sindicatos y a las centrales sindicales en un contexto donde el neoliberalismo busca avasallar los derechos de las trabajadoras y los trabajadores. Este desafío implica dar lugar a una representación sindical acorde a la conformación de la clase trabajadora actual. Resulta necesario que las organizaciones sindicales incorporen la perspectiva de género para cambiar la cultura machista y patriarcal. De esta manera enfrentaremos al neoliberalismo promoviendo un feminismo popular que construya poder democratizando las estructuras sindicales.

1. Esto sin embargo dió lugar, en países como Bolivia, al surgimiento de formas de resistencia diferentes que más tarde promovieron la recuperación de sociabilidades previas a la conquista. “Desde las primeras guerras contra los conquistadores, pasando por las luchas por la independencia, las diferentes expresiones de resistencia y combatividad de los trabajadores y estudiantes, la búsqueda de una integración violentada por los conquistadores, el colonialismo y las formas que éste desarrolló en el siglo XX y en los inicios de este siglo, generó resistencia y conflictividad, mientras que ese desmantelamiento forzado de la integración social y cultural construyó más y nuevas formas de la cuestión social en nuestro continente.” Carballeda, A. La intervención social desde una perspectiva americana. Algunos aportes de Enrique Dussel y Rodolfo Kusch, Revista Margen N° 70, octubre de 2013., pág. 2.

2. Federici, S., *Calibán y la bruja*, Editorial Traficantes de sueños, Madrid, 2004, pág. 177.

3. Idem, pág.150.

4. Biale Massé, J., *Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas I*, Ministerio de Trabajo de la provincia de Buenos Aires, 1° edición, La Plata, 2010, pág. 262.

5. James, D., *Doña María*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 2000, pág. 55.

6. Idem, pág.69.

7. Idem, pág. 228.

8. Argumedo, A., *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*, Ediciones Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1993, pág.16.

9. Maier, B. y Carballeda, A., *Las políticas sociales y la recuperación de la centralidad del Estado*, Revista Margen N°63, Diciembre de 2011. C.A.B.A., pág. 2.

10. Respecto a la conformación actual de los sindicatos y a las discusiones que los atraviesan en relación a la incorporación de la perspectiva de género resulta muy esclarecedor tanto el prólogo de Ana Natalucci como las historias de vida de mujeres trabajadoras y dirigentes sindicales que analiza Tali Goldman en el libro *La Marea Sindical*, de Editorial Octubre, Buenos Aires, 2008.

LA TRADICIÓN ALARMISTA EN LA ARGENTINA (ACERCA DEL IDIOMA)

Fernando Alfón

El 10 de mayo de 1770, el rey Carlos III promulgó la cédula en la que prohibía el uso de las lenguas indígenas en América, «para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios, y solo se hable el castellano»¹. ¿A qué le temía, el rey? ¿Qué tipo de amenaza representaban las lenguas americanas? Con esa cédula podemos decir que se encendieron, por primera vez, las alarmas en América, en torno a la lengua española.

Justo un siglo más tarde, en 1870, preocupada por el divorcio que se estaba produciendo entre América y España, la Real Academia creó una Comisión de Academias Americanas, con el fin de evitar una segregación idiomática y custodiar la pureza del idioma. Al reseñar esa iniciativa, Puente y Apezchea, entonces secretario de la Comisión, reactualizó las alarmas. España se había resignado a que las repúblicas del otro lado del Atlántico se hayan independizado, pero reclamaba que se le reconozca la maternidad cultural. Luego, como estas repúblicas independizadas ya tenían más trato y comercio con extranjeros que con españoles, la Real Academia estimó que «si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, a bastardearse de manera que no se dé para tan grave daño remedio alguno»². El interés de la Real Academia por reanudar los vínculos «violentemente rotos», tenía un explícito interés geopolítico, pues la recomposición de esos vínculos «va, por fin, a oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona»³.

A partir de las últimas décadas

del siglo XIX, con la gran ola de inmigración ultramarina hacia la Argentina, el temor a una babelización intensificó las alarmas. Ernesto Quesada presentó el idioma nacional como un *problema*, atacó la tesis americanista de Juan María Gutiérrez, advirtió la amenaza del inglés y, ni bien se publicó el *Idioma nacional de los argentinos*, de Lucien Abeille, impugnó la pretensión de decretar que ese idioma ya existía.

A pocos meses de celebrarse el primer centenario de la Revolución, Ricardo Rojas entregó al presidente de la nación, Carlos Pellegrini, un informe sobre la educación argentina, en el que se relevaba el estado reprobable del *idioma nacional*. Creyó que el uso común de voces como *atorrante*, *titear*, *patota*, *indiada*, *madrugador*, *tilingo* informaban sobre el desastre moral de la Argentina, pues «lo que pasa entre nosotros, por influjo de la horda cosmopolita en su mayoría analfabeta, es la deformación de las palabras castizas, el abuso del extranjerismo, estridente, el empleo absurdo de las preposiciones, la introducción de sonidos extraños a la música de nuestra lengua»⁴.

En esos años, Ricardo Monner Sans tramó buena parte de su obra a «lavar con jabón la boca de los niños», como decía uno de los refranes que tanto le gustaba analizar. Me refiero a libros como *Notas al castellano en la Argentina* (1903), *De gramática y de lenguaje* (1915), *Disparates usuales en la conversación diaria* (1923) o *Barbaridades que se nos escapan al hablar* (1924). Monner Sans fue un pionero en la empresa de corregir el habla de los argentinos, y la escuela pública adoptó sus libros para instaurar el español peninsular como norma de estilo. Juan B. Selva, José Cantarell Dart y Rodolfo Ragucci acompañaron la

cruzada de Monner Sans, y también colmaron las bibliotecas escolares de volúmenes preceptistas. Arturo Capdevilla, que también podemos enlistar en esta tradición, concedió tres obras colaborativas para este ejército corrector: *Babel y el castellano* (1928), *Despeñaderos del habla* (1952) y *Consultorio gramatical de urgencia* (1967). Con los énfasis de Capdevilla, quedó claro que el embate principal de los ortólogos fue contra el voseo, que la escuela combatió denodadamente, hasta no hace muchos años.

Avelino Herrero Mayor amerita un párrafo aparte, porque fue el más prolífico y destinó todos sus libros a limpiar de barbarismos el habla de los argentinos. Llevan títulos como *Lengua, diccionario y estilo* (1938), *El idioma de los argentinos y la unidad del castellano* (1942), *Presente y futuro de la lengua española en América* (1943). Leer uno cualquiera es como haberlos leído a todos. Elijamos el que apareció en 1949, en pleno peronismo, bajo el título de *Tradición y unidad del idioma*. Herrero Mayor nos recuerda que *Cristóbal* proviene del nombre latino *Christophorus*, que en griego significa «el que lleva a Cristo», de modo que, con el español, llegó la Cruz y, aferrada a ella, la gramática, bajo el brazo de Nebrija. Desde entonces, Herrero Mayor estima que van juntas, se respetan recíprocamente y el buen parlador debe bregar porque esta unidad no se rompa. Su doctrina, como la de Juan B. Selva, como la del presbítero salesiano Ragucci, es sacramental: procura que unos cuantos preceptos corrijan los pecados del habla, limpien la lengua de todo mal y eviten infecciones al alma.

En este volumen, Herrero Mayor ya no teme a la dialectización de la lengua anunciada, a la sazón, por Rufino Cuervo; la amenaza cambió

de rumbo: «*Salvado de la catástrofe histórica de la “fragmentación”, el castellano de América, como el de la Península, sufre, no obstante [...] el barbarismo que corrompe y falsea lógica y estéticamente el idioma. El extranjerismo es, como veremos, un factor moderno de disolución, capaz por sí solo de llevar la lengua a la dispersión espiritual, que es la peor de las dispersiones*»⁵. En la larga lista de nombres que saludan y ponderan la labor de Herrero Mayor está el plantel general de preceptistas de la época. Se destaca Menéndez Pidal, entonces presidente de la Real Academia Española, cuya declaración resume la posición del grupo y el optimismo que los abriga: «Es de espera que esos artículos, que se leen con gusto por su forma atractiva y que expresan doctrina lingüística bien orientada y bien establecida, contribuyan eficazmente a la gran obra purificadora del lenguaje, que por fortuna está en auge en estos tiempos»⁶.

A esta tradición también se afilió Amado Alonso, al menos en trabajos como «*El problema argentino de la lengua*» (1932), que Américo Castro recogió de manera enfática en *La peculiaridad lingüística rioplatense y sus sentido histórico* (1941). Esa peculiaridad, reposada en la presunción de que *jen los países del Plata, cada cual habla como quiere!*, persuadió a Castro (persuadido por Alonso) para denunciar que en esa región «nos hallamos frente a un constante prurito de rebeldía respecto de cualquier norma o magisterio, con desdén para su valía y su santa eficacia»⁷.

Las alarmas no cesaron ni siquiera con el auge del neoliberalismo de los años '90, donde la enajenación de empresas emblemáticamente nacionales y la abrupta apertura al intercambio comercial se morigeró con proyectos oficiales alertando sobre el peligroso influjo de lenguas extranjeras. Ahí tenemos, entre otros, el proyecto de *Ley de preservación de la lengua castellana*, del entonces secretario de Cultura de la Nación, Jorge Asís

(1994), destinado a la «preservación de la lengua como elemento esencial del patrimonio cultural ante la proliferación de términos extranjeros que la afectan en su identidad»⁸. Las alarmas de Monner Sans sufrieron el embate de Roberto Arlt, así como las de Castro sufrieron el de Borges. Son conocidos. La refutación a las alarmas de Asís, en cambio, fue más extraordinaria y menos difundida. La sugirió Germán Sopena, entonces secretario de redacción de *La Nación*, en oportunidad de enfrentarse con Asís en la televisión, en torno a la polémica desatada por su proyecto. Dado que a Sopena le parecía ridículo, lo asoció al infortunio de sus precursores. Si Asís visitó alguna vez Italia, conjeturó Sopena, habrá notado que al Pato Donald lo llaman *Paolino Paperino*; al Tío Rico, *Paperone de' Paperini*; mientras que a Mickey Mouse lo rebautizaron *Topolino*. Como si esto no hubiera sido suficiente, también le recordó que a Batman (el hombre murciélago) lo llamaban *L'uomo pipistrello*. La explicación de estas adaptaciones había que rastrearla en la vigencia de un proyecto como el de Asís, en la Italia fascista de los años 30, cuando estos personajes comenzaron a exportarse a todo el mundo.

Luego de estas refutaciones, el tema pareció haberse saldado. La tradición alarmista, que había hecho esfuerzos denodados, sin lograr resultados sensibles, ya tenía entre sus refutaciones un *l'uomo pipistrello*. No obstante esto, un retoño del libro de Castro surgió en los albores del siglo XXI. En 2005, el diario *La Nación* y la editorial Sudamericana entregaron el Premio Ensayo a *El país que nos habla*, de la escritora Ivonne Bordelois. La tesis del libro no excede estas líneas: «No es la tradición ni la identidad del español en la Argentina lo que está en causa en estos momentos. Lo que está en causa en todos los rincones del planeta es la sobrevivencia de la palabra humana. [...] Lo que está en causa es la subsistencia de la mera palabra, la que todos los días debe levantarse y lavarse la cara ante las innumerables

toneladas de basura que le arroja la televisión chatarra, la prensa cipaya, la radio obscena, la música ensordecedora, la propaganda letal»⁹. El párrafo se enmarca en la presunción de *amenaza* —voz que ya había inspirado a Bordelois un título como *La palabra amenazada* (2003)— y se afilia a la reflexión sobre la lengua en términos de *indignación*¹⁰. Bordelois trazó una genealogía de intervenciones en torno a la querrela de la lengua en Argentina, y se postuló como heredera de la tradición que va de Sarmiento a Borges, cuando en verdad se acerca más a la que va de Monner Sans a Américo Castro. La siguiente cita, que es de ella, la pudo haber escrito cualquiera de estos últimos dos: «¿Cómo remontar esta terrible inercia, este culpable abandono en el cual hemos dejado derivar nuestro lenguaje por pantanos sofocantes hasta volverlo casi irreconocible? ¿Qué podemos hacer para detener este declive letal, que de tal modo conspira contra nosotros mismos?»¹¹. Ni Sarmiento ni Borges abordaron el problema en términos de amenaza. Recogieron el español de su época y nos devolvieron uno más ágil, sugerente y agudo. No creyeron que estábamos ante un peligro, sino ante una posibilidad; Argentina no se proyectaba como una tierra degradante, sino como una periferia de proyecciones infinitas.

Fue tan inadecuado el planteo de Bordelois, que comprometió la solución que propuso al final del libro: delegar el salvataje del idioma a los poetas y aconsejar al lector encontrar en ellos una defensa redentora. Como ella misma es poeta, además de lingüista, echemos una ojeada a uno de sus poemas, para ver un ejemplo de salvación:

*vienen las velas blancas de la noche
son emisarias de playas adonde
nunca fuimos*

donde no iríamos irías

*en mi memoria el color de tu deseo
como tardes de magnolia fuscata en*

la casa que fuimos
 que fuéramos seríamos
 te vi te vimos no estabas o estuviste
 pero alguna vez supiéramos
 supimos que acaso habrías estado
 estando sin estar y te alejabas
 habiéndote alejado y alejándote
 besándome y habiéndome besado
 como yo te besé y te besaría
 sin haberte besado pero entonces
 habrás llegado llegaste y has
 llegado siempre llegas
 pero también te vas, irías y te has
 ido
 mientras te abrazo, abrazas,
 abrazábamos.

Estos versos, que no se privaron de ninguna «magnolia fuscata», llevan el nombre obvio de «Conjugaciones». ¿Creerá Bordelois que ejemplos como estos nos libran de toda amenaza?

He mencionado el alarmismo en Argentina, no porque sea una tradición local. España tuvo la suya, acaso más vigorosa e intensa. No tema, lector, no lo cansaré detallándosela. Me basta con citar las declaraciones de don Víctor García de la Concha, al presentar *El libro del español correcto*, momento en el que creyó oportuno advertir que «se habla un español zarrapastroso» (*El País*, 4 de diciembre de 2012). Si la declaración quiso ser una alarma, en el Río de la Plata no sobresaltó a nadie, porque no se sabía qué coño quería decir eso de *zarrapastroso*, aunque para respaldar esa tesis pudo haber ofrecido como ejemplo el mismísimo libro que estaba presentando.

La tradición alarmista parece diversa, pero tiene una constante que la simplifica. Primero atacó las lenguas americanas, sospechadas de ensuciar el español; luego, la influencia francesa (por lo que fundó la Real Academia); luego, la

influencia anglosajona (y ahí creó las Academias Correspondientes en América); luego alertó sobre la babelización que traían los inmigrantes; y ahora, en tiempos de García de la Concha, alerta contra los medios de comunicación, la publicidad y el comercio. Para esta tradición, la lengua siempre estuvo, está y estará bajo amenaza. Nunca llega a ver realizado su ideal de pureza, porque basta con que rijan los mecanismos de purificación.

El problema de la lengua, y es esta mi hipótesis, no es un problema de amenaza; o más bien, no es en términos de amenaza que deba pensarse la defensa de nuestra lengua. La corrección misma puede ser, en todo caso, otro factor amenazante, más aún cuando se la esgrime como el valor superior de la comunicación. No hay más mal, en un anacoluto, que un error de cálculo; en una prosa que es solo correcta, en cambio, ya se ha consumado el mayor de los males. Un hablante que, antes de decir un neologismo, un giro coloquial o un cultismo, calla por temor a equivocarse, es un hablante sin *expresión*. El efecto directo de la punición social, ahí, redundó en un silencio.

Se ha investigado mucho la corrupción del español en Argentina, eso que los preceptistas llamaron el *relajamiento social de las normas*; resta investigar los alcances devastadores provocados por la presión normativa. Los mecanismos de punición no han logrado efectos correctivos, pero han producido efectos, sin lugar a duda. Las alarmas no lograron evitar ninguno de los males que denunciaban; nos falta estudiar si ellas mismas no provocaron algún mal. El cinto con que se castigaba la mano izquierda no impidió que alguien se haga diestro; resta describir las heridas en la mano censurada.

1.KONETZKE, RICHARD, *Colección de documentos para la historia de la*

formación social de Hispanoamérica: 1493-1810. Volumen III, Primer tomo (1691-1779). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962, p. 368.

2.PUENTE Y APEZECHEA, FERMÍN DE LA, «Academias americanas correspondientes de la española», en *Memorias de la Academia Española*, Tomo IV. Madrid, Imprenta y Estereotipia de Rivadeneyra, 1873, 1873, p. 277.

3.IBID., 279.

4.ROJAS, RICARDO, *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909, 368.

5.HERRERO MAYOR, AVELINO, *Tradicción y unidad del idioma. El diccionario y otros ensayos*. Buenos Aires, Librería El Ateneo, 1949, p. 29.

6.IBID., 169.

7.CASTRO 1941, 23.

8.ASÍS, J., «Proyecto de ley de preservación de la lengua castellana», en GLOZMAN, Mara y LAURÍA, Daniela (2012) *Voces y ecos. Una antología de los debates sobre la lengua nacional (Argentina, 1900-2000)*. Buenos Aires, Cabiria-Biblioteca Nacional, 1994, p. 155.

9.BORDELOIS, I., *La palabra amenazada*, 2005, p. 10-11.

10.IBID., p. 27.

11.IBID., p. 21.

LAS CAPAS DEL LENGUAJE INCLUSIVO

Mara Glozman

I.

En el presente feminista que habitamos, las palabras y las formas del decir se han vuelto objeto de debate, motivo de discusión y de anhelos; asunto de intervenciones políticas que, en ocasiones, deslizan -más allá o más acá de intenciones y voluntades- hacia un terreno donde la prescripción normativa ancla en configuraciones espontáneas de la moral pequeñoburguesa. La moral de la lengua que opera acá, que resuena transversalmente, tiene poco y nada de espontánea: se fue forjando, desde la década de 1920, a fuerza de discursos e instrumentos estatales destinados a producir una clase media que supiera diferenciarse de la clase obrera también en las formas del decir y en los valores (a)signados a esas formas.

Estamos hoy ante un haz de cuestiones cuya complejidad requiere tiempos y ritmos de estudio, de diálogos, escucha y reflexión colectiva, que -por los regímenes contemporáneos de trabajo y por ciertas urgencias de las demandas sociales- no siempre se despliegan como posibilidad. Pensar aspectos de las relaciones entre lenguaje, feminismos y movimientos de géneros envuelve una modalidad del afecto que no apague la lectura a contrapelo. Esta cuestión, especialmente para quienes solemos trabajar materiales de otras coyunturas, abre un conjunto de problemas que precisarían de una instancia reflexiva sobre el cómo hacer con un archivo (del) presente que nos interpela y nos coloca al mismo tiempo en lugares tensados por puntos de vista diferenciados: habitar la reunión, leer, pensarse, crear lazos y palabra política en común, reinventar prácticas, revisar las afirmaciones

confortables, desconfiar del “efecto Zelig”: la asimilación empática con los imaginarios y los discursos de sí que nos rodean. La proximidad de este proceso entusiasmo y dificulta la enunciación de interrogantes más precisos. Aun con tales dificultades, es preciso insistir en la búsqueda de un tono, de una voz que, surgida de la conjunción, intente hablar acerca de las condiciones que nos cobijan sin perder la pregunta como forma del horizonte.

II.

Pareciera, por momentos, que el presente se percibe a sí mismo como pura novedad, como novedosa irrupción: un instante único en el que se ha puesto foco en las formas lingüísticas desde una mirada que articula política y deseo de transformación, la instancia en la que -finalmente- se han comenzado a develar las capas secretas de la articulación entre lenguaje y poder. Pero el proceso de politización y la relevancia que han adquirido los problemas de lenguaje en los últimos tiempos a propósito de los feminismos y los movimientos de géneros no constituyen una pura novedad. En algún sentido, el momento actual no es más que otro hito en una red policrónica de irrupciones que, vistas en perspectiva, acontecen bajo la forma del retorno, en esa compleja relación dialéctica entre reproducción y transformación que permite comprender algunos aspectos de los lazos -continuidades/dislocamientos- entre acontecimientos temporal y aun geográficamente dispersos. En efecto, la historia enseña que los debates sobre cuestiones lingüísticas aparecen con fuerza cuando hay un orden que cruje

ante movimientos político-culturales transformadores (transformaciones progresistas y/o retrógradas). Los ejemplos son numerosos. Basta con aproximarse a los documentos legales producidos por el poder ejecutivo francés entre 1790 (decreto relativo a las traducciones) y 1794 (informe Barère sobre las lenguas regionales) (véase Schlieben-Lange, 1996) o bien al conjunto heterogéneo de publicaciones producidas en Argentina entre 1952 y 1954 que permiten observar la relevancia que las cuestiones vinculadas a los imaginarios de ‘lengua nacional’ y de ‘lenguaje popular’ adquirieron como elementos del proceso político que movilizó el primer peronismo (véase Glozman, 2015).

Uno de los efectos que el actual proceso de debate público ha generado es la creciente incorporación del lenguaje inclusivo a instancias educativas formales: numerosas instituciones (Universidades, Escuelas, Institutos de Formación Docente, Cursos de Formación en Educación Sexual Integral) han producido en los últimos tiempos o están produciendo charlas, talleres, mesas y paneles, y se está gestando un proceso de institucionalización que incluye reglamentaciones o declaraciones públicas con el fin de dar un marco de legitimidad a las producciones escritas y orales que incorporan sus formas o “modalidades”. Se trata de gestos que, frente a las insistencias retrógradas que desestiman la relevancia del asunto o que combaten la posibilidad de intervenir políticamente en las esferas del lenguaje, marcan una posición en un escenario que actualiza aspectos estructurales y estructurantes de la historia de los debates argentinos sobre la lengua, las academias y la soberanía

nacional. Se plantea un problema, el de la lengua, con una profunda densidad histórica en Argentina: un país que se constituyó sobre la subordinación de las lenguas indígenas primero, de las lenguas de inmigración después y erigiendo como lengua central la lengua de la conquista. La densidad de esta cuestión explica la incomodidad constitutiva con los imaginarios de una lengua que -como señala delicadamente Eni Orlandi (2002) con el concepto de *heterogeneidad lingüística*- es otra y es la misma. Podemos mencionar a modo de ilustración algunas de las poco sutiles formulaciones con las cuales Sarmiento denigraba en 1843 a la Real Academia Española, o algún fragmento de *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, en el cual Alberdi enfatizaba en 1837 que el carácter soberano surgido del proceso de emancipación política también debía expresarse en un abierto rechazo de la injerencia de la academia española y en la soberanía popular en materia lingüística. Parte de las intervenciones que promueven el lenguaje inclusivo en la actualidad se sustenta en enunciados que traen ecos y trazos de aquellas voces del segundo tercio del siglo XIX. También en los discursos que cuestionan la posibilidad de intervención política sobre aspectos lingüísticos rige la ley del anacronismo y del retorno discursivo:

La historia de las lenguas enseña (a quien la conozca un poco) que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni desde la dirección de un movimiento social.

Se habla de la formación nacional del lenguaje, con olvido de que la lengua es un fenómeno social que no puede fomentarse por la intervención del Estado.

La primera frase forma parte de una nota firmada por Beatriz

Sarlo, publicada en el diario *El país* de España el 12 de octubre de 2018; la segunda fue pronunciada por el entonces diputado Emilio Ravignani en el debate parlamentario sobre el Segundo Plan Quinquenal, en diciembre de 1952, en rechazo a la voluntad política del gobierno peronista de crear condiciones para “la configuración nacional de la lengua” y la producción de un diccionario nacional. Dispara las condiciones históricas y las cuestiones sobre las cuales sientan posición, comparten dos aspectos sustanciales: en primer lugar, el rechazo de la posibilidad de una intervención política sobre la lengua que -entre otras cosas- reclama soberanía y cuestiona el régimen de la Real Academia Española; en segundo lugar, el menosprecio epistémico hacia quienes impulsan el gesto político-lingüístico señalado. En ambos escenarios, hablan en nombre de un aparente liberalismo que, no obstante, precisa de figuras autorizadas para defender el orden conservador y deslegitimar los movimientos que lo incomodan.

III.

Siendo parte de una historicidad que las incluye y excede, reclaman su atención y su lugar singular las reflexiones sobre el lenguaje que viene produciendo este presente de feminismos en movimiento, de debates y manifiestos, de discusiones necesarias sobre géneros y sexualidades, de procesos que procuran una cada vez mayor ampliación de derechos sociales e individuales. Hay en estos discursos actuales elementos cuya temporalidad estimamos próxima: la marca -e como expresión del reconocimiento de subjetividades no binarias en materia de géneros. Otros elementos tienen una historicidad de mediana o larga data: más allá de voluntades, conocimientos de archivos o lecturas personales, las voces y las modulaciones sobre la relación lengua/soberanía que

escanden la historia argentina reverberan hoy en intervenciones y reglamentaciones institucionales: no es preciso haber leído *Memoria sobre ortografía americana* o *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* para que aquellos debates fundacionales hagan su juego de palimpsestos también en los discursos del presente.

Pero en los debates actuales se hilvanan, además, trazos de otras procedencias. Al menos desde la década de 1970 se han producido trabajos en/sobre el español que, con el propósito de caracterizar zonas de la lengua en términos de sexismo, retoman un conjunto de ideas lingüísticas asociadas al llamado *relativismo lingüístico*, que supo hacerse un lugar en las esferas académicas estadounidenses desde las décadas de 1930/1940, de la mano de un cierto nacionalismo culturalista cuyos fundamentos se remontan, al menos, al romanticismo decimonónico. Tal conjunto de ideas, vigente el día de hoy en diversas perspectivas de estudios lingüísticos y etnolingüísticos, supone o asevera que las formas de la lengua son causa de modalidades del lazo social, de prácticas culturales socialmente situadas, de “modos de ver el mundo”: para esta matriz, la lengua condiciona las formas culturales que demarcan una comunidad. En algunos casos, se consideran aspectos léxicos, rasgos del vocabulario, como expresión y restricción de aquello que puede ser visto y pensado *en/desde* cierta lengua; en otros casos, se consideran rasgos gramaticales como causa y expresión de dimensiones de la vida social o de las formas específicas de sus prácticas culturales. La organización de los tiempos gramaticales que se expresan en la flexión verbal en cierta lengua o variedad, por ejemplo, daría cuenta de los modos con los cuales los y las hablantes conciben la organización del tiempo como experiencia-en-el-mundo: se piensa o se concibe desde la matriz que cada lengua habilita. Esto es: los términos

con los cuales se caracteriza la especificidad material de la lengua en las distintas dimensiones de su sistema gramatical son leídos -con la naturalidad sintomática del idealismo- como semánticamente equivalentes a las nociones sociales asociadas a tales significantes. De esta manera, el tiempo verbal, que consiste en un principio de organización de un aspecto de la morfología flexiva, es equiparado linealmente -sin considerar la especificidad del sistema en el que se inscribe- al tiempo acontecido y su percepción. Lo mismo puede ocurrir con el género gramatical (por ejemplo, masculino, femenino, neutro): el hecho lingüístico arbitrario de que cierto sustantivo tenga género masculino, femenino o neutro condicionaría la percepción en-el-mundo del objeto al cual refiera. Análogo razonamiento podría hacerse respecto del número (por ejemplo, singular, plural, dual) y la persona gramatical que, en efecto, fue asociada en varios planteos a dimensiones referenciales de la subjetividad: equiparación entre el yo lingüístico, la primera persona del singular, y la persona en-el-mundo. Desde esta perspectiva, las palabras no solo hablan sobre las cosas: les dan color, sustancia, textura, espesor y fundamento.

Esta es, ciertamente, una forma históricamente producida de comprender el funcionamiento de las lenguas. Mucho antes de que el concepto saussureano de *valor* -la lengua no es una nomenclatura sino un principio de organización, una forma y no una sustancia (véase Saab, 2018)- trastocara el hábito común de pensar las palabras o las formas gramaticales como unidades sueltas, por fuera del sistema que las genera, Ernest Renan (1886) formulaba una pregunta que ponía en cuestión tanto el romanticismo decimonónico del que venía como el relativismo lingüístico que aparecería décadas más tarde: “¿No podemos, acaso, tener los mismos sentimientos y los mismos pensamientos, amar las mismas cosas en distintas lenguas?”

La idea del “sexismo lingüístico” o de una “lengua machista” opera justamente sobre la base de alguna versión del relativismo lingüístico (su versión “fuerte” o su versión “débil”), cuyas evidencias se toman como asunciones con el fin de determinar que ciertas formas de la lengua condicionan modos del lazo social vinculadas a las prácticas machistas naturalizadas (véase, por ejemplo, Suardiaz 1973). Supuestos aspectos del vocabulario del español como el par *zorro/zorra* y aspectos gramaticales como el género gramatical y sus formas de concordancia son interpretados, desde esta matriz, como expresión y causa de la reproducción social de la desigualdad entre hombres y mujeres. Hay en ello un síntoma del idealismo que sustenta esta posición: la indistinción entre *significado* lingüístico, esto es, lo que es propio del orden de la lengua, y el carácter material del *sentido* de las palabras y expresiones, que depende de las formaciones discursivas en las que los elementos significantes se imbrican. En todo caso, el carácter patriarcal y/o heteronormativo del sentido de ciertas expresiones está sobredeterminado por los procesos discursivos de los cuales las expresiones participan: retomando la formulación pecheutiana (Pêcheux, 2016), diremos que una misma expresión cambia de sentido al pasar de una formación discursiva a otra. Desde una perspectiva materialista, no hay, entonces, una inmanencia en el sentido de las palabras. Tendríamos que pensar, en todo caso, qué aspectos del orden del (inter)discurso -estructurado por relaciones de antagonismo desigual, alianza, subordinación-sobredeterminan el sentido que adquieren las expresiones en cuestión; cuáles son las condiciones (interdiscursivas) que le otorgan de modo regular un sentido y un funcionamiento específicos. Esta distinción, necesaria, entre lengua y discurso (el machismo no está en una u otra lengua) permite comprender el porqué de la respuesta a la

pregunta casi retórica de Renan: sí, podemos ser machistas y patriarcales en distintas lenguas.

IV.

Intricadas con elementos de esta vertiente romántica del *sociologismo lingüístico* (Gadet y Pêcheux, 1981), gran parte de las formulaciones actuales sobre el lenguaje inclusivo anclan en otras maneras de observar y posicionarse: la circulación de la relectura butleriana sobre el carácter realizativo del lenguaje (Butler, 1998). Esta matriz tiene un efecto significativo en la fundamentación de las demandas y reivindicaciones: *nombrar es hacer existir; llamar es (hacer) silenciar*. Pero la promoción del lenguaje inclusivo y su creciente proceso de institucionalización delimitan solamente un aspecto de la relación constitutiva entre (ciertos) discursos sobre el lenguaje y las políticas de géneros y sexualidades desplegadas por colectivos, agrupaciones, organismos e instituciones. Las reflexiones en torno de las palabras, las formas lingüísticas y los actos del (no) decir adquieren un lugar central y transversal en los textos -orales o escritos, impresos y grafitis- que participan activamente de estos movimientos: el papel del lenguaje desborda la tematización del lenguaje inclusivo o del “sexismo en la lengua”. Como hipótesis, podríamos decir que los feminismos y ciertos planteos fundantes de las teorías de géneros se hacen y se realizan -no solamente, pero en gran medida- con palabras; y la palabra, la reflexión sobre la palabra, tiene allí un lugar sustancial, estructurante. *Lo que no se nombra no existe* y *No nos llamamos más* son dos de las numerosas formulaciones que exponen hasta qué punto es fundamental, en las tramas políticas feministas y de géneros, el papel que ocupa el lenguaje:

Lo fundamental es el

resquebrajamiento de los silencios, la nueva situación en la que lo sucedido no culpabiliza a las víctimas, la decisión de salir de la humillación poniéndole palabra a los hechos. (López, 2019, p. 61).

Sacar del closet a la deuda de cada quien (cada persona, cada hogar, cada familia) significa primero hablar de ella. Narrarla y conceptualizarla para entender cómo funciona. (Cavallero y Gago, 2019, p. 11).

Ser madre, hacerme lesbiana, no ser más mujer, fueron experiencias que me abrieron las emociones. Y necesito reivindicar ahora, dentro de mi escritura, como ya lo vengo haciendo por fuera, la importancia de hablar de nuestras emociones. (Acevedo, 2019, p. 11).

Desde la Teoría Trans Latinoamericana afirmamos que “No queremos más ser esta Humanidad” (Susy Shock), y al decirlo intentamos salirnos del par sistémico: “No soy hombre, no soy mujer, hoy voy siendo travesti”. Este gerundio explica mi *sólo por hoy* pero no lo cierra a crisis y transformación. (Wayar, 2018, p. 25)

Construyendo archivo en tiempo presente vemos que el lenguaje aparece como problemática -haz de elementos- recurrente: recorre textos, enunciados y publicaciones heterogéneos. Notamos, pues, que cuando no se habla de lenguaje inclusivo, cuando el lenguaje no es *el* objeto de observación, es, no obstante, una dimensión central de la reflexión. En particular, el acto de decir, el carácter realizativo del lenguaje, aparece como un factor determinante: una zona relevante del archivo en construcción trae especialmente

elementos que remiten a los tipos de fuerzas que estructuran los actos ilocucionarios: *narrar, gritar, denunciar, pedir, decir, (no) callar*.

En los enunciados orales circulantes en espacios de discusión (talleres, charlas, mesas), es posible recabar, además de elementos conceptuales que podrían -a lo lejos- filiarse en el planteo austiniano, un conjunto de ideas que toman como evidente la relación entre lenguaje y poder. Esta conjunción opera como supuesto en corrientes de la sociolingüística y/o de análisis del discurso de raigambre angloparlante que han hecho lecturas foucaultianas con el fin de incorporar, justamente, una noción de *poder* que se avenga a la naturaleza empírica del trabajo que realizan. En el marco de algunos talleres, discusiones y espacios de formación feministas y de géneros, la categoría de performatividad conserva la forma del término, pero en ocasiones toma distancia de las formulaciones teóricas de *Cómo hacer cosas con palabras* o de su retomada en la teoría de Searle (1986). El carácter performativo del lenguaje -su capacidad de hacer existir, de intervenir en el mundo- es, por momentos, comprendido desde la matriz que habilita el relativismo lingüístico, por un lado, y la idea de lenguaje hegemónico, por el otro: reina la evidencia de existencia de una manipulación de las fuerzas del orden a través y en el lenguaje. Así las cosas, la tematización de la relación entre lenguaje, performatividad y poder tiene su caballo de troya: trae consigo, como quien no quiere la cosa, una concepción de sujeto hablante enraizada en las miradas liberales de la filosofía analítica, de la pragmática anglosajona y de cierta sociolingüística estadounidense.

Hay, además, en la matriz que sustenta frases como *Lo que no se nombra no existe*, una hipervalorización de lo visible que hace juego con una concepción

del lenguaje como representación del mundo. La teoría performativa del lenguaje, que horada la idea de que los enunciados representan el orden del mundo (el lenguaje hace que algo sea, no expresa lo que es), convive con una demanda de representación en las formas visibles de expresión. Aquello que Austin (1998) descarta en su desarrollo argumentativo en pos del carácter accional del lenguaje (la existencia de enunciados de tipo constataativo como contraparte de los enunciados realizativos) vuelve como evidencia en el imaginario mimético: las formas del lenguaje no solo moldean la percepción (relativismo lingüístico) y hacen existir (carácter performativo), sino que expresan el mundo y sus modos del lazo social. El imaginario mimético, que supone una linealidad transparente entre las palabras y las cosas, no es sino otra de las formas que adquiere el idealismo: obviar el carácter material de los procesos lingüísticos y de los procesos discursivos, esquivar la especificidad de sus materialidades y de sus relaciones constituyentes.

En el caballo de troya que trae la pragmática anglosajona también vienen otros componentes: la evidencia de la adecuación y el requisito de la felicidad. En general, para que un determinado acto de habla valga como tal, para que se realice de manera feliz y afortunada, exitosa, es preciso que se dé simultáneamente un haz de condiciones; principalmente, el enunciado y sus formas deben ser adecuados a determinadas circunstancias. Eso dice cierta pragmática, que asigna, a su vez, al sujeto un carácter racional, estratégico, intencional; sujetos que gobiernan su decir, que son capaces de producir unas formas en virtud de unos fines, que pueden volver sobre sus palabras. Eso dice, o supone, cierta pragmática.

V.

Decíamos al comienzo que la proximidad de este proceso entusiasmo y dificulta por momentos la posibilidad de formular cuestiones críticas. En el entrevero del presente, que nos convoca a decir y habitar al mismo tiempo, hay principios que es preciso volver a enunciar, tomar como brújula, no perder en el camino, porque tienen incidencia en las construcciones político-epistémicas: la postulación (teórica) de un *décalage*, de un hiato, entre aquello que el sujeto dice de sí y las formas materiales de su decir. Por eso es preciso el análisis, y un análisis compartido, alojado en la conjunción del encuentro. Es desde ahí -y desde una voluntad del afecto que no apague la lectura a contrapelo- que compartimos algunas de las preguntas que nos vienen acompañando: ¿qué haremos en nuestras intervenciones y espacios de reunión con este conjunto abigarrado de evidencias? ¿le sabremos dar lugar a la interrogación como forma? ¿podremos suspender por un momento la necesidad aseverativa de repetir qué es y cómo es el lenguaje? ¿seremos capaces de contener, por un momento, el regreso -insistente y apresurado- de la adjetivación? ¿cómo lidiamos en este presente demandante de mayores igualdades, de representación y visibilización y de nuevas reglamentaciones, cómo lidiamos con la inestabilidad constitutiva del sentido, con la polisemia susurrante del lenguaje?; ¿qué haremos, desde los feminismos latinoamericanos actuales y los movimientos de géneros y sexualidades, con la inadecuación constitutiva entre el lenguaje y el mundo?

* Todo texto es colectivo. Agradezco a Natalia Romé, Elena Mancinelli, Mercedes Pujalte, Andrés Saab, Andrea Cobas Carral, Soledad Cottone, Celina

Mondelli y Saulo Dalmaso por los diálogos y las ideas compartidas.

Referencias:

Acevedo, I 2019. *Late un corazón*, Buenos Aires: Rosa Iceberg.

Alberdi, Juan Bautista 1984 [1837]. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Buenos Aires: Biblos.

Austin, John 1998 [1962]. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith 1998 [1990]. "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista". *Debate feminista*, 18, 296-314.

Cavallero, Luci y Verónica Gago 2019. *Una lectura feminista de la deuda*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.

Gadet, Françoises y Pêcheux, Michel 1981. *La langue introuvable*. Paris : Maspero.

Glozman, Mara 2015. *Lengua y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina. Archivo documental (1943-1956)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

López, María Pía 2019. *Apuntes para las militancias. Feminismos: promesas y combates*. La Plata: EME.

Orlandi, Eni 2002. *Língua e conhecimento lingüístico. Para uma História das Idéias no Brasil*. São Paulo: Cortez.

Pêcheux, Michel 2016 [1975]. *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.

Ravignani, Emilio 1952. "Discurso del Diputado Emilio Juan F. Ravignani", en *Bloque*

Parlamentario de la Unión Cívica Radical. El debate sobre el Segundo Plan Quinquenal en la Cámara de Diputados de la Nación. Buenos Aires: S/d, 1953, pp. 45-48.

Renan, Ernest 2006 [1887]. *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur.

Saab, Andrés 2018. "Nostalgia del estructuralismo: sobre una exclusión del lenguaje inclusivo". *Escritores del mundo. Revista blog de literatura, ensayo y crítica*. Disponible en: <http://www.escritoresdelmundo.com/2018/10/nostalgia-del-estructuralismo-sobre-una.html>

Sarlo, Beatriz 2018. "Alumnos, alumnas y 'alumnes'". *El País*, 12/10/2018. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2018/10/09/a/1539083839_285133.html

Sarmiento, Domingo Faustino 1843. *Memoria (sobre ortografía), leída a la Facultad de Humanidades*. Santiago de Chile: Imprenta de la Opinión.

Schlieben-Lange, Brigitte 1996. *Idéologie, révolution et uniformité de la langue*. Paris: Mardaga.

Searle, John 1986 [1969]. *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.

Suardíaz, Delia 2002 [1973]. *El sexismo en la lengua española*. Zaragoza: Pórtico. (Tesis de Maestría defendida en la Universidad de Washington en 1973).

Wayar, Marlene 2018. *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena*. Buenos Aires: Editorial Muchas Nueces.

LO POLÍTICO ES PERSONAL: APUNTES SOBRE LA VOZ, LA RESISTENCIA Y LO PÚBLICO

Paula Hunziker

*Afirmo que estas dos muchachas
han perdido el juicio,
La una acaba de manifestarlo, la
otra desde que nació*

Creonte a Antígona e Ismene (Sófocles, Antígona: 560).

*La pobre Ofelia, enajenada de su
sano juicio
Sin el cual somos pinturas, o sim-
ples animales*

Claudio a Gertrudis (Shakespeare, Hamlet: IV.5).

Nancy Fraser señaló los límites del concepto de “esfera pública” habermasiano en un texto pionero de 1991. Entre esos límites, hay uno que me interesa especialmente destacar para abordar el tema de este breve ensayo. Efectivamente, ese artículo hizo explícita (gracias a la ayuda de lúcidas historiadoras feministas) la idea de que la experiencia de contra-públicos subalternos durante la Revolución Francesa, y en especial la ausencia de visibilidad de esas experiencias en los relatos históricos dominantes, permitían establecer una serie de inferencias sobre la voz, lo personal y lo público; claves para tensionar oposiciones conceptuales heredadas de manera acrítica, como la de público-privado. En esa dirección, indicaba certeramente que el ingreso en la esfera pública significaba “hablar con la propia voz”, un sintagma que tensionaba los contornos del “habla argumentativa” del filósofo alemán. *Pace* la concepción burguesa, indicaba Fraser, los ámbitos públicos no son sólo terrenos para la formación de la opinión discursiva; son además espacios para la formación y la construcción de identidades políticas. Participar no es sólo ser capaz de manifestar contenidos propositivos

que sean neutrales respecto de la forma de expresión: quiere decir ser capaz de hablar, por medio de la simultánea construcción y expresión de “nuestra identidad”. El reconocimiento de este hecho ha sido, y es, especialmente relevante en el caso de aquellos públicos conformados por mujeres, tradicionalmente excluidos no sólo en el sentido de su exclusión formal, sino también por marcos institucionales que actúan como lentes retóricos que filtran y alteran las expresiones que enmarcan; esto es, que pueden acoger algunas formas expresivas y otras no, hacen audible una voz o no¹.

Siguiendo esta inspiración para nuestro ensayo, me interesa pensar la “participación política” de las mujeres², a partir del rodeo por toda una semántica sobre lo público como “espacio de aparición” en el sentido denotado por Hannah Arendt, y por una experiencia y una voz concreta, que es la Estela de Carlotto. Propongo abordar ese sintagma, “hablar con la propia voz”, como algo habilitado por “lo político” en el sentido de la participación como aparición pública ante otros, haciendo un uso de las categorías arendtianas menos atento al espacio de las oposiciones categoriales que a su relación. Y propongo pensar en esa aparición como “resistencia” en “tiempos de oscuridad”, tomando como hilo conductor a una “abuela” que, por una parte, es parida por la plaza para devenir “abuela de plaza de mayo”, pero que, por otro lado, resignifica e ilumina (en sentidos que aún tenemos que explorar) el conjunto de lentes retóricos que permiten pensar en la participación de las mujeres en el ámbito público, como un tránsito de lo privado a lo público. Entendemos que la voz de Estela nos permite complejizar y tensionar los relatos tradicionales (y masculinos) sobre ese tránsito—el famoso *dictum* de que al hacer política es necesario “abandonar la casa”—, pues en este

caso es un “sentido no privativo de lo privado” como cuidado, como protección, como refugio—el que es expuesto a su límite y politizado, convirtiéndose en una herencia poderosísima para las escenas públicas del presente feminista.

1. Necesidad y aparición

No recuerdo cuando fui a la plaza por primera vez, en qué fecha; pero ya se iba a la plaza cuándo comencé a ir. En el '78 ya estaba la ronda. Cuando a mí me traen la noticia de que era abuela decido sumarme al grupo de mujeres que estaban buscando sus hijos. En ese momento digo “ahora tengo que buscar a dos”. Fue precisamente en ese tiempo que Nelba Falcone, mi consuegra, me dijo: “Estela, no estés sola, hay otras abuelas como vos buscando a sus hijos y a sus nietos”. Y un día le dije a Guido: “me voy a la plaza”. A partir de entonces nos despedíamos y yo después volvía a la hora que me tocaba y él me esperaba, que era lo peor, porque no sabía si volvía. La entrada fue terrible. Cuando fui por primera vez a la plaza recuerdo que no me imaginaba lo que era. De repente me ví rodeada de caballos, con policía montada, con perros, armas, carros de asalto, qué se yo (...) aquello era una guerra. La verdad es que me dio un miedo bárbaro porque yo no estaba acostumbrada (...) Y gente, gente ahí dando vuelta. Me dió miedo y decía “ay pero no...”. Y dos abuelas que no recuerdo quienes eran me tomaron del brazo y me dijeron: “No, no, caminá, Estela, que no te va a pasar nada, caminá que no te va a pasar nada...”. Y seguí³.

Cuando me casé le dije a Guido: “El domingo me voy a la iglesia”, y él me respondió contundentemente: “Pobre de vos”. Era un descreído total. Cuando yo creí que podía seguir yendo a misa los domingos, él me dijo: “no, el domingo estás acá”.

Y yo me quedé en casa. Sin embargo, muchos años después, le dije: “Guido, me voy a la plaza”. Y no recuerdo que me haya dicho cuidáte, no hagas esto, no hagas lo otro⁴.

La íntima cercanía entre aparición en público y nacimiento, es retratada por Arendt en el inicio del famoso capítulo 5 de *La Condición Humana*. Aparecer en público es un “segundo nacimiento”, en el que “confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física”. Su impulso, señala, no es la utilidad, ni la necesidad, sino el propio hecho de ser comienzo, raíz última de eso que la autora entiende por libertad sin más. La insistencia en esta distinción, no obstante, debe ser situada no en la polis griega, sino en el presente: un horizonte histórico en el que la política misma aparece bajo el signo de la “necesidad”. Por ello, se trata más bien de una crítica de lo que aparece bajo la fantasmagoría de la necesidad, y de los modos de desmontarla, como ella misma define la tarea de Kafka en su temprano escrito de 1946⁵. De esta misma época, y bajo esta misma clave, hay que leer un conjunto de textos en los que trata de poner en cuestión las trampas mortales que, para el que sufre la violencia, están ligadas al lugar de la “víctima”. Resistir políticamente, es también resistir a ocupar ese lugar bajo el signo de la “necesidad”⁶. No otra cosa, entiendo, era lo que reclamaba a los parias cuando indicaba que incluso cuando ya no dependiera de ellos –“de su discernimiento o elección”- apartarse del mundo, este retiro estaba justificado siempre que no olvidaran que su sentido estaba dado por la persecución y la huída⁷; o cuando elogiaba a los parias conscientes que habían respondido a la exclusión por medio de una acción que hace a un colectivo “responsable”, capaz de dar una respuesta política a la violencia, transformando lo “personal” en político⁸.

En lo que sigue exploramos en esta dirección (insistimos, no centrada en señalar la oposición categorial entre libertad y necesidad sino una relación compleja que opera desde dentro de los fenómenos históricos singulares), la participación política

de las “abuelas de plaza de mayo”; entendiendo que hay allí mucho que pensar sobre el famoso lema feminista. Sin ánimo de polemizar con lecturas feministas que han excluido el aporte de la obra de Arendt para pensar el presente⁹, creemos que una lectura de sus textos sobre la dimensión política de la resistencia, ofrece alguna luz para pensar la acción resistente como una que irrumpe en lo que *aparece* como un “ciclo de necesidad”; interrumpiendo e instituyendo una relación política con “lo personal”¹⁰. En general, se trata de pensar allí, en “la luz” de resistencias realmente existentes, bajo la condición de un oscurecimiento de lo público. No obstante, esta metafórica debe completarse para terminar de dibujar la mirada arendtiana: la contemporaneidad ha mostrado que el oscurecimiento de lo público no supone invisibilidad sin más -detención de la luz pública que nos permite actuar unos con otros- sino una perspectiva sobre lo que aparece que sujeta a lo público y a lo privado a la necesidad y los transfigura. Son ejemplares, en este horizonte los análisis arendtianos sobre el “hechizo de la necesidad” que afecta a los totalitarismos¹¹.

Más acá o más allá de la narrativa kafkiana, pensando en la resonancia de Arendt para nosotros –una Arendt posible en la escena argentina, como leía Horacio González el libro *Eichmann en Jerusalén* en 1989¹²-, el mismo término “desaparecidos”, una voz enunciada por el propio presidente de facto Rafael Videla, da cuenta de este aspecto fantasmagórico, que liga la desaparición a un proceso que ocurre en “ninguna parte”, pero cuya normatividad afecta por igual a víctimas y agentes estatales:

Frente al desaparecido en tanto esté como tal, es una incógnita el desaparecido. Si el hombre apareciera tendría un tratamiento X, si la aparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento tiene un tratamiento Z, pero mientras sea desaparecido no puede tener un tratamiento especial es un desaparecido, no tiene entidad no está ni muerto ni vivo, está desaparecido, frente a eso no podemos hacer nada, atendemos al familiar¹³.

En este horizonte, la aparición de un grupo de mujeres-madres que preguntan por sus hijos en la plaza, puede pensarse bajo la lógica de la “irrupción” que, a la vez, interrumpe en todo lo que *aparece* bajo el signo de la necesidad y el destino -en este caso la madre como “víctima” de la desaparición del hijo- e instituye una relación política con aquello así aparece:

Tuvimos la bendita idea de unirnos, de juntarnos. Por eso yo siempre cuento que sigo teniendo esa sensación de que es casi un milagro que Abuelas exista, porque somos todas muy distintas (...) los militares pensaron que nosotras nos íbamos a entregar al llanto y al dolor (...) Cuántas hubieran desaparecido si ellos hubieran sabido que íbamos a tener la fuerza que nos transmitirían nuestros hijos pero que nosotras también llevamos adentro, en las entrañas¹⁴.

Por otra parte, la institución de una relación política lo es también con “la sociedad”, a la que, en primer lugar, se dirige entendiéndose que la posibilidad de una resistencia reside en la capacidad tramitar la tragedia que aparece como “personal”, en un horizonte colectivo y político:

Fue una lucha muy dura, primero muy en soledad, sin experiencia ninguna, con miedos lógicamente; la sociedad tenía miedo también, había gente que sabía y no decía nada por temor, porque a lo mejor era un vecino, era un pariente o era un familiar cercano, entonces era casi declarar que la persona que había dado el dato era alguien del entorno. Ese silencio y la incompreensión de la situación para romper el silencio costaron mucho. Y esos fueron años de docencia, de contactarnos con la sociedad, de contarles la historia, de hacerles ver que lo que se decía desde la historia oficial no era cierto. Y de convencerlos de que esa dictadura nos tocó a todos, no sólo a las madres y a las abuelas o a los familiares, a todos¹⁵.

La lógica de la interrupción y de la institución, además, no lo es sólo

respecto de la “fuerza desaparecedora”, sino también respecto a los modos masculinos de ocupación de lo público:

Los hombres, claro que podían y querían ir a la Plaza. Mi marido no podía porque tenía una fábrica y debía atenderla porque de eso comíamos, otros eran empleados y por el horario no podían. Entonces acompañaban a las señoras y ellas les decían “no, no vengas a caminar”. Los hombres, para los militares, eran importantes como enemigos, ese era el concepto. Las mujeres no, porque ellos pensaban que éramos pavotas, “dejenlas caminar a estas locas”, decían. Nosotras sabíamos que eso se comentaba y entonces algunos hombres hacían eso, las acompañaban hasta dos o tres cuadras y después se quedaban ahí o se iban acercando por detrás de los árboles, mirando o esperando que la señora dejara de dar la vuelta. La vuelta era caminar y después entregar un sobre, algo, a los asesinos, para que nos recibieran, para que nos dieran razones (...) aunque eso no sucedió nunca¹⁶.

2. Lo público como trama de resistencias

Me gustaría pensar en la “ronda” de madres y abuelas de la plaza –la ronda de los jueves– como una acción que instituye un marco diferente, un marco que excede los límites epistémicos de la deliberación pública –¿Qué significa, en este contexto, “pedíamos razones”?, y que sólo de este modo hace posible que la “propia voz” pueda significar otra cosa que la tragedia personal y humana de la desaparición de una hija, o de un hijo en manos de eso que “no tiene otra voz” que la de lo necesario, de lo que permanece oculto a los actores, lo que se repite.

Para pensar esta excedencia, tomo inspiración de un texto impresionante de Ricardo Piglia, que nos recordaba el modo en los relatos populares de la dictadura contenían una trama en la que resonaba la denuncia, pero bajo la forma de un relato paranoico conspirativo que replicaba, de algún

modo, la apariencia de necesidad:

[...] antes de la guerra de Malvinas, en la época del conflicto con Chile, cuando los militares querían inventar una guerra, sobre el fondo del terrorismo clandestino del Estado y los miles de desaparecidos, de pronto la gente empezó a contar la historia de alguien que le había contado que alguien había visto pasar un tren que iba hacia el sur cargado de féretros vacíos. En una estación, en la provincia alguien había visto ese tren en medio de la noche. Los ataúdes eran para enterrar a los soldados que iba a morir en esa guerra. Estaba todo ahí, los féretros vacíos anticipaban los muertos que venían y narraba implícitamente lo que estaba pasando con los desaparecidos¹⁷.

La respuesta popular, en el horizonte del “discurso público como modo de desaparición del crimen, de los criminales y de las víctimas¹⁸”, produce relatos de apariciones¹⁸. En este marco, lo que “no aparece” –tampoco en el discurso popular– es la lógica política que gobierna un mundo de trenes fantasmas que contienen ataúdes vacíos.

Por una parte, en un nivel elemental, el discurso de las madres supone la visibilización de la agresión –de sus agentes inmediatos– y sus efectos. Volviendo a nuestro llamado a no pensar las categorías arendtianas en términos de su oposición conceptual, sino en el marco de la historicidad: cuando la violencia política deja ser instrumental y se convierte en sistema total que no aparece en su dimensión política, la posibilidad de una resistencia, o mejor, de una respuesta política a este estado de cosas, es un trabajo de “re-aparición” que permite situar la agresión en el discurso, esto es, darle un marco, dado que: “[...] aquello que no puede convertirse en objeto de discurso, puede hallar una voz humana en la cual sonar en el mundo, pero esto no es con exactitud humano”¹⁹.

La resistencia, en este caso, supone la creación de marcos o tramas de ciudadanía, en un mundo que se ha convertido en inhumano e incom-

rensible. “Poner las cosas en su lugar y llamarlas por su nombre”, como dice Estela²⁰; poner en palabras el descalabro de lo real, no negándolo, sino politizándolo, y además, ocupando otro lugar en esa operación, un lugar que responde en los términos de la identidad que es atacada: locas pero no por pedir lo imposible, sino por pedirlo en la plaza, junto con otras locas.

3. Lo personal como “entre” lo privado y lo público

Muchas veces se han pasado por alto aquellas páginas de *La Condición Humana* que mencionan los “rasgos no privativos de lo privado” –como refugio, protección, intimidad, profundidad–, sin cuya existencia, toda la vida pública sucumbiría a una superficialidad sin remedio. Que estas propiedades hayan quedado como patrimonio de la familia burguesa, espacio social privilegiado en que se gestaron muchas de las vidas de los que fueron asesinados durante los años setenta, no elimina la posibilidad de pensar que las abuelas de plaza de mayo, en especial, son ejemplos interesantísimos del modo en que “lo personal” –todo eso que las abuelas llaman “amor de madre”– se expresa, se construye y se transfigura en términos públicos.

La ronda habilita una transfiguración en cuyo seno “lo personal deviene político”: interrumpiendo “el miedo” (se trata de “señoras del hogar” como muchas veces señala Estela), ofreciendo alternativas a “los modos masculinos de ocupación de lo público” (recordemos cómo Estela contrapone la ronda de mujeres a modos de ocupación masculinos bajo el modelo de la guerra y el campo de batallas) y a los modos juveniles y radicales de la acción política (la prudencia ligada al cuidado de lo que permanece “vivo” pero en la oscuridad de una identidad “robada”, es destacado para describir su trabajo tanto bajo la dictadura como también, en especial, bajo el régimen democrático posdictatorial²¹).

Sobre esa una identidad política, la de ser “abuela de plaza de mayo”,

Estela nos dejó las palabras más iluminadoras:

La palabra abuela despierta de por sí ternura y la imagen de una anciana de cabello blanco, peinada con rodete, lentes caídos sobre su nariz, abrazando a algún nieto al que seguramente le contará increíbles historias de su vida. Eso sí, sentada en un cómodo sillón. Pero esa imagen es la antípoda de lo que somos las Abuelas de Plaza de Mayo, no estamos sentadas. El sillón está vacío como los brazos que deberían abrazar al nieto. Y hay una explicación de ello, ya que estamos en constante peregrinaje por el mundo, en la búsqueda del hijo o hija y nietito del que nos despojó una dictadura cívico-militar, que como tantas usurpó el poder gubernamental sembrando el miedo, la muerte de sus opositores y el secuestro de bebés, en su mayoría nacidos durante el cautiverio de sus madres²².

El “amor por los hijos” es el nombre de la elección de ser todas y cada una de las madres de esos hijos e hijas, abuelas de los hijos de sus hijos y herederas de sus herederas. Hay algo no natural y desquiciante en que las madres sobrevivan a los hijos. En todo caso, las abuelas indican un camino diferente de aquel trágico destino de personajes moralmente superiores; Antígona, Ofelia, Lucrecia, pobres mujeres que dicen la verdad con una voz enloquecida, que deben ser víctimas hasta en su muerte —“nunca, señor”, dice Ismene a Creonte, “perdura la sensatez en los que son desgraciados”— para que los hombres, finalmente, actúen y juzguen.

1. Fraser, N., “Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente”, en: *Debate feminista*, Año 4, Vol. 7, Marzo, 1993. Cabe recordar de manera un tanto extemporánea, el caso de las “mujeres trágicas” con las que empezamos este ensayo. Como han mostrado estudiosas del mundo

clásico, la tragedia fue un género escrito, actuado y visto por hombres, pero en cuyo centro tenemos en muchos casos protagonistas mujeres. Por ello se convierte en un escenario privilegiado para analizar esas complejas operaciones retóricas en que alguien aparece en lo público como “fuera de lugar” en el sentido de “fuera de la razón común”, dando forma a personajes poco habermasianos, que, no obstante, “dicen la verdad”. El asunto es que esa verdad no puede ser enunciada por esa voz, sino que, en el mejor de los casos, tiene que ser transfigurada, a partir de la muerte de las protagonistas. Algo de eso sugerimos al final de este ensayo. Para el tema de las mujeres en la narrativa trágica clásica: Murnaghan, S., “Women in Greek Tragedy”, en Buschnell, R., *A Companion to Tragedy*, Blackwell, Oxford, 2005, pp. 234-250. Para el tema de las mujeres en la tragedia shakesperiana, es fundamental el análisis que hace Eduardo Rinesi del temprano texto del dramaturgo inglés, “La violación de Lucrecia”, Rinesi, E., *Actores y soldados*, 2ª Edición ampliada, UNGS, Buenos Aires, 2018, cap. VI “Tragedia y Repetición”, pp. 113-126.

2. Al hablar de “mujeres” trato de no caer en una postura esencialista respecto de la diferencia sexual. Entiendo que no es necesario sostener la irreductibilidad del dato biológico, para plantear la importancia de hablar de la experiencia histórica y política concreta de las mujeres como grupo social que ha estado y está “en condiciones singulares de discriminación, opresión y explotación respecto al grupo de hombres de su misma clase social, condición étnica o edad”, Lamas, M., “Feminismo pragmático. Entrevista de Diana Chanquía y Ariel Pennisi”, en: Lamas, M. *Feminismo Pragmático*, Rededitorial, Buenos Aires, 2019, p. 8. La necesidad de especificar experiencias no excluye sino que potencia, usando una expresión arendtiana, la pluralidad del feminismo.

3. Estela de Carlotto, en: Folco, J., *Estela. La biografía de Estela de Carlotto*, Marea. Buenos Aires, 2015, p. 48.

4. *Ibíd.*, p. 54.

5. Arendt, H., “Franz Kafka. Una reevaluación”, en: Arendt, H. *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós. Madrid, 2005, pp. 91-104.

6. Destacamos, por ejemplo, el ácido texto “Nosotros los refugiados”, en

Arendt, H., *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*, Paidós, Buenos Aires, 2006, pp. 1-15. También toda la reflexión sobre el “paria consciente” que encontramos en “Herzl y Lazare”, *ibíd.*, pp. 53-59; y en el ensayo “La Tradición oculta”, Arendt, H. *La Tradición Oculta*, Paidós, Buenos Aires, 2004, pp. 49-74. Por supuesto, es uno de los argumentos centrales del libro I “Antisemitismo”, de *Los Orígenes del Totalitarismo*.

7. Arendt, H., “Sobre la Humanidad en Tiempos de Oscuridad. Reflexiones sobre Lessing”, en: Arendt, H. *Hombres en Tiempos de Oscuridad*, Gedisa, Barcelona, 1990, p. 23.

8. Arendt, H., “¿Qué queda? Queda la lengua materna”, en: Arendt, H. *Ensayos de comprensión 1930-1954*, op. cit., p. 29.

9. Efectivamente algunas teóricas han juzgado que Arendt no sólo no tenía nada que decir sobre este tema, sino que incluso representaba todo aquello de lo que había que escapar. Cabe señalar que esta lectura ha sido matizada por el intenso y extendido debate de los feminismos, lo que ha exigido ir más allá del capítulo 2 de *La Condición Humana*, para pensar con y contra Arendt.

10. Quiero destacar especialmente el trabajo de Claudia Bacci en esta dirección. En otro contexto, y para pensar otros modos de participación, destacamos los trabajos de Julia Smola sobre los inmigrantes de Calais, y de Anabella Di Peggo sobre el propio concepto de “acción” y de “lo público”.

11. Arendt, H., *Los orígenes del Totalitarismo*, Planeta-Agostini, Buenos Aires, 1994, p. 567.

12. Efectivamente, allí señalaba de ese libro que “No existe en toda la teoría política contemporánea un alegato tan majestuoso contra la ‘obediencia debida’”. González destaca esta posible interlocución, sobre el fondo más general de la inaudibilidad de Arendt, de su “imposibilidad”, en la transición democrática argentina: “¿Podríamos tolerarla como profesora, como interlocutora del mundo intelectual argentino, surcado por pensamientos de —hombres tiernos, como los llamaba Nun, tales como pueden ser los de un Weber, los de un Lacan, un Foucault? Ella sería ciertamente imposible entre nosotros. Su modelo intelectual era el de Rosa Luxemburgo [...] Podríamos

suponer que la idea de revolución perdida es la que lleva a cierta melancolía altanera, tal como gustan los ermitaños del mundo moderno. Pero lleva también a un deseo de defender lo que resta de los ideales revolucionarios, algo que suele desembocar en un intento radicalizador de la democracia. En la Argentina no fue con Hannah Arendt, sino con Rawls, Bobbio o con el propio Habermas que se tejieron esos mismos pensamientos, con mengua de su eficacia revolucionaria”, González, H., “Hannah Arendt casi argentina”, en: Sur, Domingo 31 de diciembre de 1989, p. 8. Citado por Bacci, C., Recepción de las obras de Hannah Arendt en la Argentina: lecturas e intervenciones intelectuales (1942-2000). Tesis para optar por el título de Magister en Investigación en Ciencias Sociales Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2010, p. 107. Inédita.

13. Citamos la conferencia de prensa ofrecida por Videla en 1979. No que-

remos dejar de mencionar el pionero texto de Pilar Calveiro de 1998, editado por Colihue (en una colección dirigida por el propio Horacio González), titulado precisamente Poder y desaparición. En este libro la obra de Arendt es convocada en esta dimensión político-existencial de la “desaparición”, para pensar la experiencia concentracionaria.

14. Estela de Carlotto, en Folco, op. cit., p. 70.

15. *Ibíd.*, p. 94

16. *Ibíd.*, p. 49.

17. Piglia, R., Crítica y Ficción, Anagrama, Buenos Aires, 2006, p. 37.

18. Recomendamos los trabajos etnográficos de Mariana Tello respecto de este tema, Tello, M. “Historias de (des)aparecidos. Una abordaje antropológico sobre los fantasmas en torno a los lugares donde se ejerció

la represión política”, Estudios en Antropología Social- Nueva serie 1 (1): 33-49, enero-julio 2006.

19. Arendt, H., “Sobre la Humanidad en Tiempos de Oscuridad. Reflexiones sobre Lessing”, op. cit., p. 35.

20. Estela de Carlotto, en Folco, op. cit., p. 94.

21. Para evitar malos entendidos, aclaramos que el presente trabajo no busca confrontar este modo de entender la participación con otros, en especial, pienso en el discurso de Hebe de Bonafini. Más aun, entiendo que es posible establecer un conjunto de afinidades, y diferencias, lejos del contrapunto que quiere establecerse entre estas dos enormes referentes del campo de los DDHH.

22. Estela de Carlotto, 14 de septiembre de 2011, UNESCO, Premio Fomento de la Paz, en: Folco, Estela., op. cit., pp. 205-208.

EN LA REVOLUCIÓN ES FUERA DE SÍ. LAS HIJAS DEL ETERNO EXILIO

Natalia Romé

*Todo lo transitorio es solamente símbolo
lo inalcanzable aquí se encuentra
realizado.
Lo eteno-femenino nos atrae hacia
adelante*

Goethe, Fausto

I.

En *Las cuestiones*, Nicolás Casullo (2007) reflexionaba sobre la brutal inversión temporal del sitio de la revolución -de futuro en pretérito- para indicar su devenir hueco en el presente. No se refería sólo a su caída sino al “propio mutismo de la reflexión frente a lo desmoronado”. Señalaba así el perderse de un tiempo como cesación de su apertura hermenéutica. Es decir, como la desaparición del telón de sentido -diría Sergio Caletti (2006)- sobre el que se cifró un régimen narrativo, unos modos del decir, unas sensibilidades y unas configuraciones subjetivas. El arco

temporal tendido *entre* revoluciones se había ofrecido como el sustrato imaginario en el que se contorneó lo posible-imposible, temido y anhelado durante el siglo XIX, hasta octubre 1917; momento en que se amarró finalmente, una imagen única de Revolución a la de Victoria.

La caída de ese lapso no es la de un espíritu de época, sino la de un modo del tiempo y de su experiencia, que arrastraron consigo las condiciones mismas de una inédita inteligibilidad teórica capaz de suturar, al menos por un tiempo, el “hiato entre pensamiento sistematizado y subalternidad social”. El sujeto prometeico de la certeza sustentada en la conjunción de la “*electricidad + soviets*”, cayó también, en su ley marcial y con las botas puestas- dirá Casullo. Su caída dio forma a un siglo que duró varios, en extensión e intensidad, para concluir en la derrota condensada en una década de pocos años, en 1989. Condensación que marcó el cuajado de un nuevo bloque

histórico con la derrota ideológica, en una cifra maciza: la asociación de la imagen de revolución con la idea de totalitarismo y la identificación de toda aspiración a una conjunción entre teoría y subalternidad, con formas autoritarias de vanguardismo. Así fue, por la exitosa embestida de renovadas configuraciones del poder global, pero también por la languidez y agonía propias de las formas políticas que habían sabido acosar el sueño imperialista en su interminable crisis.

En el hueco de la Revolución, el *presentismo* se consolidó como régimen de temporalidad global que, en su experiencia cíclica y expansiva, empobrece violentamente la densidad metafórica del sentido común, que se enraiza en el hojaldré de los tiempos. Paradójicamente, la aspiración a una conexión entre lo justo y lo verdadero que era consustancial a ese sujeto prometeico dejó sobrevivir, en su caída, a la electricidad del lado de la verdad y

destinó a las más pobres modalidades del relativismo, su trama política. El futuro quedó del lado de la imaginación técnica, en su versión más cruda, autonomizada de toda reflexión filosófica, ética y política, devenida impostura del enigma inaprehensible de la espiritualidad que entre ellas se deslizaba. El gesto anticipador, la pregunta abismada en horizonte, apenas sobreviven en banales muecas distópicas. Un envilecimiento del tejido común del mundo de la vida, con sus fantasías fragilizadas y sus fantasmas ominosos, ofrece su materia reseca al esfuerzo de pensamiento crítico y deja a la figura del intelectual sumida en el sinsentido de una búsqueda inútil de las palabras capaces de bordear el espacio liminal de lo representable.

Ese desmoronamiento global del mundo de la Revolución marcó de un modo singular la derrota de la que se quiso la última revolución de estas pampas, arrancando la experiencia de los exiliados de los setenta de esa genealogía más vasta de exilios que le habían antecedido, en la lenta forja de una narrativa nacional popular, tramada de gestas trucas de generaciones desterradas. En 2006, Sergio Caletti pensaba en las historias de Albertina Carri y María Inés Roqué como en las de unos puentes temporales rotos. Un abismo de lo inenarrable clavado entre generaciones. No es tanto que estuvieran quebradas las palabras que bordaron un campo de experiencias, sino que los afectos comunes asociados a ellas quedaron súbitamente expulsados del continente político, hacia parajes de una extrañeza fantástica, inverosímil, inaprehensible; entre lo insoportable del trauma y las lógicas extorsivas de la llamada “transición”. Ni la experiencia del activismo desplegado en el lapso anárquico de 1994 a 2001, por intensas y auténticas que hayan sido las pasiones y dolores que marcaron sus avatares; ni las formas juveniles de militancia asociadas a un estado democratizador y reparador, activadas en situación de amenaza desde 2008, reinscribieron sus horizontes sobre una sensibilidad

común que lograra darse como sustrato duradero y masivo, a la conjugación de la memoria política con la imaginación de un futuro de justicia. Las formas diversas de organización asociadas a cada temporalidad, trazaron vínculos opuestos y especulares; es decir, igualmente *presentistas*. Dicotomizado el campo entre el conservacionismo de “todo en el Estado” y el utopismo del “todo fuera del estado”, nada quedó librado al juego del desajuste en el que puede crecer la creatividad social como liberación colectiva; nada que fisure la pura presencia de un tiempo cerrado sobre sí.

II.

Es preciso advertir, no obstante, que esa tendencial clausura del tiempo había ya comenzado antes en una derrota que fue —en palabras del propio Caletti— de índole política y anterior a la de las armas. Un paulatino vaciamiento, una tendencial desconexión entre la memoria de las víctimas y las fórmulas capaces de conjugar en futuro el horizonte del deseo, marcó el devenir de la inteligencia militante. Al separarlo de las formas de vida concretas, hirió de deshistorización su lengua política.

Desde el *Qué hacer* de Lenin, de 1902, hasta las cenizas de la revolución ochenta años más tarde —dice Casullo— se extendió el largo tiempo de una forma política de ser, un *ethos* revolucionario lanzado a la conquista del futuro. Pero en el esfuerzo de sostener la imagen de revolución como victoria, transcurrió la crisis del mundo de las mentalidades revolucionarias que subsumió tendencialmente la variedad de sus experiencias a las dinámicas de afirmación de unas formas de organización fundadas en la viril fraternidad militarizada: con su “imaginario obrerista, asexuado, moralista férreo, básicamente no feminista, austero, preconsumista, desligado de todo placer” (2007). Heroicidad tramada en la genealogía paradójicamente extendida más

allá de sus posibilidades, hacia una semántica de la revolución misma como *lo inderrotable*.

Esa subjetividad revolucionaria que se pensó colectiva desde una mítica por la cual se desprendía de sí misma para ser parte de un todo participante, finalizó su itinerario prescindiendo de los rastros y las marcas que hacían a su propia biografía revolucionaria y a la propia experiencia histórica de la revolución. Terminó como subjetividad atemporal, abstracta, sustraída de su propia conciencia (...) Terminó conciencia pensada por el aparato conductor (...) soportando, sobre todo, su propia deslealtad a los ideales, valores y conductas que ella misma llamó revolucionarias en un principio. (Casullo)

Las modulaciones subjetivas que sostuvieron esa revolución como lo inderrotable mismo, participaron en la corrosión de sus bases, hasta las últimas décadas del siglo XX. Obturaron su reverberación tercermundista, minando su anclaje en lo popular. La ética de una vida vivida para otros, en guerra contra los asedios del ego, languideció en la cristalización de sus formas más abstractas y depuradas de toda alteridad de sí. En la certeza de una moral universal despreciativa de toda singularidad de las modulaciones deseantes, rechazó las diatribas de la existencia en lo concreto y complejo de cada coyuntura, en el desprecio o la fobia a sus formas desviadas, erráticas, quebradas.

Desafiar esa deshistorización que forma una unidad con la caída de la Revolución, no supone una moralización abstracta contra una idea también abstracta de violencia “en general”, que es hoy la coartada de la crueldad punitivista y la contracara humanitaria perfectamente especular del terror global. Porque ese tornarse abstracto de la violencia, su inflación imaginaria asociada con impresiones vagas (sean del poder o del caos) y desamarradas de la experiencia cotidiana de las violencias múltiples socialmente consolidadas, es la forma misma en la que se cifra

el mutismo de la revolución. Ese mutismo acontece una y otra vez cuando “la humillación, la explotación, la sujeción psicológica, la inestabilidad de los horizontes” no pueden pensarse como violencia porque “han perdido todo nexo con la política” –advertía Caletti (2006).

La *denegación total de la violencia* –la incapacidad para discernir y jerarquizar violencias distintas– que constituye uno de los rasgos más descarnados de la crueldad neoliberal, se dibujó en la contraluz de una *violencia de la indistinción* que esterilizó el dispositivo militante, al reducir a la insignificancia las trayectorias concretas. Son ellas, en su defeción práctica al orden del Uno, –diría Rozitchner (2006)– las que mantienen en el centro del foco político, las condiciones efectivas en las que puede forjarse una experiencia colectiva como potencia histórica real. En una entrevista premonitrice para la revista *Crisis*, en 1972, Cortázar señalaba la necesidad de desconfiar de lo inexorable para advertir el riesgo de un *encuentro* fallido entre el mundo obrero y las certezas militantes. Esas palabras, suspendidas en un irremediable eco solitario alcanzan, décadas después, el escalofrío de sus no-contemporáneos.

III.

Aguijoneado por una fuerte intuición de la amenaza de la contrarrevolución sin revolución, tiene lugar el susurro de la herencia. Una última tertulia, carta abierta de una generación, tramada como una red amistosa de firmas –Casullo, Caletti, Rozitchner, González, del Barco, Schmucler entre otros– *que se afirman* en el dolor y la incerteza de un mismo habitar, en la soledad hermenéutica, a la que el presente destina ciertas preguntas. Ese tiempo anacrónico es espacio de pensamiento para perfilar una ética de la debilidad como potencia colectiva. A destiempo de las normas de la “transición democrática”, pero en desajuste también del tiempo

de la Revolución caída, única y mayúscula, se produce la apertura sutil; un regreso a destiempo del exilio, para precaver a los y las que siguen, del vínculo tramposo de toda moralización buenista con las más feroces formas de violencia estructuralmente consagradas. Y para abrir el tiempo a la genealogía de las revoluciones derrotadas. De ese tiempo solo se regresa en retaguardia. Cuenta Diego Stulwark en *Desde abajo y a la izquierda* (2019), que le dijo una vez Eduardo Luis Duhalde, que “el militante es el encargado de conservar y transmitir lo que se sabe de la última lucha a la próxima”.

En la posibilidad de una certeza renovada, otra vez en la experiencia del reflujo, se suspende la reflexión en el instante mismo de 2008 en el que el tiempo, más largo y estructural de la contrarrevolución –incluso ahora sin revolución a la vista–, toma el protagonismo de la escena. Tiempo suspendido y paradójico, potencia en despotenciación, lo nuevo que no termina de nacer y lo viejo que no termina de morir, 2008 es contemporáneo a 2015.

Algo se revela a la sensibilidad, la experiencia argentina de la caída de la Revolución con mayúsculas está sobredeterminada; aloja una pluralidad de secuencias, no es caída de un objeto compacto, sino de un mosaico abigarrado que se desbroza en la espectralidad desigual y combinada, de una revolución de revoluciones. La caída se expone en su condición desquiciada, a genealogías internas que se desdoblán y se opacan, a la vez, en la microfísica ominosa de lo *extrañamente familiar* del terrorismo de estado. Caletti lo sugería al preguntarse qué separa a los derrotados de los setenta de los derrotados de las gestas independentistas y los exiliados de la generación del 37. Y qué separa a los exiliados de Videla de los Pinochet. Casullo lo dice cuando evoca las narrativas de las revoluciones interrumpidas que conectan la escritura de Sarmiento con la de Cooke.

En 2008, lo que los separa ya es lo que los reúne. Un habitar torcido la Historia, un abigarramiento antropofágico de fragmentos civilizatorios, una modernidad siempre excesiva y a destiempo, ahora del presente neoliberal. El impasse temporal se abre a su interna pluralidad: no puede sino ser un desplazamiento hacia la periferia de la historia, donde las revoluciones se escriben con minúscula y por eso son eternas. Revoluciones que están siempre cayendo, que no dejan de caer, como los átomos de la lluvia epicúrea, a la espera de un infinitesimal desvío; un despertar a destiempo como esfuerzo de una imposible reparación del daño. Algo se deja intuir en el debate que abren los contemporáneos de la caída, algo que hace fuerza entre el espontaneísmo del 2001 y la organización del 2008. Pero será preciso un golpe de imaginación, un cuerpo real y soñado, un espectro, para abrir el tiempo de esa caída a su densidad genealógica y reencontrar en la experiencia traumática de la pérdida, la supervivencia de las revoluciones derrotadas, del siglo XIX al XXI. Un recomienzo, lo que cae, lo que queda. Un desvío, un *clinamen*, del que podría o no surgir una constelación que cosa en un montaje singularísimo, lo que a golpe de vista no se deja juntar. Para reescribir en esa interrupción la constelación concreta capaz de reunir los elementos independentistas anticoloniales, lo democrático popular y los proyectos de liberación social en una singular unidad disjunta de las variantes de la revolución fracasada, que son siempre otras formas de revolución y son otras también que su Sujeto. En esa trama no podría existir, porque jamás ha existido la Revolución, mayúscula, única, “en general”. Lo nacional-popular es allí lo femenino, segundo y abierto, de una debilidad poderosamente eterna.

IV.

Es noviembre de 2018 en Trelew. Ella no supera los ocho años, aunque la candidez del rostro se esfuerce en

escondese detrás del gesto adusto ensayado para la ocasión. Una hermana o amiga, algo mayor, se acerca cada tanto a acomodarle el atuendo, dos lienzos ¿sábanas?, ¿un mantel? Uno verde el otro violeta, a modo de capa o ropaje griego. No se inmuta cuando la vestuarista le acomoda el lazo, ni cuando endereza la varita fluorescente que sostiene erguida en su mano derecha, a modo de sable. Con la izquierda sostiene el mástil de una bandera argentina, más alta que ella, firme y pretenciosa. Es de noche, la habitual oscuridad del barrio pobre del otro lado de la avenida Colombia, que lo separa del centro de Trelew, está interrumpida por una rara bestia de luz, las hijas del fuego. Un cuerpo espectral, danzante, aullante, festivo y caleidoscópico que avanza como una mancha expansiva de brillantina y orgullo, gritando su presencia irreversible en el espacio público. “Ahora que sí nos ven...”. El amor y la furia se funden indiscernibles cuando se tejen pequeñas historias singulares de subestimación y violencia, en una potencia contagiosa de avidez y voluptuosidad. Ella las mira, ellas la miran, detienen su marcha y se vuelven a esa chiquita firme como una paródica Juana Azurduy, una ninfa erecta, desarrapada, humilde y vanidosa, una Marianne morocha del siglo XXI. Los ojitos negros empapados de miles de ojos emocionados de encontrar en ella, la promesa de que la cosa recién empieza.

La experiencia de la pérdida roza el fondo común del daño, dice Judith Butler. “La pérdida nos reúne a todos en un tenue ‘nosotros’. Y si hemos perdido, se deduce entonces que algo tuvimos, que algo amamos y deseamos, que luchamos por encontrar las condiciones de nuestro deseo” (2006: 46). No se trata ya de un Nosotros-en-Uno, firme y compacto, sino de un “tenue nosotras” que nos confronta también a la experiencia de la desposesión y del estar *fuera de sí* que convoca a lo singular del encuentro. Lo fuera de sí es femenino. Extranjera en el campo de combate filosófico, la inteligencia feminista se trama como fuerza política real de un tejido deseante.

Es preciso resistirse a reencontrar allí a un nuevo (viejo) Sujeto de la Historia, para captar lo inaudible e inimaginable de la historia concreta, apenas un *enrarecimiento* del implacable mutismo de la revolución. Un proceso real al borde de lo irrepresentable, un complejo de secuencias diversas, anudadas y en gran medida mutuamente incompatibles, trazadas en las minúsculas de las sensibilidades cotidianas que cosen los cuerpos pobres, heridos, humillados, en un experiencia común de dolor y alegría.

Una no Historia, recomenzada por las que son siempre “las recién llegadas”. Porque “deudos” no tiene formulación en femenino, lo que se hereda es la Cosa, el enigma, el *estar fuera de sí*. Alcanza para hacer vacilar la certeza que afirma que no será ya posible la reparación del daño infringido a toda imaginación de una vida deseable, por la homogeneización global de los registros de pensamiento, el narcisismo y la voluntad tecnocrática. Otro telón de fondo, difuso y precario, un más acá de la filosofía y de la política, que persevera a destiempo en la conjunción perimida, para conjurar “el hiato entre pensamiento sistematizado y subalternidad social”, una vez más.

No se sabe si su tejido logrará reunir las memorias de las resistencias –los nuevos “machos” de Perón que habían sido las víctimas feminizadas de la década infame– con las injusticias del presente –las travestis golpeadas en las comisarias de la posmodernidad punitiva. Pero algo de su vitalidad actual se cifra en lo eternamente inoportuno de su oportunidad, que conecta con un ritmo paquidérmico, un exilio demasiado largo en el fondo mismo de la experiencia de la derrota. Retaguardia y reflujo, desde 2015 hacia el fondo de lo narrable.

Es el testimonio vivo y actuante de la incompletud del tiempo narrado, torsión discontinua en su superficie opaca. Pasaje, viaje, relevo transexual: del testimonio de la víctima a la experiencia de una

potencia erótica capaz de hacer bailar a los muertos. Pulsión de reparación de un daño que se produce desde los siglos, como exterioridad inmanente a la Historia, pero saca ahora en la detención del tiempo mismo de su cuento progresivo, su carta inoportuna.

Es otro orden de lo acontecimental, otro régimen de artefactualidad de lo político, otras modulaciones del lazo y de su organización. Es otro arco temporal, eterno como la cuestión misma de la reproducción social, pero rabiosamente concreto como lo es toda aspiración de la clase trabajadora y los sectores populares a su “parte de la civilización”, como dice Tithi Bhattacharya, su derecho al placer, al ocio; es decir, al tiempo mismo que es la vida sustraída de las garras del capital.

Un encuentro que anuda el complejo de las secuencias y las memorias que asedian la actualidad del presente neoliberal, en sus contradicciones. Una constelación concreta, conflictiva, controversial. Indias y campesinas, desposeídas por el capital colonial y neocolonial. Parias, raras, desclasadas. Flora Tristán, Virginia Bolten, Salvadora Medina Onrubia, María Bernaviti de Roldán, Eva Perón, Alicia Eguren. Vanguardistas, autonomistas y movimientistas. Hijas del exilio. Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Asambleístas, cooperativistas, sindicalistas. Teresa Rodríguez, Milagro Sala. Demócratas, libertarias. Cristina Kirchner, Diana Sanacayán.

Un complejo de historicidades cuya imposible articulación no se da sin conflictos, borda las coordenadas de un campo democrático popular. Un *clinamen* que no habría tenido lugar sin unas generaciones muy jóvenes, retoños inesperados de la oscuridad hiperiluminada del nuevo siglo, hijos de un siglo de protestas, ampliación de derechos, alfabetización ciudadana y política; composición práctica de un pensamiento colectivo popular antiimperialista y latinoamericanista de gran vigor. Es la nueva hora americana de las hartas del miedo. Consistencia

contradictoria de un cuerpo-proceso que enrarece el tiempo y destotaliza el presente neoliberal. Abre la complejidad de memorias silenciadas que existen como inestabilidad de su coyuntura y expone la violencia de las denegaciones que la repetición de lo mismo, exige para su agónica perpetuación.

No es “el feminismo”, en general. Es un modo singular de feminización de nuestro tiempo, reparación de nuestra historia y de la imaginación de un futuro común. Contingencia-determinada por las circunstancias concretas de una coyuntura en la que muchas de las tendencias reaccionarias y neoconservadoras dan cuenta de la crisis del proceso mismo que marcó la historia dependiente de América Latina. Apertura de un mundo de sentido cuya potencia se testimonia en el fracaso de la mayor parte de categorías que disponemos.

V.

La Revolución es lo que queda, escribía a contramano en 1987 Horacio González. La revolución como tachadura y como resto, como lo que queda de la revolución. El desquicio de su imagen con mayúsculas, la potencia espectral. Lo que queda *por hacer*.

Es difícil saber qué se recuerda, si lo que fue vivido o el relato que se hizo y se rehizo y se pulió como una gema a lo largo de los años, quiero decir lo que resplandece pero está muerto como muerta está una piedra (...) si no fuera en fin, por los sueños y los estremecimientos de este cuerpo, no sabría si es verdad lo que les cuento

Con este pasaje abre Gabriela Cabezón Cámara, en la voz de la China Josephine Star Iron y Tararira, la memoria de una travesía por la pampa reseca del siglo XIX, en una

búsqueda de lo más húmedo, primario e indescifrable; la vida edénica de una autoctonía para siempre perdida. Pasaje *transpampeano* hacia el más allá, a través de la historia de los hombres y las armas, de la Nación, el Estado Nacional y el Imperio, hacia lo que “siempre anda por ahí”. La “cuestión de la cuestión” -diría expectante Casullo- es el “fondo utopizado o inalcanzable de un pensar inauditamente construido por una larga historia que se halla siempre inmersa en su propia aporía: no hay forma de llegar a la cuestión ¿Se llega a lo religioso?” Religiosidad del mito, fondo contra el cual, la filosofía, el derecho y la política son siempre ordenes segundos. Formas que hablan siempre “a través del *mythos* que narra la generación del tiempo”. De los márgenes es el recomienzo, de un telón común, contra el fin de la historia.

LA EXPRESIÓN DE LA VIDA, O DE CÓMO REESCRIBIR LA HISTORIA

Horacio González

I. ¿Nos persigue el pasado?

La expresión de la vida, que es la borrosa inmanencia de su propio transcurso, se suele detener en ciertos escalones donde es posible mirar hacia atrás y percibir un momento donde se dificulta el deseo de hurgar en el pasado. ¿Para qué revisar papeles viejos? ¿O mucho peor, por qué tratar de recobrar el rostro ya velado de los que muy probablemente habrían sido aquellos sacrificados “por mi felicidad”? Hay daños ocultos en todo pasado que ni siquiera parecen llagas, pero molestan como un zumbido lejano y permanente. Revisar esa silenciosa avería, preguntarse cómo sucedió aquello, esto otro y de lo de más allá, parecería siempre al alcance del sujeto rememorante. Pero decir memoria es proponer obstáculos. Sabemos que es imposible la tentación de dar cauce al acicate

de rehacer lo hecho. Ante esa imposibilidad, por lo menos optamos por contarlo con inevitable infidelidad. Somos distraídos cuando tratamos de desdecir las fallas del pasado. Es probable que lo hagamos con murmuraciones sigilosas, Inclinaos a nuestro favor lo que haya habido de responsabilidad nuestra en todo aquello que por ventura haya sido quebrado. Y quizás nos abrigamos en la sentencia popular que dice que lo hecho, hecho está.

¿Pero a quién conforma querer saber algo más sobre por qué hemos actuado tan negligentemente en el pasado? ¿No es mejor cancelar ese insinuado balance para que no se vuelva tan fácilmente en nuestra contra? El espíritu fatalista o resignado, es muy amigo de esas denominadas frases hechas, que son tan complacientes con nosotros mismos. Sería fácil

declarar el coraje de ponerle el pecho a lo hecho. No querríamos rever nada, asumimos la totalidad de lo actuado. En realidad, ante el “pasado pisado” que aparece a nuestras espaldas, pero siempre nos golpea con un puño enguantado exigiendo que paguemos las deudas, no creemos que precisemos darnos vuelta para comenzar una lacrimógena confesión. Porque en realidad siempre estuvo allí y no nos perseguía, somos nosotros quienes lo perseguimos a él. Pues no sabemos cómo traerlo ante nosotros para deshacernos de él con un desahogo, un gemido de alivio, o de súbito, con una inesperada revelación.

Pero puede haber una sorpresa. No se trata de que alguien piense que un proceso de cosas ya cerradas pueda reabrirse en la materialidad del tiempo puro ocurrido, y así recomponer de otro modo sus piezas

y armazones. No se puede rehacer la batalla de Caseros (1852), no se puede evitar *post festum* la batalla de Ezeiza (1973). Si nadie piensa eso, no faltan los que se lanzan a imaginar, con diversas culpabilidades de por medio, si lo ocurrido hubiese podido tener otro destino. Son los que luchan por no creer que cada evento se cierra sobre sí mismo como una burbuja cancelada y no admita más averiguaciones. Ninguna historia cumplida impide que cualquier tiempo posterior pueda someterla a un acto imaginario que la repiense y revise. ¿No se cita a menudo la llamada historia contrafáctica, a la que Renouvier, a mediados del siglo XIX, llamó *Ucronía*? De todas las ucronías que se siguieron escribiendo, si España hubiera reconquistado Sudamérica en 1820, si no se hubiera rendido el mariscal Paulus en Stalingrado en 1942, la de Renouvier sigue siendo la más interesante. Podemos llamar ucronismo a una multitud de hipótesis que se originan en el descontento que siempre nos produce la historia conocida y resuelta bajo pesos canónicos, contruidos a posteriori, en general por el derecho a la crónica divulgadora, que enhebra el sentido final más obvio que coincide con los hechos más visibles. Derecho que le cabe no solo al vencedor sino a la cruda visibilidad empírica que tienen los hechos. Renouvier imaginó un mundo en que no hubieran triunfado los cristianos del oriente despótico, como también indicaba Lugones.

II. Renouvier y sus consecuencias

Los resultados de este análisis producen el curioso escándalo de un vacío de conciencia. Este escándalo obliga a pensar sobre la contingencia propia del acontecer histórico. Si nuestra conciencia individual desea estacionarse en el presente absoluto bajo el temor de un pasado quebradizo que nos amenaza con su recuerdo anegado, ¿no sería mejor ponernos a imaginar sucesos que no ocurrieron pero que

gracias a una inverosimilitud que resguarde cierto candor literario, podrían convertirse en un tronco desviado, que con consuelos ensoñados nos permita evadirnos del sórdido presente?

El supremo intento de escribir una historia bajo el signo ucrónico – es decir, construir una historia apócrifa que no es la que ocurrió sino la que hubiera podido ocurrir-, es un acto imaginario y literario a contrapelo tal como la que atribuimos a Charles Renouvier, que a mediados del siglo XIX practicó esta “invención del pasado”. Está convocada sobre el vacío ilusionismo del hecho consumado, y provoca un poderoso acontecimiento educativo al interferirlo con otras potencialidades que lo desvían, a la vez verosímiles y fantasiosos. Al modificar tan eruditamente los hechos, el autor de una *ucronía* introducirá una fisura necesaria, una ficción iluminadora en la objetividad de la historia y producirá el efecto que muchos historiadores contemporáneos reclamaron en torno a una vuelta a la mencionada *facticidad originaria* de lo acontecido. La discusión sobre la ucronía, que en la época puso en el candelero el libro de Renouvier le merecerá a Bartolomé Mitre una aguda observación sobre la decisión de San Martín –su “desobediencia”- de no retornar con sus tropas a Buenos Aires para contribuir a poner fin al acecho de los caudillos interioranos.

Alude Mitre al libro de ese escritor francés, publicado en 1857, bastante tiempo antes de su célebre *Historia de San Martín*, y de su polémica con Vicente Fidel López. Es que este suscribía la ucronía de un general San Martín apoyando la Constitución unitaria de 1819. ¿A quién le servía más Renouvier, a López o a Mitre, para pensar que hubiera pasado de no ocurrir aquella desobediencia de San Martín ante el Directorio porteño? Renouvier, como se sabe, había imaginado un cambio en los acontecimientos históricos de la

humanidad a partir de una Roma que se hace cargo del progreso del espíritu humano antes que adoptar el cristianismo orientalista. Aunque López introduce al filósofo francés, es Mitre quién lo pone a Renouvier a su favor –el ucronista, en efecto, escribe su *Uchronía* para mostrar lo difícil y no lo fácil de las mudanzas profundas del cuadro histórico-, señalando que López se deja llevar por su ímpetu genealógico -porteñista-, para imaginar un San Martín pequeñamente localista, antes que un San Martín que actúa “como último campeón de la Revolución de Mayo”, el que debe seguir y pasar al Perú. Es así que salvó la “revolución americana”, afirmación que también construye la ucronía de Mitre, para la cual debe hacer cálculos sobre una base inevitable, ese trayecto supuestamente lineal de San Martín, que no obstante se mostraría demasiado entrecortado por desviaciones y contingencias inesperadas para que también no fuese una permanente ucronía. Esta estalla finalmente entre las brumas de Guayaquil, cuestión hasta ahora solo resoluble por la historiografía positivista, las matemáticas, el cálculo de fuerza, un cuento de Borges y la empobrecida vanidad de los hombres.

III. Las mentalités

Se trataría entonces de ser sometido a una investigación para adentrarnos en los caprichos de la voluntad, si esta podría no haber sido tan firme y deliberativa para hacer lo que hizo, o si una sombra contingencia hubiera encaminado las cosas hacia un lado indeseable que la conciencia no percibía. Este juego no pertenece a los distintos grados en que se expresan las llamadas historias intelectuales, conceptuales, o simplemente de las “mentalidades”. Esta última palabra no nos es extraña, y podemos sin embargo captar el momento en que comienza a parecer en la lengua culta común de un país. Digamos: París, a comienzo del siglo XX. Es lo que deducimos del valioso

testimonio de Proust, que en su magnífica de la intimidad de los salones, paseos y paisajes que se ofrecen a la memoria desfigurada por el tiempo, constata que en ese momento, se comienza a hablar de mentalidades para señalar comportamientos personas o de grupos en torno a valores culturales difusos, o quizás sea lo mismo, disposiciones de conducta en torno a modas que interesan por ser portadoras de signos ocultos pero no indescifrables de prestigio o identidad social. A partir de los años, hace casi un siglo, varios insignes historiadores como Fernand Braudel retomaron la idea de “mentalidad” para realizar una historia material (de la vida cotidiana, del uso de utensilios, de los modos de alimentación y curación, de las creencias religiosas, de los modos punitivos o las filosofías de salvación), todo lo cual concluye con una historia de la institución catalogadora del “orden bruto”, lo que se torna una historia de la mirada, la representación y los saberes, que procede por extraños comparativismos genealógicos, ajenos a cualquier historicidad acumulativa. La historia que revuelve en los partidismos del pasado a lo Michelet recién entonces es reemplazada por una historia de los órdenes mentales a la Foucault. El tiempo no es una centella recuperable del pasado que visita imperceptiblemente el presente, sino un lento desgaste sufrido por una piedra arcaica que se parece mucho al “hecho social” o a las “representaciones colectivas” postuladas por Durkheim. Finalmente, a la lejanía de éste surgen las fórmulas historiográficas de las “mentalidades”.

En esta perspectiva no cabe preguntarse si permanece lo teológico político sino si los cambios tecnológicos no actúan primero en la civilización material, incluyendo en ésta las “tecnologías del yo”, acontecimientos no fenomenológicos de la percepción. Tanto en Braudel como en Foucault, el lugar del “Rey” desaparece, o su muerte es relatada al final como un evento menor, así como

en el cuadro de Velázquez es un mero reflejo exterior premonitorio de la muerte del sujeto. No obstante, estos tiempos que fueron llamados de larga duración -lo que tempranamente daría paso a la mención de su contraparte, el “acontecimiento”-, suelen cortarse inesperadamente por algún evento que trae el relámpago de una escisión. Si la muerte de Felipe V fue tratada por Braudel como un excedente, un hecho majestático que el tiempo largo podía perfectamente diluir, sobre la muerte de Lenin un famoso poema de Maiacovsky, nos dirá que ese hecho “partió el tiempo en dos” e hizo absurda la vida cotidiana con esos latosos pasos de los tranvías y la abúlica cola en las panaderías. (Que le interesaría a un investigador sobre los hábitos masivos en épocas de dificultad o hambruna.)

Pero al comenzar la segunda mitad del siglo veinte se declararon más eficaces las estructuras históricas donde el tiempo es un ciclo cuyos “testigos en ruinas” pueden ser una Iglesia del siglo XII que aún perdura en Combray, donde el personaje de Proust se siente percibidor abstracto del mundo, o el modo de pescar de los pescadores de la isla de Prinkipo, igual desde hace mil años, como los ve el exilado Trotsky. Una pizca de asombro debe presidir estas observaciones. ¿Cómo ciertas costumbres, edificios y gestos -además de figuras retóricas y exclamaciones ante el dolor o el sacrificio-, se mantienen en el tiempo? ¿No es entonces el tiempo en sus avances asincrónicos según las cintas móviles de disímil precipitación, que establecen series temporales para el tiempo de una vida, de un reinado político o de una forma de producción artesanal? Lucien Febvre es dueño de un paso avanzado en torno a estos problemas, pues a los que ya eran habituales manejos y desmanejos sobre el heterogéneo transcurrir de cualquier temporalidad, le agregó la idea de “incroyance”, descreencia o increencia”, con la cual quería fijar un punto específico

en el tumulto entrecruzado de credulidades durante el siglo XVI, queda rasgado por las absurdas humoradas del gigante glotón, que abre otra perspectiva en la interpretación del tiempo sacro que rige las vidas comunes. Cuando cambia una creencia, no lo sabemos bien. Puede ser un entusiasmo colectivo naufragado en una guerra, una conflagración internacional que concluye con una insurrección urbana, como en 1871 la Comuna de París o una manifestación obrera y plebeya que surge de los suburbios y ocupa en centro de la urbe, como en Octubre de 1945 en Argentina. Pero el corte periodizador, habilitado para hablar de “cambios de época”, puede ser un descubrimiento científico -la fisión del átomo-, o la vertiginosa propagación de la llamada conectividad digital. Hechos de la ciencia, las humanidades, las artes bélicas o las revoluciones tecnológicas.

Una foto curiosa que hemos vistos a través de los tantos medios de circulación de imágenes, nos muestra un vagón subterráneo de Buenos Aires en los años 60. Todos los pasajeros leen el diario. Medio siglo después, el mismo vagón, más remozado. Los mismos pasajeros, pero ahora todos reclinados absortos sobre el celular, palabra que se impuso, y todos escribiendo rápidos mensajes ensimismados. Todos abstraídos, antes y hoy, por una ocupación lectural o escritural, pero la primera engarzaba todo lo demás en un plano de objetividad textual, el papel, y la otra ya había perdido su objetividad por la multiplicación de un acto colectivo pero indefinido, llamado “conectividad”. ¿Es así un cambio de época? Si se trata de lo que se conoce como “sensibilidades” o “subjetividad”, ¿equivale o lo que en Febvre es la mención de las campanas de las iglesias medievales, que ya pierden su papel en la rutinaria tarea de ordenar el tiempo con sus campanadas que miden tan precariamente los segmentos transcurridos?

Quizás una de las formas de lucha política más importantes sea aquella que se establece entre los distintos estilos y procedimientos para determinar cuándo sucede el cambio de época, y en qué decisiones vitales, o tecno-vitales reposamos para dar tal veredicto. El historiador puede no ser un testigo de primer grado, pero lo es en segundo y tercer grado, cuando escucha en simultáneo con su decisión de escribir las voces deshilvanadas que pueden acosarlo y cuando se pregunta en medio del mar de sus propias escrituras, si lo ya cancelado no podría haber detenido por un momento su propia dialéctica y permaneció como un hecho abierto, aun persistente en sus efectos subterráneos. El pasado en el presente no es un mero *continuum*, sino la pregunta por el *indicio* que luego se transformó en una amplia gama de hechos y el *vestigio* que delata que antes allí estuvieron los sostenes de algo de lo que solo queda un resto a partir del cual puede inducirse un acto imaginario reverso que puede reconstruir -de una u otras maneras-, el edificio que parecía ya demolido (Marx, 1857).

De todos modos, una historia así concebida, aun concediendo a la narratología metahistórica de Hyden White o a la *metaforología* de Blumenberg, debe tener una implicación equitativa entre escritura, documentación, paradojas del tiempo, entrecruce de eventos magnos con situaciones difusas y carentes de otras consecuencias que no sean en las vidas tomadas en su intimidad. El entrecruce y la paradoja son los esenciales auxiliares retóricos, que invocamos aquí como un suave recordatorio de los procedimientos de Blumenberg. Pero es necesario aceptar que se trata de configurar una historia conceptual de la cultura histórica, eludiendo un historicismo primitivo, y examinando los mitos -entre las leyendas y los conceptos-, que ponen en juego un cuadro de translaciones de autor en autor, de época en época, con un mismo registro de problemas irresolubles:

la teoría ante la vida popular, el momento de finitud humana frente al cosmos, el símbolo frente a la risa mundana, las fórmulas narrativas que habitan el en-sí de la conciencia frente a la serie de sus representaciones posteriores, las “metafóricas” de la Caverna platónica o del Pozo en que tropieza el filósofo “cósmico”, la metáfora como una forma retórica de la contingencia existencial, la fenomenología que intenta desatar el nudo del mundo que embadurna la vida -entre Dilthey y Heidegger-, cuestiones de las que Blumenberg todo lo recoge y debate-, y donde toda metáfora es una forma de la *lebenswelt*.

IV Imposibilidad y quimera en torno a los hechos consumados

Ocurrió un hecho en el pasado, algo que puede habernos disgustado y vuelve cíclicamente bajo el manto de una culpa tenue pero insidiosa. ¿Por qué no lo habré evitado, así no encaro el trabajoso momento de poner, acaso orgulloso en el error, el pecho a lo hecho? Maravillosas, esas frases con sonsonete. Juegan con la banalidad del arrepentimiento. Pero no solo convivimos, sino que somos forjados por el arrepentimiento. Mas, nadie puede decir que este tema no tenga forma oscura, amorfa. Por eso no se ingresa fácil a la confesión. Además de riesgosa, acostumbra a ser casi imposible; nada más fácil que concluir que lo vivido de tal o cual forma, ahora no nos satisface o nos exige piedad o remordimiento, pero no es imposible volverlo a los casilleros que las religiones tienen disponibles, para decir que lo ocurrido nos encontró en posición inadecuada, errónea. Que nada de lo hecho estaba hecho. ¿Pero quién nos creería si contamos lo sucedido de otra manera que no haya sido en su facticidad primera? El arrepentimiento tiene una potencialidad para volver atrás las cosas, pero solo las repara imaginariamente. Para que esto sea así, se puede concebir fácilmente

que solo una gran institución como la iglesia -todas ellas-, deben garantizar algún efecto en materia sacrificial que asegure que arrepentirse no sea un acto vacío, vanidoso u oportunista.

Sin embargo, hay que ver primero si esos hechos originarios existen. Es evidente que no puede haber un origen basado en la consistencia de lo sagrado, en su aparición única y poseedora de un halo primordial, fundador absoluto. Es claro que la idea de “aura” tiene consistencia en el pensamiento artístico y teológico, pero lo que parece más adecuado para situar la indeterminación del origen, es pensar en revalorizar el mito como un suceso realmente existente. Pero -agreguemos-, de carácter incognoscible. Ante él, pueden adoptarse distintas hipótesis que sustituyen el origen -que no dejó vestigios detectables, por una idea de origen que relativice su misterio con cierto materialismo inquietante. Que sería la *verità effettuale*, la que relativizaría a la vez el materialismo con cierto arcano que se resiste a ser encuadrado en determinaciones biológicas, históricas, culturales o provenientes de ciertas casillas predestinadas de complejas espiritualidades. Estas, ya ritualizadas. Estas dos relativizaciones o neutralizaciones dejan la potencialidad correspondiente para la vida de la invención histórica y a la vez para su misterio indescifrable.

Hay, por cierto, un invencionismo. Aquí para retirarle competencia fundante a las “remotas tradiciones” y ver a estas mismas como un conjunto de invenciones del pasado que se quieren remotas y no investigables. Irrupciones ya calculadas, hieráticas. El *invencionismo* declara que aún lo más antiguo, lo más raigal y misterioso, es una decisión detectable en la voluntad de poder de un grupo o una elite, pero que se muestra reacia al investigador, al poner por encima de todo su bien cancelada leyenda. La “ficción orientadora”. El investigador laico demuestra que la leyenda

es igual al investigador que la investiga, una creación en regla, con documentos y voluntades que fueron seculares, pero arrojadas al amasijo del tiempo, desvanecidas por el imperfecto traspaso intergeneracional, parecen un arquetipo ancestral que se remonta a tiempos impenetrables.

El invencionismo del historiador contemporáneo, desde Hobsbawm a Halperín Donghi, dice lo contrario. Es cierto que ninguno de ellos usa tan bruscas hipótesis narratológicas como un Shumway -ahora recuerdo este historiador norteamericano, simple ejemplo de cómo se vulgarizan las discusiones en torno a la “gnosis histórica”-, ni exploran áreas de refinado culturalismo como Edward Said o Hommi Bhabba. Este pone a cultura como “lugar fronterizo” que irrumpe con una novedad que tiene fuerza artística, a través de nuevas lecturas de obras clásicas cuyos soterrados signos colonialistas deben salir a luz para crear el “entretiempo” entre pasado y presente. Sin continuidades apócrifas, pues la obra de arte clásica -no solo Fanon sino también Gramsci-, se deconstruye y se liga en una nueva lectura con las nuevas identidades que surgen de la multiplicidad cultural.

Ante estos nuevos focos se desglosa lo que tiene de fijeza sustancial la idea de nación. ¿Pero esta es completamente una invención? Es evidente que hay siempre una creación a la se le suele atribuir una temporalidad heroica y hierática, regida por la voluntad humana con gradaciones diversas en los impulsos colectivos (¿pero en estos de donde salen?). No obstante, esa invención no siempre es una manifestación de un poder político anexo a su propio memorial. Este está a cargo de cronistas oficiales que garrapatean ditirambos alegóricos sobre espigas, soles y bayonetas, y también sobre los brillos del Fundador. Estos aspectos de las tesis llamadas decoloniales presentan también una red de historicidades moleculares que se apartan de un esencialismo

del martirologio. ¿Pero es posible desligarse tan fácilmente de estos pesos onto-teológicos?

Estos son semejantes en todas las eras del mundo, y que no se puede confiar solo al testigo -sea Primo Levi o Arlt en su aguafuerte *He visto morir-*, pero que no puede tampoco omitirlo, pues el testigo de época, mártir o memorialista, o el interno en un campo de concentración o en una cárcel política, sean Gramsci, Silvio Pellico o Jorge Semprún, expresan sus memorias y escritos a la luz de varias significaciones. La primera es lo representable del sufrimiento, los límites que toda representación encuentra para expresarse como tal. Por lo tanto, siempre la representación va a ser limitada en cuando al tenor del desastre y el exterminio, y al mismo tiempo tiene la posibilidad de preguntarse si cualquier representación es posible. Los momentos más logrados de Primo Levi quizás pueden ser los del drama profundo de la reflexión idiomática; las órdenes dadas en alemán que no podían ser comprendidas podrían estar en el lugar de lo irrepresentable y lo representable al mismo tiempo, porque solo se entendían en ese sustrato mudo de la servidumbre, del cuerpo impotente y la muerte. El lenguaje del *Lager* es el límite de la representación y al mismo tiempo la *ininteligibilidad* en tanto representable de la nada del ser, excepto su sentimiento de desolación y muerte. Esto es, la catástrofe del ser desnudo de su lengua con su cuerpo preso a otra lengua inentendible.

V. Testimonio y *actio per distans*

¿Por qué entonces esta escritura, que intenta labrarse como sentido en las fronteras del propio sentido, no tendría eficacia para la enunciación histórica? La duda sobre el testigo que establece “una relación afectivas y moral con el pasado poco compatible con la puesta en distancia y la búsqueda de inteligibilidad que son el oficio

del historiador”, la promueve Beatriz Sarlo en su libro *Tiempo pasado*. La principal falencia de este razonamiento no consiste en dudar de la inmediatez repleta de sentimientos teleológicos, existentes de antemano a pesar de la conmoción trágica que rodea a la tragedia de la masacre. En verdad este género de relato es válido y se corresponde a las autobiografías de un yo que pasa por la maquinaria trituradora, pero luego consigue narrar esa experiencia personal singularísima, emotiva al máximo, pero con su inevitablemente mínima elaboración histórico-conceptual. El problema consiste en definir qué es buscar conocimientos antes que testimonios a los efectos de la narración de una historia efectiva. Si bien esta autora no llega a conclusiones que descarten el testimonio, desea atender solo la potencialidad de la literatura para narrar desde afuera la experiencia trágica, que en tanto solamente vivencial, pues dar un rastro de profundo interés en el oyente o el lector, pero no puede esa “primera persona” sacrificial reclamar la misma autoridad en los demás campos del conocimiento. Pero este campo donde habita la caprichosa verdad exige aun a esa primera persona pretensiones de mayor valor probatorio que su consternación volcada en el relato de su sí mismo padecido.

Si el testimonio en primera persona solo valiese a los efectos jurídicos, o para la producción de crónicas periodísticas o a engrosar los caudales de un anecdotario funesto, no solo nos quedaría apenas el recurso intelectual, o categorial, o argumental-predicativo, sino que los hechos confesionales perderían la cualidad encajada en su interior, que es raro que no posean, referida a su consistencia trágica. En general, y he aquí lo que interesa, el sino trágico homologa la contextura que suelen tener los hechos que llamamos históricos. Si así los denominamos, es porque tienen por un lado cierta cualidad de representación donde las nociones de tragedia y peligro exigen distintos grados de

distanciamiento entre la mirada del historiador y su objeto, el *illus tempore*. No nos parecen viables los libros o enfoque históricos que mantienen a lo largo de un curso temporal la misma distancia, como si fueran dos planos fijos que se mueven siempre bajo la misma medida experiencial.

Blumenberg cita un trabajo de Oskar Goldberg, *La realidad del hebreo a través del Pentateuco*, en que bajo el concepto de la “polaridad del verbo”, se hace notar que en lo profundo del hebreo como lengua yace el acto por el cual “el significado positivo es neutralizado por el significado positivo”. La raíz verbal “berekh” significa tanto maldecir como bendecir, tanto desconocer como reconocer la existencia del alguien. No estamos lejos aquí del mundo que Derrida (el “pharmakon”) llamó con el impetuoso término de desconstrucción. Blumenberg agrega que estas ambigüedades se trasladan a otros hechos de la esfera expresiva: así, al abrazo, que ha sido “domesticado”, que de su dimensión agresiva o defensiva, en ámbitos sagrados se convierte en el sentido de la comunión. Etimología y actos corporales son intercambiables. La facticidad corpórea puede corresponderse con contextos de sobrevivencia y ésta con la realidad del lenguaje. Igualmente, el origen del beso podría ser el acto de alimentar a otro boca a boca, con alimentos premasticados. Habría aquí una reducción biológica, que también podría ser un indicio de la “desactivación del cuerpo”, como síntoma de un proceso en dirección a la cultura erótica partiendo de la cultura de la alimentación. Actos que se unen en una infinita cadena de metáforas y reducciones etimológicas. Se arriba entonces al gran tema de si hay una correlación entre lo que deja el cuerpo de ser en cuanto a órgano de ejecución de actos y lo que comienza a ser en términos de “portador de expresiones”, es decir, la transcripción dramática entre lo orgánico y lo simbólico, la sustitución de actos instrumentales

por actos de carácter abstracto o artístico.

Del mismo modo, otro ejemplo de la “desactivación del cuerpo gracias a la mano”, es evitar el cuerpo a cuerpo pero conservando aspectos necesarios de la “presentización”, esto es, lo mínimo de presencia y lo máximo de sentido a través de la reproducción de lo real a través de la distancia. “Actio per distans” llamó a este movimiento Paul Alsberg (*Enigmas de la humanidad*, también citado por Blumenberg), proveniente del acto de señalar, forma de hominización que significa “retraer” el acto de tomar, agarrar, asir. Se señala primero teniendo en visto un objeto que puede estar lejano. Pero luego, sin el objeto a la vista, el acto de señalar hacia una “distancia” se torna evidencia específica del pasaje a lo humano reflexivo, simbolizante e interpretador. Surge la delegación, la ausencia, la ampliación del horizonte.

Lo mismo en la tarea del historiador. Cada momento del pasado exige diferentes distancias combinadas entre sí -miraremos el fusilamiento de Liniers con extrema cercanía y el fusilamiento de Valle, quizás, con un acto de apartamiento que sin embargo no sea el mismo que el del fusilamiento de Di Giovanni, que Arlt en cambio vio de muy cerca-, y de este modo escribir la historia siempre significa describirla, bajos heterogéneos puntos de vista que son siempre intercambiables y que al domesticar lo agresivo que pueda resultar la proximidad corporal, la transforman en percepciones de dispar dramatismo según el tipo de señalamiento, que retrae el tiempo pasado. Pero lo hace de maneras tan distintas, que a veces lo aleja y en otro momento se confunde con él, convirtiéndose en pasado presente o en futuro pasado.

VI. Estilización y revelación

Cuando Halperín dice estilización -y pueden apreciarse incontables trabajos historiográficos que

invocan este furtivo concepto-, es posible que con esta fórmula ambigua quiera señalar que ni acepta plenamente el concepto, o la historia del concepto, ni tampoco los hechos crudos sin la contención de una tendencia o un énfasis ligeramente dominante que permite la comprensión de sucesos de otra manera pulverizados en una dispersión infinita. Recordamos una nota periodística que le consagra en 2002 a Eva Perón. No pertenece a los grandes trabajos halperinianos pero es una nota escueta pero sustanciosa. Halperín consigue formular el problema de la interpretación de los íconos históricos en términos muy semejantes a los de la “ficción orientadora”, aunque remitido al hecho de que la historia es una memoria que solo reaparece en innumerables reencarnaciones que revelan menos al pasado que el interesado intérprete de los sucesivos presentes que van apareciendo. Pero luego de pasar revista a todos los “estilizadores” de Eva Perón, en un compendio no malévolo pero sí crispado (la estilización es también la figura que Halperín utiliza para decir mito o ficción orientadora), parece expresar un cierto descontento con las “invenciones y reinenciones” que la convirtieron a Evita en una “marmórea Galatea”. Habrá que interpretar tanto esas reinenciones infinitas, con una explicación inesperada que surge al final de un argumento por el cual todos buscan en Eva expresar la nostalgia de un pasado escindido en campos políticos enfrentados y al que ahora quiere verse como recompuesto en una idílica unidad. Se trata en tal caso de las anotaciones sobre Eva que hace Victoria Ocampo en su *Autobiografía*, en donde la define como “resentida”, aunque Halperín nota que es precisamente por eso que la Ocampo se siente atraída por la “abanderada de los humildes”.

¿Conjetura indebida? Halperín la lleva más lejos, pues ambas damas estarían haciendo el mismo movimiento. La directora de *Sur* “derramaba abundancias” sobre André Gide y Paul Valéry,

pero a pesar de eso no dejaba de haber en esos entusiasmos un gesto que la hacía formar parte -frente a los príncipes de la escritura francesa- de la misma “muchedumbre de humillados y ofendidos” a la que se dirigía la esposa el general innombrable. Transponiendo demasiado pero no inverosímilmente, Victoria era como una “Evita grasita” respecto del *musée imaginaire* de Francia.

¿Qué decir de esta analogía en el “resentimiento” de ambas mujeres tan notables? ¿Es un anticipo de las andanadas de agravios que se encarnan en historia nacional? Inesperada resolución del tema, pues entre ellas –la primera dama peronista y la primera mujer que descubre para el Río de la Plata los oscuros cantos de Drieu la Rochelle- habría habido una “secreta afinidad”. Así lo dice Halperín, dándonos la pista de que para salir de las ficciones orientadoras debe sumergirse en el magma fraseológico de Borges, no sin consecuencias. La historia está mal hecha, siempre. Según declara en este artículo, eso cree Halperín. Y los deseos de cualquier presente es el no haber sucedido de ese modo, por lo que todo pensamiento histórico guarda una simiente contrafáctica que el historiador también debe hacer objeto de su crónica. Ese núcleo moral, no podemos denominarlo de otra forma, es también una forma de responder no con un mito, pero por lo menos con una categoría de la filosofía del sujeto agonal (el resentimiento), a las especulaciones del invencionismo histórico fundado en las maneras que a falta de mejor nombre, desde hace tiempo vienen siendo denominadas posmodernistas.

Se dirá que Halperín no cree en que el resentimiento sea figura apta para comprender el sujeto de la historia, pero el modo en que las formas del conflicto moral se convierten borgeanamente en una “afinidad secreta” revela que en esa historia que Halperín ve tan complicada (“más de lo que se cree”, dice), hay un exceso

de sombras que no se pueden entender a través de un llamado al consenso ni pensando que todo es un recommienzo incansante de la reinterpretación “orientadora”. Hay que buscar figuras morales permanentes, parece pensar Halperín. Dicho así parece un tropiezo de su historiografía, más cercana del juicio blasfematorio o piadoso de Martínez Estrada. Veamos el momento en que aparecen dificultades a través de su pregunta en tono a José Hernández. ¿Cómo “periodista del montón” (si es que cabe ese calificativo deliberadamente descuidado para Hernández) se convirtió en autor del *Martín Fierro*, en el “poeta nacional”? Halperín llama a eso metamorfosis, que según la doctrina antigua es palabra esencial. Allí reside el secreto de los cambios, o mejor dicho, allí encontramos la idea de cambio como algo que nunca desmerece su secreto.

Halperín parece rondar sobre esta idea durante todo su libro (*Hernández y sus mundos*). Si dice que entre el periodista de Paraná o Corrientes y el autor del “poema nacional” ocurrió –en esa metamorfosis–, una *súbita revelación* para más adelante decir *súbita eclosión o innovación súbita*, es para alentarse con una tarea que implica un fuerte desafío. Ni más ni menos que tratar de entender las fuentes de la creación poética –seamos o no críticos literarios o de cualquier otro orden–, con relación a lo que se quiere designar al decir periodismo, es decir, las creencias, las opiniones sociales, las escrituras de urgencia que desean incidir en la vida colectiva. Son los aludidos “mundos” que se ciernen sobre el intelectual y en los que este opera. Sin embargo, es acertado que Halperín, sin que esa sea su manera habitual de encarar las cosas, vea una “eclosión de carácter” entre los estilos de un periodista y de trinchera o profesional (o casi) y el autor de una poética argentina de las más afortunadas.

Tulio Halperín Donghi pronuncia con comodidad las palabras enigma y misterio –desacostumbradas en

él–, que le parecen adecuadas para interrogarse por qué un periodista, que no sobresalía del resto de los cultores de un género de combate en la prensa de la mitad del siglo XIX, se convirtió en el autor del *Martín Fierro*. Son preguntas que valen para un Walsh y muchos otros, pero especialmente para un Walsh. El tema suscita la inquietud de todos los que en el complejo legado de las teorías del arte, se han preguntado por la relación entre el surgimiento súbito de una obra (súbito es habitual palabra halperiniana), y los escritos anteriores del mismo autor que la preanunciarían, e incluso los tramos de su vida que a modo de oscuro vaticinio, los habrían preparado en las penumbras de la conciencia del propio interesado. En Hernández los hay, ¿pero por qué solo en Hernández? No es esa una marca del recorrido biográfico de un artista en plena metamorfosis.

Pero algo más: ¿podría ser el periodismo tan diferente al clima emocional en que se escribe el *Martín Fierro*? Las cosas no son tan sencillamente así, admitiría también Halperín. Aunque no desea seguir el fácil camino que supondría buscar vinculaciones literales entre la trayectoria política inicial de Hernández, su pródiga prosa periodística, y la existencia del *Martín Fierro*. Estamos ante un intento de preguntarse por la poesía, por una poesía (ese “manantial de poesía”, esa “poética que no osa decir su nombre”, esa “misteriosa isla que es *Martín Fierro*”, ese “monumento secreto de una literatura soterrada”), que simultáneamente no elige que sea la explicación sobre la excepcionalidad del *Martín Fierro*. No vale que diga “es mi incompetencia para aquilatar valores poéticos...”, la que me veda tomar este camino de análisis”, porque ya lo ha hecho y aunque no le agrada dejar el mito de una “revelación súbita” para explicar sugestivamente algo que muchos otros especialistas en Hernández han explicado campechanamente. Podemos apreciar en el sesgo historiográfico de Halperín, la

característica de una escritura que en un mismo movimiento o secuencia abarca varios planos temporales. ¿Cuáles son los recursos enunciativos para atravesarlos a todos ellos? La frase que se va plegando sobre diversas instancias del tiempo, tratando de abarcar todas las simultaneidades que se entrelazan, para lo cual el único recurso de la escritura es proveerle torsiones abarrocadas y quebraduras inevitables que se tratan con escorzos irónicos para no afean la escritura.

Cuando nos encontramos con la palabra estilización, estamos ante la acostumbrada sutileza de Halperín -heredera de sus continuos énfasis irónicos-, para decirnos como piensa y escribe la historia. Se trata de un suave movimiento de conceptualización, pues concibe la producción de lo histórico como una afluencia indeterminada de hechos que deben ser intervenidos con un velo traslúcido de intuiciones fundadas en énfasis sobre tendencias reconocibles aun siendo frágiles. Justamente, en ese hecho se funda la estilización, que supone la creación de figuras narrativas recortadas sobre un pesimismo sagaz, la aguda inteligencia del hombre moderadamente consternado por el hecho de que los hombres hacen la historia creyendo que tienen las riendas de los acontecimientos, pero las condiciones en que actúan no son conocidas realmente por ellos. Ese contraste en lo que los actores sociales conocen y proyectan, y las penumbras que nunca la historiografía es tan dadivosa para disipar, es la distancia neblinosa de lo histórico donde el investigador debe adentrarse con una escritura estilizadora -agrupando lo que puede de los hechos que escapan de los conceptos esquemáticos-, y al mismo tiempo se registra toda ruptura, que suele asumir la forma de una *revelación*. Que un hombre que ejercía oficios previsible haya escrito una obra declarada como fundadora del panteón literario nacional, merece entonces ser mencionada como

“súbita eclosión”. Seguir en Halperín el itinerario de lo *súbito* junto a lo estilizado convierte a su historiografía en una reescritura permanente de la acción humana. La estilización halperiniana sigue a la lejanía las ideas de Max Weber sobre el tipo ideal. Ambas indican que agrupar semejanzas históricas supone crear unidades que se preservan en una inmediatez fugaz; la cuestión es seguir ese nudo momentáneo cuando se dispersa en el tiempo. Produce nuevas situaciones inesperadas, aun sin estilo, súbitas. Los acompaña un sentimiento de revelación.

VII. Historia nacional

Los rastros contundentes que dejó Halperín Donghi en la reescritura historizada de la nación, se perciben en algunos títulos. Sobre todo, *Una Nación para el desierto*, donde la construcción de instituciones está regida por el agónico sentimiento de no llegarse nunca a los fines establecidos, y *Revolución y guerra*, donde lo que amenaza con tornarse una historia económico social a la Pirenne, es en su fondo último una reflexión atinente a la creación de las élites primigenias (“la invención de la nación”). Se trata de cómo los linajes familiares se hacen y rehacen a través de las opciones que toman en torno a la creación de patriciados, propietarios de la imagen creadora de la nación en ciernes. Con ello, la suerte de algunos de sus miembros, tanto sea de la familia Gorriti como del pobre Belgrano, al final tratado por Halperín como un muchacho preparado como favorito de las nuevas clases gobernantes de la ex colonia, que resultará luego algo así como un fracasado.

Cuando Halperín dice *hinterland* utiliza la idea de territorio como una fuerza viva que sostiene tráficos económicos que se sitúa en reemplazo de la idea de desierto, la cual es la cara metafórica de ese mismo *hinterland*, noción económica que supone un territorio conquistable, que rodea la plaza

fuerte donde ocurren las decisiones sobre la acumulación financiera y política. Podemos imaginar así que produce una real diferencia con otras vetas historiográficas que toman prestada la idea de mirada como sinónimo de una topografía visual para la ordenación de una forma del mando mundial. La profesora norteamericana Mary Louise Pratt, por ejemplo, trata de la cuestión de la mirada como irradiación de un poder imperial que da pábulo a la “invención de territorios” para crearles una historia apropiada. La historia de una dominación. Así, se lee en *Ojos imperiales: “La reinención de América fue, por tanto, un proceso transatlántico que comprometió las energías y la imaginación de los intelectuales y de amplios públicos lectores en ambos hemisferios, aunque no necesariamente del mismo modo. Para las élites de Europa septentrional, la invención está ligada a las vastas posibilidades expansionistas de los capitales, la tecnología, las mercancías y los sistemas de conocimientos europeos. Las nuevas elites independientes de Hispanoamérica, por otra parte, sentían la necesidad de una auto invención en relación con las masas, tanto europeas como no europeas, a las que intentaban gobernar. Por eso es fascinante que los escritos de Alexander von Humboldt brindaran visiones fundacionales para ambos grupos”*. Al invocarse aquí a Humboldt, que imaginaba las líneas de un continente pleno de un vitalismo goethiano que buscaba su pasado geológico en un diálogo de formas arcaicas minerales y vegetales, intenta amplificar la tesis de la “invención” haciéndola parte de una literatura eximia -viajes, narraciones científicas, hipótesis poéticas, retóricas románticas y neoclásicas, poderes mercantiles transfundidos en las miradas del naturalista o del relator poético-, literatura que pertenece a un género imperial que obliga también a “inventar” una respuesta literaria sudamericana o hispanoamericana. De ahí su buen estudio -entre otros momentos convincentes de su

libro- de los *Viajes* de Sarmiento.

No obstante, hay algo para decir de esta vuelta de tuerca neo-inventorista. Este tipo de análisis epistémico perceptivo, obliga a destinar todo el peso de la voluntad de acción, a un imperio que en su expansión en tanto mirada-vigilancia y tecnología ocular en la narrativa-, pertenece a un dominio casi excluyente, excepto si se invierte desde los dominados, un descripticismo hecho con los mismos métodos de observación, pero -como en Sarmiento-, originados en el “mundo inventado”, que a su vez “inventa” su propia ontología histórica sobre la base de la mirada en última instancia, la del ojo imperial. No negamos la importancia de estos enfoques -llamémoslos así-, pero es evidente que desnutren la posibilidad de que la historia reserve un depósito sedimentario, sin límites precisos ni materiales identificatorios de gran calidad, que permita anacronismos, identidades ilusas, pero no por eso inoperantes, leyendas estereotipadas pero no despojadas de interés mítico (que las enraiza con culturas más remotas que las del imperialismo contemporáneo, como creyó Lugones con las leyendas griegas), y sobre todo, intentos de escapar del oculista imperial con variados retoques del universalismo abstracto, ya sea negándolos por completo (Jauretche preguntándose porque nosotros hablamos tanto de Dostoiévski y en los bares de Moscú nadie habla del Martín Fierro), o bien adaptándolos o citándolos en una amplio abanico que va desde la aceptación vicaria hasta la transcripción equívoca y paradójal, como en Borges.

Halperín ha provocado su inversión o doblez en un muy buen trabajo de Fermín Rodríguez, *Un desierto para la nación, la escritura del vacío*. Podemos encontrar allí algunas líneas de razonamientos similares a las de la “invención nacional”. Este libro realiza una atractiva lectura de los textos formativos de la relación del Estado-Nación respecto al medio geográfico. Del

mismo modo que el libro de Pratt, aparece un Sarmiento que durante la campaña del Ejército de Urquiza ve la pampa no con mirada poética sin con un gesto disciplinador, de apoderamiento económico, científico. Reproduce Rodríguez a Sarmiento: “Que los poetas cultiven la inmovilidad de la pastoral pampeana, que hagan versos y describan las florestas y campiñas, los sotos y bosquecillos de nuestra patria, mientras que el teodolito, el grafómetro, prosaicos en demanda, describen, a su modo, y para otros fines, los accidentes del terreno”. La tesis de la “invención cultural” es un atractivo instrumento de comprensión real, que sin duda proviene de los estudios sobre la “mirada” en Foucault -no Sartre, donde la mirada es confirmatoria de la vergüenza existencial mundana-, en los cuales el mirar constituye efectos de dominio, verdades disciplinarias y distinciones científicas sobre el mundo.

A todo esto, no lo elogiamos ni lo rechazamos; lo sometemos apenas a nuestra duda de antiguo profesor historicista. Pero historicista cribado por el hontanar de lecturas de los alegoristas, los cabalistas, los deconstructivistas y los rizomáticos. Por lo tanto, un alma en pena. De ahí obtengo la módica idea de historizar textos en tanto textos. Lo que equivale a una posibilidad de comprenderlos, cercana a una genealogía de los poderes expresivos de cada uno de ellos, relativamente desvinculados del contenido nunca desechable que les ofrece el tempo histórico en que fueron producidos.

Con estos elementos no podríamos hacer una historia cultural argentina completa, pues no contamos con la disposición documental extensa ni con los cuadros de ideas capaces de definir épocas completas, y que permitan la tan necesaria como delicada empresa de escribir una historia cultural de una nación, que abarque diacrónica y sincrónicamente sus movimientos universales y colectivos, con sus inscripciones singulares y biográficas. El testimonialismo es

la fuente de irrigación de la gran teoría, si -a diferencia de lo que piensa Beatriz Sarlo-, no se concibe reemplazando la vida del concepto, sino que hace a este mismo, testimonial. Decir documentalismo no solo se contrapone al testimonio, sino que el documento es otro tipo de testimonio y hay que tratarlo como tal. Tiene su creencia inestable ligada a su eventual ausencia (hechos fundamentales de la historia no están documentados), a su capacidad de crear el vacío y a su literalidad a veces vana, que no es fácil detectar para quien lo toma con fruición literal. *La expresión de la vida* no es la vida en su desnuda pureza, es una frase. Por lo tanto, si admitimos que es una invención lingüística, no la hay nunca sin que arrastre experiencias residuales donde se alojan símbolos derruidos y fabricados en distintos momentos de una historia llena de borrones, noche y neblina. Eso no puede sino dejar rastros concebibles e inconcebibles. Un historiador que no sepa o no se sienta envuelto en esta bruma, se alejará sin percibirlo de una pequeña puerta dadivosa que siempre se le aparece irónicamente abierta. Se trata de admitir que para quien escribe una historia, siempre eso lo lleva a la única posibilidad de una comprensión (la antigua *verstehen*, que se creyó cómodo abandonar), que es la incomodidad de sentir incompletas sus ideas historizables. Al par de palpar la permanente suspensión de las resoluciones que creemos el buen comportamiento de la dialéctica. Sin embargo, no es que esta no exista. Sino que cuando se muestra, caprichosa, siempre lo hace diferida y furtiva.

QUE VIVIR VALGA LA PENA

María Pia López

“Ni el fuego que los paisanos encienden en las antorchas rojas y negras rociadas de alcohol en los campos que han sido contaminados, ni una plaga de langostas siquiera, que al fin y al cabo son iguales a esas ideas raras que contagian los libros: se comen lo que sirve y a los tuyos los respetan como dioses paganos, para que sigan reproduciéndose como ellas y arruinen toda la cosecha con el virus de la vida incontrolable que propagan y que es -ella sí- la verdadera peste, cuyo mayor peligro es que una vez desatada no se detiene.”

Claudia Masin, “Como los tuyos, las langostas y los libros devoran las cosas útiles y necesarias, y qué efectos produce su acción irresponsable”

Las universitarias chilenas realizaron en mayo de 2018 un proceso de tomas y movilizaciones contra la violencia de género y el sexismo en las instituciones. Las estudiantes de Derecho de la Universidad Católica denunciaron algunas frases dichas por sus profesores: “Señorita, ¿qué hace con ese escote? ¿Usted vino a dar una prueba oral o a que la ordenen?”; “Hay que exigirles más a las mujeres feas porque las lindas, aunque tontas, igual encuentran marido. En cambio, a la fea y tonta no hay quién la aguante”; “Cuando el hombre ve a una mujer y siente ganas de violarla, no es más que un desorden de sus inclinaciones naturales”. Las estudiantes que tomaron las universidades reemplazaron, escribe Nelly Richards¹, el “ideologismo neoliberal de la calidad” por “la demanda libertaria de una educación antisexista”. Allí donde había mediciones abstractas de índices cuantitativos, forjadas en los organismos internacionales, pusieron cuerpos y rebeldías, y dijeron que había que pensar desde y con el cuerpo. Que podía ser gordo, lésbico, tetón, escuálido, largo o corto, pero lo que no podía

ser es objeto de una medición y un juicio heterónomo.

Con y desde un cuerpo que asumía como condición la desobediencia. ¿Puede pensarse la rebelión chilena que pone en cuestión la continuidad de una gobernabilidad neoliberal larga y cruentamente amasada, sin ese antecedente? ¿No es cada acontecimiento a la vez sorpresiva emergencia y maceración de un saber hacer? Aquellas pibas que tomaron universidades, y antes, quienes disputaron las calles de Santiago para reclamar la gratuidad de la educación, pusieron en juego no sólo un repertorio de luchas sino una sensibilidad para desobedecer. La ruptura con el miedo como condición, el sacar los pies del plato de un acuerdo que condena a muchas vidas al descarte. Muchas imágenes circulan y algunas de ellas muestran los abrazos emocionados entre personas cuya edad las sitúa como sobrevivientes de los setenta y los cabros que hoy retoman, a su modo, o sea a distancia y diferencia de todo aquello, el ímpetu rebelde.

Ningún hilo explica por sí solo la fuerza de este río callejero heterogéneo y vasto, tramado en el hartazgo, que pone frente a la palabra concertación un desconcierto, un baluceo colectivo, una discusión. Ningún arroyo entubado en las ciudades del mercado explicará el estallido por sí solo, pero está claro que no se puede desconsiderar el del feminismo. Por un lado, porque caminó la senda de la desobediencia, construyó un saber hacer, una disponibilidad, una decisión de ruptura que una vez tramada vuelve a aparecer, ya no como el espectro de otras rebeliones sino como la experiencia vivida, sensible, de una rebeldía transitada, la experiencia de la fiesta y la pelea. Por otro, como señala Pierina Ferretti, porque la rebelión “de feminista tiene todo, en el sentido de que lo que se pone en el centro es la reproducción de

la vida, y este movimiento a lo que apunta es a sacar la reproducción de la vida del circuito de capital”². Si la lógica neoliberal implica producción de vidas desechables y -al mismo tiempo- sistemas de exacción que suponen la preservación de las vidas, encadenadas al sistema financiero y al trabajo precarizado, si esa lógica que es a la vez la de provocar muerte y condicionar vida es también la de la destrucción de la naturaleza considerada solo como recurso a ser explotado hasta el fin, entonces una disputa contra esa lógica supone poner en el centro la cuestión de la reproducción de la vida. Voces juveniles se alzan en el mundo para reclamar por la destrucción sistemática del planeta, movimientos indígenas confrontan esa explotación insomne con otros modos de habitar, los feminismos recrean y producen zonas ajenas a la mera acumulación. Especialmente, ponen en juego una subjetivación que no es meritocrática y liberal, y un tipo de composición política en la que ni los problemas ni sus soluciones pueden pensarse como responsabilidad o culpa individual.

En la prolífica construcción de enunciados políticos, hay dos que creo fundamentales: “no son treinta pesos, son treinta años” y “en la calle hasta que valga la pena vivir”. El primero señala, con la precisión de un haiku y el arrojo epistémico de un aforismo nietzscheano, que reducir una rebelión a un motivo inmediatamente economicista, implica olvidar el modo en que se macera, pero también los hilos con los que ese mínimo acontecer último se cose con una acumulación histórica, con la violencia del clasismo, con las jerarquías sociales, con el orden sostenido a punta de bayoneta, con un poder militar que no fue enjuiciado. Si Rodolfo Walsh había escrito que el terrorismo de Estado estaba al servicio de un fenomenal crimen social: la reestructuración de

la relación entre las clases, la redistribución regresiva de las riquezas, la destrucción de la industria; lo que muestra el presente chileno es que esa conexión no deja de acontecer, que un aumento del boleto de metro (o de una tarifa eléctrica o de una tasa de interés) se asienta sobre una violencia que es también histórica, acumulada. Y que confrontar ese aumento puede desatar el enjuiciamiento de todo. El precio del pan y la toma de la Bastilla: en términos clásicos. Nunca eso es previsible y en Argentina un ministro se pudo enorgullecer de un ajuste sin precedentes y sin estallido social. Ccareó de tal éxito pero no atisbó la derrota electoral, el hecho no menos sorprendente de que un gobierno no logre reelegir en la primera contienda. Nunca una rebelión se explica por los treinta pesos, ni una elección puede leerse como directo resultado de una crisis económica. La crisis se forja de distintos modos, pero también en la virtud política de los contendientes. Vamos cabros, gritaron los estudiantes en Chile y en ese salto al molinete del metro daban un salto de décadas, ponían a revisión la persistencia pinochetista y los acuerdos partidarios por el orden. Brusca lección de historia para quienes festejaban el ahistórico devenir de una subjetividad consumidora.

La otra consigna pone en el centro la vida: “Hasta que valga la pena vivir”. Porque la vida aplanada a la supervivencia biológica, la vida sometida al ritmo de la explotación capitalista, la vida encadenada por deudas y trabajos precarios, la vida organizada en torno al consumo como única satisfacción, es desgarrado y corrosión. Mark Fisher señalaba, en Realismo capitalista, que la desazón vital era considerada como enfermedad mental antes que como síntoma de la crisis. Ivonne Coñuecar³ narra que en Santiago suelen ocurrir suicidios en el mall. Hay personas que se tiran desde las partes más altas hacia el piso de los shoppings. Caen, mueren, el personal de seguridad se apura a cubrir el cuerpo con una carpa para que el resto siga comprando. También hay quienes, allá y acá, se tiran a las

vías del tren o el subte. La muerte propia como intento de interrumpir un flujo, una circulación perenne, una incesante productividad. Cuando se dice “que valga la pena vivir” se dice algo más, incluso, que la reproducción de la vida. Porque la reproducción sitúa el piso mínimo, ya amenazado por la lógica de acumulación neoliberal; una vida que valga la pena vincula la cuestión al deseo y la capacidad de recrear las condiciones de la vida en común.

La rebelión, que exige asamblea constituyente, está arrojada a pensar todo de nuevo. A tratar de hacerlo. Al acontecimiento de esos cuerpos desafiantes, capaces de tomar las calles durante el toque de queda, fugitivos de toda coerción, cantantes pródigos, ojalá lo espere la bifurcación afortunada de un triunfo necesario: esa asamblea en la que se transforme de cuajo la institucionalidad heredada. Pero si no ocurriera, la rebelión no habría transcurrido en vano. No se sale igual de esos combates y un pueblo aprende de su propia fuerza, tanto como antes supo de su tenaz aquiescencia. ¿O no vemos, en cada oleada de desobediencias, la huella de las anteriores, el saber vivido de la bronca y del deseo?

En Argentina, ¿podemos pensar los resultados electorales sin la acumulación de disputas callejeras, movilizaciones, paros inéditos? La secuencia exige recordarnos bajo la lluvia en 2016 en Comodoro Py, multitud decidida a defender a una persona pero también a un modo de interpretar lo acontecido y otra vez bajo la lluvia el 19 de octubre cuando hicimos el primer paro de mujeres -que fue, también, el primer paro al gobierno de Macri-, y bajo ese agua helada un par de años después en reclamo de presupuesto educativo y también mojadas en la vigilia del debate parlamentario por la legalización del aborto. Exige recordarnos en la fiesta callejera de las movilizaciones feministas, en las peleas sindicales, en las corridas ante los gases que querían despejar las calles para aprobar la reforma previsional, en los muchísimos modos en que se escribió la

palabra resistencia y se bordaron las desobediencias. No son treinta pesos. Son miles de experiencias, de descubrimientos de cada quien como activista o militante, de asunción de compromisos, de invención de vidas de izquierda en tiempos de derechas triunfantes.

Esa subjetivación es lo que interesa. Transmutación de los modelos de vida y confrontación con el núcleo central del capitalismo: la producción de individuos competitivos y valuados de acuerdo a criterios meritocráticos. Cada momento de pelea arrastra sus motivos particulares e inmediatos y su pedagogía general, una pedagogía que es huella, insistencia, goce de estar despierto. Oscilamos entre llamarle resistencia o desobediencia: un término lleva a lo que insiste y persiste, a lo que confronta sosteniendo un lugar, un derecho, una situación; el otro nombra la fuga y la disidencia respecto de un orden normativo, discursivo, de dominio. Muchas de las acciones colectivas son resistentes y desobedientes, en tanto dirimen frente a las lógicas de poder otras formas de vida. Aunque a veces parezcan solo acordes desafinados de la misma cuerda, de tanto tañir otro sonido puede inaugurar perspectivas inesperadas.

Louise Michel fue una militante profusa en heroísmo y tenacidad. Docente y escritora anarquista, fue figura clave en la Comuna de París. En su libro *Mis recuerdos de la Comuna* (diario de los acontecimientos de la época del poverío), narra, en dos momentos diferentes, haber partido su banda roja de comunera para darle a otras la mitad. En la primera escena, ella llega al Hôtel de Ville y encuentra un grupo de mujeres que se retiran llorando. No habían querido aceptarlas como enfermeras de la Comuna porque eran putas. Louise escribe: los comuneros querían manos más puras para curarlos. Ella las abraza y contiene, promete interceder y les regala la mitad de su banda. Intercede, convence y ellas se enrollan. Morirán todas en esos días febriles. La Comuna es derrotada y sus militantes castigados. Louise es desterrada en Nueva Ca-

ledonia. Cuando están allí, estalla una rebelión indígena. Los desterrados, muchos de ellos sobrevivientes comuneros, se oponen. Primero, la Francia colonial. Louise saluda a los rebeldes y les entrega una mitad de la banda roja que llevó al exilio. Escribe Horacio González en un pequeño y precioso escrito en el que recupera esta anécdota, que la revolución es también resto. Lo que espera, lo donado, lo que circula, que persiste. Es huella en el cuerpo -porque no solo las derrotas escriben su letra indeleble, también la fuerza colectiva que se descubre se escribe, rehace, traza. Pero es algo, por eso la doble acción luminosa de la comunera, que puede convertirse en don que se ofrece porque no hay suposición cerrada del sujeto que debe recibirlo. Si putas e indios rebeldes son incorporados con el símbolo otorgado, es porque la revolución no surge del camino prefijado o de un sujeto ideal -¡oh, esquivo proletariado!- sino de la atención abierta a las rebeliones que se desatan. Los libros también pueden ser dones, y ese ejemplar de Mis recuerdos de la Comuna, inconseguible joya, me lo regaló Horacio, de su biblioteca, en medio de mi desvelado entusiasmo con los feminismos. Partía así la banda roja y la hacía circular.

Los feminismos, agencia y discursividad de las rebeliones del presente, arrojan a la escena la querrela acerca de lo que se entiende por vida. Unos párrafos antes recordábamos que lo hacen porque responden a la crisis capitalista de la reproducción de la vida, pero también porque ponen en juego una idea de vida asociada al deseo. No se limita a la supervivencia sino que es perseverancia en el ser, lo que va más allá de la idea de reproducción para situarse en lo que produce, inventa, abre, irrumpe. La masividad de la calle feminista se asocia, en Argentina, a las movilizaciones realizadas bajo la consigna: “Ni una menos”, en junio de 2015. “Ni una menos” es parte de un grito más extendido, que surge para decir Basta a una secuencia de opresiones, desigualdad, violencias. Si la masividad acontece a propósito de la denuncia de la violencia patriarcal, el devenir posterior ha sido el

de evitar que eso sea losa sepulcral sobre los sentidos múltiples que se abrieron. Y, también construir una fidelidad respecto del carácter no punitivista de la demanda inicial: si el 3 de junio se dijo en la Plaza de los dos Congresos que los femicidios no eran cuestión de seguridad sino de derechos humanos, y esa afirmación había que sostenerla cuando la imaginación se encalló en el aumento de penas o en el escrache como previa a la reparación aspirada: la exclusión del ofensor.

Ambivalencias y vaivenes, posibles por lo vasto, lo heterogéneo y lo novedoso de lo que se puso en juego. Y lo descomunal. La historia de esos feminismos es larga y cada momento actualiza saberes, prácticas, huellas provenientes de las luchas encarnadas por mujeres que no se decían feministas -de la huelga de los conventillos a principios del siglo XX hasta el movimiento de desocupadxs a fines de esa centuria. Esas historias se recrean desde 2015, como se recrea esa calle sorprendente, porque nada de lo que acontece le pide su partitura a un momento fundacional aunque coquettee con liturgias y citas. Porque la historia que puede ser narrada desde 2015 en Argentina es, a la vez, la de la construcción de una gobernabilidad neoliberal dramáticamente crispada y la de una complejización creciente del movimiento de mujeres, travestis, lesbianas, trans y no binaries. Es en esa construcción capaz de ir hilando cada vez más planos, porque si hacia atrás pensó el vínculo con el movimiento de derechos humanos y las desobediencias de todo tipo, en su caminar fue tomando la cuestión de la racialización (hasta poner en discusión la cuestión nacional) y la de la clase, pensando lo popular en relación a la explotación y a la afirmación de lo plebeyo.

La idea de vida está en el centro de ese despliegue. Lo está desde el grito colectivo Vivas nos queremos, hasta las discusiones sobre la categoría de vida que se dieron alrededor de la legalización del aborto. Si desde el principio ese enunciado iba contra la producción sistemática de vidas desechables -y recoge el “apa-

riación con vida”- en la discusión de 2018 se distanció con fuerza la vida como supervivencia biológica y la vida como existencia deseante. Vida fue, siempre, un concepto en querrela. Lo fue para los vitalismos del siglo XX, tensados entre la afirmación revolucionaria del comunismo y el ímpetu pasional reaccionario de los fascismos. Ambos encontraban en la vida su explicación profunda. Como hoy aparece esa tensión entre la defensa de las “dos vidas” que enarbolan los sectores antiderechos y el “Vivas nos queremos”. En este punto, hay una condensación de significados que lejos están de poder considerarse solo en términos de libertad individual de decidir sobre el propio cuerpo: la discusión sobre la reiteración del trazo que divide entre vidas con mérito para ser vividas y vidas desechables enjuicia la dimensión necropolítica del neoliberalismo; la cuestión de la explotación y el trabajo socialmente necesario que es impago, problematizado en los paros internacionales de mujeres, muestra la centralidad de la reproducción de la vida, de las condiciones en las que se reproduce y de su carácter generizado; la discusión sobre el aborto y la rebelión contra la heterosexualidad obligatoria y el binarismo sexo genérico suponen considerar el carácter determinante del deseo. Se discute vida en varias fintas: discusión con el carácter criminal de la violencia neoliberal, interrogación sobre las condiciones dignas de su reproducción, distancia con la mera biología.

Hasta que vivir valga la pena... grito rebelde. Ese vivir es el que se despliega y funciona como un reguro de sentidos: vivir como deseo, como perseverar en el ser, insumisión contra los dominios que estructuran un no valer, una pena como estado de las cosas, los ánimos devaluados y las existencias encadenadas al mero mover la rueda del deber, económico y moral. Las penas son nuestras y las vaquitas son ajenas, se escucha de fondo. Pena es castigo y también tristeza. Que algo valga la pena es que tenga sentido este pensar, lo dolido de la travesía, los puntos oscuros. Que no sea mero sufrir o sin sentido. Si

todas las vidas valen y todos los cuerpos cuentan, estamos discutiendo, también, la violencia represiva del pasado y la contemporánea violencia institucional en los barrios, la brutalidad de la intemperie a la que muchas personas fueron arrojadas, la debacle institucional que convierte a escuelas y hospitales en zonas de riesgo antes que en lugares de cuidado. Cuando una garrafa explotó en una escuela de Moreno y murieron dos trabajadoras, supimos hasta qué punto había llegado ese menoscabo de las condiciones mínimas de habitabilidad de las instituciones.

Esas cuestiones fueron problematizadas desde los feminismos. No en exclusividad pero sí ellos alojaron la mayor radicalidad. Con la tenacidad de haber construido la fuerza movilizadora más presente en los cuatro años de gobierno macrista. Frente a esa contundencia, hay quienes incorporan mujeres a sus enunciados: desde el afiche electoral de una izquierda que dice “los trabajadores, las mujeres, la juventud” (sin percibir que es menos excluyente que el diccionario chino inventado por Borges) hasta la idea de un ministerio de la mujer, la igualdad y las disidencias. Pasando por el intento del gobierno saliente de convertir a los temas puestos en juego por los feminismos en una agenda acotada, capaz de considerarse tema a tema, extrayendo la refulgente pepita de la violencia y el astuto tentempié de colocar un tema para el debate parlamentario a sabiendas que no tendría chances de ser aprobado. Mientras ellos querían separar, hubo un conjunto de feminismos que construyeron y expusieron los enlaces entre legalización del aborto y reforma previsional.

Los feminismos populares construyen enunciados y prácticas. Frente al individuo meritocrático, liberal y competitivo que es la clave de la subjetivación capitalista, tantean otro orden de prácticas y otro tipo de subjetividad. Que surge de la consideración de que ni los problemas ni sus soluciones son individuales. Se ha dicho: no se sale sola del círculo de violencia, pero tampoco se de-

cide maternar o abortar sola, y ahí están las redes de socorristas y las mujeres que toman a su cargo la reproducción de la vida cuando hacen florecer merenderos, comedores, lugares de ayuda escolar, y están las que se apropian de las condiciones de su propia economía, arrebatando ese poder al capital, y arman cooperativas de producción y comercio o bancos propios, de circulación del dinero sin intereses. En esa trama organizativa hay algo más que la resolución inmediata de lo necesario. Hay saberes y prácticas, tácticas de subalternas que pueden ser hiladas en el sentido de una nueva praxis política, porque hay allí una materialidad lúcida y deseante, imágenes de otra sociedad, de -y uso aquí el término que despliega Diego Sztulwark en *La ofensiva sensible*- formas de vida. Es sobre esos saberes y prácticas, sobre las imágenes que surgen de esa materialidad, que se puede constituir una ruptura con la lógica neoliberal.

Mujeres no es, entonces, un término que pueda ser puesto a la cuenta de los sujetos sociales a considerar por unas políticas. No lo es, y tampoco esa restringida nominación haría justicia a la complejidad de sujetos de los feminismos contemporáneos, como se discutió con claridad en cada acto nominativo, donde fue necesario abrir el fuelle de las identidades. ¿Cómo construir esa lengua hospitalaria hacia los reconocimientos, arrojada a enunciar las diferencias, sin que encripte a la rebelión en les más dispuestos a ese trastocamiento, sin que deje de interpelar a su multitudinario afuera? Las iglesias pasaron del latín a las lenguas vulgares pero también imaginaron muchos modos de traducción, para que la sensibilidad sea tocada y la creencia implantada. Ese mismo dilema es el de las construcciones políticas. Y en especial, el de aquellas que confrontan con las iglesias la producción de afectos, cuerpos, sensibilidad, creencias. En Argentina el peronismo es esa máquina compleja de traducciones múltiples, que combina rebelión y defensa de los derechos con organización del respeto al poder. Un historiador nombró su libro, tan clásico, con

una precisa definición: Resistencia e integración. Ese vaivén es, quizás, constitutivo, y nombra los modos de habitar el sistema político. Cada gobierno de signo peronista reabre esos problemas y lejos de configurar una larga agonía repone un tipo de articulación con las fuerzas sociales movilizadas. El gobierno que asumió en 2003 leyó la crisis 2001 e intervino en un campo signado por la rebelión popular. El que asume en 2019 tiene en el pasado inmediato la insumisión feminista. Es con esa novedad con la que debe contar, a la que debe considerar, y de hecho lo hace, la nombra como cuestión de políticas públicas, de innovaciones ministeriales, de consideración de un nuevo sujeto político.

Los feminismos populares bordan la imaginación política. Una imaginación que no vendría a aliviar la complejidad sino a considerarla más sagazmente. Tejen una comprensión más cabal de la desigualdad, de sus muchos planos, de la imbricación de jerarquías, de la dificultad de desanudar solo uno de ellos. En Bolivia aconteció un golpe de Estado, quizás un nuevo tipo de golpe, que no termina de evidenciar su carácter militar, porque coloca una representación civil surgida del seno de la oposición. Lo que en Venezuela está aún en proceso, se resolvió en Bolivia. El camino es demasiado parecido: protestas, errores gubernamentales, pérdida de apoyo pero no derrota electoral, intervención de organismos internacionales. El término destituyente, que “Carta abierta” acuñó para pensar la ofensiva de las patronales del campo en 2008, muestra en estos procesos su contenido cabal. Una vez expulsado el gobierno de Evo Morales, comenzó un proceso más clásico de persecución y terror, que no se privó de tener costados originales, como los exorcismos contra un Satanás indio y popular.

Bolivia es, en estos días, el nombre de una tragedia profunda. O de varias. Es frente a esa Bolivia que murmuramos el recuerdo de “El sueño del pongo”, recopilado y vuelto a narrar por José María Arguedas, porque murmuramos todo

lo que sabemos sobre el modo en que los cuerpos son suplicados y sometidos desde la lógica colonial. También los cuerpos de esas mujeres indias ahora nombradas brujas, hacedoras de curaciones y poseedoras de un saber. Es la Bolivia de las revoluciones interrumpidas y la violencia insomne de una elite que cree que tiene derecho impercedero a gobernar. Se alzaron voces feministas contra el golpe y otras relativizándolo, temerosas de que una condena a la interrupción institucional funcione como olvido de la crítica sostenida a la articulación política de Evo. Adriana Guzmán, feminista comunitaria, piensa las diferencias a partir de la condición de clase: “Por eso hoy se plantea la pugna entre feminismos burgueses, blancos, clasemedios, académicos, y el feminismo comunitario. Por blanco, burgués, me estoy refiriendo específicamente a las feministas que intervienen desde sus privilegios, desde su clase, desde su casa cómoda. Feministas que no están en la barricada, sino en la performance, o en sus escritos y declaraciones. Primero se han pronunciado denunciando el fraude, sin cuestionar que Carlos Mesa, el otro candidato, es un genocida. En medio de las movilizaciones, han planteado esta disputa como un enfrentamiento de machos, sin mirar el racismo”⁴.

La cuestión de interseccionalidad, declamada como principio, se vuelve dinámica de coyuntura: entre todas las contradicciones y antagonismos, cuál se convierte en principio determinante, cuál organiza las tensiones principales. Que no es necesariamente el que surge de las propias apuestas, y al no surgir de ninguna pureza previsible exige un conjunto de alianzas, de composiciones, de virtuoso hilado de frentes defensivos. Las discusiones fundamentales sobre la lógica patriarcal del funcionamiento del MAS y sobre el modo en que se considera la naturaleza como recurso a extraer en los programas desarrollistas -cuestión más que controversial en la gestión de los gobiernos populares en la región-, continuadas en el contexto de ataque golpista, deja a esas posiciones a merced de una

alianza tácita e indeseada: discutir que el golpe no es golpe confluye con la propia lógica de defensa de los golpistas.

¿Esto significa declarar inconducentes las críticas que sostuvieron esos mismos sectores? Por el contrario, exige pensar otro lugar de la crítica: desplegarla también al interior de los procesos de gobernabilidad popular. Porque si escindida se convierte en principio abstracto y funcional -desde los feminismos no podemos olvidar lo absurdo de decir, frente a un proceso de conformación de una dictadura racista, que no se toma posición porque es una pelea entre machos-, desdeñada o silenciada implica la afirmación de todos los conservadurismos. Los feminismos, tenaces constructores de otra idea de vida, de consideraciones sobre la vida que implican una discusión con las lógicas de acumulación de capital, son centrales en la construcción de ese lugar, que es a la vez autónomo y tejido, que se aloja en la elaboración común de los problemas públicos pero que afirma una perspectiva propia. Y esto no se puede reducir a una agenda -llamada- de género, sino que se trata de un modo de concebir todas las cuestiones, desde la economía a la seguridad, desde la salud al trabajo, desde la educación a la justicia. Pensar desde los feminismos supone problematizar todos esos campos. También, y fundamentalmente, los modos de construir poder y gobernar. Eso está en discusión.

En los cuatro años de gobernabilidad explícitamente neoliberal, se afirmaron las resistencias feministas, se tejieron redes de todo tipo, se expandió en los barrios, se construyeron enunciados, textos, documentos, imágenes, performance corporales, teatralidad en las movilizaciones. Hay invenciones de lenguajes y producciones estéticas, filosofías y escrituras, creaciones productivas y organizacionales. En la vida cotidiana transcurre una rebelión profunda -encarnada por les más jóvenes- contra la heteronormia. La inteligencia colectiva que amasó asambleas, movilizaciones, encuentros, permitió atisbar un nue-

vo sujeto político: mujeres, lesbianas, travestis, trans, no binaries. No son pocas las discusiones que trae ese sujeto, pero ya sabemos que no puede ponerse en la cuenta sociológica de un tipo social, sino que irrumpe en el campo político como disenso, se descubre a sí y se inventa, se aleja de todo esencialismo porque su afirmación identitaria se sabe construcción. En esta América Latina convulsionada, elegimos uno de sus rostros -de sus muchos y potentes rostros- el de ese feminismo sudaca y conurbano, que vienen nombrando las travas y que estalla en irreverencia y exigencia.

1. Nelly Richard, “La insurgencia feminista de mayo 2018”, en Faride Zerán (ed.): *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*. Lom. Santiago de Chile, 2018.

2. <http://lobosuelto.com/el-malestar-del-chile-neoliberal-entrevista-a-pierina-ferretti>

3. “Y se normaliza que la gente se lance a las líneas del metro y que usuarios del metro se enojen porque los demoran, o se lanzan adentro del Costanera Center, donde ponen una carpa sobre el muerto y siguen de shopping. Y donde ahora pusieron una reja para que ¿rebote el suicida? Un edificio para demostrar que Chile tiene el falo más grande de Latinoamérica y un símbolo de la privatización y desigualdad en pleno *Sanhattan*. Suicidios neoliberales le llamo, porque nos ponen en alerta del modo en que vivimos y del modo en que no queremos morir.” Yvonne Coñuecar, “Yo no soy viajera, yo escapé de Chile”, *Página 12*.

4. <https://www.pagina12.com.ar/230874-el-golpe-de-estado-en-bolivia-es-racista-patriarcal-e Iglesias>

AMÉRICA LATINA: DESTINO INCIERTO

María Constanza Costa

En el último tiempo en la región se materializan crisis de diferente duración e intensidad, un terremoto que va desde movilizaciones callejeras hasta golpes de estado. Homogeneizar este tipo de procesos bajo el paradigma de un “neoliberalismo en crisis”, puede muchas veces simplificar las causas ligadas a problemas estructurales y de larga duración, y hacernos perder de vista la particularidad de cada uno de los procesos políticos sociales. Entre las características que comparten dichos procesos se pueden señalar: el desencanto con las élites políticas debido a su falta de sensibilidad frente a la crisis económica y a la privación de determinados bienes y servicios por parte de la ciudadanía, a la cual, por momentos, no representan, ni tampoco interpelan. El estancamiento económico, producto de la crisis a nivel global, y el fin del auge de las *commodities* a nivel regional, produjo una caída en el consumo de las nuevas clases medias y un deterioro en la calidad de vida de las clases populares.

En algunos procesos que estallaron hace ya un tiempo como es el caso de Brasil o México, la canalización de ese descontento se materializó en opciones electorales, en Brasil, con el triunfo de Jair Bolsonaro, que llegó al poder vestido con un ropaje de *outsider* y lidera un gobierno de extrema derecha con una participación activa de militares retirados en cargos públicos, y una serie de medidas que han deteriorado la calidad democrática de Brasil.

En el otro extremo, la salida al malestar social que generaron los seis años de gobierno del priista Peña Nieto, con un crecimiento exponencial de la violencia y el crimen organizado, dieron como resultado la llegada de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) que logró imponerse frente a un PRI en decadencia y un PAN que por

diferencias internas se encontraba debilitado. Con la llegada de AMLO resurgió un nacionalismo mexicano de corte progresista que proclama una cruzada contra la corrupción, el fin del neoliberalismo, la defensa de la soberanía energética, contra la privatización encubierta de Pemex durante el gobierno de Peña Nieto; tales fueron algunas de las banderas de campaña. AMLO llegó al gobierno con la promesa de construir un país con mejores oportunidades y una mayor presencia del Estado en la redistribución del ingreso. La ambición de llevar adelante la “cuarta transformación” estuvo presente en sus primeros discursos de gobierno. AMLO pretende que su gobierno pase a la historia con el mismo nivel que tres procesos claves en México: la independencia (que tuvo lugar entre 1810 y 1821), la reforma (el enfrentamiento entre liberales y conservadores 1858-1861), la revolución (1910-1917).

La desarticulación de los bloques regionales

En un contexto de aparente retroceso de los gobiernos progresistas, que fueron diagnosticados en muchos casos como heridos de muerte, la llegada de AMLO al gobierno fue vista como un bálsamo, frente al avance de gobiernos de ultraderecha. Jair Bolsonaro no es el único representante de esta corriente en el poder, a él puede sumarse Iván Duque en Colombia, Juan Orlando Hernández en Honduras, estos líderes combinan liberalismo en lo económico, con un discurso de regeneración moral conservadora, y la creciente militarización del Estado que ya se ha mencionado.

El telón de fondo de estos movimientos en el orden nacional es el de un mundo en transición. El declive de Estados Unidos,

el ascenso de China y la crisis de la globalización neoliberal, influyeron en la fragmentación de las estrategias regionales a nivel global y en la adopción de posiciones más individuales. Esta desarticulación se da en el marco de una nueva realidad económica internacional con el auge de los agronegocios y el extractivismo, la reprimarización de la economía, el avance a nivel mundial de ideas conservadoras y la creciente influencia de las iglesias evangélicas en el escenario político regional.

En el periodo liderado por los gobiernos progresistas, nacional popular democráticos en la región, el objetivo fue desarrollar mecanismos que puedan enfrentar los efectos nocivos de la globalización neoliberal, y poner un freno a las estrategias diseñadas por Estados Unidos. Este andamiaje se desarticuló con la llegada de la derecha al poder, que comenzó a enaltecer las bondades del neoliberalismo en contra de cualquier pulsión proteccionista, incluso la de la administración Trump. En su primer discurso ante el Congreso, el presidente Mauricio Macri destacó los beneficios de la globalización: “En un mundo globalizado estamos obligados a competir y eso nos genera un desafío y nos trae inmensas oportunidades” (Palabras del presidente Mauricio Macri, en la 134° apertura de sesiones ordinarias del Congreso), de igual modo, el entonces presidente de Brasil: Michel Temer, que llegó al gobierno luego del golpe institucional contra Dilma Rousseff, aseguraba en la Asamblea de Naciones Unidas en el año 2017 que el proteccionismo debía ser derrotado, en la misma sintonía, Enrique Peña Nieto reivindicaba la apertura de México al libre comercio (Palabras del presidente Peña Nieto en la 72° Asamblea General de la ONU).

Como contrapartida de esta defensa acérrima del neoliberalismo, los gobiernos de la denominada “nueva derecha”, vaciaron los mecanismos de integración regional como UNASUR y CELAC. En abril de 2018, seis de los doce países que componían la UNASUR decidieron abandonar el bloque, fue durante la presidencia *pro tempore* de Bolivia. Si bien los argumentos utilizados tenían que ver con “el exceso de burocratismo y e ideología”, algo difícil de sostener si se tiene en cuenta que desde su creación en 2008 la UNASUR fue un espacio de convivencia de diferentes ideologías, tipos de liderazgo y proyectos socioeconómicos.

La conformación de un nuevo bloque denominado PROSUR, algunos meses después, dejó en evidencia el verdadero motivo de los gobiernos para dinamitar UNASUR. La necesidad de contar con un espacio que se pliegue a los intereses de Estados Unidos y abandone una agenda autónoma de la región, que, en paralelo, mantenía su pragmatismo para seguir beneficiándose de su relación con China. Un segundo elemento que permite explicar, en parte, la desintegración de los bloques regionales es la decisión política de aislar a Venezuela. La creación de PROSUR fue una iniciativa de los gobiernos de Chile y Colombia, a la que luego se sumaron Argentina, Brasil, Ecuador, Guyana, Paraguay y Perú. Estos países más México, habían conformado en agosto de 2017, el Grupo de Lima, que apoyó la persistente ofensiva de Estados Unidos contra el gobierno de Maduro. La Declaración de Lima, denunciaba una “ruptura del orden democrático” y violaciones a los derechos humanos en Venezuela y se comprometía a romper relaciones con Caracas. El Grupo de Lima tuvo el aval de Washington desde el principio, e incluso algunos funcionarios de alto nivel participaron de sus reuniones (En abril de 2019, Mike Pompeo participó de la reunión del Grupo de Lima, llevada a cabo en Santiago de Chile).

Un freno al neoliberalismo

Los estallidos sociales que se han vivido en Chile y Ecuador en el último tiempo nos invitan a pensar hasta qué punto estas movilizaciones son un freno a las políticas liberales o si simplemente son un descontento sin posibilidad de traducción organizativa y con expresiones de violencia anómicas.

El 18 de octubre estalló en Chile una masiva protesta social, protagonizada por los sectores medios y las clases populares, en rechazo a un modelo neoliberal que fracasó en generar el “desarrollo económico social” prometido y consolidó una de las sociedades más desiguales de la región. La chispa que encendió el fuego del “alumno ejemplar” fue la suba del metro de Santiago, pero lo cierto es que la élite política que vendió el modelo chileno al resto de los países de América Latina como un “oasis” en el medio de la crisis económica, se topó con una sociedad cansada y frustrada por el alto costo de vida y la restricción en el acceso a servicios básicos que responden a una lógica mercantil. En Chile el estado no garantiza el bienestar de sus ciudadanos, que se sienten cada vez más agobiados por un sistema que los obliga a endeudarse para poder sobrevivir.

El modelo chileno instaurado por la dictadura de Pinochet presenta fallas, que ni siquiera los gobiernos de la Concertación pudieron corregir. Es por eso que durante el primer gobierno de Michelle Bachelet, a pesar de la implementación de una serie de reformas y programas como la ampliación de la cobertura de salud; la creación de una “pensión solidaria” otorgada a más de un millón de personas y la creación de una red nacional de jardines maternos, también se produjeron manifestaciones callejeras. En el año 2007 las movilizaciones comenzaron producto de la implementación del *Transantiago* (una suerte de Metrobus) pero el verdadero motivo era la impugnación a un modelo en el que subsistía la inequidad.

La célebre “revolución de los

pingüinos”, que tuvo como protagonistas a los estudiantes secundarios marcó el pulso del gobierno de Bachelet e instaló en la agenda pública la reforma del sistema educativo, que allanó el camino para la transformación de la educación superior en 2011. En 2013 se comenzó a gestar la Coordinadora NO+AFP que convocó a grandes movilizaciones contra los fondos privados de pensiones.

Las movilizaciones contra el gobierno de Piñera son reflejo de un modelo en crisis, pero también de una ruptura con las élites políticas, cuya respuesta a los reclamos estuvo, caracterizada por la criminalización de la protesta. El presidente se refirió a los manifestantes como “hordas de delincuentes”, en esta misma línea el ministro del Interior limitó su mirada del conflicto a un “problema de seguridad”, una mirada ratificada por el presidente cuando aseguro que “estaban en guerra”. Las filtraciones donde la primera dama se refiere a sus conciudadanos como “alienígenas” que se habían apoderado de la ciudad, es una muestra de cómo las clases dominantes en Chile perciben a los sectores populares y sus reclamos. En el balance de la respuesta quizás el factor que más genera preocupación es el rol de las Fuerzas Armadas en la Seguridad Interior. El gobierno les dio vía libre a los militares para reprimir la protesta social, y los abusos policiales estuvieron a la orden del día, incluyendo torturas y violaciones como en la época más oscura de la región. La aparición de las FFAA como garantes de un orden democrático es una imagen que se repite en diferentes contextos como Venezuela, Brasil, Colombia y ahora Chile. La presión popular logró que los partidos políticos se comprometieran a reformar la Constitución heredada de la dictadura.

Semanas antes del estallido en Chile, Ecuador fue protagonista de una revuelta de características similares, donde la respuesta estatal también estuvo sellada por la falta de sensibilidad hacia los sectores con menos recursos que son lo que debían cargar con el mayor peso

provocado por el “paquetazo” que decidió poner en marcha Lenin Moreno. El conflicto comenzó con el anuncio por parte del gobierno de un paquete de medidas acordadas con el FMI, en febrero de este año Moreno había anunciado el regreso de Ecuador al organismo, el cual le otorgó un préstamo por cuatrocientos mil doscientos millones de dólares, y a otros organismos multilaterales seis mil millones para ordenar sus cuentas fiscales. Como ya es sabido, estos acuerdos requieren la implementación de una batería de medidas que en este caso contemplaban una reducción del déficit fiscal, reformas laborales y tributarias, así como la eliminación del subsidio al combustible y la liberación de los precios de los hidrocarburos. Las revueltas comenzaron el primero de octubre con el anuncio de la suspensión de los subsidios a los combustibles, además, el gobierno comunicó la decisión de retirarse de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP), lo cual despertó el descontento del gremio de transportistas de Ecuador que convocó a un paro general por tiempo indeterminado para el día siguiente.

A la protesta iniciada por el sector se sumaron rápidamente organizaciones sociales, estudiantiles, pero las que verdaderamente inclinaron la balanza fueron las organizaciones indígenas. El rol jugado por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), fue decisivo para el alcance nacional que tuvieron las protestas. Al igual que en Chile, la respuesta del gobierno a las movilizaciones fue decretar el Estado de Excepción, por medio del cual se limitó la libre circulación de personas, y las fuerzas armadas tuvieron vía libre para actuar en la represión del conflicto social, que incluyó detenciones ilegales, torturas y asesinatos. Además, el presidente decidió durante las jornadas de protesta mudar la sede de gobierno de Quito a Guayaquil, por temor al caos social que se apoderaba de la Ciudad y a las manifestaciones que se producían cerca del Palacio de Carondelet.

La supresión de los subsidios al diésel fue la medida más importante y la que desató las protestas, ya que, es utilizado para el transporte de mercancías y de pasajeros, y sobre este tipo de combustible recaía el 78% del costo de la eliminación subsidio, mientras que el restante 22% se aplicaba sobre la nafta utilizada por los automóviles privados. Los transportistas se retiraron rápidamente del conflicto al lograr, luego de tres días de protestas, un acuerdo con el gobierno por medio del cual este último se comprometía a aumentar las tarifas del transporte público para de esta manera compensar la eliminación de subsidios. Pero las movilizaciones continuaron con mayor intensidad.

Tras doce días de protestas el gobierno de Moreno derogó el decreto 833 y los sectores indígenas abandonaron las calles. En un país con un historial de gobiernos destituidos por manifestaciones populares -como el periodo de finales de los '90 y principios del 2000-, los hechos de octubre fueron vistos con preocupación por las elites políticas de Ecuador y de la región, por miedo a un “efecto contagio”. Moreno, que llegó al poder como el “delfín” de Correa, pero al poco tiempo terminó implementando políticas opuestas a sus propuestas de campaña, acusó a Nicolas Maduro y Rafael Correa de estar manejando los hilos de las protestas como parte de un plan de desestabilización y desató una persecución de referentes del correísmo. Es que los esfuerzos de Moreno, desde el principio de su gestión, estuvieron puestos en ganar su disputa contra ese sector, y hacer sobrevivir a su gobierno. La idea de que la llegada de Moreno ratificaba que no existía el fin del ciclo progresista y que podía designarse sucesores con éxito, se desmoronó rápidamente y dejó en evidencia la fragilidad de la “Revolución Ciudadana” y la profundidad de sus transformaciones.

Un golpe como los de antes

La presión sobre Evo Morales

logró su salida anticipada del poder. El presidente renunció el 10 de noviembre a su mandato vigente que comenzó en 2014 cuando ganó con el 61% de los votos, y que debiera culminar el 20 de enero de 2020. Las elecciones del 20 de octubre sumieron al país en una crisis política que comenzó con denuncias de fraude por parte de la oposición, disturbios en la calle, y ataques a los familiares y propiedades de los funcionarios y referentes del MAS. Este movimiento fue la antesala de un golpe de estado, que se terminó de consolidar cuando las fuerzas armadas le “sugirieron” al presidente que renunciara.

Bolivia es el país que más crece en América del Sur, en los últimos cinco años, el PBI creció 4,6% anual y la desigualdad se redujo 25%. Además, el país cuenta con los índices de desocupación (4%) y de inflación (1,7%) más bajos de América Latina. En el caso boliviano -a diferencia de lo que pasa, por ejemplo, en Venezuela-, no es fácil justificar intentos de desestabilización sobre la base de los propios errores cometidos en el plano económico. Su secreto parece ser haber combinado una redistribución del ingreso, impulsada por el Estado, sin provocar desajustes a nivel macroeconómico y un pragmatismo que va más allá de lo económico.

La excepcionalidad del gobierno del MAS para Bolivia, y los logros alcanzados, es reconocida por propios y ajenos. Pero esta mirada sobre el proceso boliviano se vio opacada cuando el 21 de febrero de 2016, Evo Morales impulsó un referéndum mediante el cual le consultó a la ciudadanía si lo habilitaba a una nueva postulación. La respuesta fue negativa. Frente a los resultados adversos y en un contexto de avance neoliberal en la región, Evo apostó por recurrir a una maniobra judicial para lograr una nueva postulación. El 2017 el Tribunal Constitucional de Bolivia aprobó una nueva postulación para las elecciones de 2019.

El MAS planteó una campaña protagonizada por figuras como

Adriana Salvatierra, la presidenta del senado, -una joven de 29 años- con el objetivo de instalar la idea de “regeneración” para contrarrestar la mirada crítica sobre un deseo de “perpetuación en el poder” y una falta de renovación de cuadros.

En el frente opositor, Carlos Mesa, -ex vicepresidente de Sánchez de Lozada que llegó al poder en 2003, luego de la guerra del gas-, aglutinó con un discurso moderado, a los sectores que cuestionan la postulación de Morales, a la cual consideran “inconstitucional”. Pero la crisis social desatada bajo denuncias de fraude electoral fue protagonizada por una derecha radicalizada, que alberga expresiones racistas, encabezada por un personaje que defiende principios “religiosos” en sintonía con lo que sucede en otros países de la región. Luis Fernando “el Macho” Camacho, representante cruceño,

miembro de la élite empresarial, se apoderó de la escena como referente de la oposición.

Frente a la movilización social y la impugnación de las elecciones por parte de la oposición, el gobierno habilitó una auditoría de la OEA la cual concluyó que se habían cometido irregularidades, y recomendó repetir las elecciones. El presidente anunció la mañana del golpe que aceptaría la repetición de las elecciones “para que el pueblo boliviano pudiera elegir democráticamente a sus nuevas autoridades”. Morales ofrecía una salida electoral a la crisis, pero la oposición se volvió intransigente y profundizó la movilización y los ataques contra miembros del gobierno. La renuncia de Morales fue seguida por la del vicepresidente, Álvaro García Linares. Ambos partieron hacia México, donde el gobierno de AMLO les otorgó del derecho de asilo.

La detención de Mel Zelaya en 2009 abrió un capítulo de movimientos destituyentes en la región, que continuaron con el “juicio express” contra Fernando Lugo, y el golpe institucional contra Dilma Rousseff. Lo que sucedió en Bolivia es un golpe tradicional con un rol decisivo de las fuerzas armadas, el amotinamiento de la policía, el rechazo de la salida electoral por parte de la oposición, la persecución y secuestro de algunos funcionarios y referentes del MAS y sus familias, la feroz represión generalizada desatada por el gobierno de facto (encabezado por la autoproclamada presidenta de Bolivia, Jeanine Añez), así como, el revanchismo y el odio de clase como elemento presente en el discurso y el accionar de la derecha radicalizada. Pero Bolivia también cuenta con una sociedad civil organizada, y un movimiento indígena que resiste el golpe en la calle.

AMAZONIA URGENTE

Guillermo David

La Amazonia es muchas Amazonias. Pero es también, para nosotros, sobre todo, un deseo imaginario que produjo toneladas de papel -y de bits- más o menos reiterativo y poco ajustado a la realidad. Comprender la Amazonia involucra una situación difícil de resolver si no se hace la experiencia de recorrer al menos una parte del territorio. Tuve el privilegio de trabajar en la cuenca del Río Negro, afluente principal del río Amazonas que da nombre al ecosistema, en un proyecto de valorización de patrimonio inmaterial de los Baré, una etnia que sufrió los embates de la civilización blanco occidental capitalista cristiana y extractivista, y que no fue reconocida como pueblo originario debido a su descaracterización sino hasta después de que realizamos una película y un libro (*Baré, povo do rio*) con apoyatura del SESC San Pablo. Es por ello que boceto estas líneas.

Hay demasiadas Amazonias. Está, en principio, la de los indios. Del lado de acá, de los no indios, está la de los viajeros, antropólogos, lingüistas, cineastas, biólogos y cazadores. Pero también está la de los garimpeiros (buscadores de oro), seringueiros (extractores de caucho, a menudo esclavistas), pescadores, ganaderos, arroceros, la de los madereros y demás empresas de captura de las llamadas “drogas do sertão” -que, originalmente, se restringían a la pimienta y el famoso Pau Brasil que dio nombre al país. Por el lado del Estado está la Amazonia de las hidroeléctricas, las petroleras, el Ejército, las escuelas y universidades. Y también está el extractivismo biológico, heredero de los caucheros y etnógrafos positivistas asociados a frentes eclesiales, católicos o evangélicos. Puesto que hoy, como bocado de la industria farmacológica, multitud de científicos/etnógrafos/

religiosos succionan cadenas adenaicas a indígenas resistentes a enfermedades así como se apropian de cepas vegetales con propiedades diversas que rápidamente ingresan al tráfico internacional de patentes. Ello incluye prácticas que van desde la extracción de sangre hasta la confección de diccionarios de herboristería indígena que acaban siendo nuevos medicamentos patentados por las multinacionales farmacéuticas.

También abundan las ongs. (organizaciones no gubernamentales), como el ISA, Instituto Socio-Ambiental, que realiza una notable labor de relevamiento y protección del mundo indígena asociado al ecosistema, iniciativa de Beto Ricardo y Eduardo Viveiros de Castro, dos de los máximos antropólogos del continente, que lleva ya dos décadas de trabajo sostenido. Pero

también hay otras miles de ongs (literalmente: solo en el río Negro hay 800) con muy diversos objetivos, más o menos humanitarios, no pocas veces sospechosos, que reclaman su Amazonia y a veces encubren intereses non sanctos. Por otra parte, proliferan los narcos, restos de las guerrillas (quien este escribe vio descender por el Río Negro unos lanchones de la FARC), los sertanistas (figura de mediación interétnica entre pueblos indígenas y fronteras no indígenas en expansión) y los evangélicos que sustituyeron a sucesivas oleadas de invasores religiosos -jesuitas, dominicos, carmelitas, salesianos-, de pareja vocación etnocida. A ellos ha de sumarse la presencia de pobladores tradicionales, despectivamente llamados caboclos, habitantes de un hinterland que aún mantiene el aire hostil del lejano oeste de película, bastante parecido al de *Fitzcarraldo* pero surcado de redes económicas poderosísimas como las que rápidamente enumero, que tensan todas las contradicciones. Por lo que, en principio, podemos decir que no se puede hablar de “la” Amazonia. Que, por lo demás, es un inmenso ecosistema que abarca 9 países, y, dentro del Brasil, varios Estados (que equivalen a provincias). Una biomasa que es ante todo una red social de extrema complejidad, sobre la cual se ciñen todo tipo de relatos más o menos mitológicos que, como tales, facultan acciones de los diversos actores antes nombrados.

El Pau Brasil, una madera durísima, rojo púrpuro, que se utilizaba en la industria textil inglesa como tinte, acabó extinto debido a la rapiña a que fue sometido. Reitero: Brasil, que proclama el *Orden y el Progreso* en su bandera, extinguió el organismo viviente que le dio nombre y cimentó su riqueza originaria. Imposible no ver una profecía autocumplida en ello. La seringa que dio origen al milagro económico de la cuenca del río Amazonas durante las primeras décadas del siglo en tanto abastecía la materia prima para la industria del caucho, recibió un impulso durante la segunda guerra, entre el 42 y el 46. Luego, al inventarse el caucho sintético, cayó abruptamente su

demanda; la goma amazónica era ya historia. Aunque algunos seringales aún siguen explotándose para abastecer la producción de chicle. Su puesta en marcha -como la de todas las producciones del Brasil- suscitó la esclavización de miles de indios, su desaparición por las condiciones extremas de trabajo, el maltrato, las enfermedades, su descaracterización étnica (pérdida de lengua, religión, rituales, relaciones de parentesco, costumbres, etc.) asimilación o integración. Genocidios y etnocidios que pasaron sin pena ni gloria a lo largo de los siglos. Podrían contarse miles de historias terribles en cada una de las ramas de la producción y en todas las regiones amazónicas -y, más en general, en todo Brasil. Que tramitó mal su vínculo con la monarquía, la esclavitud, nunca del todo abolida, la represión, sin políticas de la memoria ni políticas de Estado eficaces en la reparación del daño cometido sobre los sectores subalternos, salvo, y muy limitadamente, durante el breve interregno del gobierno de Lula. Razones que en buena medida concurren como causal del bolsonarismo. Que es, ante todo, una fuerza social representada por el actual presidente.

En el verano del año que termina -2019- se desencadenaron una serie impresionante de incendios que a ojos del mundo hicieron sonar la alerta ecológico-política sobre el Amazonas. Ya sabemos: las buenas conciencias occidentales sacian su mala conciencia por el grado de complicidad activa o pasiva con las catástrofes desgarrándose las vestiduras con declaraciones pomposas y alertas que no suelen ser más que letra muerta. Y así fue. Pero esta vez había algo distinto, más brutal y urgente: durante meses el fuego devoraba millones de hectáreas arrasando todo sin que el Estado hiciese nada. No era difícil adivinar que el accionar de quema y desmonte descontrolado había encontrado amparo en la política propalada por el gobierno de Bolsonaro, que de entrada tuvo por norte profundizar lo que ya era una línea interna del gobierno de PT en sus diversas versiones, de

Lula a Temer pasando por Dilma. Pues es una línea que considera un despropósito que tamaña biomasa esté en guarda de un grupo pequeño de seres humanos quienes no la usufructúan en demasía -los indios. “Mucha tierra para poco indio” es un lugar común de la política (y de las sociedades, no solo blanca y urbana) brasilera desde la dictadura para acá. Esa concepción sólo fue puesta en cuestión por el propio movimiento indígena y sus escasos aliados -un sector del ejército, el movimiento ecologista mayormente onegista, y por ello mismo limitado en su alcance, alguna que otra izquierda dispersa enguetada en la academia, y pará de contar.

La conformación del bloque ruralista, que comenzó siendo apenas una sección en la bancada parlamentaria y acabó formando parte de un conglomerado dominante en la gestión Bolsonaro, integrado a petroleras, industrias químicas, aurífera, sojera, ganadera, etc., se ha consolidado como fuerza de avanzada que replica la política desarrollista desplegada por décadas. Pero sin considerar mediación alguna con agentes afectados tales como las poblaciones indígenas ni el ecosistema. Ni siquiera intervienen actores del aparato judicial. Cero republicanismo, cero democracia, cero proteccionismo socioambiental y ampliación de la frontera colonizadora es la demanda. Igual que hace un siglo.

Algunos agentes económicos de la frontera interétnica -ganaderos, garimpeiros, arroceros, sojeros, madereros, pescadores industriales y azereros que barrenan los ríos destruyendo la fauna ictícola, etc- se intrusan en territorios indígenas por lo general con tropas de sicarios que arrasan el territorio en busca de su apropiación, desconociendo derechos reconocidos por el Estado. En Brasil, por causa de la veta indigenista abierta por el mariscal Rondón y continuada por los hermanos Vilas Boas y Darcy Ribeiro, que dispusieron herramientas de tutelaje, así como debido a la labor de múltiples indigenistas que hoy en día trabajan en el empoderamiento y

politización del mundo indígena, la demarcación de tierras tiene décadas de desarrollo. Su forma más exitosa y aún resisten es el Parque Nacional Xingú, que desde los años cincuenta ha permitido la preservación de formas de vida humana y natural sin solución de continuidad. Así como la conformación de federaciones de organizaciones territoriales indígenas, como la que nuclea las 711 aldeas del río Negro en un órgano plural de control del territorio. Agrimensores, antropólogos, juristas, y diversas instituciones concurren junto a las propias poblaciones indígenas en el establecimiento de los territorios tradicionales en la consecución de títulos de propiedad comunitarios; sin embargo, ello no es óbice para el intrusamiento. Pues la ausencia de control estatal que garantice la aplicación de estas políticas vuelve inútiles no pocos esfuerzos.

Por otra parte, un problema de perspectiva lesiona la causa indígena -como vemos, son los indios y pobladores tradicionales son los únicos sujetos capaces de sustentar una fuerza social que delimite la rapiña- y consiste en que sólo se considera indio, en Brasil, al

habitante rural que preserva más o menos intactas sus costumbres ancestrales, dejando de lado así a millones de indios urbanizados y misturados desparramados por todo el país cuya constitución como sujeto político multiplicaría la capacidad de intervención en los centros de poder. De todos modos, han surgido desde los años setenta una gran cantidad de líderes en las comunidades que se trasladan continuamente a Brasilia, San Pablo o Río para reclamar derechos conculcados y que este año fueron protagonistas del Sínodo Amazónico convocado por el Papa Francisco, quien percibe el riesgo para los pueblos indígenas de la desarticulación tanto del mundo natural como social y puso a los restos de las comunidades eclesiales de base y a los curas y obispos que trabajan en el territorio en alerta. Las quemadas alentadas por el frente del agronegocio aliado a las iglesias evangélicas -el ariete modernizador que viene ganando la partida- puede ser leída como respuesta político-económica al Sínodo, que por ahora no encuentra interlocutores en los partidos políticos, incluido el PT, salvo en pequeñas fracciones.

El peligro de destrucción del

ecosistema y sus habitantes, garantes de su reproducción, es ingente. Las fuerzas político-sociales que se oponen son minoritarias. La potencia del desarrollismo, como concepción genérica, modernizadora, cala hondo en la mentalidad brasilera. Y se articula con el racismo y clasismo consuetudinarios. Como sucede en nuestros países, las derechas sociales encontraron su expresión política directa, y es sólida y dispuesta a todo. Por lo que es de desear, como está sucediendo en Argentina y prometen otros procesos de la súbitamente convulsionada latinoamérica, que se reconfiguren polos democráticos, populares y nacionalistas, con sus vetas internas indigenistas, plurinacionales, feministas, etc., capaces de frenar esta avanzada brutal. Lo cual no sucederá sin un alto grado de conflictividad

Comencé este artículo mientras veía a Lula libre. Concluí este artículo al día siguiente, mientras veía el Golpe de Estado en Bolivia. La volatilidad de los procesos emancipatorios, amenazados por las acechanzas de las derechas, abre un interrogante difícil de responder sobre el destino de nuestras naciones.

MÉXICO, EN CURSO DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN: EL RETO, SUPERAR EL NEOLIBERALISMO

José Guadalupe Gandarilla Salgado

El triunfo electoral de 2018

La coyuntura reciente en nuestro país se ofrece como uno de los signos más alentadores en el plano internacional, presenciamos un nuevo punto de partida. Lo cierto es que, sin regatear razones para asumir este período como de apertura a una nueva etapa, la coyuntura inmediata, con el panorama de un país devastado en varios flancos, se presenta como una en la que está todo por hacer. Solo un análisis unilateral y sesgado puede ver todo ese proceso concentrado en la figura de Andrés Manuel López Obrador,

antes al contrario, y él mismo lo ha reconocido, el triunfo electoral del 1o de julio de 2018 fue el resultado de una larga batalla que hunde sus raíces en los movimientos que desde los años sesenta, en las calles y avenidas de las ciudades, en los sindicatos, en los plantones del movimiento urbano popular, en las tomas campesinas de tierra y en la salvaguarda de sus territorios por los pueblos originarios, en la defensa estudiantil de la educación pública y gratuita, en las luchas del magisterio, en el resguardo de la industria nacional contra su privatización, fueron abonando elementos a una lucha de largo

plazo que hoy puede ir dando sus frutos. En estos días que se conmemoran los cien años de fundación del Partido Comunista Mexicano (el 24 de noviembre de 1919) se ha hecho reiterada mención que los logros que deriven de esta etapa no pueden sino anclarse a ese horizonte histórico e interpretativo de la realidad y a tantos y tantas que se entregaron, articularon o legaron ese indeclinable esfuerzo militante.¹ Este reciente giro en el acoplamiento a una tradición como la del comunismo mexicano construye un eslabón con toda una serie de reivindicaciones

subterráneas del pueblo mexicano, y de otros sectores subalternos que, como la luciérnaga en el medio del bosque² mantenían un chispazo de luz al oscurecimiento del legado de la revolución mexicana, que se opera tan pronto concluye la presidencia de Lázaro Cárdenas. Con el fin del sexenio cardenista, allá por 1940, se habría agotado el rumbo de una de las gestas reivindicadas por el proyecto del nuevo ejecutivo. Si se habla de la Cuarta transformación es porque este proceso de activación del ideario constructivo de nuestra nación, se quiere ver sostenido en la “afinidad electiva” con los otros tres grandes procesos que animaron las luchas del pueblo mexicano desde que se embarcó en el proyecto de romper el yugo del dominio colonial español. Estas oleadas de movilización y perseverante activación de los hilos de sentido emancipador contra todo género de colonialismo y poder despótico externo e interno incluyen la lucha por la independencia nacional (Primera transformación), el período de la Reforma y de la restauración republicana con Juárez (Segunda transformación), y la revolución mexicana como espacio que abre propiamente el siglo xx (Tercera transformación). Al nutrir su sabia en estas grandes gestas históricas, la transformación encabezada por López Obrador pretende configurarse en un imaginario de solvencia moral y ética que pueda ya no solo asegurar un respaldo ciudadano, sino que en éste se actualicen o recreen los núcleos formadores de sentido de la nación mexicana.

Los anuncios de este relámpago que parece haber partido el cielo en dos fueron dejando sus postas en las luchas por la democratización de los diversos planos de la vida social. La experiencia adquirida se dio con altibajos, en ciclos que comprenden el fraude electoral de 1988, el alzamiento zapatista de 1994 y la lucha (aún no concluida) por la autonomía de las comunidades indígenas,

la resistencia ciudadana contra el desafuero y las amplias movilizaciones contra el robo electoral de 2006 (entre ellas la acampada en Reforma, una de las avenidas más importantes de la zona centro de la Ciudad de México), y el haber opuesto una tenaz resistencia a la mafia del poder hecha proyecto de desgobierno que atentó, en el Pacto contra México,³ y desde antes en la guerra contra el narco, de modo sistemático e integral contra toda la nación, y contra sus nervios más sensibles (como fue en el caso de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa).

En la suma de esos agravios, y en cómo articular el descontento, el candidato de la coalición *Juntos haremos historia*, encabezada por MORENA (Movimiento de Regeneración Nacional), pudo dar con la combinación virtuosa que le permitió obtener más del 53% de la voluntad colectiva expresada en el sufragio (cerca de 31 millones de votos), una victoria inobjetable en las urnas que pudo romper la configuración bifacética del neoliberalismo mexicano, la que se había expresado bajo un mando combinado de las dos fuerzas proclives a ese modelo des-nacionalizador y de enriquecimiento de unos cuantos, el PRI y el PAN, cuyos candidatos quedaron lejos de lo alcanzado por MORENA y sus aliados. Andrés Manuel López Obrador inició su gestión el 1 de diciembre de 2018, y de inmediato entendió el reto en que se enfrascó y la alta concentración de poder de los adversarios a que se enfrentaría, que por obvias razones no permitirían de buena gana ninguna de las políticas alentadas por el nuevo equipo de gobierno sino que las confrontarían con instrumentos legales o ilegales. Desde esta perspectiva, una gran mayoría de nuestra población espera de este evento, y obra políticamente para que eso pueda ocurrir, que no se limite al relevo de gobierno sino que establezca las bases de un cambio de régimen, y que en la intención

de alcanzar la reconciliación y pacificación de las zonas de conflicto en el país arribe a un “cambio de fase” en el ciclo de violencia, un salto que, de rescatar desde sus bases el repertorio de valores emblemáticos de la nación mexicana la pueda proyectar hacia otros destinos, los de la vida democrática y una sociedad más justa.

Balance a un año de gobierno

Estamos a unos cuantos días de que se cumpla un año del inicio de la gestión del gobierno de Andrés Manuel López Obrador en México, luego del triunfo electoral del partido MORENA y sus aliados en las elecciones del 1 de julio de 2018. Se completan estos primeros doce meses de gestión en momentos en que ha estallado una coyuntura internacional y latinoamericana muy compleja que, sin embargo, es guiada por una tendencia general que es la que alimenta los perfiles y ámbitos de un conflicto que va saltando de país en país, ubicable justo en el nudo central que se ha puesto en juego, y que resalta la naturaleza definitoria de la realidad política de nuestro continente: En México y otros países de la región se pugna por la posibilidad o no de sacarse de encima la condicionalidad neoliberal, y de ser esto posible la pelea por dar cauce a escenarios de recuperación de la soberanía y autodeterminación de nuestras naciones latinoamericanas. De ahí la importancia que adquiere, a nivel hemisférico, el rumbo que ha de tomar la gestión de López Obrador y las posibilidades de llevar a buen puerto la, por él calificada, Cuarta transformación.

Desde el discurso en su toma de protesta se puso en claro, por parte de López Obrador, que de lo que se trataba era de establecer un rompimiento con

lo que para el país significó la imposición del neoliberalismo: la ampliación de la pobreza y la desigualdad, una amplia polarización social, con mares de miseria e islas concentradas de riqueza, la destrucción de las infraestructuras nacionales o su entrega al modo de concesiones y privatizaciones para beneficio del capital corporativo multinacional, crisis de inseguridad creciente con brotes de violencia y áreas de conflictividad regados por todo el territorio nacional, o hasta el franco secuestro del ejercicio policial o de gobierno (a todos niveles, federal, estatal o municipal) en regiones del país controladas por los cárteles del narcotráfico y los zares de la droga: las cifras hablan de unos 70 mil desaparecidos, más de 250 mil muertos y la proliferación de fosas clandestinas con miles de restos humanos, resultado de la aventura bélica en que nos empantanó el gobierno de Felipe Calderón. Se trata, entonces, de dar salida a una crisis que no solo se concentra en una economía de crecimiento cero, sino que ya había escalado como crisis de la política y de franca ingobernabilidad, con claras sospechas de infiltración del crimen organizado sobre el aparato de seguridad y los altos mandos federales, y de un resquebrajamiento del tejido social y por ello de rompimiento de normas elementales para la convivencia entre semejantes.

Medidas con un fuerte contenido simbólico, como la apertura de la residencia oficial de Los Pinos y su conversión en un gran espacio artístico y cultural, el establecimiento de una Ley que impediría que el salario de los funcionarios públicos fuese superior al del Ejecutivo, y la fijación de éste muy por debajo de los insultantes niveles con que antes se despachaba la clase política, la desaparición del CISEN (Centro de Investigación y Seguridad Nacional) y del Estado Mayor Presidencial (pues el ejecutivo al contar con legitimidad sostiene que no requerirá ni de un

aparato de escucha o persecución de sus opositores, ni de agentes para su seguridad), sumaban a una estrategia que sostuviera los niveles de aprobación en el ejercicio de la gestión pública, ésta se complementaba con una de las políticas de mayor importancia y alcance para el Ejecutivo, hacer de sus seis años de gobierno una incansable batalla contra la corrupción, y no permitir que bajo su administración se incurra en ella. No se puede dejar de mencionar la estrategia de comunicación social de la Presidencia de la República que ha logrado contener los esfuerzos que desde diversos medios (“conservadores”, al decir de López Obrador) se han desplegado para contrarrestar el activismo gubernamental, lo que, por supuesto, para los opositores no sería sino una aspiración de carácter “autoritario” por copar o monopolizar la opinión pública.

Ya antes de la toma de protesta la primera batalla habría tenido lugar, pues al amparo de una consulta a la población el Ejecutivo acató la decisión ahí expresada por cancelar la construcción del NAIM (Nuevo Aeropuerto Internacional de México), en los terrenos del Lago de Texcoco,⁴ no solo porque la desatinada decisión de Peña Nieto por iniciar esa obra significó un desastre ecológico al desecar el lago y rellenarlo con 55 millones de metros cúbicos de tezontle para intentar darle firmeza a un inestable suelo lacustre que debiera sostener las pantagruélicas dimensiones del proyecto, sino porque ahí se ocultaba un gigantesco robo a las arcas nacionales, pues a través de una triangulación del gasto público éste sería canalizado para beneficio de la oligarquía. Con esa decisión se intentaba contener la voracidad de “la mafia del poder” que ilegal y corruptamente, como fue el sello de la administración que estaba por concluir, pensaba apropiarse de una inversión presupuestada en cerca de 13 mil millones de dólares, de los que ya habría recibido pagos y adelantos, o los recibiría, por los contratos

cancelados, en una proporción cercana a una quinta parte de ese monto. La desmesura del alto capital nacional y sus asociados externos ya auguraba la posible capitalización de toda el área territorial aledaña al proyecto aeroportuario de Texcoco (y de la que se habrían apropiado a precios de ganga y con maniobras de fuerza o de franca ilegalidad), con eso esperaban multiplicar geométricamente su riqueza, pues elevarían el precio de los suelos que de usos de pastizal o para cultivo agrícola escalarían sus valores a los de usos comerciales, inmobiliarios o rentísticos. De ahí que desde ese momento se ensayaron por parte de algunos grupos de empresarios y líderes opositores mecanismos de resistencia judicial ante las acciones promovidas por López Obrador, el propósito (a través de un uso faccioso del “juicio de amparo”, que no surgió para protegerse de la política pública sino ante un ejercicio autoritario que contravenga los derechos elementales) era no solo entorpecer el inicio de la obra del otro proyecto de aeropuerto a construirse en la zona militar de Santa Lucía, sino intentar atrapar al Ejecutivo en algún vacío legal o descuido normativo que lo colocara en posición de ser susceptible de punición y de ese modo hacer uso de los principios del *Lawfare*, una artimaña que ya antes se había ejercido en contra de López Obrador con la intención de inhabilitarlo como candidato para las elecciones federales de 2006,⁵ y que cobró su forma paradigmática en los procesos ya instrumentados en contra de otros gobiernos de la primera ola progresista, como fue el caso de Lula que estuvo cerca de dos años en prisión y que solo muy recientemente recuperó su libertad. La segunda batalla, tan pronto empezó el ejercicio de funciones, dirigió la atención del ejecutivo a combatir el robo de gasolina, por perforación de los ductos de traslado del hidrocarburo, y ahí se hubo de enfrentar a grupos delictivos que laceraban el interés de la nación

con un escandaloso negocio ilícito, conocido coloquialmente como “huachicoleo”, calculado en cerca de 3 mil millones de dólares anuales. No debió extrañar por esa razón que esas bandas delincuenciales reaccionaran secuestrando pipas de abastecimiento, cerrando caminos e incluso colgando algunas mantas por fuera de la refinería de PEMEX ubicada en la región del bajío, con amenazas de muerte dirigidas contra el presidente.

En cumplimiento del mandato constitucional López Obrador presentó ante el Poder Legislativo el 10 de septiembre del año en curso su Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024, que a muy grandes rasgos aspira a distanciarse del neoliberalismo que estatuyó la rapiña y el robo de los bienes nacionales, en su lugar se propone arribar a una sociedad que privilegie el aseguramiento de las posibilidades de vida para la población, esto significa orientar el desarrollo económico hacia el bienestar de las mayorías más lastimadas por el esquema anterior, pero sin separarlo de los propósitos de sustentabilidad (en un sentido financiero o fiscal, por vía de políticas de racionalización en el ejercicio del gasto), de sostenibilidad ecológica (privilegiando acciones que revitalicen el campo, la agroecología y el sustento a la población rural) y bajo el respeto al estado de Derecho, la división de poderes y, en un sentido más genérico, con un proceder que obre en apego a la justicia, todo ello en la mira de construir un México de Paz. Ese proyecto tiene por base la reconstrucción de la infraestructura nacional, la recuperación del sector estratégico de los energéticos y las empresas paraestatales (PEMEX, con impresionante caída en sus niveles de extracción y producción y con obligaciones de pago estratosféricas y CFE, con obligaciones de pago hasta ficticias y con caídas en la generación de kilovatios), la orientación de las políticas educativas y de fomento

a la investigación científica y humanística con el objetivo de dar respuesta a los grandes problemas nacionales. La primera dificultad que enfrenta un proyecto de esta naturaleza es no solo el profundo hueco de las finanzas públicas, no es un dato menor que aún sigamos pagando la deuda interna producto del FOBAPROA, hoy IPAB, verdadero hurto al erario, pues no obstante haber ya pagado 700 mil millones de pesos hemos de seguir comprometiendo recursos hasta 2070, porque una deuda que a su inicio sumaba 552 mil millones de pesos hoy representa cerca de dos billones de pesos. Este es un ejemplo proverbial de los verdaderos agujeros negros que sustraen recursos públicos, muestra de hasta donde se ha llegado, en cuatro décadas, con la aplicación *in extremis* de los criterios neoliberales. Una segunda traba es la imposibilidad financiera para encaminar simultáneamente los ambiciosos proyectos del PND pues, en los hechos, al no incrementarse los precios del petróleo y sin operar una reforma fiscal a los grupos de altos ingresos, la política de recuperación de la industria nacional se traduce en un redireccionamiento del gasto corriente hacia las paraestatales que solo puede ser financiado por nuevas restricciones del gasto público o por una contención del financiamiento hacia ciertos sectores acostumbrados a vivir del cobijo gubernamental. La actual administración está obligada a obrar de esa forma si ha de sostener la política, correcta, de no incurrir en endeudamiento externo.

Entre las políticas más importantes que se han implementado por el nuevo gobierno y que se han intentado frenar en múltiples formas y por un variado arco de actores podemos señalar la lucha contra la corrupción, la aprobación de la nueva Ley de Ciencia, Tecnología e Innovación, y la política de seguridad, estas propuestas se han intentado contrarrestar con campañas de descrédito (a través

de la industria mediática) hacia quienes encabezan importantes secretarías de estado, con el uso infatigable de las *Fake News* y las manipulables redes sociales, o a través de una estrategia que judicialice y entorpezca, mediante “cientos de amparos”, las políticas gubernamentales, toda vez que no las pueden frenar desde el legislativo al contar MORENA con mayoría en las cámaras de senadores y diputados.

La nueva política educativa, con la reforma al artículo tercero constitucional, se ha embarcado en el proyecto de la “Nueva Escuela Mexicana” y aspira garantizar el acceso gratuito a toda la educación impartida por el Estado, lo que incluye el nivel superior. Esta es una auténtica campaña por revertir la pérdida de soberanía en el ámbito educativo, y por ello es que ha de articularse a las propuestas impulsadas por el nueva dirección del Conacyt,⁶ que buscan impulsar una ciencia comprometida, que no descuida la investigación de frontera pero la pone en concordancia con la primera prioridad, la recuperación de su sentido, que ahora estaría guiado por la “apropiación social de la ciencia”, y una renovada interlocución con otro tipo de saberes (“tradicionales”, e pueblos y comunidades), sobre los que ha recaído la iniciativa de campo por preservar muchos de nuestros ecosistemas y son los sectores que con dificultades buscan sobreponerse a la pérdida de soberanía alimentaria, en ese objetivo se suman también los esfuerzos de la institución protectora del ambiente.⁷

Los logros más significativos del nuevo gobierno se ubicarían, en las semanas más recientes, en el recobrado protagonismo de una política exterior de alta dignidad, que se ha separado de la anterior destrucción neoliberal de la historia diplomática de nuestro país que se sometió con beneplácito a los designios estadounidenses. Muy por el contrario, en la coyuntura inmediata, se está logrando

canalizarla en la sólida herencia de la Doctrina Estrada y el derecho a la autodeterminación de los pueblos, y la redirige el cuerpo diplomático a un involucramiento más proactivo con América Latina y el Caribe. Si ya, en su momento, no se doblegó ante la OEA cuando quisieron unguir al autoproclamado presidente de Venezuela Juan Guaidó, hoy ha cobrado nuevo lustre con la firme denuncia del Golpe asestado al gobierno constitucional de Bolivia, y con el otorgamiento del asilo político, entre otros, al presidente y vicepresidente de esa nación hermana, por razones de evidente persecución y la puesta en riesgo de su vida.

Los retos en el plazo inmediato

Las obstáculos y retos más significativas, sin embargo, se ubican todavía en la política de seguridad interior, pues no logran contenerse las cifras de muertos y periódicamente los diarios y noticiarios documentan brotes de violencia o matanzas colectivas. A los reclamos iniciales por no haber retirado de la calle, como se prometió en campaña, a los militares y devolverlos a sus cuarteles, se sumaron los tropiezos, aún no superados, por dotar de legitimidad a la recientemente creada Guardia Nacional. Algunos eventos recientes parecieron llevar a una pequeña fracción del ejército (que bajo el gobierno de Calderón tuvo responsabilidades de mando y que parece todavía ligada a ese personaje) a colocarse en franco desacato de las nuevas órdenes, que privilegian el principio fundamental de resguardar la vida de la población antes que exponerla a posibles enfrentamientos, pues es sabida la potencialidad y letalidad de fuego de la que dispone el crimen organizado. Será muy ardua la tarea titánica por desmontar las redes de criminalidad y las incrustaciones del Narcoestado en el aparato judicial.

Un segundo flanco de

confrontación pudiera abrirse con la esperable oposición de ciertos sectores ligados a la lucha por las autonomías indígenas que ven con muchas reservas la implementación de los llamados “megaproyectos” en la zona sureste del país y la península de Yucatán, pues no ven en ellos sino la concreción de los modelos desarrollistas y extractivistas, que según esa interpretación ya habrían mostrado su fracaso en la anterior ola de gobiernos progresistas de la región. Lo cierto es que, de no canalizarse inversión pública generadora de empleos hacia esa parte del país, que no es sino una forma de redistribución geográfica del excedente, con mucha dificultad se logrará revertir la condición de ser una zona expulsora de población y que se ve orillada a engrosar las filas de la población migrante.

Otra serie de problemas parecen ubicarse en el interior del partido mismo de López Obrador que ya muy temprano ha comenzado a mostrar signos preocupantes de fragmentación, que amenazan con hacer pública o confirmar la dificultad para garantizar un relevo de su cúpula dirigente, de no hacer ese proceso si ya no inobjetable si cuando menos decoroso se perderá una conexión con el proyecto de construcción de una nueva moralidad republicana y ello pudiera llegar a significar también un escollo para el acompañamiento militante (social y político) de MORENA a las tareas de conducción del ejecutivo. El reto sigue siendo, como ya lo fue en otros procesos políticos de la región, proceder *en transversalidad* tanto de lo institucional con lo extrainstitucional, de lo local con lo global, del partido con los movimientos, pues la exigencia de las luchas seguirá siendo la de la incorporación de otras luchas, pues si ninguna lucha es completa tampoco ninguna es despreciable y merece ser desatendida, privilegiar de ese modo los elementos que se revelan comunes (pero antes fueron menospreciados) pudiera ser la garantía para hilvanar

transformaciones que han de hacerse posibles.

1. Para muestra la decisión del Ejecutivo de trasladar los restos de los luchadores sociales comunistas Valentín Campa y Arnoldo Martínez Verdugo a la Rotonda de las Personas Ilustres, y en un plano más general basta mirar la portada de la más reciente edición de la *Revista Proceso*, Núm. 2247, 24 de noviembre de 2019.

2. Véase Didi-Huberman, Georges, *Supervivencia de las luciérnagas*, Madrid, Abada Editores, 2012, 127 pp. Traducción de Juan Calatrava.

3. Alianza política que se suscribió con el nombre de Pacto por México un día después de haber iniciado la administración de Enrique Peña Nieto, y que buscó ofrecerle un arco de gobernabilidad y en ello se condujo al descrédito de los partidos mayoritarios (PRI, PAN, PRD) y sus partidos satélites, los que fueron los principales derrotados. El partido MORENA surgió el 2 de octubre de 2011 precisamente como un partido-movimiento que se distancia de esas fuerzas políticas proclives al neoliberalismo.

4. Véase *Memoria. Revista de crítica militante*, “Nuevo aeropuerto: una batalla ganada al capital”, Núm. 268, Año 2018-4.

5. Véase José Guadalupe Gandarilla Salgado “¿Salir del neoliberalismo? Los usos del derecho en el ciclo reciente de América Latina”, en *Memoria. Revista de crítica militante*, año 2019-2, Núm. 270, p. 40-49.

6. Que de aprobarse la nueva Ley del sector renombrará a la institución referida como Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT).

7. La Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) es encabezada por Víctor Manuel Toledo un intelectual muy reconocido entre los estudiosos de la ecología política crítica.

CHILE: MOMENTO DESTITUYENTE

Rodrigo Karmy Bolton

El asalto al capital que comenzó con una revuelta popular desde los subterráneos de la ciudad catalizada por estudiantes secundarios ha devenido un “momento destituyente”. En él, la imaginación popular inunda las calles, rebalsa los cuerpos, lazos inéditos nutren de erotismo y se inventan nuevas prácticas que abren nuevos caminos. El momento destituyente no se cristaliza en un “poder”, sino que se mantiene irreductible en el registro de la “potencia”, creando los contornos de un pueblo que no existe de suyo, sino que sólo adviene en el instante de su irrupción. El momento destituyente tampoco tiene una estrategia política clara que le permita interlocutar con los representantes del *Ancien Régime* para instaurar uno nuevo (pues no se define por instaurar o conservar un orden), pero si goza de la potencia imaginal que ha sido legada por la ráfaga de revueltas que ha terminado por horadar a la maquinaria estatal.

El “momento destituyente” sin duda define a un proceso imaginal en curso irreductible a un “poder” preciso (un “poder constituyente”, por ejemplo) y, por tanto sustraído de la figura del Estado. Heredero de las diferentes luchas populares que atravesaron al Chile después del derrocamiento de la Unidad Popular, el “momento destituyente” desajusta los cuerpos respecto del control capilar que mantenía la gubernamentalidad neoliberal pues su potencia sobrevive como un resto a la implosión total de su sistema político. Basado en la violencia pinochetista desencadenada en 1973, consolidada en la violencia “legal” de su Constitución aprobada fraudulentamente en 1980 y consumada en la violencia

“transicional” de la democracia neoliberal, el Estado subsidiario instaurado por la violencia guzmaniana ha terminado de *golpe*. Comenzó igual a como terminó: con militares en las calles: 1973 se condensa en 2019, cuando Piñera declara el Estado de Excepción Constitucional y los militares dan curso a la cacería más veloz y eficaz después de la dictadura.

En su estructura subsidiaria, el Estado chileno no es nada más que “trabajo muerto”: un cadáver habitado por muertos que prometen discursos muertos. Porque el “momento destituyente” yace pletórico de una vida común. No necesita de los “políticos” porque sabe que la política la hacen siempre los *cualquiera*; tampoco del congreso por se llena de asambleas y conversaciones cotidianas; el profesionalismo político característico de un régimen representacional enteramente restringido como el chileno jamás fue “político” porque, sea con la dictadura o con la mentada democracia, siempre fue dominado por burócratas preocupados de gestionar de la mejor manera la máquina guzmaniana antes que poner en juego la potencia de la invención: política designa la invención de otras formas de vida, no administrar la cárcel legada por Pinochet. Y, justamente, en Chile, esas formas de vida han tenido lugar a espaldas de la dimensión estatal. Esta última no inventa nada, no pudo jamás inventar nada más que técnicas de gobierno sobre los cuerpos. La imaginación fue confiscada a favor de la violencia militar primero, y luego la violencia gubernamental. Esta última violencia se condensó en esta semana cuando Piñera gestiona un Estado en quiebra y, al declarar

el Estado de Excepción, termina por profundizar la quiebra del Estado.

Sin repertorio político, y donde el enorme capital financiero no puede traducirse ya en capital político. Si esa fue precisamente la “gracia” del artefacto guzmaniano (esa extraña combinación de catolicismo y neoliberalismo, entre ejercicio soberano y economía financiera), la historia de las luchas populares de los últimos 30 años terminaron por abrir una grieta imposible de suturar, al punto de llevar a la máquina guzmaniana trenzada entre la alianza conservadora (Chile Vamos) y la progresista neoliberal (ex -Nueva Mayoría), a su completa implosión, al desgaje de escombros que firman su ruina.

En términos políticos no existe más el Estado subsidiario porque la política está en la calle, en su “momento destituyente”. Se pudo el Estado, pero sobrevivió el pueblo. Porque si el Estado no es más que un conjunto de mecanismos gubernamentales que sólo pueden funcionar si penetran y confiscan la superficie de los cuerpos, el momento destituyente en que vivimos expresa exactamente lo contrario: los cuerpos han sido liberados de los dispositivos que los docilizaban, la potencia ha sido emancipada del poder y no pretende restituirlo: un encapuchado sube un poste sobre la multitud y con su pie aplasta una cámara de seguridad: la multitud le aclama. El capucha ha destituido la mirada del poder.

Los viejos pastores que nos enseñaban las buenas costumbres devinieron desesperados cazadores que pretenden ametrallarnos con milicos salvaguardando el último estertor del Pacto Oligárquico

de 1973, completado en 1980 y consumado entre 1988 y 2005. Si ese Pacto se cristalizó en la máquina guzmaniana, hoy día sufre un *impasse* irreversible que puede formularse bajo este término: momento destituyente o, si se quiere, democracia radical.

Habrà que aferrar el presente y sostener la multiplicidad de luchas en este momento extático en el que los cuerpos ven restituida su imaginación. Hemos dejado el momento de “gobernar” y hemos dado paso al momento de “inventar”. El “momento destituyente” no es más que el estallido de imaginación popular que ocupa las diferentes calles, pero que no calza jamás con su espacio ni con su tiempo: no tiene lugar en los mapas vigentes (el pueblo como potencia no aparece consignado por la Constitución),

ni tampoco habita la época en la que acontece, porque promete una enteramente nueva. En este sentido, no puede más que arremeter enteramente intempestivo.

Ráfaga imaginal que desata los cuerpos del miedo que les había sido incrustado y posibilita una danza insospechada de nuevos ritmos que comienzan a colmar las plazas. Destitución del miedo, de los militares, de los policías, de las AFPs, de los toque de queda: todo el régimen ha saltado por los aires.

Porque si bien un pueblo jamás existe de antemano como sustancia, no es cierto que esta revuelta carezca de discurso, pero ellos son múltiples o moleculares: feminismos, mapuches, ecologistas, comunistas, anarquistas, *toda la indiada converge* en la misma intensidad: *el momento*

destituyente que ha dado a luz a un pueblo. “Chile despertó” de una larga pesadilla que comenzó en 1973. Pero que haya despertado significa que antes tuvo otro momento de vigilia y que, por tanto, el Chile presente se enlaza íntimamente con el del pasado. “Chile despertó” indica la abertura de un lugar de enunciación que había estado ausente, donde una voz diferente interrumpe la elegante comida de los poderosos.

Sin embargo, el “despertar” de Chile, lejos de ser un final feliz, ha de ser pensado como un “comienzo” radical que resta del final de un modelo de Estado (el subsidiario) y donde la fuerza transformativa de la imaginación está dispuesta a luchar, cuerpo a cuerpo, contra los ejércitos de los dueños de Chile.

LA REVUELTA DE OCTUBRE: CHILE

Alejandra Castillo

Revuelta, rebelión o revolución de octubre. Así se ha llamado la protesta nacional contra el neoliberalismo que tomó lugar a partir el día 18 de octubre en Chile. No sabemos con certeza cómo llamarla, lo que sí es claro que es un vuelta de más, un movimiento de más que gira en dirección contraria a lo que se estableció en Chile a partir de la Constitución de 1980 dictada en dictadura. ¿Qué se establece en dicha Constitución? La conversión de los derechos básicos en bienes transables en el mercado; la reducción máxima de la responsabilidad del Estado en la protección social; el abandono de la educación y la salud pública; y la subvención de negocios privados con fondos públicos. Esta revuelta, rebelión o revolución es un grito multitudinario que dice “no más neoliberalismo”.

Desde ese 18 octubre, vivimos el vértigo del tiempo acelerado de la radicalización de la protesta. Esta revuelta se asoma,

lúdicamente, la semana del lunes 14 de octubre cuando un grupo de estudiantes de enseñanza media se oponen al alza de 30 de pesos a la tarifa del metro. Distinto a lo que habitualmente ocurre en las protestas estudiantiles, esta movilización no ocurrió en las cercanías de liceos sino que en las distintas estaciones del metro. Este cambio de estrategia buscaba interrumpir la normalidad del transporte diario invitando a quien quisiese “evadir” el pago. La consigna de esos primeros días fue: “evadir no pagar, otra forma de luchar”.

Esta singular protesta por el alza del transporte público pronto pone en evidencia dos escenas. Una, la del peso cotidiano de vivir en un orden neoliberal en el que la mayoría se empobrece y vive en condiciones muy duras. “Evadir, no pagar, otra forma de luchar” logra articular, así, un importante número de demandas no escuchadas en los últimos treinta años: la salud y educación

pública, las pensiones, precariedad laboral, bajos sueldos, endeudamiento, la privatización ominosa de los recursos naturales, el agua, por ejemplo. “Evadir, no pagar, otra forma de luchar” se vuelve también el significante vacío que encadena las luchas y protestas de los últimos años: la “Revolución pingüina” protesta de las y los estudiantes secundarios por una educación pública y de calidad (2006); la protesta de las y los estudiantes universitarios y secundarios por el “fin del lucro” en la educación (2011); Movimiento No más AFP (2013); Revuelta feminista (2018); y Paro docente (2019).

La otra escena que toma lugar es la respuesta del Gobierno de la derecha neoliberal que ante la justa protesta social decreta estado de emergencia, toque de queda y da facultades a los militares para controlar y reprimir con violencia al pueblo chileno. Debe ser indicado que estas facultades exceden a lo establecido

por el derecho constitucional. Creí que no volvería a escuchar las palabras “toque de queda” o ver a los militares en las calles golpeando a manifestantes, deteniendo sin ajustarse al debido proceso, torturando y asesinando. Junto a la alegría de la esperanza de la política recobrada vuelve el terror del tiempo detenido de la dictadura con la suspensión de la cotidianidad y de la vida.

La suspensión de la razón democrática tiene como marco este estallido social contra un orden injusto que vulnera el derecho al acceso a una educación pública y de calidad, a un sistema de salud gratuito y eficiente y a pensiones para vivir una vejez de manera digna. La economía y la política neoliberal vulneran, de manera drástica, los tres pilares sobre los que se sostiene una democracia. Este orden ha generado, sin embargo, ganancias cuantiosas para unos pocos a costa de un gran daño para la mayoría. Este daño se ha infringido, cotidianamente, contra el cuerpo del pueblo de Chile por treinta años.

Por falta de juicio, entendimiento e interés, los gobiernos de la Concertación y los de derecha hicieron oídos sordos a las sucesivas manifestaciones de descontento y malestar. No han querido ver las marchas, los paros o las declaraciones. Este mismo año para no ir más lejos, se paralizó por varios meses el sistema público de educación exigiendo mejoras a los sueldos e infraestructura. No hubo respuesta, salvo la violencia. Con rabia, porque no es otro el afecto, vimos por meses cómo las fuerzas especiales golpeaban a estudiantes secundarios en sus propios establecimientos. ¿Hay alguna razón para ello? Para quienes creemos en la democracia, la justicia y los derechos, no la hay. Para quienes creen en el lucro y la especulación, la razón para esa violencia era, en primer lugar, debilitar la educación pública volviéndola un “bien” desechable y, en segundo lugar y quizás el más importante, la especulación inmobiliaria ¿A alguien se le escapa que los liceos emblemáticos, por ejemplo, están emplazados en lugares altamente lucrativos? Para la derecha neoliberal todo puede ser un negocio. A ese negocio con nuestra vida se ha dicho basta, no más. Este “no más” es esta protesta social. Es por aquella

razón, que esta protesta es un fuerte llamado a la clase política y al Gobierno para enmendar este daño. La respuesta del gobierno es el estado de emergencia, el toque de queda y la violencia.

En sintonía con los fascismos actuales en los que se traza una nítida línea entre nosotros -el “cuerpo elegido”- contra un “cuerpo extraño” que debe ser expulsado o vencido, el gobierno de Sebastián Piñera justifica esta respuesta desmedida de violencia indicando que el país está en guerra. ¿Guerra de quién? ¿Dónde y quién traza el nosotros (los buenos) y el ellos (los malos)? Ante estas preguntas habría que decir que sin declaración mediante la oligarquía chilena -hoy en el gobierno- le ha declarado la guerra a los pobres.

¿Cómo entender la rebaja del presupuesto al SENAME (Servicio Nacional de Menores)? ¿Cómo entender la violencia policial contra estudiantes de liceos públicos quienes no demandan otra cosa que educación pública de calidad? ¿Por qué el intento sistemático de eliminar las humanidades y las artes del currículo escolar de los liceos públicos? ¿Por qué la activa reticencia de otorgar los recursos necesarios a la salud pública? ¿Cómo no ver el interés privado (de los ricos) en la consulta indígena? ¿Cuál es el sentido de la violencia sistemática contra el Pueblo Mapuche? ¿Cómo entender la política engañosa de la derecha neoliberal de expulsión de migrantes, por un lado, y, por otro, beneficiarse de su trabajo ilegal? Estas medidas parecen las que se toman contra un enemigo al que hay que debilitar al máximo: los pobres.

Ante esta afirmación, cabe preguntarse ¿Quiénes son esos pobres? Es vital la pregunta aunque parezca necia. Bien se podría responder dicha pregunta en la ficción de un breve viaje al país de los pobres. Los pobres están lejos, son habitantes de otro país a los que se visita de tanto en tanto, como lo hacen los programas de beneficencia de algunas universidades católicas o de cota mil en verano. Los pobres se muestran en los noticieros de la televisión abierta son graciosos, son marginales o, simplemente, delincuentes. Otras veces, la televisión abierta incursiona con más creatividad en el país de los pobres y el viaje es “literal”. Un viajero

-un explorador o un conquistador- va a recorrer el país de los pobres ¿Qué comen los pobres en el sur o en el norte? ¿Cómo se las arreglan con el frío, con la lluvia, con la sequía? Bajo este encuadre, los pobres son seres indefensos e ingenuos, más cercanos a la infancia que a la adultez. Estos encuadres visuales no son distintos a aquellos de los programas de humor al que nos acostumbró la dictadura en los años 80.

Saliendo de esta ficción que supone la fuerte distinción del ellos y nosotros, ilusoria pero muy útil para los fines del orden dominante, todavía podríamos seguir preguntándonos ¿quiénes son los pobres? Tal vez la inmensa mayoría que vive endeudada tres o cuatro veces su sueldo que con acrobacia y suerte llega a cumplir con todos los pagos del mes. Deudas que muchas veces no son de uno o tres pagos sino que se han pactado a 20 o 25 años ¿es posible? Sí, claro, muy posible, el crédito hipotecario es una de esas deudas. Para cumplir con su pago se necesita de suerte y mucha: si se ha contraído esta deuda dentro del régimen matrimonial, se debe esperar suerte en el amor, el divorcio es un camino claro y posible al país de los pobres, al menos, para una parte de la sociedad conyugal; suerte en el trabajo, el desempleo es otro camino cierto que conduce al país de los pobres; suerte en la salud, una enfermedad grave y prolongada es una entrada segura al país de los pobres. En el orden neoliberal, todos deben ser afortunados, al menos creerlo profundamente. Bien sabemos que no es así, la fortuna es esquiva y sin apoyo decidido del Estado en la salud, en la educación, en la previsión social, el neoliberalismo no solo vuelve precaria la vida sino que genera pobreza.

¿Entonces quiénes son los pobres? La gran mayoría que no forma parte de la oligarquía neoliberal. Esta mayoría -siempre reticente a nombrarse como pobres, tal vez, clase media- en algún momento de su vida podrían habitar el país de los pobres, en la vejez, muy probablemente, aun cuando hayan cumplido con la deuda (condena) de 25 años. ¿Cómo evitarlo? La receta del neoliberalismo es “especulen o mueran” o, dicho de otro modo, vuelvase en especuladores al por menor, «nanorentistas» o comerciantes del menudeo

y, así, de paso se cierra el círculo ideológico del neoliberalismo con la constitución de un sujeto individualista y acaparador.

Sabemos que la fortuna como promesa engañosa del neoliberalismo no se cumple -de hecho para que haya neoliberalismo es menester su no cumplimiento- es vital para comenzar a hacer frente a esta guerra, primero, poner en escena un lenguaje político de la igualdad y la justicia social. Segundo, apostar por todas las fuerzas y energías que no solo se alejen de la retórica del neoliberalismo sino y, sobre todo, también del ideario político que representó la Concertación cómplice en esta guerra contra los pobres. Tercero, asociarse y crear redes de cooperación -nuevas y creativas- que tramen desde políticas locales un sentido de democracia garantista. Cuarto, revitalizar lo público estatal como un bien a compartir entre la mayoría -nosotros los pobres- y no como botón de guerra de la oligarquía neoliberal. En este punto es crucial la garantía de los derechos a la salud, a la educación y una previsión social justa.

Estas demandas se dejan escuchar en la revuelta social. Revuelta que, por un lado, detiene la máquina neoliberal y, por otro lado, mueve deseos de transformación de la política tal cual la hemos conocido en los últimos 30 años. Esta revuelta de octubre no quiere solo cambiar un gobierno -ineficiente y que viola los derechos humanos en los días que decreta Estado de emergencia- sino que quiere cambiar el propio dispositivo que instala el neoliberalismo en Chile: la Constitución de 1980. Por primera vez desde la recuperación de la democracia en 1989, el descontento social chileno tiene una propuesta de cambio real, tangible aunque radical. De la consigna “evadir, no pagar, otra forma de luchar” se transita a la propuesta política de “asamblea constituyente”, ésta logra articular de manera de manera transversal el malestar acumulado en los últimos años. En pocas palabras, es un deseo de cambiar todo, volver al derecho lo que ha estado al revés por años e incorporar lo que había estado ausente como la defensa de los recursos naturales como bienes comunes.

Esta revuelta de octubre no quiere una

nueva Constitución redactada por la clase dominante sino una emane de los deseos y cuerpos del pueblo para ello es necesario poner en suspenso ese orden dominante, la figura para esa detención no es otra que la asamblea constituyente. La suspensión es necesaria conociendo la historia política en Chile.

Las Constituciones de 1833, 1925 y 1980 se dictaron en Estado de Excepción. En 1925 se auto-convocó una asamblea constituyente de obreros y trabajadores, fue una experiencia democrática única en la historia política del país. Los acuerdos a los que llega esta asamblea tienen como eje la igualdad. Sin embargo, cuando se lleva a cabo el trabajo de redacción de la Constitución de 1925 se establecen dos comisiones la de los “juristas” (los que saben) y la de los asambleístas (los que no saben). La Constitución de 1925 no incorpora ninguno de los puntos de la asamblea constituyente de obreros y trabajadores. Si esta constitución de 1925 hubiese tomado los acuerdos de la asamblea constituyente, por ejemplo, las mujeres hubiesen adquirido sus derechos políticos en 1925. El pueblo parece saber más que la élite privilegiada que no hace más que legislar a la medida de sus temores e ignorancia.

De tal modo, las Constituciones -y el derecho en general- no han dejado de ser, desde el siglo XIX hasta el día de hoy en Chile, un orden impositivo lejano a la participación y al garantismo. Si bien desde los albores de la historia constitucional chilena ya eran parte del léxico político los conceptos de racionalismo jurídico, derechos del hombre y del ciudadano y de soberanía popular; estos no forman, sin embargo, parte esencial de la definición del término de Constitución que se ha vuelto práctica en la política chilena. Lo esencial de la idea de Constitución es la afirmación de la “soberanía nacional”. En este sentido, es necesario relevar que la fluctuación del concepto ‘constitución’ entre las definiciones de “orden estatal” y de “garantías individuales” queda, finalmente, restringida solo a la primera de ellas con la promulgación de la Constitución de Chile de 1833. Instalado a firme el concepto de soberanía nacional en 1830 ya no fue más necesario invocar junto a él la idea de ‘soberanía popular’,

necesaria, en un primer momento, para la reclamación del poder político por el “pueblo Chile”. Con el desplazamiento de la idea de ‘soberanía popular’ también se desplazan las ideas afines de igualdad y de derechos ciudadanos. Es, precisamente, este concepto autoritario y patriarcal de Constitución el que debemos *evadir* para poder darnos una Constitución democrática, popular y feminista.

Si esta revuelta de octubre tiene algún antecedente es la revuelta feminista del año recién pasado en Chile. Lejos de plantearse desde una petición sectorial o de interés de grupo, el movimiento feminista volvió visible la violencia patriarcal en la silenciosa inercia de las instituciones, en la cotidianidad de la vida privada y en el daño que produce el modelo económico neoliberal al cuerpo de la sociedad: ahí está la doble jornada de las mujeres y el trabajo del cuidado que realizan para demostrarlo. Contra el pronóstico del desencanto y la apatía neoliberal, la política en Chile recobró, del tal modo, un olvidado radicalismo de la mano de un feminismo lejano de las moderadas políticas de mujeres de las cuales tuvimos noticia con la vuelta de la democracia a partir de los años noventa. El feminismo se tomó las universidades y el espacio público. Por casi dos meses fuimos parte de la vorágine de la revuelta feminista. Los medios de comunicación se hicieron presentes con despachos diarios, reportajes de toda índole que buscaban mostrar el mundo de las “mujeres”. En las universidades, a pesar de las tomas, se organizaron innumerables charlas en los campus. Y, por primera vez, luego de muchos años, el feminismo apareció en foros y conversaciones en centros comunales y regionales, en organizaciones sindicales y hasta en los partidos políticos. La revuelta feminista hizo escuchar muy fuerte un “no más” a los abusos del Estado autoritario y patriarcal. Un “no más” que se vuelve escuchar hoy, a pesar de la represión militar que busca silenciarlo.

Si el pueblo chileno deviene en asamblea constituyente -como lo reclama la protesta social- que sea puro deseo de cuerpos y palabras que erosionen el único sentido del derecho que hemos conocido: “orden y patria”, autoritario y patriarcal.

LA HISTORIA INTERRUMPIDA: BOLIVIA, ENTRE ESPANTOS Y AMENAZAS

Diego Martín Giller y Ramiro Parodi

El 10 de noviembre de 2019 presenciamos con perplejidad y congoja la emergencia de un nuevo golpe de Estado en Bolivia. El adelantamiento del informe preliminar de la Organización de Estados Americanos (OEA) sobre la auditoría de las elecciones presidenciales llevadas a cabo el 20 de octubre, las cuales habían consagrado a Evo Morales Ayma como presidente del Estado Plurinacional de Bolivia tras obtener el 47% de los votos y lograr, además, una diferencia de más de 10 puntos porcentuales respecto del segundo candidato, Carlos Mesa Gisbert, precipitó la maniobra golpista de manera definitiva. Vago en argumentaciones e indolente en cuanto a presentación de pruebas, el informe quiso ser taxativo: el Movimiento al Socialismo (MAS) ha cometido un fraude electoral. Solo faltaba eso: que un organismo como la OEA, el mismo que había avalado la candidatura de Morales luego del resultado negativo que había arrojado el referéndum constitucional del 21 de febrero de 2016 sobre la posibilidad de una re-reelección, afirmara que había habido un fraude. No importaban las pruebas. Lo que importaba era que un organismo con presunta autoridad internacional encendiera la mecha golpista. Eso es lo nos hizo saber Luis Fernando Camacho, el líder de la oposición civil nucleada históricamente en la zona oriental de Bolivia, conocida como la Media Luna (los departamentos de Beni, Pando, Tarija y Santa Cruz de la Sierra): el informe de la OEA, afirmó Camacho, es el que nos permitió sacar a Morales del gobierno y es el que nos va a permitir recuperar la paz y la democracia en Bolivia.

No nos interesa participar aquí del debate en torno de si estamos o no ante un golpe de Estado. Nuestro punto de partida es inequívoco: en Bolivia hubo un golpe de Estado.

Allí está, para quien quiera verla, la cinematográfica y cinematográfica sucesión de hechos que muestran que Evo Morales no “cayó por su propio peso”: la quema de casas de dirigentes del MAS, la vejación pública de una concejala de Cochabamba, la carta de renuncia que Camacho acerca a La Paz para que sea firmada por Morales, el informe de la OEA que insinúa el fraude electoral, el pedido de renuncia al presidente por parte del jefe de las Fuerzas Armadas, del comandante general de la Policía y del secretario general de la Central Obrera Boliviana, la renuncia de Morales y su posterior asilo en México luego de que varios gobiernos de la región le negaran el libre tránsito por sus cielos, la entrada de Camacho al Palacio Quemado con una biblia en la mano, la autoproclamación de la senadora Jeanine Añez como presidenta de Bolivia en el marco de una Asamblea Legislativa Plurinacional que no había logrado quórum para sesionar. Y la frutilla del golpe: quien le coloca la banda presidencial a Añez es... un militar.

Por el contrario, lo que nos preocupa y nos ocupa es disputar con, y desarmar a, cierta clase de argumentos que comenzaron a circular el mismísimo 10 de noviembre, argumentos que, creemos, tienen efectos políticos muy peligrosos, acaso más peligrosos, por sutiles, que aquellos que buscan negar el golpe de Estado. ¿Qué es lo que dicen quienes esgrimen esos argumentos? Con pequeñas variaciones, enuncian lo siguiente: “Repudio el golpe de Estado en Bolivia. Me produce un dolor enorme que un gobierno que hizo tanto por los más necesitados termine así por la ambición desmedida de Evo Morales de eternizarse en el poder”. Sintomáticamente, cuando ese argumento cree estar repudiando el golpe termina transitando la misma avenida que presume no transitar, que no es otra que la de la justificación

del golpe mismo. Sintomáticamente, cuando ese argumento se dirige al dolor que le provocan los más necesitados, lo hace a condición de *forcluir* el nombre de los sujetos de esa necesidad: los sectores indígena-campesinos. Allí el principio de activación del racismo.

Todo el argumento se construye a través de una suerte de “historización de los errores políticos de Morales”, que irían desde el “borramiento” de sus dos primeros años de gobierno tras la promulgación de una nueva Constitución Política del Estado en 2009 hasta la incursión en un supuesto fraude electoral diez años después, pasando por los conflictos suscitados por la decisión de construir una carretera en el TIPNIS (Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure) en 2011, el llamado al Referéndum para la re-reelección en 2016 y su posterior presentación a las elecciones presidenciales a pesar del traspie en dicha consulta, y, finalmente, su actuación frente al incendio en la zona de la Chiquitania, ocurrido entre julio y octubre de este año. La operación ideológica que se esconde en esos enunciados es sencilla: en la sumatoria de cada uno de esos errores se puede leer el germen de este triste final. En el fondo, parece querer decirnos: si te equivocás, luego no pretendas quejarte.

Identificado su fondo ideológico, es preciso decir algo sobre sus dos principales premisas: 1) “la única voluntad de Morales es eternizarse en el gobierno”; y 2) “Morales hizo fraude electoral”. La primera de ellas, absolutamente hablada por los medios hegemónicos de comunicación, ignora un hecho político fundamental: la candidatura presidencial de Evo Morales es el resultado de una decisión tomada y discutida en el marco de asambleas y encuentros departamentales y nacionales del que participaron

todos los movimientos sociales que forman parte del MAS (sindicatos, confederaciones de micro y pequeñas empresas, de cooperativas mineras, de jubilados y de maestros rurales, tanto como las organizaciones que conforman el Pacto de Unidad: CSUTCB, CONAMAQ, CSCIB, CIDOB y CNMCIQB-BS). Recordemos algo más. A comienzos de este año, el entonces vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Álvaro García Linera, manifestó públicamente su deseo de no ser candidato en las elecciones de octubre. No obstante, las bases sociales del MAS lo rechazaron. Lo precisaban ahí, decían, compartiendo fórmula con Evo Morales. Por mandato de las bases, García Linera finalmente terminó siendo candidato a vicepresidente.

Por lo mismo, lo que esta premisa ignora es que el MAS no es otra cosa que el instrumento político de un conjunto de movimientos sociales esencialmente basistas. Ignora que esos movimientos que protagonizaron cinco años de intensas luchas y movilizaciones contra los gobiernos neoliberales de Gonzalo Sánchez de Losada y Carlos Mesa, entre 2000 y 2005, son los que llevaron a Morales a al Palacio Quemado. Ignora, en suma, que la candidatura de 2019 es menos el producto de la perversa, narcisista y autoritaria subjetividad de Morales que el resultado de una decisión tomada al interior de esos movimientos que así lo reclamaron.

La segunda premisa funciona como demostración empírica de la primera. Instalada incluso antes de la jornada electoral, la idea de fraude se apoyó en el informe de la OEA, cuya prueba más contundente no pasa de ser una mera sospecha: la tendencia mostrada en el último 5% del escrutinio indicaría que “resulta improbable estadísticamente que Morales haya obtenido el 10% de diferencia para evitar una segunda vuelta” (¡pero qué curioso empirismo es ese que no puede mostrar pruebas!). A la luz del modo en que se desencadenaron los acontecimientos, ¿seguirá siendo conveniente apoyarse y confiar

en ese informe? ¿O será hora de comenzar a discutir en serio el rol que viene ejerciendo la OEA en relación a los llamados gobiernos progresistas, sobre todo desde que Luis Almagro funge como secretario general de ese organismo?

Dicho esto, ¿podremos seguir creyendo, afirmando y sosteniendo que la hipótesis más reaccionaria, extrema y trágica de la vida política, como lo es un golpe de Estado, es un producto de esos errores? Si así fuera, ¿no nos estaríamos perdiendo de la posibilidad de realizar un análisis más complejo, que incluya a los poderes fácticos, a las correlaciones de fuerzas internas y externas y a los modos en que las históricas clases dominantes se armaron para poder llevar adelante este golpe? Porque tampoco hay que hacerse los distraídos. ¿O acaso no sabemos que las diferentes narrativas que tienden a justificar el golpe tienen por función práctico-social organizar y hegemonizar la interpretación del actual proceso político boliviano? ¿Acaso no conocemos la incidencia que una narrativa puede tener en el proceso real? Justamente porque sabemos y conocemos eso, es que también podemos advertir que el esfuerzo por desarmarlas forma parte de la necesaria e ineludible batalla cultural en el plano de las ideas, que nunca es exterior al de la dimensión material.

Retomemos. ¿Por qué Bolivia sufrió un golpe de Estado? O para decirlo con René Zavaleta Mercado, ¿por qué cayó Bolivia en manos del fascismo racista, colonial y religioso? Cualquier tentativa de respuesta no puede eludir algunos obstáculos epistemológicos. El primero de ellos es el de la imprevisibilidad. Lo que ocurrió el domingo 10 de noviembre fue absolutamente imprevisible. Solo una vez ejecutado el golpe de Estado puede decirse retroactivamente que había signos que nos informaban sobre su posibilidad o que una historia de intenciones golpistas lo avalaban. Pero lo cierto es que antes de que efectivamente suceda, no parecía una hipótesis verosímil, al menos bajo la modalidad clásica en la que finalmente sucedió. Ni las ciencias

sociales ni el periodismo de analistas internacionales pudieron siquiera imaginar este desenlace. Mucho menos las ciencias económicas, que juzgaban a Bolivia como un modelo de economía en vías de desarrollo, que tenía un buen nivel de reservas en el Banco Central, que había logrado disminuir la pobreza y la desigualdad de manera sostenida, que había aumentado la esperanza de vida, etc., etc.

El segundo obstáculo es el de la vertiginosidad con que se sucedieron los acontecimientos. Desde el golpe hasta el momento en que estas líneas son escritas, han pasado poquísimas horas y demasiadas cosas, todas ellas trágicas y dolorosas. Estamos ante un momento histórico en el que el tiempo se abrevia y la sucesión de hechos dramático-políticos se exacerban (muertes, detenidos, heridos, perseguidos políticos, quema de casas de dirigentes masistas, etc.). Si a esto sumamos la censura a la prensa por parte del gobierno de facto y lo poco que conocemos sobre la injerencia de los Estados Unidos en el proceso que derivó en golpe de Estado, veremos como el acceso a la información en tiempos de vertiginosidad política dificulta aún más la posibilidad de un análisis de coyuntura.

La tercera dificultad es de orden político-afectivo. El hecho de que uno de los procesos políticos y culturales que tanto nos entusiasma –y que tanto lo sigue haciendo– por haber redactado una nueva Constitución Política del Estado, por haber nacionalizado los hidrocarburos, por haber luchado de manera permanente contra el racismo constitutivo de la sociedad boliviana, por haber incorporado a sectores indígena-campesinos en puestos estatales clave, el hecho de que ese proceso, decíamos, haya sido derrotado de manera tan vertiginosa e imprevisible por un golpe de Estado nos deja en un estado de estupefacción, perplejidad y orfandad sentimental y reflexiva que abruma. Hay que decirlo: estamos heridos y abrumados.

Con todo, es preciso brindarse un

espacio para el análisis que no esté regido solamente por lo coyuntural, es necesario construir ese sitio reflexivo que pueda abrirse a claves histórico-sociales, es indispensable encontrar ese resquicio donde la pregunta de Zavaleta pueda ser respondida de algún modo. Zavaleta había formulado ese interrogante en 1971, apenas unos meses después del golpe de Estado de Hugo Banzer Suárez contra la Asamblea Popular de Juan José Torres. El golpe es patrocinado por Estados Unidos y por Brasil y se inscribe en una serie de intentos desestabilizadores en América Latina. Comienza en Santa Cruz de la Sierra y se desarrolla en La Paz. Desde el inicio cuenta con el apoyo del Comité Cívico Pro Santa Cruz, fundado en 1950 y con una *expertise* ya probada en golpes de Estado, tal como lo demuestra su colaboración con el golpe de 1964, conocido como “Pacto militar-campesino” y ejecutado por el militar René Barrientos Ortuño, entonces vicepresidente de Bolivia. Este ominoso parentesco entre esos golpes y el actual muestra la insistencia de una forma de vida autoritaria que es legataria de las últimas dictaduras acontecidas en la región. Muchas de las intervenciones que buscan abordar la cuestión sobre si fue o no un golpe de Estado lo que ocurrió en Bolivia dan cuenta de esa imposibilidad de asumir que el denominado “retorno de la democracia” (que en Bolivia debería haber sucedido a partir de 1982 con la segunda presidencia de Hernán Siles Zuazo) no es otra cosa que el triunfo (en retirada provisoria) de los proyectos militares-neoliberales que abrieron una postdictadura. Sintomática de esta lectura es la historia boliviana: en 1997 asume el dictador Hugo Banzer Suárez, ahora con ropaje democrático.

Zavaleta analizó la fragilidad de las alianzas del gobierno de Torres y, sobre todo, el rol estructural del ejército en Bolivia. Así, pudo escribir que “el ejército es el alma del Estado”, esto es, que incluso cuando hay momentos de repliegue de las fuerzas armadas, un insistente espanto, para decirlo con Silvia Schwarzböck, permanece en su afán

por resolver los conflictos sociales y políticos por la vía reaccionaria. Sus palabras, que no reconocen amagues, todavía nos interpelan: “El ejército no se sentía amenazado por un manifiesto o por un voto; se sentía amenazado por la existencia misma del ascenso de las masas. No importaba qué dijera ese movimiento de las masas; el ejército no iba a estar tranquilo hasta que no dejara de existir como un vértigo desafiante”.

La dictadura de Banzer resultó, en efecto, el momento de acumulación originaria de la Media Luna. Merced a ese golpe, el oriente boliviano, que antes que una mera geografía es una cultura política colonialista y racializada, comienza a convertirse en el motor del capitalismo en Bolivia, llegando a acumular prácticamente la mitad del producto bruto interno boliviano. El gobierno canaliza préstamos y subsidios hacia Santa Cruz, destinados a estimular la producción maderera, el cultivo de arroz, los cultivos de exportación, como algodón, café y azúcar, y la explotación ganadera, ofreciendo de esta manera un sostén económico a la oligarquía cruceña. Hasta el 2006, cuando el MAS gana las elecciones presidenciales, esto se sostuvo así. Ese mismo año la acumulación se interrumpe por la nacionalización de los hidrocarburos, principal recurso económico del país, ubicado justamente en la zona oriental. Pero sobre todo, lo que parece interrumpirse, o al menos canalizarse por medio de la política, es la dominación oligárquica de la elite cruceña. Porque no es cierto que a esa elite sólo le importa la economía. Su proyecto también es ideológico-cultural.

La casi imposible unidad histórica de la nación boliviana parecería ser una suerte de moneda de plata: de un lado la alianza de las clases dominantes con las fuerzas militares, del otro, la insumisión del sujeto indígena-campesino. Acá hay un dato insoslayable: Bolivia es el país con más golpes de Estado de la historia de América Latina. La resolución de los conflictos políticos y sociales por esa vía ha sido una constante. Por eso la costumbre de su

vida político-institucional no parece ser la del anti-reeleccionarismo sino la de producir cambios políticos, sociales y culturales por la vía del golpe militar. De ahí que la hipótesis del fraude electoral pueda funcionar de una manera tan efectiva. De ahí que, pese a los infatigables esfuerzos del Proceso de Cambio por construir un Estado Plurinacional que pudiera revertir la historia de un Estado aparente, cuya alma son las fuerzas armadas y en el que la calidad y cantidad institucional es tan baja porque no puede contener a todo el territorio, o mejor, porque no puede contener a las fuerzas sociales que lo habitan, la sospecha de fraude logre anudarse tan rápidamente con la fuerza de un golpe de Estado.

Pero la historia de las clases subalternas bolivianas no tiene dos caras. Es, más bien, la consolidación, siempre frágil, de una multiplicidad de procesos disgregados que siempre lidiaron con los espantos. Ya lo insinuamos: la experiencia política del MAS en el gobierno ha sido el más osado de los intentos por revertir la normalidad golpista. Los años setenta bolivianos, atravesados por la dictadura banzerista, son también el momento del lento pero sostenido ascenso de grupos militantes kataristas. Inspirados en la figura de Julián Apaza Nina, mejor conocido como Túpac Katari, y en los escritos sesentistas de Fausto Reinaga, el indianismo katarista busca la liberación del indio a partir de sus propias prácticas políticas y modos de organización.

En términos estratégicos, el katarismo promueve la unidad entre la ciudad (los maestros, estudiantes y universitarios aymaras) y las comunidades aymaras del altiplano, tal como se deja leer en el Manifiesto de Tiahuanaco de 1973: “Los campesinos queremos desarrollo económico partiendo de nuestros propios valores (...) No se han respetado nuestras virtudes ni nuestra visión propia del mundo y de la vida”. Acaso por su radicalidad y por su influencia en los movimientos sindicales, es uno de los movimientos que más sufre la represión y la persecución

de la dictadura banzerista. Cuando en 1974 se produce la Masacre del Valle, que en una serie de movilizaciones indias deja casi cien muertos, la ruptura entre los distintos sectores de la sociedad se agiganta. Los grupos indígena-campesinos se vuelven sobre sí mismos y fundan sus propias organizaciones políticas y sindicales: Movimiento Indio Túpac Katari (MITKA) y Movimiento Revolucionario Túpac Katari (MRTK).

Alguna vez Silvia Rivera Cusicanqui escribió que la historia de las clases subalternas bolivianas puede leerse como el cruce de dos memorias históricas. Una historia larga, que remite a las luchas anticoloniales protagonizadas por Túpac Katari, Túpac Amaru y Bartolina Sisa, y una historia corta, que alude a una memoria nacional-popular, la de la Revolución Nacional de 1952, esa que había disuelto el ejército, nacionalizado las minas, realizado la reforma agraria e instaurado el voto universal y obligatorio. Fundado a mediados de los años ochenta, el Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK) es una de las organizaciones que se asume como parte de esa trama de memorias y temporalidades cruzadas. Allí participa Álvaro García Linera, reconocido como uno de los organizadores intelectuales del movimiento. Si bien esta experiencia se interrumpe rápidamente cuando sus principales dirigentes terminan presos (entre ellos, Felipe Quispe y el propio García Linera), este período deja dos saldos, cuyas huellas encontrarán sus pisadas durante los años del MAS en el gobierno. El primero es la confirmación de los espantos. Tal como señaló Zavaleta, el golpe de Banzer “demostró que en las revoluciones no hay regalos, que el único poder del que se puede disponer es el que uno mismo conquista con las propias manos, que el ejército, en suma, con militares patriotas o sin ellos, no regalará una revolución al pueblo”. El segundo es la comprobación del desplazamiento en el sujeto político protagonista de las clases subalternas. Si entre la Revolución de 1952 y la privatización de las minas en 1985 existe una hegemonía del proletariado minero,

a partir de 1986, con la derrota de la Marcha por la Vida en las puertas de La Paz, se produce lo que García Linera denominó como “la muerte de la condición obrera”. Ese es el momento en que emerge el campesinado-indígena como el “nuevo-viejo sujeto”, para usar una expresión de Eduardo Grüner, de las luchas políticas. Su influencia en los movimientos populares tendrá como consecuencia la radicalización del odio racial que desde la (in) constitución de la nación boliviana pesa sobre sus espaldas. O mejor, hará visible y evidente la existencia del racismo histórico. Quizá así deba ser leída la decisión de Sánchez de Losada de incorporar como compañero de fórmula de la que iría a ser su primera presidencia en Bolivia, en 1993, a Víctor Hugo Cárdenas, a la postre primer vicepresidente indio de la historia. Cárdenas, que había sido uno de los fundadores de la CSUTCB y uno de los principales dirigentes kataristas durante los años setenta, participa de, y avala a, la estrategia de inclusión folclorizante del indio conocida como “políticas pluri-multi”, cuyo objetivo no fue otro que intentar desactivar el potencial político del sujeto indígena-campesino.

Hay otra historización posible, una que retome lo que los espantos perciben como amenazas. El proceso que inaugura el MAS en 2006 encuentra uno de sus trazos históricos en las movilizaciones sociales de 2000 (Guerra del Agua) y de 2003 (Guerra del Gas). Las revueltas, que se oponían a la privatización de los recursos naturales de Bolivia, son fuertemente reprimidas y provocan muertes. Privatización económica y represión policial son las dos formas en las que los espantos retornan. Otro momento se produce en el marco de la Asamblea Constituyente de 2008. Siguiendo su propia línea histórica, iniciada con la rebelión de Andrés Báñez en 1876, la Media Luna vuelve a reclamar su autonomía de Bolivia e intenta un golpe de Estado. La tentativa es aplacada. No así la Masacre de Pando, que deja un saldo de treinta campesinos indígenas muertos. 2008 ya comenzaba a evidenciar que la duración del

proceso dependería de la posibilidad de constituir una amplia alianza de poder que no dejara a nadie afuera.

Otro episodio es el conflicto desatado por el proyecto del MAS de construir una carretera en la zona del TIPNIS. En este caso, no son los actores que se oponen a la construcción de la carretera quienes intentan desestabilizar el proceso del MAS. Tampoco los intelectuales que comienzan a quitar su apoyo por creer que una de las banderas que llevó al MAS al gobierno estaba siendo declinada: la defensa de la ecología, la naturaleza y el respeto a la madre tierra. Los espantos, en este caso, provienen del extranjero. Si bien la presencia imperialista en la región ya había despertado alarmas dentro del MAS (que se evidencia con la expulsión del embajador estadounidense Philip Goldberg por ser sospechado de financiar y apoyar el intento de golpe de 2008), el conflicto del TIPNIS muestra la novedosa continuidad de la injerencia norteamericana por otras vías: las ONG's. García Linera lo denunció en su texto *El “Oenegismo”, enfermedad infantil del derechismo (O cómo la “reconducción” del Proceso de cambio es la restauración neoliberal)*.

Quizá el gran tema que permita explicar el actual golpe de Estado sea el racismo. Desde sus intentos por constituir la nación, Bolivia ha sido un país dividido en dos. De un lado, el oriente, geográficamente enmarcado en la Media Luna, zona baja y rica en hidrocarburos, la Bolivia elitista, blanca, racista, clasista, excluyente y con afanes autonomistas que datan desde el último tercio del siglo XIX. Del otro, el occidente, el altiplano, la Bolivia plebeya, popular, indígena, campesina, proletaria, comunitaria. Reinaga llamó a esto la tesis de las “dos Bolivias”. Zavaleta trazó su propia imagen y escribió que en Bolivia parecía “como si el feudalismo perteneciera a una cultura y el capitalismo a otra y ocurrieran sin embargo en el mismo escenario”. Y que, por lo mismo, allí “cada valle es una patria, e[s] un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y

todos hablan lenguas y acentos diferentes sin que unos ni otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos”.

García Linera imaginó la metáfora de empate catastrófico para aludir al siempre zigzagueante conflicto entre una fuerza constituida y otra fuerza con potencia instituyente, con capacidad de movilización y suficiente extensión como para disputarle el control territorial y estatal al bloque político dominante. En el empate catastrófico se crean dos estructuras político-estatales diferenciadas y antagonizadas. Por supuesto que este es un momento límite, que surge de crisis sociales y culturales profundas y que no está activado en la vida cotidiana. Por lo mismo, la tesis de las “dos Bolivias” debe ser leída como una tesis para esos momentos, esto es, como una tesis que se expresa en momentos de crisis profundas, de radicalidad social, cuando las cosas han llegado a un punto de no retorno. Es ahí cuando las sutilezas y las variadas formas de vida comunitaria boliviana se desvanecen. Y solo quedan dos bandos. Estamos hablando de la lógica de la guerra.

Según García Linera, para poder consolidarse el Proceso de Cambio había tenido que atravesar cinco fases: el develamiento de la crisis de Estado, el empate catastrófico, la capacidad de movilización convertida en presencia estatal gubernamental, el punto de bifurcación o momento jacobino de la revolución (que es la resolución del conflicto a favor de uno de los dos bloques de poder) y la emergencia de las contradicciones creativas. Esto sucede cuando ya no hay contradicción entre dos bloques de poder porque hay triunfo de uno de ellos, y lo que ocurre es que la contradicción, el antagonismo, se traslada al interior del bloque nacional-popular (entre Estado y movimientos sociales, entre intereses generales e intereses particulares y privados). Al tanto del rol fundamental que las fuerzas armadas cumplen en Bolivia, García Linera no había dudado en señalar en: “El estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”, el

papel clave que habían jugado para consolidar el punto de bifurcación. La victoria real del MAS no se circunscribe a las elecciones ganadas en 2005 sino al momento en el que se derrotó el intento de golpe de Estado en 2008 con la ayuda de esas mismas fuerzas. En este texto hay un enunciado sintomáticamente borrado en *Las tensiones creativas. La quinta fase del Proceso de Cambio*:

“En qué medida el nuevo liderazgo político tiene la capacidad de convertir esta adhesión inicial en una cohesión estructural, real y duradera, dependerá de la rapidez para interiorizar los nuevos roles militares de carácter desarrollista en la doctrina y espíritu de cuerpo estatal de las Fuerzas Armadas mediante un proceso interno de reformas institucionales. Esto daría a la nueva estructura estatal, la solidez de un primer núcleo de consolidación, no el fundamental pero sí un nivel importante. Sin embargo, hay experiencias históricas que también revelan que los niveles de coerción y de fidelidad pueden mostrar fisuras en momentos de tensionamiento de la correlación de fuerzas. En todo caso, el síndrome Allende es algo que uno tiene que recordar siempre”.

Y en efecto, en las tensiones propias de la quinta fase emergió en un momento en el que la correlación de fuerzas parece haberse quebrado. Históricamente Bolivia ha tenido tres actores políticos centrales: el proletariado minero, el campesinado indígena-campesino y las fuerzas armadas (en tanto que representantes de las clases dominantes). Con sus contradicciones, esos tres actores formaron parte del bloque de poder del MAS. Pero tras las elecciones del 20 de octubre, las tensiones creativas devinieron tensiones destructivas y dos de esos tres actores fundamentales, las Fuerzas Armadas y la COB, rompieron el bloque pidiendo la renuncia de Morales, convirtiéndose así en partícipes del golpe de Estado – porque, convengamos, ¿cuál es la creatividad de volver al recurso clásico del golpe?–. Si a esto le sumamos unas fuerzas policiales amotinadas, la embestida de la

coalición comandada por Carlos Mesa, la reaparición de la Media Luna, esta vez con ropajes católicos y evangelistas representados en las figuras de Camacho y Añez, la mesa estaba servida para el retorno de la maldita normalidad boliviana: la del golpe de Estado. Esto supuso un retorno al empate catastrófico. Si hay retornos es porque la historia no avanza de un modo recto, hay restos que distorsionan esa aparente linealidad.

Las fuerzas golpistas avanzan tanto en su reconocimiento internacional como en medidas políticas. Despliegan el aparato represivo del Estado justamente para oponerse a un adversario que se moviliza y resiste. La movilización popular incluye, pero también excede, al nombre propio de Evo Morales: es por él, pero también por la Wiphala, por la defensa de los derechos conquistados y, fundamentalmente, es contra las lógicas históricas del racismo en Bolivia.

Desde la independencia a esta parte, las clases dominantes bolivianas han sido esencialmente racistas. Uno de sus ideólogos, Alcides Arguedas, había escrito en un libro clásico que la presencia mayoritariamente india convertía a Bolivia en un “pueblo enfermo”. Para esta perspectiva, propia del darwinismo social, el indio es ignorante, sucio, alcohólico, egoísta, cruel, vengativo, rencoroso. Pero también lo sabe rudo, tenaz y resistente. Es decir: lo sabe amenazante. A comienzos del siglo pasado, esas mismas clases dominantes esperaban una oleada inmigratoria similar a la de Argentina, la cual vendría a reemplazar al elemento indio, o, en el peor de los casos, vendría a limpiar su sangre. Como ello no sucedió, Gabriel René Moreno maldijo no haber pertenecido a la Argentina.

Pero el desprecio del indio no fue el único de sus desprecios. También han odiado el territorio, han detestado a un país encerrado entre montañas e incomunicado entre sí, han abominado de lo que Jaime Mendoza denominó el “macizo boliviano”, que no es otra cosa que

el altiplano como factor decisivo de la nacionalidad. Por eso pensaron al país como un absurdo geográfico. Por eso entregaron diversas porciones de su territorio en cada guerra y en cada contienda diplomática. Por eso Bolivia pierde su salida al mar, tres cuartas partes del Chaco Boreal, la puna de Atacama, una buena porción de la zona del Acre. Si en 1825, cuando nace como república independiente, tiene 3 millones de kilómetros cuadrados de superficie propia, cien años después tiene poco menos de la mitad y hoy, apenas más que un millón. Con esta escenografía desdichada, el único modo que encontraron para vivir fue no ceder ni uno de sus privilegios. Con su habitual sarcasmo, Zavaleta lo había expresado así: “Los privilegiados no renuncian apaciblemente a sus beneficios; para ellos, lo único que podía justificar el vivir en un país como Bolivia era comer galletas inglesas y chocolates suizos, es decir, el vivir en un mundo suntuario”. Por eso, hay que ver qué significa para las históricas clases dominantes que Bolivia haya tenido un presidente indígena. Hay que ver qué significa para las históricas clases dominantes haber tenido que ingresar a ministerios en los que los trabajadores y las trabajadoras eran sujetos indígenas. Hay que ver qué significa para las históricas clases dominantes haber tenido que ceder algunos de sus privilegios culturales frente al indio. ¿Cómo leer, sino como una revancha racista, el júbilo gozoso con el que integrantes de las fuerzas armadas arrancaron la Wiphala de sus uniformes en los días posteriores al 10 de noviembre de 2019?

La cohesión racista precipitó el golpe. El golpe no se produjo por los ya mentados errores de Morales —que son nunca del MAS y siempre son de Morales—, sino porque la fuerza antagonista consiguió los apoyos necesarios para que el golpe de Estado rompa, al menos momentáneamente, la hegemonía del MAS. Digámoslo de otro modo: los golpistas tuvieron la audacia que el MAS no tuvo. Y en política, como alguna vez señaló Zavaleta, “el éxito de la audacia del enemigo es

el resultado del fracaso de la propia audacia”. Desde el 20 de octubre el MAS cedió la iniciativa política. El cansancio de la hegemonía masista no se expresó en caudal electoral, donde obtuvo el 47% de los votos, sino en la falta de movilización frente a un enemigo que acechaba. Para un gobierno que nació de, en y con la movilización popular, esto tuvo un costo evidente. Lo que Bolivia vuelve a mostrarnos es que el empate catastrófico es estructural, y que en estos años no había desaparecido, sino que sólo había sido sosegado por la política. No es poco.

Hay un último elemento que conviene no desechar. La coyuntura internacional no favoreció la posibilidad de frenar el golpe. La presidencia de Donald Trump volvió a poner los ojos en América Latina y ha conseguido aliados estratégicos como Jair Bolsonaro en Brasil, Sebastián Piñera en Chile, Martín Vizcarra en Perú, Iván Duque en Colombia, Mauricio Macri en Argentina y Lenin Moreno en Ecuador. Al renovar sus intereses en nuestra región, el imperialismo norteamericano potencia a las fuerzas de derecha, dotándoles de recursos y amplios márgenes para reorganizarse, generar movilización, instalar sentido común desde los medios de comunicación. Cuando en 2008 se logró interrumpir el golpe, la hegemonía masista gozaba de buena salud. Pero además, los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, Cristina Kirchner en Argentina, Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, Michelle Bachelet en Chile, Rafael Correa en Ecuador y Tabaré Vázquez en Uruguay, tanto como la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), funcionaron como un dique de contención exitoso. Ese escenario ya no existe. Y el gobierno del MAS quedó aislado (ironía o no, aislado y asilado conforman un anagrama).

Lo que se produjo el domingo 11 de agosto fue el encuentro de unos espantos que tienen larga data. Si a esto le sumamos las alianzas económicas que Bolivia había alcanzado por el litio con Alemania y China y la provocación que

esto supone para Estados Unidos, podemos ver que son muchas las determinaciones que operan en la coyuntura boliviana. Por lo tanto, cualquier hipótesis basada en una determinación unívoca demuestra serias limitaciones.

¿No estamos, otra vez, frente al eterno retorno de lo mismo como otro? Bolivia demuestra la fragilidad de las democracias postdictatoriales en América Latina. La perseverancia de los espantos no debería ser una premisa del desánimo para las militancias. Por el contrario, es el análisis correcto que permite incidir con mayor eficacia en la coyuntura porque, a pesar que uno decida no verlos, los espantos están ahí. Y esa podría ser una interpretación posible para abordar el desvío que la crítica ha producido en torno a este acontecimiento. Si hay una opacidad para distinguir lo que es un golpe militar es por un empobrecimiento de la crítica que se limita a la inmediatez del presente perpetuo. Ante la evidencia ideológica de que la discusión sobre el golpe de Estado en Bolivia debe partir de una autocrítica al “caudillismo” o al “machismo” o al “personalismo” de Evo y a su ambición por “eternizarse en el poder” la crítica exige tomar como punto de partida que el MAS fue una interrupción a la postdictadura boliviana. Lo fue por su condición basista, antirracista, productiva e igualitaria.

La fragilidad exige llevar al límite la premisa lineriana de “cabalgar las contradicciones” pero sin perder de vista que, la acumulación de temporalidades, más que un dato estético, es el principio de contradicción y de irresolución de la conflictividad política. Los movimientos sociales son la mayor amenaza de los espantos. Y no ha habido amenaza más potente que la interrupción que produjo el MAS a la autoritaria normalidad de la historia boliviana.

A PROPÓSITO DE: DARCY RIBEIRO. LA ANTROPOLOGÍA MILITANTE

Alejandra Mailhe

Reseña de Darcy Ribeiro. *La antropología militante* (Buenos Aires, UNGS, 2019), de Guillermo David

En el ensayo *Darcy Ribeiro, la antropología militante*, recientemente editado en la colección de libros breves *Pensadores de América* (de la Universidad Nacional de General Sarmiento), Guillermo David define con apasionamiento el perfil de la figura y de la obra de Darcy. Se trata de una escritura intensa y muy concentrada que, en menos de 70 páginas, condensa los principales trazos del largo y prolífico itinerario intelectual de Darcy, al tiempo que analiza algunos jalones centrales de sus obras. Así, *La antropología militante* mantiene la agudeza de los libros previos –y mucho más extensos– de Guillermo, desde *Carlos Astrada, la filosofía argentina* (2004), que organiza de forma pionera el debate en torno a la recepción de Martin Heidegger por parte de Carlos Astrada, hasta *El indio deseado. Del dios pampa al santito gay* (2009), en donde Guillermo indaga en torno al desplazamiento y la metamorfosis aculturadora del poder –político y mágico– de Juan Calfulcurá, en favor del modelo domesticado por el sometimiento eclesiástico, de Ceferino Namuncurá. En estos casos, Guillermo demuestra un dominio muy poco común del ensayo, sin perder la profundidad analítica propia de un trabajo académico, pero a la vez evitando el peso –a menudo agobiante– del aparato erudito. Creo que si algo define la escritura de Guillermo es precisamente el apasionamiento con que se sumerge en cada tema de investigación, y especialmente la sensibilidad antropológica con que piensa problemas de la cultura popular, desplegando una toma de partido ético-política que alienta esa profundidad en el análisis.

En este sentido, no es casual la preocupación de Guillermo por la obra de Antonio Gramsci, visible en

su edición crítica de *Literatura y vida nacional* y de *El Risorgimento*, porque el enfoque político del arte y la cultura en general –incluida la religión–, presente en el marxista italiano, atraviesa sus lecturas de manera sutil, sin que se vuelva necesario un rescate sistemático o una discusión en torno a sus categorías conceptuales. Creo que ese punto, con el que me siento identificada, impulsa a su vez cierta identificación de fondo de Guillermo con el propio Darcy.

El subtítulo del ensayo, *La antropología militante*, podría implicar una contradicción entre la profesionalización de la disciplina y el énfasis en el compromiso que, *a priori*, tiende a contraponerse a esa profesionalización. Pero el recorrido y la obra de Darcy –al igual que muchos otros casos en la historia intelectual– ponen en evidencia la necesidad de repensar el problema de la autonomía de las ciencias sociales en América Latina. Así por ejemplo, cuando en 1911 estalla la Revolución Mexicana, el arqueólogo Manuel Gamio, formado en la Universidad de Columbia con Franz Boas, desoye el reclamo de autonomía de parte de su maestro, para involucrarse en el zapatismo, diseñando un modelo de intervención indigenista desde el Estado, capaz de resolver el problema histórico de la exclusión sociocultural del campesinado indígena en su país. A pesar de los límites ideológicos que cercan ese indigenismo asimilacionista –y por ende desindigenizante– (que habría que comparar con el modelo de “pacificación” practicado por el maestro de Darcy, Cândido da Silva Rondon), el itinerario de Gamio anticipa algunos trazos del de Darcy, porque en ambos se percibe el pasaje de la profesionalización a la colocación de la antropología al servicio de la política, para resolver el problema de la exclusión histórica de los indígenas, a contramano de las demandas de autonomía disciplinar, propias de la consolidación de las ciencias sociales.

Es importante tener en cuenta la relativa marginalidad actual de la figura de Darcy en el campo de la historia de la antropología y del ensayismo, tanto en Brasil como en el resto de América Latina, a pesar de la gran visibilidad pública que adquiere, en el cono sur, a partir del exilio desencadenado por el golpe militar de 1964 contra el gobierno de João Goulart. Responder al por qué de este fenómeno (que el libro de Guillermo busca reparar) obliga a considerar distintas variables. Por ejemplo, a nivel nacional, es necesario tener en cuenta la debilidad del discurso indigenista, frente al ensayo de interpretación nacional canónico, centrado sobre todo en el mestizaje de los sustratos luso y africano, y consagrado especialmente a partir de *Casa grande e senzala* (1933) de Gilberto Freyre. La consagración de ese discurso hegemónico para definir la identidad nacional, desde mediados de la década del treinta, se asienta –como toda lucha por la hegemonía– en el apagamiento de otros modelos identitarios, desde la confrontación con otros afrobrasileñistas como Arthur Ramos, a los que el propio Freyre deslegitima a medida que él mismo se consolida como organizador de ese campo de estudios (basta ver, en este sentido, su descalificación de la obra de Ramos en *Problemas brasileiros de antropologia*), hasta la desvalorización del peso del elemento indígena en la conformación de la identidad nacional (tal como se percibe en el ataque frecuente de Freyre a los indigenistas, en numerosas notas al pie de *Casa-grande...*, y que recibe –como contracara– la dura crítica de Darcy al olvido freyreano del sustrato indígena, en el prólogo escrito para la editorial Ayacucho). Y de hecho, no casualmente la reelaboración del indianismo romántico, que hay implícita en la vanguardia del Modernismo paulista, prácticamente no dialoga ni se intercepta con el elogio freyreano de la matriz lusoafriana, plasmada en el modelo

del patriarcalismo esclavócrata como origen de un *ethos* nacional perdurable. En ese sentido, es evidente que, por entonces, los sustratos populares son transformados en monedas de cambio entre regionalismos enfrentados (en este caso, nordestinos y paulistas) en pugna por la hegemonía en la representación imaginaria de la nación. Tal como señala João Pacheco de Oliveira en *Exterminio y tutela* (un libro recientemente editado por la UNSAM, y que recupera algunas categorías conceptuales de Darcy), al menos desde mediados del siglo XIX, un vez superada la idealización del indianismo romántico (moldeado en torno a ficciones fundacionales como *O guarani* de José de Alencar), el indio tiende a ser visto crecientemente como un testigo pasivo de la historia, o como un sujeto social en extinción, difícilmente recuperable como el principal agente imaginario en la fundación de la nación. De todos modos, tal como lo demuestra justamente el indigenismo de la vanguardia paulista, no es posible asimilar esa marginalidad de lo indígena, en el pensamiento brasileño, a lo que ocurre en la tradición argentina, claramente volcada a la negación de este sustrato, en general reprimido o incluso forcluído, más allá de algunas pocas excepciones como las de Ricardo Rojas, Bernardo Canal Feijóo y sobre todo Rodolfo Kusch... Incluso estos autores se vuelven casi exclusivamente hacia la reivindicación del NOA, más prestigioso por su lazo con las “grandes civilizaciones precolombinas” del mundo andino, y menos problemático desde el punto de vista de la historia colonial del mestizaje. Dicho en otros términos: la antropología argentina carece de su Rondon o de su Darcy para abordar las comunidades de la Patagonia y del Gran Chaco, amén de que la antropología en sí misma carece de la centralidad de la que goza en Brasil y en otros contextos latinoamericanos, como discurso vertebrador en la definición de la identidad nacional.

Otra variable, para entender el desplazamiento de Darcy con respecto a la historia de la antropología nacional, remite justamente a su compromiso militante, valorado negativamente desde la academia,

como compensación de cierta “fragilidad” en sus reflexiones teóricas. La vocación de Darcy por pensar en gran escala –en términos espacio-temporales– el proceso civilizatorio, en una muy larga duración y desde un punto de vista global, constituye una dimensión deudora de enfoques culturalistas como el de Oswald Spengler o el de Norbert Elías, al tiempo que dialoga necesariamente con los teóricos de la Dependencia (y hoy incluso, admitiría probablemente ser resignificada a la luz de teorías como la del Antropoceno). Es probable que la construcción de ese tipo de objetos de estudio haya jugado en contra de la valoración de sus trabajos, en períodos en donde las ciencias sociales reducen fuertemente sus escalas de análisis para ganar (supuestamente) en precisión profesional.

Crear nuevas categorías conceptuales, y teorizar sobre los procesos globales de expansión civilizatoria, también implica, en Darcy, la voluntad de intervenir en un debate internacional, en paridad de situación, desafiando la condición periférica de los intelectuales latinoamericanos, en sintonía con los trabajos en los que piensa modelos de Universidad al servicio de la emancipación del continente. En ese sentido, la relativa marginalidad de Darcy no hace sino confirmar cómo, en América Latina, las historias de las ideas sociales suelen reproducir los cánones preestablecidos por las tradiciones discursivas hegemónicas, consolidando deslegitimaciones que me parece imprescindible desafiar. Recordemos, por ejemplo, que para contrapesar la uni-direccionalidad de la dominación implícita en el concepto de “aculturación” (gestado en el marco de la antropología norteamericana), en torno a la década del cuarenta el antropólogo cubano Fernando Ortiz acuña el concepto de “transculturación” (impulsado por las nociones de trance religioso y sexual, y de transmigración de las almas, comunes en los diversos espiritismos difundidos en Cuba), y que Bronislaw Malinowski, al prologar el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Ortiz, promete adoptar ese importante aporte teórico, aunque después no lo hace, y que incluso otros latinoamericanos como Freyre, tan cerca de Ortiz desde el

punto de vista del modelo teórico y del objeto de análisis, también descartan –o peor aún, hacen silencio– sobre ese concepto. Un olvido semejante ocurre con la noción de “transfiguración étnica” en Darcy, próxima a la de “transculturación” en Ortiz y a la de “fagocitación” en Kusch, sin que exista diálogo entre estos autores. Estos olvidos múltiples (de teóricos centrales que invisibilizan la producción teórica periférica, y de autores de la periferia que se desconocen entre sí) vuelven tangibles las formas de dominación simbólica que dificultan la consolidación de epistemologías situadas y políticamente comprometidas, como la “antropología del Tercer Mundo” por la que pugna Darcy.

Guillermo también subraya la resistencia de Darcy a pensar problemas locales con categorías universales. Por eso, por ejemplo, frente a los indios, acuña una diferenciación *ad hoc* entre micro-etnias tribales, e indios genéricos, descaracterizados por su grado mayor de asimilación. A pesar del esencialismo y la jerarquización implícitos, ese tipo de categorías ponen en evidencia el esfuerzo de Darcy por construir un marco teórico a partir de la especificidad de su objeto de estudio. Vale la pena recordar que ese gesto de autolegitimación, que en definitiva implica cuestionar el valor de verdad de los modelos centrales, ya está presente en el ensayo brasileño del siglo XIX, volviéndose tangible –por ejemplo– en el modo en que Euclides da Cunha, en *Os sertões* (1902), refuta la clasificación geográfica de Hegel, por su imposibilidad de dar cuenta del sertón nordestino, dejando entrever así una autoafirmación para pensar el propio continente (y téngase en cuenta, además, que entre Euclides, Rondon y Darcy anidan varios puntos de contacto, especialmente en función de la mirada que despliega el primero sobre la Amazonia, en su ensayo *A margem da história*, con el cual necesariamente dialogan Rondon y Darcy).

Al plantear la originalidad teórica de este último, Guillermo le devuelve a su obra un estatuto propio y una voluntad de autonomía, en sintonía

con el modelo epistemológico que el propio Darcy busca fundar. Por eso trabajos como éste nos permiten llenar de sentido teórico la producción del continente, contra el mito de aquello que Hugo Achúgar define como el “balbuceo teórico latinoamericano” (en *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*), al reflexionar sobre el dislocamiento o la supuesta debilidad de los aportes locales. Y uno de los puntos en donde la reflexión teórica de Darcy empalma con otras reflexiones desde la periferia remite a su proximidad con la Teoría de la Dependencia, a tal punto que es posible pensar en su obra como una “antropología dependentista”. Para él, los procesos civilizatorios estructuran un sistema mundial donde múltiples pueblos, matrices raciales, patrimonios culturales, modos de vida y civilizaciones quedan integrados en distintas posiciones de dominación y de subalternidad.

Volviendo a indagar en las variables que inciden en la relativa marginalidad de Darcy, si la vocación latinoamericanista –tan visible en su itinerario de exilio– lo aparta de la fuerza centrípeta del nacionalismo brasileño, muy poco dado a pensar el lugar de Brasil en América Latina como problema prioritario, tampoco en el contexto latinoamericano Darcy se consagra como una figura muy reconocida, a pesar del impacto editorial que parecen haber alcanzado, en la época, sus numerosas obras sobre la Universidad en el continente, escritas y publicadas durante su exilio. Estas formas de olvido son puestas en cuestión por Guillermo porque, desde las primeras páginas, piensa a Darcy como un intelectual en el sentido sartreano, al subrayar que incluso en sus etnografías y en sus ficciones, su compromiso se expresa –como señaló– en la pretensión de formular modelos teóricos desde la periferia, pero también en ese latinoamericanismo militante, e incluso en la apasionada y persistente protección de los indios (que, en gran medida, prolonga el indigenismo “pacificador” de Rondon). En el ensayo se percibe que esa múltiple responsabilidad política de la antropología –y de la tarea intelectual en general– es reivindicada por Guillermo como parte de una

responsabilidad impostergable, incluso en el ámbito de la docencia universitaria y de la investigación.

Amén del apasionamiento personal de Guillermo por coleccionar objetos del arte africano, su reflexión tan madura sobre la obra de Darcy insiste en volver evidente la fuerza de su propia pulsión primitivista. Incluso la ironía con que recrea los movimientos paradójicos de la antropología, en varios fragmentos de su último libro de ficción, *La risa de las mucamas* (Buenos Aires, Caterva, 2019), subraya su obsesión con el vínculo problemático del letrado con respecto a la alteridad.

También es posible descubrir algunos vasos comunicantes más sutiles entre su reflexión antropológica sobre Darcy, y su reflexión filosófica previa sobre Carlos Astrada (en la medida en que, centrándose en *El mito gaucho*, Guillermo fuerza la apertura del contexto argentino a una agenda de tópicos latinoamericanistas que ponen en jaque el eurocentrismo local). Es más: en cierta medida, es posible pensar que su propia escritura se refracta en la de Darcy, atendiendo tanto a la sensibilidad primitivista compartida como al cultivo del ensayo como género, sin resignar el abordaje de grandes objetos de conocimiento que la investigación académica podría impugnar.

Por otro lado, los espejamientos que suscita la lectura de *La antropología militante* pueden ser más amplios si consideramos, además, el vínculo problemático de Darcy con Freyre o con Euclides da Cunha (este último, mediado a su vez por la relectura que Freyre le impone, convirtiéndolo en un precursor de su propio ensayismo). Con respecto a la primera relación, pueden señalarse varios puntos de convergencia, como la voluntad de forjar ensayos fundacionales para interpretar la nación, o el egocentrismo de un “yo” fuerte que, en los dos casos, se narra a sí mismo como una subjetividad de interés público, dando lugar a libros autobiográficos. Y la afiliación problemática de Darcy con respecto a Freyre puede entresverse no solo en su prólogo a *Casa-grande...*, sino también en la investigación de Darcy para el proyecto que lleva a

cabo la Unesco, luego de la Segunda Guerra Mundial, a fin de poner a prueba el mito de la “democracia racial” consolidado por Freyre: como resultado de esa investigación, en su libro *Os índios e a civilização*, Darcy demuestra que, contradiciendo el mito, los indios no han sido asimilados, y que éstos sobreviven en base a una transfiguración étnica que, inevitablemente, conduce a su lenta desaparición.

El otro espejamiento, menos problemático, se establece entre Darcy y Rondon. Como recuerda Guillermo, un elemento central de la biografía intelectual de Darcy, luego de su formación como antropólogo en la Universidade de São Paulo (de donde egresa en 1946), es la convocatoria por parte de Rondon, para trabajar en el “Servicio de protección de los indios” como etnógrafo. Ese organismo había sido creado por Rondon en 1910, incluyendo la intervención de antropólogos como Edgar Roquete Pinto, abocados –entre otras tareas– a combatir el racismo, a exigir la inclusión material y simbólica de los indios, y a crear un ambicioso acervo de bienes e imágenes de los diversos grupos. Es probable que el impacto de la Comisión Rondón alcance incluso a los artistas de la vanguardia modernista, alentando especialmente la obsesión folclorista de Mário de Andrade, tan visible en su novela *Macunaima*, en el registro de su viaje a la Amazonia en *O turista aprendiz*, y en el aliento al coleccionismo de mitos y de bienes etnográficos en su trabajo como funcionario cultural.

De los textos producidos por Darcy en esa etapa, Guillermo subraya no solo el desarrollo de trabajos de campo innovadores, hasta entonces casi sin desarrollo en el país (y que en gran parte dependen de la profesionalización de la disciplina, gracias a la “Misión francesa” en la USP), sino también la sensibilidad de Darcy frente a la convivencia solidaria e igualitaria de los indios, que forjan una sociedad sin clases “como legado indígena a la humanidad”. Allí reaparece, según creo, el lazo de afiliación de Guillermo con Darcy, y el de Darcy con Rondon, en el anhelo neo-romántico compartido por concretar la utopía de una sociedad

sin clases ni propiedad privada, donde podría entreverse algo del deseo de retornar a esa libertad primera (“al matriarcado de Pindorama” que alienta el “Manifiesto antropólogo” de Oswald de Andrade en 1928, o al comunismo incaico recordado con nostalgia por José Carlos Mariátegui en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en el mismo año del “Manifiesto antropólogo”)... En definitiva, se trata de una mirada compartida, que incentiva la búsqueda de formas libertarias alternativas, ancladas en las sociedades americanas no tocadas por la occidentalización (y que Darcy valora aunque –tal como recuerda Guillermo– reconoce como condenadas a la asimilación).

Pero este libro no solo despliega una mirada elogiosa con respecto a Darcy: también indaga en sus límites y contradicciones ideológicas, aunque decida explícitamente poner el acento en las ventajas de su obra. Entre otros puntos cuestionables, por ejemplo, señala que Darcy prolonga acriticamente el indigenismo de Rondon, fomentando un proteccionismo tutelar semejante al de su maestro, sin cuestionar esas políticas de “pacificación”. Recordemos que Rondon, disputándole a la Iglesia la tutela de las poblaciones indígenas, avanza en su secularización, garantizando la nacionalización pacífica y voluntaria de los grupos, pero lo hace por medio de una penetración cultural que, necesariamente, acarrea no solo una aculturación de los indios más o menos solapada, sino también el establecimiento de nuevas formas de explotación –aunque más moderadas– así como también la introducción involuntaria de enfermedades desconocidas en estos grupos. Y de hecho no es casual que esa “pacificación” se defina como “catequesis laica”, porque el indigenismo rondoniano, dado su evolucionismo asimilacionista, revive de algún modo categorías coloniales que refuerzan la representación desde fuera y retardan el empoderamiento indígena.

Sumergiéndose aun más en los límites y en las tensiones propias del razonamiento indigenista, Guillermo prolonga su indagación crítica al sugerir

que Darcy resulta contradictorio en la medida en que se manifiesta como un primitivista, y al mismo tiempo como un modernizador. En efecto, al igual que su maestro Rondon, oscila entre preservar las diferencias culturales del “otro” (a través de medidas tales como la creación del Parque Nacional Xingú) y, por el contrario, mantener vivo un resabio evolucionista en base al cual la “civilización” se consagra como la instancia superior, y como el destino ineludible de las comunidades no occidentalizadas.

A la vez, Darcy asume, en cierta medida, una perspectiva esencialista que resulta cuestionable, porque considera como “indio” propiamente dicho solo al indígena selvático que vive sin contacto con la civilización occidental, excluyendo de tal categoría a los grandes grupos convertidos en campesinos, insertos en alguna medida en el sistema de producción capitalista.

Otra faceta de Darcy, abordada por Guillermo, se refiere a su rol central en la fundación de la Universidad de Brasilia, y luego en la reforma de otros sistemas universitarios latinoamericanos como los de Uruguay, Venezuela, Perú y Chile, que durante el exilio (luego del golpe contra João Goulart), lo ubican a Darcy en un lugar privilegiado para pensar, a nivel continental, el problema político de la producción de conocimiento, reactualizando metas heredadas de la Reforma Universitaria, como la creación de un modelo inclusivo de Universidad, o la democratización de los contenidos, para combatir lo que por los mismos años Arturo Jauretche define como “colonización pedagógica”.

En *Testemunho*, un ensayo autobiográfico, Darcy resume su propia vida en tercera persona, resaltando la continuidad de un proceso que, leído a contrapelo, revelaría más bien los quiebres que introducen la discontinuidad y el azar:

Moço já, quis muito ser médico, mas acabou antropólogo. Como tal, passou os dez melhores anos de sua vida (1946-1955) dormindo em rede nas aldeias indígenas da Amazônia

e do Brasil Central e assessorando Rondon no Rio de Janeiro. Fundou então o Museu do Índio e o dirigiu alguns anos [...]. Depois, seduzido por Anísio Teixeira, virou educador e fez carreira como educador, reitor e, afinal, ministro (1955-1964). Topou aí com Jango, que o desencaminhou para as tentativas de promover a reforma agrária e conter a ganancia das multinacionais. Foi um desastre. Exilado, virou latinoamericano e passou muitos anos (1964-1975) remendando universidades no Uruguai, na Venezuela, no Peru e até na Argélia (Ribeiro, Testemunho: 14).

Dialogando con esa biografía pero sin quedar preso en ella, y celebrando la amplitud de esa “antropología militante” pero sin perder de vista sus límites, Guillermo nos permite volver a pensar a Darcy hoy, cuando el incendio del Museo Nacional ha destruido acervos irrecuperables de la Amazonia; cuando el incendio de la propia Amazonia acelera brutalmente –de modos que Darcy no pudo imaginar– el arrasamiento material y simbólico de los grupos indígenas sobrevivientes, y cuando el neoliberalismo no solo pone en peligro las concepciones más democráticas y comprometidas de la Universidad en América Latina, sino que además destruye con violencia los proyectos de redefinición plurinacional del Estado, fomentando nuevas formas de expulsión de los indígenas del ejercicio del poder, e incluso nuevas formas de etnicidio.

Para volvernos resilientes frente a estos fracasos –hoy en carne viva–, vale la pena resignificar el compromiso de Darcy, que en “Minha vitória” declara:

Fracassei em tudo o que tentei na vida. Tentei alfabetizar as crianças brasileiras, não consegui. Tentei salvar os índios, não consegui. Tentei fazer uma universidade séria e fracassei. Tentei fazer o Brasil desenvolver-se autonomamente e fracassei. Mas os fracassos são minhas vitórias. Eu detestaria estar no lugar de quem me venceu.

ACERCA DE LA REPÚBLICA Y DE LOS LÍDERES DEL PUEBLO

Eduardo Rinesi

El título del libro que Andrés Rosler dedicó al problema de la república, *Razones públicas*, alude a la voluntad y a la decisión del más notorio de los verdugos del gran Julio César, Marco Junio Bruto, de hablar al pueblo de Roma después del asesinato de su líder para explicar *públicamente* (para dar, en efecto, *razones públicas* de) la criminal acción del grupo de jóvenes nobles conjurados contra él. Por supuesto, hay aquí una primera cuestión para señalar, que es que si alguien tiene que dar razones públicas de lo que hizo *después* de haberlo hecho es porque no realizó una consulta pública sobre si estaba bien hacerlo *antes* de hacerlo. En este caso, es evidente que la causa de la eliminación de César no era una causa que pudiera contar con el favor del pueblo, que lo amaba, y por eso la conjura en contra de su vida fue tan subrepticia y sigilosa, y por eso también a ese favor del pueblo, en lugar de procurárselo antes de tomar las armas, los asesinos debieron ganárselo *después* de haberlo hecho. Eso es sin duda lo que debe haber buscado Bruto en sus palabras al pueblo de Roma, y es una verdadera pena que no nos hayan quedado testimonios de cuáles fueron esas palabras, sobre las que las fuentes clásicas con las que contamos, con Plutarco a la cabeza, no nos informan nada. Sabemos, por él y por otros, que Bruto habló a la multitud, pero no sabemos qué le dijo.

El que célebremente imaginó qué pudo haberle dicho fue, como sabemos, William Shakespeare, quien en el último año del siglo XVI escribió una pieza, *Julio César*, cuya fuerza es tan grande que resulta difícil, después de ella, imaginar que las palabras pronunciadas ante el pueblo por el Bruto histórico que acuchilló a César en 44 antes de Cristo puedan haber sido otras que las que leemos en esa obra formidable. Dos años después de la cual, por otro lado, Shakespeare escribió otra obra

extraordinaria, incluso mayor, más compleja y más famosa, *Hamlet*, de 1601, cuya historia y cuyo personaje central han sido muchas veces comparados con los de la pieza de 1599. En ambos casos, en efecto, un joven noble, melancólico y bien intencionado debe sacarse de encima a un viejo poderoso (su protector y amigo en un caso, su tío, padrastro y rey en el otro) por un medio violento que sabe por lo menos objetable¹. Quizás la diferencia fundamental entre ambas obras, como ya ha sido observado por más de un crítico, sea que si en *Hamlet* el príncipe no se decide a cometer esa acción que le repugna, y toda la pieza presenta las tremendas consecuencias de esa indecisión, en *Julio César*, Bruto, tras una vacilación que en realidad dura poco tiempo, se decide a actuar, y actúa, casi de inmediato, y toda la pieza presenta las terribles consecuencias de esa precipitación.

Una de las cuales, en efecto, es ésta que acá estábamos anunciando: la de tener que hablar, después de haber actuado, para dar razones públicas de por qué se actuó. Eso, observemos, no le pasa a Hamlet. Que pudo haber matado a su tío Claudio de modo perfectamente secreto y cauteloso en la famosa escena en que el rey está rezando, o tratando de rezar, dándole la espalda, situación que el príncipe piensa por un momento aprovechar para liquidarlo, pero que en ese momento de soledad de ambos prefiere más bien *no* actuar y dejar el cumplimiento de la orden de su padre para otra ocasión mejor². Esa ocasión, como sabemos, se presenta *al final de todo*: después del duelo envenenado con su amigo Laertes, ocurrido con todos los nobles del reino como testigos, cuando todas las circunstancias, y las explícitas palabras del propio Laertes y de la reina, acusan de traición al rey y justifican por lo tanto, *públicamente*, la acalorada reacción de Hamlet, que de inmediato atraviesa a su tío

con su espada. Si Hamlet hubiera matado al rey en la escena en que ambos estaban solos, habría tenido, *después*, que dar razones públicas para su acto; como lo mató después de que todo el mundo pudo tener evidencias ostensibles de su felonía, su crimen asume casi la apariencia de la ejecución de una condena que a ninguno de los circunstantes le habría costado trabajo compartir.

De manera que en las circunstancias mismas que, en *Julio César*, conducen al joven Bruto a tener que dar, después de actuar, razones públicas de su acto encontramos un primer motivo de sospecha sobre el tipo de republicanismo que es posible postular como móvil de su comportamiento: un republicanismo receloso del pueblo y que lleva a actuar en secreto y a sus espaldas, un republicanismo para el cual el pueblo solo aparece, *después*, como auditorio destinado a recibir pasivamente las razones de quienes actuaron. Digo con toda intención que estas características distinguen un cierto *tipo* de republicanismo, y no al republicanismo sin más, porque, aunque Rosler no dedica ni una sola referencia a la cuestión, nosotros no tenemos por qué acompañarlo en su olvido de la distinción, tan vieja como la historia del pensamiento político occidental, entre por lo menos dos modulaciones diferentes dentro de la gran tradición republicana: la de un republicanismo aristocrático, minoritarista y antipopular, como el de la antigua Esparta o el de la Venecia del Renacimiento italiano, y la de un republicanismo plebeyo, mayoritarista y democrático, como el de la antigua Atenas o el de la tumultuosa Florencia en los días de Maquiavelo.

Pues bien: puesto esto en estos términos quizás un poco demasiado simples, lo que es indudable es que no es este último tipo de republicanismo el que orienta las

ideas y las acciones de los jóvenes Bruto, Casio y sus amigos, y que lo menos que debemos preguntarnos es si es por republicanos o por aristócratas que estos muchachos tan enfáticos recelan del amor que el pueblo siente por su líder y se dan a la patriótica tarea de ajusticiarlo³. Shakespeare percibe esto con mucha lucidez, y las palabras que atribuye a Bruto no hacen más que confirmar en nosotros esta sospecha. En efecto, no se trata solo de que los jóvenes nobles de la pieza asesinen a César primero y expliquen públicamente su acción después, sino de que el modo en que lo hacen, en que lo hace, específicamente, el héroe de la pieza, Bruto, no revela por ese pueblo al que se dirige más que el desprecio profundo que esa élite siente por él. En su libro *Rome and Rhetoric*, sobre la pieza que nos está ocupando, Garry Wills destaca hasta qué punto todo en el discurso de Bruto se refiere nada más que a él mismo, a su honor, a su integridad, a su nobleza, y hasta qué punto la incuestionabilidad de ese honor, esa integridad y esa nobleza es un supuesto de todo su argumento y un motivo de descalificación de quien pudiera no compartir ese supuesto.

En efecto, Bruto no considera posible que alguien a la altura de los propios valores que él encarna pueda tener una opinión distinta de la suya, y lo hace saber reiteradamente a la multitud a la que le dirige la palabra: “¿Quién, entre ustedes, es tan abyecto que querría ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan bárbaro que no quisiera ser romano? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan vil que no ama a su patria? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido”. (3.2.25-8) Solo siendo abyecto, bárbaro o vil, parece pensar el republicano Bruto, puede alguien no estar de acuerdo con lo que Bruto hizo. Así, lo menos que puede decirse del tipo de republicanismo del buen Bruto, que le alcanza para sentirse obligado a dar *razones públicas* de lo que hizo, es que *no* le alcanza para imaginar que alguien podría quizás no estar de acuerdo con esas razones suyas y proponer otras, diferentes, sin ser

un ser abyecto, bárbaro o vil. Pero es que éste es el modo en que los jóvenes romanos de la élite que nos presenta Shakespeare se representan al pueblo, al que primero le ocultan las intenciones que los llevarán a actuar y después lo insultan en el modo en que fingen ofrecerles razones públicas por el modo en el que actuaron.

Por cierto, el desprecio que siente por el pueblo el noble Bruto está calcado del de Coriolano, el aristocrático héroe de la anterior pieza de Shakespeare sobre la historia de Roma. Coriolano es magnánimo y capaz de las mayores proezas y de los mayores sacrificios, incluido el sacrificio de su vida, por amor a Roma, pero su rigidez y su inflexible desprecio por la chusma (su resistencia frente a la institución de los “tribunos de la plebe”, su rechazo, o su aceptación escéptica y burlona, de la costumbre de “pedir el voto al pueblo” para acceder a un lugar en el Senado), junto a su nula disposición a mantener siquiera las formas de un diálogo respetuoso con una multitud a la que repudia, lo llevan finalmente a conquistar el odio y el rechazo de su propia ciudad, con las consecuencias de su exilio primero y de su muerte después. Su amigo y protector Menenio, patricio astuto, político conciliador y razonable, dice de él que: “Es demasiado noble para el mundo” (3.1.255) y que “habla con el corazón” (3.1.257), pero ocurre que se trata de un corazón lleno de orgullo y menosprecio. Es interesante el contrapunto entre estos dos personajes de esta primera (aunque no escrita en primer lugar) pieza “romana” de Shakespeare⁴: en Menenio se anticipa el personaje del contemporizador Antonio; en Coriolano, el del insobornable Bruto.

Al que, como a su antecesor, su rigidez lo lleva a cometer graves errores. En efecto, Bruto no solo le permite hablar al pueblo al propio Antonio, amigo de César y adversario de los conjurados, sino que lo invita a hacerlo después de él mismo, e incluso, tan confiado está en sus palabras, en lo irrecusable de sus propios argumentos, que

lo deja a Antonio *solo* con la multitud, retirándose él mismo de la escena para irse, él también solo (y enfatizando además que *prefiere* irse solo, y no acompañado por personas a las que manifiestamente considera inferiores a sí mismo), a su casa. La torpeza de Bruto es increíble: habla a la multitud despreciándola desde su primera frase, que es un pedido de silencio. No dialoga con ella: la informa, la insulta y se despidе de ella. No baja en ningún momento de la tarima desde la que habla, y se va después solo dejándola frente al orador que sigue. Pero el orador que sigue es nada menos que Antonio, que acaricia a la multitud con sus palabras, la motiva, la emociona, *baja del tablado para conversar con ella* y la mueve eficazmente a la acción. Al final de su discurso, el pueblo de Roma, enardecido contra los asesinos de su líder, sale a quemar sus casas y a procurar justicia. Bruto y sus amigos habían querido salvar la república, pero solo habían conquistado la guerra civil que terminaría con ella.

En el libro que ya hemos mencionado un par de veces, Rosler cita un notable trabajo del filósofo francés Thierry Sol titulado ¿Había que matar a César? El libro de Sol no se ocupa del *Julio César* de Shakespeare, sino de la discusión sobre el tiranicidio en el debate italiano del Renacimiento, de Dante a Maquiavelo, y es una pena que Rosler no le dedique más que una cita rápida, porque su argumento es muy interesante para nuestra discusión. La tesis de Sol, contraria a la de los autores de la escuela de Cambridge en general, y a la de John Pocock en particular, es que la novedad que introduce el Renacimiento italiano en la discusión filosófico-política es menos su opción por el republicanismo frente al monarquismo medieval que su opción por el realismo político frente a cualquier forma de moralismo: que lo propio del discurso que se abre en esos años es la pregunta por la eficacia de la acción política y por sus resultados. Y lo menos que puede decirse es que, más allá de la mayor o menor vocación republicana de Bruto y sus amigos, e incluso del *tipo* de republicanismo que podamos

atribuirles, lo que hay en ellos es un fracaso estrepitoso: queriendo salvar la república, la perdieron. “Efectos no deseados de la acción”, decía Max Weber, y al hacerlo apuntaba a uno de los núcleos conceptuales principales de la tragedia como género literario y como tipo de pensamiento.

Weber pisaba sobre una senda que antes de él habían recorrido, cada uno a su modo, Hegel con su idea de la astucia de la razón en la historia y Marx con su imagen de la farsa como forma de repetición de las tragedias del pasado. Hegel trata el episodio sobre el que trabaja Shakespeare en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia*, y lo que dice allí tiene la marca ostensible de su conocida convicción de que todo lo importante en la historia responde a una *necesidad* que trasciende las circunstancias en las que esa necesidad apenas encuentra su expresión. En la época de César, escribe Hegel, la república, destruida por las divisiones internas y la existencia de múltiples particularidades en disputa, ya era insostenible. El Estado solo podía mantenerse sobre la voluntad de un solo individuo, y en ese contexto César hizo lo que era necesario, imponiendo su particularidad a las muchas otras que se disputaban el poder y que dominaban, sobre todo, el Senado. Su asesinato no cambia nada: la centralización del Estado era *necesaria* dadas las circunstancias que se atravesaban, y del poder centralizado de César, Roma se desplazó, por exigencia de esas mismas circunstancias, al poder centralizado de Augusto. Que eso haya ocurrido en nombre de la lucha por la república solo revela la ironía con la que la razón avanza siempre en la historia, a espaldas de lo que los sujetos piensan sobre el sentido de sus propios actos.

Pero a esa forma de funcionamiento de la astucia de la razón en la historia debemos pensarla aquí también, sugeríamos, a la luz de los modos en que hemos aprendido a pensar el problema de la repetición desde Shakespeare hasta Marx. Cuando Casio intenta convencer a Bruto, al comienzo de la obra, de

la justicia de su causa contra César, le recuerda a su amigo el nombre de otro Bruto, varios siglos anterior (“existió alguna vez cierto Bruto...”, 1.2.159), que debía servirle de modelo. Se trataba de Lucio Junio Bruto, quien había expulsado de Roma a los Tarquinos y establecido con ello la República. Shakespeare se había ocupado del episodio que en su momento había pretextado esa expulsión en *La Violación de Lucrecia*, poema lírico de 1592. Indignado por la violación y el suicidio de la bella mujer del soldado Colatino, aquel primer Bruto había tomado las armas contra una familia de tiranos y los había derrocado⁵. Ahora, varios siglos después, otro joven con el mismo nombre viene a cerrar (“una vez como tragedia, la otra como farsa...”) el ciclo abierto entonces. Muerto César, había nacido el cesarismo. Puede ser que, como dice Hegel, no haya habido en ello más que el cumplimiento de una inefable necesidad de la historia. Pero no por ello deja de caer sobre los que quisieron salvar la república la irónica responsabilidad de haber generado las condiciones para el triunfo, bajo esa forma cesarista, de aquello mismo que decían combatir.

Referencias bibliográficas:

- Gaude, Cristian Leonardo, *El peronismo republicano. John William Cooke en el Parlamento Nacional*, UNGS, Los Polvorines, 2015.
- Hadfield, Andrew, *Shakespeare and Republicanism*, CUP, Cambridge, 2005.
- Hegel, G. W. F., *Filosofía de la historia universal*, Losada, Buenos Aires, 2009.
- Heller, Agnes, *The time is out of joint. Shakespeare as philosopher of History*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2002.
- Hobbes, Thomas, *Discursos histórico-políticos*, Gorla, Buenos Aires, 2006.

Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza, Madrid, 1987.

Marx, Carlos, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, C. y Engels, F., *Obras Escogidas*, Pogram, Moscú, 1974, T. I.

Rosler, Andrés, *Razones públicas. Seis conceptos sobre la república*, Katz, Buenos Aires, 2016.

Shakespeare, William, *Julius Caesar* (ed.: Marvin Spevack), CUP, Cambridge, 1988.

Sol, Thierry, *Fallait-il tuer César? L'argumentation politique de Dante à Machiavel*, Dalloz, París, 2005.

Wasson, R. Gordon, Hofmann, Albert y Ruck, Carl A. P., *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*, FCE, México, 2013.

Wills, Garry, *Rome and Rhetoric. Shakespeare's Julius Caesar*, Yale University Press, New Haven, 2011.

Notas para leer picando croquetas de lirón y tomando sorbitos de vino etrusco⁶:

¹ La comparación entre ambas piezas y entre ambos personajes es, por cierto, propuesta por el propio Shakespeare. En el inicio de la famosa escena de la “pieza dentro de la pieza”, mientras todo el mundo busca ubicación para presenciar la obra, el príncipe *Hamlet* interrumpe su conversación con su amigo Horacio al advertir que se acercan para asistir a la representación del matrimonio real y sus acompañantes. Entre ellos, es a Polonio a quien el joven se dirige, sosteniendo con él este breve diálogo: “HAMLET: –Mi señor, vos actuasteis una vez en la universidad, según decís. POLONIO:

—Sí que lo hice, mi Señor, y era considerado un buen actor. H: —¿Y qué representasteis? P: —Hice de Julio César. Era asesinado en el Capitolio. Bruto me asesinaba. H: —¿Qué brutalidad de parte suya matar allí a un sujeto tan capital!” (3.2.87-93) Hay en este diálogo un chiste evidente en el juego de palabras con Capitol/capital y con Brutus/brute, pero hay además un chiste menos evidente para nosotros, pero que debía haber divertido mucho a los espectadores de la puesta del propio Shakespeare, y es que, según tenemos fuertes motivos para suponer, el actor que en 1599 había personificado a Julio César, John Heminges, era el que en 1601 estaba representando al estúpido Polonio, y que el que dos años atrás había encarnado a Bruto, Richard Burbage, era el que estaba dando vida al príncipe de Dinamarca. Así, apenas dos años después de haber sido Julio César, el actor que ahora era Polonio le recordaba al público, que con toda seguridad había visto y recordaba bien aquella obra, que el otro, que ahora era Hamlet, le había dado una puñalada. No solo eso: apenas dos escenas después de este diálogo entre Hamlet y Polonio y de la inmediatamente posterior representación de la “pieza dentro de la pieza”, el príncipe, mandado a llamar por su madre, se presentará en su recámara y sostendrá allí un tremendo diálogo con ella. En un momento, Hamlet advierte que hay alguien detrás del cortinado, desenvaina su espada y da muerte al entrometido de Polonio. Y entonces el chiste de dos escenas más atrás se completa: repetición de la repetición de una repetición (en *Julio César* Casio le había dicho a Bruto, junto al cuerpo muerto del líder acuchillado: “¿Cuántas veces los siglos venideros / Verán representar nuestra sublime escena...!”, 3.1.112-3), una vez más el joven Burbage actuará atravesar con el filo de su arma al viejo Heminges, y una vez más el viejo Heminges actuará morir. Pero más allá del chiste o de los chistes, lo que este breve paso de comedia en el interior de la tragedia más célebre de Shakespeare nos enseña es el fuerte paralelismo entre la trama de las dos piezas, y entre sus dos personajes

principales, los dos “asesinos bienintencionados”, como escribe Philip Edwards en su “Introducción” a la edición de *Hamlet* que citamos en la bibliografía.

² Esa escena se conoce con el relativamente irónico nombre de “escena del rezo”, siendo que lo que constituye su tragedia interna es la comprensión del rey Claudio, que *quiere* rezar, de que tal cosa le resulta imposible, dado que no está dispuesto, como se dice a sí mismo con honestidad, a renunciar a aquellas cosas por las que pecó, es decir, por las que asesinó a su hermano: “Mi corona, mis propias ambiciones y mi reina” (3.3.55). Uno no puede, se dice Claudio, aspirar a ser perdonado y conservar al mismo tiempo los frutos del delito, y por eso su rezo, o su intento de rezar, se ve frustrado: “Mis palabras vuelan, mis pensamientos quedan aquí abajo. / Sin pensamientos, las palabras nunca van al cielo.” (3.3.97-8) Entretanto, Hamlet, que pasa a espaldas suyas camino a la recámara de su madre, lo ve, se detiene, piensa en matarlo en ese mismo instante (“Ahora mismo, ahora que está rezando, podría hacerlo, / Y ahora lo haré”, 3.3.73-4), saca su espada, la levanta seguramente sobre su hombro para descargar desde ahí el golpe definitivo sobre el cuerpo arrodillado de su tío y, tras una reflexión que le lleva unas cuantas líneas y sobre la que mucho se ha reflexionado (no es nuestro problema acá), decide que no es el momento adecuado, guarda la espada y sigue camino al encuentro de su madre. Es interesante observar el modo en que la estructura de esa escena, con un joven guerrero que tiene que vengar la muerte de su padre con la espada lista para caer sobre el cuerpo del viejo rey sobre el que debe ejercerse la venganza, había sido nítidamente anticipada en el relato que el jefe de la compañía de actores había recitado un acto antes ante el pedido del príncipe: en ese relato, inspirado en el que Virgilio realiza en la *Eneida* sobre el asalto a Troya, la espada del joven Pirro, lista para caer sobre el cuerpo ya derrotado y caído del asesino de su padre, el anciano rey Príamo, queda suspendida por un momento,

como quedará un acto después la del príncipe Hamlet, en el aire. Pirro, en efecto, “... se detuvo, / E indiferente a su deseo y a su meta, / No hizo nada.” (2.2.438-40) Misma situación, misma escena, misma vacilación. Pero ahora viene la diferencia. Porque allá, en la ardiente Ilión, “... igual que a menudo preludia a una tormenta / Un silencio en los cielos, y las nubes se detienen, / Y enmudecen los atrevidos vientos, y el globo ruge / Mudo cual la muerte, hasta que el terrible trueno / Rasga el cielo; así también en Pirro, tras la pausa, / Renace el deseo de venganza, / Y nunca los martillos de los Cíclopes cayeron / Sobre la armadura de Marte, forjada para resistir eternamente, / Con menos piedad que la que tiene ahora la sangrienta / Espada de Pirro cayendo sobre Príamo” (2.2.441-50). Tras la pausa, tras la suspensión solo momentánea del movimiento, la decisión y la acción: la espada de Pirro, violenta, cae y destruye el cuerpo del viejo rey. En cambio, ante una situación de la que ese recitado del primer actor es la ostensible preparación poética, Hamlet, una vez más, ... no hace nada. Guarda su espada, y sigue. Sigue, Hamlet, aunque él mismo no lo sepa plenamente, en busca de justicia. En busca de las circunstancias, digámoslo mejor, en que su acción criminal pueda ser tenida por todos y por él mismo como un ejercicio de justicia. Las encontrará al final, cuando su propia vida ya esté tocando a su fin, cuando, de algún modo, él mismo ya esté muerto (“LAERTES: Hamlet, estás muerto”, 5.2.293), como sugiero ahora mismo en el texto. Volvamos allá.

³ Que Rosler no se formule esta indispensable pregunta, y que asuma que es *por republicanos* (porque son buenos republicanos, porque aman a Roma más que a sus amigos y más que a nada) que Casio, Bruto, Casca y sus impacientes compañeros deciden asestar dos docenas de precisas puñaladas en el cuerpo de un líder amado por su pueblo no deja de resultarme inquietante. ¿Es jugarle sucio a Andrés, me pregunto, no aceptar sin más su pretensión de que su texto constituye un ejercicio

de erudición antigua, y preguntarle si acaso se ha detenido a pensar qué consecuencias tiene su cuanto menos complaciente reconstrucción de ese episodio fundamental de la historia de la república romana para nuestras discusiones políticas latinoamericanas actuales? Quizás esta pregunta que podemos hacerle a Andrés y a su libro sea complementaria de la observación que acabamos de formularle en relación con su olvido o su desconsideración de la posibilidad de distinguir, *dentro* de la gran tradición republicana, por lo menos dos formas o dos *tipos* de republicanismo: un republicanismo más aristocrático y otro más democrático, en la medida en que el antipersonalismo (“anticesarismo”, dice Rosler) es un valor fundamental dentro de *una* de esas tradiciones, pero no dentro de ambas, y acaso incluso corresponda preguntarnos si un republicanismo popular y democrático no tiene que convivir *siempre* con cierta dosis o con cierta forma, no necesariamente antirrepublicana, de caudillismo. Tomo esta última palabra, y el sentido general de esta sugerencia, del argumento que desarrolla en esta dirección el importante libro que dedicó Cristian Gaude a mostrar el signo republicano “popular” o “democrático” que caracterizaría el pensamiento y la acción parlamentaria del joven político y escritor argentino John William Cooke.

⁴ Shakespeare escribió tres piezas en las que recrea episodios fundamentales de la historia de la antigua Roma: de la república, de su crisis y de su caída, y del comienzo del imperio. Se trata –indicadas en el orden cronológico de los hechos sobre los que vuelven, no en el orden en que fueron escritas– de *Coriolano* (1607-8), *Julio César* (1599) y *Antonio y Cleopatra* (1606-7). La primera narra el ciclo que se tiende entre la conquista de la gloria militar de Cayo Marcio gracias a sus hazañas bélicas y sobre todo al asalto de Corioles (episodio que le valdrá su apodo) hasta su muerte en esa misma localidad que no tanto tiempo atrás había ganado para Roma, pasando por su postulación

para una magistratura pública, por las reiteradas manifestaciones del profundo desdén que sentía por el pueblo, por su exilio y su traición a su ciudad. La segunda, que es la que estamos estudiando aquí, recrea la historia de la conspiración de Cayo Casio, Marco Bruto y sus amigos contra la vida de Julio César, su asesinato a traición y la serie de peripecias que se abren con esa malhadada acción, que provoca la guerra civil en Roma, su división en diversas facciones enfrentadas, la muerte de los principales conspiradores y el ascenso político del enemigo de todos ellos: Antonio. La tercera, el triunfo final de Octavio sobre Antonio (que es como decir, también: de Occidente sobre el Oriente del que Antonio se había prendado) y la afirmación del Imperio, única forma que la necesidad de expansión de los límites de Roma toleraba, bajo su poder soberano. En un libro sugerentemente titulado *The time is out of joint*, Agnes Heller ha estudiado la secuencia compuesta por estas tres obras como una expresión de lo que ella llama una “filosofía de la historia”, o una *proto*-filosofía de la historia, en el pensamiento político de Shakespeare. Que se manifestaría, en las piezas que componen lo que suele llamarse el “ciclo inglés”, en la sucesión de *Ricardo II*, las tres partes de *Enrique IV* y *Ricardo III*, y, en las piezas históricas, romanas, en la continuidad entre las tres que estamos comentando, antes de las cuales hay que situar el poema lírico dedicado al episodio de la violación y muerte de Lucrecia del que hablaremos enseguida y fuera de las cuales hay que dejar la perfectamente ficcional *Tito Andrónico*, situada en una Roma de fábula y que es una pura invención. Pero entre las tres piezas centrales de este ciclo romano sí es sin duda posible, como sostiene Heller, encontrar no solo una secuencia, una sucesión, sino las evidencias de una suerte de necesidad interna que parece imponerse, al final, a través y también a pesar de las intenciones conscientes de los protagonistas de la historia. En efecto, poniendo en fila las tres piezas, leyéndolas en conjunto, se vuelve claro el movimiento que conduce a una

Roma en crisis, conmovida por unas divisiones sociales internas que las instituciones de la República ya no podían contener, a adoptar, después de pasar por los sangrientos episodios de unos enfrentamientos que son siempre, en la historia, la vía para la superación de un orden por otro, la forma política del imperio. Como en las mitológicas o metafóricas *Romeo y Julieta* o *Hamlet*, donde también se expresaría el peso de una suerte de necesidad interna de la historia imponiéndose a través pero al mismo tiempo por detrás de lo que los protagonistas de las acciones entienden sobre el sentido de lo que hacen, el orden y la paz que se conquistan al final deben pagar el costo de la sangre inocente que solo ese final de orden y de paz permite imaginar que no se ha vertido enteramente en vano.

⁵ Dos observaciones finales. Una para llamar la atención sobre la interesante circunstancia, que Maquiavelo no deja de notar en un capítulo de los *Discursos* sugerentemente titulado “Que es muy sabio simular por algún tiempo la locura”, de que aquel primer Bruto era un sobrino del rey Tarquino que, habiendo visto a éste asesinar a toda su familia, decidió fingir su locura (adoptando incluso ese apodo, “Bruto”, que quiere decir, precisamente, tonto, bobo, loco) para no levantar las sospechas de su tío, y esperar pacientemente que llegara la oportunidad de tomar venganza por la muerte de los suyos. El sonoro paralelo entre esta historia y el mito danés del siglo XII en el que (pasando por las sucesivas mediaciones de Saxo Gramaticus primero y de Francois de Belleforest después) recogió inspiración Shakespeare para escribir su pieza más famosa nos obliga a preguntarnos si acaso existirá entre esas dos historias (la romana y la danesa) algún secreto vaso comunicante que valdría la pena examinar, o si más bien habrán tenido razón los buenos de Claude Lévi-Strauss y de Jorge Luis Borges al imaginar que las estructuras de los mitos que se cuentan los hombres de todas partes tienen la particularidad de repetirse en los polos más contrapuestos y distantes de la tierra sin necesidad

de la hipótesis de ninguna secreta comunicación entre ellos. Mi segunda observación es apenas para indicar que, de los distintos autores que, después de los clásicos historiadores romanos que dieron cuenta de los hechos, se ocuparon de la historia de la expulsión de los Tarquino por el buen Bruto, casi ninguno parece tomarse en serio (o al menos dar importancia decisiva) a la indignación que en el muchacho habría provocado la violación y la muerte de la joven Lucrecia. Tanto Maquiavelo en los ya mencionados *Discursos* sobre Livio como Hobbes en su juvenil escrito sobre los *Anales* de Tácito sugieren que la violación y el suicidio de la chica dieron a Bruto la oportunidad que venía esperando desde hacía rato, y no se detienen a considerar seriamente cuánto pudo haber impactado ese doble hecho en el estado de su espíritu. En cuanto a

Hegel, sabemos que en él el estado del espíritu de los actores a través de los cuales progresan las cosas en la historia tiene mucho menos importancia que las necesidades inmanentes de esa propia historia. Igual que Casio y el segundo Bruto fundaron el cesarismo creyendo combatir a César, el primer Bruto, escribe Hegel, “encontró el momento justo” para expulsar a unos reyes que ya eran superfluos y no respondían a la necesidad que ya existía en Roma de hacer lugar a la diversidad de actores sociales que desarrollaban sus vidas en su seno.

⁶ Este título es un homenaje. El que lo agarró, lo agarró; el que no, se embromó. Por cierto, si el lector prefiere y se la banca puede leer estas notas tomando sorbitos de vino griego, siempre que tenga a su servicio, dándole vueltas mientras le

condimenta las croquetas de lirón con abundante aceite de oliva, a un buen escanciador. No diga después que no le avisamos. *El Ojo Mocho* no se hace responsable, si no se siguen estas precisas instrucciones, de la eventual aparición nocturna de extrañas luminosidades, alucinaciones o *phantasmata* como producto de la ingesta excesiva de ese vino, “dulce como la miel”, de los antiguos: ya Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl Ruck nos han advertido sobre la costumbre de aquellas gentes de sazonar esa bebida con una cantidad de “fermentaciones malignas de la tierra”, como llamaba el poeta Nicandro a los poderosos hongos, *mykés* (de donde, aparentemente, el nombre de la ciudad de Mykenai, Micenas), que crecían por ahí.

SERGIO SCHMUCLER (1959 - 2019)”

Horacio González

Sergio Schmucler buscó en los recovecos de la memoria, que había sido el gran tema de Héctor, su padre, con diversos instrumentos que ahora no solo reclamaban la habilidad del conferenciante y el ensayista. Lo de Sergio fue el cine, el periodismo testimonial, la novela y la dirección de una fundamental revista de debates, *La intemperie*, donde cierto día, una carta en la sección lectores, firmada por Oscar del Barco, desató una polémica imposible de resolver; es decir, una verdadera polémica. Nunca sabremos estrictamente cuando corresponde arrojar sobre la historia un grito angustioso contra sus inclemencias, grito que solo a quien lo profiere le pertenece como verdad última; o si es la historia con sus movimientos múltiples la que debe desoír el clamor de Zarathustra y seguir adelante con sus inevitables virulencias. Hablar en la intemperie, y por lo tanto cercano a la carta de Del Barco, pero sin resolver en qué refugio pondrá su angustia, nos hace posible decir que los primeros

ensayos ficcionales de Sergio son percepciones que anticipan pero con un velo que nunca caerá, las líneas estremecedoras del filósofo Oscar.

La novela que Sergio publica en el año 2000 en México, *Detrás del vidrio*, hallamos algunos de los sentimientos que bordean sin invocarla a la ley universal del “no matarás”. Allí se enfoca una vida militante en la Argentina anterior al golpe de 1976, luego el exilio y luego, los retornos esporádicos, la recorrida atribulada por los viejos lugares. Schmucler ha escrito lo que deberá ser considerado una de las grandes novelas del exilio argentino. No sólo: están en su novela los idiomas juveniles y políticos de aquellos tiempos, transpuestos con envidiable soltura, reconstruyendo argumentaciones, cánticos y motivos absorbentes de aquellos años. Transcribe incluso la marcha peronista, que repercute como un extraño y atrevido sudario, o un misal callejero, entre las páginas de *Detrás*

del vidrio.

El resultado es una honda interrogación sobre el mundo político insurgente de los setenta en Córdoba. Un candor de novelista es completado por el sentimiento absorto del militante; un sentimiento de ingenuidad del militante es seguido por el pasmo del novelista. Novela de iniciación, sin duda, en todas las dimensiones que usualmente se emplea este concepto. Pero Schmucler no deja en ningún momento que apliquemos ninguna de las indulgencias con las que suelen leerse estas especies literarias, porque en este caso no pasa mucho sin que nos demos cuenta que su intención es otra y muy vigorosa: decirnos algo fundamental, volver de alguna manera a la Argentina con una meditación trascendente, que probablemente cree, o creemos, que no se ha practicado aún.

En esa oscilación entre el novelista y el testimonialista, Schmucler

daba una nueva luz a lo que todos conocemos bien y que al releer ahora *Detrás del vidrio*, no nos parece que habíamos terminado de conocer bien. Frases que parecen nada, de repente repican como un tiro en el andar de la novela, cuando el protagonista ya llega a México - "México no era nada para mí" - y se abre un abismo imposible de atravesar. Pero también llega el conocimiento. Por ejemplo, una de esas formas de conocimiento es la trágica comprobación de que los mundos militantes aceptados en aquella Argentina, eran muy sumarios, carentes de espesura. La vida al vivirse es, ya sabemos, espesura e imposibilidad. Vemos entonces ese pasado con gran desconsuelo, por su esquelética conformación existencial. Pero es allí que se decidían cuestiones de vida o muerte, y las conciencias militantes - preparadas como sea que lo estuviesen - se enfrentaban efectivamente con ese horizonte radical de decisiones.

Schmucler toma ese momento encandilado para su novela. Lo hace motivo de un testimonio - materia prima de la novela - y lo va colocando como se dice de alguien que coloca la voz, emitiendo el sonido justo que acaso faltaba escuchar para saber que aún no estamos cerca de saberlo todo, en el supuesto caso de que insistamos en decir que ya lo sabíamos. Schmucler, novelista, no juzga, su congoja no es un desovillar penitente, sino una herida permanente: de ahí brota su novelería. Un relato que demuestra que ni ese tema ni la ciencia escritural para abordarlo han sucumbido.

Pasaron muchos años desde la polémica que suscitó del Barco en aquella revista evocativa de una poesía de Juan L. Ortiz, *la intemperie sin fin*, y Sergio volvió con otra novela, *La cabeza de Mariano Rosas*, publicada en 2019. Un relato con una factura intrigante, con aroma a novela policial ambientada en el siglo XIX, donde Lucio V. Mansilla, ya autobiográfico y contrito, vuelve a la Argentina con algunos amigos parisinos a fin de cercar y entrar como intrusos nocturnos al Museo de La Plata, donde está el cráneo de Paguítruz, también llamado Marianito Rosas. La novela

es de austero clima clásico, con un elegante suspenso, donde sobresalen los monólogos sentenciosos y dolidos de Mansilla, que quiere reparar algo que le compete, una profunda herida nacional, la herida por excelencia. Su meditación sobre un nombre que debería llevar la lápida de Marianito es extraordinaria, pues se propone sustraerle el cráneo a la paleontología carcelaria y llevarlo nuevamente a Leuvucó, ¿No sería mejor dos lápidas? Una con el nombre cristiano del muchachito que podía ser un gaucho elegante ahijado del general Rosas y otra con su otro nombre, el de un cacique cazador de avestruces de la tribu ranquel, que hablaba castellano para tratar de la defensa de su territorio, ante el propio Mansilla, sobrino de Rosas. El tema es de actualidad y muchas veces ha sido tratado. Sergio Schmucler le da una forma novelística de tono melancólico, una utópica despedida del viejo país que proyectaba su imposible reconciliación sobre un largo y equivoco futuro. Nuevamente, en una novela de madurez, Schmucler se volcaba hacia la cuestión: lo que podría ser exitoso en la literatura -el ahijado indio de Rosas y el dandy sobrino de Rosas pactando una forma nueva e imaginaria de la nación-, fracasaría en la política nacional.

Sergio, cuya inquietud era la de que, cualquier obra de su autoría, novela, cine, periodismo, debía registrar el dilema de cómo interpretar los años 70, ya había avanzado con extrema sensibilidad sobre este tema, con el film *La sombra azul*. Se trata de un policía que es señalado como miembro de las organizaciones insurgentes y es torturado; se exilia en Dinamarca, donde los otros exilados sospechan de él por haber sido policía. Vuelve cuando todo parecía haber cambiado, pero no tanto. Sus antiguos torturadores se justificaban ahora con la obediencia debida, y en un encuentro fugaz con el comisario Ludueña, jefe de la patota, se produce un diálogo excepcional, realizado por la actuación de Luis Machín, que representa el papel del comisario. Sus dichos son los de un hombre derrotado, que entiende el papel que le hacían cumplir políticos y generales que en ese momento gozaban de una posición cómoda y reconocida, aunque habían

sido ellos los autores de las órdenes de muerte y desaparición. El comisario, años después, intenta explicarse, él no creía haber sido otra cosa que lo que los otros hicieron de él. Como él estudiante policía que había sido torturado, él también era una víctima.

Sergio justificó su film, como una reflexión sobre los hechos armados bajo un cedazo de rigor extremo. Ni heroísmos del hombre nuevo, ni torturadores maquinales, y al mismo tiempo, no esgrimir pitagóricamente la "teoría de los dos demonios". Sus personajes son criaturas frágiles hundidas en mecanismos que superan los alcances de su pobre comprensión. Cuando volvió de México, donde había estudiado cine y antropología, su intervención en el debate cordobés, provincia en la que había nacido, fue constante, lúcida y polémica. Hizo otras películas, escribió otras novelas, pero lo que creemos que importa, era su vocación de hincar la daga en el núcleo más nocturnal de la política nacional. No deseaba que las nuevas generaciones pensaran con tipos ideales o esquematismos rudos los sucesos tremendos que originaron las luchas políticas de los años 70.

En nuestra opinión, recordando al Sergio capaz de asombrarse por cualquier minucia que mostrara cierta extravagancia, por mínima que fuera, ya que él era hijo de una vagarosa serenidad que escondía la chispa de extrañeza sin fin, no se sumó a la culpabilización de los insurgentes y a las secretas justificaciones de la institución represora. Sus novelas, sus films, se internan en un abismo profundo, en una intemperie inagotable, pero a nuestro juicio, sus perspectivas artísticas, basadas en una melancolía militante, no dieron los pasos de clausura que implicaban la extensión absoluta de la responsabilidad de las violencias hacia todo el orbe político y todas las urbes de la conciencia crítica.

Muchos pensaron que la Carta, el Grito de Oscar del Barco, les facilitaba las cosas para una reclusión temática sellada con lacre de un dictamen agónico, válido en la voz de Oscar por la hondura de su íntima y dolorida metafísica, pero no extensible al juicio

histórico. Si lo de Oscar era un grito en la intemperie, a ser adjuntado como reclamo inseparable de su dolor esencial, también podía presentarse como una veta iluminada y litúrgica del alma universal de la rebeldía. No un volver atrás como una rueda cremallera que deshace su camino entre chirridos, Crujiendo sobre lo que no se había sabido antes de que surgiera la revelación. Se sucede así un llamado agónico a la responsabilidad, para asumir lo que no se sabía, que los insurgentes o revolucionarios, también

sacrificaban otras vidas.

Si el principio sacrificial es uno solo, hecho de una pulpa impenetrable y de un granito homogéneo, es claro que todos somos culpables. Pero si aún las utopías o las ideas anticapitalistas son un mundo que no podemos obligar a que conozca de entrada los sucesos culpables que podrán acontecer en su nombre, entonces no pueden disolverse sin más en un pecado universal que nos barca del mismo modo a todos. Me parece que Sergio,

en nombre de la memoria de su padre y de su hermano, y como editor de la Carta de Del Barco, rondó sobre todos estos temas sin darles la dimensión metafísica, ni apelar a un profetismo levinasiano, con lo augusto que es. Tocó los nervios que había que tocar para ser fiel a este debate, pero siguió investigando porque nunca se cierra una herida abierta ni vuelve atrás el tiempo lacerante, lo que podría hacer infecunda la laceración personal, si se desprendiera totalmente del tejido histórico.

LAS INTEMPERIES DE SERGIO SCHMUCLER

Luis Rodeiro

Sergio Schmucler, con quien compartimos muchos proyectos, fue un ser entrañable, que vivió, pensó, buscó, construyó, atravesado por distintas intemperies. El nombre de la Revista, más allá su acierto situacional colectivo, lo expresa a él, cabalmente, describe con precisión a este buscador obstinado, que vivió, pensó, construyó, atravesado por esas intemperies que supo hacer nuestras, que supo compartir para intentar encontrar un techo, un cobijo, aunque sea provisorio, a los ideales de justicia y libertad, siempre presentes.

Su intemperie mayor fue una herida, que nunca cicatrizó, que siempre estuvo allí, en carne viva. Una herida profunda que fue la razón profunda de su vida. Una herida que tiene nombre, tiene carnaduras y que se llamó Pablo, su hermano, desaparecido y asesinado por la dictadura. Una herida que lo llevó por distintos caminos buscando una explicación, una razón a su destino,

Por Pablo y para Pablo escribió una gran novela. *“Detrás del vidrio”*, que Horacio González no duda en situarla en la primera fila de la literatura argentina, de considerar que está “en condiciones de desafiar a todo lo que se ha escrito sobre el exilio”. La he leído una y otra vez y siempre afloraron lágrimas en mis ojos.

La intemperie más profunda, en medio de una tormenta cruel: *“¿Qué puedo hacer con sus ojos y con su sonrisa y con su olor? ¿Qué hago con las canciones que solo yo sé que le gustaban, cómo las escucho ahora, cómo las borro del mundo, si no está él para escucharlas? ¿Qué hago con las frases que dijo y que me acuerdo y qué hago con los ojos de Mariel y con los ojos de mi madre y los ojos de mi padre y que hago conmigo cuando me pasan esas cosas?”*.

Su intemperie no era una resignación, no era un refugio, era una búsqueda de lo perdido. Nos convenció que debíamos editar una revista, aquí, en Córdoba, construir un techo, que aunque provisorio, nos protegiera de la intemperie. *“Para reconocer lo que somos, hoy, aquí, año 2003, Córdoba. Para pensar en los temas ocultos bajo la maraña explosiva, voraz, del mundo hecho a medida del pensamiento único... Para los que nos duelen lo desaparecidos y vamos cada 24 de marzo a recorrer la Colón... Para los que queremos buscar en la memoria, en los olvidos, en el afecto, ideas que nos vuelvan a enamorar... Para poner a Córdoba en el lugar que la sacó Menéndez”*. La revista que abrió las puertas a todos los que quisieran pensar, en Córdoba, de repente traspasó las fronteras para convertirse en el espacio nacional

del debate más profundo y más plural sobre la relación entre violencia y revolución. Con el sello abarcador de Sergio.

Las intemperies de Sergio no estuvieron nunca unidas a la desolación. Había que crear, había que inventar. Usó todas las posibilidades de repensar, de denunciar, de crear. De hacer techos. Aunque sea, provisorios. Y siguió profundizando. Nos volvió a deslumbrar con su segundo libro *El guardián de la Calle Amsterdam*, con la clave de su otra intemperie: el exilio. Con sus películas de denuncias y la alegre historia de un grupo de pibes marginados que encontraban su cobijo, aunque provisorio, siempre provisorio, en una experiencia cuartetera.

La última vez que lo vi, cenando en casa con amigos, surgió el tema de si no era un momento especial para volver a editar *La Intemperie*. A la dos o tres días me escribió: le había quedado rondando la idea.

El sueño, que más de una vez le reaparecía, como cuenta en el fin de su libro primero, de sentir que en definitiva nunca salió de Ezeiza, esta vez no fue así. Partió, con rumbo desconocido, y nos dejó desolados.

SINTONÍA CORAL Y CROMÁTICA: LAS ESCRITURAS FEMINISTAS ACTUALES

Jimena Néspolo

Ficciones, ensayos, poesías, portales de noticias, agendas, material de agitación política y difusión cultural: las discursividades feministas irrumpen en medio de los lenguajes instrumentales e instrumentalizados creando nuevos modos de agenciamiento transnacional en torno a un ideario común. Las consignas se cantan y se repiten, cristalizan como santo y seña fácilmente identificable tras un color o un hashtag: #SeVaACaer, #NosotrasParamos, #VivasNosQueremos, #NosMuereElDeseo, PoetasPorelDerechoalAbortoLegal, etcétera.¹ Puestas a rodar en la calle del presente, estas escrituras que hacen del cuerpo y del territorio el pivote de la querrela traman una sintonía coral de alta escucha y devenir incierto. La condena a la violencia de género, el derecho al aborto seguro, legal y gratuito, el uso o no del lenguaje inclusivo son algunos de los vértices de la agenda feminista que en la Argentina/2018 alcanzó el mote de fenómeno: el de “Marea Verde” (en alusión a los pañuelos verdes de las militantes pro-derechos).

Ya a comienzos del siglo XIX Goethe señaló “el efecto sensible y moral del color” y, en consecuencia, la posibilidad de considerarlo como un elemento del arte puesto al servicio “de los más elevados fines estéticos”². Comúnmente ligado al mundo de la naturaleza, nuestras ciudades urbanas –ávidas de clorofila– han convertido al verde en símbolo de lo permitido (en contraposición al rojo, su opuesto complementario), es así el color de la ecología y la limpieza y, junto al blanco, el que representa la higiene. Sin embargo, para Pastoureau y Simonnet es un color cuya verdadera naturaleza es la inestabilidad, “un tunante que, siglo tras siglo, ha sabido esconder su juego”³.

Siendo un color mediano, no estridente, tranquilo, en los textos románticos se le atribuían

propiedades calmantes; por eso los teólogos que codificaron los colores litúrgicos instituyeron al verde como el propio de los domingos ordinarios. No obstante, hasta el siglo XVII el verde contenía un carácter turbulento y transgresor, químicamente inestable; siendo fácil de obtener a partir de los productos vegetales era difícil de estabilizar porque con premura adquiriría un aspecto gastado, deslucido. “El simbolismo del verde se ha organizado casi por entero alrededor de esta idea: representa todo lo que se mueve, cambia, varía” –aseguran los filósofos⁴. El verde es así el color del azar, del juego, del destino, de la suerte, de la fortuna; de ese modo llega al dólar, a fines del siglo XVIII, por extensión de los juegos de la banca y las finanzas. En el mundo feudal los duelistas se enfrentaban sobre un prado verde; de verde se vestían los juglares, los bufones y los cazadores, también los jóvenes enamorados. Es a partir del siglo XVI que en los casinos de Venecia se comienzan a echar las cartas sobre un lienzo verde, costumbre que luego se generaliza hacia todos los juegos de mesa. El verde es el color de la esperanza y de la suerte, pero también del infortunio. Es el color de la inmadurez (¿fruto verde?), pero también del exceso y el lance (¿chiste verde? ¿viejo verde?). Ecológico y benéfico: sí. Pero debido a su ambigüedad es un color que tarde o temprano genera inquietud: colorea el rostro tremebundo de los ogros y las brujas en los antiguos cuentos folklórico-maravillosos, es el color de los malos espíritus, de las serpientes venenosas y de los dragones, es también el color de esas criaturas marcianas o alienígenas que transitan por este y otros mundos.

Sororidad verde violeta

Lo que primero se impone es el cuerpo violeta sobre un fondo oval

amarillo, hojas verdes y flores en un violeta más tenue rodean la figura. Los rasgos femeninos del cuerpo están ambiguados, lleva el pelo largo, lacio y oscuro, pero la espalda es demasiado ancha, fuerte, y los pechos se desdibujan bajo la camiseta; de los ojos cerrados se desprenden dos ríos de lágrimas que caen sobre uno de los brazos de la joven. La ilustración de tapa de *Cometierra* (Sigilo, 2019), ópera prima de Dolores Reyes, es de Jazmín Varela y fue realizada exclusivamente para la edición de la novela. Algo recuerda en la imagen al arte de Tarsila do Amaral, quizá cierta ingenuidad y candor en el trazo que acopla bien con la historia de esta joven que come tierra para comunicarse con cuerpos desaparecidos, personas que habitaron un espacio y luego fueron presas de una violencia extrema que los extirpó de su comunidad y de sus seres queridos –digo “desaparecidos” no por error, sino porque el texto utiliza esa palabra en un guiño sutil con esa otra figura de víctima de la violencia de Estado de la última dictadura militar argentina.

“Cometierra”, como llaman a la protagonista narradora de esta historia, carga con demasiadas víctimas en su memoria, su madre, su maestra y todas aquellas que a través de la tierra que le acercan sus deudores a su rancho para que le revele datos de su paradero le arrojan certezas del horror, iluminaciones de esas historias que al fin hace propias: “Yo no quería, pero la tipa abrió la lata y la dejó abierta, para que el recuerdo de la tierra se me hiciera agua en la boca. Brilló tierra oscura desde dentro y algo en mí le contestó sin palabras”⁵.

De factura sencilla y austera, imposible no leer esta ficción en diálogo con la producción de Selva Almada; no sólo, porque la mencione en los agradecimientos como su “maestra” de taller sino también por la temática y el tono que articula la

historia. La sensación que se tiene es que *Cometierra* viene a completar eso que en *Chicas muertas* (2014) se quedaba en proyecto al abordar tres “casos” de femicidios e intentar arrojar luz sobre sus muertes a partir de testimonios y la recreación no privada de morbo de la crónica amarillista. Como en *Chicas muertas*, también el libro está dedicado “a las víctimas de femicidio”, sólo que allí donde el relato de Almada se detiene, titubeante en la falta de datos fácticos, para hacer ingresar la figura de la adivina o la médium sin que llegue a cuajar el relato en ficción, allí en ese punto, comienza a caldearse *Cometierra*⁶. “Vos también sos una bruja” (103) le dice “mae Sandra”, una mujer en la que “rancho un poder terrible”, a la protagonista de la novela de Reyes. Cabe pensar entonces estos libros, siendo ambas autoras nacidas en la misma década (1970), como parte de una red en la que ciertas militancias comunes se hermanan y predisponen: “*Awante les pibis* decía grande en la tapa y eso me hacía pensar que ella sí debía tener amigas” (95).

La novela de Reyes se abre con un epígrafe de Baruch Spinoza, “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, colocándose en la urgencia asamblearia feminista de un ideario común: el mismo bajo el que se caldeó el ensayo de Verónica Gago *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo* (Tinta limón, 2019). Se trata de un contorno conceptual común que hace foco en la noción de cuerpo-tierra a partir de una idea fuerza: “la agresión contra el cuerpo de las mujeres y las disidencias sexuales postulado como cuerpo-territorio y un régimen político neoextractivo que se conecta con la hegemonía financiera de modo nodal”. Aquello que la novela insinúa en trama esotérica (el comer tierra le otorga a la joven un poder mediúnicamente para comunicarse con las víctimas), desde la discursividad de las ciencias sociales se desarrolla a partir del concepto “cuerpo-territorio”, en un intento de ampliar la noción de extractivismo más allá de las materias primas y de los territorios campesinos e indígenas o incluso suburbanos siguiendo esta hipótesis:

“la lógica extractiva se ha vuelto un modo privilegiado de producción de valor en la fase de acumulación actual, donde las finanzas tienen un papel ejemplar, y que es esta lógica la que permite actualizar la noción misma de explotación y explicar por qué el cuerpo de las mujeres y los cuerpos feminizados son un territorio predilecto de agresión”⁷.

Así y todo, los colores que ostenta la tapa de *Cometierra* –al igual que varios de los libros en este artículo abordados– responden al lema de la Agenda de las Mujeres 2019: “Sororidad verde violeta”. El violeta es el color del feminismo, el que identifica cada Encuentro Nacional de Mujeres desde 1994, mientras que el verde es el que desde el comienzo de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal en 2005 se ha ido imponiendo hasta convertirse en pañuelo e ícono de lucha. En el prólogo de la Agenda 2019 se explicita claramente la elección de los colores y del lema del año:

Dejamos un año en que el pañuelo verde se ha extendido hacia multitudinarios feminismos populares, y hacia renovados feminismos juveniles y adolescentes que ya no le temen a la palabra y a poner el cuerpo para hacerlo visible en la demanda ciudadana por la autonomía y los derechos. Marchamos hacia otro año de lucha que nos encuentra juntas, visibles, poderosas.

Ungidas por esta sororidad verde violeta, la Agenda de las Mujeres nos invita a sostener juntas el feminismo, ahora que sí nos ven.

Como se recordará, es en el año 1994 que aparece en Argentina, por iniciativa de la comunicadora Susana Gamba, la Agenda de las Mujeres reuniendo frases, poesías, ilustraciones e información relacionada con los derechos de las mujeres y la diversidad presentados para cada día del año. A comienzos de la década del 2000, desde este espacio se comenzaron a entregar los “Premio-reconocimiento” y en el 2003 se constituyó la Fundación Agenda de las Mujeres con el

objetivo de “estimular y promover el desarrollo integral de las capacidades de las mujeres a través de potenciar los espacios comunicacionales desde una perspectiva feminista y de género”. Desde entonces hasta el presente, a través de los lemas elegidos para cada año y los prólogos que los anteceden –escritos por Diana Maffia desde el 2009– puede rastrearse un estado de situación del feminismo local y una mayor efectividad y pregnancia en la difusión del ideario. Así, en la edición 2010, el lema de la Agenda fue “Mujeres de tres siglos”, celebrando el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo; en 2011 “Gestando cambios, sembrando rebeldías”; en 2012 “Descolonizando cuerpos, mentes, territorios”, haciendo alusión a las características particulares que la dominación patriarcal y colonial tienen en América Latina. La edición 2013 llevó el lema “Creativas, soberanas y poderosas”; así hasta llegar al 2018 con “Rebeldes, libres y soberanas” y al 2019 que despliega ya su paleta cromática hacia todos los espacios con su “Sororidad verde violeta”, en clara alusión a la media sanción que obtuvo ese año la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en la Cámara de Diputados.

Sintonía coral

Resulta interesante leer en conjunto los prólogos con los que se presenta la Agenda, porque allí se articula de manera asertiva qué rasgos han de definir ese “nosotras” que se ha ido congregando masivamente en torno a los Encuentros Nacionales creando vínculos significativos, “tejiendo redes fuerte donde no había comunicación, [transformando] las voces singulares aisladas, las voces disidente, en un polifonía armónica de resistencia, en una partitura feminista que suena como música de fondo”⁸. Se trata de una retórica que festeja el “ser mujer”, para proyectar luego los rasgos de género hacia un arco de acción política, económica y social: “Las mujeres ponemos el cuerpo en el mundo, y el tiempo no nos es ajeno porque lo marcamos con nuestros ciclos no menos que como lo marcan los planetas y sus

circunvoluciones, somos seres verdaderamente poderosos” leemos en la Agenda 2011. “El poder que tenemos, el poder de engendrar, también nos hace soñar revoluciones, engendrar otros tiempos, parir otra historia. No son revoluciones ajenas, son las nuestras. Las estamos alumbrando”. Entre la Agenda 2014 (rubricada por el lema “Amor, erótica y poder”) y la del 2016 (“Agenda de las Mujeres y Diversidades”) se produce un vacío: el 2015 no tiene agenda. Lejos de augurar un fin, la Agenda 2016 festeja la posibilidad de un nuevo lenguaje para nombrar lo diverso: “Que sea para nosotr*s (el nosotras más inclusivo posible) un año de recuperación de sueños, de sutura de los nudos que se hayan roto en nuestras redes, y de camino para desandar distancias hacia los que vislumbramos junt*s”¹⁰.

Casualmente, la novela *Vikinga Bonsái* (Eterna Cadencia, 2019) de Ana Ojeda fue promocionada en su lanzamiento como “la primera novela escrita en inclusivo”. La ficción se plantea como posibilidad lúdica del lenguaje en un tiempo estrictamente pautado, definido por una semana exacta, compartimentada en siete capítulos presentados en la forma en que el dialecto calabrés señala los días –craí (mañana), prescraí (pasado mañana), prescrufló (el día después), prescrufló, etc.–. La protagonista que da nombre a la novela queda a cargo de su hijo pre-adolescente, “Pequeña Montaña”, hasta que vuelva “Maridito” de su viaje por la selva paraguaya; sobre las vicisitudes de la crianza y el trabajo se desarrolla el primer capítulo montado sobre una segunda persona que en los capítulos sucesivos vira a la tercera sin que el cambio haga mella en la recurrente intervención de la “e” en sustantivos y adjetivos en pos de la búsqueda de un lenguaje no sexista. La muerte sorpresiva de la protagonista e inmediatamente la de su madre obliga a las amigas que se dieron cita en su casa la noche del deceso (“Dragona Fulgor”, “Orlanda Furia”, “Gregoria Portento”, “Talmente Supernova” se llaman) a hacerse cargo del “hije” de la difunta hasta que llegue el progenitor. En la sucesión de pequeñas cotidianidades pautadas

por la compra de supermercado, las comidas, la higiene y la rutina escolar se suceden los días compartidos en el departamento, entre las amigas y sus hijes, en la perfecta ausencia de todo hombre, como si la sola presencia del sexo opuesto diera por terminado el juego del duelo. La apelación al lenguaje inclusivo se ofrece pues como el vehículo adecuado para evadir los mecanismos de control societario en donde los personajes masculinos son presentados como meros agentes de poder responsables del padecimiento de las mujeres. Que la histeria y la incapacidad organizativa de las amigas vaya en aumento con el correr de las páginas y que la novela termine cuando alguien llega (¿el Padre?) afirman el carácter excepcional de esa semana en que el lenguaje y la novela se desarrollan, como paréntesis festivo ante el inminente “llamado al orden”. Pero sería injusto señalar el estrangulamiento conservador de *Vikinga Bonsái*, ese que vuelve planos y planas (¿planes?) a “les personajes” tal si fueran “todes une mismo” como una falencia. Más que una pieza autoral la novela exige ser leída de manera coral y en diálogo con la Agenda de las Mujeres 2019 y su lema “Soridad verde violeta” desde la misma tapa –aun cuando Ojeda haya tentado en otras ficciones (*Necias y nercias* y *Mosca blanca muerta*, de 2017) la construcción de una lengua propia caldeada entre el arborescente lunfardo y el ludismo neologista.

La novela se despliega entonces en diálogo con una serie textual y otra serie orquestada sobre guiños que definen el alcance de su campo de lectura; un campo que es la escena donde ésta y otras escrituras feministas actuales se desarrollan e interactúan. Así por ejemplo es que se menciona al pasar el libro de cuentos *Cómo usar un cuchillo*, de Fernanda García Lao (“Remora de la época en que Pequeña Montaña no sabía *cómo usar un cuchillo*” pág. 35, la itálica es del texto), la filosofía de Zygmunt Bauman (“para amanecer en la inmensidad naranja rectangular de la terraza, castigada con violencia líquida –#reBauman– por el agua”, pág. 113), el gatopardismo de Lampedusa o el cine de Michelangelo

Antonini, sin mediación o solución de continuidad (“descubre a Talmente Supernova viviendo desafortunada fantasía *Blow up* detrás de su celu metralleta”, pág.98). La prosa sufre a su vez una suerte de detenimientos en que el trocico acompasado y variopinto de barroquidades ofrece una suspensión de sí, a manera de foto instantánea del párrafo que condensa y resume de lo que se está hablando, a partir del uso del hashtag o la etiqueta que focaliza el lugar común y el chiste fácil como suerte de guiño al gueto. Veamos algunos ejemplos:

Se levanta Orlanda Furia para buscar bebestible frío de la heladera contorneada de silencio. Husmea encorvada la magra oferta de los estantes, canaliza a Lampedusa: todo cambia para que todo siga igual. Tienen que esperar la vuelta de Maridito, no hay otra. #clavadasmal (84)

Las otras dos quedan encargadas de averiguar qué fue de la vieja y cuándo piensa apersonarse. Que sea lo antes posible, la vida no espera a nadie. #conmigonoBarone (67)

Busca ofertas, eso cree ella al menos, un poco confundida con el orden que le proponen las góndolas #tirameuncentro #dolordeovarios. (62)

Si la profusión de imágenes y el ingreso de palabras arcaizantes generan un movimiento gozoso de la prosa, una suerte de locomotora verbal que enciende y motoriza el lenguaje, el uso del hashtag es su contrario exacto: detiene, ahoga y cristaliza la prosa para lograr un entendimiento claro en la era del *Networking* y el titeo en *Apps market*. La incongruencia del contraste es quizá acaso uno de los mayores logros del libro.

Letras y farolitos

María Pia López se encarga de organizar el ideario de la agenda feminista, en su libro-panfleto *Apuntes para las militancias. Feminismos: promesas y combates*

(Estructura Mental a las Estrellas, 2019), “escrito en la urgencia de un escenario dramático” y con la “certeza de que las derechas que combatimos son asesinas” (pág. 85). El texto se presenta como “material de agitación, de circulación, de provocación”, no quiere asumir posiciones sino plantear un recorrido de problemas y una serie de hipótesis y argumentos para la discusión; no obstante, puesto en diálogo con la Agenda de las Mujeres se ofrece como decantación de un ideario que acontece en un “nosotras” claramente dibujado, que se reconoce en el padecimiento de violencias cotidianas de los feminismos callejeros y populares pero que intenta tejer una imaginación política para el presente capaz de superar la coyuntura: “Nosotras, aquellas cuyos cuerpos fueron tratados como cosas desde la infancia, que fueron tocados sin su consentimiento en los colectivos, que recibieron ataques en las calles o en las casas. Nosotras, que sabemos que ninguna de esas situaciones se resuelve con más fuerzas de seguridad, penas más altas o leyes más duras. Nosotras, que no reclamamos nada de eso y sin embargo reclamamos el derecho a vivir íntegras, libres y sin violencias” (pág. 34). Con todo, el panfleto no quiere regodearse en la figura de la víctima ni tampoco en la hiperbolización del nombre propio de esas “estrellitas” hipervisibilizadas en tanto excepción que ratifican la regla androcéntrica, apuesta más bien a festejar la existencia del colectivo que “bailotea y juega, divertido y díscolo” (pág.9), que es “sujeto político con una politicidad incipiente” y juvenilista, aunque también se reconozca en las luchas históricas de *La unión obrera* (1843) de Flora Tristán o de otras tantas feministas ilustres. *Apuntes...* está escrito en inclusivo; utiliza la “e”, apela a un “todes” porque “todes nos merecemos vidas mejores que las que tenemos al servicio de un régimen de acumulación y desposesión de que nos encadena” (pág. 12) y entiende que el lenguaje debe ser una de las vías que nos emancipen. Allí es cuando la ex directora del Museo del Libro y de la Lengua reflexiona sobre las posibilidades de escapar a los binarismos:

La equis, la arroba o la e, están para advertirnos de lo múltiple y lo inclasificado. Son llamados de atención, alarmitas. Menos resoluciones de alguna justicia en la lengua que podría anteceder a otras formas de justicia, que el recuerdo persistente sobre lo irredento, lo que nos falta, lo que nos descoloca, lo irrealizado.

*¡Bienvenidas letritas de alarma!
¡No dejen de llegar los farolitos encendidos que nos traban la lengua, nos obligan a tratar de aprender de nuevo cómo decir! ¡Que la aspereza de decir nosotres y todes sea alegría de no darnos por vencidos ante ningún conservadurismo! Insisto, no porque con eso nos demos por satisfechas. Ni ahí (...) Aquí, en la tierra que nos tocó, la pedregosa, la trágica y asesina, la pródiga y querellante, queremos conventillar la lengua, hacer zona común para que se escuchen las diferencias entre nuestros dialectos y declarar la insumisión contra toda norma. Barrer, con nuestras escobas de brujas y de huelguistas, también con las pretensiones de la Real Academia española.¹¹*

Al igual que la novela de Ojeda, el panfleto de López celebra la comunidad de las mezclas y apuesta a “conventillar la lengua”, “hacer zona común para que se escuchen las diferencias”, declara la insumisión gozosa frente a toda norma amparada en la existencia de un colectivo. Pero lejos de la furiosa estridencia cromática de la Babel irredenta que crece en la experiencia poética, se apuesta aquí a un conventillo hecho de “letritas” y “farolitos”, que hace pie en la figura de lo menor, lo infantil, lo subalterno. Es por tanto pertinente pensar en un juego coral armónico que más que la insumisión del llamado a la anarquía de las letras impronunciadas (la @, la x, el *) apuesta a un lenguaje que acantona las expectativas inclusivas en el uso de la e. Se trata, a su vez, de rescatar ese tono –o más bien: “ese tonito”¹²– que cultivó María Moreno en sus columnas periodísticas publicadas en el diario *Tiempo Argentino* en la década de 1980: miniaturas que sin dejar de ampararse en la eterna

coartada femenina de la infantilidad insuflan una bocanada de irreverencia loca en el páramo agonístico de los acuerdos patriarcales.

1. Ver, además del corpus mencionado a lo largo del artículo, el volumen: *Martes Verde #poetasporelderechoalabortolegal*. Editado colectivamente por Paisanita, Mi gesto punk, El ojo del Mármol, Viajera, Pánico el Pánico, Club Hem, Ediciones Presente, Gog & Magog y Color Pastel. Buenos Aires, 2018.

2. Goethe, Johann Wolfgang. *Teoría de los colores* [1810]. Buenos Aires, Poseidón, 1945, p. 205.

3. Pastoureaux, Michel - Simonnet, Dominique. *Breve historia de los colores*. Barcelona, Paidós, 2006, pp. 63-80

4. *Ibid*, p. 70.

5. Reyes, Dolores. *Cometierra*. Buenos Aires, Sigilo, 2019, pág. 29.

6. Analicé *Chicas muertas* (Mondadori, 2014) de Selva Almada junto a otros textos de carácter denunciante en el artículo “Las amigas vivas y las amigas muertas” publicado en *Boca de Sapo. Revista de arte, literatura y pensamiento*: Gineceo. Nro. 26, Buenos Aires, abril de 2018.

7. Gago, Verónica. *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2019, pp. 99-100.

8. Palabras que pertenecen al prólogo de la Agenda 2009 “Creando vínculos, tejiendo redes”, recogido en: Maffia, Diana – Suárez, Danila. *Feminismos: intervenciones textuales*. Vicente López, 90 intervenciones, 2019, pág. 35.

9. “Gestando cambios, sembrando rebeldías”, *Ibid*, pág. 49.

10. *Ibid*, pág. 47.

11. López, María Pia. *Apuntes para las militancias. Feminismos: promesas y combates*. La Plata, Estructura Mental a las Estrellas, 2019, págs. 44-45.

12. Las columnas han sido recuperadas por Sudamericana en 2001 y reeditadas recientemente: Moreno, María. *A tontas y a locas*. Bahía Blanca, 17 grises editora, 2017.